

**UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**  
**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**  
**DEPARTAMENTO DE HISTORIA**  
**MODERNA Y CONTEMPORÁNEA**

**TESIS DOCTORAL**

**LA ENCRUCIJADA**  
**DE LA VIOLENCIA POLÍTICA**  
**ARMADA EN LA SEGUNDA MITAD DEL**  
**SIGLO XX EN COLOMBIA Y ESPAÑA:**  
**ELN Y ETA**

**Autor: ROBERTO SANCHO LARRAÑAGA**

**Director: Dr. JULIÁN CASANOVA RUIZ**

**JUNIO 2008**

## **Agradecimientos**

En esta tesis hablamos de la interacción del pasado con el presente, y por lo tanto debemos comenzar por un reconocimiento a esas herencias acumuladas a lo largo de los años que han ido sedimentándose en lo que hoy es esta investigación y su autor. En primer lugar, quiero hablar de mi familia, de mis padres, luchadores incansables de la vida, que lo dieron todo para que sus hijos fueran lo que hoy son, personas felices. Ellos que desde que me engendraron se han convertido en el soporte cotidiano de mi espíritu cosmopolita y desarraigado, el cable a tierra, necesario en los momentos de máxima tensión, de dificultades y obstáculos vitales. A ellos sólo puedo decirles que mil gracias por la formación que me dieron, que los quiero y espero que se sientan orgullosos de su hijo. A mi hermana Merche, mi secretaria personal, mi salvadora mil veces ante mi impostura frente al poder y la burocracia, le agradezco su esfuerzo y le expreso todo mi cariño. Los últimos años, he tenido dos arbotantes fundamentales y existenciales, mi esposa Elvira y mi hija Mariel, la alegría de mi vida y el oriente de mi existencia, las que le han dado sentido final al esfuerzo de escribir esta tesis y han soportado mis ausencias y susceptibilidades. Al resto de mi familia por tener la paciencia de soportar mi espíritu vagabundo y autista, por estar siempre ahí cuando uno regresa al pequeño terruño, para mi tía Mari Carmen, para mi cuñado José Andrés, para mis primos Izaskun e Iñaki y sus consortes, etc. A mi familia adoptiva en Colombia, a Jesús, Carmen y toda su descendencia; a todos, mi más sentido cariño. Quiero seguir hablando de herencias, de mis generaciones anteriores y su esfuerzo de superación, de esos que no son ya o que no están aquí, de esas personas que se aferran a nuestros recuerdos, esos que se hacen presente todavía gracias a la memoria: la abuela Antonia, el abuelo José y

Manuel, al tío José Félix, etc. Quiero seguir escuchando el eco de los que me precedieron, de los que me ayudaron a ser lo que soy; por eso tozudamente sigo hablando del pasado, a pesar de la tendencia actual a olvidar palabras como, ayer o agradecimiento.

Después de mi familia, soy deudor y heredero de grandes maestros y personas, en primer lugar, me siento discípulo de Julián Casanova Ruiz, mi director de tesis, una de esas personas que uno puede decir a gritos que es un Maestro, ejemplo de vida y de profesión, persona intachable, respetuosa y coherente. Su faro intelectual y su pasión por la historia, me guió hacia el estudio de los movimientos sociales y su paciencia infinita permitió ir madurando esta tesis. Hay otros espíritus críticos que me enseñaron que más que comprender el Cómo, lo importante es comprender el Por Qué; que ayudaron a tatuarme aquello de Sapere Aude o atrévete a saber; que convirtieron el saber en pasión, la pasión en amor y el amor en sentimiento, esa trilogía que da sabor a mi existencia. Doy las gracias a los profesores colombianos Medófilo Medina, Armando Martínez, Jaime Londoño, Luisa Piedrahita, Esmeralda Prada, Santiago Castro y Juan Alberto Rueda, a los peruanos Heraclio Bonilla y Julio Benavides, al uruguayo Luís Bertola, a los españoles Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Carlos Forcadell, Ignacio Izuzquiza, José Luís Rodríguez. Agradezco a las instituciones que ayudaron en mi formación, desde el colegio de Castelserás hasta las universidades laborales de Huesca y Logroño, el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander en Bucaramanga, Colombia; y muy especialmente la Universidad Autónoma de Bucaramanga, que en los últimos años apoyó en diversos momentos la elaboración de esta tesis otorgándome los tiempos necesarios para poder escribirla.

## ÍNDICE:

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>8</b>
<b>CAPÍTULO PRIMERO: SURGIMIENTO DEL EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL (ELN)</b>	<b>41</b>
<b>1.1. Primera acción armada del Ejército de Liberación Nacional</b>	<b>42</b>
<b>1.2. El “Vivo”, Fabio Vásquez: el Che colombiano</b>	<b>55</b>
<b>CAPÍTULO SEGUNDO: LOS FACTORES EXTERNOS Y EL SURGIMIENTO DE ORGANIZACIONES ARMADAS</b>	<b>68</b>
<b>2.1. La importancia de los factores externos en el surgimiento de organizaciones armadas o “la chispa que enciende la pradera”</b>	<b>69</b>
<b>2.2. Tiempos revueltos en el contexto internacional</b>	<b>73</b>
<b>2.3. América Latina sumergida en el maremoto revolucionario</b>	<b>77</b>
<b>2.4. Cuba: el paraíso terrenal de los revolucionarios</b>	<b>84</b>
<b>2.5. Nicaragua sandinista y la segunda ola revolucionaria en América Latina</b>	<b>99</b>
<b>2.6. EE.UU. y la política contrainsurgente: Plan Laso, Doctrina de Seguridad Nacional y el enemigo interno</b>	<b>106</b>
<b>2.7. Impacto de otras experiencias y colaboración entre organizaciones armadas</b>	<b>114</b>
<b>2.8. Ruptura chino-soviética y nacimiento de la nueva izquierda: la izquierda enferma de infantilismo</b>	<b>133</b>
<b>2.9. Foquismo: la vanguardia que con su foco ilumina la revolución</b>	<b>146</b>

2.10. Conclusiones sobre el papel de los factores externos en el surgimiento de organizaciones armadas: ELN	163
<b>CAPÍTULO TERCERO: REGRESO DE CUBA E IMPLANTACIÓN DEL FOCO INSURRECCIONAL</b>	<b>172</b>
3.1. El regreso de Cuba de la Brigada Proliberación “José Antonio Galán”	173
3.2. El “Joven campesino”, Nicolás Rodríguez Bautista: “Y a partir de ese día yo fui comunista”	196
<b>CAPÍTULO CUARTO: LOS FACTORES INTERNOS Y EL SURGIMIENTO DE ORGANIZACIONES ARMADAS</b>	<b>228</b>
4.1. La importancia de los factores políticos en el surgimiento de la violencia política armada: la victoria del fusil sobre la palabra	229
4.2. Colonización agraria y ausencia del Estado: campesinado y surgimiento de la guerrilla	252
4.3. Cultura política de la violencia y epidemia de “plomonía”: Colombia, una población con carencia de hierro y exceso de plomo	276
4.4. El proceso de formación del Estado-nación en Colombia	304
4.5. La camisa de fuerza del Frente Nacional	319
4.6. El clientelismo y la caja de galletas del Estado	332
4.7. Eclipse de violencia: coerción, represión y revolución armada	337
4.8. Oposición política y el cambio del voto por el fusil	356
4.9. Conclusiones: exclusión política y militarización de la sociedad	362

<b>CAPÍTULO QUINTO: DISCURSO, RE-PRESENTACIONES E IMAGINARIOS</b>	<b>368</b>
<b>5.1. Guerreros-santos: religiosidad y tradición de violencia en el ELN y ETA</b>	<b>369</b>
<b>5.2. Re-presentaciones de guerreros-santos: genealogía de un fanatismo</b>	<b>373</b>
<b>5.3. La sociedad es un infierno de salvadores: viaje del culto a la razón, a la razón del culto</b>	<b>378</b>
<b>5.4. “ETA para mí era San Dios”</b>	<b>386</b>
<b>5.5. Cuerpos de sacrificio a la diosa causa</b>	<b>399</b>
<b>5.6. Cristianismo y socialismo: deificación de la realidad y realización de la deidad</b>	<b>403</b>
<b>5.7. La mística evangélica de la revolución</b>	<b>418</b>
<b>5.8. Ejércitos del pueblo y héroes de los pobres en plena guerra santa</b>	<b>431</b>
<b>5.9. Para ser un auténtico cristiano hay que ser revolucionario, ¿o tal vez al revés?</b>	<b>440</b>
<b>5.10. Conclusión: el marxismo fue su religión y la organización su iglesia</b>	<b>458</b>
<b>CAPÍTULO SEXTO: ASPECTOS COMPARADOS DE LAS CARACTERÍSTICAS SOCIO-ECONÓMICAS DE LA MILITANCIA EN GRUPOS ARMADOS EN COLOMBIA Y ESPAÑA: ELN Y ETA</b>	<b>464</b>
<b>6.1. ¿Quiénes son y de dónde vienen?</b>	<b>465</b>
<b>6.2. Militantes según sexo</b>	<b>469</b>

<b>6.3. Militantes según edad al ser detenidos</b>	<b>472</b>
<b>6.4. Militantes según estado civil</b>	<b>474</b>
<b>6.5. Militantes según tamaño de su localidad natal</b>	<b>477</b>
<b>6.6. Militantes según su ocupación</b>	<b>481</b>
<b>6.7. Clase social de los militantes</b>	<b>485</b>
<b>6.8. Militantes según el nivel de formación</b>	<b>488</b>
<b>CONCLUSIONES INCONCLUSAS</b>	<b>497</b>
<b>ANEXOS</b>	<b>517</b>
<b>1. Cronología comparada</b>	<b>518</b>
<b>2. Cuadro de siglas de organizaciones</b>	<b>532</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>537</b>

# **INTRODUCCIÓN**



“La vida debe entenderse hacia atrás,  
pero vivirse hacia delante”

Soren Kierkegaard, *Diarios*, 1843

En una ocasión Joaquín, un alumno inquieto, me preguntó en la parada del autobús frente a la universidad, en la ciudad de Bucaramanga en Colombia: “¿Profesor, usted es violentólogo<sup>1</sup>?” Y le contesté, “No Joaquín,..., pacifólogo”. Él quedó desconcertado con la respuesta, cogió su autobús y se fue. Y es que parto en esta investigación del convencimiento, que para conseguir la paz y vivir con respeto al otro, se necesita reflexionar y comprender los factores que hacen posible la existencia de la violencia en una sociedad y las razones de las conductas violentas de unos individuos contra otros.

Este tipo de razonamientos fueron los que me motivaron desde muy joven, en mis visitas y correrías por Pamplona, a investigar las razones o causas del surgimiento, consolidación y persistencia de la violencia en esa sociedad. Esa misma violencia que se percibía tan diferente en mi pueblo, llamado Castelserás en Aragón, y por otro lado, en mi familia en Navarra o Bilbao. Esta investigación responde entonces principalmente a esa “inquietud existencial”, dado el origen mitad vasco-navarro y mitad castellano-aragonés de mi familia, y la encrucijada emocional y racional que eso supuso desde la infancia para entender el conflicto vasco. Tal vez Sancho no entendía a Larrañaga y viceversa, constituían una unidad pero se sentían diferentes; mientras tanto Roberto quedó atrapado en esa encrucijada, encrucijada

---

<sup>1</sup> La duración, intensidad y persistencia de los fenómenos violentos en Colombia, supuso dentro muchas disciplinas sociales que sectores importantes de sus profesionales dedicasen sus esfuerzos investigativos a comprender esta violencia. Este campo investigativo es tan profuso que además de ser economista, historiador, sociólogo, politólogo, etc., uno es definido como violentólogo. Esta importancia y reconocimiento social se concretan en espacios científicos propios, departamentos específicos en las universidades, congresos o revistas.

que se intenta despejar con esta tesis doctoral. Ésta es la explicación de por qué nos hemos convertido (Sancho, Larrañaga y Roberto) en pacifólogos, irenólogos, violentólogos, o la etiqueta que deseen colgarnos. Fue posteriormente el deseo por seguir las huellas históricas de la violencia armada, el que me llevó a ocho mil kilómetros de mi tierra natal, a ese bello país llamado Colombia, que tiene uno de los fenómenos de violencia política armada seguramente más antiguo y persistentes del planeta<sup>2</sup>, y que se convirtió para mi en el “laboratorio ideal” de análisis. Colombia fue para mi, como investigador, ese mundo social lo suficientemente alejado como para prestarse fácilmente a la “objetivación” (que no significa objetividad) del objeto de estudio.

Este motor existencial fue el aliciente del trabajo investigativo por comprender uno de los fenómenos sociales más trascendentales de la historia contemporánea de los dos países: la violencia política armada en Colombia y España durante la segunda mitad del siglo XX. Para ello utilizamos el estudio de caso de dos organizaciones armadas, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y Euskadi Ta Askatasuna (ETA, que significa en castellano, Libertad para Euskadi) como trampolín para investigar el fenómeno social de la violencia política armada. El estudio de estas dos organizaciones armadas se convierte también en un medio para reflexionar sobre el conocimiento de otro fenómeno, a su vez mucho más complejo, como es la formación del Estado-nación en Colombia y España, así como los marcos de convivencia ético-políticos constituidos e instituidos en estos dos países. Por lo tanto, en esta tesis se sintetizan las preocupaciones esenciales de mi vida profesional:

---

<sup>2</sup> Anteriormente a esta tesis doctoral, el autor se acercó a este tema con su Tesis de Maestría en Historia en la Universidad Industrial de Santander (Colombia) titulada *Violencia política, Guerrilla y Terrorismo: una perspectiva comparada de Colombia y España, ELN y ETA (1959-1982)*. Esta investigación se publicó bajo el título de *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España: ELN y ETA*, Ed. Universidad Autónoma de Bucaramanga, Bucaramanga (Colombia), 2003.

el papel la historia para explicar el presente, entender las dinámicas de la acción colectiva violenta y la formación de los marcos normativos estatales de convivencia.

Pero si el objetivo general de la investigación es analizar comparadamente el fenómeno de la violencia política armada<sup>3</sup>, a partir del estudio de caso de dos organizaciones (ELN y ETA), un primer paso que se requiere es hacer algunas precisiones terminológicas, dada la complejidad y polémica que gira en torno a la forma de definir este tipo de organizaciones ilegales armadas. Las categorías son generalmente el “taxi” que te permite viajar por la investigación, pero en este caso, el uso y abuso de categorías como guerrilla<sup>4</sup> o terrorismo<sup>5</sup> (que hacen parte también del conflicto), en muchas ocasiones dificulta ese viaje así como la comprensión de los fenómenos de violencia en una sociedad. Desde los sucesos del 11 de septiembre del 2001, delimitar con una definición a estos actores sociales se ha dificultado todavía más, por ello mantenemos que este debate sobre si son o no terroristas estas

---

<sup>3</sup> Este apartado sobre las categorías que orientan la investigación, retoma y amplía lo expuesto en el capítulo “Precisiones terminológicas”, *ibídem.*, pp. 35-40.

<sup>4</sup> Sobre este concepto cabe recordar la definición de Franklin Mark Osanka, “Guerra de guerrillas”, en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, vol. 5, Madrid, Aguilar, (1ª ed. 1975), pp. 296-299: “La palabra guerrilla, que literalmente significa ‘guerra pequeña’, se utilizó por primera vez para definir las actividades de resistencia de los partisanos armados españoles que hostigaron al ejército francés de ocupación durante la guerra de independencia de 1808-1814. Esta palabra ha tomado carta de naturaleza en el idioma inglés, donde se usa comúnmente para describir todos los combates de tipo militar no regular que han acompañado a las actividades de los partisanos en guerras civiles, guerras revolucionarias, y en la resistencia popular a la invasión y la ocupación extranjera. (...) ‘guerra revolucionaria de guerrillas’. Es revolucionaria por cuanto se utiliza como medio de adquirir poder nacional con el propósito de alterar o cambiar por completo la estructura social y política de una nación. Es guerra de guerrillas, ya que sus componentes, partidarios del cambio, son civiles indígenas que libran una pequeña guerra en la que utilizan principios aprendidos en la historia de las guerrillas”. Para diferenciar los conceptos de guerrilla y terrorismo utilizamos el texto de Peter Waldmann, *Radicalismo étnico. Análisis comparado de las causas y efectos étnicos violentos*, Akal, 1997, p.18: “Entendemos por guerrilla una forma de lucha que, si bien tiene en común con la guerra clásica la finalidad de vencer militarmente al enemigo, se diferencia de ella por los medios poco ortodoxos que utiliza para alcanzar esta finalidad (pequeños grupos de combatientes muy móviles y flexibles que desmoralizan al adversario atacándolo por sorpresa). El terrorismo, en cambio, representa algo cualitativamente diferente ya, debido a la intención de los agentes. Los terroristas no están tan interesados en la destrucción física que producen sus atentados sino en el efecto de choque psicológico que resulta de éstos. Según la fórmula empleada por Wördemann, no pretenden ocupar el terreno sino las mentes”.

<sup>5</sup> La primera advertencia sobre el uso de esta categoría que se tiene que realizar es la que plantea Fernando Reinares: “Quepa recordarlo, el terrorismo denota no tanto un extremismo de los fines como de los medios”<sup>5</sup>. Fernando Reinares, *Terrorismo y antiterrorismo*, Paidós, Barcelona, 1998, pp. 18, 19 y 106.

organizaciones no puede entorpecer el análisis de los factores que explican la emergencia de este tipo de violencia en un determinado contexto social. Tal es la importancia del problema, que la definición de estas organizaciones como solamente terroristas<sup>6</sup>, no ha ayudado tampoco a la comprensión de las motivaciones de los actores involucrados, y por lo tanto, ha dificultado la resolución de este problema social. Nelson Manrique nos centra en la esencia de la cuestión cuando para el caso de Sendero Luminoso en Perú, afirma que:

“Existe una forma de liquidar el debate, cuando se trata de hablar sobre Sendero Luminoso, que se ha convertido en una convención implícita; ella consiste en calificarlo como terrorista. Cuando la discusión llega a este punto, aparentemente es imposible decir una palabra más sin correr el riesgo de ser considerado, en el mejor de los casos, como conciliador con Sendero Luminoso, cuando no un senderista encubierto. Sin embargo, la caracterización de “terrorista”, aplicada a Sendero, más que explicar confunde, (...) Es necesario distinguir, pues, entre la utilización del terrorismo como arma, práctica a la que Sendero recurre habitualmente, y la naturaleza de esa organización, lo cual es algo mucho más complejo que el simple terrorismo. Pero para entender el fenómeno senderista es necesario comprender al país que hizo posible su emergencia”<sup>7</sup>.

Ante la dificultad de esta encrucijada conceptual, se decidió que lo importante para el desarrollo de la tesis era delimitar y definir el fenómeno más

---

<sup>6</sup> Lo difuso del concepto de terrorismo queda evidenciado por los esfuerzos y dificultades que organismos multilaterales tienen para llegar a acuerdos sobre su definición. En el caso del Estatuto de la Corte Penal Internacional, no lo tipifica individualmente como su competencia; aunque algunos autores pretendan igualarlo con crímenes de lesa humanidad, genocidio, etc. También se constata esta dificultad en la propia resolución 1373 del 2001 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas o en la Decisión Marco de la Unión Europea del 13 de junio de 2002, entre otros. Ante la diversidad de definiciones y sus múltiples usos, el Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan instó a la comunidad internacional a llegar a un acuerdo en la Cumbre de Madrid sobre Democracia, Terrorismo y Seguridad en el 2005. Para acceder a estos documentos se puede consultar la biblioteca Dag Hammarskjöld de las Naciones Unidas:

<http://www.un.org/depts/dhl/spanish/resources/terrorism/>

<sup>7</sup> Nelson Manrique, “La década de la violencia”, en Heraclio Bonilla, *Perú en el fin del milenio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, p. 49.

amplio donde se circunscribían estos actores armados y no tanto a los grupos armados. Se pensó en un concepto “paraguas” que permitiera la comparación no sólo de estas dos organizaciones sino también del fenómeno político-social de donde éstas derivaban. Un primer concepto que podía ser usado y que utilizan muchos autores es el de “violencia política”, fenómeno social por el que han pasado muchos países especialmente en las fases de surgimiento de los Estados-nación en el siglo XIX. Frente a su significado, retomamos lo propuesto al respecto por William Ramírez: “La violencia social y política es, (...), el medio a través del cual y en condiciones históricas particulares se enfrentan sectores de la sociedad civil entre sí y éstos contra el Estado. Del seno de la sociedad civil nacen, simultáneas, o sucesivas, violencias para la transformación y la sustitución social; del Estado, de las entrañas de su legitimidad histórica y de su dinámica actual, se origina una violencia para la conservación social”<sup>8</sup>. Para nosotros este concepto es demasiado amplio dado que la frontera entre la política y la violencia es muy débil, por ello, la guerra y la política han entrado en contacto continuamente en la historia tanto de Colombia como de España; tal es así que Colombia puede ser un ejemplo ideal de la premisa planteada por Clausewitz de: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”<sup>9</sup>.

Por lo tanto, para diferenciar nuestro objeto de estudio de otras formas de violencia política habituales en la evolución histórica de estos países, se decidió “crear” la categoría de “violencia política armada”:

“Vamos a introducir el concepto de ‘violencia política armada’ para referirnos de forma conjunta a los dos casos analizados. Sería más preciso que el de ‘violencia política’ porque podemos interpretar que toda política tiene una dosis de violencia, guerra, llegando en

---

<sup>8</sup> William Ramírez Tobón, “Violencia y democracia en Colombia”, en *Análisis Político*, n° 3, enero-abril, 1988, p. 64.

<sup>9</sup> Carl von Clausewitz, *De la guerra*, Editions de Minuit, París, 1955.

algunos casos a la vía armada. Este proceso intentaría ser más preciso y definiría mejor la situación conjunta del País Vasco y Santander (Colombia). (...), el concepto de violencia política armada tiene un carácter de ´medio alcance` y la función de caracterizar la naturaleza de ELN y ETA cuando se hagan interpretaciones comunes de los dos casos”<sup>10</sup>.

Por lo tanto, “violencia política armada” es la categoría central de nuestra investigación y que nosotros definimos como: la acción de imponer la voluntad política propia al otro, por medio del uso sistemático de la fuerza armada para producir un orden social y político determinado. Este concepto pretende retomar los postulados clásicos de Weber frente al poder, así como la perspectiva foucaultiana de que el poder sólo existe en el acto, y éste es ante todo una relación de fuerza entre las partes en conflicto.

Una vez determinado nuestro objetivo general y la categoría que orienta el estudio, se evidencia ya que esta investigación requiere en primer lugar un esfuerzo para explicar y contextualizar históricamente la violencia política armada en ambos contextos, lo cual supone, evidentemente, un necesario enfoque de síntesis. Este “tono” de síntesis se acompaña de la búsqueda de los factores, causas, motivos o motivaciones para el surgimiento y consolidación de la violencia política armada en España y Colombia en la segunda mitad del siglo XX. Este marco creemos que es necesario para resolver la grave situación de conflicto social y político en ambos contextos. Como afirma el Informe Nacional de Desarrollo Humano del 2003 para Colombia del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), titulado *Entender para cambiar las raíces locales del conflicto*:

---

<sup>10</sup> Roberto Sancho Larrañaga, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España*, óp. cit., p. 39.

“El repudio ético no basta para fundar una estrategia eficaz y productiva: es preciso entender –y entender fríamente- los motivos, las conductas (y por ende) las estrategias de los involucrados. (...) Para entender –que no es justificar- las conductas asociadas con la violencia es preciso “ponerse en los zapatos” de cada actor, mirar las cosas desde su punto de vista”<sup>11</sup>.

Pero el discurso hegemónico sobre este tema que fluye generalmente por los medios de comunicación, escasamente presenta los análisis con una perspectiva histórico-causal, y más bien se presentan los hechos de forma descontextualizada y ahistórica. Ibán de Rementería refiriéndose al análisis de la violencia reciente en el Magdalena Medio, región central en nuestro análisis del conflicto colombiano y del surgimiento del ELN, afirma que:

“Este ascenso a los extremos hasta el terror absoluto y generalizado, muestra a la situación regional como irracional -la locura de Marte-, haciendo perder a los actores, observadores y analistas de la situación las causas reales y los orígenes concretos del conflicto socio-económico, que en tanto no resuelto, pasa por la violencia y asciende al terror”<sup>12</sup>.

Por tanto, como afirma María Victoria Uribe, se trataría en esencia de: “Comprender la violencia como condición previa para conseguir la paz...”<sup>13</sup>. Así el principal objetivo de la investigación es hacer énfasis en esta dimensión histórica del fenómeno de violencia política armada actual en ambos contextos. Partimos del

---

<sup>11</sup> Informe Nacional de Desarrollo Humano Colombia 2003, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, p. 144.

<sup>12</sup> Ibán de Rementería, “Hipótesis sobre la violencia reciente en el Magdalena Medio”, en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (Comp.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, CEREC, Bogotá, 1986, p. 347.

<sup>13</sup> Así comienza su libro María Victoria Uribe, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, Bogotá, Cinep, 1990, p. 11.

presupuesto de que una mejor comprensión histórica del fenómeno puede ayudar a que la sociedad lo enfrente, porque constatamos como afirma Mitxel Unzueta, que:

"Presentada de una u otra forma, consciente o inconscientemente, hoy aparece como una constante el sustraer, de toda actividad que tienda a despejar las incógnitas, la referencia al origen de la cuestión (...) Cada día se afianza en mí la convicción de que nos encontramos ante un evidente deseo de eludir la definición de la naturaleza de la violencia (...) Sólo después de una correcta definición de las causas, de las situaciones, puede obtenerse un análisis certero. Sólo después de este análisis certero pueden proponerse soluciones, medidas que enderecen situaciones no deseadas"<sup>14</sup>.

¿Y por qué estudiar el periodo fundacional y de consolidación de estas organizaciones? Porque creemos que fue en este momento cuando se establecieron unos rasgos fundamentales de estas organizaciones armadas (vanguardismo, militarismo, autoritarismo, mesianismo, etc.) que las marcaron, como los primeros años de vida de una persona son cruciales para su desarrollo futuro. Así se constata que algunos de estos rasgos iniciales perduran en gran medida a lo largo de la historia de las organizaciones y que la condicionaron de forma destacada, como a lo largo de nuestra investigación podremos comprobar. Creemos que son estas características que están presentes en los primeros años de ETA y ELN, las que determinan en gran medida que la violencia armada continúe utilizándose como instrumento político por estas organizaciones. Como afirma Cristina Rojas: “Los elementos comunes de la violencia del pasado y del presente refuerzan la necesidad

---

<sup>14</sup> Mitxel Unzueta, “Claves para comprender una situación”, en Fernando Reinares, *Violencia y política en Euskadi*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1984, p. 19.



de escudriñar en el primero para comprender el segundo”<sup>15</sup>.

Por tanto, la pregunta general que se plantea en esta investigación es: ¿Por qué surgen y se consolidan, en la segunda mitad del siglo XX, organizaciones armadas como el ELN y ETA, en Colombia y España? Este planteamiento ya ha sido desarrollado para cada caso y país, lo que esta investigación busca es pensar comparadamente los dos casos con la pretensión de que este ejercicio de comparación nos puede permitir una comprensión más amplia del fenómeno de la violencia política armada. Pretendemos que la comparación nos permita buscar "regularidades" que ayuden a una comprensión más completa de este fenómeno y de su realidad histórica. Sabemos que en la historia no se encuentran leyes, pero el pasado tiene contextos que permiten explicar los fenómenos históricos. Buscar regularidades en la comparación de casos o “conexiones causales” compartidas por dos o más contextos estudiados puede ayudar a darle una perspectiva de análisis más amplia a estas investigaciones. No hablamos de buscar explicaciones generalizables, pero sí de superar esa “cultura de las idiosincrasias locales o nacionales”, donde se analiza cualquier caso como totalmente distinto de otros y sin posibilidad de comparar con otros hechos similares o parecidos. Tal vez este esfuerzo nos permita formular explicaciones causales que tengan un alcance medio y que superen la mera descripción individual e histórica de un solo caso de estudio. Este puede ser el camino para que, en estos tiempos posmodernos, nuestra disciplina siga por la senda del conocimiento científico. El método que nos proponemos seguir, es el que nosotros definimos como “historia comparada analítica”<sup>16</sup>, y que pretende articular el nivel necesario de descripción (responder el cómo) de los acontecimientos históricos

---

<sup>15</sup> Cristina Rojas, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Ed. Norma, Bogotá, 2000, p. 77.

<sup>16</sup> Esta definición es tomada como derivación del utilizado por la Sociología Histórica Norteamericana, “Sociología histórica analítica”.

estudiados con el análisis (responder el porqué) de estos acontecimientos dentro de un fenómeno social más amplio. Pretendemos que sea un método inductivo y comparado, que mediante el conocimiento de dos casos de estudio (ETA y ELN) nos permita encontrar esas regularidades que nos den pistas de las causas o factores determinantes del surgimiento y consolidación de la violencia política armada en España y Colombia en la segunda mitad del siglo XX.

La comparación se convierte para nosotros en una estrategia metodológica que busca mejorar la inteligibilidad del fenómeno histórico de la violencia política armada y que pretende romper con algunos “lugares comunes” de las historiografías nacionales sobre el tema. También creemos que la comparación puede ayudar a encontrar nuevos enfoques, cuestiones o problemas sobre un caso particular, sobre todo cuando hay otros casos bien documentados (como el fenómeno etarra) lo que puede ayudar a mejorar el conocimiento de otro caso histórico (en nuestro caso, sobre la historia del ELN). La comparación de casos puede contribuir a un enriquecimiento investigativo mutuo entre los casos estudiados, por ejemplo la amplia bibliografía e investigación sobre ETA puede mejorar la comprensión de los factores de surgimiento del ELN, al aportar nuevas entradas a la investigación a partir de ese “espejo” analítico y metodológico; y por otro lado, el fenómeno etarra puede cobrar nueva dimensión a la luz de los aportes del estudio de la grave e intensa crisis política y social que ha vivido en las últimas décadas Colombia, y que hace que los elementos básicos de esta crisis sean más evidentes que en el caso etarra: la intensidad de la violencia política armada en Colombia, convierte a este país en un laboratorio ideal para analizar este fenómeno social. Pero el método comparado nos introduce en cuestiones que requieren tomar varias decisiones estratégico-metodológicas para el buen desempeño de la investigación:

1) En primer lugar hay que responder a la pregunta: ¿Qué comparar? Nosotros proponemos que un similar fenómeno histórico (en nuestro caso la violencia política armada), a partir de la búsqueda de rasgos diferenciadores y comunes; una vez identificados algunos rasgos comunes, éstos se convierten en objeto de estudio en los contextos estudiados. Estudiar ciertas coincidencias de un similar fenómeno histórico en varios contextos puede permitir desarrollar interpretaciones más generales que si se realiza el estudio de un solo caso. Partimos por tanto, de la hipótesis de que estas regularidades compartidas por ambos casos estudiados pueden ser determinantes para establecer las bases de un mejor conocimiento de los factores que posibilitaron el surgimiento y consolidación de la violencia política armada en estos dos contextos. Esta perspectiva nos acerca a lo que John Stuart Mill definió como método de comparación de concordancia<sup>17</sup>. Éste centra su atención en los puntos similares de los casos estudiados e intenta luego analizar si estos son relevantes y forman parte de esas regularidades causales que pueden explicar la emergencia de los procesos de violencia política armada en estas sociedades. Por lo tanto, mediante el uso sistemático de la comparación entre los casos estudiados (ELN y ETA), se busca encontrar puntos de coincidencia que permitan establecer algún tipo de regularidades que expliquen conjuntamente la aparición del fenómeno de la violencia política armada en Colombia y España en la segunda mitad del siglo XX. La investigación sigue las propuestas de “contrastes de

---

<sup>17</sup> A pesar de las múltiples denominaciones de las estrategias utilizadas dentro del método comparado, la mayoría nos remiten a la propuesta ideal de concordancia o de diferencia establecidas por John Stuart Mill en *A System of Logia*, (1ª. ed. 1843), traducido como *Sistema de lógica inductiva y deductiva*, Ed. Jorro, Madrid, 1917. Nosotros ubicamos esta investigación en el método de concordancia, que se refiere a las variables operativas homogéneas (que poseen iguales características) que serán analizadas en contextos heterogéneos (compuesto de partes de distinta naturaleza). Para explicar un fenómeno como la violencia política armada en dos contextos totalmente heterogéneos, debemos aislar algunas variables similares susceptibles de comparación y que además pueden tener una connotación causal. Se trata de comparar situaciones donde ocurre ese fenómeno con otras situaciones similares donde muchos de los elementos de la situación anterior también pueden darse o definitivamente se dan. Si varias variables de un mismo fenómeno poseen circunstancias similares, estas variables analizadas en ambos contextos son susceptibles de ser los factores o causas determinantes del fenómeno estudiado.

contextos” que permitan encontrar esas regularidades causales que ayudan a la comprensión de la acción social de los actores políticos.

2) ¿Cómo comparar? Nos atenemos a la propuesta de Jürgen Kocka cuando plantea que: “La comparación se configura a través de la formulación de una pregunta. Dos o más fenómenos sólo pueden ser comparados en relación a algo, a un tercero (*tertium comparationis*). Quien compara, precisa conceptos claros, nítidamente definidos, que designen las que, de acuerdo con la pregunta planteada, constituyan las similitudes relevantes de los objetos a comparar y formen así la base sobre la cual queda después determinar las diferencias entre ellos”<sup>18</sup>. Por lo tanto, una vez seleccionados los rasgos susceptibles de ser comparados en los dos contextos, la comparación es precedida por una pregunta detonante sobre el papel que cumple tal elemento o factor en el fenómeno de la violencia política armada en Colombia y España.

3) La historia comparada por la gran cantidad de información que requiere manejar de ambos casos estudiados, debe combinar el conocimiento del contexto general con el análisis de cada caso específico investigado; por lo tanto, se requiere el conocimiento de una amplia bibliografía secundaria y la labor de investigación archivística no puede ser tan intensa como en otro tipo de investigaciones históricas. Creemos conveniente utilizar la fórmula de “tanta abstracción como sea precisa, tanta concreción y referencia contextual como sea posible”<sup>19</sup>.

4) Nuestra investigación utiliza de forma explícita el método comparado (aunque creemos que la comparación es inherente al quehacer de los estudios históricos), pero la balanza de la comparación entre los dos casos analizados está

---

<sup>18</sup> Jürgen Kocka, *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, 2002, p. 49.

<sup>19</sup> *Ibíd.* p. 62.

claramente “desequilibrada”, a favor del estudio del ELN y de la violencia política armada en Colombia. El motivo principal de esta decisión metodológica fue que frente al abundante conocimiento científico sobre ETA y el conflicto vasco, el horizonte investigador sobre el ELN se caracteriza por su “semidesierto” historiográfico.

Por último, otra decisión teórica y metodológica<sup>20</sup> tomada es que, si bien hace unos años partíamos de la hipótesis que el factor o las causas más determinantes del surgimiento de estas organizaciones tenían que tener un carácter político, dado que hablábamos de violencia política armada; hoy creemos que después de más de diez años de investigar este fenómeno social, debemos introducir de forma destacada en el estudio, los factores culturales y las motivaciones de los militantes de estas organizaciones armadas. Este dilema se resolvió intentando integrar ambos enfoques en nuestra investigación y ésta es nuestra apuesta teórica, entendiéndola como plantea Julián Casanova:

“Por teoría debe entenderse aquí un sistema explícito y coherente de conceptos utilizado para organizar y explicar los datos históricos, que, sin embargo, no puede derivar sólo del estudio de las fuentes materiales ni tampoco provenir de un proceso de razonamiento puramente deductivo sin relación alguna con el trabajo empírico. Las teorías son, por consiguiente, ingredientes fundamentales en la investigación histórica que ofrecen simplificaciones de los procesos y relaciones sociales que, dependiendo de su campo de aplicación, ayudan al historiador a examinar y comprender casos particulares o

---

<sup>20</sup> Entendemos lo metodológico o el método en este caso, cercano a su significado etimológico “el camino a seguir”, el procedimiento o los pasos a seguir para alcanzar un objetivo.

construir amplias síntesis históricas donde encajar los estudios específicos de objetos limitados”<sup>21</sup>.

La propuesta teórica de esta investigación realiza un ejercicio de “historia social comprensiva”, que incluye el estudio de lo “subjetivo”, de los sentidos de la acción social, en definitiva estudiar la formación del sentido subjetivo que guió la acción de los militantes de las organizaciones armadas; y por otro lado, el estudio “objetivo” de los factores históricos, las causas “estructurales” de la violencia política armada en Colombia y España. Deseamos establecer un puente entre un conocimiento histórico-social “objetivo” y el análisis de los mecanismos de formación, distribución y consumo de sentidos socialmente construidos que realizan los actores sociales en su vida cotidiana. Demostrando con ello, la existencia de una realidad histórica, tanto socio-real como socio-simbólica imprescindible para interpretar y analizar la violencia política armada.

Entender las racionalidades de los actores individuales, colectivos y del propio conflicto, supone superar las perspectivas maniqueas, de los buenos y los malos, y pensar integralmente los problemas de la sociedad y relacionarlos con el conflicto. Esta fue la gran apuesta de esta investigación buscar esas racionalidades, el sustrato cultural que las fundamenta y que ha permitido la persistencia de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX. Para defender esta propuesta investigativa y teórica, en primer lugar esta investigación se posiciona frente a la disciplina histórica desde la constatación del carácter eminente político, discursivo y comunicativo de la historia y de las formas de comunicar el pasado. Pues la experiencia histórica no es la traducción directa y objetiva de una realidad externa a

---

<sup>21</sup> Julián Casanova, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Crítica, Barcelona, 1991, pp. 147-148.

las subjetividades de los individuos, así como a las relaciones de poder que se establecen en una sociedad. Con ello la Historia, para nosotros debe recurrir también a métodos interpretativos y comprensivos, que se acerquen no solamente a las condiciones materiales que constituyen las sociedades sino también “se hace imprescindible reconstruir las creencias, las intenciones y el universo mental de los sujetos, única manera de calibrar los efectos de la mediación simbólica sobre su práctica” porque “el ser social es el *ser percibido*, pues es en éste, y no en el primero, donde están inmediatamente enraizadas la identidad y las acciones de los individuos”<sup>22</sup>.

A partir de esta apuesta teórica y a lo largo de esta larga labor investigativa, se han ido cuestionando algunos de los “lugares comunes” en las historiografías nacionales de Colombia y España, sobre los factores determinantes en el surgimiento de actores armados ilegales en la segunda mitad del siglo XX. Uno de estos lugares comunes o versiones hegemónicas sobre el tema afirma que la violencia política armada surgió en ambos países fundamentalmente por un bloqueo persistente del sistema político nacional: Dictadura de Franco en España, Frente Nacional en Colombia. El gran predominio o la hegemonía de la historiografía que trabaja con una perspectiva nacional (aunque los temas sean locales o regionales, el enfoque implícito que prima suele ser el nacional), ha supuesto un peligro metodológico a la hora de analizar ciertos acontecimientos o fenómenos históricos; ya que ha sobrevalorado estos factores internos nacionales, “objetivos” o “estructurales” en el análisis de los mismos. Ante el peso de las “idiosincrasias nacionales” en las investigaciones históricas, que en muchas ocasiones nace del desconocimiento de esos mismos fenómenos históricos en otros contextos geográficos, la historia comparada puede ayudar a compensar este desequilibrio, contraponiendo el lugar que

---

<sup>22</sup> Miguel Ángel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Ed. Cátedra, Madrid, 2001, p. 31.

los factores externos, el ambiente internacional y lo “subjetivo” cumplieron en muchos de estos casos. La investigación pretende reflexionar sobre esa causalidad social para comprender las condiciones de posibilidad que permiten la acción política armada, preguntándonos: **¿Qué contextos sociales y condiciones discursivo-simbólicas hicieron posible que un determinado grupo social generase unas prácticas sociales ligadas a la violencia política armada?**

Así en nuestra investigación pretendemos redimensionar la importancia que tuvieron factores como el papel de “contagio” ideológico y de las formas de lucha que se dio en muchos países y en cientos de sus ciudadanos en un período relativamente breve de tiempo. Es así, como el ejemplo de otras experiencias revolucionarias o el “efecto demostración”, llevó a que muchos militantes analizaran las realidades locales o nacionales a partir del espejo de esas experiencias revolucionarias exitosas. El discurso ideológico, se encargó de adecuar una realidad “externa” a los intereses de los distintos actores armados, haciendo coherente la realidad local con la situación vivida en otros contextos donde la revolución triunfó. Paradójicamente, mientras que en la historiografía sobre el tema prima lo nacional, en la decisión de tomar las armas primó el ambiente revolucionario internacional. Por lo tanto, defendemos la hipótesis de que los factores externos o el ambiente internacional fueron determinantes para que unos sectores minoritarios de la población en el País Vasco o en Colombia, tomaran conciencia de sus posibilidades para la toma del poder por la vía de la lucha armada; y se sirvieron del bagaje intelectual de la época (marxismo, guevarismo, foquismo, etc.), para hacerlo confluír con una larga tradición de lucha de las gentes de estos territorios y de unos conflictos sociales históricos. Es desde esta perspectiva que entran a jugar un papel destacado en nuestra investigación el estudio de las creencias y re-presentaciones de los



militantes de las organizaciones armadas. En nuestro caso mediante el análisis del papel que tuvieron las ideologías, con una centralidad social destacada en la segunda mitad del siglo XX, como los principales dispositivos de gestión y administración de los universos de sentido de cientos de individuos que siguieron religiosamente sus presupuestos. Estas ideologías administraron “la realidad” de miles de personas, los individuos/creyentes vivieron EL discurso ideológico y existieron EN ese discurso, su realidad se convirtió en una especie de “revival” religioso alterno.

Las ideologías tuvieron la pretensión de hablar en nombre de “lo real”, como en otras épocas hicieron las religiones, y éste es el principio básico que sustenta lo que “debe ser creído” como una totalización; en este sentido, se convirtieron en el gesto cotidiano del renovado “acto de creer” tradicional. El discurso “autorizado” de las ideologías se convirtió en “normas de fe” y “técnica de hacer creer”, en definitiva en “elementos organizadores de las prácticas”<sup>23</sup> cotidianas de los individuos. Entonces debemos explorar los procesos de construcción social de lo sagrado y la institución socio-lingüística de “las realidades”, los “distintos marcos subjetivos para la representación de lo real”<sup>24</sup>, como procesos de “realización de la realidad”, de objetivación y subjetivación de la misma; y en definitiva de reificación y deificación humana. Miguel Ángel Cabrera introduce la cuestión afirmando que:

“En este sentido, se podría decir que los sujetos se constituyen como resultado de la *interpelación* que el discurso hace a los individuos (...). Lo que esta afirmación significa es que si es el discurso, y no el referente social, el que establece las pautas de constitución de la subjetividad, entonces los individuos devienen sujetos al ser movilizados por y encuadrados en las formas de identidad inherentes a una formación discursiva dada. Es

---

<sup>23</sup> Fabián Sanabria, “De la des-regulación de lo sagrado a la circulación del creer, hoy”, en *Memorias XII Congreso Colombiano de Historia*, Universidad del Cauca, Popayán, Agosto 4 al 8, 2003, p. 14.

<sup>24</sup> José Luís Rodríguez García, *Mirada, escritura, poder. Una relectura del devenir occidental*, Ed. Bellaterra, Barcelona, 2002, p. 153.

decir, que al ser portador de una rejilla clasificatoria de identificación, el patrón discursivo realmente induce o fuerza a los individuos situados en su ámbito de influencia a clasificarse, individual o colectivamente, mediante dicha rejilla. Y, por tanto, se podría decir, según la terminología habitual, que efectivamente el discurso llama y recluta a los individuos como sujetos”<sup>25</sup>.

Después de años de predominio de los análisis causales en las investigaciones sociales, hoy parece casi un “suicidio intelectual” o una arrogante osadía la intención de cualquier científico social por buscar conexiones causales en sus investigaciones. A pesar de ello o por ello, esta tesis se ocupa de indagar las condiciones<sup>26</sup> que propiciaron la situación actual de conflicto armado en estos dos contextos. Buscaremos esas conexiones causales o causalidad, no entendidas como leyes sino como relaciones, conectores o encadenadores de situaciones, hechos, acontecimientos, acciones y contextos sociales. Estas conexiones o relaciones nos pueden permitir acercarnos más a la comprensión y posterior explicación de un fenómeno como la violencia política armada. Porque a pesar de las críticas a la causalidad, las personas y los científicos sociales requieren seguir respondiendo la pregunta elemental de: ¿Por qué las personas se comportan como lo hacen en determinada situación o contexto histórico? Pero la respuesta a esta inquietud ya no

---

<sup>25</sup> *Ibidem.*, p. 118.

<sup>26</sup> Comencemos por distinguir algunos conceptos fundamentales para el debate y que muestran por qué se utilizan en distintos momentos del trabajo, para ello pedimos la ayuda del Diccionario de la Real Academia Española:

**Causa** (Del lat. *causa*, y este calco del gr. *αἰτία*). Aquello que se considera como fundamento u origen de algo. || Motivo o razón para obrar. || Empresa o doctrina en que se toma interés o partido. Esta última definición es lo que nosotros definimos como La Causa (con mayúsculas) revolucionaria, esa combinación de discurso ideológico y empresa socio-mesiánica que se convierte en un elemento transcendental para los individuos.

**Causalidad** (De *causal*). Causa, origen, principio. || Ley en virtud de la cual se producen efectos.

**Condición** (Del lat. *conditio*, *-ōnis*). Índole, naturaleza o propiedad de las cosas. || Estado, situación especial en que se halla alguien o algo. || Situación o circunstancia indispensable para la existencia de otra.

**Factor** (Del lat. *factor*, *-ōris*) Elemento, concausa.

**Elemento** (Del lat. *elementum*) Fundamento, móvil o parte integrante de algo.

puede reducirse a explicar los comportamientos como un reflejo transparente de unas condiciones objetivas o estructurales de la sociedad, ni tampoco a la decisión libre y autónoma de los individuos. Por lo tanto, la causalidad social para acercarse al establecimiento de las “condiciones de posibilidad de la acción social” debe tener en cuenta tanto las formas mecanicistas de la relación causa y efecto como el papel que los discursos y las mediaciones simbólicas cumplen en las personas. Ambos interactúan entre sí en un contexto determinado y están estrechamente imbricados, por lo tanto hay que aproximarse a esta situación relacional entre causas o factores “objetivos” y “subjetivos”<sup>27</sup>. Tanto el entorno social condiciona las prácticas de las organizaciones armadas, como el discurso de éstas ha ayudado a construir ese entorno particular. En el caso del ELN y ETA, su existencia fue posible no solamente porque existieron unas condiciones políticas y socioeconómicas determinadas, sino también como demostraremos, por la aprehensión significativa de un discurso ideológico que entronca rápidamente con una larga tradición cultural de lucha local. Fue esta mediación cultural, simbólica, discursiva o “subjetiva” imprescindible para que esa situación social “objetiva” deviniera en acción violenta armada. Y es que recordemos con Clifford Geertz que: “El hombre es un animal inserto en tramas de significación que el mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura, ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa de significaciones”<sup>28</sup>. En nuestra investigación por lo tanto cobra mucha importancia el estudio de los sustratos culturales que permitieron la consolidación de la violencia en ciertas poblaciones, y una de las categorías que se utilizan en la tesis para acercarse al estudio de lo

---

<sup>27</sup> El tema de la objetividad en el conocimiento científico fue desarrollado por el autor en: Roberto Sancho Larrañaga, “Reconfiguraciones sociales de los miedos, certezas y deseos: el papel de la ciencia”, en Revista *Cuestiones*, nº 4, Escuela de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Bucaramanga, 2005, pp. 31-42.

<sup>28</sup> Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1989, p. 20.

cultural, es el de re-presentación, definida por Stuart Hall como:

“Parte esencial del proceso mediante el cual se produce el sentido y se intercambia entre los miembros de una cultura. Pero implica el uso del lenguaje, de los signos y las imágenes que están por, o representan cosas (...). Porque interpretamos el mundo de manera aproximadamente igual, podemos construir una cultura compartida de sentidos y por tanto construir un mundo social que habitamos conjuntamente. Por ello ‘la cultura’ es definida a veces en términos de sentidos compartidos o mapas conceptuales compartidos (...). La relación entre las ‘cosas’, conceptos y signos está en el corazón de la producción de sentido dentro de un lenguaje. El proceso que vincula estos tres elementos y los convierte en un conjunto es lo que denominamos ‘representaciones’”<sup>29</sup>.

En general, cuando una investigación se aproxima a la comprensión de temas relacionados con la violencia, ésta es abordada como una consecuencia, efecto, síntomas o simple reflejo de otros fenómenos sociales “objetivos” (pobreza, falta de democracia, etc.). Habitualmente estos fenómenos atañen a elementos “internos” o del contexto político o económico-social nacional, por lo cual el acercamiento a la comprensión del fenómeno de la violencia se realiza describiendo en un informe este contexto nacional en una determinada correlación espacio-temporal (tal región en tal época). Ello unido en muchos casos a la inexistencia de la indagación histórica de los contextos discursivos y mediadores de la época, otorgan muy poca relevancia científica a estas investigaciones dada su reducida capacidad explicativa. Por lo tanto, muchos historiadores sociales no cuestionaron filosófica y metodológicamente este reflejo claro o conexión causal entre la violencia y un contexto sociopolítico

---

<sup>29</sup> Stuart Hall, *Representation: Cultural representations and signifying practices*, London, Sage Publications, 1997, traducido al español en <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/tallhall.pdf>

determinado; frente a esta postura, esta investigación parte de posicionarse teóricamente con respecto a la relación causal entre los elementos de análisis, es esta situación relacional el eje teórico de nuestra investigación y de la propuesta metodológica comparada utilizada. Como plantea Miguel Ángel Cabrera:

“La pérdida de vitalidad teórica del modelo objetivista (unida a la simultánea resistencia a recaer en el modelo idealista) ha propiciado la aparición de una nueva concepción de la acción social y, con ella, de una imagen de la sociedad gobernada por una lógica causal diferente a las supuestas hasta ahora por la investigación histórica. O, dicho llanamente, ha llevado a los nuevos historiadores a ofrecer una respuesta a la elemental pregunta de por qué las personas se comportan como lo hacen que no es ya ni la de porque han decidido libremente hacerlo así ni porque su posición social las ha impelido a ello. De manera concreta, la aparición de la nueva historia ha supuesto la formulación de la premisa de que las acciones significativas no son ni actos de elección racional ni efectos, sean inmediatos o simbólicos, del contexto social, sino que, por el contrario, son el resultado de la particular articulación que los individuos realizan de dicho contexto y de su posición en él. (...) Desde este punto de vista, las relaciones de causa efecto entre contexto social y acción no están inscritas en o son fijadas por el primero, sino que se constituyen como tales en la esfera de la mediación discursiva”<sup>30</sup>.

Por lo tanto, en la construcción o elaboración de conocimiento social creemos que siempre está presente este debate, así como en las investigaciones existen unas conexiones causales, implícitas o explícitamente formuladas; por lo tanto, renunciar a formular el papel de estas relaciones causales en el trabajo investigativo es poco honesto. La explicación social e histórica debe dar cuenta entonces tanto de los contextos socio-históricos como de las prácticas discursivas del ambiente cultural.

---

<sup>30</sup> Miguel Ángel Cabrera, óp. cit., p. 145.

Ambos interactúan y por tanto toda determinación del contexto político y social sobre el individuo es ejercida a través de mediaciones simbólicas, y estas matrices culturales y simbólicas inciden en las prácticas de los individuos determinadas por los contextos políticos, sociales, geográficos o económicos. Suscribimos lo planteado al respecto por Miguel Ángel Cabrera:

“En suma, que a un momento objetivista, en el que las representaciones son puestas en relación causal con las condiciones sociales que son su fundamento, el historiador ha de añadir un momento subjetivista, en el cual debe examinar cómo y hasta qué punto las representaciones conservan o modifican dichas condiciones, pues son los sujetos los que convierten a los significados en ingredientes positivos de la vida social. Dado que la realidad social es también, ella misma, un objeto de percepción, toda investigación histórica ha de tomar en consideración tanto a la realidad como a la percepción de la misma, pues las visiones de mundo no sólo forman parte del mundo, sino que contribuyen activamente a su construcción”<sup>31</sup>.

Pensamos que esta apuesta teórica es novedosa dentro de la historiografía que estudia al ELN, historiografía por otro lado muy poco desarrollada por las condiciones de la profesión histórica en Colombia y por la dificultad y riesgo de su estudio. Cabe recordar que estas organizaciones son clandestinas lo que dificulta enormemente su estudio o recolección de información, y que en el caso de Colombia expone a los investigadores a riesgos por su integridad física, que con otro tipo de investigaciones no tendrían. Por lo tanto, creemos que las “fronteras historiográficas” también están condicionadas por el momento que vive el propio conflicto armado. Por ello, el estado de la cuestión que se tiene de los procesos históricos de ELN y ETA es muy diferente: la abundante bibliografía sobre ETA ha permitido

---

<sup>31</sup> *Ibidem.*, p. 38.

(fundamentalmente, desde la llegada de la democracia), desentrañar las líneas maestras de la génesis y evolución de esta organización; por el contrario, el conocimiento sobre el proceso histórico del ELN está casi en sus comienzos y su discernimiento requerirá de mayor cantidad de estudios sobre el tema. Como vamos a ver, en líneas generales en la historiografía sobre el ELN podríamos encontrar tres “momentos” (que no significan que tengan una secuencia cronológica) y que pueden tener ciertas coincidencias con la evolución de la historiografía sobre ETA, si se realizase también un balance bibliográfico comparado. En un primer momento, las reflexiones sobre la aparición de estas organizaciones suele surgir de personas que han estado próximas a los círculos de sociabilidad, que pertenecen o fueron militantes de estas organizaciones armadas: son memorias de militantes, experiencias de críticos que decidieron salir de la organización o entrevistas a líderes de estas organizaciones armadas. En Colombia, esta primera etapa estaría caracterizada por el libro de Jaime Arenas, *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN Colombiano*, que fue el origen del conocimiento sistematizado del ELN, cargado de motivaciones personales, pero testimonio único de la organización en sus primeros años, hasta 1970. Arenas establece el papel del movimiento estudiantil en el surgimiento del ELN, el clima estudiantil en la Universidad Industrial de Santander, la relación de Camilo Torres con el ELN, las divergencias internas, etc. Todo desde su papel de testigo de excepción de todos estos acontecimientos por haber sido uno de los principales ideólogos del ELN. Más recientemente, el libro de Miltón Hernández, *Rojo y negro. Aproximación a la historia del ELN*, se convierte en la versión oficial de este grupo armado sobre su historia. Este grupo de textos se completaría con obras como la de Carlos Arango, *Yo vi morir a Camilo*; Medardo Correa Arboleda, *Sueño inconcluso. Mi vivencia en el ELN*; Ricardo Lara Parada, “ELN: revelaciones de

Ricardo Lara Parada”; y, sobre todo, el libro de Nicolás Rodríguez Bautista, fundador y máximo responsable de la organización, *Y nos hicimos guerrilleros*.

Esta etapa investigativa se complementa fundamentalmente con entrevistas a miembros destacados de la organización y podríamos afirmar que perdura hasta nuestros días; así tendríamos los trabajos de Marta Harnecker, *Unidad que multiplica: entrevista a dirigente máximos de la Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional*; o el más reciente de Carlos Medina Gallego, *ELN: una historia contada a dos voces*, Arturo Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*, Germán Castro Caicedo, *En secreto*, Javier Darío Restrepo, *La revolución de las sotanas. Golconda 25 años después*, Carlos Arango Zuluaga, *Crucifijos-sotanas y fusiles*, etc.

En el caso del estudio de ETA, esta primera etapa se prolonga generalmente hasta la llegada de la democracia y estaría representada por los trabajos de José L. Álvarez Enparantza, “Txillardegi”, *De Santoña a Burgos 1937-1970*; Federico de Arteaga, *ETA y el proceso de Burgos*; Eugenio Ibarzabal, “Así nació ETA. A los veinte años de su aparición”; Emilio López Adán, “Beltza”, *Nacionalismo vasco y clases sociales y El nacionalismo vasco en el exilio (1937-1960)*, etc. O más recientemente, los textos de Xavier Zumalde, *Mi lucha clandestina en ETA. Memorias del primer jefe del Frente Militar (1965-1968)* y *Las botas de la guerrilla. Memorias del jefe de los Grupos Autónomos de ETA (1969-1977)*. Todos estos trabajos se caracterizaban por ser reflexiones hechas desde el interior de la organización y mezclaban una exposición de hechos destacados de ETA con justificaciones, más o menos claras, de las causas de este fenómeno social: reflexiones sobre la conexión de la lucha de ETA con procesos de resistencia anteriores, como la resistencia vasca al finalizar la Guerra Civil; el problema de la



lucha de clases, etc. Tienen un valor testimonial muy importante y fueron el origen del conocimiento científico sobre ETA, pero están cargadas de valoraciones personales que marcan indudablemente su análisis. En este apartado hay que destacar la publicación que la editorial Hordago hizo en 1981 de los *Documentos Y*, casi 10.000 páginas en dieciocho volúmenes, donde se hallan la mayoría de los documentos internos de ETA que los editores consiguieron localizar, así como una gran cantidad de documentos sobre la organización. Otros textos internos de la organización se recogieron independientemente, por ejemplo, K. De Zunbeltz, *Hacia una estrategia revolucionaria vasca*.

Un segundo momento en el conocimiento de estas organizaciones vendría caracterizado por la sistematización de la información "dispersa" que se tenía en el período anterior en obras que pretende dar una perspectiva más integral de la organización. En Colombia, el conocimiento sistemático del ELN está dando sus primeros frutos, gracias al trabajo realizado por Carlos Medina Gallego, donde tras un periodo largo de investigación con fuentes primarias y entrevistas con protagonistas, ha conseguido establecer los acontecimientos fundamentales de la organización, así como los aspectos y periodos del ELN. Un trabajo pormenorizado indispensable para posteriores investigaciones sobre aspectos más concretos de la organización, sus reflexiones se han concretado en su libro, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional. La historia de los primeros tiempos (1958-1978)*. Por otro lado, hay que mencionar también el intento de contextualización del surgimiento y consolidación del ELN realizado por el autor de esta tesis doctoral en su libro, Roberto Sancho, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España: ELN y ETA*. Con estos textos de Carlos Medina y Roberto Sancho, nos encontraríamos con el horizonte investigativo sobre la historia del ELN;

por ello creemos que nuestra investigación puede aportar elementos que llenarán parte de ese vacío investigativo existente sobre un fenómeno social tan importante como es la existencia del ELN.

Este segundo momento se corresponde en España con las obras "clásicas" de la historia de ETA, los dos volúmenes de José M. Garmendia, *Historia de ETA*; Gurutz Jauregui, *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*; John Sullivan, *El nacionalismo vasco radical*; Robert P. Clark, *The Basque Insurgents. ETA 1952-1980*, o el texto más reciente coordinado por Antonio Elorza, *La historia de ETA*. También hay otras obras menos afortunadas en este bloque como las de Luigi Bruni, *ETA, historia política de una lucha armada* o Pedro Ibarra Güell, *La evolución estratégica de ETA*. Con estas obras se sistematiza el conocimiento de los acontecimientos de la organización, se establecen periodos de evolución o los principales elementos que caracterizan la organización. Estos textos que se pueden definir como "tradicionales" o la "historia política" de la organización, se centran fundamentalmente, en el estudio de la documentación interna, los congresos, las discusiones ideológicas, las sucesiones en la cúpula de la organización, etc. Esta sistematización ha sido un paso previo indispensable para los análisis posteriores que inciden en aspectos más concretos de la organización.

Por tanto, el tercer momento de la historiografía sobre el ELN o ETA es aquel con una bibliografía que desarrolla aspectos puntuales de estas organizaciones. Podemos destacar en este punto el intento de escribir biografías de algunos de los protagonistas, a partir de entrevistas con ellos mismos; por ejemplo, los libros que se publicaron en España a raíz de la muerte del "cura español guerrillero": la obra de Ion Arregui, *Los sueños intactos, "el cura Pérez"* o el de Fabiola Calvo Ocampo, *Manuel Pérez, un cura español en la guerrilla colombiana*. Herederos estos últimos

textos, de las obras surgidas a raíz de la muerte de Camilo Torres, en especial el libro de María López Vigil, *Camilo camina en Colombia*.

Como afirmamos anteriormente, el conocimiento que se tiene sobre la organización etarra es amplia y enlaza con estudios de diversas disciplinas, desde análisis de políticos, sociólogos, periodistas o propiamente de historiadores. La bibliografía que surge constantemente sobre el tema es muy abundante y se caracteriza por esa diversidad de enfoques existentes: desde aspectos como el estudio de los procesos de captación o abandono de la organización, las características sociológicas de la militancia de ETA, el estudio de las finanzas de ETA, el papel de las mujeres dentro de la organización, la repercusión social y económica del terrorismo, etc. Libros como los de Florencio Domínguez Iribarren, *ETA: Estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992*, *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas* y *Las raíces del miedo. Euskadi, una sociedad atemorizada* o el texto de Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y por qué*.

Todas las obras referenciadas anteriormente y el resto de la extensa bibliografía tendrán su análisis a medida que vayan participando en la elaboración del texto. Pero lo que evidencia esta primera aproximación es el poco avance de la historiografía sobre el ELN, esta tesis por tanto aporta al conocimiento de la historia de esa organización con una perspectiva comparada con otros grupos armados, esencialmente con ETA, y se propone con ello indagar en las condiciones socio-políticas y psicoculturales que permitieron el surgimiento y consolidación de este tipo de organizaciones armadas. Para ello se perfilan tres ámbitos de análisis: por un lado los contextos socio-políticos nacionales y el contexto internacional en el momento de surgimiento de las organizaciones; en segundo lugar, el estudio de los contextos culturales y los imaginarios que hacen posible las conductas de los

militantes; y por último, la observación de la dimensión personal a partir de algunos activistas representativos. Se sigue la propuesta de Kocka: “Representar las estructuras y los procesos a través de acontecimientos y personas y, en este sentido, también narrar”<sup>32</sup>. Mostrar problemas estructurales sociales y políticos, y paralelamente narrar la vida de varios de los protagonistas representativos de estas organizaciones; porque no sólo existe la Historia con mayúsculas sino también las historias con minúsculas, queremos con ello recuperar al ser humano en esa Historia. Con este planteamiento se pretende dar salida a la propuesta teórica de trabajar las dimensiones objetivas y subjetivas del fenómeno de la violencia política armada; esa propuesta ecléctica que intenta abarcar varias dimensiones del fenómeno.

También se propone esta tesis varias formas de “contar” o de escribir la historia, pretende narrar con mucha argumentación y argumentar con mucha narración, por ello se combinan capítulos “duros” explicativos con capítulos “blandos” que ponen mayor énfasis en las formas de narrar el pasado, en un ejercicio consciente de escritura de la historia. Se busca con ello manejar una “tensión del relato” en la tesis, con capítulos descriptivos y analíticos habituales en la academia con otros más narrativos que intentan explorar las posibilidades literarias de la historia, ambos basados en un riguroso tratamiento de las fuentes y de la abundante bibliografía secundaria. La premisa es que es tan importante el qué decir, como el cómo decirlo y que sobre el tema se requiere tanto una mirada general como otra más precisa que se aproxime a los hechos, los ambientes y las personas de forma más precisa y narrativa.

A partir de las consideraciones anteriores, la estructura del texto se divide de la siguiente manera: el capítulo primero titulado *Surgimiento del Ejército de Liberación Nacional*, comienza con una narración de la primera acción armada del

---

<sup>32</sup> Jürgen Kocka, óp. cit., p. 101.

ELN, intenta rescatar los ecos de la historiografía en sus orígenes en la Antigüedad clásica, y propone una estructura narrativa tradicional con un conflicto, un desarrollo y encadenación de sucesos y un desenlace. Este capítulo pretende recrear las atmósferas que vivieron los primeros militantes del ELN. Un segundo momento de este capítulo, reconstruye la historia del primer líder de la organización Fabio Vázquez; ésta se convierte en una excusa para analizar el surgimiento del germen de la organización en Cuba, la Brigada Pro-liberación José Antonio Galán, y sirve de entrada al análisis del papel que los factores externos tuvieron en el nacimiento del ELN.

El capítulo segundo titulado *Los factores externos y el surgimiento de organizaciones armadas*, es el primer capítulo “duro” de la tesis, donde nos interrogamos sobre el papel que cumplieron los factores externos y el contexto internacional en el surgimiento de organizaciones armadas en América Latina y Europa, a partir del análisis comparado de los casos estudiados: ELN y ETA. El análisis de los contextos internacionales donde surgieron estos grupos armados, creemos que arroja luz sobre “los contextos necesarios o que favorecieron” un eventual éxito o fracaso de las experiencias revolucionarias. En este capítulo se analizan aspectos como las dos olas revolucionarias en América Latina en la segunda mitad del siglo XX, la influencia del modelo cubano, las políticas contrainsurgentes de la Doctrina de Seguridad Nacional, el surgimiento de la Nueva Izquierda, etc.

El capítulo tercero titulado *Regreso de Cuba e implantación del foco insurreccional*, es otra sección “blanda” de la tesis, un descanso antes de profundizar en el análisis de los factores internos nacionales. Comienza con el relato del regreso de Cuba del germen del ELN después de su corta estadía de formación en la isla y sirve de “excusa” para analizar las razones que los llevaron a elegir la zona de

implantación del foco guerrillero; razones que se convierten en un buen ejemplo del papel que los factores internos cumplen en estas organizaciones para su consolidación. De esa zona elegida para la implantación del foco es Nicolás Rodríguez Bautista, fundador y actual máximo dirigente del ELN, con la narración de su infancia se busca entender las sensaciones que llevan a muchos jóvenes campesinos colombianos a ingresar a los grupos armados, década tras década. La infancia de Nicolás Rodríguez es un relato cosido a la realidad histórica de este país, y a su vez con este tipo de relatos nosotros intentamos coser la realidad histórica de ese momento.

El capítulo cuarto titulado *Los factores internos y el surgimiento de organizaciones armadas*, analiza las condiciones estructurales del conflicto armado colombiano a la luz del “especial” proceso de configuración de la sociedad y el moderno Estado liberal, así como la institucionalización de unos tipos de relaciones y vínculos sociales determinados por la violencia. Configuración de la sociedad e institucionalización de la misma, marcada por las formas de ocupación del espacio, ese fenómeno de colonización agraria que ha determinado las formas específicas de cohesión social y de articulación con el Estado. La hipótesis que se defiende es que la violencia ligada al proceso de colonización del país muestra que es mediante esta violencia como se fue integrando territorialmente el país; así como que con el uso de la fuerza, estas poblaciones por fuera de la normatividad e institucionalización tuvieron acceso a la ciudadanía. En este capítulo se desarrollan algunos de los factores que determinaron esa evolución histórica, como la colonización agraria, la deslegitimación del Estado, la cultura política de la violencia, el bloqueo del sistema político colombiano, etc.

El capítulo quinto titulado *Discurso, re-presentaciones e imaginarios*, tiene como objetivo profundizar en el conocimiento de la dimensión subjetiva de la violencia política armada en Colombia y España, así como de las mediaciones simbólicas que hacen pensable, justificable e incluso necesaria para los actores armados, la existencia de la violencia en estas sociedades. Partimos de una perspectiva que considera que las causas estructurales u “objetivas” resultan insuficientes para hacer inteligible la violencia política armada, por ello se requiere analizar también las percepciones que de la “realidad” tienen estos actores sociales. Qué referentes culturales y simbólicos en la sociedad determinaron las prácticas y conductas de los militantes de organizaciones armadas ilegales. Nos preguntaremos qué relación existe entre la cultura de la violencia, lo simbólico y lo sagrado; ese espacio donde se gesta el culto a la violencia en estas organizaciones. Indagaremos qué re-presentaciones de guerra, muerte-sacrificio, entrega sacramental, santidad del héroe muerto en combate, etc., alimentan esa cultura de la violencia de estos actores armados.

Por último, el capítulo sexto titulado *Aspectos comparados de las características socio-económicas de la militancia en grupos armados en Colombia y España: ELN y ETA*, propone conocer los perfiles sociológicos de los militantes de las organizaciones armadas que surgieron en la década de los años sesenta, especialmente del ELN y ETA; además realizaremos la comparación de ambos perfiles así como su evolución histórica, a partir de categorías preestablecidas como la edad, el sexo, el nivel de estudios, el tamaño de la localidad de nacimiento, la profesión, etc. El eje central de este capítulo se compone del análisis cuantitativo de los documentos judiciales del Tribunal Especial, los expedientes judiciales contra

guerrilleros, que se encuentran en el Archivo Central del Palacio de Justicia de Bucaramanga.

Por último, la tesis se completa con un cuadro de cronología comparada del período estudiado de Colombia y España, así como un cuadro de siglas de organizaciones de ambos países.



**CAPÍTULO PRIMERO**

**SURGIMIENTO DEL**

**EJÉRCITO DE**

**LIBERACIÓN**

**NACIONAL (ELN)**

# 1.1. PRIMERA ACCIÓN ARMADA DEL EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL

El grupo se dividió en dos: la escuadra número uno con 9 hombres harían de guerrilleros y emboscarían a la escuadra número dos compuesta por otros 8 hombres que harían de tropa del ejército. Se preparó todo, unos “enmontados” detrás de la vegetación a ambos lados de la vía y los otros bajando por el camino real. Cuando el ejercicio iba a llegar al momento más importante y todos estaban listos en su posición para el combate; en mitad del grupo de hombres encargados de emboscar a esa “patrulla” del ejército, se escuchó un grito de rabia y desespero: “¿Qué hijueputa vinimos a hacer aquí?”. Era Silverio, nombre de guerra de un joven santandereano, ejemplar típico de esta región montañosa del nororiente colombiano; rebelde y atravesado, se negaba a cumplir las ordenes de seguir entrenando y haciendo ¡pum-pum-pum, con la boca!, porque dada la escasez de balas, el entrenamiento era sin munición. Sin poder disparar su carabina calibre 22, Silverio enfurecido vociferaba: “¡Ah, no, yo no hago más pum-pum-pum! ¡Cuando toque dar plomo, sí, pero estas güevonadas yo no las aguanto más!”<sup>33</sup>.

La cuadrilla se olvidó rápidamente del entrenamiento militar y saliendo cada uno de sus puestos, comenzaron una acalorada y típica discusión entre compatriotas.

---

<sup>33</sup> Testimonios de Nicolás Rodríguez Bautista tomados de María López Vigil, *Camilo camina en Colombia*, Segunda Edición, Hecho en Colombia, 1989, pp. 54-55. Este libro se construyó con las entrevistas a los dos máximos responsables del ELN en ese momento: el jefe político, el cura aragonés Manuel Pérez y el responsable militar de la organización, el santandereano Nicolás Rodríguez Bautista (Gabino). Este libro no es sólo indispensable para rastrear la vida del cura Camilo Torres en el ELN, sino también para indagar sobre el surgimiento del ELN en 1964, sobre todo en el capítulo “Elenos” que muestra las motivaciones de los primeros militantes, las justificaciones para el uso de la violencia o el peso de la teoría del foco guerrillero como estrategia revolucionaria implementada por la organización y que tanta repercusión tuvo en su historia. Al ser un testimonio de primera mano de los protagonistas del surgimiento del ELN, sirvió de fundamento para reconstruir histórica y narrativamente los primeros momentos de la organización armada.

Silverio seguía gritando desesperado que se negaba a hacer ese teatro, él no había entrado a la guerrilla para hacer el payaso; alegaba que quería ver armas de verdad y no las que Fabio dibujaba en un tablero de madera; estaba harto de escuchar frente a esa pizarra decir: “Miren: un fusil es así, una granada es así, una ametralladora es así...”<sup>34</sup>. Los compañeros responsables del grupo querían que entrase en razón y con voz firme pero cariñosa le afirmaban que todo cambiaría pronto cuando comenzaran los combates de verdad con el ejército. Otros compañeros querían que se castigara la actitud de Silverio de forma ejemplar, alegando que la revolución se basaba en la disciplina y que ese acto de insubordinación requería una rectificación inmediata del santandereano o sino un juicio revolucionario donde el encausado se atenía a la sentencia de muerte y el consiguiente fusilamiento. ¿Qué sucedería si estas acciones se producen en un enfrentamiento de verdad? Alegaban estos improvisados fiscales. La discusión se seguía en alta voz, intentando cada uno imponer su opinión no a través de los argumentos más convincentes sino dependiendo de la capacidad torácica y las cuerdas vocales de cada cual. Toda esta situación era inverosímil teniendo en cuenta que se trataba de un grupo clandestino, que intenta pasar desapercibido, mimetizarse con el paisaje selvático del Cerro de los Andes. Pero el eco de la discusión recorría toda la vereda<sup>35</sup>, creándose una situación de verdadero “realismo mágico”, que podría servir de argumento para una novela del colombiano Gabriel García Márquez.

Silverio sólo reflejaba el sentir de la mayoría del grupo. Que lejos quedaban el entusiasmo y la alegría de ese 4 de julio de 1964, cuando diecisiete campesinos al mando de Fabio Vásquez comenzaron la Primera Marcha Guerrillera. En ese momento, todos ellos iniciaban su vida como guerrilleros y constituían el núcleo

---

<sup>34</sup> *Ibidem.*, p. 54.

<sup>35</sup> La vereda es un valle pequeño entre montañas.

inicial del naciente Ejército de Liberación Nacional<sup>36</sup>. Sólo habían pasado varios meses desde esa Primera Marcha, se encontraban en diciembre; pero el hambre, el cansancio, la separación de la familia y, sobre todo, la falta de acción militar, tenían mermada la moral “revolucionaria” de estos combatientes. Tal vez, como afirmó el propio Che, una guerrilla que no combate, desaparece. La situación del grupo guerrillero no podía continuar con esa precariedad de recursos, mal vestido, alimentado, y lo peor, deficientemente armados para emprender la ingente labor de “liberar a Colombia de las garras de la oligarquía y del imperialismo yanqui”. Literalmente, no sólo se autodefinían el ejército de los pobres, sino que eran eso, un ejército pobre. Era necesario conseguir dinero, armas, medicamentos; y no menos urgente realizar una acción militar que elevase la moral de la milicia. Esta acción debía servir también para darse a conocer ante el país y el mundo entero. Así comenzó la planificación de la Toma de Simacota<sup>37</sup>.

Simacota era una población santandereana de unos cinco mil habitantes, que reunía las características para esta primera acción militar. Este primer combate fue decisivo para el futuro del germen del ELN, no se podía fracasar, había que asegurar la victoria. En juego estaba el debate que por esos días se daba en la izquierda en Colombia, sobre la viabilidad de la lucha armada para cambiar la situación del país.

---

<sup>36</sup> Jaime Arenas, *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN colombiano*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1971, pp. 42-43. Este libro es la primera experiencia de sintetizar la historia del ELN a los siete años de su fundación, a partir de las memorias escritas por uno de los más destacados miembros de la organización en su etapa inicial. Jaime Arenas ingresó en 1967 (tres años después del surgimiento de la organización), antes se había convertido en uno de los líderes estudiantiles más importantes del país y mano derecha del cura Camilo Torres. Tras permanecer año y medio en la organización y de haber sido uno de sus ideólogos más destacados, desertó de la misma y decidió escribir su experiencia sobre lo que había vivido y sentido en la organización armada. La decepción con la lucha armada, la denuncia de la desviación militarista del ELN, su separación de las masas, las divisiones entre los rurales y los urbanos y sobre todo la falta de preparación política de los militantes, motivo a Jaime Arenas a desligarse de la organización. El máximo responsable del ELN en la época, Fabio Vásquez, no perdonó la desertión de Arenas y lo mandó asesinar. Este libro es indispensable para reconstruir la vida de uno de los primeros ideólogos de la organización, pero también como primer documento “integral” sobre el ELN, permite acercarse a la comprensión de: los primeros años de la organización armada, el papel del cura Camilo Torres en la misma, la teoría del foco, etc.

<sup>37</sup> *Ibidem.*, p. 44-45.

Esta acción militar tenía que ser exitosa, tanto militar como política, e incluso económicamente. Simacota tenía un significado simbólico importante, porque era la tierra de los Comuneros, aquellos que se habían alzado contra la explotación de España durante la Colonia; y lugar de nacimiento de su principal líder, José Antonio Galán, mártir nacional. Éste fue asesinado por los españoles, que destrozaron su cuerpo, repartiendo sus miembros y exhibiéndolos por las poblaciones donde mayor fuerza tuvo la insurrección. Fabio era consciente de este legado simbólico, también el resto del grupo se sentía orgulloso de esa gesta y continuadores después de varios siglos del fenómeno libertador. Además Simacota se eligió porque era fácil una victoria militar, a pesar de la precariedad del armamento, sólo existía un puesto de policía con cinco agentes; y el batallón más cercano del ejército se encontraba a casi una hora de camino. Contaba también la población con sucursal de la Caja Agraria, que permitiría acopiar recursos económicos, así como droguerías y almacenes para obtener medicamentos y alimentos. También había un miembro del grupo que conocía muy bien la región y Simacota estaba suficientemente alejada de la zona-base para poder replegarse y no poner en riesgo los apoyos campesinos de la guerrilla<sup>38</sup>.

Así pues, después de pasar el día de Navidad en el páramo, comenzaron la aproximación al objetivo escogido. La marcha no era sencilla, dado que la zona era inhóspita y el clima extremo, el frío del páramo los envolvía y la ausencia de buenos caminos dificultaba el progreso. La mayoría eran hombres acostumbrados a caminar por el monte, ya que eran jóvenes campesinos, e incluso varios de ellos habían estado años antes por estas inexpugnables selvas de San Vicente de Chucurí, peleando como guerrilleros liberales a las ordenes del legendario Rafael Rangel, después del asesinato en 1948 del candidato populista Jorge Eliécer Gaitán. Entre otros

---

<sup>38</sup> *Ibidem.*, p. 45.

exguerrilleros liberales, y en ese momento guerrilleros “marxistas” del ELN, se encontraban: José Solano, alias Tirapavas, Jorge González, Domingo Leal, Hernán Moreno, Jacinto Bermúdez o José Ayala<sup>39</sup>. La marcha era lenta, a pesar de las largas jornadas de diez horas y de la estación benéfica del verano. El sudor y lo inapropiado del equipo hacía que los compañeros terminasen la jornada con los pies escaldados y las espaldas laceradas. Algunos llevaban botas de caucho de tallas más grandes, otros las dos botas del mismo pie, como en el caso de Nicolás Rodríguez Bautista -alias Gabino-; lo que convertía en un verdadero infierno caminar por aquellos empinados filos, cañadas o a través de la interminable y resbaladiza selva, que había que ir rompiendo para poder atravesarla. Pero como animales montaraces fueron superando los obstáculos que la naturaleza les ponía: las angostas quebradas que había que atravesar por resbaladizos troncos como malabaristas de circo; los estrechos filos colgados en las paredes de los valles profundos; las frías noches en improvisados cambuches de helechos y ramas secas donde intentar atrapar unas horas de sueño,... ¡La revolución es sacrificio!, afirmaban los más viejos; y cada nuevo día parecía darles la razón.

Al fin llegaron a cercanías de Simacota. La operación se había planificado para el día 7 de enero en previsión de que los policías después de la fiesta de la noche anterior, día de Reyes, estuviesen más descuidados, incluso tenían la esperanza de encontrarlos borrachos. Había que aprovechar al máximo el factor sorpresa, dada la escasez de armamento y su mal estado. Los guerrilleros más bien iban “buscando cómo quitárselo a ellos”<sup>40</sup>. Estos nuevos estrategas-guerrilleros se estrenaban poniendo toda su fe en el conocimiento del sentir de las gentes de su país. Ellos

---

<sup>39</sup> Álvaro Acevedo Tarazona, *Revolución sin alma*, Documento mimeografiado, 2004. Novela histórica que relata la vida de Jaime Arenas como uno de los protagonistas de la juventud colombiana de los años sesenta. El autor pudo acceder al manuscrito de la novela en carácter de evaluador científico del texto para su publicación por la Editorial de la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

<sup>40</sup> María López Vigil, *óp. cit.*, p. 58.

sabían que la fiesta en Colombia, como en otros países maltratados por el destino, se convierte en un estado de euforia que intenta exorcizar la adversidad del día a día de las personas. Es la excusa para verse la cara, comprobar que se ha sobrevivido otra temporada, que están vivos y para demostrarlo gritan, bailan, se emborrachan, aman, pelean,... y luego regresan tranquilamente a sus humildes casas, a sus aislados y míseros ranchitos en la montaña. Y vuelven a trabajar la tierra, a reproducirse, trayendo hijos a este mundo, al mismo ritmo que la manigua crece por el efecto de la fotosíntesis acelerada. Hasta la siguiente fiesta, renovando el ciclo vital y fatal de la naturaleza.

El sentido común o “la malicia indígena” no les falló, ya que los policías habían celebrado la fiesta hasta altas horas de la noche. Pero esta primera acción del ELN fue más una mezcla de realismo mágico, histeria, venganza, improvisación y simbolismo, que una lección de estrategia militar. Esta acción militar marcó el nacimiento del grupo guerrillero que lleva más de cuarenta años combatiendo, pero también pudo haber marcado su defunción dada las situaciones tan rocambolescas que se generaron ese siete de enero a partir de las primeras horas de la mañana, cuando la gente de Simacota empezó a ver bajar del monte unos hombres armados con revólveres, escopetas y carabinas, y comenzaron a gritar: “¡Se metió la chusma; ¡Se metió la chusma!”<sup>41</sup>.

El grupo guerrillero estaba integrado por veintiséis hombres y una mujer, Paula González Rojas, “Mariela”, y era dirigido por Fabio, quien a partir de las cinco de la mañana, dio las instrucciones: por grupos se encargarían de controlar todas las vías de acceso a la población, a los agentes de policía, al alcalde,... A primera hora

---

<sup>41</sup> Pastor Virviescas Gómez, “La toma de Simacota: entre el mito y la realidad”, *El Espectador*, Bogotá, domingo, 12 de abril de 1998, p. Judicial 5-A. El autor reconstruye esta histórica acción armada del ELN a partir de testimonios a personas del pueblo santandereano de Simacota y que vivieron esta primera acción militar de la organización.

del alba, el grupo guerrillero llegó a las cercanías de la población, tomando posición en un cafetal desde donde se divisaban tanto las salidas del pueblo hacia las poblaciones cercanas de Socorro y Chimá, como la plaza principal. Esperando el momento adecuado para atacar, se vieron sorprendidos por la llegada de campesinos al pueblo que venían de otras veredas vecinas. Hubo que actuar rápidamente, un comando se precipitó por la colina, para retener a los labriegos en la casa de doña Resura. El resto del grupo guerrillero se puso en acción. Todo se precipitó en poco tiempo, se necesitaba controlar las entradas en la población, varios hombres del ELN se distribuyeron por las esquinas estratégicas del pueblo: el triángulo formado por la Caja Agraria, el estanco de don Pedro Elías y Telecom.

La noche anterior, la población había estado de fiesta, lo que aprovecharon varios hombres del grupo para inspeccionar el pueblo y comprobar que varios policías se encontraban inmersos en los festejos. Por eso, cuando el sargento de policía, Alberto Herreño Ruiz, medio borracho, se tropieza con una pareja que precipitadamente sube por la calle, cerca de las oficinas de teléfonos; y ambos extraños levantan los brazos para sacar sus armas escondidas debajo de sus camisas; el agente, creyendo un saludo, alza la mano para contestar, en el mismo momento en que Fabio y Mariela le descargan sus revólveres, rociándolo con 14 disparos<sup>42</sup>. Mariela, todavía nerviosa, se dirigió a Fabio y le dijo: “Mi corazón está en paz. Herreño está muerto”, esta joven no podía olvidar que el sargento había torturado en varias ocasiones a su papa por ser liberal, lo mismo que a otros familiares y vecinos de El Hato y El Palmar<sup>43</sup>.

Entonces la confusión reinó en toda la población, los disparos silbaban por encima de las cabezas de los pobladores que caminaban buscando refugio; la gente se

---

<sup>42</sup> Álvaro Acevedo, *Revolución sin alma*, óp. cit., p. 36.

<sup>43</sup> Pastor Virviescas, óp. cit., p. Judicial 5-A.



asomaba a las ventanas intentando comprender qué sucedía; las madres corrían a esconder a sus hijos. Un policía se refugió en una esquina de la Iglesia, pero fue alcanzado por una bala disparada desde un costado de la plaza. Otro cayó frente al Café Naranja. El último resistió lo que pudo en el puesto de policía. En la misma plaza los tres policías fueron asesinados por los *elenos* – nombre con el que se conocerá coloquialmente a los miembros del ELN -, los guerrilleros “recuperaron” las armas de dotación de los agentes, así como las guardadas en el puesto de policía; posteriormente un grupo encabezado por Mariela asaltó la Caja Agraria de donde sustrajeron 54.000 pesos, se dirigieron luego a la sucursal de Bavaria donde robaron 2.500 pesos; en la casa de don Félix Villareal se apropiaron de 9.000 pesos y un caballo; en el Hotel Central, 1.000 pesos y una carabina; en la Droguería Saravita, Mariela como enfermera del grupo revisó el material y se llevaron varias cajas de antibióticos, jeringas, antisépticos, vendas y jabón; por último, del Palacio Municipal sustrajeron una maquina de escribir, una radio y una bandera colombiana<sup>44</sup>.

La población observaba estupefacta la situación que protagonizaban esos hombres vestidos con uniformes verde oliva y unos brazaletes con las letras ELN, sin comprender en principio qué sucedía. La anécdota que muestra esta incertidumbre y que ha quedado en la memoria colectiva de esta población, es la protagonizó aquel gracioso borracho que creyendo que los guerrilleros pertenecían a la guardia chulavita –grupo paramilitar conservador que durante todos los años 50 sembraron el pánico por las poblaciones de mayoría liberal-, empezó a dar grandes gritos y vivas a los conservadores y sus líderes, hasta que los guerrilleros le comentaron que ellos no eran conservadores. Sin esperar mayor respuesta, el borrachillo comenzó a dar vítores a favor del partido liberal, obteniendo similar respuesta; lo mismo sucedió

---

<sup>44</sup> “El sistema y su hija, la guerrilla: el que siembra vientos...”, en *La Nueva Prensa*, n° 127, Bogotá, 23 de enero de 1965, pp. 21-22. Tomado de Alejo Vargas Velásquez, *Política y armas al inicio del Frente Nacional*, Ed. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1995, pp. 163-164.

cuando probó fortuna con las aclamaciones al Partido Comunista. El borrachito indignado exclamó la famosa frase: “¿Entonces, quién putas diablos son ustedes?”<sup>45</sup>.

Los guerrilleros concentraron a la población en la plaza del pueblo, donde Víctor Medina Morón (alias Andrés), uno de los primeros ideólogos del ELN, y Fabio Vásquez (alias Carlos) animaron a la población a unirse a la lucha revolucionaria y a luchar contra la explotación capitalista. Se leyó y repartieron unas hojas mimeografiadas con un manifiesto a los colombianos, que se conocerá como el Manifiesto de Simacota<sup>46</sup>:

“La violencia reaccionaria desatada por los diversos gobiernos oligarcas y continuada por el corrompido régimen Valencia-Ruiz Novoa-Lleras, ha sido un arma poderosa para sofocar el movimiento campesino revolucionario, ha sido una poderosa arma de dominación en los últimos quince años.

La educación se encuentra en manos de negociantes que se enriquecen con la ignorancia en que mantienen a nuestros pueblos.

La tierra es explotada por campesinos que no tienen donde caerse muertos y que acaban sus energías y las de su familia en beneficio de los oligarcas que viven en las ciudades como reyes.

Los obreros trabajan por jornales de hambre, sometidos a la miseria y humillaciones de las grandes empresas extranjeras y nacionales.

Los intelectuales y profesionales jóvenes demócratas se ven cercados y están en el dilema de entregarse a la clase dominante o perecer.

Los pequeños y medianos productores tanto del campo como de la ciudad ven arruinadas sus economías ante la cruel competencia y acaparamiento de los créditos por parte del capital extranjero y de sus secuaces vendepatrias.

---

<sup>45</sup> Pastor Virviescas, óp. cit., p. Judicial 5-A.

<sup>46</sup> Tomado del libro de Jaime Arenas, óp. cit., pp. 47-48.

Las riquezas de todo el pueblo colombiano son saqueadas por los imperialistas norteamericanos.

Pero nuestro pueblo que ha sentido sobre sus espaldas el látigo de la explotación, de la miseria, de la violencia reaccionaria, se levanta y está en pie de lucha. La lucha revolucionaria es el único camino de todo el pueblo para derrocar el actual gobierno de engaño y de violencia.

Nosotros que agrupamos el EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL, nos encontramos en la lucha por la liberación nacional de Colombia.

El pueblo liberal y el pueblo conservador harán frente juntos para derrocar la oligarquía de ambos partidos.

VIVA LA UNIDAD DE LOS CAMPESINOS, OBREROS,  
ESTUDIANTES, PROFESIONALES Y GENTES HONRADAS  
QUE DESEAN HACER DE COLOMBIA UNA PATRIA DIGNA  
PARA LOS COLOMBIANOS HONESTOS;

LIBERACIÓN O MUERTE;

EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL

Frente “José Antonio Galán”

Carlos Villarreal y Andrés Sierra”.

Transcurridas dos horas desde el inicio de la toma de Simacota, en torno a las nueve de la mañana, los guerrilleros que vigilaban la carretera que comunicaba con Socorro, la población más importante de la zona, escucharon un ¡rurrrrrrrr!, de un vehículo que se aproximaba. El “comando” había dejado sus posiciones, porque después de una pequeña “asamblea” revolucionaria, decidieron repartir la leche de unas cantinas grandes que había cerca de la carretera y que pertenecían, según afirmaron los campesinos a un ricachón del pueblo. Los aldeanos, que tuvieron que retener en la casita de doña Resura<sup>47</sup>, recibieron a gusto estos tragos de pura leche de

---

<sup>47</sup> Fabiola Calvo Ocampo, *Manuel Pérez, un cura español en la guerrilla colombiana*, Ediciones VOSA, Madrid, 1998, pp. 46-47. La autora, periodista colombiana y doctora en Sociología y Ciencias

vaca. Los campesinos muy agradecidos por el inesperado detalle, comenzaron a preguntarles: ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué se toman el pueblo? En esa conversación de “acercamiento a las masas y adoctrinamiento político” se encontraban cuando la estafeta, el único que permaneció próximo a la carretera, corrió a avisarles de la cercanía de dos vehículos, aparentemente militares. Salieron rápidamente del porche de la casa y se precipitaron a ambos lados de la vía, atrincherados, preparando sus armas para el inminente enfrentamiento.

¿Cómo era posible que el ejército en tan sólo dos horas estuviera en las puertas de Simacota? ¿Era una casualidad o la inteligencia militar era muy sofisticada? En esas reflexiones estaban los emboscados cuando se acercaba la patrulla militar, en dos vehículos con unos ocho hombres. Sólo unos meses más tarde sabrían que el destino, o tal vez Cupido, dios del amor, quiso que en el momento del ataque a la población, la telefonista estuviese hablando con su novio, el enamorado no era otro que el comandante del batallón del Socorro<sup>48</sup>; al que su amada alcanzó a comunicarse que se oían tiros en la calle, justo antes de que el comando de guerrilleros encargados de cortar la línea telefónica, cumpliera su objetivo militar. El comandante decidió, sin mucha convicción, mandar unos hombres para que averiguasen lo que sucedía en Simacota.

Si los guerrilleros fueron sorprendidos por la llegada del ejército, éste podía esperar todo menos que sería recibido a tiros por un grupo armado. Al aproximarse el primer vehículo, un “campero” con un suboficial y tres soldados, a cuarenta metros de los insurgentes, estos apuntaron y dispararon sus “sofisticadas” armas, que

---

Políticas de la Universidad Complutense, construye una breve biografía del cura aragonés Manuel Pérez, máximo responsable político de la organización armada hasta su muerte el 14 de febrero de 1998, a partir de entrevistas al protagonista y otros destacados miembros del ELN. Manuel Pérez, Manuel Marulanda “Tirofijo” el máximo responsable de las FARC y Pablo Escobar, el narcotraficantes, han sido los enemigos más buscados por las fuerzas del Estado, en la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

<sup>48</sup> María López Vigil, óp. cit., pp. 60-61.

servían más para mostrar que para disparar. El armamento consistía en un fusil de un solo tiro, una escopeta 16, una carabina calibre 22 que había perdido el proveedor y que para dispararla tocaba meterle el tiro en la recámara, girar el arma y encerrejarla para disparar un tiro. Peor suerte corrió el joven Gabino, su escopeta después de martillarla, no disparó; sacó su revólver, marca “Lechuza”, fabricado artesanalmente en su pueblo, pero tampoco funcionó. La primera acción armada del hoy máximo responsable militar del ELN, consistió en no poder disparar ni un tiro y sólo correr para salvar la vida. Porque después de la primera sorpresa, los vehículos militares pararon y los soldados desde tierra disparaban sus fusiles M-1, semiautomáticos.

Este sería el primer choque armado con soldados profesionales. Todo el grupo guerrillero inició la retirada por la quebrada La Malpasa, mientras eran perseguidos a corta distancia por algunos soldados. Estos continuaron la persecución hasta que la noche, aliada fiel siempre de los “enmontados”, permitió que los guerrilleros se zafaran del acoso militar. Caminaron toda la noche en dirección al Cerro de los Andes; e ironía del destino, estos “valientes” combatientes se encontraban en plena Cordillera de los Cobardes. Caminaban sonrientes con sus nuevos “fierros”, por fin armas de verdad. Aunque algunos como Gabino no podían disimular su pesadumbre por la muerte de su “cuñao”, la única baja que había tenido el grupo. Pedro, había sido su mejor amigo y confidente en la guerrilla. Por él había entrado a la milicia, cuando Pedro Gordillo, alias Parmenio, era novio de su hermana. Era duro para un “pelao” de catorce años tener que perder a su compañero, pero más duro resultó dejarlo en el camino porque en el momento de replegarse sólo pudieron cargar el cadáver un trecho; el ejército estaba cerca y el muerto podía poner en peligro el repliegue. Unos cuantos compañeros se quedaron en la retaguardia para darle una rápida y última despedida al primer “mártir” del ELN; allí mismo se le

otorgó el grado póstumo de capitán. Fabio mandó a Gabino que registrase los bolsillos del cadáver, no se le fueran a quedar cosas que pudieran servir de pistas al ejército<sup>49</sup>. Allí quedó el cuerpo sin vida de Pedro, en una orilla de la trocha. Algunos de los compañeros, entre ellos Gabino, no pudieron contener el llanto; otros bajaron la mirada y con paso vivo se alejaron de su compañero como quien se aleja de su propia muerte.

Al día siguiente, al final de la jornada decidieron descansar a orillas de una quebrada donde decidieron dejar el barro que habían arrebatado a la trocha; quitarse el sudor pegado al cuerpo durante esos dos últimos días y recuperarse un poco del cansancio y la tensión acumuladas. Fabio fue de los últimos en dedicarse a esta faena de aseo personal. Se acercó a la quebrada cuando ya la mayoría del grupo se había acomodado para descansar unas horas. La noche era clara, una de esas bellas noches de verano, con las estrellas alumbrando. Se sentó en una piedra y acunado por el sonido del agua, empezó a hacer balance de estos primeros años de lucha revolucionaria. Su memoria se vio inundada, en medio de la somnolencia, por los recuerdos de su estancia en Cuba y el surgimiento de la Brigada Proliberación José Antonio Galán, verdadero germen del ELN e inicio del proceso que llevó a la Toma de Simacota y que, cuarenta años después, continúa en las montañas y ciudades colombianas.

---

<sup>49</sup> *Ibidem.*, p. 62.

## 1.2. EL “VIVO<sup>50</sup>”, FABIO VÁSQUEZ:

### EL CHE COLOMBIANO

Su primer recuerdo de Cuba es la imagen proyectada en la ventanilla del avión de la compañía KLM, que los transportaba<sup>51</sup>. Esa estampa del hermoso contraste cromático entre el azul intenso del mar y el verde de la vegetación. Cuba, un vergel natural, y ahora por fin también un paraíso social, pensaban Fabio y sus aproximadamente sesenta compañeros colombianos. Fidel Castro, después de unos primeros momentos de duda, había impuesto su proyecto socialista en la isla; ¡a la caribeña!, como los rebeldes americanos deseaban. Fabio estaba embargado por la emoción, podía conocer de primera mano la revolución socialista; era un colombiano privilegiado por una beca de estudios concedida por los cubanos. Cuando el avión se detuvo y se abrieron las puertas, bajó tropezando por las escaleras del avión, quería conocer, tocar inmediatamente a un cubano, a un revolucionario de verdad, estrecharle la mano y agradecer el gesto de hermandad que tuvieron con ellos. Y no espero al recibimiento oficial, al primer trabajador del aeropuerto que vio, se le acercó y dándole la mano lo saludó fraternalmente, como quien lo hace de una persona por largos años separada. En la misma pista del aeropuerto, el gobierno

---

<sup>50</sup> La persona o el individuo “vivo”, en Colombia, es aquel que sabe sobrevivir en cualquier circunstancia, es recursivo porque utiliza el ingenio para salir adelante en circunstancias adversas; muy similar a lo que en España se entiende como el “espabilado”, el que aviva el entendimiento y es ingenioso.

<sup>51</sup> Para reconstruir la estancia en Cuba se utilizó esencialmente la entrevista a Ricardo Lara Parada, otro de los fundadores del ELN, en Cristina De la Torre, “Nacimiento del ELN. Revelaciones de Ricardo Lara Parada”, en *Trópicos. Crítica y réplica*, nº 3, Marzo-Abril, 1980, especialmente pp.17-22. Esta entrevista es fundamental ya que el entrevistado estuvo presente en los momentos decisivos de la conformación del germen del ELN y en su posterior consolidación con la puesta en marcha de un foco guerrillero en las montañas de Santander.

cubano preparó el recibimiento a sus invitados; por cierto, no faltó la música tradicional: guantanameras, maniseros, siboneyes,...

Después del recibimiento, los estudiantes colombianos fueron trasladados en cadillac del Icapa (Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos Americanos), al Hotel Habana Riviera. Éste, antiguo emporio de la oligarquía cubana, había sido convertido en residencia estudiantil. Fabio y sus compañeros, estaban asombrados de los lujos y el confort, y se convencieron de que así se hacía la revolución: ¡Quitarle a los ricos para darle a los pobres! ¡La fórmula perfecta de la revolución y la felicidad! Tan sólo unos días después, el 26 de julio de 1962, llegó la culminación de este éxtasis místico-revolucionario, ese clímax de júbilo en el que se encontraban el grupo de colombianos; estos fueron llevados en autobús a La Habana para una multitudinaria conmemoración. Allí en medio de miles de personas, pudieron ver, escuchar, aclamar, aplaudir al “Caballo”, Fidel Castro en persona. Fabio, en ese momento, no podía imaginar que estos hechos y, unos meses después, la Crisis de los Misiles Rusos (octubre 1962), condicionaría el resto de su vida.

Tal vez ninguna persona, represente tanto a miles de jóvenes colombianos que han decidido ingresar en grupos armados ilegales en las últimas décadas en Colombia, como Fabio Vásquez Castaño. Ese es el principal motivo para traerlo a esta investigación. Este hombre, que se convirtió en el máximo dirigente del ELN durante más de diez años, hasta 1974, proyecta el sentir, las motivaciones, los estímulos de muchos jóvenes; puede ser, tal vez, uno de los arquetipos del joven guerrillero colombiano (otro podría ser Manuel Marulanda, máximo responsable de las FARC). Todo ello, tanto por la cultura popular que representa, como por su trayectoria personal. Con una infancia difícil en el campo, Fabio estaba acostumbrado a trabajar duro y al esfuerzo; fue testigo de excepción de la violencia



contra su familia y desde joven se habituó al uso de las armas; aventurero, “recursivo” por naturaleza, vividor, machista empedernido, galán trasnochado de película mexicana, de fuerte carácter, autoritario,... Fabio puede ser el típico colombiano, definido rápidamente con una palabra: un superviviente.

Era una persona sagaz, que sabía sacar el máximo provecho a sus fortalezas y debilidades. No tenía gran preparación académica o política, sus problemas físicos lo limitaban en el plano militar; sin embargo, se convirtió rápidamente en el líder del naciente movimiento insurgente. Y es que Fabio, ante todo cuidaba su imagen, era consciente que “la vida es puro teatro”, como esas películas mexicanas que a él tanto le gustaban; y él, como nadie, representaba el papel de líder guerrillero. Había visto decenas de películas de la revolución mexicana, y había interiorizado perfectamente el modelo de sus héroes. Fue, poco a poco, construyendo esa imagen y se fue creando un aura en torno suyo. A ello contribuían su aspecto físico de galán duro mexicano, la sonrisa eterna en sus labios, sus ojos brillantes, la seguridad en sí mismo, en sus ideales, la charla franca como buen paisa,... En la construcción de esta personalidad, de este ego, contribuyó mucho los elogios que el mismo Che Guevara le dirigiese en público<sup>52</sup>. Ungido con el “agua bendita de la revolución”, todo en él se convirtió, poco a poco, en virtuosismo, lo bueno y lo malo: “Si la revolución era superior, él también era superior; si infalible, él así mismo infalible; si era pura, él intachable. Lo ideal de la revolución lo tomó para sí como cosa cierta y en contraprestación le transmitió, como cosa revolucionaria, todas sus virtudes y defectos. La revolución terminó siendo inflexible, puesto que él era inflexible; acabó

---

<sup>52</sup> Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, Intermedio Editores, Bogotá, 2000, pp. 31 y 70. Broderick en este libro construye la mejor bibliografía existente sobre el cura aragonés Manuel Pérez, el autor decide con este texto seguir la estela de su anterior biografía sobre Camilo Torres. Ambas están basadas en una exhaustiva investigación documental y entrevistas, pero también en su conocimiento como exjesuita y su relación generacional con los protagonistas, de las experiencias vividas por estos curas que decidieron seguir la vía armada para la transformación social. También se convierte en instrumento de comprensión, desde el ámbito de la religiosidad, del origen del ELN y de la relación entre marxismo y cristianismo.

siendo autoritaria y militarista porque él era autoritario y militarista; devino excluyente porque él era excluyente; devino campesina porque Fabio era campesino; como la revolución era grande, él no podía ser pequeño, y como Fabio llegó a ser paranoico, la revolución se volvió paranoica”<sup>53</sup>. En este párrafo, se empieza a perfilar la fuerza que los imaginarios y la ideología, “ese orden simbólico virtual, la red que estructura nuestra realidad”<sup>54</sup>, tiene en la vida de una persona condicionando su acción social y contribuyendo a la construcción social y simbólica del fenómeno de la insurgencia; pero también cómo un individuo, un líder como Fabio es capaz de transferir su personalidad a todo un grupo social, condicionando su trayectoria. Definitivamente, la historia es un proceso dialéctico entre condiciones “estructurales” e individuos; y se hace necesario comprender “el complejo de significado subjetivo de la acción”<sup>55</sup>.

Fabio fue comparado en Colombia mil veces con el Che, y las montañas de Santander se convirtieron en el imaginario de muchos idealistas, en la Sierra Maestra

---

<sup>53</sup> Medardo Correa Arboleda, *Sueño inconcluso. Mi vivencia en el ELN*, Fundación para la Investigación y el Desarrollo de la Economía Social (FINDESARROLLO), Bogotá, 1997, pp. 161-162. Este libro testimonial nos permite acercarnos a la comprensión de una época y de los sentimientos que movieron a muchos jóvenes a vincularse a organizaciones armadas en Colombia. Medardo Correa, sintetiza ese joven rebelde de los años sesenta que buscó su compromiso con la sociedad a partir de su acercamiento y fe en la revolución. El autor a los ocho años sufrió las consecuencias de la época de La Violencia, que obligaron a su familia a salir desplazada y desterrada de sus tierras, posteriormente estudió Derecho en Bogotá y fue militante de las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal (JMRL), sector que aportó parte de los primeros cuadros de mando en el ELN. El libro tiene una perspectiva destacada y que lo diferencia de otros libros de memorias de exmilitantes de la organización, y es su análisis psicoanalítico de los personajes con quien convivió Medardo Correa en sus años de militancia.

<sup>54</sup> Slavoj Žižek, “The Matrix, o las dos caras de la perversión”, en *Desde el jardín de Freud*, n° 3, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2003, pp. 293 y 297. El autor hace una lectura desde el psicoanálisis y Lacan, de la película *The Matrix*, donde muestra como no sólo en el futuro se vivirá en una realidad virtual, sino que esa virtualidad está presente en la actualidad en las cosmovisiones y ordenes simbólicos que estructuran la realidad humana y que determinan las prácticas sociales de los individuos. En el caso de las organizaciones armadas este orden virtual y simbólico hace referencia a las ideologías y al mundo simbólico que justifican y legitiman para los militantes, el recurso a la violencia armada. En el caso de Fabio, ese orden simbólico creemos que se construyó con referentes cinematográficos e ideológicos.

<sup>55</sup> Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1999, (1ª ed. en castellano 1968), p. 35. Este texto clásico de la sociología del conocimiento, se ocupa por indagar cómo las personas “conocen” la “realidad” en su vida cotidiana. Indaga por el complejo de significados subjetivos que sustentan la acción de los individuos, ese “edificio de significados” sobre el que se construye la existencia humana. Los sujetos construimos nuestra “realidad” en un proceso dialéctico entre estructuras sociales e interpretaciones simbólicas.

colombiana. Personaje odiado e idolatrado, la polémica sobre su vida continúa hasta la actualidad. Comandante Alejandro, se autodefinió, porque este “eleno” (miembro del ELN), este “griego”, tenía ante sí, otra campaña militar frente a la historia, una “Magna” batalla por liberar su país y después al continente entero. Su nombre y su figura alimentaron mitos entre ese “magma” revolucionario que en el país provocó esa “falla geológica” en la historia de América Latina que fue la revolución cubana. No es baladí analizar los nombres de “moda” que los jóvenes revolucionarios de la época, ponían a su descendencia: Fidel Ernesto, José Stalín, Alejandro, y si nacía niña, Alejandra en honor del nuevo libertador de América. ¡Y ahora sí, por fin era colombiano, y no venezolano como sucedió con Bolívar!

Fabio, el Che colombiano, tenía una figura alta, equilibrada, delgada, con espaldas robustas; en la mayoría de las fotos aparece como un modelo de calendario, posando a la cámara. Su rostro es bastante redondo, su mirada profunda, su frente holgada, su sonrisa amplia y llena de picardía; sus bigotes a lo Pancho Villa, aunque su verdadero y admirado modelo, fue siempre Jorge Negrete. De éste copió sus expresiones corporales y su lenguaje de cine mexicano popular. Generalmente en la montaña, Fabio vestía su uniforme verde oliva, su sombrero de vaquero con alas dobladas y un pañuelo rojo amarado en su cuello; en su cinto una pistola de nueve milímetros con dos proveedores y su inseparable ametralladora Madsen<sup>56</sup>. Más que un guerrillero parecía un protagonista de film.

---

<sup>56</sup> Para esta reconstrucción física se utilizaron fotografías y descripciones de los siguientes textos: Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 74, 75, 208, 209 y 343; Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., pp. 99, 239 y 240; Carlos Arango Zuluaga, *Crucifijos-sotanas y fusiles*, Editorial Colombia Nueva, Bogotá, 1991, p. 26. En este último texto, Carlos Arango pretende reconstruir, a los 25 años de la muerte del cura Camilo Torres, la participación de la iglesia católica en la lucha armada en varios momentos de la historia de América Latina, a partir de personalidades destacadas como el colombiano Camilo Torres, el mexicano Miguel Hidalgo o el aragonés Manuel Pérez. Para nuestra tesis se convierte en una fuente imprescindible por las entrevistas que realiza a Manuel Pérez y otros curas colombianos que estuvieron cerca del proceso de surgimiento y consolidación del ELN; pero también porque fueron personas muy cercanas a varios curas españoles que ingresaron a la organización

Este formidable aspecto y unos niveles altos de testosterona, lo convertían en un verdadero macho alfa, con múltiples admiradoras, e incluso algunas fanáticas; especialmente famosos fueron sus amores con las campesinas. Mientras fue el máximo responsable del ELN, Fabio siempre obtuvo ventaja de su posición jerárquica para aproximarse a las compañeras o a las campesinas de las zonas por donde transitaban. Esta doble moral será criticada posteriormente por sus hombres, dado que Fabio siempre fue reacio a que las mujeres entraran en la guerrilla y mucho menos que sus hombres se relacionasen con mujeres. Sin embargo, se sabía que él introducía constantemente campesinas por las noches en su “guindadero”, siempre intentando que no le descubriesen<sup>57</sup>. También se acostaba con algunas compañeras militantes de la red urbana, cuando llegaban ocasionalmente al monte a recibir entrenamiento. Estas compañeras tenían que soportar desde el primer momento, los esfuerzos de Fabio, su jefe máximo en una cerrada jerarquía militar, por seducirlas para acostarse con ellas. Muchas sucumbían a sus encantos naturales o a la aureola de líder guerrillero; otras sin embargo, tenían que soportar durante días o semanas el cortejo de este macho “mexicano” a la colombiana. Su galanteo era mezcla de intentos vagos por utilizar técnicas amorosas de la gente culta, usadas en otros tiempos y lugares, con elementos de un rústico pueblerino o frases de cajón extraídas de sus películas favoritas de charros mexicanos. Fabio sería el único guerrillero que tendría siempre una guerrillera a su servicio, que lo cuidaba, le lavaba su ropa, le preparaba platos especiales dada su “delicada” salud, le acompañaba en sus momentos de soledad,... Todo un privilegio en medio de un sacrosanto celibato

---

armada y se convierten en fuente para reconstruir su permanencia en Colombia: Manuel Pérez, Domingo Laín, José Antonio Jiménez, etc.

<sup>57</sup> Para estudiar las relaciones amorosas de Fabio se consultó; Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., pp. 240, 250 y 263.

general de la tropa. Curiosa esta mezcla de amor, revolución, machismo y sexo que va a ser otra constante en el interior de estas organizaciones guerrilleras.

Pero no siempre el destino estuvo de cara para nuestro protagonista. Nació en el seno de una familia campesina y humilde en Calarcá, departamento de Quindío, en el centro del país y en una reconocida zona cafetera de Colombia. Su infancia quedó marcada porque presenció el asesinato de su padre acribillado a balazos a manos de los “pájaros”, unos matones a sueldo del partido conservador, que durante los años cuarenta extendieron el terror dentro del período de violencia partidista. Como miles de compatriotas, Fabio sufrió la violencia en propia carne, se tuvo que desplazar, abandonar sus bienes, su tierra,... Tuvo también que dejar la escuela en cuarto año de educación primaria para ayudar a sostener a su familia. Estos hechos sembraron la semilla de la rebeldía en su espíritu<sup>58</sup>. Asimismo desde entonces el empuñar un arma se volvió para él, una obsesión<sup>59</sup>.

Pero la historia de Fabio en la guerrilla está estrechamente vinculada también con la de sus hermanos. El clan Vásquez Castaño se convirtió, en el surgimiento del ELN, en la verdadera alma mater de esta guerrilla; llegando a estar en algún momento configurado el Estado Mayor como un “negocio familiar”; salvo por la presencia de Ricardo Lara Parada, segundo al mando, el resto estaba compuesto por Fabio y sus hermanos, Manuel y Antonio. Esta conexión familia y violencia es otro fenómeno común en muchos grupos armados ilegales<sup>60</sup>. Los nombres de guerra que asumieron los hermanos<sup>61</sup> son reveladores del papel que creían que la historia les

---

<sup>58</sup> *Ibíd.*, p. 235.

<sup>59</sup> Germán Castro Caycedo, *En secreto*, Planeta, Bogotá, 1996, p. 49. Este afamado periodista colombiano compendió en este libro una serie de entrevistas históricas con protagonistas destacados de la historia de Colombia en la segunda mitad del siglo XX, como Pablo Escobar o varios jefes guerrilleros.

<sup>60</sup> El tema fue desarrollado con más detenimiento en Roberto Sancho Larrañaga, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España*, óp. cit., pp. 190-196.

<sup>61</sup> Para reconstruir la relación de los hermanos Vásquez Castaño se utilizaron los siguientes textos: Juan Carlos Sierra, *El discurso histórico del ELN, 1963-1986*, Tesis de pregrado, Departamento de

otorgaba: Fabio, como ya dijimos, se hizo llamar “Alejandro”, sin duda por el “Magno”; Manuel, adoptó el nombre de “Gerónimo” en honor del jefe indio; y Antonio, el menor de los hermanos, utilizó como seudónimo “Emiliano”, por Zapata, el líder guerrillero mexicano.

De todos los hermanos, en un comienzo, el de mayor reconocimiento nacional y político era Manuel Vázquez Castaño. Aunque criados en el mismo hogar, Manuel pudo estudiar derecho en la Universidad Libre de Bogotá, donde muy pronto se vinculó con movimientos políticos; en un primer momento publicó la revista *La vanguardia del MRL*, militando en las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal, sector del ala izquierda del partido Liberal, movimiento dirigido por el caudillo Alfonso López Michelsen, quien posteriormente fue presidente de Colombia. Manuel también presidió la Federación Estudiantil de Colombia y fue elegido como representante del Secretariado de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, con sede en Budapest. Esta experiencia le permitió estar algunos años en Europa, conocer varios países de Europa Oriental, la capital de Moscú,... Manuel se convirtió en el líder político del ELN, siempre apoyando la dirección trazada por su hermano Fabio.

Fabio, por ese entonces trabajaba como contable en un banco y convenció a Manuel de que manejase sus influencias y le tramitase la solicitud para poder salir a estudiar a Cuba. Recordemos que Fabio sólo había estudiado hasta cuarto de primaria, por lo que parece plausible la versión de que tuvo que falsificar su título de bachiller, para poder viajar a la isla<sup>62</sup>. Otra vez más, nuestro protagonista mostró ser poseedor de esa mal llamada, “malicia indígena”. Por eso, Fabio fue probablemente

---

Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2004, p. 52; María López Vigil, *Camilo camina en Colombia*, óp. cit., pp. 63 y 256; Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., pp. 30, 173 y 174.

<sup>62</sup> Germán Castro Caycedo, *En secreto*, óp. cit., p. 49.

el único de los jóvenes colombianos que llegaron a Cuba, que no tenía como fin adelantar estudios, estudiar una carrera universitaria; sino vivir su “experiencia revolucionaria”, y si podía, tener acceso a una formación militar, atraído por esa pasión por las armas<sup>63</sup>.

Es así como a los tres meses de la llegada de Fabio a Cuba, en octubre de 1962, se produce la Crisis de los Misiles Rusos, con EE.UU. La isla se militarizó totalmente, las ciudades se rodearon de trincheras y se colocaron cañones en lugares estratégicos, en los edificios más altos se puso la artillería antiaérea, los tanques se desplazaban a toda velocidad por las calles,... La población en edad de combatir entró a la milicia, el color de moda en el vestir fue el verde oliva, constituyéndose en pocos días un ejército de más de dos millones de integrantes. Por las calles quien iba vestido de civil tuvo que soportar los insultos: ¡Gusano!, etc. El gobierno cubano le propuso a los estudiantes extranjeros que salieran del país, para lo que dispuso varios aviones. El grupo de colombianos<sup>64</sup> se reunió y discutieron la situación, de los sesenta que en un comienzo llegaron a la isla, veintisiete decidieron quedarse para apoyar a los cubanos en la defensa de la isla. Estos, entre los que se encontraba Fabio, fueron conducidos a la zona de Pinar del Río, donde se les dio un curso militar intenso de dos semanas. Les proporcionaron uniformes militares y se les instruyó en táctica militar, especialmente en lucha de guerrillas, manejo de armas, preparación de emboscadas,... El entrenamiento fue muy riguroso por la misma situación de conflicto que se vivía en el país, por eso al finalizar el curso, el grupo de colombianos se había reducido a 20 componentes.

Este reducido grupo entre los que se encontraba Fabio Vásquez, Victor Medina Morón, Luís Rovira, Raimundo Cruz,... empezaron a plantearse la

---

<sup>63</sup> Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., p. 49.

<sup>64</sup> Para reconstruir este período es imprescindible utilizar el artículo de: Cristina De La Torre, Op cit., pp. 21-26.

posibilidad de aprovechar esa preparación para formar un grupo armado en Colombia, que desarrollará la teoría de foco guerrillero del Che Guevara. Analizaron la situación de Colombia en comparación con la Cuba pre-revolucionaria, y llegaron a la conclusión de que existían condiciones para la lucha revolucionaria en el país y la posibilidad de generar un fuerte movimiento insurreccional de masas. Según su análisis, las condiciones internas eran positivas para obtener el poder mediante la conformación de un foco revolucionario: un fuerte movimiento estudiantil en todo el país; paros y huelgas generalizadas en los principales emporios industriales, como Barrancabermeja o Medellín; larga trayectoria de luchas campesinas; amplia experiencia en lucha guerrillera reciente,... También el contexto internacional era analizado de forma positiva, la repercusión de la revolución cubana se estaba dejando sentir en varios países a través de experiencias foquistas: Venezuela, Guatemala,... Pero no todos los jóvenes estuvieron de acuerdo en implementar un grupo armado en Colombia. Es así como de ese grupo de veinte hombres, sólo diez deciden continuar la experiencia para armar un grupo guerrillero: Fabio Vásquez Castaño, Víctor Medina Morón, Ricardo Lara Parada, Mario Hernández, Luís Rovira, Cruz Modesto, Alfonso Ibarra, Mauricio Agredo, Raimundo Cruz y José Stalin Merchán<sup>65</sup>. Este grupo decide hablar con los cubanos y plantearles su decisión. El gobierno cubano decide apoyarlos con un poco de dinero y les ofrecen intensificar la preparación militar con vistas al surgimiento del foco guerrillero en Colombia. Además del entrenamiento en táctica guerrillera, comenzaron el estudio y análisis de otras experiencias revolucionarias, es el caso de Vietnam, Argelia y, sobre todo, la cubana. Aunque el curso terminó en 1963, el día 11 de Noviembre de 1962, se constituyó la **Brigada pro Liberación Nacional José Antonio Galán**.

---

<sup>65</sup> *Ibidem.*, pp. 22-23.



El siguiente paso fue nombrar una dirección para hacer más operativa y adecuada la estructura de este grupo clandestino. El análisis para la elección del líder del grupo se realizó teniendo en cuenta el comportamiento en el curso de entrenamiento: quién tuvo mayor entusiasmo, quién desarrollo mayor esfuerzo,... Víctor Medina, el compañero con mayor capacidad política, propone que el jefe militar sea Fabio. Víctor rechazó la propuesta de Ricardo Lara de que él fuera el máximo dirigente. Alegó que nadie tenía la capacidad militar y el manejo de las armas, como Fabio; era el que mejor se desenvolvía en las zonas agrestes dado su origen campesino. Según Víctor, Fabio era el líder nato. Todos acogieron la propuesta de Víctor Medina, pero también conformaron una dirección colegiada: Fabio sería el jefe militar; Medina dirigiría los lineamientos políticos y, a ambos, los apoyaría Heriberto Espitia, dada la experiencia que tenía éste en la lucha guerrillera, ya que fue compañero del famoso guerrillero liberal y luego bandolero, Chispas. Ironía de la vida, Víctor Medina no podía imaginar que ese hombre que defendió con tanto ahínco para dirigir el grupo, se convertiría un día en su verdugo, la persona que lo mandaría fusilar. Hay pequeñas decisiones en la vida que pueden costar la existencia. Fabio mandó asesinar a Víctor Medina, cuando éste era el segundo al mando; y su sucesor, Ricardo Lara también corrió la misma suerte y fue fusilado. Y es que, parece, que Fabio intentó acabar con todo aquel que puso en peligro su liderazgo; tal vez, esto es lo que lo llevó a poner en peligro la vida de Camilo Torres o a sentenciar a muerte al cura aragonés, Manuel Pérez. El período de comandancia de Fabio en el ELN fue recordado por las purgas internas y los múltiples fusilamientos de militantes que ponían en duda las directrices de la línea política de la organización, o sea lo que dispusiese Fabio.

A lo largo del año 1963, los integrantes del grupo van llegando a Colombia, para preparar el lugar de implantación del foco guerrillero. Al grupo de diez colombianos, se les unieron dos cubanos, Juan Martín y un hermano de Antonio Larrota. Una vez en Colombia, se descubre que estos dos supuestos cubanos, son colombianos que pertenecen al MOEC, Movimiento Obrero Estudiantil de Colombia, movimiento de masas que toma como modelo la revolución cubana. Esto crea una crisis en el grupo, porque algunos creen que se trata de una infiltración, de una intromisión de los cubanos en el proceso. Este problema obligó a Fabio a regresar a Cuba, en enero de 1964, donde se entrevistó con el Che y un representante del MOEC. El Che planteó la posibilidad de integrar la lucha de masas del MOEC, con la lucha guerrillera del grupo comandado por Fabio. Este último se opuso, condicionado por los estrechos criterios foquistas, y que tuvieron tanta importancia en la historia del ELN. Esta decisión conllevó un distanciamiento de los cubanos y la división del grupo, porque además de los hombres del MOEC, se descubrió que otros, como Ibarra, eran “fichas” del PCC, Partido Comunista Colombiano. En definitiva, el grupo se vio reducido a siete miembros: Víctor Medina, Fabio Vásquez, Mario Hernández, Luís Rovira, Heriberto Espitia y Ricardo Lara<sup>66</sup>.

Fabio regresa a Colombia y se fue para Bucaramanga, donde se encontró que ya había una cierta estructura organizativa de apoyo en esa ciudad, en Barrancabermeja, San Pablo, Puerto Wilches y hay contactos con campesinos de la región de San Vicente de Chucurí. Pero pronto surgen problemas con el comportamiento de Espitia, lo que hace, que el grupo con la excusa de que tres miembros en la dirección son muchos para hacer funcional la estructura clandestina; decidan que la dirección quede a cargo de Fabio y Medina. Este último fue nombrado el jefe político, pero siguiendo los lineamientos de una organización político-militar,

---

<sup>66</sup> *Ibidem.*, pp. 24-26. También en W. J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., p. 50.

debía estar supeditado al jefe militar, o sea a Fabio. Dandose comienzo a un período de la organización caracterizado por el personalismo y autoritarismo, el campesinismo, el extremo militarismo,... y también a la explosión del ego de nuestro protagonista. Ejemplo de ello fue que uno de sus proyectos más deseados era la creación de un Museo de la Revolución, para el cual era imprescindible guardar todas las evidencias de su vida. Fabio escribía en su vieja Rémington, cientos y cientos de hojas y documentos con minuciosas instrucciones para los hombres de la organización; y daba estrictas órdenes de guardarlas para las generaciones posteriores. Lo que en más de una ocasión, su incautación provocó la caída de las estructuras del ELN en varias regiones.

Pero dejemos en este punto a nuestros siete protagonistas, que una vez que han regresado a Colombia, se impusieron la tarea de conformar grupos de apoyo y buscar una zona para la implantación del primer foco guerrillero. Para ello, unos se distribuyeron por ciudades como Bucaramanga, Bogotá o Barrancabermeja; mientras los otros se echan al monte a contactar a los primeros militantes. Uno de los primeros campesinos que militó en el ELN fue nuestro siguiente protagonista, Nicolás Rodríguez Bautista, alias Gabino. Antes de continuar con nuestros personajes, analicemos el papel que cumplió Cuba y los otros factores externos en el surgimiento del ELN.

# **CAPÍTULO SEGUNDO**

**LOS FACTORES**

**EXTERNOS Y EL**

**SURGIMIENTO DE**

**ORGANIZACIONES**

**ARMADAS**

## **2.1. LA IMPORTANCIA DE LOS FACTORES EXTERNOS EN EL SURGIMIENTO DE ORGANIZACIONES ARMADAS O “LA CHISPA QUE ENCIENDE LA PRADERA”**

En esta parte de la investigación nos planteamos el interrogante sobre el papel que cumplieron los factores externos y el contexto internacional en el surgimiento de organizaciones armadas en América Latina y Europa, a partir del análisis comparado de dos casos: ELN y ETA<sup>67</sup>. Con este primer ejercicio analítico pretendemos mostrar también por qué es necesario comparar en la disciplina histórica<sup>68</sup>, qué puede ser susceptible de comparación<sup>69</sup> y cómo podemos comparar<sup>70</sup>.

---

<sup>67</sup> El autor ha desarrollado este tema anteriormente en los siguientes textos: Roberto Sancho Larrañaga, “La influencia de los factores externos en el surgimiento de la violencia política en Colombia en la segunda mitad del siglo XX”, en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vols. 19-20, Universidad de Salamanca, 2001-2002, pp. 295-315. También del mismo autor, se puede consultar el capítulo correspondiente del libro, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España*, óp. cit., pp. 69-88.

<sup>68</sup> Defendemos la idea de que la comparación es una estrategia metodológica que busca mejorar la inteligibilidad de un fenómeno histórico. Aunque un similar fenómeno social se desarrolle por procesos singulares, distintos, paralelos,... puede mostrar rasgos comunes que den “pistas” de factores necesarios y/o posibles regularidades de las acciones colectivas. También la comparación puede ayudar a encontrar nuevos enfoques, cuestiones o problemas sobre un caso particular, sobre todo cuando hay otros casos bien documentados; lo que ayuda a mejorar el conocimiento de un hecho histórico singular.

<sup>69</sup> Planteamos en esta tesis que es posible comparar un similar fenómeno histórico a partir de la búsqueda de rasgos diferenciadores y comunes, estos rasgos comunes se pueden convertir en objeto de estudio en varios contextos. Estudiar ciertas coincidencias de un similar fenómeno histórico en varios contextos puede permitir desarrollar interpretaciones más generales que si se realiza el estudio de un solo caso.

En este capítulo sostenemos la hipótesis de que la coyuntura internacional tuvo una enorme incidencia en la emergencia de diversos grupos armados en la segunda mitad del siglo XX, tanto en América Latina como en Europa. La situación internacional, en la cual surgen las organizaciones armadas durante la década de los años sesenta y comienzos de los setenta, explica en gran medida, la emergencia de gran cantidad de “focos revolucionarios” en casi todo el mundo y el ambiente de simpatía con el que se encuentran. El análisis de los contextos internacionales donde surgen estos grupos armados puede arrojar luz sobre “los contextos necesarios o que favorecen” un eventual éxito de las experiencias revolucionarias, igual que aquellos factores que inducen al fracaso de estos movimientos insurgentes. El contexto internacional y los factores externos pueden servir de instrumentos para activar o desactivar el potencial revolucionario en un país. Con todo ello, se hace más necesario seguir profundizando en los estudios comparados de casos para poder calibrar adecuadamente la relación entre factores internos y externos en el momento de nacimiento de estos grupos armados. Lo cual puede dar pistas también de la importancia que estos factores pueden tener en la resolución de estos conflictos sociales y en el fin de estos grupos insurgentes.

Del estudio de caso del ELN y ETA se identificó un proceso seguido por estas organizaciones en su surgimiento, con seis momentos destacados: 1) Un primer momento, de una corriente de simpatía hacia otras experiencias revolucionarias

---

<sup>70</sup> Compartimos la perspectiva de Jürgen Kocka, para quien: “La comparación se configura a través de la formulación de una pregunta. Dos o más fenómenos sólo pueden ser comparados en relación a algo, a un tercero (*tertium comparationis*). Quien compara, precisa conceptos claros, nítidamente definidos, que designen las que, de acuerdo con la pregunta planteada, constituyan las similitudes relevantes de los objetos a comparar y formen así la base sobre la cual queda después determinar las diferencias entre ellos”. Asimismo, sostenemos que la historia comparada, por la gran cantidad de información que requiere manejar, debe combinar la descripción con el conocimiento de las condiciones generales de cada caso analizado, por lo tanto, la labor de investigación archivística no puede ser muy intensa. Utilizando la fórmula de “tanta abstracción como sea precisa, tanta concreción y referencia contextual como sea posible”. Jürgen Kocka, óp. cit., pp. 49 y 62.

armadas; 2) Esta simpatía se transforma rápidamente en un proceso de identificación de situaciones entre el otro contexto y el propio; 3) Esto último se interpreta como una necesidad de recurrir a similares métodos de lucha, que además han sido exitosos en esos otros contextos; 4) Todo lo anterior, llevó a exagerar y fomentar los antagonismos para adaptar la realidad a ese discurso de lucha y enfrentamiento de la organización armada; 5) El discurso ideológico del grupo se encargó de adecuar una realidad “externa” a unos intereses “internos” de las organizaciones armadas legitimando el uso de la violencia armada; 6) Por último, este bagaje ideológico – marxismo, guevarismo, foquismo- se hizo confluír con una larga tradición de lucha de las poblaciones donde se inserta el grupo armado.

Por lo tanto, en esta investigación resaltamos el papel que otras experiencias revolucionarias tuvieron como referentes en el surgimiento de estas organizaciones, cada experiencia revolucionaria exitosa se convirtió en un ejemplo definitivo de cómo hacer otras revoluciones, cada victoria táctica de un grupo armado fue exportada y se intentó replicar en otros contextos y por otras organizaciones. El proceso comenzó con una corriente de simpatía hacia otras experiencias revolucionarias armadas, ésta no tardó en traducirse en un proceso de identificación de situaciones y esto último se interpretó como una necesidad de recurrir a similares métodos de lucha. Surgió el convencimiento de que el uso de la violencia había funcionado en escenarios foráneos y por lo tanto era válido para el propio. El intento forzado de comparar contextos para justificar el recurso a la violencia, llevó a estas organizaciones a exagerar los antagonismos para adaptar la realidad a un discurso de lucha y enfrentamiento. Esto redujo las posibilidades de diálogo y resolución de los conflictos. El discurso ideológico, se encargó de adecuar una realidad “externa” a los intereses de los distintos actores armados; en el caso de

los grupos armados estudiados, el discurso foquista sirvió para que muchos militantes sobrevalorasen la verdadera capacidad de estas organizaciones y las posibilidades del éxito revolucionando. Por lo tanto, los factores externos o el ambiente internacional fueron determinantes para que unos sectores minoritarios de la población en el País Vasco o en Colombia, tuvieran conciencia de sus posibilidades para la toma del poder por la vía de la lucha armada; y se sirvieron del bagaje ideológico de la época -marxismo, guevarismo, foquismo,...-, para hacerlo confluir con una larga tradición de lucha de las gentes de estos territorios –tanto nacionalistas en Euskadi, como campesinos liberales radicales y comunistas en Colombia-.

Lo anterior nos remite inmediatamente a la cuestión de: ¿Por qué después del surgimiento de estos focos, unas experiencias revolucionarias tuvieron éxito, otras fracasaron y, por último, otras se estabilizaron, como en el caso del ELN, ETA o Sendero Luminoso? Si bien esta pregunta va más allá de los planteamientos de esta investigación, y cada experiencia requiere un estudio detallado, creemos que son los factores internos los que esencialmente explican el fracaso o triunfo en la consolidación de estos grupos armados, en especial, la existencia o no de una tradición de lucha en las regiones donde surgen, así como la consecución o no de la articulación de los distintos sectores proclives a la protesta social: campesinos, obreros y estudiantes.



## 2.2. TIEMPOS REVUELTOS EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Para nuestra investigación es importante destacar que en medio de la Guerra Fría, se produjo un fenómeno político de enorme relevancia histórica, como fue la descolonización de importantes zonas de Asia y África: Argelia, Túnez, Libia, Malasia, Madagascar,... Esta lucha contra el colonialismo, tuvo su hito en 1955 en la Conferencia de Bandung, donde 29 países de África y Asia, dieron un giro a la geopolítica mundial, poniendo en crisis la bipolaridad emanada de la conferencia de Yalta, con el surgimiento del “tercermundismo” y el desplazamiento del choque de las grandes potencias y de sus intereses a estos contextos periféricos. Aunque también, este movimiento estimuló, en el interior de los dos bloques hegemónicos, las disidencias internas<sup>71</sup>; cada bloque es amenazado en su interior por movimientos que asumen posturas cercanas al bloque contrario. En el caso europeo, hubo un resurgir de las ideas socialistas y de los nacionalismos, donde podemos insertar el nacimiento de ETA; este fenómeno se dio también en otras regiones como Irlanda, Cataluña, Galicia, Bretaña, Cerdeña, Alsacia<sup>72</sup>,... En América, este proceso

---

<sup>71</sup> Jaime Zuluaga Nieto, “Nueva izquierda, guerrilla y utopía en los sesenta”, en Amado. A. Guerrero, *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia*, Memorias VIII Congreso nacional de historia de Colombia, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1992, pp. 395-396. Las disidencias internas en los dos grandes bloques de la Guerra Fría, se basaron en sobrevalorar la utopía del otro bloque, el autor muestra esta circunstancia en Colombia y critica la visión de utopía sostenida por las organizaciones armadas en Colombia, porque abogaba por valores absolutos e impidió la consecución de metas concretas que permitirían también la transformación social. Por ello el autor cree que estas organizaciones convirtieron la utopía del socialismo, en un dogmatismo y autoritarismo que alimentó su lucha armada.

<sup>72</sup> Gurutz Jáuregui Bereciartu, *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, s. XXI, Madrid, 1981, pp. 196-197. Este libro se convirtió en uno de los precursores del acercamiento académico al estudio de ETA, justo con las obras de José Mari Garmendia, Florencio Domínguez o Francisco Letamendia, y que permitieron el amplio desarrollo investigativo posterior.

descolonizador o de ruptura con el neocolonialismo, tuvo su momento cumbre con la revolución cubana. El triunfo de los revolucionarios cubanos sirvió de ejemplo y estímulo para la formación de nuevos grupos políticos y armados, al margen de la ortodoxia de los partidos comunistas y abrió el campo a formas heterodoxas de confrontación. La revolución cubana frenó, en principio, el debate sobre las condiciones “objetivas” para hacer la revolución en los países; y lo redujo a un problema de voluntarismo, espíritu de sacrificio, heroísmo,... Todo ello con una mitificación de la lucha armada y del sacrificio de los muertos por la causa. El resultado fue la total absolutización de los medios y de los fines, lo político se redujo a lo militar, alentando el surgimiento de grupos armados dentro de toda la izquierda latinoamericana<sup>73</sup>.

Las guerras de descolonización en África y Asia, el triunfo revolucionario en Cuba y el surgimiento de otros movimientos insurgentes en América Latina, las guerras del sureste asiático,... fueron interpretadas por los jóvenes rebeldes de la época como un mismo proceso de liberación planetaria. Este proceso, en los países occidentales, se manifestó a través de la contestación social y cultural: hippies, beatniks, provos, revueltas estudiantiles, curas obreros, revueltas de negros, luchas pacifistas,... En definitiva, una lucha continua contra el viejo orden, donde la “nueva izquierda” se presentó como el adalid de toda una generación que luchaba contra el orden establecido. Existió en esta época un clima emocional, donde el individuo rebelde se sintió participe de un proceso de cambio mundial; una oleada

---

Su lectura continúa teniendo vigencia para los investigadores, especialmente para el conocimiento de los aspectos ideológico de ETA en sus primeras etapas.

<sup>73</sup> Jaime Zuluaga, *óp. cit.*, p. 396.

revolucionaria que traería un mundo mejor y un “hombre nuevo”<sup>74</sup>. Como plantea Roberto Sancho:

“Los modelos de guerra anticolonial de liberación y de colonialismo interno, las enseñanzas de Mao Tse-tung – el nuevo Clausewitz- sobre cómo realizar estas guerras de liberación contra un enemigo superior, el éxito revolucionario de Argelia, Cuba, la guerra antiimperialista de Vietnam, el ejemplo de la revolución china; las leyendas personales de Mao o del Che, la mitificación del FLN argelino; el ejemplo del Movimiento de Liberación Nacional “Tupamaros” de Uruguay<sup>75</sup>; la defensa de la violencia como medio para la emancipación psicológica del individuo, realizada por Frantz Fanon<sup>76</sup>; las enseñanzas de Marighela<sup>77</sup> para la realización de actividades de guerrilla urbana,... Todo ello, proporcionó a los promotores de los grupos armados un legado para confeccionar su propio imaginario social e ideológico, y para guiarlos en la práctica de métodos de lucha; estos modelos ayudaron también a interpretar la propia realidad interna del país y animaron a muchos jóvenes a unirse a la lucha armada”<sup>78</sup>.

---

<sup>74</sup> José Manuel Roca, “Una aproximación sociológica, política e ideológica a la izquierda comunista revolucionaria en España”, en José Manuel Roca (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Ed. Los libros de la Catarata, Madrid, 1994, pp. 34-36. El autor en este capítulo rastrea el impacto de la ideología de izquierda revolucionaria en España durante la Transición. Su aproximación sociológica lo lleva a plantear que existió una extrema izquierda sociológica o generación de combate que como proyecto generacional abogó por la transformación social. Este proyecto generacional en España fue tributario de tres grandes corrientes de pensamiento: marxismo, nacionalismo y el cristianismo progresista. También José Manuel Roca investiga el peso que estas corrientes tuvieron en las distintas “familias” políticas: prosoviéticos, trotskistas, marxistas-leninistas, maoístas, anarquistas, etc.

<sup>75</sup> En aquella época se podía acceder a obras como la de María Esther Gilio, *La Guerrilla Tupamara*, Casa de las Américas, La Habana, 1970 o de Omar Costa, *Los Tupamaros*, Era, México, 1972.

<sup>76</sup> Influirá en el activismo armado de inspiración tercermundista con su obra: *Les damnés de la terre*, París, Maspero, (trad. Cast.: *Los condenados de la tierra*, F.C.E., México, 1963). También del mismo autor: *Sociología de una revolución*, Ed. Era, México, 1968.

<sup>77</sup> Tendrá mucha influencia a través de su conocido libro, *Acción Liberadora Nacional, minimanual del guerrillero urbano*, Maspero, París, 1970.

<sup>78</sup> Roberto Sancho Larrañaga, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España*, óp. cit., pp. 71-72.

En concreto, en América Latina, en la segunda mitad del siglo XX, se pueden identificar cinco hitos o mojones que determinaron el desarrollo de las fuerzas progresistas en la región, según Jorge G. Castañeda:

“La primera fecha, y con mucho la más importante, es la del triunfo de la Revolución Cubana y la entrada de Fidel Castro a La Habana el 8 de enero de 1959. La segunda comprende una fase de seis años delineada por las muertes de dos mártires de la izquierda: el Che Guevara en Bolivia, el 8 de octubre de 1967 y Salvador Allende, en Santiago de Chile, el 11 de septiembre de 1973. El siguiente hito fue la victoria de la Revolución nicaragüense el 19 de julio de 1979. Y el viraje final –pendiente del desenlace de la tragedia cubana- corresponde a la derrota electoral de aquellos mismos sandinistas el 25 de febrero de 1990, cuando por primera vez en la historia de la izquierda latinoamericana, un régimen suyo fue defenestrado democráticamente del poder”<sup>79</sup>.

---

<sup>79</sup> Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994, p. 26. El autor analiza el auge y declive de la nueva izquierda en América Latina entre las décadas de los años cincuenta y ochenta del siglo XX. Castañeda con este análisis histórico del desarrollo político y militar de la izquierda latinoamericana, buscó reorientar las propuestas políticas de esa izquierda para convertirla en una alternativa viable en la actualidad. Por tanto, un estudio histórico se convirtió en una propuesta política de adaptación de la izquierda latinoamericana a nuevos contextos nacionales e internacionales.

## 2.3. AMÉRICA LATINA SUMERGIDA EN EL MAREMOTO REVOLUCIONARIO

Los períodos que plantea Castañeda, se pueden reducir a dos grandes momentos u “olas revolucionarias” que han sacudido América Latina: una primera ola revolucionaria cuyo “faro ideológico” fue la Revolución Cubana de 1958 y que se prolongó hasta mediados de la década de los setenta y se caracterizó porque la estrategia utilizada por la mayoría de los grupos insurgentes fue el foco guerrillero o vanguardia armada cuyo cometido era crear las condiciones para la revolución, es el caso estudiado del ELN en Colombia. Este período se puede subdividir en dos etapas: una primera cuyo epicentro es Centroamérica y los países andinos, caracterizada por focos establecidos en áreas rurales, y que finaliza con la muerte de Ernesto “Che” Guevara en Bolivia en 1967; y, una segunda etapa donde el centro de actividades se desplaza al Cono Sur, especialmente, Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, caracterizado por la proliferación de guerrillas urbanas<sup>80</sup>.

Posteriormente, la zona asistió a una segunda ola revolucionaria que tuvo como modelo la Revolución Sandinista en Nicaragua, y como estrategia fundamental se utilizó la “guerra popular prolongada”. Nicaragua supuso la constatación de que la

---

<sup>80</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1996, pp. 1-2. El autor en este libro intenta responder a la pregunta de por qué unas experiencias revolucionarias triunfaron, otras fracasaron y por qué en Colombia hubo un “empate” técnico, donde ni fracasaron totalmente ni consiguieron su objetivo de la toma del poder político por la vía armada. Pizarro cree que el surgimiento de la guerrilla en Colombia se encontró con un contexto propicio, por la tradición de lucha, la orografía de montaña, etc. Estos factores, más otros, propiciaron la consolidación de focos insurgentes en varias partes del país; pero el contexto sociopolítico interno y la doctrina de Seguridad Nacional impidieron que esos proyectos revolucionarios tuvieran éxito. Pero el Estado tampoco fue capaz de acabar totalmente con la insurgencia armada, por lo tanto, Pizarro cree que estos factores explican la situación de “insurgencia crónica” en la que Colombia ha estado durante toda la segunda mitad del siglo XX.

creación de un extenso frente de masas era el medio para obtener la esperada transformación social, dada la experiencia acumulada en los últimos años de lucha revolucionaria y el fracaso de las teorías foquistas; así como la asimilación de la teoría maoísta de la “guerra popular prolongada”. Esta segunda ola estuvo más circunscrita que la primera, sacudió menos el continente, se centró en Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Perú y Colombia, dado que las políticas contrainsurgentes estaban notoriamente desarrolladas.

Hay que destacar que pese al gran temblor insurgente que causaron estas olas revolucionarias, sólo las dos experiencias o crestas de esas olas, Cuba y Nicaragua, consiguieron sus objetivos. Las demás experiencias, si bien suscitaron muchas expectativas en el continente, fracasaron o se estabilizaron entrando en una fase de decrepitud, como en el caso de Colombia y Perú. Lo que nos lleva a plantear el interrogante de: ¿Por qué unas experiencias revolucionarias tienen éxito, otras fracasan y, por último, otras se estabilizan, como en el caso del ELN, ETA o Sendero Luminoso? Si bien esta pregunta va más allá de los planteamientos de esta investigación, y cada experiencia requiere un estudio detallado, creemos que el análisis de los contextos internacionales donde surgen estos grupos armados pueden arrojar luz sobre “los contextos necesarios o que favorecen” un eventual éxito, igual que aquellos factores que inducen al fracaso de estos movimientos revolucionarios. Por ejemplo, las políticas establecidas por EE.UU. como potencia hegemónica en la región, dificultaron la consecución de los objetivos políticos de muchos movimientos armados, que pretendían reproducir la experiencia cubana o nicaragüense en sus territorios. También es importante destacar que tanto la revolución cubana como la nicaragüense, no se pueden desconectar del fracaso, inmediatamente anterior, de dos experiencias de transformación democrático-radical: Guatemala en 1954 y Chile

1973. Dos experiencias revolucionarias abortadas militarmente con el auspicio de EE.UU. y que reforzaron a la izquierda latinoamericana del momento, y la idea de que sólo la opción armada era válida contra la violencia estatal, y la única vía para alcanzar los objetivos revolucionarios<sup>81</sup>. La revolución cubana recibió un impulso considerable con el derrocamiento del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz y el fin de la primera experiencia democrática en Guatemala desde la independencia de este país. Asimismo el golpe de estado contra Salvador Allende en Chile y su asesinato, dio un nuevo impulso al “espíritu revolucionario y armado” en la América Latina de mediados y finales de los setenta. Estos dos acontecimientos históricos significaron sendos “giros militaristas” en la mayoría de la izquierda latinoamericana del momento. Se idealizaba la opción militarista, a pesar de que tanto la revolución cubana en la Sierra Maestra como la sandinista de 1979, no desplegaron grandes escenarios de guerra, sino que se redujeron a confrontaciones a pequeña escala, unas guerras de guerrillas breves en el tiempo y con unos pocos miles de efectivos enfrentados<sup>82</sup>. La izquierda latinoamericana se encargó de construir sus propios hitos militares y los correspondientes mitos en torno a la lucha armada en Cuba y Nicaragua. Construyendo paralelamente una historia “oficial” como soporte de estos mitos revolucionarios; así los sandinistas que nunca tuvieron más de mil hombres en armas, habrían eliminado con “su valentía y decisión revolucionarias” a la temible Guardia Nacional de Somoza, entrenada y armada por los EE.UU. Se construyó el mito de “las Espartas latinoamericanas”<sup>83</sup>: Sierra Maestra, el palacio de La Moneda de Santiago de Chile, los barrios periféricos de Managua,... Todo este proceso se alimentó con una creciente tendencia a sobrevalorar los sucesos militares, convertidos en épicos; y la consiguiente sublimación de los factores políticos e

---

<sup>81</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 31.

<sup>82</sup> Jorge G. Castañeda, óp. cit., p. 120.

<sup>83</sup> *Ibíd.*, pp. 128-129.

internacionales. Convirtiendo las victorias políticas de Cuba y Nicaragua, en estrechos triunfos militares. Esta visión “oficial” de la izquierda latinoamericana sigue pesando mucho en la historiografía sobre estos temas, corroborándose el dicho que “los mitos son más fáciles de crear que de destruir”. Los análisis comparados de estas experiencias revolucionarias y de los grupos armados, y una amplia contextualización de los factores internacionales creemos que pueden ayudar a un análisis más verídico de esta situación. Creemos que el análisis comparado de este fenómeno de idealización de la lucha armada por parte de la izquierda latinoamericana, nos entronca el fenómeno con una “cultura política latinoamericana” que recurre al uso de las armas y de la violencia para obtener beneficios políticos, sin recurrir al campo de la negociación o de la mediación. Esta “cultura política latinoamericana” tuvo su reflejo en la derecha a través del caudillismo, la implicación de los militares en la política o, más recientemente, el asesinato de opositores por parte de la guerra sucia del Estado; y que en la izquierda, se transformó en una “compulsión” a recurrir a las armas, ante la imposibilidad o la renuncia voluntaria a los espacios de mediación política. Con esta postura la izquierda latinoamericana no estaba siendo “revolucionaria” sino todo lo contrario “conservadora”, al continuar esa tradición guerrera y militar en el espacio de las demandas políticas. La revolución se convirtió en guerra, y sólo la guerra podía traer la revolución; no se pudo romper la tradición decimonónica, simplemente se sustituyó la espada por el fusil. Esta sobre valoración de los medios armados se corresponde con la interpretación que suelen hacer los actores armados, así el ELN interpreta estas dos olas revolucionarias y su influencia de la siguiente manera:

“La revolución cubana es un ejemplo histórico de cómo hacer revolución en países dependientes, al partir de sus raíces nacionales y con clara voluntad de poder trazar una estrategia de



guerra de guerrillas y de lucha de masas, que concreta en forma exitosa las consignas de liberación nacional y socialismo, con base en la movilización del campesinado y algunas capas urbanas. Son incuestionables los logros de la revolución cubana en el bienestar del hombre: salud, educación, deporte y cultura y sus contribuciones en la lucha anti-imperialista, el internacionalismo y la autonomía para definir su futuro. En ese mismo camino la revolución sandinista desarrolla otros aspectos como la combinación de la insurrección y la guerra, la dirección colectiva del proceso, la participación de los cristianos en la revolución, las ideas de poder popular y un manejo flexible del contexto internacional y del pluralismo político”<sup>84</sup>.

En América Latina, el triunfo de la revolución cubana significó, en principio el derribo de los prejuicios y dogmas políticos establecidos por los partidos comunistas ortodoxos. Lo que supuso un estímulo para la formación de nuevos grupos políticos al margen de los partidos comunistas nacionales. La victoria revolucionaria cubana condujo a la idealización de las acciones militares como medio de obtener poder político, y creó un imaginario social donde la revolución socialista era un problema de heroísmo, decisión personal, espíritu de sacrificio y de una concepción “monacal” de la vida guerrillera. La revolución cubana zanjó, en apariencia, la discusión sobre las condiciones para realizar la revolución socialista; demostraba que si éstas no existían, sería la vanguardia o el foco insurreccional el encargado de crearlas. La forma de destruir el Estado capitalista y sus medios coercitivos era la guerra de guerrillas librada en zonas rurales propicias

---

<sup>84</sup> Dirección Nacional UCELN, *Conclusiones II Congreso Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional, Poder Popular y Nuevo Gobierno*, Ed. Colombia Viva, Colombia, 1990, pp. 213-214. Como documento interno del ELN que intentó sintetizar el desarrollo histórico e ideológico de la organización y plantear una nueva propuesta político-militar, este texto se convierte en una herramienta valiosa para analizar las primeras décadas de la historia del ELN.

estratégicamente, que serían el núcleo del futuro ejército popular que establecería el Estado socialista. Esta fue la gran lección que dio la revolución cubana a la izquierda latinoamericana. Toda línea política que no siguiera estos presupuestos, no era verdaderamente revolucionaria y, por tanto se despreciada<sup>85</sup>. Sin embargo, según Eduardo Pizarro, la segunda generación se diferencia de la primera, en que aporta otra visión de cómo realizar la revolución:

“1. Los “grupos de segunda generación” han buscado consolidar su presencia en núcleos de la población (sindicatos, barrios, veredas) con mayor eficacia y amplitud que sus antecesores.

2. Frente a las tácticas tradicionales de la guerrilla de los sesenta, fundadas en las tesis del foco guerrillero, estos nuevos grupos insurgentes se fundan en la perspectiva de la guerra prolongada y la conformación de frentes populares de masas (tales como el Frente Sandinista o el Frente Farabundo Martí), que desbordan la concepción de vanguardia leninista.

3. A la amplitud de su influencia interna se añaden redes de relaciones “diplomáticas” que se extienden en el contexto internacional.

4. Una amplia gama de actores internacionales les brindan su apoyo en distintos planos (propagandístico, financiero, político, logístico): partidos, iglesias, sindicatos.

5. Estos movimientos han vivido un proceso progresivo de “latinoamericanización”, simultáneamente con una visión crítica de los polos de poder comunista (Moscú, Pekín) y ligan su estrategia más al conflicto centroamericano y caribeño que a las disputas en el bloque socialista.

6. Igualmente, presentan una ruptura con el marxismo hirsuto y con un “internacionalismo” que los hace simples peones

---

<sup>85</sup> Roberto Sancho Larrañaga, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España*, óp. cit., pp. 73-74.

de un ajedrez global que los desborda, para asumirse como parte de una historia nacional: Bolívar, los símbolos patrios, las tradiciones culturales no son concebidas como “símbolos burgueses”, sino como patrimonio de la revolución”<sup>86</sup>.

---

<sup>86</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, “La guerrilla y el proceso de paz”, en Gustavo Gallón Giraldo (comp.), *Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*, CINEP-Cerec, Bogotá, 1989, p. 252.

## **2.4. CUBA: EL PARAÍSO TERRENAL DE LOS REVOLUCIONARIOS**

Cuba a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, se ha convertido en un constante referente y faro ideológico para los rebeldes latinoamericanos, y en muchas ocasiones para los de otros lugares del planeta. La isla se convirtió en lugar de descanso, refugio, entrenamiento militar o formación política; dependiendo del grupo armado y el momento histórico. El triunfo del Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara, supuso sobre todo un ejemplo a seguir, marcó definitivamente a la izquierda latinoamericana y determinó la reconfiguración de todas las fuerzas progresistas de América Latina, concretada en: 1) El cuestionamiento a las fuerzas opositoras tradicionales; 2) un giro radical a la izquierda del firmamento político, en especial, de la tradicional corriente nacional-populista; y 3) el surgimiento del fenómeno de la “Nueva Izquierda Latinoamericana”. Una nueva generación opositora emprenderá una doble lucha, por un lado, peleará con la “oligarquía latinoamericana y la dominación de EE.UU.”; y por otro, batallará con los partidos opositores tradicionales: partidos comunistas o corrientes radicales de los partidos liberales. Los grupos armados germinaron en abierta oposición con los partidos comunistas, y frente al reformismo de estos últimos, implantaron multitud de “focos revolucionarios”, empezando por Venezuela y República Dominicana. El sector social que jalonó el proceso, fue el de los jóvenes intelectuales o estudiantes latinoamericanos, que analizaron el triunfo de la revolución cubana y quisieron importar la experiencia a sus propios países. Como

afirma Carlos Medina, se pensó en ese momento que la revolución cubana aportaba tres grandes enseñanzas a los revolucionarios latinoamericanos:

“ Primera, que una fuerza político-militar relativamente pequeña, respaldada efectivamente por las masas, podría derrotar un ejército regular, equipado y entrenado por los Estados Unidos.

· Segunda, que no bastaba llamarse a sí mismo Partido Comunista para ser realmente vanguardia de las clases populares, sino, que una organización revolucionaria que interpretara correctamente el momento histórico y se lanzara a la lucha con una táctica y una estrategia político-militar convenientemente empleada, podría colocarse al frente del pueblo y conducir el proceso revolucionario.

· Tercera, que no siempre era necesario que se dieran todas las condiciones objetivas que hicieran posible la victoria, sino que la misma dinámica de la lucha las iba madurando”<sup>87</sup>.

Estos elementos fueron asimilados sin una crítica previa, lo que condicionó fuertemente el surgimiento y el desarrollo de muchas organizaciones. En todos los países de América Latina y el Caribe surgieron grupos que pretendían emular la revolución cubana, con su ideología, estrategia y tácticas. La izquierda se dividió entre procubanos y ortodoxos comunistas pro-soviéticos, aunque también aparecerán otras familias. Desde 1959 la antorcha revolucionaria ha permanecido constantemente prendida en el hemisferio, aunque las victorias han sido muy pocas. Antes de la revolución cubana, la izquierda latinoamericana se caracterizaba por estar resignada al fracaso de las experiencias revolucionarias, se mantenía generalmente en una posición moderada y con un marcado carácter reformista. Pero

---

<sup>87</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 62-63.

con el ejemplo cubano, la revolución pasó a ocupar el lugar preferente de la agenda de muchos idealistas de izquierda. Cuba prendió el “efecto demostración”, el guiño a los jóvenes rebeldes de todo el hemisferio fue claro. La isla atizó el fuego de la revolución en el continente y apoyó desde un comienzo los intentos de repetir su experiencia en otros países; como sucedió en el caso del ELN colombiano y de otros muchos grupos armados del centro y sur de América.

En este trabajo defendemos la hipótesis de que Cuba sirvió de “catalizador” de las experiencias revolucionarias y de los grupos armados que surgieron en muchos países. Ayudó a que procesos de oposición política, que estaban en marcha en muchos países, tomaran un nuevo ímpetu e incluso en muchos casos orientaran su lucha hacia el uso de la violencia como medio para tomarse el poder. En unos casos a través de ese “efecto demostración” y en otros con la ayuda directa del gobierno cubano. Como afirma, Jorge G. Castañeda: “Allí donde las condiciones para las insurgencias habían madurado, la falta de un origen cubano no implicó la inexistencia de un factor cubano, y allí donde nada más explicaba el estallido de la lucha armada y el surgimiento de guerrillas en la ciudad y en el campo, la incitación cubana brindaba una interpretación consistente”<sup>88</sup>. El tránsito continuo por la isla de intelectuales y políticos latinoamericanos de izquierda, fue aumentando el grado de admiración al proyecto revolucionario cubano y a la figura de Fidel Castro. La autoridad moral de Fidel sobre los “nuevos” revolucionarios de otros países, le otorgó una capacidad de ingerencia en los intentos de “exportar” esta experiencia a otros contextos. También ayudó evidentemente, el esfuerzo del gobierno cubano, por formar política y militarmente a los cuadros dirigentes; así como el intento de equipar y armar estas experiencias insurgentes. Cuba pretendía extender los

---

<sup>88</sup> Jorge G. Castañeda, *óp. cit.*, p. 101.

movimientos revolucionarios, con la intención de aumentar sus apoyos externos; pero también porque existía la convicción de que la situación de muchos países mostraba “el carácter continental de la revolución”. Una revolución socialista, que requería el apoyo inicial a esos focos revolucionarios y armados, que crearían las condiciones para la toma de poder en sus países y la implantación posterior de modelos políticos socialistas. Los cubanos intentaron interferir en la mayoría de estos procesos de surgimiento de movimientos insurgentes porque creían que ellos tenían mucha más experiencia que los neófitos revolucionarios locales. Intentaron establecer con estos grupos una extraña combinación de asesoría, cooperación, solidaridad, pero también llenaron esas experiencias locales de interferencias y presiones. El gobierno cubano reiteradamente ha insistido ante la opinión pública internacional que su influencia en estos movimientos armados de otros países se ha reducido a un apoyo moral y un “sana” asesoría; escondiendo que en muchas ocasiones sus servicios secretos influyeron directamente en la construcción de muchos de estos grupos. La capacidad de ayuda militar, asesoramiento, la posibilidad de refugio en la isla y la predisposición de la izquierda latinoamericana de aceptar la asesoría-dirección de los cubanos, desempeñó un papel determinante en el desarrollo de muchas organizaciones. En unos casos determinó el curso de algunos acontecimientos de estas organizaciones, en otros condicionaba la dirigencia o introdujo agentes con un destacado papel de dirección, etc., convirtiéndose en parte integrante de muchas organizaciones armadas. Estas últimas “accedieron” a la asesoría cubana para ganarse su apoyo y el favor de algunos de sus agentes secretos.

Dentro de este papel director de Cuba, fue destacado el trabajo de Manuel Piñeiro, esposo de la célebre escritora y periodista chilena Marta Harnecker, que durante años dirigió el Departamento de América en la isla, y que condujo el

entrenamiento militar de cientos de revolucionarios americanos y de otras partes del mundo. También fue destacada la función de adoctrinamiento político de los cuadros de estas organizaciones en la Escuela de cuadros Níco López. Sobre el tema Peter Clement y W. Raymond afirman que: “En Cuba, la educación de las guerrillas la supervisan el Departamento de Operaciones Especiales del Ejército cubano y el Departamento de América, dirigido por Manuel Piñeiro. Este, como íntimo amigo de Fidel Castro, goza de dos décadas de experiencia guerrillera en la región y conoce personalmente a muchos de los comandantes insurgentes izquierdistas de la zona”<sup>89</sup>. Manuel Piñeiro es un nombre que apareció relacionado con gran cantidad de grupos armados de todo el mundo. Uno de los casos más destacado es el apoyo a los sandinistas, donde Piñeiro coordinó el transporte por aire de más de 500 toneladas de armas desde la isla a través de Costa Rica y fue el responsable de que en la gran ofensiva del FSLN en 1979, estuvieran al frente las tropas del Departamento de Operaciones Especiales (DOE)<sup>90</sup>. La polémica sobre el papel jugado por Cuba en la victoria sandinista sigue abierta, según J. G. Castañeda, cumplió un triple papel:

“Cuba hizo de conducto entre los sandinistas y otras organizaciones revolucionarias y proporcionó a los sandinistas los servicios de inteligencia, las comunicaciones y la seguridad personal de muchos de los dirigentes del FSLN. Hacia el fin de la guerra, proporcionó incluso el “equipo” para lanzar una fuerza aérea sandinista que cumplió una función secundaria, pero significativa, en términos simbólicos. También entrenó directamente a parte de la dirigencia sandinista. Cuba envió armas, sobre todo viejos fusiles automáticos belgas FAL, a través de Panamá y de la ciudad costarricense fronteriza de Liberia; proporcionó personal militar adiestrado –oficiales regulares chilenos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Cubanas-, y

---

<sup>89</sup> Tomado de Jorge G. Castañeda, óp. cit., p. 73.

<sup>90</sup> *Ibidem.*, p. 72.



brindó una valiosa asesoría para unificar a las facciones sandinistas”<sup>91</sup>.

Pero el papel de Cuba tomó un carácter determinante a partir de la victoria sandinista. Fue entonces cuando la influencia cubana se hizo más notoria, gracias a ella, los sandinistas pudieron formar todo el aparato de seguridad indispensable para mantener la revolución en unas condiciones totalmente adversas, dada la fuerte oposición de EE.UU. La asesoría cubana ayudó a la reconstrucción y transformación del estado, aportó los cuatros necesarios encargados de asesorar en los diversos ámbitos: militar, económico, educativo, salud, comunicaciones, etc.

Recordemos que Cuba también participó en la década de los ochenta en la convulsionada situación de El Salvador. Las organizaciones opositoras –el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PTRC), las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN),...- que a lo largo de los años setenta fueron apareciendo, cobraron una dimensión importante a partir de la llegada masiva de armas en 1980, cuando intervino Cuba en la situación del pequeño país centroamericano. El ejército salvadoreño emprendió a finales de 1979 una ofensiva contra estas organizaciones, lo que les obligó a refugiarse en las montañas, y plantearse definitivamente la opción militar. Para ello pidieron la ayuda de Cuba y de otros países. El primer país que dio armas fue Etiopía, las armas fueron enviadas desde Adis Abeba a través de Cuba; desde la isla se transportaron en barcos nicaragüenses hasta el Golfo de Fonseca donde el FMLN, se encargó de recogerlas. Pero las mejores armas provinieron de

---

<sup>91</sup> *Ibidem.*, p.72.

Vietnam, eran las que abandonaron los estadounidenses en 1975, los fúsiles M-16<sup>92</sup>. Llegó a ser tal la afluencia de armas, que muchos guerrilleros portaban dos. Y es que El Salvador fue en ese momento el centro de la disputa geopolítica entre el gobierno de Ronald Reagan y los gobiernos socialistas; con las funestas consecuencias que este hecho tuvo para los habitantes de este pequeño país.

Esta capacidad logística de los cubanos se va a ver envuelta en verdaderos escándalos e incluso en ocasiones en conflictos diplomáticos, como sucedió con Colombia cuando los cubanos apoyaron un desembarco de una columna del M-19 en el sur del país; o con España, cuando se descubrió la conexión de Piñeiro con ETA. Los servicios secretos cubanos, como los de otros países, se han visto envueltos en conexiones con narcotraficantes, asaltos a entidades bancarias o secuestros de empresarios. Es conocido que el Departamento de América, se autofinanciaba y apoyaba económicamente a los grupos insurgentes a través del dinero obtenido también con delitos realizados por exrevolucionarios de todo el continente, que bajo la asesoría de Piñeiro, realizaban atracos a entidades bancarias en países como México o Brasil, secuestraron importantes empresarios, etc. El dinero de estos botines fue distribuido posteriormente entre organizaciones insurgentes del continente. Se cree que la caída de Piñeiro, que en todo momento recibió el apoyo de su amigo Fidel, se debió al descubrimiento de esta especie de organización de malhechores-espías-mafiosos-revolucionarios. En especial, cuando René Valenzuela, exmilitante del MIR chileno, fue detenido en Madrid el 14 de enero de 1992 por participar en secuestros y atentados con coches bomba, como mercenario a sueldo de la organización ETA<sup>93</sup>. Y se destapó la conexión de éste con Piñeiro y en definitiva

---

<sup>92</sup> *Ibidem.*, pp. 115-116.

<sup>93</sup> *Ibidem.* pp. 80-81.

con Cuba. El gobierno español presentó pruebas a Cuba de esta conexión lo que obligó a Fidel a sacar a Piñeiro definitivamente de su puesto.

En Colombia, la sombra de Cuba se dejó notar desde las primeras experiencias foquistas en el país, inmediatamente después de la entrada de los “barbudos” en La Habana. El comienzo de las experiencias guerrilleras influidas por la revolución cubana, comienza el mismo año 1959 cuando surgió el Movimiento Obrero-Estudiantil-Campesino (MOEC), y un sector del mismo abogó por constituir los primeros focos guerrilleros. Pero este surgimiento no sucedió hasta el año 1961, cuando su fundador Antonio Larrota volvió de Cuba e intentó contactar los residuos de las guerrillas liberales en el norte del Cauca, en concreto, con el grupo de Jesús Aguirre, jefe de un grupo transformado en bandoleros y que acabaron matando a Larrota<sup>94</sup>. Este intento de articular los nuevos focos revolucionarios con los residuos de grupos armados de las guerrillas liberales, fue una constante de estos grupos, tanto en el caso del EPL como del ELN. Otro de los hermanos Larrota, con la ayuda de Tulio Bayer, intentaron crear otro foco en la región de Vichada; pero las discrepancias internas y los operativos militares acabaron también con este proyecto. Gilberto Vieira, dirigente comunista colombiano de la época, se refiere a la influencia cubana en las primeras experiencias de esta nueva izquierda, MOEC y FUAR, en los siguientes términos: “Ambos movimientos surgen por influencia de la revolución cubana, el MOEC lo crean jóvenes que han ido a Cuba, a estudiar, y se han entusiasmado con el triunfo de los barbudos, etc., se han regresado a Colombia a

---

<sup>94</sup> Eduardo Pizarro, “La guerrilla en Colombia”, en *Controversia*, nº 141, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Bogotá, Marzo, 1988, pp. 122-123. Mediante el análisis de estas primeras experiencias foquistas fracasadas y otras que tuvieron éxito en Colombia, el autor defiende la tesis de la inevitabilidad de la emergencia del movimiento guerrillero en el país, dado el contexto interno y externo a mediados de la década de los años sesenta del siglo XX. Con el estudio del surgimiento del movimiento guerrillero y las características de los diversos grupos insurgentes, el autor pretendía mostrar como la solución militar no era viable y sólo con una reconciliación política y un proceso de paz el país podía encontrar la senda de la estabilidad. Eduardo Pizarro en trabajos posteriores matizó esta posición sobre la inevitabilidad de la violencia política armada.

tratar de hacer lo mismo”<sup>95</sup>. Algo similar a lo que sucedió con los fundadores del ELN colombiano. Estos grupos además de recoger la ayuda directa de Cuba, tuvieron como referente el “castrismo”, esa especie de ideología basada en un extremo voluntarismo y la implementación de los focos apoyados por revolucionarios vanguardistas y profesionales<sup>96</sup>. Jaime Arenas, en una de sus últimas entrevistas se refirió de forma incubierta y quejumbrosa a la ayuda de Cuba al ELN y afirmó: “Prácticamente se fundamentó toda la política futura del ELN en la ayuda extranjera, cuando yo creo que cualquier movimiento revolucionario en Colombia debe tomar la ayuda en los propios recursos del país. Hubo grandes ilusiones en cuanto a esa ayuda del exterior y a la hora de la verdad las cosas no resultaron como se esperaba. Por ejemplo, se hablaba de traer armas y éstas nunca llegaron...”<sup>97</sup>. La relación de Cuba con el ELN continúa hasta nuestros días y es destacable que varios de los intentos de negociación entre este grupo armado y el gobierno colombiano se han realizado en la isla.

Caraballo dirigente del EPL recuerda también los factores que influyeron en el nacimiento de nuevas fuerzas guerrilleras en los años sesenta: “Son varios aspectos los que influyen: el triunfo de la Revolución Cubana, posteriormente la lucha urbana que desarrollan revolucionarios venezolanos y otras influencias externas que, unidas a la experiencia de lucha del pueblo colombiano, traen consigo un desarrollo progresivo de la lucha armada o por lo menos la búsqueda de ese

---

<sup>95</sup> Tomado de Alejo Vargas Velásquez, *Política y armas al inicio del Frente Nacional*, óp. cit., p. 162.

<sup>96</sup> Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, Intermedio Editores, Bogotá, 2001, pp. 73-74. Este libro pretendió recoger las miradas que sobre esta organización tenían diferentes autores, en un momento donde se estaba planteando el comienzo de un proceso de negociación con el ELN. El texto recoge algunos documentos fundacionales de la organización, así como testimonios de militantes y ponencias de académicos, salidos de un encuentro organizado por la Corporación Observatorio para la Paz y Corporación Nuevo Arco Iris.

<sup>97</sup> Germán Castro Caycedo, óp. cit., p. 47.

camino para responder a la violencia que implantaba y desataba la oligarquía de nuestro país”<sup>98</sup>.

La conexión entre la revolución cubana y ETA, también es lugar de continuas polémicas. En general, las relaciones de ETA con grupos insurgentes latinoamericanos ha sido contrastada por varios especialistas; son conocidas las estrechas relaciones con el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) chileno, el movimiento Tupamaros de Uruguay, con el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional e incluso con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). La isla ha sido frecuentemente (y tal vez también con México), lugar de contacto permanente entre estas organizaciones. Prueba de ello es una carta incautada en Francia en febrero de 1993, de un miembro de ETA que permanece en Cuba y se dirige a la dirección de la organización, donde se afirma: “Que <<ha habido un contacto muy interesante con un comandante de las FARC>> de Colombia, quien manifestó que <<estaban muy contentos del trabajo conjunto de otras ocasiones (de la aportación de compañeros nuestros)>>. El escrito plantea la posibilidad de mantener nuevos contactos, en esta ocasión en México, <<con la dirección de ellos para abordar las cuestiones que nos interesan y la experiencia nuestra que les interese a ellos>>”<sup>99</sup>. Además de la posibilidad de contactos directos con otras organizaciones, la isla ha sido fundamentalmente para ETA, un lugar de refugio y descanso de algunos de sus militantes; especialmente a partir de 1984 y en la década de los noventa. Otra de las funciones de la isla, especialmente en los años sesenta, pudo haber sido la del entrenamiento militar y el adoctrinamiento político; como

---

<sup>98</sup> Fabiola Calvo, *Colombia: EPL, una historia armada*, Ediciones VOSA, Madrid, 1987, p. 33.

<sup>99</sup> Florencio Domínguez Iribarren, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones. 1978-1992*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1998, pp. 126-127. Este libro puede ser uno de los trabajos académicos más serios para comprender la importancia que la estructura organizativa de ETA ha tenido en su supervivencia. Una estructura interna vertical impidió la disidencia e imposibilitó el debate y fue idónea para insertarse en los círculos de sociabilidad vascos, en su peculiar cultura, obtener militancia y también para restar los ataques de los cuerpos de seguridad del Estado

queda registrado en un informe de la policía, entregado por Jaime Caldevilla, consejero de información de la Embajada de España en La Habana: “En esta misma época, primavera de 1964, se entrenaron en Cuba, en el campamento de Guines (ciudad cerca de La Habana), algunos militantes de ETA. Allí tomaron lecciones de secuestros, subversión y sabotaje. Primero asistieron a estos cursos siete estudiantes vascos y luego otro grupo bastante numeroso, en dos tandas”<sup>100</sup>. Esta versión es plausible, ya que varios países como Argelia, Yemen,... serán también escenarios de entrenamiento de militantes de organizaciones armadas en diferentes momentos. Si bien, el papel fundamental de Cuba para ETA, fue como referente simbólico, ya que la revolución cubana fue el primer ejemplo de revolución de liberación nacional, llevada a cabo con armas y no dirigida por comunistas. Esto causó un gran impacto en ETA, y condicionó toda una estrategia conocida como “tercermundismo”. Por otro lado, la figura del Che Guevara se convirtió asimismo en icono del nacionalismo radical etarra. Con las siguientes palabras, se refiere Xabier Zumalde, antiguo dirigente de ETA, a este personaje histórico y su influencia: “La odisea de Che Guevara se nos antojaba grandiosa y digna de ser imitada. Para muchos, era nuestro ídolo, nuestro guía, nuestro maestro y nuestro comandante, el que habría de conducirnos con su lema <<¡Hasta la victoria siempre!>> (...) La lucha revolucionaria y las guerrillas del Che enardecían a la juventud rebelde de medio mundo, que se sentía atraída por los ideales y la mística guerrillera del <<compañero>>, del comandante Che Guevara”<sup>101</sup>. Ernesto Guevara se convirtió en un icono para toda la izquierda mundial, especialmente, para las organizaciones

---

<sup>100</sup> Gabriel Carrión López, *ETA en los archivos secretos de la policía de Franco 1952-1969*, Ed. Agua Clara, Alicante, 2002, p. 191. Si bien es un texto de baja calidad investigativa y académica, algunos documentos escaneados de la policía española pueden aportar elementos a temas concretos sobre ETA.

<sup>101</sup> Xabier Zumalde, *Mi lucha clandestina en ETA. Memorias del primer jefe del Frente Militar (1965-1968)*, Status Ediciones, Bilbao, 2004, p. 171. Este primer volumen autobiográfico de Zumalde puede servir para reconstruir las cosmovisiones de los jóvenes vascos en la época del surgimiento de ETA, sobre todo sus mitos y utopías.

armadas; fue un símbolo de lucha de los pueblos, y que muchos militantes quisieron emular. Se olvidaron las diferencias entre los diversos contextos y se intentó imitar a este “héroe”; también se recrearon e idealizaron sus andanzas por los Andes, Tanzania o el Congo. En la mayoría de los países surgieron nuevos Ches (recordemos el caso de Fabio Vásquez en el ELN colombiano), y su figura se convirtió en perenne elemento de devoción de las siguientes generaciones de rebeldes.

En definitiva, Cuba ayudó a un buen número de organizaciones en el momento de su nacimiento y consolidación, aunque para que estos grupos consiguiesen expandirse o vencer se requirió unas condiciones internas – estructurales- adecuadas en los países. Como afirma Eduardo Pizarro: “La revolución cubana, subraya, sirve de base para explicar ‘la voluntad revolucionaria y la elección del método. No explica toda la sucesión de fenómenos políticos que debieron producirse para que esa voluntad se materializara en una organización (...)’. Es decir, la revolución cubana no explica por sí sola la conformación de un actor. Éste debe, además poseer determinados recursos materiales, organizativos e ideológicos para actuar en el plano político-militar, lo cual requiere un proceso más o menos prolongado de maduración”<sup>102</sup>. Lo que significa en cada caso o grupo armado, hay que calibrar la importancia del “factor cubano”. Cuando se conjugaron unas condiciones internas propicias y un apoyo importante de Cuba, la victoria revolucionaria llegó o estuvo muy cerca, el caso más destacado fue Nicaragua. Pero también se constata que cuando existen esas condiciones estructurales internas para el surgimiento de grupos armados que luchen contra el orden establecido, pero Cuba les negó el apoyo económico, diplomático y de formación; estas experiencias

---

<sup>102</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., pp. 28-29.

fracasaron. Tal vez el mejor ejemplo fue México. Recordemos que en este país se dio el fenómeno revolucionario más importante del siglo XX en América Latina, existía por lo tanto una importante tradición guerrillera, una profunda cultura de las armas; y sobre todo, unas condiciones internas propicias para la lucha de clases. Según Jorge G. Castañeda: “En México, imperaban condiciones maduras para el surgimiento de un movimiento armado importante. Abundaban estudiantes iracundos y campesinos empobrecidos, un gobierno represivo y los inicios de una contradicción económica. La tradición, una cultura de violencia y la falta de alternativas, parecían la receta perfecta para el combate armado”<sup>103</sup>. ¿Por qué no surgieron movimientos armados importantes en México en las décadas de los sesenta y setenta? Un factor, y evidentemente no el único, fue la falta de apoyo de Cuba. En Morelos o en Guerrero, se había mantenido durante décadas la tradición de lucha armada y de levantamientos campesinos en defensa de la tierra. La tierra de Emiliano Zapata, vio surgir a finales de los sesenta nuevos grupos insurgentes, los maestros lideraron esta lucha armada por la tierra. En Guerrero, los maestros que se encontraron cercanos a la realidad del mísero pueblo, organizaron a las comunidades para auto defenderse de las agresiones del ejército y la policía, guardianes éstos de los intereses de los grandes terratenientes. Con la dirección de Cabañas y Genaro Vázquez organizaron el Partido de los Pobres, con una sólida base campesina y un apoyo importante de la población; el problema se les planteó por la gran cantidad de campesinos que se presentaron para reclutarse y la falta de armas para luchar. A pesar de los intentos por buscar el apoyo de Cuba, la isla les dio reiteradamente la espalda como pasó con otros grupos armados mexicanos: la Liga 23 de Septiembre, la ACNR, etc. La política de Cuba frente a estos grupos fue no inmiscuirse, a cambio el gobierno mexicano mantuvo sus relaciones diplomáticas durante los peores años de la Guerra Fría y el bloqueo de la

---

<sup>103</sup> Jorge G. Castañeda, óp. cit., p. 105.



isla. No existe evidencia del apoyo cubano a las guerrillas mexicanas, y esto no sólo supuso para éstas la falta de armas o de preparación militar y política; sino sobre todo, un aislamiento y una falta de resonancia internacional. El caso mexicano corrobora la importancia del “factor cubano” en el surgimiento y consolidación de grupos insurgentes armados en América Latina.

Parece innegable por tanto, que el “factor cubano” aceleró la radicalización de sectores sociales progresistas y la emergencia de focos guerrilleros a lo largo y ancho de toda América Latina. Según Wickham-Crowley<sup>104</sup>, la victoria cubana, en abierta oposición con la hegemonía estadounidense en el hemisferio, redefinió la percepción psicológica de las posibilidades revolucionarias de los actores individuales, así como el cambio de repertorio en la acción colectiva, relegando casi al olvido la movilización de masas y privilegiando el recurso a la lucha armada. En definitiva, en las décadas de los sesenta y setenta en América Latina, existieron en la mayoría de los países las condiciones de pobreza, exclusión política y represión, que favorecieron el impacto de la revolución cubana en amplios sectores de la población y el surgimiento de focos armados de unas minorías “iluminadas”. Pero para la consolidación, victoria o fracaso de estos proyectos insurgentes, hay que tomar en cuenta otros muchos factores como la tradición de lucha en el país o región, la cultura de violencia, las redes de solidaridad primarias previas, etc., en definitiva unos factores culturales adecuados<sup>105</sup>. En Colombia:

“El mito del guerrillero difundido por la Revolución Cubana, el ejemplo a seguir, encontró un terreno abonado para su germinación. Las guerrillas liberales fueron una experiencia temprana que favoreció el posterior surgimiento de las guerrillas

---

<sup>104</sup> Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas & Revolution in Latin America. A comparative study of insurgents and regimes since 1956*, Princeton University Press, New Jersey, 1993.

<sup>105</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 66.

de carácter socialista o comunista. Las guerrillas de los años sesenta encontraron –y buscaron expresamente, territorios donde las guerrillas liberales habían sido importantes- regiones y grupos sociales con una larga tradición de lucha, donde pudieron insertar fácilmente sus proyectos de focos insurreccionales; enlazando las nuevas doctrinas ideológicas marxistas con los lazos de solidaridades que los campesinos habían construido en su lucha contra los terratenientes”<sup>106</sup>.

Por otro lado, las condiciones interiores del país favorecieron la implantación y consolidación de los proyectos insurgentes, como recuerda Eduardo Pizarro:

“El impacto del Frente Nacional y de la temprana militarización de la izquierda sería profundo: al frustrar las posibilidades de emergencia de una izquierda democrática, se creó el clima para el desarrollo ampliamente mayoritario de una izquierda extraparlamentaria y conspirativa. La nueva era de violencia tendría como origen no sólo la Revolución Cubana y su efecto de demostración, como en el resto de América Latina. El sistema cerrado del Frente Nacional la incubó tanto o más que otros factores, ya que sirvió para prolongar la tradicional “cultura de la intolerancia”. Esta comenzaría a ejercitarse ya no sobre el partido tradicional excluido del poder, sino sobre las fuerzas opositoras al bipartidismo convertido en el partido del orden”<sup>107</sup>.

---

<sup>106</sup> Roberto Sancho, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España*, óp. cit., pp. 84-85.

<sup>107</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Las FARC (1949-1966)*, óp. cit., pp. 159-160.

## **2.5. NICARAGUA SANDINISTA Y LA SEGUNDA OLA REVOLUCIONARIA EN AMÉRICA LATINA**

Veinte años después de que el sueño insurreccional se expandió desde Cuba al resto de América Latina, el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1979 en Nicaragua, supuso renovar la marea revolucionaria en muchos países: Guatemala, El Salvador, Colombia, Perú, Jamaica o la victoria de Maurice Bishop y su partido Nueva Joya en la isla de Granada –abortado el experimento revolucionario con la invasión de EE.UU.-. Esta “segunda generación” de grupos guerrilleros que lucharon por implantar modelos socialistas de sociedad, constituyeron una ruptura con la tradición foquista y militarista heredada de la revolución cubana; implantando un “modelo mixto partisano-societal”, caracterizado por cinco elementos:

“1. Buscaron consolidar su presencia en núcleos de la población (sindicatos, barrios, veredas), con mayor eficacia y amplitud que sus antecesores.

2. Frente a las tácticas tradicionales de la guerrilla de los años sesenta, fundadas en las posibilidades del foco guerrillero, estos nuevos grupos insurgentes se apoyaron en la perspectiva de la guerra prolongada y en la conformación de frentes populares de masas (tales como el Frente Sandinista o el Frente Farabundo Martí), que desbordaron las concepciones de sus antecesores.

3. A la amplitud de su influencia interna se añadían redes de relaciones “diplomáticas” que se extendían hacia otros países,

gracias a las cuales una amplia gama de actores internacionales (partidos, iglesias, sindicatos) les brindaron su apoyo en distintos planos: propagandísticos, financieros, políticos y logísticos.

4. Estos movimientos vivieron un proceso progresivo de “latinoamericanización”, en forma simultánea con el surgimiento de una visión crítica de los dos principales polos de poder comunista (Moscú y Pekín), y ligaron su estrategia más al conflicto centroamericano y caribeño que a las disputas en el seno del campo socialista.

5. De la misma manera, representaron una ruptura con un marxismo esquemático y un “internacionalismo” que los convertía en simples apéndices de un ajedrez global que los desbordaba, para asumirse más como parte de una historia nacional al auto representarse como los adalides de una “segunda independencia”. Sandino, Martí, Bolívar, los símbolos patrios o las tradiciones culturales eran concebidos como un patrimonio de la revolución, y no sólo como los emblemas de un nacionalismo estrecho”<sup>108</sup>.

En conclusión, la revolución sandinista significó un giro en la línea tradicional de la mayoría de organizaciones insurgentes, una ruptura con la línea foquista y castrista, así como un intento de corregir las desviaciones militaristas y campesinistas anteriores. Esta tendencia general en el continente, supuso una renovación también en el discurso de las organizaciones; así como el intento de crear frentes amplios que se articulasen con los movimientos sociales, que dirigidos por la estrategia de la “guerra popular prolongada”, se concretaban en la articulación de los grupos guerrilleros con la lucha de masas en los centros urbanos estratégicos de los países<sup>109</sup>. Dentro de esta segunda generación de movimientos insurgentes, cabe destacar el nacimiento de dos organizaciones, que si bien no tuvieron la capacidad de

---

<sup>108</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 105.

<sup>109</sup> Juan Carlos Sierra, óp. cit., p. 68.

tomarse el poder como los sandinistas, sí que fueron un factor desestabilizador en sus respectivos países. Estamos hablando Sendero Luminoso en Perú y del M-19 en Colombia, esta última organización surgió en 1972 después de un fraude electoral y que se caracterizó por su original y creativa acción político-militar. Por su parte Sendero Luminoso (su nombre original es “El Partido Comunista de Perú-Por el Sendero Luminoso de José Carlos Mariátegui”) fue un fenómeno único en América Latina, por ser una organización sumamente secreta, hipernacionalista, con una extraña reverencia a sus ídolos y líderes: Mao y el fundador, Abimael Guzmán o “Presidente Gonzalo”. De ortodoxa ideología maoísta y un marcado fundamentalismo, llevaron al límite su lema de “servir al pueblo”, con un estrecho vínculo entre discurso y acción, que convirtió a sus militantes en activistas pseudo religiosos obsesionados con su organización. Sendero encontró sus apoyos en alumnos y profesores de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, y del empobrecido campesinado de Ayacucho. Posteriormente, se fue extendiendo por zonas de la sierra como el Alto Huallaga, zonas cocaleras que le permitieron financiarse; y llegó en los noventa a Lima, convirtiéndose en un verdadero factor desestabilizador del estado peruano. Según Jorge G. Castañeda:

“Detrás de esta expansión persistía la cuestión de la base social de Sendero. Son innegables muchas de las prácticas terroristas atribuidas al movimiento. Su ideología simplista, la falta de una alternativa coherente y sus métodos brutales, que con frecuencia dejan a sus seguidores desvalidos frente a una represión de los militares asimismo violenta, son expresiones esencialmente exactas de Sendero Luminoso. Pero la brutalidad difícilmente explica la base de apoyo a la que ni el arcaísmo ni la violencia han alejado ni desalentado. (...). La clave consisten en entender cómo se convirtió Sendero en la primera organización

guerrillera que reclutó con éxito una base social entre los indigentes y marginados de las ciudades”<sup>110</sup>.

En Colombia, esta etapa de la segunda ola revolucionaria en el continente, se caracterizó por un auge de nuevos movimientos insurgentes (los más conocidos son el M-19 y el Quintín Lame<sup>111</sup>) y la recomposición de los grupos guerrilleros de primera generación (ELN, EPL y FARC). El ejemplo de la revolución sandinista o el “efecto Nicaragua” y el surgimiento en el escenario político y guerrillero de Colombia del M-19 significaron una verdadera “revolución en la revolución”. El movimiento guerrillero colombiano comenzó de esta manera el tránsito de una marginalidad social como actor exclusivamente militar, a ser un eje fundamental de la política nacional. El movimiento M-19 surge en 1972<sup>112</sup>, después de un robo electoral a su organización base, la ANAPO, el 19 de abril de 1970. Un sector de esta organización conocido como ANAPO Socialista (Carlos Toledo Plata, Andrés Almarales, Israel Santamaría, etc.) se unió a un sector expulsado del partido comunista y de las FARC por sus críticas a la línea política de esta organización (Jaime Bateman, Álvaro Fayad, Iván Mario Ospina, Carlos Pizarro, etc.) y emprendieron la “segunda independencia” del país. Para ello, se dieron a conocer ante la opinión pública con un acto de enorme trascendencia simbólica, el robo de la espada del Libertador Simón Bolívar y el lema de: “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha”. Fue este tipo de mensajes que entroncaron con el nacionalismo populista, a

---

<sup>110</sup> Jorge G. Castañeda, *óp. cit.*, p. 147. Para ampliar el tema se recomienda consultar el texto de Carlos Iván Degregori, *Ayacucho 1969-1979. El surgimiento de Sendero Luminoso*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1990.

<sup>111</sup> Grupo guerrillero indígena del norte del Cauca, para aproximarse al estudio de esta organización se puede consultar el libro de Myriam Amparo Espinosa, *Surgimiento y andar territorial del Quintín Lame*, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1996. La autora propone un interesante diálogo entre la teoría etnográfica y las subjetividades de los militantes de esta organización armada para rastrear la historia de la lucha paéz en la década de los años ochenta del siglo XX.

<sup>112</sup> Eduardo Pizarro, “La guerrilla en Colombia”, *óp. cit.*, pp. 130-140.

través del uso de simbologías, discursos sencillos y el manejo adecuado de la comunicación y la opinión pública, lo que les permitió un incremento rápido y un importante apoyo en la población. Sus acciones armadas se caracterizaron por su espectacularidad, elemento tomado de los Tupamaros uruguayos (por cierto, en un comienzo “el eme” o M-19, también se denominó Movimiento de Liberación Nacional), algunas de las más destacadas fueron la toma de la Embajada Dominicana y el asalto al Palacio de Justicia, en el mismo corazón político del país, la Plaza Bolívar de Bogotá. Esta organización insurgente tuvo su centro de operaciones en los espacios urbanos, tomó su base de militancia especialmente de sectores profesionales y subempleados, y rompió con la tradición del control territorial de la guerrilla, caracterizándose por su enorme movilidad. Este movimiento guerrillero entró en un proceso de paz a finales de los años ochenta y, hoy en día, está convertido en partido político.

Esta “revolución en la revolución” también afectó a las viejas organizaciones de la primera generación (ELN, EPL y FARC), que sufrieron un vuelco importante en su estrategia y tácticas, al intentar adoptar los modelos de lucha desarrollados por la revolución nicaragüense. Mostrando esta circunstancia de nuevo el peso y la importancia de los factores externos y del entorno internacional en el desarrollo de las organizaciones armadas colombianas; en esta ocasión mediante otra revolución triunfante, la sandinista. Como afirma, Eduardo Pizarro: “En efecto, el movimiento insurgente de la “primera generación (FARC, ELN y EPL) no fue ajeno a la grave crisis que afectó a todos los grupos armados del continente en este período. Pocos años después, vivirá un auge sin precedentes y se convertirá en un actor con una amplia incidencia en la vida nacional, como habría de ocurrir también en los países centroamericanos en los cuales se vivieron procesos similares de

recomposición de la insurgencia tras un declive profundo: Nicaragua, El Salvador y Guatemala”<sup>113</sup>. El cambio fundamental en estas organizaciones de primera generación fue el paso de una guerrilla de marcado carácter militar a otra más societal, que bajo el modelo de Frente buscó articularse estrechamente con los movimientos sociales. Las organizaciones insurgentes pretendieron con estas nuevas estrategias superar la profunda crisis planteada por la limitada estrategia foquista, vanguardista y militarista, heredada del influjo la revolución cubana, y que las había mantenido aisladas de los movimientos sociales e impedido su expansión militar y territorial.

La experiencia nicaragüense tuvo una honda influencia en el ELN, ya que alejó a esta organización en cierta medida, de su marcado carácter foquista practicado desde el comienzo y lo cambió por la estrategia de la “Guerra Popular Prolongada”. Carlos Medina define la importancia que tuvo la experiencia nicaragüense para salvar la profunda crisis del ELN después de la operación militar de Anorí contra su columna principal:

“Pese a sus dificultades, el ELN no se halla marginado de la lucha internacional; está bebiendo de la experiencia nicaragüense porque tiene gente en Nicaragua; y está viviendo el proceso nicaragüense que va a serle muy importante, no sólo desde el punto de vista de su participación sino, fundamentalmente, desde el punto de vista del aprendizaje que tiene en esa experiencia.

Es tal vez de la lectura del caso de Nicaragua, y posteriormente de El Salvador y Guatemala, que el ELN va a definir su estrategia de poder, haciendo una ruptura con el viejo paradigma de “la toma del poder” para asumir uno nuevo. En la lectura que hace del movimiento internacional, el ELN “renuncia” a tomarse el poder, lo que es muy importante en el campo de su

---

<sup>113</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 95.



nueva perspectiva política, pues va a pasar de la toma a la construcción y el ejercicio del poder popular como alternativa real de poder político. Eso va a quedar plasmado en las conclusiones del II Congreso, donde se caracteriza la nueva estrategia política, como de ‘Poder Popular y Nuevo Gobierno’<sup>114</sup>.

También supuso la experiencia nicaragüense una reorganización interna del ELN, con nuevas compartimentaciones y una diferenciación de funciones dentro de la organización, acabando en gran medida con los personalismos anteriores, el caudillismo y la concentración de poder<sup>115</sup>. Como colofón de este período, el triunfo militar sandinista, así como el derrocamiento de Salvador Allende en Chile con un golpe militar, reconfirmaron la voluntad del uso de las armas para tomarse el poder por parte del ELN.

---

<sup>114</sup> Carlos Medina Gallego, “Aproximación a las ideas políticas del ELN”, en Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, óp. cit., pp. 141-142.

<sup>115</sup> Juan Carlos Sierra, óp. cit., p. 79.

## **2.6. EE.UU. Y LA POLÍTICA CONTRAINSURGENTE: PLAN LAZO, DOCTRINA DE SEGURIDAD NACIONAL Y EL ENEMIGO INTERNO**

Si la revolución cubana y la experiencia nicaragüense se convirtieron en catalizadores de nuevos movimientos insurgentes, o en una reorganización de “viejas” organizaciones guerrilleras; también estas experiencias exitosas supusieron grandes enseñanzas para sus enemigos: los gobiernos y sus ejércitos nacionales. Hay que recordar que las experiencias revolucionarias de Cuba y Nicaragua, sucedieron después de frustrados intentos de acceder al poder democráticamente por parte de la izquierda latinoamericana (Guatemala y Chile). Asimismo los intentos insurgentes que siguieron la estela revolucionaria después de 1959 y 1979 respectivamente, se encontraron con la preparación y la “nueva” estrategia de los ejércitos nacionales latinoamericanos. Como afirma Eduardo Pizarro: “Un factor decisivo en el fracaso temprano de muchas experiencias insurreccionales fue la adecuación de los ejércitos continentales a la guerra de contrainsurgencia, lo que José Nun denominó la ‘revolución estratégica’”<sup>116</sup>. En este trabajo defendemos la hipótesis de que, si bien las experiencias exitosas revolucionarias fueron un factor importante para el surgimiento de movimientos insurgentes en muchos países, la preparación de los ejércitos con una nueva estrategia contrainsurgente, impidió la consolidación y

---

<sup>116</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 90.

expansión de las mismas; y además en la mayoría de casos, aseguró su fracaso. Estas políticas contrainsurgentes serán otro factor externo imprescindible a la hora de evaluar el éxito o fracaso de estos grupos guerrilleros. Al intento de una “continentalización de la revolución” en América Latina, que se quedó en muchos casos en mero mito de la izquierda; le siguió la “continentalización” de las políticas contrainsurgentes, que efectivamente se convirtieron pronto en una realidad a través del apoyo incondicional de EE.UU. Estas políticas contrainsurgentes se concretaron en la transformación de la función principal de las fuerzas armadas, que pasó de ser la defensa de las fronteras y la soberanía nacional, al control y manejo de los conflictos internos. Como plantea Carlos Medina:

“Las Fuerzas Armadas dejan de tener como objetivo fundamental la defensa de la soberanía nacional contra una posible agresión exterior y asumen como responsabilidad la lucha contra el ‘enemigo interno’ el que identifican con el comunismo. (...) La estrategia utilizada para desarrollar este nuevo enfoque se concretó en lo que se conoce como el ‘Plan Lazo’, un plan de lucha contrainsurgente dirigida a debilitar y acabar con la influencia del comunismo y sus agentes internacionales al interior del país, en momentos en que la lucha armada redefinía su propuesta política y aparecían nuevos grupos que colocaban en el centro de su actividad la transformación revolucionaria de la sociedad y la toma del poder político”<sup>117</sup>.

Como vemos no son nuevos los planes geoestratégicos diseñados por EE.UU. para la región; a los actuales Plan Colombia o Iniciativa Regional Andina (IRA), le antecedieron otros, que para la época de surgimiento del ELN y otros grupos,

---

<sup>117</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 292-293.

conocemos con los nombres de Plan Laso, -Latin American Security Operation-, (1962-65) y Plan Andes (1968-1970). Estos planes estratégicos, con una impronta destacada del factor militar, respondían a la concepción de la Doctrina de Seguridad Nacional. Ésta obedeció a los intereses geopolíticos estadounidenses durante la Guerra Fría, y fue aplicada por los militares latinoamericanos. Los elementos básicos de esta doctrina fueron dos: en primer lugar, la existencia de una gran confrontación bipolar mundial, entre el comunismo y el Occidente capitalista y cristiano; y en segundo lugar, la situación de guerra permanente contra este ingente peligro del comunismo, en todos los niveles, militar, político, medios de comunicación,... Para poder implantar estos programas EE.UU. estableció un plan de acercamiento y formación de la elite militar latinoamericana. Fue destacado el papel de la Escuela de las Américas en Panamá, y para el periodo estudiado, la formación a partir de 1961 de las Conferencias de Ejércitos Americanos (CEA), donde se estrecharon relaciones entre los ejércitos nacionales latinoamericanos y se diseñaron estrategias comunes (algunos de ellos, tristemente famosos como el Plan Cóndor de las dictaduras del cono sur); en estas conferencias también se delinearon las líneas generales de las políticas contrainsurgentes del continente. Todo ello se completó con la formación de los mejores cuadros de las fuerzas armadas de cada país, en escuelas militares estadounidenses<sup>118</sup>. Deseamos reproducir las siguientes declaraciones de dos generales colombianos que son muy esclarecedoras de la visión de los militares

---

<sup>118</sup> Leopoldo Múnera Ruiz, *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*, CEREC-Univ. Nacional de Colombia, Bogotá, 1998, p. 154. Leopoldo Múnera, Mauricio Archila y Medófilo Medina son autores esenciales para aproximarse al estudio de los movimientos y protestas sociales en Colombia en la segunda mitad del siglo XX. En concreto, este libro indaga en el tema de los movimientos sociales en Colombia a partir de la sociología de la acción y de los paradigmas teóricos de la movilización de recursos y de las conductas colectivas. Con estos referentes teóricos y un buen estudio del contexto histórico, analiza el movimiento sindical y su fragmentación, los sindicatos agrarios y las movilizaciones y paros cívicos; asimismo el papel que tuvieron la violencia armada y la represión en el crecimiento y consolidación de la sociedad civil y los movimientos sociales en Colombia a partir de la década de los años sesenta.

frente a la función que debían cumplir en sus respectivos países. El general Matallana, afirmaba en una entrevista en 1984, que:

“Últimamente, con base en la ‘Doctrina de Seguridad Nacional’ estructurada por los Estados Unidos con participación activa de los gobiernos dictatoriales militares del Cono Sur del Continente, que la han propalado e incentivado para su aplicación en todos los países americanos, el estamento militar ha llegado a entender y está firmemente compenetrado de la idea de que él es el llamado a señalar la ruta que el país debe seguir en materia política y diplomática. Es un hecho que en el Continente está en marcha una diplomacia paralela civil y militar”<sup>119</sup>.

Para los militares la necesidad de cooperar se basó en la constatación de la existencia de un enemigo común, el comunismo, que ponía en peligro la estabilidad y la cultura de los países; así como la “eminente” posibilidad de una invasión del continente por parte de la URSS y sus aliados. Para hacer frente a esta “terrible” amenaza fue preciso desarrollar los principios de la Doctrina de Seguridad Nacional, como confirma el general colombiano, Landazábal:

“Después de la Segunda Guerra Mundial, y ante la posibilidad de conflicto directo entre Rusia y los Estados Unidos, cuando se hizo presente en el panorama de la política y las relaciones internacionales, esa contienda diferente, considerada como la “guerra fría” entre las potencias, y ante la posibilidad de un ataque sorpresivo directo al continente americano, en

---

<sup>119</sup> Arturo Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*, Ed. Planeta, Bogotá, 1985, p. 400. El texto recoge los testimonios de más de cincuenta protagonistas de la violencia en los últimos cuarenta años en Colombia, por sus páginas recorreremos las opiniones de expresidentes, comandantes guerrilleros y militares, activistas sociales, investigadores,... A partir de estos testimonios el autor reconstruye los acontecimientos más destacados de la historia política colombiana de la segunda mitad del siglo XX. Este libro se convierte en una fuente de primera línea para los historiadores que pretenden reconstruir la historia de este periodo histórico.

cualquiera de los Estados integrantes, se agruparon los organismos militares para la defensa del conjunto. El ataque directo no pudo realizarse y como consecuencia de ello el espíritu expansionista y la filosofía del establecimiento de un Estado mundial, Rusia acudió a la aplicación de los sistemas y procedimientos de la guerra subversiva; se hicieron presentes los actos de terrorismo y las guerrillas y frente a la amenaza arrolladora y la crudeza de la nueva lucha, se realizó el intercambio de las experiencias, las tácticas y las formas de combate entre los ejércitos, y ante el nuevo espectro que presentaba el comunismo amenazante, se adoctrinaron las Fuerzas Militares para combatirlo, y contra todos los requisitos de la tradición militar, surgió el nuevo enemigo materializado en el sistema comunista que para entonces se había constituido en el enemigo común, amenazante, que era necesario combatir, para asegurar la paz y la estabilidad de las instituciones nacionales, la convivencia del conjunto, y con ello la seguridad de América entera”<sup>120</sup>.

Difícilmente se pueden encontrar unas palabras más pertinentes para mostrar la “ingente” tarea de los militares en el contexto de la segunda mitad del siglo XX en América Latina. La aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional y la cooperación con EE.UU., supuso a los militares latinoamericanos, el paso de unos conflictos nacionales, a la percepción de que éstos tenían carácter continental e incluso internacional. En Colombia, esta doctrina significó, un reposicionamiento de los militares en el contexto político y social del país; así como el reforzamiento del tradicional anticomunismo y el sentimiento antipopular de los militares y de las elites de los partidos tradicionales. Las fuerzas armadas ampliaron su autonomía frente al poder político y se incrementó la “militarización” del Estado, que fue paralela a la

---

<sup>120</sup> *Ibidem.*, pp. 400-401.

“militarización” de la sociedad, fenómeno que continúa hasta nuestros días. Se incrementó el uso del Estado de sitio, la justicia penal militar, la militarización de extensas zonas del país, la propaganda militar en zonas de influencia guerrillera, las estrategias preventivas, las brigadas de alfabetización y salud, etc. La aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional en Colombia, supuso cambios en la actividad y organización del ejército, así como de otras esferas del Estado, que permitieron mejorar la articulación entre los intereses de unas elites políticas excluyentes y unos militares que aumentaron su peso dentro del Estado. Como afirma Leopoldo Múnera:

“Dentro del carácter excluyente del Frente Nacional, las Fuerzas Armadas tuvieron la función de controlar la protesta o la insurgencia popular que se saliera de los límites establecidos por el régimen de coalición. Su estrategia militar se adecuó a la visión dominante en los partidos tradicionales, la cual percibía a la izquierda y al movimiento popular como dos peligrosos enemigos por fuera o en el límite del orden constitucional. No obstante, fue la política exterior de los Estados Unidos y el contacto estrecho de los militares colombianos con los estadounidenses, el que le dio forma a la concepción geopolítica de las Fuerzas Armadas”<sup>121</sup>.

Este “contacto estrecho” se concretó con la participación del ejército colombiano en la Guerra de Corea. Esta participación, única entre los ejércitos latinoamericanos de la época, sirvió para “limpiar” ante los norteamericanos, la imagen que tenía el entonces presidente Laureano Gómez. Su apoyo a la dictadura militar española, su filo falangismo y su tendencia pronazi en la segunda guerra mundial, se intentó superar con un renovado espíritu anticomunista. En contrapartida,

---

<sup>121</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., p. 152.

EE.UU. intervino directamente en el conflicto interno colombiano: entrenó a más de 5.300 militares colombianos entre los años 1950 y 1970<sup>122</sup>, y asesoró acciones militares como la famosa operación contra Marquetalia, una “república independiente” según los políticos tradicionales y la prensa de la época, y que no era otra cosa que el reducto de unos grupúsculos de guerrilla apoyados por el Partido Comunista. La consecuencia directa de esta operación fue el surgimiento del actual mayor grupo guerrillero de Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)<sup>123</sup>. Esta acción entraba dentro de la lógica de la “guerra preventiva”, tan de moda hoy en día y que EE.UU. lleva aplicando hace décadas en su hemisferio y que actualmente ha extendido al resto del planeta. Esta política preventiva seguía los lineamientos del plan Laso y fue llevada a cabo por el Batallón Colombia, que había participado en la guerra de Corea y que de esta manera puso en práctica las enseñanzas de guerra contrainsurgente e irregular aprendidas en esos últimos años por los mandos militares en las academias norteamericanas. Esta operación fue el puente entre una visión tradicional del ejército y los nuevos preceptos de la Doctrina de Seguridad Nacional. Pierre Gilhodes afirma que: “No es exagerado concluir que en Colombia, desde el punto de vista estrictamente militar, se inventó el enemigo en nombre de una respuesta continental (...). La inspiración vino del exterior en esta ofensiva ideológica-militar de comienzos de los sesenta. Se presionó sobre un presidente débil para tener en la cúspide militar a un oficial de nuevo corte, apto para aplicar una teoría gemela y complemento de la Alianza para el Progreso”<sup>124</sup>. Recordemos que Colombia fue uno de los más fuertes defensores de esta Alianza, en el seno de la Organización de Estados Americanos (OEA), en la

---

<sup>122</sup> *Ibidem.*, p. 153.

<sup>123</sup> Sobre el tema se puede consultar el texto de Eduardo Pizarro Leongómez, *Las FARC (1949-1966)*, especialmente el capítulo titulado: “El nacimiento de las FARC”, *óp. cit.*, pp. 187 y siguientes.

<sup>124</sup> Pierre Gilhodes, “El Ejército colombiano analiza la violencia”, Ponencia I Simposio Internacional de la violencia en Colombia, Bogotá, 1984, p. 15.



reunión de presidentes en Punta del Este; y así fue como este país “se convirtió en el programa piloto para la aplicación de la Alianza para el Progreso, concebido como el instrumento para desactivar el potencial revolucionario de los pueblos americanos”<sup>125</sup>.

Estas nuevas condiciones auspiciadas en el continente por EE.UU. fueron una de las razones que impidieron a muchos grupos insurgentes, el objetivo de la toma del poder. La experiencia cubana fortaleció la vigilancia de los Estados latinoamericanos y las acciones de carácter preventivo de las fuerzas de seguridad del Estado contra los sectores de la izquierda latinoamericana, bajo la percepción del “enemigo interior” inspirado por la Doctrina de Seguridad Nacional, con lo que se consiguió cortar el desarrollo de la izquierda en muchos países.

---

<sup>125</sup> Jaime Zuluaga Nieto, *óp. cit.*, p. 397.

## **2.7. IMPACTO DE OTRAS EXPERIENCIAS Y COLABORACIÓN ENTRE ORGANIZACIONES ARMADAS**

El contexto internacional o los factores externos pueden servir de instrumentos para activar o desactivar el potencial revolucionario en un país. Algunas medidas aplicadas de la Doctrina de Seguridad Nacional, sirvieron para que los ejércitos estuviesen más preparados para enfrentar el surgimiento y consolidación de grupos insurgentes. Pero a pesar de las medidas contrainsurgentes, el contacto y la relación entre experiencias revolucionarias, armadas o terroristas, ha sido una constante hasta nuestros días. Esta relación, esencialmente se ha caracterizado por dos tipos de situaciones: en primer lugar, el estudio y análisis de otros contextos revolucionarios y armados, con el consiguiente intento de reproducir experiencias y tácticas, que han sido exitosas en otro contexto; y, en segundo lugar, las asesorías directas entre los miembros de las organizaciones, el apoyo en la formación de militantes o activistas, en armas, etc. Detengámonos a analizar cómo han sido algunos de estos procesos, en la mayoría de los casos clandestinos, pero que muestran la importancia que estos contactos tuvieron para las organizaciones. Especialmente, porque rompieron el aislamiento de algunos grupos armados y también porque les sirvieron para intercambiar experiencias, entrar en círculos de traficantes ilegales de armas, etc.

Cada experiencia revolucionaria exitosa se convirtió en un ejemplo definitivo de cómo hacer otras revoluciones, cada éxito táctico de un grupo armado fue

“exportado” y se intentó aplicar en otros contextos y por otras organizaciones. La mitificación de las victorias revolucionarias y el intento de universalizarlas, ha sido una constante hasta nuestros días de este tipo de organizaciones. Este “efecto demostración” tuvo una importancia crucial a la hora de la “terrible decisión” de tomar las armas para obtener concesiones políticas, tanto a nivel de las organizaciones como de los propios militantes. Fernando Reinares recogiendo una serie de testimonios de militantes de ETA, plantea que:

“Otros testimonios, recogidos entre militantes que ingresaron en el grupo armado clandestino durante el franquismo, ponen de manifiesto que sobre su aceptación de la violencia como método eficaz de acción política, sobre su conformidad con *ese terrible empujón* tenido incluso por necesario, no sólo influyó la represión propia de la dictadura entonces existente. También lo hizo la información que recibieron sobre campañas insurreccionales desarrolladas, con resultados aparentemente satisfactorios, en distintos países árabes o latinoamericanos durante los años cincuenta y sesenta. Más incluso de lo que pudo haber influido el marxismo como doctrina de la violencia, pese a que algunos rudimentos de dicha ideología política eran combinados, sobre todo en los inicios de la organización terrorista, con el nacionalismo predominante dentro de ella. Aunque, como es obvio, aquellas campañas se desarrollaban en realidades socioeconómicas o culturales muy diferentes a la propia y no siempre manifestaban conflictos de carácter nacionalista, fueron percibidas como referencias oportunas, en la medida en que proporcionaban modelos reconocibles y eventualmente emulables de oposición armada a un orden establecido”<sup>126</sup>.

---

<sup>126</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y por qué*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 88-89. En este libro se analiza las características sociales de los militantes de ETA, así como sus motivaciones. La mayoría de los individuos que han entrado en ETA se caracterizan por su juventud, por ser varones y en gran proporción también guipuzcoanos. Además habían estado cerca

Surgió con ello, toda una subcultura de la violencia que sustentó el uso de las armas entre los militantes de estas organizaciones y que tuvo como referente básico el convencimiento que el uso de la violencia había funcionado en escenarios foráneos y por lo tanto era válido para el propio; de esta manera, se revolvían las disputas políticas por ese medio violento y se conseguía alterar de esta manera las relaciones de poder en la sociedad. Esta “internacionalización” de las luchas locales, permitió a las organizaciones darse legitimidad, crear la ilusión de las posibilidades de victoria entre sus militantes y justificar atrocidades con el argumento que en otros contextos también fueron necesarios ciertos “sacrificios”. En el proceso de formación de estas organizaciones armadas, todas buscaban modelos foráneos de violencia colectiva que se constituyeron en referentes-legitimadores de su propia violencia. Las organizaciones se encargaron de socializar estos modelos foráneos entre sus militantes y estos a su vez interiorizaron estas experiencias, lo que les permitió dar mayor “legitimidad” al uso de la violencia armada. Un antiguo militante de ETA percibía la revolución en Argel de la siguiente manera: “En aquella época teníamos muy en mente la revolución argelina. Sí, la teníamos muy en cuenta. Habían echado al invasor francés y... nos mirábamos mucho en aquello. No como sociedad en el aspecto de que, bueno, pues eran musulmanes o eso, pero sí en cuanto a expulsar al enemigo y quedarte aquí”. Este testimonio se puede completar con el de otro militante de ETA que hacía esta reflexión sobre la relación entre el contexto internacional y la lucha armada: “Lo que está claro es que ningún país del mundo ha

---

de círculos de sociabilidad del nacionalismo vasco, del cual sustrajeron unos rudimentos de su filosofía política, la cual articularon con unos vagos conocimientos de marxismo. También estos militantes hacen parte de una cultura que valora los rasgos masculinos como la fuerza y la lucha, lo cual se trasladó al campo de la política con el convencimiento de que la lucha armada era útil para obtener propósitos políticos como la independencia de Euskadi. El libro se construyó con documentos judiciales de más de seiscientos militantes de la organización, así como con más de cuarenta entrevistas a etarras activos o que dejaron la organización.

conseguido la independencia, ningún país del mundo ha llegado a ser independiente sin muertos y... sin violencia. No te van a dar así, por la cara. Está claro que había que luchar para ello. (...) A la lucha armada llegas porque por otros medios no puedes... no te dan. O sea, todo es un proceso de... el que pega, manda...”<sup>127</sup>.

Debemos resaltar entonces en esta investigación el peso de estos referentes, el papel que algunas experiencias revolucionarias tuvieron en el surgimiento de otras organizaciones y posteriormente en su expansión y consolidación a partir del intento de replicar estrategias, tácticas, etc. La fuerza de estos referentes revolucionarios estaba acorde con la tradición internacionalista de la izquierda en esa época y la consecuencia de los famosos alineamientos internacionales: maoístas, castristas, trotskistas, etc. En palabras de Mauricio Archila:

“A lo largo de los años estudiados resalta el peso de las experiencias revolucionarias en la gestación de las organizaciones de izquierda y en las no pocas divisiones que sufrieron. Esto era una consecuencia de la tradición internacionalista que las nutrió desde su cuna. Si algunas de ellas, como el Frente Unido, Firmes o la URS, no se alinearon internacionalmente, las experiencias revolucionarias concretas de otros países (principalmente la Unión Soviética, China, Albania, Cuba y Nicaragua) las impregnaron tan hondamente, que buscaron reproducirlas en nuestro medio aunque la realidad les impusiera ciertos acondicionamientos”<sup>128</sup>.

---

<sup>127</sup> *Ibidem.*, pp. 90-91.

<sup>128</sup> Mauricio Archila Neira, *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, ICANH-CINEP, Bogotá, 2003, p. 298. Este libro se convierte en referente básico para la aproximación al estudio del papel de los movimientos sociales en la segunda mitad del siglo XX en Colombia. Archila propone un acercamiento histórico al tema, intentando romper con los planteamientos esencialistas que dan por hecho la existencia de éstos y de las clases que los sustentan. Frente a este planteamiento, Archila muestra como fue el proceso de construcción de estos actores sociales y sus identidades, y destaca como frente al control bipartidista de los movimientos sociales antes de 1948, la segunda mitad del siglo se caracterizó por la ruptura con el modelo bipartidista de poder en la sociedad. Esta emancipación de los movimientos sociales los convirtió en sujetos de disputa entre el Estado y los partidos políticos por un lado, y los actores armados ilegales por otro. Con una buena sustentación teórica, el autor aborda la explicación histórica de las protestas sociales

En el caso de ETA, la necesidad de buscar fórmulas que validen su lucha y la haga efectiva contra la dictadura militar del franquismo, llevó a la organización a seguir con mucho interés los acontecimientos y las experiencias en el resto de Europa y en el Tercer Mundo. En especial, la revolución cubana y argelina, así como el resurgimiento de los movimientos nacionalistas europeos, inyectaron nueva vitalidad a los jóvenes nacionalistas radicales de finales de la década del cincuenta y comienzos de los sesenta: “Sus dirigentes conocen desde el primer momento las obras escritas por algunos de los principales líderes de los movimientos de resistencia de los países tercermundistas, tales como *La Révolte d’Israel*, de Menaghen Begin, o *Tunez*, de Habib Burguiba, y, asimismo, traban conocimiento del movimiento etnicista y federalista que en Europa, y particularmente en Francia, propugnan Guy Héraud, Yann Fouéré, Alexandre Marc y otros”<sup>129</sup>. En ETA tuvo un destacado papel el estudio de experiencias como el movimiento Irgum israelí o el FLN argelino, la guerra antiimperialista vietnamita,... Estas experiencias revolucionarias fueron canalizadas a través del pensamiento de personajes como Krutwig, que se encargaron de asimilar el caso vasco a las guerras de liberación nacional, tan en boga en ese momento histórico. Si bien la comparación de contextos tan disímiles como el industrializado País Vasco y los países pobres del Tercer Mundo, pudiese parecer disparatada para un observador externo; desde el discurso etarra se justificó esta operación “mágica” porque les permitió proponer los esquemas y modelos de lucha del FLN argelino, del Che o de Mao, a la realidad local de Euskadi. Desde los primeros números del órgano oficial de ETA, la revista *Zutik*,

---

en la segunda mitad del siglo XX en Colombia, para ello utiliza una amplia base de datos que le permiten sustentar sus conclusiones y la reflexión académica en datos empíricos.

<sup>129</sup> Gurutz Jáuregui Bereciartu, *Ideología y estrategia política de ETA*, óp. cit., p. 199.

se insistió reiteradamente en comparar la situación vasca con la de otros movimientos de liberación de países del Tercer Mundo, para justificar la conveniencia de practicar la violencia armada en la sociedad vasca:

“El caso de Euskadi es similar al de Argelia o al de Angola. Sojuzgados por España, no podemos confiar en que ni Franco, ni la Monarquía o la República española estén dispuestos a otorgarnos la independencia que exigimos.

España obtiene demasiadas ventajas económicas de Euskadi como para que podamos creer que vendrá el día en que se resigne a perder su <<colonia>>, si nosotros no estamos dispuestos a conquistar nuestro derecho por la fuerza.

Partiendo de esta premisa es evidente que el camino que hemos de seguir es similar al de los argelinos o los angoleños”<sup>130</sup>.

Esta aproximación, identificación y posteriormente comparación con esas guerras anticoloniales, obligó a fundamentar un discurso eminentemente nacional-tercermundista, que identificó a Euskadi como una colonia y a Madrid o España como su metrópoli, todo ello inundado de cierta simplicidad muy desligada de análisis certeros de la compleja realidad vasca del momento. Lo cual planteó la necesidad de que la solución al “problema vasco” debía pasar por la expulsión del colonizador y su cultura imperialista, y ésta sólo se podía llevar a cabo a través de la violencia, como demostraban las experiencias de otros países. Como plantea Gurutz Jáuregui:

---

<sup>130</sup> José Mari Garmendia, *Historia de ETA*, vol. I, Haranburu editor, San Sebastián, 1983, pp. 97-98. El autor analiza la evolución ideológica y de las prácticas políticas de ETA a partir de los textos de esta organización, y en especial tiene en cuenta algunos ejes centrales de su evolución: la relación nacionalismo y socialismo, la discusión sobre la lucha armada y la participación política, la relación con los movimientos sociales, etc. Este texto fue uno de los primeros intentos por realizar una historia de la organización terrorista.

“El proceso de aproximación a las tesis anticolonialistas resulta realmente sencillo y lineal. Se inicia con una inmediata corriente de simpatía hacia los países tercermundistas, simpatía que no tarda en convertirse en proceso de identificación de la situación objetiva de esos pueblos colonizados y Euskadi. Tal identificación no hace referencia tanto a la realidad objetiva interna (social, económica, política) de cada pueblo, sino a la relación de ocupación, opresión o dependencia que los mismos sufren por parte de las potencias colonizadoras.

De esta identificación de situaciones se deriva inmediatamente una identificación de métodos de lucha. Argelia, Vietnam, etc., son países ocupados por potencias extranjeras. Euskadi, también. Argelia, Vietnam, etc., han iniciado una guerra de liberación nacional. Euskadi debe, asimismo, iniciar su guerra de liberación nacional. El análisis gira, en consecuencia, en torno a este eje elemental y un tanto simple de <<situación objetiva de ocupación/respuesta a esa ocupación>>. Para ETA, Euskadi es un país ocupado; tal afirmación no presenta duda alguna. Si, para llevar a cabo su liberación nacional, otros países ocupados utilizan la guerra revolucionaria como método adecuado, ¿por qué ETA no?

Se produce de esta forma un <<espejismo colonialista>><sup>131</sup>.

Se realizó de esta manera una superposición de situaciones que llevó también a la comparación de ETA con el Frente de Liberación argelino o vietnamita, como si esta organización armada vasca fuese un verdadero ejército de liberación. Y es que en estas organizaciones pesó mucho más el voluntarismo que el análisis de la realidad. Así aunque la idea de que Euskadi era una colonia, sólo permaneció

---

<sup>131</sup> Gurutz Jáuregui, “ETA: orígenes y evolución ideológica y política”, en Antonio Elorza (Coord.), *La historia de ETA*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2000, p. 246. El autor en este texto parte de la tesis de que ETA es el resultado de dos factores íntimamente unidos: el nacionalismo sabiniano con la idea de Euskadi como país ocupado y el franquismo que hace efectiva esta idea. Por lo tanto, Jáuregui rastrea los fundamentos ideológicos del nacionalismo vasco histórico así como el contexto político de surgimiento de ETA.



oficialmente en el discurso etarra hasta 1968 (con la aparición del texto del dirigente José Luís Zalbide, bajo el seudónimo de K. De Zumbeltz, titulado *Hacia una estrategia revolucionaria vasca*), la concepción que sustentó esta idea estuvo implícitamente a lo largo de la mayoría de la existencia de ETA. Fue tal el peso de esta visión de la realidad vasca, que se convirtió en una de sus principales líneas estratégicas: la vía tercermundista. Las bases ideológicas de esta estrategia armada basada en las experiencias de países del Tercer Mundo fueron condensadas en el libro de Federico Krutwig, *Vasconia*, donde se pretendía adecuar las experiencias de los movimientos de liberación tercermundista a la realidad de una sociedad vasca industrializada, buscando renovar la teoría del nacionalismo vasco tradicional con los aportes ideológicos contemporáneos que ofrecía el marxismo. El texto defendía la idea de que Euskadi era un territorio más oprimido que las colonias sometidas al imperialismo europeo y, por lo tanto, la única vía para la independencia del país pasaba por la guerra de liberación nacional –como había sucedido en los casos con los que se comparaban-, que comenzase con focos guerrilleros que permitieran crear las condiciones para la lucha de masas y la toma del poder. Para Krutwig el proceso que se debía imitar era similar al seguido en Argelia. Para ETA: “La lucha revolucionaria del pueblo argelino por la liberación nacional muestra claramente que la destrucción del aparato del Estado francés en Argelia no se logró mediante la destrucción de sus fuerzas armadas. La situación política que se había creado en Francia como consecuencia del proceso revolucionario argelino fue el aspecto principal de la derrota”<sup>132</sup>. Este autor ofreció el soporte teórico e ideológico, para el acercamiento de la organización a la vía violenta y la lucha armada. El uso de la violencia armada se convirtió en único método o camino para conseguir la liberación de Euskadi, como supuestamente demostraba la historia de Euskadi y la experiencia

---

<sup>132</sup> ETA, *Hacia una estrategia revolucionaria vasca*, Hendaya, Editions Hordago, 1976, p. 193.

de otros países. Se optó por la lucha y el antagonismo radical entre la “colonia” Euskadi y la “metrópoli” España, siguiendo los modelos anticolonialistas del Tercer Mundo y se desconoció en cierta manera la tradición reformista de otros nacionalismos europeos, que pudieron servir también de modelos. Como plantea Gurutz Jáuregui:

“La adscripción de ETA a las tesis anticolonialistas no puede resultar sorprendente en absoluto. Muy al contrario, constituye en cierto modo una derivación lógica, y ello por varios motivos: a) la existencia de un precedente anticolonialista en el nacionalismo vasco, y más concretamente en el nacionalismo radical, principal fuente ideológica de ETA; b) el hecho de que en el momento del nacimiento de ETA, y salvo en el caso de Irlanda (fácilmente encuadrable, asimismo, en el ámbito del nacionalismo tercermundista, en lo que a sus métodos hace referencia), no existe en la Europa occidental un movimiento nacionalista radical con la suficiente entidad como para aportar experiencias de lucha de liberación nacional; c) el hecho de que tanto el sentimiento anticolonialista como el propio proceso de descolonización se hallan, en el momento del nacimiento de ETA, en su fase más álgida; d) la aparente coincidencia entre la idea de ETA (Euskadi, país ocupado) con la realidad ofrecida por el franquismo, que mantiene una política de opresión y ocupación real y efectiva del País Vasco desde el final de la contienda civil”<sup>133</sup>.

Por otro lado, el estudio de las experiencias anticoloniales llevó también a estos jóvenes que en un comienzo hacen parte de la rama juvenil del Partido Nacionalista Vasco (PNV) ha adoptar las ideas socialistas como consecuencia de enfrentar la experiencia vasca con otras de países de África y América. Sin embargo,

---

<sup>133</sup> *Ibidem.*, p. 245.

no fue sencillo compaginar los conceptos de “nacionalismo” y “socialismo” en una organización juvenil de un partido históricamente conservador y antisocialista. Lo que llevó a estos jóvenes a salirse de la organización embrionaria y formar ETA. Para estos jóvenes nacionalistas, estas experiencias (Cuba, el FNL argelino, Vietnam, etc.) demostraban que se podía superar en el País Vasco esa tradicional división entre nacionalistas y socialistas. Esta tensión entre Nacionalismo y Socialismo en ETA fue uno de los ejes fundamentales en la historia de la organización. Muy pronto se planteó la disyuntiva y el debate interno: para unos la similitud de la experiencia del País Vasco con otras luchas en el Tercer Mundo suponía identificar este territorio como una colonia española y la lección que estas otras luchas demostraban de que la vía hacia la liberación del país era la lucha armada, una lucha fundada en los modelos argelino, cubano o vietnamita. Para otros miembros de ETA, el País Vasco no se podía identificar con un país del Tercer Mundo, dado que era la región más industrializada de España; por lo que abogaron por un acercamiento a la clase obrera, con la dificultad añadida de que la mayoría de los trabajadores eran inmigrantes de otros territorios de España, por lo que eran los sectores de la población que menos se identificaban con el nacionalismo vasco. El enfrentamiento terminó en división entre un sector proclive al acercamiento a las organizaciones obreras socialistas, que buscan una estrategia marxista basada en la lucha de la clase obrera, mayoritariamente compuesta por inmigrantes de fuera del País Vasco; y otro sector que defendió seguir la estrategia guerrillera tercermundista.

Desde esta última perspectiva, si la lectura que se hace de la situación del País Vasco es muy similar a otros países del Tercer Mundo que luchan por su independencia, entonces los objetivos deben ser muy parecidos a los de los movimientos de liberación tercermundistas: a) expulsión del opresor ocupante; b)

ganar el apoyo y la voluntad del pueblo ocupado, y concienciarlo de su situación de explotación; c) destruir la organización del gobierno ocupante y sus fuerzas militares; y d) tomarse el poder a partir de la movilización de masas dirigidas por una vanguardia revolucionaria. En la búsqueda de estos objetivos, ETA adoptó una estructura organizativa y política, en forma de frentes: político, económico, cultural y militar. Estos debían confluir en un gran Frente de Liberación Nacional, fuente de unidad del pueblo vasco contra la metrópoli<sup>134</sup>. Posteriormente, ETA adoptó otros cambios organizativos o políticos, que bebieron de otras experiencias revolucionarias o armadas:

“La estructura de los grupos <<liberados>> en el segundo período descrito, el que se desarrolla entre 1979 y 1986, tiene un notable parecido con la organización que adopta el Ejército Republicano Irlandés en 1975, por iniciativa de Gerry Adams, que sustituyó las viejas compañías, batallones y brigadas, infiltradas por los servicios secretos británicos, por las denominadas <<unidades de servicio activo>> (ASU), células integradas por un grupo reducido de activistas vinculadas verticalmente con sus jefes. Por el contrario, el tipo de organización que se desarrolla entre 1987 y 1993 tiene más parecido con las <<columnas>> popularizadas por los tupamaros e imitadas por ETA (político militar)”<sup>135</sup>.

Desde sus orígenes ETA, como el resto de las organizaciones armadas, ha analizado otras experiencias y ha adoptado o adaptado de ellas presupuestos teóricos, ideológicos, tácticas, etc. Por ejemplo, hubo intentos de crear una organización cerrada al estilo del Irgum israelí, también se propuso la organización de ETA en *herrialdes* al modo de las *wilayas* argelinas aunque ello no tuviese nada que ver con

---

<sup>134</sup> José Mari Garmendia, “ETA: nacimiento, desarrollo y crisis (1959-1978)”, en Antonio Elorza (Coord.), *La historia de ETA*, óp. cit., p. 135.

<sup>135</sup> Florencio Domínguez, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones. 1978-1992*, óp. cit., p. 207.

los territorios históricos; o la aprobación en la V Asamblea del modelo de estructura política de Truong Chinh que dividía la organización en cuatro frentes (económico, político, cultural y militar), etc. En uno de sus primeros manuales de táctica guerrillera de ETA, titulado *Subversión y terrorismo*, se analizaba el caso de la isla de Chipre, porque era una de las tempranas (1954) guerrillas urbanas del mundo<sup>136</sup>, para intentar aplicar sus enseñanzas a la experiencia vasca. Otro referente directo fue siempre Irlanda, con la que siempre el nacionalismo vasco radical se ha intentado identificar dada la resonancia internacional del caso irlandés. Desde el comienzo de ETA la conexión es estrecha, primero con la figura de Gallastegui, quien a través de su familia paterna mantenía contacto con el IRA y que sirvió para la formación guerrillera de los primeros comandos, como fue el caso del propio Gallastegui, Amézaga, Isasi o Escauriaza en el año 1961.

Es curiosa la identificación de cada grupo armado con otro contexto, en una cadena de eslabones, que los lleva de una parte del mundo a otra, y que va uniendo esa conexión cada vez más con pasados remotos. Así, si ETA ha tenido como referente esencial al IRA y el caso irlandés, este último buscó a su vez otros referentes; como recuerda Rogelio Alonso:

“El discurso republicano ha trazado frecuentemente paralelismos entre Irlanda del Norte y el sistema de *apartheid* sudafricano así como el institucionalizado y sistemático racismo en algunas regiones de Estados Unidos, ambos insostenibles desde el análisis riguroso de tan dispares contextos. Como ha indicado Purdie al analizar cómo la asociación por los derechos civiles NICRA buscó inspiración en el movimiento negro, los agravios de la población de color eran indudablemente mucho más intensos y obvios que los que se denunciaban en Irlanda del Norte. De ahí que al adoptar el estilo y

---

<sup>136</sup> Gabriel Carrión López, óp. cit., pp. 76 y siguientes.

la retórica de ese movimiento negro se alimentara una tendencia natural hacia la exageración y el exacerbamiento de las tensiones entre las comunidades norirlandesas. Danny Morrison, uno de los activistas entrevistados, reproducía esa retórica al comparar sin rigor la situación de los católicos norirlandeses con la de los ciudadanos negros en Estados Unidos del siguiente modo: <<No tengo problema en que sean unionistas. El problema es que el precio de su unionismo es que debo ser un ciudadano de segunda clase, que tengo que viajar en la parte de atrás del autobús, que sólo se nos permite andar a un lado de la calle>><sup>137</sup>.

Estamos de acuerdo con Alonso en que el intento forzado de comparar contextos para justificar el recurso propio a la violencia, llevó a ETA, el IRA y otras organizaciones a exagerar los antagonismos para adaptar la realidad a un discurso de lucha y enfrentamiento; en lugar de adaptar el discurso a la realidad social de cada contexto. Esto tuvo unas consecuencias graves para la resolución de estos conflictos políticos, porque estas organizaciones armadas y sus militantes quedaron atrapados en su propio discurso. Discurso que obligó a ver la realidad de una forma antagónica, y esta visión de la realidad redujó las posibilidades de diálogo y resolución de los conflictos. Esta adopción de discursos y el intento de forzar la realidad local para adaptarla a esos discursos “de moda” en la época, fue otra de las consecuencias destacadas de la influencia del contexto internacional o de los factores externos en las organizaciones armadas.

Como podemos comprobar los lazos entre el contexto internacional y ETA parecen estrechos. La influencia exterior fue determinante en el surgimiento de ETA,

---

<sup>137</sup> Rogelio Alonso, *Matar por Irlanda. El IRA y la lucha armada*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, p. 101. Este libro articula un exhaustivo conocimiento de la bibliografía sobre esta organización con entrevistas a sus militantes, para indagar sobre las motivaciones de estos para involucrarse en la lucha armada en este grupo terrorista. Este libro es utilizado en la presente investigación como un “tercer” caso de comparación que pueda arrojar claridad sobre algunos temas trabajados para el ELN o ETA.

como lo será en su desarrollo; fue la confluencia de la tradición de lucha del nacionalismo vasco con las experiencias de liberación nacional (Argelia, Cuba, etc.) lo que permitió tomar conciencia a algunos jóvenes vascos de la necesidad de comenzar la lucha armada como vía para la consecución de “la causa”: la liberación del País Vasco/Euskadi y la posterior revolución socialista. Federico Krutwig lo confirma cuando afirma que: “Esta generación vasquista tuvo que formarse sus propios ideales. Del exterior nunca le llegó ninguna savia nacionalista. La fuerza que este sentimiento tenía en el Pueblo Vasco a través de los siglos brotó de nuevo. Y los nuevos hombres buscaron su nutrición patriótica en el ejemplo de otros pueblos, de Israel, de Chipre, de Túnez, de Argelia, de Indochina, de los pueblos que se sacudían el yugo del colonialismo”<sup>138</sup>. Volvemos a comprobar que fue esa confluencia de factores internos y externos lo que determinó el resurgimiento del movimiento nacionalista en el País Vasco, y su radicalización a partir del contacto con otras experiencias revolucionarias, especialmente del Tercer Mundo. Esta misma confluencia determinó el surgimiento en la década de los años sesenta de nuevas fuerzas revolucionarias en Colombia, como confirma Francisco Caraballo, dirigente del Partido Comunista (marxista-leninista): “Son varios aspectos los que influyen: el triunfo de la Revolución Cubana, posteriormente la lucha urbana que desarrollan revolucionarios venezolanos y otras influencias externas que, unidas a la experiencia de lucha del pueblo colombiano, traen consigo un desarrollo progresivo de la lucha

---

<sup>138</sup> Fernando Sarrailh de Ihartza (seudónimo de Federico Krutwig), *Estudio dialéctico de una nacionalidad, Vasconia*, Buenos Aires, Norbait, 1962. Como “primer catecismo ideológico” de ETA esta obra consiguió crear puentes ideológicos entre el discurso nacionalista vasco y las corrientes marxistas de moda en la época. También se convirtió en el referente para justificar desde la ideología, la lucha armada de esos jóvenes vascos en los primeros años de la organización armada, rechazando al mismo tiempo la inoperancia del nacionalismo tradicional y su defensa de valores occidentales como la democracia o el capitalismo.

armada o por lo menos la búsqueda de ese camino para responder a la violencia que implantaba y desataba la oligarquía de nuestro país”<sup>139</sup>.

Además, las relaciones entre grupos insurgentes de todo el mundo, pone sobre la mesa las implicaciones geopolíticas y estratégicas de estos contactos. Sobre todo, la posible polémica sobre la existencia de “tramas internacionales de terrorismo” o la existencia de unos “Estados terroristas” que apoyaron financieramente a estas organizaciones armadas. Si bien esta polémica ha sido utilizada habitualmente como “arma propagandístico-política arrojadiza”, el hecho fue que estas relaciones existieron y se conocen algunas a pesar del marcado carácter clandestino que tuvieron. Aunque ello no significa que detrás había un único estado, la URSS, como durante años se denunciaron EE.UU. y sus aliados. Además la sobredimensión de este factor imposibilita un acercamiento adecuado al tema, e invisibiliza factores determinantes como la situación interna de los países. Muchos gobiernos dirigieron la atención unidireccionalmente al apoyo internacional de las organizaciones armadas de sus países para desacreditarlas y no reconocer los elementos internos que podían explicar el surgimiento y consolidación de estos grupos insurgentes: represión, falta de democracia interna, etc. La polémica continuará en el futuro en España, Colombia o en el resto de países que contaron con grupos insurgentes, porque los intereses políticos por medio son muchos. El debate tuvo un momento álgido en la década de los ochenta y vuelve a estar a la orden de día en la actualidad, a partir de la lucha de EE.UU. contra el “Terrorismo Internacional”. Sobre el tema y para la época del surgimiento de ETA y el ELN, es interesante observar las explicaciones de Florencio Domínguez sobre como:

---

<sup>139</sup> Fabiola Calvo Ocampo, *Colombia: EPL, una historia armada*, óp. cit., p. 33.



“Un libro de la periodista norteamericana Claire Sterling<sup>140</sup> alentó una polémica subyacente y la elevó a cuestión de política internacional al desarrollar una teoría según la cual, desde 1964, los soviéticos estaban promoviendo la actividad de los grupos terroristas por todo el mundo, primero con la ayuda de los cubanos y después con la de otros países afines como Argelia, Libia, Corea, Yemen, Bulgaria, etc. El terrorismo, desde este punto de vista, constituía una modalidad de la Guerra Fría, una forma de enfrentamiento indirecto para desgastar a los sistemas occidentales. Un magnicidio frustrado, el del Papa Juan Pablo II, con rocambolescas implicaciones internacionales, acrecentó el nivel de la polémica sobre las responsabilidades de la URSS en las tramas terroristas”<sup>141</sup>.

Estas teorías conspirativas son muy difíciles de demostrar y parece que la actualidad en el mundo, nos muestra que el fenómeno terrorista o de grupos insurgente, estaba más allá de la división bipolar de la Guerra Fría. Lo que sí han existido son contactos directos con algunos estados o entre las organizaciones para intercambiar experiencias, armas, métodos, dinero, formación, etc. En el caso del ELN es bien conocido el apoyo inicial de Cuba al grupo, desde el mismo hecho de que su embrión, la Brigada Pro Liberación José Antonio Galán, surgió en la isla. En ETA la relación es más indirecta, aunque no por ello menos importante. ETA ha tenido a lo largo de su historia contacto con diversos gobiernos que le han apoyado en determinados momentos, por ejemplo a través de sus campos de adiestramiento: Argelia, Cuba, Líbano, Nicaragua, Yemen del Sur, etc. Estos lugares, además de campos de entrenamiento, sirvieron a ETA de refugio para sus cuadros y militantes, así como para que la organización entrase en contacto con otros grupos insurgentes.

---

<sup>140</sup> Claire Sterling, *Le Réseau de la terreur. Enquête sur le terrorisme international*, J.C. Lattès, París, 1981.

<sup>141</sup> Florencio Domínguez, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones. 1978-1992*, óp. cit., p. 113.

Fue lo que sucedió con Argelia, en este país magrebí ETA pudo entrar en contacto con militantes de organizaciones armadas de muchos países, entre ellos de Colombia, fue el caso del M-19 en la década de los ochenta. Se puede destacar como en 1972, ETA firmaba comunicados de solidaridad conjuntamente con organizaciones como el IRA, el Frente de Liberación de Bretaña, y los frentes de liberación de Québec, Eritrea, Palestina, Bangla Desh, Djibuti<sup>142</sup>, etc. Pero los contactos más cercanos los ha mantenido la organización radical vasca, con grupos europeos:

“La postura oficial de ETA en este periodo es negar la existencia de <<contactos orgánicos>> con cualquier grupo. (...), los representantes de ETA se refieren a organizaciones izquierdistas como la Fracción del Ejército Rojo (RAF) o las Brigadas Rojas asegurando que con estos grupos <<hay un punto de confluencia ideológica>> en la medida que buscan la revolución en sus propios países. Con el IRA, la OLP o los grupos de América Central se admite una confluencia <<tanto ideológica como política en cuanto que son movimientos de liberación nacional>>. Sin embargo, ni en un caso ni en otro se admite la existencia de <<contactos orgánicos>>.

Pese a las declaraciones oficiales, con las Brigadas Rojas, ETA habría mantenido contactos en los años 1975 o 1976, según se desprende de las manifestaciones de un miembro del Aparato Internacional de ETA en el periodo anterior a la amnistía de 1977, que habría intervenido directamente en los mismos. En ese mismo periodo se establecen contactos con los Tupamaros, el MIR chileno y otros grupos argentinos y bolivianos”<sup>143</sup>.

La presencia de etarras ha sido significativa históricamente en América Latina, sobre todo en México y Venezuela, aunque hubo presencia etarra en Cuba,

---

<sup>142</sup> *Ibidem.*, p. 116.

<sup>143</sup> *Ibidem.*, pp. 116-117.

Nicaragua, El Salvador, Panamá, Uruguay y República Dominicana; si bien los casos más destacados de contactos con otras organizaciones armadas, tal vez fueron con el MIR chileno y con los sandinistas nicaragüenses. Militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) trabajaron en distintos momentos como milicianos a sueldo de ETA. La acción más destacada de la colaboración entre ETA y el MIR, fue el secuestro del empresario Emiliano Revilla en 1988. Esta vinculación se conoció a partir de la documentación incautada por la policía en la operación Sokoia, donde aparecieron los correspondientes pagos a los “chilenos” y las tensiones entre las dos organizaciones por la forma de repartir el botín. Claro que la relación más “llamativa” que ha mantenido ETA con grupos latinoamericanos, ha podido ser con los sandinistas en Nicaragua. Y la “llamarada” que demostró esta vinculación, fue la explosión en 1992 en Managua del arsenal de Santa Rosa<sup>144</sup>. Este polvorín pertenecía a las Fuerzas Populares de Liberación de El Salvador, y era custodiado por militantes de ETA. El gobierno de Violeta Chamorro expulsó por este caso a tres activistas de la organización: Larreátegui, Etxaniz y Francisco Javier Azpiazu; aunque el principal responsable, Eusebio Arzalluz Tapia logró escapar a Cuba. Este militante unos años más tarde fue el responsable del aparato logístico de ETA en Francia. Todo habría comenzado unos años antes (1978-1979), cuando los sandinistas se tomaron el poder en Nicaragua y ETA entró en contacto con el Frente Sandinista y el nuevo gobierno, en ese momento, fue Javier María Larreátegui, *Atxulo* el “embajador” de la organización, quien pidió ayuda y a cambio ofreció su colaboración. Activistas de primera línea de ETA se desplazaron a Nicaragua, muchos de ellos entraron a trabajar para los servicios secretos, en lo que se conoció como el Directorio V, lugar

---

<sup>144</sup> Florencio Domínguez, *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas*, Aguilar, Madrid, 2002, pp. 130-131 y 136-139. Este libro indaga por las subjetividades de los militantes de ETA, el autor a partir de documentos internos de ETA, como reclamos a la dirección, cartas íntimas intervenidas por la policía, etc., reconstruye algunos aspectos del imaginario de los etarras, sus deseos, miedos, amores, sus sentimientos, sus problemas cotidianos de relación con otros compañeros, etc.

de “trabajo” donde además de sandinistas, participaron etarras y miembros del MIR chileno; todo ello bajo la asesoría de los cubanos. Las tareas de esta docena de militantes etarras consistieron en labores de espionaje, ocultación de armas, explosivos, formación de militantes de otras organizaciones centro y sur americanas, sobre todo de El Salvador. También se les responsabilizó del atentado contra Edén Pastora, el *comandante Cero*. Con este tipo de “trabajillos” los etarras completaron el sueldo que recibían cada mes de la organización etarra.

Evidentemente este no es un cuadro completo de las relaciones de ETA con otros gobiernos y organizaciones armadas, sólo se pretende mostrar con estos ejemplos, la realidad de unos contactos entre grupos insurgentes de todo el mundo y las posibles funciones que cumplieron estas relaciones. Las cuales deben ser muy importantes porque las organizaciones gastan mucho esfuerzo en conseguirlas.

## **2.8. RUPTURA CHINO-SOVIÉTICA Y NACIMIENTO DE LA NUEVA IZQUIERDA: LA IZQUIERDA ENFERMA DE INFANTILISMO**

Otros factores internacionales decisivos en el surgimiento de organizaciones insurgentes en los años sesenta fueron: la división de la izquierda internacional debida al choque de las concepciones china y soviética sobre la lucha socialista; y la fragmentación de los Partidos Comunistas y el consiguiente surgimiento de la “Nueva Izquierda”.

Esta división internacional del comunismo a partir de los debates chino-soviético y en menor medida el debate chino-albanés, sobre las formas de conducción de la revolución, así como el ejemplo de los movimientos guerrilleros en América Latina y otros países del Tercer Mundo, llevó al enfrentamiento de los sectores de la izquierda en la mayoría de los países. Las discusiones discurrieron en torno a la vía y las formas que había que utilizar para conseguir la revolución, en especial sobre la conveniencia del uso de la violencia revolucionaria. Estas discusiones terminaron en la extrema división en grupúsculos de la mayoría de la izquierda radical, y en la aparición de “familias” u organizaciones con infinidad de siglas, que intentaron marcar diferencias con otros grupos muy similares ideológicamente, a partir de posicionamientos ante las divisiones internacionales de

la izquierda: comunistas prosoviéticos, marxistas-leninistas, trotskistas, guevaristas, maoístas, tercermundistas, anarcomarxistas, etc. Carlos Medina plantea que:

“Una profunda escisión comenzó a producirse entre las distintas fuerzas de izquierda a raíz del conflicto chino-soviético: los comunistas chinos al combatir a los partidos comunistas tradicionales influenciados por la órbita soviética, alimentaron y estimularon a un crecido número de revolucionarios a avanzar en su lucha ideológica contra los métodos y las plataformas de los partidos comunistas, llegándose a producir como en el caso colombiano fraccionamientos importantes que dieron origen a un nuevo partido: el PCC (ML) de orientación prochina. En nuestro país organizaciones como el MOEC y las Juventudes del MRL, recibieron la influencia de las tesis chinas.

Durante la década del sesenta y comienzos de la siguiente, la influencia de la Revolución Cubana y su solidaridad con los movimientos de liberación nacional especialmente de América Latina, así como las tesis políticas de los comunistas chinos, a pesar de representar enfoques diferentes de la lucha política por el poder, animaron a muchos sectores revolucionarios a impulsar la lucha popular, buscar nuevos métodos y formas de trabajo y, estructurar núcleos guerrilleros que en la ciudad y en el campo desarrollaron la lucha armada (en los enfoques insurreccional o de guerra popular prolongada) como el camino principal para la toma del poder”<sup>145</sup>.

Con todo ello, hubo una ruptura con las formas organizativas tradicionales de la izquierda, sobre todo se rompió con la hegemonía de los partidos comunistas y surgió una heterogeneidad de organizaciones que disputaron con estos partidos el intento de transformar radicalmente la sociedad. La emergencia en los primeros años sesenta de lo que se conoció como “nueva izquierda”, “izquierda revolucionaria” o

---

<sup>145</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 65.

“izquierda radical” en la mayoría de los países, enlazó también a pesar de su diversidad ideológica, con un cambio generacional y con un enfrentamiento directo contra el representante histórico de la izquierda, el Partido Comunista de cada país, porque se le vio incapaz de impulsar la revolución. Frente a la postura tradicional de los partidos comunistas, se rechazó cualquier forma de compromiso político que no supusiera un cambio radical de las estructuras de la sociedad. Las guerras de descolonización en Asia, África y los movimientos guerrilleros de América Latina, se interpretaron como síntomas o expresiones de un fenómeno planetario de liberación nacional y social. Las experiencias revolucionarias de muchos países del Tercer Mundo reactivaron la discusión sobre la posibilidad de realizar en cada país la “lucha armada revolucionaria”. Por eso, otra de las características de esta “nueva izquierda” fue la asunción de los medios violentos como una opción clara para conseguir los objetivos de la revolución, en contra de las posturas moderadas de los partidos comunistas ortodoxos. Este fue un factor decisivo para el surgimiento de los grupos armados: ELN y ETA. Como plantea Lorenzo Castro:

“Para un sector reducido de la izquierda revolucionaria, constelación de grupúsculos de vida efímera en su mayor parte, el recurso a la violencia no deberá posponerse a la espera de una determinada conjunción de “condiciones subjetivas y objetivas”, ni restringirse a unos coyunturales objetivos “agitativos”, sino que su empleo, el ejercicio de la “lucha armada”, es el elemento central en la creación de esas condiciones. Para ellos, la violencia armada es “una necesidad práctica del momento histórico en que vivimos, una necesidad impostergable. No podemos ni debemos pasarnos meses y años discutiendo estérilmente sobre la necesidad de la lucha armada porque estaríamos falsificando (como nuestros revisionistas disfrazados de revolucionarios) la realidad objetiva: la lucha armada es la única forma de acabar con la contrarrevolución armada

encarnada por el ejército fascista”. Un voluntarismo inversamente proporcional al poderío numérico de grupos limitados a un ámbito local que raramente superan la decena de miembros”<sup>146</sup>.

El recurso a la violencia de estas organizaciones de la nueva izquierda radical o revolucionaria, fue en la mayoría de los casos más un recurso discursivo que práctica política y el “techo revolucionario” llegó en muchos casos a lanzar en las manifestaciones algunos cócteles molotov o al intento de conseguir algunas armas, vetustas habitualmente, que se convirtieron más en objetos simbólicos, que propiamente en recursos armados; y ciertamente sólo una minoría de organizaciones y militantes dio el salto a las acciones armadas. A pesar de que en general sólo una minoría de estos grupos pasó a la lucha armada revolucionaria, esto último tuvo unas repercusiones sociales destacadas. Este “aventurismo” o “vanguardismo armado” situó a estos grupos marginales, en muchos casos en el centro del debate político, porque con sus acciones armadas (muchas de ellas, de carácter terroristas) consiguieron una resonancia pública que les permitió multiplicar enormemente su limitada capacidad política o de movilización de recursos, masas, etc. Para legitimar la acción armada, estos grupos de la izquierda revolucionaria hicieron un uso parcial de la teoría de Marx, así como plantea Hannah Arendt:

“La fuente retórica marxista de la Nueva Izquierda coincide con el auge sostenido de la convicción enteramente no-marxista proclamada en el famoso aforismo de Mao Tse-Tung: “El poder nace

---

<sup>146</sup> Lorenzo Castro Moral, “La izquierda radical y la tentación de las armas”, en José Manuel Roca (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Ed. Los libros de la Catarata, 1994, pp. 135-136. Lorenzo Castro rastrea el “aventurismo armado” de carácter generacional que vivieron muchos jóvenes españoles en los años 60 dentro de la nueva izquierda o izquierda revolucionaria. Estos siguieron el ejemplo de los revolucionarios del tercer mundo e introdujeron en su discurso y práctica política, la lucha armada revolucionaria. Entre otras organizaciones que dieron el salto a la lucha armada y que el autor analiza, están: Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO), Movimiento Ibérico de Liberación (MIL), Terra Lliure, etc.



del fusil”. Marx estaba consciente, por supuesto, del papel que había desempeñado la violencia en la historia, pero ese papel le parecía secundario; no era la violencia sino las contradicciones inherentes en la vieja sociedad la causa de su derrocamiento. La emergencia de una nueva sociedad estaba precedida, pero no causada, por la violencia; Marx la comparaba a los dolores del parto que preceden, pero no causan, el nacimiento orgánico”<sup>147</sup>.

Ejemplos de estos grupos que surgieron con una vocación de romper con la tradición “reformista” de los partidos comunistas y que recurrieron al uso de la violencia, existen en la mayoría de los países. Por cercanía hemos elegido uno que aparece en 1971 entre los alumnos de la Universidad de Zaragoza, fue una pequeña formación llamada “Colectivo Hoz y Martillo”, ideológicamente enmarcada en el marxismo-leninismo. La historia de esta “organización” recuerda la novela de Mario Vargas Llosa, *Historia de Mayta*<sup>148</sup>, que aunque en otro contexto muestra ese “infantilismo de izquierda” de la época: las peleas por cualquier cuestión mínima ideológica o ese “hechizo de la contradicción”, una verdadera enfermedad de esa ultra-izquierda, que en los años sesenta y setenta se empeñó en ser más radical o más revolucionaria que la organización de al lado. El Colectivo Hoz y Martillo<sup>149</sup> no pasó de seis militantes, de los cuales tres componían el Comité Central Coordinador y otros tres coordinaban las tres secretarías del Colectivo: política, propaganda y

---

<sup>147</sup> Hannah Arendt, *Sobre la violencia*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1970, pp. 15-16. El pensamiento de Arendt está estrechamente vinculado a su experiencia vital con el nacional-socialismo, que la llevó a intentar explicar por qué había sucedido esta barbarie y por qué fracasó la política y se impuso la violencia. En esta cita, vemos la crítica profunda que hace Arendt a la asunción de la lucha armada como un principio básico del marxismo.

<sup>148</sup> Mario Vargas Llosa, *Historia de Mayta*, Ed. Seix Barral, Bogotá, 1984. El autor peruano reconstruye magistralmente el ambiente de la época de los grupúsculos de la izquierda radical latinoamericana, aunque se puede hacer extensible a otros contextos, como el español. El protagonista Mayta con otros siete compañeros deciden implantar un foco revolucionario en la sierra de los Andes desde donde tomarse el poder político en Perú. La novela es una crítica a las falsas expectativas creadas por esos grupúsculos de jóvenes voluntariosos, así como a las divisiones de la izquierda del momento entre trotskistas, maoístas, guevaristas, etc.

<sup>149</sup> Lorenzo Castro, óp. cit., p. 139.

militar. Los simpatizantes nunca pasaron de unas dos decenas y sus acciones más significativas fueron el lanzamiento de “cócteles molotov” contra la Facultad de Filosofía y Letras y el atraco a un banco. Este Colectivo para ganarse la credibilidad del grupo terrorista más importante en España en esa época, ETA, decidieron hacer un acto de solidaridad con los refugiados vascos, para lo cual resolvieron “atacar” el consulado francés de la ciudad. En la acción el cónsul fue pintado de rojo y se prendió fuego a las oficinas, el líquido inflamable de la pintura se expandió rápidamente y el cónsul murió a causa de estas quemaduras. El grupo fue rápidamente desarticulado por la policía. Este ejemplo histórico, muestra la “locura de Marte” a la que llevó, en muchos casos, este fenómeno de la radicalización de la Nueva Izquierda.

Esta postura de radicalización partió en muchas ocasiones de sectores ligados a los movimientos estudiantiles que exigieron un drástico cambio en la lucha social, tanto en los objetivos como en los métodos a utilizar. Estos criticaron la posición de los partidos comunistas ortodoxos porque generalmente la estrategia de ellos fue la lucha por las libertades sociales y políticas dentro de posturas pacíficas que buscaron el cambio mediante la reconciliación nacional o el pacto con sectores de las clases medias, la iglesia, el ejército, etc. Los PCs (Partidos Comunistas) tenían capacidad de movilización por su tradición de lucha pero intentaron que estas posibles movilizaciones discurrieran dentro de unos cauces moderados. Los llamamientos a la revolución o al uso de las armas eran para ellos “verbalismo revolucionario” o posturas “pequeño-burguesas” en contra de la verdad proletaria de siempre representada por el PC. Para las nuevas generaciones de comunistas o nuevas vanguardias revolucionarias, estos planteamientos del Partido Comunista fueron descalificados como “reformistas” o “traidores a la causa”, pues impedían la

transformación revolucionaria de la sociedad. Con una visión muy estrecha del significado de ‘revolución’, identificado solamente con lo radical, estas organizaciones mostraron su impaciencia por conseguir sus objetivos rápidamente; y esta impaciencia se plasmó en la evidencia para ellos de que el recurso de las armas acortaba siempre el camino político de la toma del poder. Los éxitos revolucionarios en Cuba, Argelia, Vietnam,... “demostraban” a estos jóvenes inquietos, que el sendero más corto para conseguir el “paraíso revolucionario” era la lucha armada revolucionaria. Se desplazó lo político y la negociación, para centrar todos los esfuerzos en lo armado.

Ante los ojos de los jóvenes revolucionarios de los sesenta, la institucionalización de los partidos comunistas, los había vuelto estructuras rígidas, sustentadas en la infalibilidad de su aparato e ideología; todo ello, bañado de un extenso dogmatismo y una estructura piramidal auténticamente autoritaria. Estas características alejaron a los partidos comunistas de las “nuevas sensibilidades” y nuevos retos que enfrentaban sectores amplios de la juventud: la ruptura con las normas morales de la familia; el nuevo impulso de los temas sexuales; las nuevas expresiones culturales; la crítica al consumismo, etc. Esta incompreensión ante algunos cambios sociales, supuso un creciente descrédito de los PCs ante los jóvenes, añadido esto al rechazo de muchos de ellos a las actuaciones de las tropas rusas en la invasión de Checoslovaquia, el comportamiento del PCI italiano como partido “de orden” o la postura mantenida por el PCF francés frente a la revuelta estudiantil en mayo de 1968. El paso siguiente fue la división dentro los PCs oficiales y la

dispersión de muchos de sus afiliados y simpatizantes en grupúsculos de la nueva izquierda radical<sup>150</sup>.

La izquierda revolucionaria intentó orientar esta vitalidad de la juventud de los sesenta y setenta hacia la lucha social radical, dentro de lo que se puede calificar como un “proyecto generacional”, porque fue un fenómeno común en la mayoría de la juventud de los países, con un objetivo claro: el rechazo a la sociedad adulta donde se tenían que insertar y el intento colectivo por transformarla en profundidad. Todos ellos se creyeron parte de un mismo “sujeto histórico”, de un “proceso de regeneración” y cambio a escala planetaria. Como recuerda José M. Roca:

“Dicha transformación, que tiene como fin construir el comunismo, comienza con una toma de conciencia a la que sigue una rebelión colectiva que desemboca en una revolución, con la cual se abre una etapa decisiva para abolir la explotación del hombre por el hombre. Esta extrema izquierda sociológica, que –usando una frase de Ortega aparece como “una generación de combate”–, al igual que ocurre en Europa, reacciona contra los presupuestos de su “padre político” –el PCE, al que reprocha haber abandonado la revolución y el comunismo– y busca sus fundamentos doctrinales y morales en el discurso de sus “abuelos políticos” –Lenin, Trosky, Stalin o Rosa Luxemburgo–, mezclándolo con el de sus “antepasados” (Marx y Engels) y con el que ofrecen figuras paradigmáticas de su propio

---

<sup>150</sup> Ernesto Portuondo, “Forja de rebeldes. Una aproximación a los orígenes de las vanguardias militantes del radicalismo de izquierdas en la segunda mitad de los sesenta: el movimiento estudiantil (1964-1970)”, en José Manuel Roca (ed.), *El proyecto radical*, óp. cit., p. 109. En este capítulo podemos indagar sobre el desprestigio que tuvo el Partido Comunista de España (PCE) en amplios sectores de la juventud en la década de los sesenta y la consiguiente crisis entre el PCE y los movimientos estudiantiles, que para Portuondo fueron los gestores en gran medida del surgimiento de la izquierda revolucionaria o radical en España. El autor sostiene que los movimientos estudiantiles aportaron los cuadros dirigentes o intermedios necesarios para las organizaciones armadas, así como transmitieron los fundamentos ideológicos esenciales, los hábitos, las fobias, etc., a estos primeros núcleos fundacionales de estas vanguardias revolucionarias.

tiempo (Mao Ze Dong, Lumumba, Che Guevara, Camilo Torres, Ho Chi Minh, Malcolm X)”<sup>151</sup>.

Estos jóvenes revolucionarios se apropiaron de un “prisma mixtificador de la realidad”, basado en una ideología, el marxismo y en el ejemplo de las revoluciones exitosas, que se convirtieron en un fuerte llamado a la acción: “Cuya función es integradora, pues permite pensar, interpretar la realidad, aglutinar una colectividad (un factor esencial para la pervivencia e identidad de un grupo) y, sobre todo, actuar; es un recurso utilitario, pues, teniendo como objetivo prioritario transformar la sociedad, permite actuar sin necesidad de haber investigado previamente”<sup>152</sup>. Fue así como grupos poco numerosos, se autodefinieron como sujetos iluminados, que gracias al uso de medios violentos, podían suplir su falta de apoyos y recursos, para cumplir su “sueño-objetivo” de la revolución. Este fue uno de los elementos esenciales de este momento histórico de surgimiento de organizaciones insurgentes.

En América Latina, la Nueva Izquierda Latinoamericana, además de compartir los elementos esenciales expuestos hasta este momento, se diferenció por el marcado papel que tuvo la influencia de la Revolución Cubana. La victoria del Movimiento 26 de Julio en Cuba, significó un fuerte impacto en los sectores de la izquierda latinoamericana; ésta entró rápidamente en un proceso de radicalización y ruptura con las formas ortodoxas de organización de los partidos comunistas de la región. Con ello, hubo una fuerte tendencia a salirse de los estrechos cauces constitucionales y políticos, para recurrir al uso de las armas como medio para presionar el cambio político y social. Dentro del impacto que tuvo el fenómeno

---

<sup>151</sup> José Manuel Roca, “Una aproximación sociológica, política e ideológica a la izquierda comunista revolucionaria en España”, *óp. cit.*, p. 36.

<sup>152</sup> *Ibíd.*, p. 39.

revolucionario cubano en las fuerzas políticas de oposición de izquierda en América Latina, hubo una amplia variedad de formas organizativas, que Carlos Medina resume en:

“Grupos juveniles, de estudiantes e intelectuales, separados de los partidos populistas que se organizaron en forma muy similar a la del Movimiento 26 de Julio. Son ejemplo de esta tendencia, para el caso argentino, La Juventud Peronista (JP), El Movimiento Peronista Revolucionario (MPR), Montoneros y las Fuerzas Armadas Peronistas.

Los focos insurreccionales fueron otra modalidad de organización. Guiados por la concepción guevarista tuvieron un origen político variado: El ELN colombiano, se nutrió fundamentalmente de la población campesina, pero, en su construcción y consolidación jugó un papel central la juventud proveniente del Partido Comunista (PC), El Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), y el Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino (MOEC); El ELN peruano y las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), reclutaron sus bases de las secciones juveniles de los partidos comunistas; El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en Argentina, se generó en los partidos Trotskistas, Los Tupamaros, en el Uruguay y el MIR-chileno cooptaron las bases de los partidos socialistas.

Además de los ejércitos revolucionarios y los focos guerrilleros, la nueva izquierda incluye aquellas organizaciones que sin negar el camino de las armas lo evadieron; partidos comunistas que tomaron el modelo Cubano de organización partidista a través de distintas vías (...); el Partido Comunista Colombiano (Marxista-Leninista) PCC(ML) es un ejemplo de esta situación”<sup>153</sup>.

---

<sup>153</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 54-55.

En América Latina por tanto, la división y dispersión de la izquierda tradicional, se produjo esencialmente, en función de la distinta forma de responder al impacto de la revolución cubana. Las organizaciones político-militares de esta nueva izquierda latinoamericana, que a partir de 1959, tomaron el centro del debate político de las fuerzas contestatarias; se caracterizaron porque se adhirieron a la lucha armada, su respaldo incondicional a Cuba y el odio a EE.UU. como enemigo común.

En Colombia, el detonante de la crítica y ruptura del monopolio del Partido Comunista Colombiano (PCC) en la oposición revolucionaria, fue la aprobación de los postulados del XX Congreso del PCUS, que abogaba por la búsqueda de vías pacíficas para la toma del poder; lo que iba en contravía de las expectativas planteadas con el triunfo de la revolución cubana<sup>154</sup>. Las diferencias entre las doctrinas ortodoxas del Partido Comunista Colombiano y la “nueva izquierda” con sus postulados heterodoxos llevó a la supresión del monopolio ideológico del PCC y a la fragmentación en pequeños grupos de la izquierda revolucionaria: MOEC, JMRL, FUAR, PRS, ELN, PCML, etc. Como plantea Eduardo Pizarro:

“Estos años marcan, pues, la ruptura del monopolio comunista y la emergencia de una extensa gama de ensayos políticos radicales que constituyen la base de los actuales movimientos guerrilleros.

No debe olvidarse que en esta etapa se produce un despertar importante del movimiento popular, sindical y estudiantil tras la larga pesadilla de la violencia y las dictaduras militares. Huelgas, movilizaciones y enfrentamientos que tendrán como actores centrales a las capas medias de empleados (sector bancario, magisterio, empleados públicos) y la masa estudiantil, es decir, los estamentos más proclives al discurso radical que se hallaba en curso”<sup>155</sup>.

---

<sup>154</sup> Eduardo Pizarro, “La guerrilla en Colombia”, óp. cit., p. 111.

<sup>155</sup> Ibídem., p. 113.

Estas fuerzas de la izquierda revolucionaria surgieron esencialmente de sectores urbanos radicalizados, que partieron del hecho de la existencia de las condiciones “objetivas” para una inminente situación insurreccional en el país. Lo que llevó a muchos de estos grupúsculos políticos a aventurarse en la constitución de focos o grupos guerrilleros. Jaime Zuluaga, refiriéndose a esta nueva izquierda colombiana, plantea que:

“Organizativamente se configura con sectores radicales provenientes de los partidos tradicionales, especialmente el liberal, y disidencias del Partido Comunista de Colombia. Generalmente adoptan la forma más flexible de movimiento que de partido. Su origen social se encuentra predominantemente en sectores medios de la población: estudiantes, profesionales, empleados, intelectuales y, en menor medida, populares. Inicialmente su campo de acción es la ciudad pero luego migran al campo cuando su opción es la lucha armada revolucionaria.

Las organizaciones que optaron por la lucha armada desarrollaron un fuerte paralelismo con los movimientos y organizaciones sociales, en medio de una intensa agitación social y política, lo que hace más paradójico su aislamiento en relación con el movimiento popular.

La izquierda hasta ese momento formalmente unida se fracciona y multiplica: en 1959 nace el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, MOEC, en 1961 las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal, JMRL, en 1962 el Frente Unido de Acción Revolucionaria, FUAR, y el Partido de la Revolución Socialista, PRS, en 1964 el Ejército de Liberación Nacional, ELN, en 1965 el Partido Comunista Marxista-leninista, PCML.

Estas organizaciones representan diferentes propuestas estratégicas, diferentes modelos de revolución. Pero para todas la revolución es viable, el triunfo es posible a corto plazo y, con la



excepción del FUAR, la violencia revolucionaria es el medio más seguro par alcanzarlo”<sup>156</sup>.

Esta Nueva Izquierda se puso a la tarea de transformar la sociedad, este programa revolucionario debía ser realizado por una pequeña “elite intelectual” que como “nueva vanguardia revolucionaria armada”, convenciese a las masas de la necesidad de realizar la revolución: “La tarea de estos ‘iluminados’ de la izquierda revolucionaria era llevar esa ‘luz revolucionaria’ a las clases sociales oprimidas (...) El momento para llevar a cabo este fin es el adecuado porque existe un movimiento de liberación social y nacional de nivel mundial, como lo demuestran las revoluciones en países de África y América Latina, las luchas contestatarias de los hippies, el Concilio Vaticano II, el rechazo a la intervención de EE.UU. en Vietnam, las revueltas estudiantiles, la primavera de Praga,...”<sup>157</sup>. Algunas de las voces que se escucharon en el horizonte revolucionario colombiano, a principios de los años sesenta, fueron: ¡Todo depende de la voluntad de los verdaderamente revolucionarios! ¡Entonces, adelante, ni un paso atrás hasta la victoria!

---

<sup>156</sup> Jaime Zuluaga, óp. cit., p. 397.

<sup>157</sup> Roberto Sancho Larrañaga, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España*, óp. cit., pp. 78-79.

## 2.9. FOQUISMO: LA VANGUARDIA QUE CON SU FOCO ILUMINÓ LA REVOLUCIÓN

En general, en la mayoría de los países de Latinoamérica, así como en medio planeta, surgieron en las décadas de los sesenta y setenta, focos armados o guerrilleros, que pretendían tomarse el poder con las armas. Pero sólo en muy pocas ocasiones, esta multitud de grupos armados que emergieron en este período, lograron consolidarse y plantear dificultades a los gobiernos. En su mayoría, quedaron reducidos a grupúsculos, que fueron anulados con cierta facilidad por los cuerpos de seguridad de los respectivos estados. Sobre la diversidad de contextos donde surgen, Eduardo Pizarro afirma que:

“Estos focos pueden surgir en circunstancias históricas y escenarios nacionales extremadamente diversos. En países con sistemas democráticos (Francia) o con regímenes autoritarios (Brasil); en naciones que viven una grave recesión económica (Italia) o que se hallan en pleno proceso de expansión (Alemania); en países dependientes, bajo ocupación extranjera o relativamente autónomos; finalmente, pueden emerger bajo el impacto de una experiencia internacional ejemplarizante (por ejemplo, la revolución cubana), o como resultado de una crisis interna de identidad nacional cuyo origen provenga de conflictos de índole religiosa, lingüística, regional o étnica”<sup>158</sup>.

---

<sup>158</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., pp. 15-16.

Este hecho, de la diversidad de situaciones local-nacionales donde surgieron grupos insurgentes, para nosotros tiene dos significados fundamentales, y que venimos defendiendo como hipótesis de trabajo:

a) Debemos superar las visiones simplistas que explican la emergencia de grupos insurgentes solamente por las condiciones “objetivas” de los contextos nacionales: pobreza, represión, falta de democracia, etc. Explicación que ha servido esencialmente para analizar los procesos insurgentes en el Tercer Mundo. Debemos replantear esta entrada al problema de la violencia política armada porque se puede comprobar como estos grupos surgieron en una gran variedad de contextos locales, lo que lleva a plantear como la pobreza u otras situaciones pueden ser condiciones necesarias, pero nunca suficientes para explicar la emergencia de este tipo de acción colectiva armada. Tal vez por ello, lo más adecuado en estas investigaciones debería ser inferir las condiciones más adecuadas para el surgimiento y consolidación de estos grupos armados. En esta tesis defendemos la hipótesis de que estas condiciones nacionales o locales, si bien no fueron determinantes en el surgimiento, sí que lo fueron a la hora de la consolidación y desarrollo de estas experiencias insurgentes.

b) A pesar de que se constata la variedad de situaciones de estos contextos locales o nacionales, hay un periodo histórico marcado por la emergencia de estos movimientos armados en la mayoría de los países. Lo que nos impulsa a relacionar este fenómeno con el “ambiente” o contexto internacional; con el posible “efecto domino” debido a experiencias exitosas que sirvieron de “demostración” a otros grupos. Fue lo que sucedió por ejemplo con el intento de implantación de focos revolucionarios en muchos contextos donde no existía la mínima posibilidad de éxito. Defendemos la idea de que en muchos países, entre ellos Colombia y España, hubieran surgido focos armados, a pesar de las circunstancias internas que hubiesen

existido en las décadas de los sesenta y setenta. Pero estos focos insurgentes, sólo se pudieron desarrollar y consolidar allí donde existieron unas condiciones adecuadas internas: falta de democracia, tradición de lucha, etc.

En general, como nos recuerda Eduardo Pizarro, se han dado dos tipos de explicaciones para la aparición de estos grupos insurgentes:

“Por una parte, quienes se opusieron de manera frontal a la guerrilla, privilegiaron en sus análisis los esquemas instrumentales: los focos armados surgieron, según esta visión, de una manipulación externa desde centros de poder internacional, a través de revolucionarios profesionales. Por otra parte, quienes les brindaron su apoyo o su simpatía o, al menos, “justificaron” sociológicamente su emergencia, colocaron el acento en explicaciones estructurales, tales como la situación de marginamiento y pobreza de una porción alta de la población o la ausencia de espacios de participación democrática”<sup>159</sup>.

Nosotros queremos superar estas visiones maniqueas y analizar el proceso que llevó a una amalgama de situaciones estructurales internas con factores e influencias externas o internacionales. La “teoría del foco” permitió a estos actores armados establecer el puente entre los factores internos y externos y tal vez nos de “pistas” para resolver esa ecuación. Se trató de una teoría “común” que permitió establecer paralelismos entre situaciones, y que en América Latina ayudó a definir la región como una zona “caliente” donde las condiciones para la revolución estaban dadas desde hacía siglos y, por lo tanto, sólo faltaba la determinación de un grupo y la concienciación de las masas. Se partió de una supuesta evidencia: la crisis de legitimidad de los sistemas políticos y de las oligarquías locales distanciaban al pueblo de los gobiernos, por lo que restaba resolver la cuestión militar de apoyar a

---

<sup>159</sup> *Ibidem.*, pp. 17-18.

esas masas contra las instituciones militares del Estado que mantenían ese sistema ilegítimo. Ya que si las oligarquías no tenían legitimidad política, el argumento llevaba a sostener que éstas se apoyaban sólo en su capacidad de represión a través de los ejércitos nacionales. Esto unido a la adopción acrítica de experiencias revolucionarias como la cubana, llevó a una sobre valoración de los factores armados en detrimento de las acciones políticas. Como recuerda, uno de los protagonistas de *Historia de Mayta*:

“Una pequeña vanguardia bien armada y equipada, con apoyo urbano e ideas claras sobre la meta estratégica y los pasos tácticos, podía ser el foco del que la revolución irradiaría hacia el resto del país, la yesca y el pedernal que desatarían el incendio revolucionario. ¿Acaso las condiciones objetivas no estaban dadas desde tiempos inmemorables en un país con las contradicciones de clase del Perú? Ese núcleo inicial, mediante audaces golpes de propaganda armada, iría creando las condiciones subjetivas para que los sectores obreros y campesinos se sumaran a la acción...”<sup>160</sup>.

Los jóvenes revolucionarios de los sesenta y setenta, constituyeron gracias a esta teoría foquista y su consiguiente estrategia, un resurgir de la “utopía armada” en la izquierda latinoamericana. Esta teoría, con un claro tono voluntarista, abogó por la inevitabilidad de la confrontación armada, dada la represión de las elites locales y la situación prerrevolucionaria del continente. Por eso una vanguardia que aplicase bien la estrategia del foco insurreccional podría ser el detonante del éxito revolucionario. Esta concepción puso su énfasis en el foco rural, y buscó que éste se convirtiera en catalizador del descontento de las masas; así a partir de este pequeño núcleo inicial rural y armado se prepararía la insurrección general. Por lo tanto, todas

---

<sup>160</sup> Mario Vargas Llosa, óp. cit., p. 96.

las fuerzas iniciales de estos revolucionarios se concentraron en este pequeño grupo armado y en la sobre valoración del factor militar. Según Carlos Medina, varias fueron las enseñanzas sobre estos focos que la revolución cubana transmitió al resto de los procesos revolucionarios latinoamericanos:

“· Primera, que una fuerza político-militar relativamente pequeña, respaldada efectivamente por las masas, podría derrotar un ejército regular, equipado y entrenado por los Estados Unidos.

· Segunda, que no bastaba llamarse a sí mismo Partido Comunista para ser realmente vanguardia de las clases populares, sino, que una organización revolucionaria que interpretara, correctamente el momento histórico y se lanzara a la lucha con una táctica y una estrategia político-militar convenientemente empleada, podría colocarse al frente del pueblo y conducir el proceso revolucionario.

· Tercera, que no siempre era necesario que se dieran todas las condiciones objetivas que hicieran posible la victoria, sino que la misma dinámica de la lucha las iba madurando.

Estas tres enseñanzas en gran medida contenían el fundamento que explicaría las actitudes y comportamientos que, bien o mal, caracterizaron el movimiento revolucionario de la época: la primera se prestaba para que en el desarrollo de la concepción del foco guerrillero, dadas las particulares condiciones de la lucha, afloraron las posiciones militaristas; la segunda, contenía el germen del vanguardismo revolucionario que distanció durante décadas los distintos grupos de izquierda; y la tercera, generó una lectura subjetiva de las realidades nacionales, que se acomodaba más a las condiciones y necesidades de las organizaciones, que a la realidad...”<sup>161</sup>.

---

<sup>161</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 62-63.

Este excesivo voluntarismo político llevó a estos militantes a exacerbar las posibilidades de éxito de sus organizaciones, supeditando la orientación política a las directrices de la lucha armada de estos focos rurales. La orientación política quedó supeditada al accionar militar del embrión rural, verdadero fundamento del foquismo o de lo que muchos grupos después de una autocrítica definieron como desviación foquista. El corolario de este supuesto básico del foquismo, fue que en América Latina la clase con mayor potencial revolucionario era el campesinado; a la sobredimensión de este elemento, se le denominó desviación campesinista. Con estos aspectos, hubo en muchos casos un desprecio casi total a esas masas que se decía defender, como confirma Caraballo, máximo dirigente del PC (m-l): “Otro asunto era el menosprecio de la lucha de masas, sobre todo en cuanto a la práctica. A veces manifestado en tratar de suplantarse la importancia de la lucha popular por la nueva decisión de grupos escogidos, selectos o semihéroes, aislados del movimiento de masas; luego, la deficiente comprensión del papel de la clase obrera como dirigente del proceso. (Cuando hablo de semihéroes me estoy refiriendo a la influencia del foquismo en Colombia)”<sup>162</sup>.

Los principios donde se sustentó esta concepción foquista o teoría del foco, los extrajo Ernesto “Che” Guevara de la experiencia revolucionaria cubana. Esta teoría del foco fue difundida posteriormente por Régis Debray<sup>163</sup>, alentando la impaciencia de muchos revolucionarios en todo el mundo e influyendo en todo el activismo de inspiración tercermundista, en nuestro caso, tanto en el ELN como ETA. Por lo tanto, el foco insurreccional fue el elemento que caracterizó el

---

<sup>162</sup> Fabiola Calvo Ocampo, *Colombia: EPL, una historia armada*, óp. cit., p.39.

<sup>163</sup> Régis Debray se convirtió en uno de los primeros teóricos del castrismo con su texto *El castrismo: la larga marcha de América Latina*, y de la lucha armada en la izquierda latinoamericana con su texto *¿Revolución en la Revolución?* (1966), donde sintetizó el principio de Engels de que “la violencia es la partera de la historia” y lo presentó como epifenómeno legitimador de la teoría del “foco”, donde una vanguardia revolucionaria y voluntarista se convertiría en motor de la rebelión. Esta teoría se volvió verdadera guía práctica para la acción de muchos revolucionarios de la época.

surgimiento de la mayoría de las organizaciones armadas socialistas en la década de los sesenta. En los “Principios generales de la lucha guerrillera”, Ernesto “Che” Guevara afirma:

“Consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América Latina, son ellas: 1º Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército; 2º No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; 3º En la América Subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo. De estas tres aportaciones, las dos primeras luchan contra la actitud quietista de revolucionarios o pseudo revolucionarios que se refugian, y refugian en su inactividad, en el pretexto de que contra el ejército profesional nada se puede hacer, y algunos otros que se sientan a esperar a que, en una forma mecánica, se den todas las condiciones objetivas y subjetivas necesarias, sin preocuparse de acelerarlas”<sup>164</sup>.

Estas enseñanzas que salieron de una inadecuada lectura de la revolución cubana, tuvieron un impacto trascendental en una juventud impaciente ligada a la izquierda radical latinoamericana, y logró reactivar el optimismo guerrillero, de larga tradición en América Latina: revolución mexicana, guerras de Independencia, etc. El énfasis en la organización popular de Mao fue despreciado, y dada la lectura de la situación prerrevolucionaria de Latinoamérica que se realizaba, el paso siguiente dentro de esta lógica era la puesta en marcha de ese “pequeño motor” que encendiese

---

<sup>164</sup> Ernesto Guevara, “La guerra de guerrillas”, en *Obras, 1957-1967*, La Habana, Casa de las Américas, tomo I, 1977, p. 31. Guevara propuso con este texto una especie de manual para la acción, donde detalla las características principales que tiene que poseer un ejército guerrillero. Plantea las líneas de una estrategia guerrillera que permita conseguir el objetivo de la toma de poder y asimismo las tácticas guerrilleras para llevar a cabo esta estrategia, el tipo de organización, etc. La guerra de guerrillas era una primera fase de la guerra revolucionaria hasta que ese pequeño grupo se convirtiese en un ejército regular. Por eso el voluntarismo de esta vanguardia tenía que llevarse hasta las últimas consecuencias (“patria o muerte”) y esta lucha existencial requería una conducta cuasi-ascética.



el “gran motor de la revolución”. De ahí, la insistencia de Regis Debray de comenzar la guerra de guerrillas incluso antes de constituir un partido revolucionario. Esta inversión doctrinaria realizada entre el partido y el foco armado, entre los medios y los fines, tuvo gran trascendencia histórica para estas organizaciones insurgentes, sus militantes y los países que sufrieron sus acciones. Eduardo Pizarro, resume las tesis de Debray en ocho puntos:

“1. El reclutamiento, el entrenamiento militar y la preparación política del primer núcleo de combatientes (entre unos 20 y 60) deben ser severos.

2. La lucha armada comprendida como un arte, en el doble sentido de técnica e invención, sólo es significativa en el cuadro de una política concebida como ciencia. Es decir, la lucha armada debe responder a las siguientes preguntas: ¿para quién, cuándo, dónde, con qué programa y con cuáles alianzas?

3. La presencia de un partido de vanguardia no es, sin embargo, una condición previa absoluta para el desencadenamiento de la lucha armada.

4. La organización político-militar no puede ser diferida. Es indispensable impulsarla de inmediato, no dejándola condicionada a la dinámica de la lucha.

5. En la América subdesarrollada, con predominio rural, no se puede propagar de manera durable la ideología revolucionaria entre las masas, más que a partir de un foco insurreccional.

6. La necesaria subordinación de la lucha armada a una dirección política central no debe provocar la separación entre el aparato político y el aparato militar.

7. La lucha armada revolucionaria sólo es realizable en el campo. En la ciudad ésta se degrada.

8. Es un falso dilema plantear como polos opuestos la revolución democrático-burguesa y la revolución socialista. Ambos procesos se confunden”<sup>165</sup>.

Parece indudable que la revolución cubana aceleró el surgimiento de muchos focos armados a lo largo de toda la década de los años sesenta, y estos a su vez, tuvieron un respaldo teórico y una fundamentación ideológica en las tesis de Ernesto “Che” Guevara y de Régis Debray. Como recuerda Felipe Martínez: “En esa década, las guerrillas que surgen en toda la cordillera de los Andes se basaban en algunas experiencias generales de la revolución cubana y los conocimientos que proporcionaba el libro de Debray: *Revolución en la Revolución...* Esa fue nuestra cartilla de cómo montar una guerrilla.”<sup>166</sup>. Con ello, la lucha revolucionaria de muchas organizaciones de izquierda se orientó hacia la instauración de “focos armados insurreccionales”, como elemento de vanguardia dinamizador de la pretendida revolución social. Por eso, esta táctica de foco armado rural se convirtió en la forma predominante en ese momento, aunque no la única, en América Latina. En especial muchos sectores urbanos ligados a los ambientes universitarios y obreros vieron la necesidad de instaurar esta modalidad de acción política colectiva. También la pérdida de la hegemonía de los partidos comunistas sobre amplios sectores de la izquierda, después de la ruptura chino-soviética, explica la fuerza de la implantación de estas “nuevas” formas de acción colectiva.

---

<sup>165</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit. pp. 35 y 36.

<sup>166</sup> Marta Harnecker, *Unidad que multiplica. Entrevista a dirigentes máximos de la Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional*, Quimera Editores, Quito, 1988, (3ª Ed.), pp. 31-32. Este texto se convierte en fuente imprescindible para acercarse a la historia del ELN y a sus ideas políticas, porque la autora (aprovechando su cercanía personal habitual con los líderes guerrilleros latinoamericanos, ya anteriormente había realizado entrevistas a nicaragüeses, guatemaltecos y salvadoreños), entrevista a miembros de la cúpula del grupo guerrillero e intenta establecer su línea política, indagar sobre los errores y aciertos estratégicos, para que se conviertan en material de intercambio con otras experiencias revolucionarias.

En este contexto de euforia revolucionaria y de discursos incendiarios, en la mayoría de los países de América Latina surgieron focos armados: desde el Ejército de Liberación Nacional (ELN) creado en 1966 en Bolivia por el propio “Che” Guevara; los famosos Tupamaros de Uruguay; en Perú surgieron tanto el Ejército de Liberación Nacional (ELN) como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) creado en 1963; en Guatemala asistimos al surgimiento en 1962 de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR13); en Nicaragua comienza a actuar el Frente Sandinista de Liberación Nacional; en Argentina en 1964 surgió el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP); en Brasil, la Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR), el Comando de Liberación Nacional (COLINA) y la Acción de Liberación Nacional; en Chile, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); en Venezuela, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), etc. La lista sería interminable, dado que estas organizaciones son las más representativas, pero los grupúsculos locales fueron numerosos. Situaciones parecidas suceden en otros países, por ejemplo en España encontramos entre las organizaciones más significativas: con un marcado componente de liberación nacional está ETA en el País Vasco; PSAN y su sucesora Terra Lliure en Cataluña; el Ejército Guerrilleiro do Pobo Galego, en Galicia; con carácter de liberación social, el Frente Revolucionario Antifascista Patriótico (FRAP) y los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO), etc. Todas estas organizaciones de la izquierda revolucionaria en América Latina y en otros contextos, admitieron y fomentaron el uso de la violencia armada dentro de la lucha de masas contra las clases dominantes. Esta lucha revolucionaria se intentó acelerar a partir de la aplicación mecánica en muchos casos del foquismo. Con el tiempo, esta táctica

armada se convirtió en estrategia, se pasó del medio armado, a ser éste un fin en sí mismo; la araña quedó atrapada en su propia red, con lo que nos encontramos en la antesala del uso del terror, del terrorismo<sup>167</sup>.

En el caso de Colombia, parece que todas las condiciones a principios de los años sesenta fueron las adecuadas para la implantación de focos armados: la situación social del país, el pacto bipartidista que restringía la democracia, la represión, una tradición insurgente reciente, la orografía apropiada, etc. Por estas razones, en este “paraíso natural para los revolucionarios”, muchos intentaron replicar la experiencia cubana. Como recuerda Eduardo Pizarro:

“En nuestro país, el debut de las primeras organizaciones político-militares (con la sola excepción de las comunistas), se hará a partir de la concepción foquista que florecía silvestre en todo el continente: el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC, 1959), el Ejército Revolucionario de Colombia (ERC, 1961) y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL, 1963) que constituyeron los grupos pioneros frustrados, así como a partir de 1964, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), grupos hoy consolidados. Los cinco tenían en común su concepción de los focos armados de vanguardia, su origen eminentemente urbano, su intento de alcanzar sólidos contactos con regiones y protagonistas de la violencia anterior y, sobre todo, su origen en una decisión política previa signada por un voluntarismo político radical de capas medias”<sup>168</sup>.

En esta primera generación insurgente en Colombia, hubo una excepción de un grupo que no surgió de una decisión eminentemente foquista y voluntarista, sino

---

<sup>167</sup> José Manuel Roca, “Una aproximación sociológica, política e ideológica a la izquierda comunista revolucionaria en España”, óp. cit., pp. 58-59.

<sup>168</sup> Eduardo Pizarro, “La guerrilla en Colombia”, óp. cit., p. 119.

que tuvo un marcado carácter de autodefensa, de respuesta a la violencia oficial implantada en la Operación Marquetalia; verdadero hito del surgimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1966: “Esto constituye una clave central para comprender el papel que jugarán más adelante cuando se inicie el proceso de paz y negociación con el Estado”<sup>169</sup>.

Por lo tanto, en Colombia tenemos que la mayoría de los grupos surgieron por impacto de la revolución cubana y con una fuerte mentalidad foquista; y sólo en un caso, las FARC, como respuesta defensiva a la represión directa del estado sobre las regiones tradicionales de influencia del Partido Comunista. Lo cual nos puede confirmar la tesis, de que estos grupos no emergen, en su mayoría por una situación de “violencia estructural”, un comportamiento de “causa-respuesta”, sino más bien por un estímulo externo muy fuerte y cercano, como la revolución cubana. Ello no significa, y hemos hecho hincapié en esta hipótesis, que estas condiciones internas o estructurales favorables, ayudaron posteriormente al desarrollo y consolidación de estos grupos en Colombia. Eduardo Pizarro plantea también la tesis de que: “Si bien el factor externo gracias al efecto de demostración producido por la entrada triunfal del Movimiento 26 de Julio a La Habana, sirvió de detonante para encender en la voluntad de determinados sectores la iniciativa guerrillera, sólo la existencia de una gama compleja de factores de orden interno permitieron su consolidación”<sup>170</sup>. Esta tesis es apoyada por otros autores, como Carlos Medina, para quien:

“Las condiciones sociales y políticas de América Latina, las que se podrían caracterizar como de marginalidad social, exclusión y represión política, representaban un terreno abonado para que el ejemplo de la Revolución Cubana generara un gran impacto en cada país, pero al impulso, consolidación o fracaso de cada proyecto

---

<sup>169</sup> *Ibidem.*, p. 119.

<sup>170</sup> *Ibidem.*, p. 107.

revolucionario contribuyó enormemente la tradición que cada región tuviese en el desarrollo de sus propios conflictos políticos y sobre todo sus especificidades culturales...”<sup>171</sup>.

Si bien de nuevo, fue otro factor externo (las políticas contrainsurgentes impuestas por EE.UU. en el hemisferio), el que impidió que estos grupos armados pudieran tomarse el poder. La Nueva Izquierda y la teoría del foco, permitieron establecer cierta “coherencia”, puentes entre los factores externos e internos, que justificaron ante los ojos de los militantes de estas organizaciones, el surgimiento de focos armados. Así en Colombia, después de los primeros fracasos para implantar focos guerrilleros entre 1959 y 1963, hubo un momento de ebullición de grupos de esa nueva izquierda colombiana, algunos de los cuales, como el ELN, aunque con algunas modificaciones, persisten hasta nuestros días. El foquismo imprimió un fuerte carácter a estas organizaciones, fue el factor determinante en la “infancia” de estos grupos armados; por ello, aunque sea en el inconsciente o “en el lugar de lo no nombrado” pervivieron elementos de esta teoría en estos grupos armados durante su historia. A pesar que como nos recuerda, Ludolfo Paramio:

“La muerte de Guevara en Bolivia... es el primer golpe para el foquismo, pero también crea una leyenda heroica en torno a la figura del guerrillero. El apoyo de Castro a la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia es el siguiente golpe: desde entonces se sabrá que con Cuba tampoco hay más política que la *realpolitik*. Pero el golpe decisivo lo darán los golpes militares en Chile y Uruguay (1973) y Argentina (1976), donde los grupos que predicaban o practicaban la lucha armada no sólo son derrotados, sino aplastados de forma indeciblemente feroz. La derrota, y su crueldad, son aceptadas como el epitafio del foquismo”<sup>172</sup>.

---

<sup>171</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 66.

<sup>172</sup> Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio: La izquierda ante el fin del siglo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1998, p. 139. El autor emprende en este texto la tarea de realizar un balance de las distintas formas de los movimientos y organizaciones de izquierda en la década de los años noventa después del “diluvio” que supone la caída del muro de Berlín, así como indaga la posible vigencia de estos movimientos político y del marxismo.

La concepción de foco revolucionario jugó un papel destacado en las primeras etapas del ELN. Su máximo dirigente de ese tiempo, Fabio Vásquez era un ferviente seguidor de las tesis de Régis Debray. Jaime Arenas resumió como el ELN entendió la teoría del foco y cómo la aplicó:

“El presupuesto del que se parte es creer que existen las condiciones políticas necesarias para el desarrollo exitoso y la consecuente victoria de la lucha revolucionaria popular. Por consiguiente la paciente tarea del trabajo y de la organización política no se hace necesaria ni se considera primordial, ya que basta la actividad del foco guerrillero para sacar a flote tales condiciones. Así pues, cumpliendo una función militar, se está cumpliendo también, por consiguiente, una misión política. En esa forma se atrae principalmente a sectores juveniles ya politizados, quienes se vinculan a la lucha en forma disciplinada y directa y se rompe el miedo y el temor de las masas al demostrarles que se puede luchar y vencer, que el enemigo es vulnerable. De ahí la importancia que se concede a la denominada propaganda armada. Como existen todas las condiciones políticas, un puñado de valientes, honestos y decididos, pueden adelantar la lucha y generar un gran movimiento de masas que arrebate el poder a la burguesía. Por lo tanto todos los esfuerzos deben encaminarse al apoyo y consolidación del foco. Lo demás vendrá por añadidura, como lógico resultado de la actividad guerrillera. Por eso el trabajo político y organizativo es secundario. Lo importante es la ayuda logística y la superación de problemas tácticos con miras a lograr la supervivencia y estabilidad del foco”<sup>173</sup>.

La línea política del ELN seguía claramente los postulados teóricos del Che Guevara y de Régis Debray, se establecía la prioridad de consolidar el foco armado

---

<sup>173</sup> Jaime Arenas, óp. cit., p. 171.

antes que la necesidad de construir un partido, y la lucha se centraba esencialmente en el campo. Porque esta vanguardia revolucionaria rural, a través de sus acciones armadas podría crear las condiciones para la revolución en el país. En su órgano oficial de difusión, la revista *Insurrección*, el ELN hacía esta lectura del surgimiento del grupo:

“Los primeros combatientes emergieron de la masa de los campesinos pobres, dando un paso adelante para colocarse en la vanguardia de su clase y con ella a la vanguardia de nuestro pueblo: la guerrilla revolucionaria. Emergieron del campesinado precisamente, porque en nuestro país éste es el único sector social que reúne todas las condiciones para hacer brotar, como producto histórico, la auténtica fuerza revolucionaria, una auténtica vanguardia. (...) Tenemos que saber hacer bien la diferencia entre lo que es el trabajo político revolucionario, que desarrolla el movimiento guerrillero, fundamentalmente a través de las acciones armadas que crean conciencia, la canalizan, debilitan al enemigo, fortalecen la fuerza propia, y lo que otros llaman el trabajo político de masas que no es otra cosa sino el transplante artificial y esquemático de las fracasadas luchas sindicales, reformistas y gremialistas, del sector urbano al sector campesino, sector que ya ha demostrado un mayor grado de conciencia política colocándose en la vanguardia desde el principio”<sup>174</sup>.

En estas declaraciones se muestran algunas de las posiciones ideológicas básicas del ELN en esta primera etapa de surgimiento y consolidación: a) su vanguardismo, al reservarse para sí misma y sus militantes la exclusividad y autenticidad revolucionaria; b) lo que se conoció como desviación campesinista, que limitó la lucha revolucionaria urbana y la obligó a transformarse en “rural”; por eso

---

<sup>174</sup> ELN, *Compendio Insurrección*, Colombia, 1972, pp. 1 y 3-4. Tomado de Juan Carlos Sierra, óp. cit., p. 72.



un “verdadero revolucionario” urbano se tenía que convertir en un campesino; y c) una absolutización del uso de la lucha armada y un desprecio de la lucha de los movimientos sociales tradicionales. Este último elemento aisló a la “vanguardia revolucionaria”, o sea el foco armado del ELN, de los movimientos sociales e incluso en muchas ocasiones de sus posibles bases campesinas. En algunos momentos, el ELN quedó aislado del “resto del mundo”, en una actitud ermitaña y ascética e incluso cercana a un posible comportamiento monacal. Se trataba de una verdadera “vanguardia sin retaguardia”. En su análisis posterior de estas posiciones ideológicas, el ELN afirmó:

“La organización –el foco- se esteriliza, se hace incapaz de crear las condiciones de su desarrollo y del desarrollo de la revolución: nace el foquismo.

El foquismo es el desarrollo obligado del foco cuando se resiste a desaparecer; es la desviación del foco cuando es incapaz de adaptarse a las condiciones que ha logrado crear; es su persistencia cuando él mismo ha creado las condiciones para su desaparición. El foco es nacimiento, desarrollo, impulso; el foquismo es persistencia, subdesarrollo, freno...”<sup>175</sup>.

Esta forma de percibir la lucha revolucionaria, que lleva implícita toda una visión del mundo, condujo a miles de jóvenes de Colombia y de otros países, por el camino fatal de la lucha armada. Muchos de ellos, la mayoría muertos anónimos, perecieron creyendo aportar algo, con su sacrificio personal a la revolución. Esa idea vaga, ‘La Revolución’, que seguramente no supieron qué era. Miles de Ches y Camilos Torres, se echaron al monte para defender con las armas unos ideales políticos. La ironía quiso que años después uno de los padres de esa teoría, Régis

---

<sup>175</sup> Periódico *Simacota*, p. 103. Tomado de Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 285-286.

Debray reconociera su error. Claro que este autor, ya no pudo resucitar las vidas de miles de víctimas y victimarios de esta estrategia armada.

## **2.10. CONCLUSIONES SOBRE EL PAPEL DE LOS FACTORES EXTERNOS EN EL SURGIMIENTO DE ORGANIZACIONES ARMADAS: ELN**

En Colombia la nueva izquierda revolucionaria de final de los años cincuenta y de los años sesenta sufrió totalmente el impacto de la experiencia revolucionaria cubana, y asimismo tuvo la vocación de retomar la tradición de lucha de los conflictos sociales que perduraban en algunas zonas del país y los hizo confluír, los “nutrió” con las aportaciones teóricas e ideológicas del guevarismo, el fidelismo y sobre todo, con el foquismo. Esta época se inundó con un mundo de imaginarios revolucionarios, y en primer lugar se posicionó el referente simbólico de la figura del Che Guevara. De este icono se tomaron, además de su estrategia de lucha para la toma del poder (la concepción de foco), su visión del sujeto revolucionario como un “hombre nuevo”, un ejemplo de voluntarismo personal y compromiso social. Este pensamiento impactó mucho en las nuevas generaciones de jóvenes revolucionarios de todo el mundo impacientes del cambio social e inspiró en muchos casos, el “cuerpo moral-doctrinal” que orientó la lucha revolucionaria de estas organizaciones armadas.

Este era el ambiente, tanto en el ámbito nacional e internacional, de agitación “revolucionaria” que vivieron muchos jóvenes progresistas y organizaciones de izquierda, donde se dio el surgimiento del ELN. Este clima de

debate ideológico se sintió especialmente en las universidades en Colombia, y estimuló tempranamente la actividad política de la juventud; lo que se tradujo en un aumento de la actividad “revolucionaria” o de protesta social. Dos instituciones universitarias fueron especialmente beligerantes en esa época: la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá y la Universidad Industrial de Santander (UIS) en Bucaramanga. La UIS era el mayor centro de enseñanza superior del oriente colombiano y fue en esta zona del país donde se implantó el primer foco guerrillero del ELN. De esta universidad salieron destacados fundadores del ELN, como Víctor Medina, Ricardo Lara Parada, y posteriormente Jaime Arenas. El nivel de organización del estudiantado de la UIS era elevado y entre sus organizaciones destacaba la Asociación Universitaria de Santander (AUDESA)<sup>176</sup>, una de las organizaciones universitarias más influyentes del país y con un papel destacado en la fundación de la Federación Universitaria Nacional (FUN) en octubre de 1963. Estas organizaciones estudiantiles dotaron a las organizaciones guerrilleras de los primeros cuadros de dirigentes, con capacidad política, con experiencia en organización y en “trabajo de campo” con la población. En este contexto, en 1962 sesenta jóvenes colombianos viajaron a Cuba para continuar sus estudios gracias a las becas ofrecidas por este país. Entre ellos se encontraba Víctor Medina Morón enviado por la dirección del Partido comunista, estudiante de la UIS y destacado miembro de las Juventudes Comunistas de Santander. Estando en la isla, en octubre de 1962, se

---

<sup>176</sup> Sobre esta organización consultar el libro de Libardo Vargas Díaz, *Expresiones políticas del movimiento estudiantil, AUDESA, 1960-1980*, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, Colombia, 1996. También Álvaro Acevedo Tarazona, *Modernización, conflicto y violencia en la universidad de Colombia. AUDESA (1953-1984)*, Ediciones Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2004. Libardo Vargas fue el primero en abordar sistemáticamente el estudio de esta organización estudiantil que tuvo una importancia destacada en la década de los años sesenta en la gestación de un movimiento estudiantil nacional; sus reivindicaciones tuvieron una importante resonancia en los medios de comunicación y se convirtió en un destacado “botín” para las organizaciones armadas que pretendieron extraer de ella cuadros políticos. El texto de Álvaro Acevedo es el resultado de su tesis doctoral y contextualiza esta organización estudiantil dentro del proceso modernizador que sufrieron las universidades latinoamericanas en esa época y muestra como el surgimiento de estos movimientos estudiantiles fue en contravía de las propuestas de desarrollo que las élites impulsaban para las universidades y la sociedad en general.

produjo la crisis de los misiles rusos y el consiguiente bloqueo militar de la isla por parte de EE.UU.; algunos de los estudiantes colombianos resolvieron quedarse en la isla y organizarse constituyendo la Brigada Pro Liberación José Antonio Galán<sup>177</sup>, verdadero germen del ELN. El gobierno cubano les proporcionó en ocho meses el entrenamiento necesario en las tácticas y técnicas de la lucha de guerrillas para la creación de un primer foco insurgente a su regreso a Colombia.

Esta famosa experiencia en Cuba, parece determinante para la toma de conciencia revolucionaria por parte de estos jóvenes colombianos, como afirma Carlos Medina: “Primero, el contacto con las armas y la preparación militar habría de colocarlos en una perspectiva revolucionaria diferente, la de la lucha armada y, segundo, el impacto que causó en ellos la decisión de entrega de los cubanos, dispuestos a morir para defender su revolución, contribuiría a la formación de un imaginario de desprendimiento total que se expresaría posteriormente bajo la premisa de Liberación o muerte”<sup>178</sup>.

El aporte fundamental de los cubanos en los comienzos del ELN fue más el ejemplo y la capacitación, que la ayuda material o de tipo económico. Tácticamente la ayuda fue bastante importante en la capacitación de los primeros expertos en explosivos, comunicaciones, etc. Este tipo de ayuda fue esencial para explicar el surgimiento del ELN en Colombia, así lo vio su actual máximo dirigente Nicolás Rodríguez:

---

<sup>177</sup> Sobre este periodo se puede consultar el libro de Oscar Castaño, *El guerrillero y el político: Ricardo Lara Parada*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1984. Este trabajo reconstruye la historia y vivencia de uno de los primeros cuadros políticos y militares del ELN, desde su infancia, su compromiso con la educación de los más pobres, su militancia universitaria, sus primeras acciones armadas con el grupo guerrillero, hasta el adiós a la guerrilla y su captura. Por ello se convierte en fuente imprescindible de esta tesis.

<sup>178</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para la construcción de una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional, ELN*, Tesis de Maestría de Historia en la Universidad Nacional de Colombia, p. 34. Medina es el autor que más se ha acercado al análisis histórico del ELN, esta tesis desarrolla fundamentalmente las ideas políticas de la organización desde su comienzo hasta la década de los años ochenta.

“El aporte cubano al proceso fue muy importante. Primero, por la experiencia que vivieron allí los compañeros. Segundo, porque Cuba necesitaba en ese momento, para su futuro socialista, que se desarrollaran y fortalecieran otros procesos revolucionarios en América, por eso, los cubanos contribuyeron bastante al desarrollo de la lucha armada latinoamericana, capacitando hombres, prestando su territorio para la formación y manteniendo relaciones con todos los movimientos insurgentes de América Latina, que se estaban creando, en Colombia concretamente, con el MOEC, el FUAR, las FARC y el ELN, entre otros”<sup>179</sup>.

Pero el papel fundamental de Cuba fue el de ser un ejemplo, una inspiración, un espejo donde reflejar la propia experiencia nacional e intentar encontrar salidas para realizar la revolución social en cada país; así lo definió Felipe Martínez, miembro de la Dirección Nacional del ELN: “La guerrilla colombiana de la década del 60 recoge las tradiciones combativas de las guerrillas liberales de la época de la violencia (1948-1958). Lo que buscábamos en la revolución cubana era una estrategia que permitiera integrar esa experiencia en un proyecto de poder”<sup>180</sup>.

Por todo lo anterior, creemos que el papel de los factores externos en el surgimiento del ELN fue determinante. Tesis que algunos autores parecen confirmar, a pesar de que va en contravía de la “versión oficial”; como Carlos Medina, cuando plantea que: “El ELN surge como resultado del impacto de la revolución cubana, como una organización político militar, inscrita en la modalidad de lucha insurreccional, en el marco general de la concepción del foco guerrillero guevarista.

---

<sup>179</sup> Carlos Medina Gallego, *ELN: una historia contada a dos voces*, Bogotá, Rodríguez Quito Editores, 1996, p. 48. Este texto se convierte en una historia testimonial de dos protagonistas fundamentales de la historia del ELN, el libro está basado en las entrevistas al cura español Manuel Pérez Martínez “el cura” o “Policarpo”, comandante político del ELN hasta su muerte el 14 de febrero de 1998 – fecha significativa en su país, España, por ser el día de los enamorados -; y de Nicolás Rodríguez, “Gabino”, responsable militar del ELN. El libro se convierte en fuente testimonial e histórica para reconstruir varios procesos internos de la organización: sus cambios organizacionales e ideológicos, la vida personal en la guerrilla, etc.

<sup>180</sup> Marta Harnecker, óp. cit., p. 32.

Se construye como organización con un mando único político-militar centralizado y sin una estructura organizativa de carácter amplio a manera de partido político”. Y continúa afirmando que frente a estas características, “las FARC surgen como una organización de autodefensa campesina con alguna tradición de lucha heredada de la Violencia de los años cincuenta, unidas a la estructura política del Partido Comunista de la que usufructúa su amplia experiencia en el trabajo de masas”.<sup>181</sup> Como podemos observar, Carlos Medina destaca los factores externos o el contexto internacional, a la hora de explicar el surgimiento del ELN; lo contrario sucedió con las FARC, donde la problemática interna (nacional, regional y local) fue determinante como explicación de la creación de esta organización<sup>182</sup>.

También apoya esta tesis de la determinación de los factores externos, Jaime Arenas cuando comienza su importante libro con el siguiente párrafo: “Es indudable que el triunfo de la revolución cubana marcó el inicio de una nueva etapa en la lucha revolucionaria de los pueblos de América Latina por la conquista de su liberación definitiva. Hasta ese momento la toma de poder por los revolucionarios y la consecuente construcción de una sociedad socialista no se habían presentado como posibilidades inmediatas y no figuraban por lo tanto en el primer punto del orden del día de los partidos o agrupaciones marxistas”<sup>183</sup>. Incluso esta tesis fue recogida por Vargas Llosa cuando en boca de uno de los protagonistas de *Historia de Mayta*

---

<sup>181</sup> Carlos Medina Gallego, “Elementos para una caracterización de diferencias entre el ELN y las FARC”, p. 2, documento inédito. Este texto presentado en 1997 como ponencia en la Universidad Industrial de Santander, plantea el análisis comparado de varios aspectos de la organización, desde el plano ideológico a la forma de organización, la relación con el narcotráfico, etc. Esta comparación ha sido posteriormente desarrollada por algunos autores, especialmente María Alejandra Vélez en “FARC-ELN, evolución y expansión territorial”, tesis de pregrado en la Universidad de los Andes, dirigida por Mauricio Rubio.

<sup>182</sup> Según Pizarro, las FARC serían expresión de una de las más largas guerras campesinas del siglo, con claras connotaciones internas pero fomentada también, por la llegada de visiones geopolíticas de un comunismo foráneo. Sobre el tema, se puede consultar el libro de Eduardo Pizarro Leongómez, *Las FARC (1949-1966)*, óp. cit. También, Carlos Arango, *FARC, veinte años. De Marquetalia a La Uribe*, Ediciones Aurora, Bogotá, 1984. Estos dos libros son los referentes básicos desde la academia para acercarse a la historia de los primeros años de esta organización.

<sup>183</sup> Jaime Arenas, óp. cit., p. 7

afirma: “Fue Cuba. La Revolución Cubana rompió los tabúes. Mató al súper ego que nos ordenaba resignarnos a que ‘las condiciones no estuvieran dadas’, a que la revolución fuera una conspiración interminable. Con la entrada de Fidel a La Habana, la revolución pareció ponerse al alcance de todos los que se atrevieran a fajarse”<sup>184</sup>.

Por todo lo anterior, sostenemos que los factores externos o el contexto internacional fueron determinantes en el surgimiento del ELN. Para ello, hay que comenzar por destacar el impacto que otras experiencias revolucionarias tuvieron para ayudar a los revolucionarios locales a tomar conciencia de las posibilidades de victoria. Fue este “efecto demostración” el que llevó a analizar las realidades locales o nacionales a partir del espejo de esas experiencias exitosas, construyendo un discurso de enfrentamiento coherente con las intenciones de la lucha armada contra quien ya no es rival político sino enemigo de guerra (guerra en muchos casos imaginada en primer lugar y real posteriormente). Entonces los discursos ideológicos adecuaron la realidad local a los intereses de los distintos actores armados, fue el caso del marxismo en su versión foquista. Posteriormente estos grupos armados intentaron insertarse en las tradiciones de lucha de algunas poblaciones y en las culturas mesiánico-religiosas que aportaron la actitud de sacrificio requerida al militante de la organización. Por último, muchos de estos grupos revolucionarios fracasaron o fueron derrotados por las fuerzas de seguridad, otros en cambio se estabilizaron en un “empate negativo”, fue en estos casos donde las condiciones internas ayudaron a consolidar a estas organizaciones armadas.

---

<sup>184</sup> Mario Vargas Llosa, óp. cit., p.191.



Por eso defendemos la hipótesis de que en el nacimiento del movimiento armado eleno incidieron tanto factores internos como externos<sup>185</sup>, pero fueron estos últimos determinantes para explicar la emergencia del ELN; así pasó también con otros grupos o focos armados en muchos países del planeta en las décadas de los años cincuenta y sesenta. Defendemos la idea de Ricardo Lara, fundador y quien fuera número dos de la organización insurgente: “El ELN nació por analogía de situaciones entre Cuba y Colombia, así como la concepción de la guerra foquista”<sup>186</sup>. Los factores externos o el ambiente internacional fueron la chispa, que ayudaron a tomar conciencia de las posibilidades de éxito revolucionario a las organizaciones socialistas o comunistas, y que prendió en unas condiciones internas favorables (la pradera), tanto por la deslegitimación del sistema político como por la situación económico-social de la mayoría de la población, o por las condiciones geográficas del país que permitían una práctica óptima para la guerra de guerrillas. El ejemplo de otras experiencias revolucionarias o el “efecto demostración” llevó a que muchos militantes analizasen las realidades nacionales a partir del espejo de esas experiencias revolucionarias exitosas. Muchos focos armados o grupúsculos fracasaron o fueron aniquilados por las fuerzas de seguridad, pero en otros casos consiguieron “perpetuarse”, si bien no tomarse el poder como era su objetivo. Es en estos últimos lugares, País Vasco en España o Colombia con organizaciones como ETA o el ELN, en una situación de “empate negativo”, donde ni el Estado puede acabarlas militarmente, ni éstas son capaces de obtener la victoria revolucionaria; donde las condiciones internas (tradicción de lucha, falta de libertades, orografía, etc.) son

---

<sup>185</sup> Sobre esta distinción trabajó Eduardo Pizarro, “La guerrilla revolucionaria en Colombia”, en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, (Eds.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, óp. cit., pp. 391-411. Este libro recogió el balance historiográfico más importante hasta el momento, sobre el periodo de la Violencia en Colombia, acontecido a mediados del siglo XX, así como la repercusión de este fenómeno político en los acontecimientos políticos y sociales de las décadas posteriores. Este texto permite analizar la continuidad y diferencias entre la violencia partidista en la década de los cuarenta y cincuenta y la violencia de carácter marxista de las décadas de los años sesenta y setenta.

<sup>186</sup> Cristina De la Torre, óp. cit., p.31.

determinantes para el desarrollo y consolidación de estas organizaciones insurgentes. El discurso ideológico, se encargó de adecuar una realidad “externa” a los intereses de los distintos actores armados, en el caso de los grupos armados, el discurso foquista sirvió para que muchos militantes sobrevaloraran la verdadera capacidad de estas organizaciones y las posibilidades del éxito revolucionando. Consiguieron con ello hacer coherente la realidad local con la situación vivida en otros contextos donde la revolución triunfó. Por lo tanto, los factores externos o el ambiente internacional fueron determinantes para que unos sectores minoritarios de la población en el País Vasco o en Colombia, tomasen conciencia de sus posibilidades para la toma del poder por la vía de la lucha armada; y se sirvieron del bagaje intelectual de la época (marxismo, guevarismo, foquismo, etc.), para hacerlo confluir con una larga tradición de lucha de las gentes de estos territorios (tanto nacionalistas en Euskadi, como campesinos comunistas en Colombia).

En el surgimiento del ELN se pusieron claramente en escena todos estos componentes: 1) La influencia de Cuba o externa en la formación del germen del ELN, la Brigada Proliberación José Antonio Galán<sup>187</sup>; 2) los factores internos, que quedaron ejemplarmente constatados en la zona de implantación elegida, San Vicente de Chucurí y el Magdalena Medio; 3) y por último, todo un mundo de imaginarios, ideológica y mística revolucionaria que sirvió de “cemento”, de máscara que dio coherencia a la locura de Marte. Este “cemento imaginario” apoyado en un socorrido discurso, fue un paso necesario para la consolidación de este tipo de

---

<sup>187</sup> El nombre de la brigada es un homenaje a José Antonio Galán, dirigente comunero del siglo XVIII que luchó contra el dominio colonial español. Galán fue líder de la insurrección de los Comuneros en 1781 y posteriormente fue ejecutado por las autoridades coloniales españolas, lo que lo convirtió en uno de los personajes más recordado por las organizaciones que luchan desde entonces contra el orden establecido, y recurrentemente se le presenta como símbolo de lucha de las clases o sectores oprimidos de la sociedad.

movimientos sociales, fue también fundamental para justificarse así mismo y para lograr una fuerte cohesión interna. Pero, sobre todo, como afirma Alejo Vargas:

“El surgimiento del ELN, va a ser la materialización, de un nuevo tipo de violencia que se inicia, la denominada ‘violencia revolucionaria’, una violencia que a diferencia de la expresada en las guerrillas liberales, no se enmarca en las luchas ínter partidistas, sino que se plantea una lucha contra el Régimen Político en su conjunto y contra el mismo Estado capitalista, es el tránsito de la violencia dentro del sistema a la violencia que confronta, o dice confrontar, el sistema capitalista en su conjunto”<sup>188</sup>.

Con todo el bagaje intelectual, ideológico, simbólico, táctico-militar, etc., los integrantes de la Brigada Proliberación José Antonio Galán regresaron de Cuba a Colombia con la convicción de crear un foco insurreccional que fuese la vanguardia de la revolución social en el país. Claro que esta vanguardia se redujo solamente a siete hombres: Víctor Medina, Fabio Vásquez Castaño, Ricardo Lara Parada, Heriberto Espitia, Luís Rovira, José Merchán y Mario Hernández. Sólo la concepción mesiánica de estos futuros guerrilleros, que los llevó a la entrega total por la lucha, puede explicar que se embarcaran en esa aventura de formar un foco guerrillero para acabar con el aparato militar del Estado. Este voluntarismo se mezcló con una aureola de sacralidad y una estricta disciplina táctico-militar interna. Así fue el comienzo de estos “mártires” de la lucha. El paradigma de este mesianismo, tal vez fue su líder en esa primera etapa del ELN, Fabio Vásquez Castaño, el Che colombiano, que con sus seis apóstoles se puso a la tarea de liberar al “nuevo pueblo judío”, el pueblo colombiano.

---

<sup>188</sup> Alejo Vargas Velásquez, *Política y armas al inicio del Frente Nacional*, óp. cit., p. 166.

**CAPÍTULO TERCERO**

**REGRESO DE CUBA**

**E IMPLANTACIÓN DEL**

**FOCO**

**INSURRECCIONAL**

### **3.1. EL REGRESO DE CUBA DE LA BRIGADA PROLIBERACIÓN “JOSÉ ANTONIO GALÁN”**

Recordemos que en 1962, unos sesenta estudiantes colombianos fueron becados por Cuba y viajaron a realizar sus estudios en la isla. A los pocos meses de su estancia, se produjo la famosa crisis de los misiles rusos, y algunos de ellos decidieron quedarse a defender la isla y la revolución cubana. Los cubanos les brindaron formación militar, especialmente en guerra de guerrillas, y durante el curso de formación estos jóvenes colombianos tomaron la decisión de regresar a Colombia e impulsar un foco insurreccional que irradiase la revolución en el país. Para ello, constituyeron la Brigada Proliberación José Antonio Galán, y comenzaron a diseñar el mundo simbólico que sustenta la cultura guerrillera del ELN: sus consignas, sus mitos, los juramentos, etc. Como plantea Carlos Medina:

“No fue extraño entonces que constituida la brigada, los integrantes le otorgaran sacralidad a los códigos y a las normas y juraran, en tierra cubana, como Bolívar en Europa, adelantar la revolución colombiana, cumplir con el reglamento, mantener una disciplina rigurosa, ser fieles a las estrategias táctico-militares, asumiendo como síntesis del compromiso la consigna comunera de liberación o muerte, como pacto irreversible. En ese ritual de entrega incondicional fue elegido como máximo jefe Fabio Vásquez Castaño...”<sup>189</sup>.

---

<sup>189</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 71.

A su regreso de Cuba a partir de mediados de 1963, los miembros de la Brigada Pro Liberación José Antonio Galán, se ponen dos tareas esenciales: primero, realizar los contactos pertinentes con personas e instituciones para la creación de este nuevo movimiento; y en segundo lugar, tenían que decidir el sitio adecuado para la ubicación y posterior “presentación” del primer foco guerrillero. Es en este momento, cuando el grupo decidió cambiar su nombre, denominándose a partir de entonces como Ejército de Liberación Nacional (ELN), porque ellos se percibían como simples militares; reflejando con ello la perspectiva militarista de la teoría del foco.

Este grupo inicial estaba constituido esencialmente por líderes estudiantiles universitarios, impactados por la experiencia vivida en Cuba. Entre ellos destacaban dos líderes universitarios de la Universidad Industrial de Santander (UIS): Víctor Medina Morón y Ricardo Lara Parada. El papel de las universidades como proveedor de cuadros guerrilleros, ha sido destacado históricamente en Colombia; en el caso de la UIS, además aportó otros destacados cuadros al ELN, como Jaime Arenas o parte de la actual dirigencia de la organización.

Víctor Medina<sup>190</sup> nació en Valledupar, tenía un físico y carácter típicamente costeño, era corto de estatura, ‘descomplicado’ y alegre, muy ‘amigero’ dicen en Colombia. En su juventud estudió en el colegio de los Salesianos en Tunja e ingresó a la UIS a estudiar ingeniería; rápidamente se vinculó a los grupos políticos de la universidad, que en ese momento era un verdadero hervidero revolucionario; y muy pronto se convirtió en un líder de las Juventudes Comunistas de Santander (JUCO).

---

<sup>190</sup> Sobre Víctor Medina y su relación con el ELN se pueden consultar las siguientes obras: Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 44; Carlos Arango, *Yo vi morir a Camilo*, Ed. Colombia Nueva, Bogotá, 1982, pp. 19-35; Jaime Arenas, óp. cit., p. 15; Alejo Vargas, *Magdalena Medio Santandereano. Colonización y conflicto armado*, CINEP, Bogotá, 1992, pp. 186-189.

Fue enviado por el Partido Comunista Colombiano a Cuba para que adelantase estudios en economía. Posteriormente, fue expulsado del partido comunista, al que le “arrebató” varios militantes para la estructura inicial del ELN.

Ricardo Lara Parada<sup>191</sup>, amigo inseparable de Víctor, nació en Barrancabermeja, la segunda ciudad del departamento de Santander; y verdadero corazón energético y geoestratégico de Colombia, por encontrarse en ella la mayor refinería del país. Ricardo era otro representante típico de su lugar de nacimiento, Barranca: mulato, alegre, de familia muy humilde, consiguió con mucho esfuerzo llegar a la universidad. Fue criado por su madre, Ulda Parada<sup>192</sup>, en ausencia de su padre –cosa también muy habitual en la zona-. Su madre era una humilde costurera que pasaba el día, y parte de la noche, delante de su vieja maquina de coser Singer; intentando darles un futuro mejor a sus tres hijos, que aquel que el destino parecía haberles reservado en la ciudad petrolera. Ricardo ayudó, como era habitual, desde su temprana infancia al sostenimiento de su familia, pisando durante horas el pedal de la maquina Singer para que su madre pudiese descansar sus piernas algunos momentos. Ricardo pedaleó durante muchos años con tal rabia, que el día que decidió presentarse a competir en una prueba ciclista en su ciudad, le fue relativamente sencillo ganar. Y es que a pesar de que se había subido pocas veces en una bicicleta, Ricardo llevaba “pedaleando toda su corta vida”. Esta experiencia de Ricardo, recuerda lo sucedido a su famoso paisano Lucho Herrera, que desde muy niño repartió por estas mismas montañas de la cordillera oriental de los Andes, en su vieja bicicleta cargada con dos cantinas, la leche que producían las vacas de la familia. La situación de pobreza, en que se crió Ricardo fue lo que despertó en él,

---

<sup>191</sup> Sobre la relación entre Ricardo Lara y ELN, se pueden consultar: Oscar Castaño, óp. cit.; Cristina De la Torre, óp. cit., pp. 13-35; Ricardo Lara Parada, “Cartas. Ricardo Lara Parada se rectifica”, en *Trópicos. Crítica y réplica*, nº 7, Bogotá, 1980, pp. 7-19; Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 272-277.

<sup>192</sup> Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., pp. 48-49.

una pronta vocación política; si su niñez la pasó pedaleando para escapar de la miseria, su determinación fue que de joven pelearía (en vez de pedalear) para acabar con las injusticias y la pobreza que rodeaba el emporio petrolífero de Barranca. En esta ciudad se podía encontrar la síntesis de muchas de las contradicciones internas de Colombia, por eso desde un comienzo fue zona de conflictos sociales y políticos. Ricardo bebió de esa larga tradición de lucha y rebeldía de la zona, como constata Oscar Castaño:

“A Ricardo Lara Parada le gustaron con el tiempo varias características de su nacimiento. Una, haber nacido el propio Día de la Raza en América, coincidencia que aunada con su espíritu de escudriñador feliz, bien rápido lo marcó para que quisiera conocer mucho sobre su raza. Tendría nueve años cuando conoció las primeras versiones del talante de los aborígenes que ocuparon la región de Barranca –los Yariguíes- y como es uno de esos mortales que cuando pellizca la punta de la madeja no tiene reposo hasta que no logra desenrollarla toda, pues ahí, sin ninguna prisa, fue intercalando entre las historietas de tiras cómicas y las andanzas de los personajes clásicos de la literatura infantil, lecturas recurrentes sobre los avatares de aquellos sus antepasados y ya nunca abandonó su pasión por saber de ellos”<sup>193</sup>.

Como vemos, nuestros protagonistas tenían fuertes vínculos con el departamento de Santander, por eso cuando los jóvenes al regresar de Cuba empezaron a estudiar la posible zona de implantación del foco insurreccional, como es obvio una de las zonas analizadas fue el Magdalena Medio santandereano, aunque se examinaron también otras opciones. Para ello, varios miembros de la Brigada recorrieron diferentes lugares del país buscando la mejor ubicación para la

---

<sup>193</sup> Oscar Castaño, óp. cit., p. 37.



implantación del foco guerrillero. Así se estudiaron las posibilidades de situarlo en la zona de Boyacá –en la localidad de Miraflores-, en el sur del departamento de Bolívar –zona de San Pablo-, en el Quindío departamento del Viejo Caldas, en los Llanos o en el Tolima. Pero la decisión final fue establecerse en la región del Magdalena Medio, una de las zonas estratégicas más importantes del país. Sobre las razones de esta decisión se ha escrito mucho, pero creemos que Jaime Arenas vuelve a acertar cuando afirma que:

“Varias fueron las razones por las cuales se escogió a Santander como zona inicial de operaciones. La tradición de lucha del pueblo santandereano, en especial en las zonas donde actuaron en los últimos años las guerrillas liberales de Rafael Rangel; la circunstancia de no existir grupos bandoleros que pudieran ser causa de confusión para las gentes como ocurría en otros Departamentos; topográficamente se contaba con un terreno óptimo para la guerra de guerrillas; y sobre todo, un ulterior desarrollo permitiría controlar la zona petrolera más rica del país, el ferrocarril del Magdalena y el movimiento obrero de mayor importancia nacional. A lo anterior se unían las especiales condiciones revolucionarias del estudiantado de la UIS, conocidas por Medina y Lara y el hecho mismo de que ellos, junto con Espitia, habían desarrollado anteriormente una actividad política en esos sectores, conociendo muchas de sus gentes”<sup>194</sup>.

La región era un “territorio disputado”, muy atractivo para una naciente organización que tiene como objetivo la toma del poder. El lugar por lo tanto parecía el ideal para comenzar la lucha guerrillera. Por lo tanto, Jaime Arenas no sólo nos da las claves para entender por qué se eligió esta zona para el establecimiento del primer grupo guerrillero, sino que como defendemos en una de nuestras hipótesis de trabajo,

---

<sup>194</sup> Jaime Arenas, óp. cit., p.16.

fueron estas mismas características que determinaron la opción para implantar el foco, las que explicarán, en gran medida, la consolidación y perpetuación hasta nuestros días del proyecto insurgente del ELN: la tradición de lucha plasmada en las guerrillas liberales de los años 50, y esa “cultura de guerra” tan arraigada en algunas áreas; la existencia de un terreno óptimo para la guerra de guerrillas, por su orografía y vegetación que dificultan a las fuerzas armadas del Estado el control del territorio; el dominio de la zona petrolera más rica del país, elemento fundamental para entender la financiación y el crecimiento de la organización en las últimas décadas; el control de uno de los dos ejes viales, transversales a todo el país, más importantes que recorren el país (el valle del río Magdalena, el otro es el valle del río Cauca), indispensable para los medios de comunicación y la integración del país; en Barrancabermeja se encuentra la mayor refinería del país, el mayor puerto del río Magdalena y el movimiento obrero más importante y organizado de Colombia; la cercanía de una universidad que aportará cuadros de dirección a la organización, ya que históricamente ha existido una fuerte organización estudiantil en la Universidad Industrial de Santander. Esta universidad, como “diría Jaime Arenas Reyes, (...), la UIS no sólo proveyó a esta organización armada de ‘jóvenes incautos’ para iniciarse en la lucha guerrillera, sino que además preparó un ambiente favorable dentro de los estudiantes de todo el país hacia el ELN”<sup>195</sup>.

Además el ELN llegó a “explorar” la región en un momento álgido de protestas sociales, sobre todo por la huelga petrolera de 1963. Emprendida por los obreros de la empresa estatal Ecopetrol, encontró rápidos apoyos entre los estudiantes de la cercana Universidad Industrial de Santander y en los campesinos de las zonas próximas de San Vicente de Chucurí, El Carmen y Yarima. Según Carlos

---

<sup>195</sup> Álvaro Acevedo Tarazona, *Modernización, conflicto y violencia en la universidad en Colombia*, óp. cit., p. 257.

Medina este último respaldo: “Se empieza a través de una solidaridad efectiva en apoyo logístico, los campesinos se sentían partícipes de la lucha de los petroleros en la medida que las compañías extranjeras y Ecopetrol venían explorando en sus fincas y desplazándolos de ella”. El mismo autor plantea que el ELN aprovechó esta coyuntura para irradiar este conflicto con su discurso revolucionario, nacionalista y antiimperialista; y encontró, por tanto, una situación inmejorable para proyectarse en la región porque: “En estas condiciones se encuentran con dos elementos que les permite madurar rápidamente el proyecto: las prácticas de la solidaridad de la gente de la región y gérmenes de una organización radical, porque la huelga fue tratada muy violentamente y eso generó una actitud de resistencia violenta de los trabajadores y sus familias”<sup>196</sup>. Esta situación permitió que el ELN realizara una rápida labor de trabajo político en las zonas limítrofes al lugar de implantación del foco guerrillero:

“Mientras Fabio Vásquez Castaño y Heriberto Espitia adelantaban el trabajo rural en la zona de implantación del foco guerrillero en San Vicente de Chucurí, en Bucaramanga Víctor Medina Morón y Heliodoro Ochoa hacían lo pertinente con el trabajo urbano en el sector estudiantil; Carlos Uribe Gaviria y Ricardo Lara Parada estuvieron a cargo del trabajo político en Barranca y Manuel Vázquez Castaño y José Manuel Martínez Quiroz en el movimiento estudiantil de Bogotá; Claudio León Mantilla, estuvo colaborando con el trabajo de Fabio y Heriberto en San Vicente”<sup>197</sup>.

El éxito del surgimiento y posterior consolidación del proyecto de foco insurgente, pasaba por entrecruzar y articular adecuadamente estos tres sectores

---

<sup>196</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 79.

<sup>197</sup> *Ibidem.*, p. 81.

políticos: campesinos, especialmente los grupúsculos armados de la época inmediatamente anterior de violencia bipartidista; los estudiantes y los trabajadores mejor organizados del país, ligados al sector petrolero de Barranca. Si bien el centro de actividad de la joven organización fue la preparación de la infraestructura y apoyo básico del primer grupo armado del ELN, en la montaña; el trabajo de proselitismo y creación de estructuras de apoyo se extendió a otros lugares, como muestra Carlos Medina:

“Además del trabajo que se estaba realizando en el campo, en las ciudades y sitios cercanos a la zona de implantación del proyecto, se venía trabajando en la formación de núcleos de apoyo y redes logísticas en Bogotá y Bucaramanga; una permanente acción de proselitismo se realizaba en el interior del sector estudiantil que durante esos años había adquirido un importante protagonismo político con la constitución de la Federación Universitaria Nacional (FUN) y su lucha contra el régimen político de Guillermo León Valencia. En Bucaramanga, por ejemplo, la Asociación de Universitarios de Santander (AUDESA), se había convertido en el centro de la actividad de los primeros militantes y simpatizantes del proyecto del ELN. De igual forma, en Barranca la Unión Sindical Obrera (USO) era objeto del trabajo político de los iniciadores del foco guerrillero quienes veían en esa organización gremial un potencial revolucionario dada su tradicional combatividad. La búsqueda de cuadros destinados a conformar las bases del ELN se extendió también a la militancia de las juventudes del Partido Comunista y del Movimiento Revolucionario Liberal”<sup>198</sup>.

Por lo tanto, lo que buscaban encarecidamente estos aprendices de revolucionarios al estilo cubano, fue conseguir apoyos de los sectores más “ansiosos”

---

<sup>198</sup> *Ibidem.*, p. 81.

y predispuestos al conflicto. En especial, estos jóvenes intentaron ser el puente entre el movimiento estudiantil que ellos lideraban en Bucaramanga o Bogotá, con la tradición de lucha de los campesinos. En general, todos los intentos de implantar focos guerrilleros en Colombia a partir de 1961, y con la perspectiva foquista-guevarista, buscaron “reciclar” los residuos de las guerrillas liberales de los años cincuenta, esos grupos organizados que no habían entregado las armas en el armisticio de la década anterior. Estos grupos de exguerrilleros liberales o comunistas, algunos convertidos en simples bandoleros, podían proporcionar la experiencia en la lucha de guerrillas, que estos inexpertos revolucionarios ciudadanos carecían, a pesar de los cursos de formación en Cuba. Este fue el caso por ejemplo, del primer intento de crear un foco en Colombia después de la revolución cubana: el Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino (MOEC). Este movimiento con una base principal de estudiantes descontentos del Partido Comunista Colombiano y embelesados con la revolución cubana, buscó y contactó a bandoleros de gran “reputación” en la época, como “El Aguililla” o Roberto González, “Pedro Brincos”. Estos intentos del MOEC fracasaron, pero hubo otras experiencias en esos años, que consiguieron articular esos cuadros estudiantiles con grupos organizados y armados de campesinos; por ejemplo el maoísta Ejército Popular de Liberación (EPL), otra organización armada con un gran impacto en la situación del país durante décadas. Así recuerda José el surgimiento del EPL y los factores que condicionaron la elección de la zona donde se asentó el nuevo grupo guerrillero:

“En 1965, el Partido Comunista de Colombia (m-l) eligió la zona donde iba a prepararse áreas campesinas para iniciar la lucha armada en el país, el Noroeste colombiano, una región montañosa aislada denominada familiarmente por la guerrilla del EPL como el “Noro”,

con vías de comunicación rudimentarias; con sólo caminos de herradura y dos importantes ríos: el Sinú y el San Jorge.

“El Noro” como lo llamaban algunos, escenario importante de la guerra de resistencia contra el régimen de los conservadores Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez, había visto llegar con el paso de los días a excombatientes de las guerrillas liberales de resistencia, que a raíz de la amnistía declarada por el general Gustavo Rojas Pinilla, habían silenciado sus fusiles y abandonado toda actividad militar. (...)

Pero faltaba establecer un contacto directo. Se realizó con el otrora comandante Julio Guerra, dirigente militar de las guerrillas liberales que operaban en el área del Sinú y San Jorge.

Julio Guerra, (...), se emocionó cuando, en conversación sostenida con miembros de la organización política, vio renacer su viejo anhelo de volver a la lucha. Desde la ley de amnistía de Rojas Pinilla, había ordenado a los guerrilleros el cese de los combates; sin embargo, siempre había conservado la esperanza de que en el Noroeste se reactivara la lucha revolucionaria. Por eso se sintió satisfecho y desenterró las escopetas buenas que tenía guardadas”<sup>199</sup>.

Esta conjunción de jóvenes universitarios y tradición de lucha entre los campesinos puede ser la clave del éxito o fracaso de estos focos insurgentes. En Colombia, “los primeros intentos de constituir focos guerrilleros se fundarán en la voluntad de ‘integrar el sentimiento revolucionario urbano con la violencia rural, a fin de emprender acciones guerrilleras’. Los sectores estudiantiles y profesionales que animan estas organizaciones políticas emergentes buscarán articular a antiguos dirigentes guerrilleros liberales o a grupos actuantes en este momento”<sup>200</sup>. Recordemos que otro ejemplo destacado que buscó articular estos sectores, fue el de

---

<sup>199</sup> Fabiola Calvo, *Colombia: EPL, una historia armada*, óp. cit., pp. 44-45.

<sup>200</sup> Eduardo Pizarro, “La guerrilla en Colombia”, óp. cit., p. 115.

Sendero Luminoso en el Perú, que vínculo a los campesinos indígenas de la región de Ayacucho con el estudiantado rebelde de la universidad de Huamanga:

“La zona en la que surgió Sendero Luminoso, junto con los estudiantes y maestros que reclutó, se iba a reflejar en sus prospectos futuros. Ayacucho no era simplemente cualquier parte del Perú y sus habitantes tampoco eran simplemente otra cohorte de peruanos pobres y carentes de ciudadanía. De hecho, muchos estudiosos del fenómeno de Sendero han llegado a la conclusión de que su surgimiento en Ayacucho y su posterior sobrevivencia en esa región del país por más de una década, así como su extensión más reciente a otras zonas, se deben precisamente al carácter singular de la región. (...) Se trataba de una zona predominantemente agrícola, con pocos trabajadores asalariados, ínfimo comercio y mercado y provista de escasos recursos. Pero no es la pobreza lo único que explica la eclosión de Sendero. La raíz del asunto está en la conjunción de la pobreza con el crecimiento espectacular de la Universidad de Huamanga. Como ha dicho Carlos Iván Degregori, uno de los más perceptivos estudiosos peruanos de Sendero: ‘Es necesario recalcar que el surgimiento de una universidad de perfil tan modernizante en la región más pobre y con una de las estructuras más arcaicas del país, produjo un verdadero terremoto social’”<sup>201</sup>.

¿Tal vez, esta misma situación pudo suceder entre el proyecto modernizante de la UIS y el choque con la realidad de la población en Santander? La vinculación de los jóvenes estudiantes universitarios al tradicional conflicto por la tierra y los recursos naturales de los campesinos del Magdalena Medio santandereano, se convirtió en una de las claves del éxito de la consolidación del foco insurgente. En aquellos lugares donde los estudiantes no se articularon a la lucha por la tierra, estas experiencias generalmente fracasaron, como muestra el ejemplo mexicano; donde los

---

<sup>201</sup> Jorge G. Castañeda, óp. cit., pp. 141-142.

movimientos estudiantiles se mantuvieron alejados habitualmente de los movimientos campesinos. Al respecto, Jorge G. Castañeda plantea que:

“En términos generales, la convergencia de estudiantes y guerrillas rurales nunca tuvo lugar; los escasos intentos fracasaron todos. Pero hay otros dos rasgos de la guerrilla mexicana que eclipsaron esta característica común a todo el hemisferio. En el México rural del Centro y del Sur, había una tradición de levantamientos campesinos armados: en Morelos, desde la época de Emiliano Zapata, pasando por el movimiento dirigido por Rubén Jaramillo, hasta su asesinato por el ejército mexicano en 1962; y en Guerrero, donde los maestros habían mantenido viva una tradición de confrontación armada por la tierra. La lucha por la tierra se convirtió en la verdadera base de las guerrillas rurales de finales de los sesenta y principios de los setentas: de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) de Genaro Vázquez en la región de Chilpancingo y del Partido de los Pobres de Lucio Cabañas en la zona de Atoyac”<sup>202</sup>.

Esta tradición de confrontación armada por la tierra, fue y continúa siendo también una de las características básicas del Magdalena Medio santandereano; y es uno de los factores esenciales que alimentan la continuación del conflicto armado en la región y el país. Debemos recordar que la región del Magdalena Medio es una de esas regiones periféricas que han servido para canalizar los procesos migratorios conflictivos que han caracterizado desde comienzos del siglo XX la historia de Colombia. Se caracteriza por ser una región de colonización reciente, escenario propicio para la aparición de la violencia, debido al desarraigo social, político, económico y cultural al que somete el régimen político nacional a estas regiones. El elemento que define a esta región son los procesos reiterados de colonización, pero

---

<sup>202</sup> *Ibidem.*, p. 103.



con un carácter violento asociado siempre a ella. Son ciclos de colonización que comenzarían con la llegada del colono a tierras vírgenes, el desbroce de la selva y la puesta en cultivo de estas tierras; un segundo momento, sería la presión que sobre estas tierras realizan terratenientes o agentes externos; el proceso termina con la salida, generalmente violenta, de los campesinos en aras de la explotación extensiva ganadera o de la explotación de los recursos naturales (maderas, minerales, petróleo, etc.). Estos campesinos vuelven a adentrarse en la selva como colonos y vuelve a comenzar el ciclo. Es lo que Darío Fajardo ha definido como el círculo de migración-colonización-conflicto-migración-colonización, que se ha repetido históricamente en algunas zonas de Colombia, a lo largo del siglo pasado y donde el Magdalena Medio santandereano vendría a ser un ejemplo típico de este fenómeno social de tanta importancia en la historia del país.

El Magdalena Medio santandereano se ha caracterizado por ser un territorio históricamente disputado, tanto en el plano económico como político o social. Esta disputa se ha desarrollado en dos niveles: por un lado, la lucha por la apropiación de los recursos naturales que caracterizan a la región y, por otro lado, por el enfrentamiento político-armado entre distintos grupos sociales (elites, guerrillas, paramilitares, etc.) que intentan imponer su proyecto frente a otros conjuntos sociales y otros proyectos de dominación política, económica o social. La ausencia de una decidida intervención estatal ha generado paulatinamente, una lucha por el poder local y regional. Así podemos afirmar, que tradicionalmente en la región se ha recurrido a la violencia como elemento estructurante de las relaciones políticas, económicas o sociales entre distintos grupos sociales; debido todo ello, a que sus características de región periférica y de colonización reciente han supuesto la ausencia del monopolio de la violencia en manos del Estado. La historia del

Magdalena Medio santandereano sería la superposición constante de conflictos sin resolver, que han ido tejiendo una tela de araña que ha atrapado a la población de la región en unos conflictos interconectados que dificultan, todavía más su resolución y que entorpecen el desarrollo del departamento.

¿Por qué es un territorio tan disputado? La intensidad del conflicto en el Magdalena Medio y su difícil resolución está intensamente ligada a su situación estratégica dentro de Colombia y al gran potencial económico de la zona, por la importancia de sus recursos naturales. Esta región de frontera interior está situada en el centro geográfico de cuatro de las cinco regiones más importantes del país por su actividad económica y población: la zona barranquillera, antioqueña, cundiboyacense y bumanguesa. Por sus tierras cruza el río Magdalena, principal vía histórica de comunicación interior del país y de conexión de la capital, Bogotá, con el exterior a través de los puertos de Barranquilla y Cartagena de Indias. Pero la existencia de estas importantes vías de comunicación nacional, no supone que todo el territorio se encuentre integrado al mercado nacional y al control del Estado, todo lo contrario debido a que las vías secundarias son escasas quedan muchas zonas fuera de su influencia. Esto define a esas zonas del departamento como regiones de frontera, caracterizadas por el fenómeno de colonización reciente. Gonzalo Sánchez<sup>203</sup> nos propone una clasificación de las “zonas de resistencia” del país en:

a) Zonas de colonización reciente –Sumapaz y sur del Tolima, principalmente-, territorios con una presencia tradicional de organizaciones comunistas y socialistas y donde se mantienen vivos los conflictos sociales por el control de la tierra.

---

<sup>203</sup> Gonzalo Sánchez, “Violencia, guerrillas y estructuras agrarias”, en *Nueva Historia de Colombia*, Vol. II, Planeta, Bogotá, 1989, pp. 143-144.

b) Zonas de frontera abierta y de colonización inicial (Magdalena Medio, Llanos orientales, Alto Sinú, Alto San Jorge, etc.) alegadas de los centro de poder y caracterizadas por su aislamiento.

c) Zonas con estructuras agrarias consolidadas –sobre todo, el sureste antioqueño- donde la población es mayoritariamente liberal y donde existen unas condiciones geográficas favorables para la lucha de guerrillas.

En el surgimiento del ELN confluyeron estas dinámicas regionales, con factores nacionales o locales, así como el fuerte impacto de la revolución cubana. Esta “nueva” violencia en la región consiguió hacer confluir varias lógicas, según Alejo Vargas:

“1. La generada por los impulsos externos, provenientes del impacto de la Revolución Cubana en las juventudes latinoamericanas, (...)

2. La que vivían los núcleos campesinos, remanentes de la guerrilla liberal de Rafael Rangel en el Magdalena Medio Santandereano, que mantenían en un plano simbólico, la esperanza de continuar su lucha guerrillera hasta cambiar las características del régimen político colombiano. Es necesario resaltar el núcleo guerrillero campesino que lideraba José Ayala (...).

3. La dinámica de protagonismo político nacional que vivía el movimiento estudiantil universitario nucleado en la FUN y particularmente el de la Universidad Industrial de Santander, liderado por la AUDESA, (...).

4. La radicalización de sectores del sindicalismo, especialmente petrolero, que se planteaban la necesidad de articular las luchas reivindicativas sindicales y sus dirigentes más destacados con las luchas revolucionarias”<sup>204</sup>.

---

<sup>204</sup> Alejo Vargas Velásquez, *Política y armas al inicio del Frente Nacional*, óp. cit., pp. 166-167.

Como plantean muchos analistas de Colombia, el Magdalena Medio es un espacio físico y humano donde entran en tensión la mayoría de los factores que explican la conflictiva situación de Colombia. Se trataría de un pequeño laboratorio, a partir del cual, se pueden estudiar los elementos que enredan la madeja del futuro del país. Pero a su vez, dentro de este espacio físico y humano, hay una localidad donde ajustando nuestra lente, nuestro microscopio podemos identificar muchas de esas características del ámbito nacional y regional, que ayudan a la comprensión de la encrucijada política, armada y social de Colombia. Esa localidad es San Vicente de Chucurí, lugar donde no por casualidad decidió el ELN instalar su primer foco armado. Posteriormente, en la década de los ochenta, esta localidad vio nacer también otro de los fenómenos más importantes de las últimas décadas en el país: el paramilitarismo. Estos dos hechos históricos no son casualidad. Entonces, nos podemos preguntar: ¿Qué ha tenido San Vicente de Chucurí, y que los actores armados han identificado adecuadamente para su surgimiento y consolidación?

Nosotros creemos que lo que se encuentra en la zona fundamentalmente es una fuerte tradición de lucha y rebeldía. Lo que corroboraría nuestra hipótesis de que aquellos grupos que en los años sesenta y setenta consiguieron articular su nuevo discurso revolucionario y sus objetivos, con una fuerte tradición de lucha y con los sectores que la apoyaban, lograron consolidarse como organizaciones armadas. Este puede ser también el caso de ETA con el nacionalismo vasco tradicional o del ELN con la lucha por la tierra de los colonos. La posibilidad de establecer conexiones con las luchas anteriores o de regenerar los conflictos históricos a partir de unos discursos nuevos, fue clave para el éxito de la consolidación de estos grupos armados. Como plantea Eduardo Pizarro:

“Figuras, regiones y tradiciones de la “violencia” que terminaba incidieron, pues, en la conformación de los primeros núcleos armados -algunos malogrados, otros exitosos- de nuevo tipo en el país. La ruptura se presentó en relación con los objetivos de una y otra guerrilla, pero la continuidad entre una y otra etapa de la ‘violencia’ tuvo más puentes de los que normalmente se han señalado. La emergente violencia antisistema se superpuso en el tiempo y en el espacio a las secuelas de la violencia liberal-conservadora. La ‘cultura de la violencia’ es, entonces, un factor decisivo para la consolidación de estos primeros núcleos armados. Colombia, país de paradojas, tiene la más larga tradición de gobiernos civiles en el subcontinente latinoamericano junto a un persistente empleo de la violencia como modalidad específica en el ejercicio del quehacer político. (...) No es de extrañar, pues que el mapa de la vieja ‘violencia’ y el mapa de la nueva no tengan diferencias sustanciales y ambas coincidan con el mapa del MRL y los enclaves comunistas: es el mapa de la resistencia y la rebeldía nacionales”<sup>205</sup>.

En el caso del ELN, la elección de la zona de San Vicente de Chucurí, le unió a una larga tradición de lucha, que atravesaba varias generaciones desde finales del siglo XIX. No hay que olvidar que esta zona se convirtió en refugio de los soldados liberales comandados por Rafael Uribe Uribe, tras haber perdido la Guerra de los Mil Días en las postrimerías del siglo XIX. Muchos de ellos adoptaron la estrategia de guerra de guerrillas para enfrentar la represión de los conservadores, y se quedaron como colonos en las proximidades del río Chucurí. Esta lucha entronca rápidamente con la experiencia de la revolución bolchevique, que en 1929 tuvo una repercusión importante en la zona. Esta experiencia se continuó con la existencia en la zona de las guerrillas liberales en los años cincuenta durante la violencia

---

<sup>205</sup> Eduardo Pizarro, “La guerrilla en Colombia”, óp. cit., p. 116.

bipartidista. Y, por último, los residuos de éstas articulados al nuevo discurso de los jóvenes que estuvieron en Cuba, constituyeron el surgimiento de las nuevas guerrillas, en nuestro caso, del ELN. Como recuerda nuevamente Jaime Arenas:

“El área escogida unía una serie de ventajas. Por una parte había zonas montañosas y selváticas de difícil acceso para un enemigo que no las conocía, buen agua y facilidades de entrar provisiones. Por otra parte se contaba con varias poblaciones de importancia no muy distantes y con una población campesina de alguna experiencia en la actividad armada, como que había colaborado anteriormente en una u otra forma con las guerrillas liberales, años atrás. Además en su mayoría se trataba de jornaleros agrícolas, propietarios algunos de ellos de pequeñas “mejoras” pero no aferrados a una propiedad rural de la que carecían, habían sufrido la violencia y la persecución oficiales cuando no el despojo y la arbitrariedad de terratenientes, acaparadores y usureros. Para ellos la lucha no sólo no era extraña, sino que estaba latente como recurso último para lograr la transformación de un sistema que secularmente los ha marginado y oprimido y cambiar unas relaciones de producción preñadas de injusticias”<sup>206</sup>.

Estas características locales que capta Jaime Arenas para la zona de San Vicente de Chucurí reflejan algunos de los factores internos (o de carácter nacional) fundamentales en la consolidación y desarrollo del ELN, así como de otros grupos insurgentes en Colombia. Estos factores son esencialmente dos:

1. Crisis del sistema político colombiano, crisis de legitimidad. Asociado al uso de la violencia como forma de acceder a cotas de poder (tanto político como económico). Por ello, existencia de una larga tradición de lucha y cultura de la violencia, en muchos sectores de la población.

---

<sup>206</sup> Jaime Arenas, óp. cit., p. 42.

2. Lucha por el control de los recursos naturales y de forma especial, el conflicto por la posesión de la tierra. Asociada a ella, el problema de la colonización.

El primer punto haría mención al conflicto político vivido por el país y el segundo al conflicto económico, los dos estarán estrechamente unidos y explican la profundidad de la crisis que asola Colombia durante el siglo XX. Dentro de este contexto, la región del Magdalena Medio es una de las zonas del país donde todos estos elementos se entrecruzan con mayor intensidad. Manuel A. Alonso nos da una de las claves para entender la historia reciente de Colombia:

“El modelo de configuración espacial nos muestra el contraste existente entre unos espacios integrados, sobre los cuales se ejerce efectivamente la influencia de los poderes del Estado, y unos espacios no integrados, esto es, espacios excluidos de la sociedad nacional que forman un enclave territorial desintegrado y anacional; son los espacios de la otredad, de lo marginal. El Estado y la Nación colombiana, en su proceso inconcluso de construcción, presentan como rasgo predominante la existencia de una clara diferenciación entre las zonas integradas a la lógica del régimen político y aquellas zonas anómicas que se han ido conformando al margen de toda normatividad y legalidad –Urabá, Magdalena Medio, Sarare, Caquetá y algunos barrios marginales de nuestras ciudades-. El resultado de ese proceso es la acumulación de un conjunto de conflictos que no logran ser canalizados ni pensados por el proyecto político y sociocultural de las elites y los sectores integrados de nuestra sociedad.

Los grupos que han llegado a las zonas marginales no son asimilados espacialmente y tampoco logran integrarse económica, social ni culturalmente. Por eso, encontramos un medio en donde se multiplica toda una serie de manifestaciones violentas de una sociedad profundamente contradictoria. De allí que el recurso permanente a la violencia, como pretendida forma de acceso a la

ciudadanía, este íntimamente asociado al carácter exclusivo del régimen político colombiano”<sup>207</sup>.

Alonso encuentra “un conjunto de rasgos con hilos de pervivencia histórica que nos permiten caracterizar la región: 1) como un área periférica de frontera interior y colonización; 2) como un territorio donde se ha erigido una sociedad de supervivencia, de resistencia y confrontación; y 3) como un territorio disputado, en el cual convergen diferentes intereses económicos, sociales y políticos”<sup>208</sup>. Podemos afirmar entonces, que en la región existían unas condiciones internas que propiciaban la consolidación del foco insurgente. Como plantea, Carlos Medina, se trata de:

“Un contexto social e histórico muy específico que se expresaba en los habitantes de la región permitió dar vida al proyecto: la presencia de una base campesina rebelde unida a una experiencia guerrillera acumulada en la violencia y a unos estrechos lazos de amistad y solidaridad entre familiares y amigos se combinaron para que lo que surgió con el ritual de un juramento de jóvenes en Cuba, comenzara a tomar forma en un espacio y tiempo determinados”<sup>209</sup>.

En el caso del ELN, como también hizo ETA, aprovechó las tradicionales estructuras primarias de solidaridad para permearlas con su discurso radical. Utilizó estos círculos de sociabilidad para implantar su foco armado. Es en este nivel donde

---

<sup>207</sup> Manuel Alberto Alonso Espinal, *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1997, pp. 1-2. Alonso muestra a partir del estudio de caso de la compleja historia del Magdalena Medio (centro geoestratégico del país históricamente) cómo ha sido la difícil configuración regional del Estado, la superposición de conflictos, el entrecruzamiento y disputa de los distintos actores sociales y la mediación armada de esos conflictos. Este trabajo permite contextualizar el surgimiento del ELN en un nudo de problemas como el latifundio ganadero y la disputa por la propiedad de la tierra con el minifundio; la disputa entre las élites centrales y los poderes locales; la cultura política de la región marcada por la violencia; la frontera de colonización como espacio de sociabilidades conflictivas, etc.

<sup>208</sup> *Ibidem.*, pp. 5-6.

<sup>209</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 83.



se confunde lo familiar con lo político, lo local con lo regional o nacional; y esta circunstancia es esencial para la supervivencia de un grupo armado clandestino. Estos círculos de sociabilidad básicos para estas organizaciones, son:

“Espacios donde la interacción del individuo se circunscribe fundamentalmente a los niveles inmediatos de relación y vínculo social con otros individuos, por relaciones de parentesco, vecindad o afinidad regional y política, y desde los cuales se estructuran las comunidades y sus representaciones. Los círculos de sociabilidad discernibles en el caso colombiano –particularmente el de San Vicente de Chucurí y los municipios aledaños del Magdalena medio– son tres: la familia, la vereda, y la región, los cuales consolidan en últimas la identidad del individuo en una ámbito social ampliado conformado por otros individuos que interactúan de forma recíproca”<sup>210</sup>.

Fabio Vásquez al llegar a la zona consiguió a través de Heliodoro Ochoa, estudiante de la UIS que descendía de la región, entrar en estos círculos de sociabilidad y solidaridad de la región: “Fabio llega avalado por personas que pensaban la región como José Ayala, Heliodoro Ochoa,... ese solo hecho de estar, de que llegara respaldado por ellos, le daba cierto carisma o el nivel de alguien a quien hay que respetar y acatar, en quien se puede comenzar a confiar”<sup>211</sup>. Ayala había conseguido mantener un grupo de campesinos organizados, que fueron fundamentales en el surgimiento del ELN porque se convirtieron en el germen del foco armado. Sobre todo, ellos aportaron la veteranía y la experiencia de sus recientes luchas guerrilleras contra los conservadores. Fabio consiguió convencerlos y renovar su compromiso para luchar por el cambio revolucionario en la región.

---

<sup>210</sup> Juan Carlos Sierra, *óp. cit.*, p. 43.

<sup>211</sup> Entrevista al máximo dirigente del ELN, Nicolás Rodríguez. Tomado de Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, *óp. cit.*, p. 78.

Fabio llegó a la zona en la segunda mitad de 1963, haciéndose pasar por un pariente de Pedro Gordillo. La familia Gordillo fue desplazada en la época de la Violencia de la población de Güespa, y llegaron a la región en 1959. José Ayala los ayudó a instalarse, porque los unía una amistad de la época de la guerrilla liberal, cerca de la familia Rodríguez Bautista. El cabeza de familia:

“Pedro Rodríguez Martínez, traía un largo acumulado de lucha política y cívica; hizo parte del movimiento de los Bolcheviques del Líbano que se levantaron en el 28 y 29, siendo alcalde de San Vicente durante ese período; después del fracaso del levantamiento, él conjuntamente con Rodolfo Flórez, Arturo Meneses, Heliodoro Ochoa (padre), y algunos otros líderes populares se vinculan al Partido Comunista y continúan como dirigente cívicos de la zona.

Respondiendo a la dinámica política que se manifestó en los años siguientes, Pedro Rodríguez estuvo a la cabeza de las luchas que en la región se libraron como consecuencia de la muerte de Gaitán en el 40; por mantener unas relaciones muy cercanas con las experiencias de la guerrilla liberal en Santander, tuvo que abandonar la tierra, fue perseguido, y encarcelado bajo la sindicación de apoyar las guerrillas de Rangel.

Con el tiempo se introdujo en el Partido Comunista la discusión de si había condiciones o no para la lucha armada, muchos de los viejos de la región que habían tenido experiencia con las armas veían con preocupación el desenvolvimiento de la discusión, en la medida en que se alejaba esta posibilidad de la lucha armada; algunos, como en el caso de Pedro Rodríguez se retiraron del Partido y estuvieron un tiempo andando solos. Cuando aparece el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), algunos de los líderes de la región se entusiasman nuevamente, vieron esa escisión del partido liberal, liderada por Alfonso López Michelsen, como una posibilidad real de dar paso a un proyecto verdaderamente revolucionario. Sin embargo, pronto viene el desengaño y la frustración. En el momento en que se

está produciendo esta situación es que llega Fabio con la propuesta de construir un proyecto armado de corte revolucionario<sup>212</sup>.

Pero Pedro Rodríguez no sólo combatió desde la década de los veinte a los sesenta, sino que dejó la simiente de la rebeldía en sus hijos, sobre todo en nuestro siguiente protagonista: Nicolás Rodríguez Bautista, el máximo dirigente actual del ELN.

---

<sup>212</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 84-85.

## **3.2. EL “JOVEN CAMPESINO”, NICOLÁS RODRÍGUEZ BAUTISTA: “Y A PARTIR DE ESE DÍA YO FUI COMUNISTA”**

En la vida de una persona hay varias etapas cruciales, y tal vez una de las más destacadas, como confirman los psicólogos, sea la infancia. Los primeros años de existencia nos marcan tanto o más que nuestros genes, es la época donde se proyectan los grandes “trazos” que determinarán el conjunto del cuadro de la vida. ¿Sucede lo mismo con las organizaciones insurgentes? Tal vez sí, por eso este trabajo de investigación hace énfasis en el periodo de surgimiento y consolidación de estos grupos armados. Nuestro protagonista, Nicolás Rodríguez Bautista, puede ser uno de esos individuos marcados en la infancia con el “hierro abrasador” del lugar y la familia donde nació. Nicolás es uno de esos jóvenes colombianos que heredó, esencialmente por transmisión paterna, una larga tradición de lucha y rebeldía de sus generaciones anteriores. La historia de Nicolás puede asemejarse a la historia de miles de jóvenes campesinos colombianos, que un día vieron en la opción armada la posibilidad de romper a base de bala, las cadenas que el destino o los “ricos” impusieron a sus antepasados desde hace varios siglos. Nicolás como muchos de esos otros campesinos, tuvo el privilegio de nacer en un lugar paradisíaco, por sus recursos y riquezas naturales, y al mismo tiempo tuvo la desgracia de pasar hambre en medio de la abundancia de estas tierras tropicales, empobrecidas éstas a base de olvido, saqueo y balas. El destino bromista, quiso que Nicolás naciese en medio de la

miseria, pero en una finquita llamada El Progreso, ubicada en un valle o vereda<sup>213</sup>, con el nombre de La Fortuna<sup>214</sup>. Tal vez, esto fue la fortuna del infortunio. ¡Como se ríe a veces el destino de uno! A lo mejor, con estos nombres, estos míseros campesinos santandereanos pretendían comenzar a cambiar su realidad. Siempre se ha dicho que la imaginación puede servir para superar la realidad, y de realismo mágico entienden mucho en Colombia. Pero no sólo intentaron cambiar la realidad nombrándola diferente, sino que en esa porción del país tenían una larga tradición de usar las armas para convertir esos sueños en realidades. Esta transmisión hereditaria de rebeldía, comenzaba desde el mismo momento en que la joven descendencia apretaba su boca contra el pecho de la madre. Nicolás recuerda que siendo muy infante, un día su padre, con unas copas de más, comenzó su tradicional diatriba sobre los conservadores, los liberales, que si los comunistas,... Nicolás recuerda que ante la dificultad de discernir a su temprana edad sobre esas diferencias ideológicas, le preguntó:

“- Papá, ¿qué es mejor ser uno: liberal o comunista?

Y me pegó una palmada:

- ¡Pues comunista, so gran pendejo! ¡¡Comunista!!

Y a partir de ese día yo fui comunista”<sup>215</sup>.

¡Vaya comienzo de adoctrinamiento, el que tuvo uno de los máximos dirigentes insurgentes en la segunda mitad del siglo XX en Colombia! ¡Parece que

---

<sup>213</sup> Esta categoría tiene enorme transcendencia en Colombia, porque se convierte en el círculo de sociabilidad primario básico de los campesinos. Orlando Fals Borda lo definió como: “La vereda es un grupo social etnocéntrico, autónomo y políticamente cohesivo; al mismo tiempo depende de la sede municipal para la satisfacción de necesidades religiosas, económicas y administrativas; tiene intercambio ecológico de sostenimiento con una región rural topográficamente limitada”, en Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes*, Iquima, Bogotá, 1961, p. 27.

<sup>214</sup> Esta parte de la investigación tiene como referente fundamental, las entrevistas a Nicolás Rodríguez, que se encuentran en María López Vigil, óp. cit., p. 31.

<sup>215</sup> *Ibidem.*, p. 35.

alguien cambio el dicho de ‘la letra con sangre entra’ por el de ‘la ideología con violencia entra’! Eso sí, para don Pedro, el papa de Nicolás, su descendencia tenía que tener muy claro qué era ser comunista:

“- Oigan esto: comunismo quiere decir comunidad. Y comunidad quiere decir que para todos es igual. Comunismo quiere decir que todos somos del común, del montón, que no hay preferidos, que todos son iguales, que nadie tiene más. ¡Eso es el comunismo! ¡Eso es lo que nos toca buscar!

Y como uno veía ricos que pasaban en su buen caballo y después en su buen carro y ni se paraban a mirar a los pobres que iban caminando, a uno le quedaba muy fácil entender”<sup>216</sup>.

Don Pedro Rodríguez, además de carismático con sus hijos, fue durante años un líder de la comunidad y no podía tener ‘ovejas descarriadas’ entre su descendencia. Don Pedro había luchado muy duro en su vida, a los siete años quedó huérfano y empezó a buscarse solo la existencia. Ya en el Movimiento Bolchevique en 1929, alcanzó a ser alcalde de San Vicente durante 24 horas, aunque cuando el ejército recuperó la situación de orden en la zona, fue capturado y pasó varios meses en la cárcel. En la época de La Violencia, a partir de 1946, dio cobijo en su casa a los guerrilleros liberales. Por eso, él estaba empeñado en transmitir su espíritu rebelde a sus retoños, para lo cual los reunía y les hablaba de la situación en el país, de Cuba, del fascismo,... Nicolás recuerda como:

“Mi papá era un mal hablado, dicharachero, jodedor, siempre echándonos carreta de política. Que Gaitán, que los comunistas, que Bolívar, que Hitler, que Franco... Nos reunía a todos o se ponía a hablar con sus amigos. Yo crecí escuchándolo. Yo digo que el viejo

---

<sup>216</sup> *Ibidem.*, p. 43.

se propondría hacer de nosotros gente con su pensamiento y que por eso nos habla tanto. (...)

Y empataba con sus cuentos, con su carreta del frente antifascista que hubo aquí y criticando al Partido Comunista de Colombia, que no empuñaron las armas, que fueron flojos, que criticaron a Gaitán, que fueron oportunistas. Y si había guarapo de caña, de ese que fermentan con dulce y más dulce y se pone tremendo, ¡más se emocionaba el viejo! Y era la guerra mundial y los gringos y se iba con Mussolini y defendía a Stalín, porque él tenía su argumentación y decía que no había otra forma de salvar la revolución... Y se echaba una canción de la guerra de España: “Que no, que no, que no, paloma, no, que así no trabajo yo...” ¡Uy, le tenía una bronca a Franco! “El espécimen de la podredumbre”, me acuerdo que le decía...

Yo no sabía nada de esos países de los que él hablaba. Yo escuchaba: oligarquía, conservadores, godos... Para mí todos eran los ricos. Yo lo que veía era que él era un rebelde contra lo malo. Todos mis hermanitos admirábamos esa berriondera del Viejo. Algunos eran como más cautos, pero yo me empilaba con todo eso. ¡Hijuepucha, yo con la misma pasión que el viejo!”<sup>217</sup>.

La transmisión oral entre generaciones de esta larga tradición de lucha, fue un instrumento habitual y eficaz de las clases subalternas. Permitió preservar la larga tradición de lucha en la zona, ligando estrechamente el pasado con el presente y el posible futuro. En la formación de los jóvenes, esta historia de rebeldía jugó un papel preponderante. Ricardo Lara Parada, otro de los fundadores del ELN, también creció en un ambiente muy similar:

“Jorge Eliécer Gaitán es otro punto de referencia inevitable para Lara cuando refresca sus años infantiles. Ricardo andaba por los

---

<sup>217</sup> *Ibidem.*, pp. 34-35.

ocho años y ya sabía sin confusión alguna que el hombre más importante para los barranqueños –una comunidad de un liberalismo secular- era Gaitán. En su casa no faltaba “Jornada”, el periódico oficial del gaitanismo y su abuelo decía que el líder liberal, dado que Bolívar había nacido en Caracas, era lo más grande que se había parido en Colombia. El viejo, cuenta Lara, lo sentaba en las piernas cuando transmitían discursos de Gaitán y no lo abandonaba hasta que terminara. El 9 de abril del 48, volvía de sus clases – (...) – cuando vio que empezaba a crecer un corrillo frente a un almacén y fue a curiosear. Le dijeron que habían matado a Gaitán y lo único que se le ocurrió decir fue un espontáneo “aijueputa, se va a enfermar mi abuelo”. Y salió disparado para la casa, pero el viejo estaba tranquilo. No sabía la noticia. Ricardo se la contó. El abuelo le dijo que con eso no se jugaba, pero cuando otro vecino irrumpió en la casa para confirmar el desastre, el viejo se dejó caer sobre la mecedora y lo cargó. “Se quedó callado un rato, con los ojos abiertos y le temblaban los labios. De pronto se repuso y me dijo que era como si hubieran vuelto a matar a Cristo. (...) Mi abuelo les decía a sus amigos que el país se acababa de joder por los siglos de los siglos. Otros decían que definitivamente a Colombia le sobraban los “godos miserables” y que había que matarlos. Ahora recuerdo que por esos días nadie se reía en Barranca”<sup>218</sup>.

Como vemos, las generaciones anteriores transmitían la rabia y el dolor a los jóvenes retoños de la familia, y el medio habitual para recrear el pasado era la oralidad. Y don Pedro Rodríguez no era una excepción, por eso quería que sus hijos creciesen con un carácter rebelde, que no aceptasen las tradicionales cadenas de esclavitud de los campesinos colombianos. El viejo don Pedro, en este afán, obligaba a toda su abundante descendencia a escuchar la lectura de los números atrasados del periódico La Vanguardia Liberal. Cada siete días llegaba el paquete de periódicos

---

<sup>218</sup> Oscar Castaño, óp. cit., pp 46-47.



atrasados y don Pedro reunía algunos de sus amigos y a su descendencia, todos se pegaban en torno a la esposa de éste en el porche de la casa. Don Pedro pedía a su mujer:

“- Léame todo esto.

Y él se sentaba en un taburete y oía. ¡Y después se echaba sus andanadas contra los ricos!

Mi madre había tenido sus añitos de escuela, pero leyendo tanto es que mi mamá se hizo sabia. Era la lectora del viejo. Después fueron pasando por esta tarea mis hermanos. Yo también fui su lector”<sup>219</sup>.

Las largas sesiones de lectura terminaban con vítores a Gaitán y otros líderes de la nación. Así transcurrían los días festivos en esta alejada zona de colonización, donde el desplazamiento al pueblo más cercano de San Vicente requería varias horas de empinados y embarrados caminos de herradura. Tal era la pasión de don Pedro por las noticias sobre revoluciones en otros países, que cuando se enteró de lo del asalto al Moncada y que Fidel Castro y el Che Guevara habían entrado victoriosos en La Habana; cogió su caballo y dentro de su desespero por mantenerse informado lo cambió por una radio. ¡Cambió su caballo de montar por una radio! Ésta se convirtió en la primera en la vereda, porque en el año 60, este aparato era toda una novedad en el campo colombiano. Su esposa, a pesar de conocer la pasión de don Pedro por tener noticias de la revolución cubana, se había puesto colérica, porque la familia Rodríguez Bautista, tenía muchas necesidades más perentorias; se encontraban en medio de la pobreza absoluta y a su esposo le entró la locura de comprar ese maldito aparato. Lo que sí la benefició a ella y a sus hijos, fue que a partir de entonces, no

---

<sup>219</sup> María López Vigil, óp. cit., p. 35.

tuvo que leer tanto; ya que la familia y muchos aldeanos de la vereda se reunían en torno a la radio a escuchar las noticias de esa “cercana” revolución. Don Pedro estaba seguro y lo expresaba continuamente con sus incontrovertibles argumentos, que ese era el comienzo del gran incendio revolucionario en América Latina. Proponía estar preparados en la vereda para apoyar esa “revolución en marcha” y rápidamente alegaba: “-¡Aquí lo que necesitamos es gente como Fidel, carajo!”<sup>220</sup>. Tal vez por eso fue uno de los que más apoyó a Fabio Vásquez y sus compañeros en la idea de crear un grupo guerrillero, cuando aparecieron en 1963 en la vereda.

Don Pedro procuraba no despegarse de su nuevo entretenimiento y escuchar durante horas, Radio Habana; pero cuando sus obligaciones lo llamaban y tenía que salir de la casa, las más felices eran las hermanas de Nicolás. Ellas aprovechaban este hecho para escuchar las radionovelas, una gran diversión dentro de un mundo tan aislado como la vereda, que levantaba fuertes pasiones dentro de las jóvenes. Pero a don Pedro encontrarse con que alguien le había movido el dial y perdido Radio Habana; lo encolerizaba y salía insultando a sus hijas por toda la casa. Todo volvió a su cauce cuando uno de los hermanos mayores decidió hacer una raya encima del cristal. Nicolás recuerda su contacto con la radio:

“Después también se oía allí un programa que me gustaba mucho a mí. Mi papá nos llamaba para que lo escucháramos. “Lucha contra bandidos”: un programa donde se escuchaban los tiros y contaban las batallas y las luchas del ejército cubano contra los gusanos de Escambray. Me aprendí los nombres de todos esos bandidos y los nombres de las ciudades cubanas... ¡Esa era la novela de nosotros!”<sup>221</sup>.

---

<sup>220</sup> *Ibidem.*, p. 42.

<sup>221</sup> *Ibidem.*, p. 42.

Evidentemente este tipo de educación chocaba con la ‘oficial’, ofrecida por la maestra en la pequeña escuela de la vereda. Por eso, cuando ésta hablaba mal de la revolución cubana o una vez que la maestra colgó un gran afiche de Fidel Castro comiéndose a un niño, Nicolás corría a contarle las explicaciones de la maestra a su padre:

“Como no se fiaba de la escuela, cuando regresábamos nos preguntaba de todo y nos hacía las correcciones de lo que nos enseñaba la maestra:

-¡¿Qué Cristóbal Colón fue un héroe?¡ ¡Dígale a la maestra que coma mierda! ¡Cristóbal Colón fue un invasor, un vago, que estaba enfermo con gonorrea y se vino de España a conseguir plata acá! ¡Aventureros, hijos de puta, robándole el oro a los indígenas”<sup>222</sup>.

A pesar de estas anécdotas y de las dificultades económicas de la familia, don Pedro se empeñó en que todos sus hijos completasen la escuela. Lo que en aquella época significaba llegar hasta tercero de primaria. Nicolás, aunque no era un estudiante brillante, si es que se puede hablar de brillantez dentro de esa escasez de recursos, soñaba con ser piloto de aviones. Alguna vez vio pasar alguno por encima de su cabeza en ese bello cielo azul de San Vicente de Chucurí y quedó deslumbrado. Nicolás aprendió a construirlos de barro y los hacía despegar y aterrizar constantemente. Pero tardó muy poco en comprender que para ser piloto había que tener mucha ‘plata’ –dinero-, por lo que decidió ser más modesto y conformarse con la posibilidad de ser chofer, algún día. Estos si bien no volaban en aviones, pilotaban con su volante sus camiones y autobuses por los filos de las montañas

---

<sup>222</sup> *Ibíd.*, p. 43.

santandereanas. Este oficio le parecía emocionante al niño que era Nicolás en ese momento.

Estas fantasías de Nicolás, contrastaban con su existencia y la dura vida de los niños campesinos en Colombia. Estos, con muy pocos años, tienen que utilizar las herramientas para jugar y los juegos para traer algo de comida o de leña a la casa. Recordemos que al padre de Nicolás, don Pedro, la gente lo conocía con el alias de “Comején”, porque este último es un animal que tiene mucha descendencia. Y tal vez, el sobrenombre era muy acertado porque con Nicolás eran 19 hermanos en la casa; además de 4 medio hermanos (hermanastros) en Charalá y otros tantos en San Vicente. Eso sí, muchos hermanos, pero bien repartidos, porque la mitad eran varones y la otra mitad mujeres. Evidentemente con tanta progenie, la comida siempre era escasa. Nicolás recuerda que:

“Yo crecí muy desnutrido. Todos mis hermanos igual. No que nos acostáramos sin comer, porque ¡mínimo yuca! Nos acostábamos con hambre, ¡pero llenos de yuca! Como éramos tantos, aunque mi papá tenía un pedazo de tierra y era muy bueno para los negocios, no alcanzaba. (...)

Mi vida era la de otros campesinos. Como uno busca el juego, trabaja y es juego al tiempo: desgranar maíz para las gallinas y los cerdos, ir a buscar la leña al monte, aprontar el agua y llenar un tanquecito, picarle yuca a las gallinas si no había maíz... Jugaba a las bolitas, al trompo y a que yo soy el diablo y usted es el ángel y el diablo asusta y el ángel me salva, y a quién se tira de más alto en la quebrada y en un árbol a quién sube a coger las naranjas más riesgosas... Todas esas cositas que le salen a uno de aventurerito. Todas esas bobaditas, esa vida. Y eso que hace uno de pelao, que se

pone los pantalones del papá. Yo me los ponía. Y me ponía sus zapatos, ¡y el machete! Yo quería ser como mi papá”<sup>223</sup>.

Pero ser como el papá, o ser el hijo de ‘Comejen’ tenía sus riesgos. La familia vivía aterrorizada por la amenaza de la llegada del ejército o de los temibles ‘pájaros’, esos paramilitares financiados por los terratenientes y conservadores que sembraban de terror las poblaciones liberales. Don Pedro, a lo largo de su vida, se había ganado la fama entre los conservadores y la policía, de ser un insurrecto, dirigente liberal y que apoyaba a la guerrilla. Lo cual no era falso, porque en su casa llegaban y se escondían muchos guerrilleros liberales en la época de La Violencia. Nicolás nació en pleno auge de esta violencia, en el año 1950, y además en uno de los epicentros de la lucha en Santander, San Vicente de Chucurí. Don Pedro vivía en vilo todos los días, en ocasiones los vecinos le avisaban de la presencia de patrullas del ejército y tenía en huir e internarse en el monte; a pesar de que su edad no daba para alejarse mucho. La casa de los Rodríguez Bautista estaba a lado del camino real que pasaba por la vereda, por eso era frecuente el paso del ejército. Cosa que los niños de la casa aprovechaban para espiar y observar a esos señores armados. Nicolás recuerda como:

“Y se oían los tiroteos: ¡ta-ta-ta! ¡ta-ta-ta! Y volvían con los muertos. Entraban y mataban gente, a veces guerrilleros que quedaron de La Violencia, a veces colaboradores de la guerrilla. Yo veía pasar a esos muertos. Me recuerdo que una vez que una mula llevaba unos muertos y se recostó a la baranda de la marranera grande que teníamos en la casa, una marrana se le comió un pie a un

---

<sup>223</sup> *Ibidem.*, p. 35-36.

muerto... Una hermanita y yo lo vimos y salimos corriendo del susto”<sup>224</sup>.

Este tipo de escenas de violencia presenciadas por niños y niñas en Colombia es otra de las constantes de la historia de la segunda mitad del siglo XX. Experiencias que marcan trágicamente el destino de las generaciones, circunstancia que continúa, por desgracia, en el siglo XXI. Estas situaciones hacen, en muchas ocasiones, que se perciba el recurso de la violencia como algo ‘normal’, ‘habitual’. El uso o mal uso de la violencia por parte de los organismos armados estatales, fue otra de las constantes que tuvieron que vivir muchos campesinos colombianos, y con especial trascendencia para los niños como muestra los recuerdos de Nicolás:

“Y en medio de un aguacero, ¡pum!, llega la patrulla, abre la puerta y entra en mi casa un poco de soldados, empapados en agua. Y uno moreno, un negro grande, dijo algo que yo no le entendí. Entonces, una de mis hermanas, la pendejita, se pone a llorar y me dice bajito a mí:

-¡Dijo que todos vamos a morir ahorcados...!

Cuando yo oigo eso miré a aquel moreno grandísimo y me vi muerto para siempre. ¡Todos ahorcados...! Bajito, la pendeja se lo va diciendo a todos. Y todos nos pegamos a mi mamá como un racimo y todos a llorar a gritos. Y mi mamá llorando también. Como mi papá había estado hablando esas berraqueras, decíamos: seguro estos escucharon, y a que ahora atrapan a mi papá y nos lleva a todos a morir ahorcados... ¡Avemaría, qué susto tan terrible! Al vernos así, el moreno preguntó y sólo después nos vamos dando cuenta que lo que el tipo había dicho era:

-¡¡Todos vamos a morir ahogados...!

---

<sup>224</sup> *Ibidem.*, p. 36.

Con aquel aguacero, eso era lo que había dicho. Avemaría, no se me olvida... Así vivíamos. Yo viví con pavor del ejército y de la policía.

Al viejo lo mató el ejército. Le dieron una paliza, lo hicieron aguantar hambre, ya estaba enfermo, muy viejito...”<sup>225</sup>.

En este ambiente de miedo, incertidumbre, carestías y hambre fue transcurriendo la infancia de Nicolás. Aunque cada día la situación se hacía más insostenible porque a la llegada de nuevos hermanos, se juntaba que las hermanas se casaban y se quedaban a vivir en la casa con sus esposos. Las obligaciones de Nicolás consistían en ir a la escuela de la vereda y ayudar a ordeñar las dos o tres vacas de la familia. A esto se reducía su vida, hasta que un día de 1963, apareció en la vereda Fabio Vásquez Castaño, aunque en ese momento todo el mundo lo llamaba ‘Carlos’. Llegó haciéndose pasar por un familiar de los Gordillo, los vecinos de la familia Rodríguez Bautista, lo que le abría las puertas a ese mundo cerrado de la vereda. Aunque Fabio pronto despertó la atención entre los lugareños:

“Fabio no tenía un tipo común. Era muy alto. Muy despierto, muy locuaz, ese tipo de personas que pega mucho entre los campesinos porque a la vez que destaca, también trabaja: él tiraba hacha, él hacía de todo. Esa gente que se desenvuelve, se gana la confianza, echa un chiste un poquito verde pero respetuoso, habla con todos te llama, te dice, te pregunta, y así el hombre va ganando el ascendiente”<sup>226</sup>.

Y en una de esas conversaciones, Nicolás le comentó a Fabio su deseo de seguir estudiando. Fabio le animó a seguir en esa dirección, habló con don Pedro y se

---

<sup>225</sup> *Ibidem.*, p. 37.

<sup>226</sup> *Ibidem.*, pp. 45-46.

encargó de buscarle a Nicolás un cupo en una escuela de la ciudad de Bucaramanga.

Nuestro protagonista recuerda esta experiencia, afirmando que:

“Yo tenía 13 años. (...) Cuando me mandaron para la ciudad, yo nunca había salido de mi pueblo. Pero llegué con ese afán y en los tres primeros meses logré ponerme a tono con los otros pelaos y le metí, le metí, actualicé cuadernos y me puse al día. Era un ritmo de estudio muy diferente al que yo había tenido en la escuela campesina. Pero lo aguanté. Lo que no pude aguantar fue el hambre.

Porque vivía con una familia muy pobre y era una comida demasiado poquita. En el desayuno el poquitico de café, a veces con leche, a veces sin leche, y un panecito. En el almuerzo el poquitico de arroz nada más con la tinta de los frijoles y a la noche unos frijolitos. Era un hambre berraca la mía. Y estudiando... Lo otro era que uno, con su alma campesina en una gran ciudad se perdía... Yo nunca había vivido la discriminación. En mi tierra yo era como todos, incluso con cierta influencia, por mi papá, que era líder. Y allí en la ciudad, los campesinos éramos indios, los brutos... En últimas, eso lo aguantaba, pero el hambre era demasiada”<sup>227</sup>.

Así que a la primera oportunidad, Nicolás se regresó para su amada y amable vereda, donde continuamente era respetado por sus vecinos y además siempre se podía comer algo, una fruta, una yuca, un arrozcito,... A su regreso empezó a observar situaciones sospechosas: los muchachos haciendo ejercicios por las mañanas, Fabio (Carlos) dirigiendo, como si fuese un militar, a esos siete muchachos que se suponían eran trabajadores de José Ayala; en algunos momentos escuchó como estos jóvenes se dirigieron a Fabio llamándolo ‘Compañero’ o incluso ‘Camarada’,... En la casa, también sucedían cosas ‘extrañas’:

---

<sup>227</sup> *Ibidem.*, p. 46.



“Mi mamá tenía una maquinita de modistería de esas antiguas, que se le daba la vuelta así, manual. Un día veo que comienza a hacer unas vainas raras: ropa, camisas verdes, pantalones verdes, unas banderitas rojas y negras, los brazaletes,... Y que se escondía en una piececita a hacer todo eso.

- Mamá, ¿y qué es lo que son esas cosas...?

- Es que en San Vicente van a hacer una comedia y me lo encargaron.

Yo malicioso: ¿cómo van a mandarle a encargarse a ella si allí hay sastres que tienen máquinas de motor, que eso es ¡ras! Mi mamá me hizo una seña y me dijo:

- Usted sabe que en boca cerrada no entran moscas”<sup>228</sup>.

Y puede ser que la mosca no entrase en boca cerrada, pero definitivamente Nicolás ‘tenía la mosca detrás de la oreja’. Decidió ponerse a hacer la gimnasia con el resto de muchachos: formación, carreras, subir por las cuerdas,... con sus trece años estos ejercicios le parecían un auténtico juego. Aunque también un reto, porque era el más joven de todos. Un día, en plenos ejercicios, se le cayó una pistola a Fabio y Nicolás lo vio, de momento se hizo el disimulado, pero:

“Cuando terminó la jornada de los ejercicios, le dije:

- ¿por qué no me enseñas a manejar la pistola...?

- ¡¿Cómo así, qué pistola, muchacho?!

- Tranquilo, que yo no soy sapo... Enséñamela.

- Eso no es pistola, ¿oyó? Y eso no se le dice a nadie, ¿oyó?”<sup>229</sup>.

---

<sup>228</sup> *Ibidem.*, p. 48.

<sup>229</sup> *Ibidem.*, p. 47.

Nicolás no aguantaba más su curiosidad y fue para donde su amigo Pedro Gordillo. Este era novio de una de sus hermanas y además su confidente. Nicolás hablaba con Pedro, esas cosas que no se comentan con los papás: que cómo son las chicas, que cómo es eso del sexo, qué tiene que hacer el hombre,... Todas esas respuestas que necesita encontrar un joven campesino con trece años. Pedro era el gran confidente de Nicolás, su mejor amigo, a pesar de que era mayor que él, tenía 19 o 20 años. Por eso, fue en su búsqueda, y directamente le preguntó:

“- Cuñado... ¿quién es “Carlos”? ¿Qué hace él, quién es su papá, de dónde vino...? Dígamelo, cuñado...

- Hombre cuñado, no es bueno preguntar tanto, usted sabe...

El buscando ser fiel a no revelar el secreto. Como yo era un pelao y además muy conversador, no querían que me enterara de muchas cosas. Pero yo no aguantaba más”<sup>230</sup>.

Y tanta fue la insistencia de Nicolás y tan claras las evidencias, que a Pedro no le quedó otra salida que contarle la verdad a su amigo:

“ – Mano –me dijo después cuando quedamos a solas-, le voy a contar un secreto, pero júreme que no se lo cuenta a nadie: Carlos no es primo mío, lo que pasa es que nos vamos a ir pa’l monte, porque hay que luchar contra los ricos, el gobierno y todo lo que esté en contra de los pobres; de Santa Rosa se van varios, de La Granada otros, de Los Aljibes está José Ayala, Carlos es el jefe y hay como 20 más; yo también me voy”<sup>231</sup>.

---

<sup>230</sup> *Ibidem.*, p. 48.

<sup>231</sup> Nicolás Rodríguez Bautista, “Testimonio. Crónica del 4 de julio”, en Corporación Observatorio para la paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, óp. cit., p. 15.

Si bien esta noticia lo tranquilizó porque despejaba sus dudas, también lo inquietó porque Pedro le había confesado su intención de irse, y para Nicolás, esto suponía la pérdida de su mejor amigo: “Me puse muy pensativo. Después supe que se iban como 10 o 12 amigos de la vereda. ¡Y se iba Pedro! Yo tiraba este cálculo: se van, me quedo solo, la región se queda sola... Era como jodido quedarse uno solo. Pero a la vez sentía miedo”<sup>232</sup>. Nicolás empezó a evaluar la situación, a imaginar la vida sin sus amigos de infancia, la existencia en la guerrilla,... y comenzó a cruzar estos sentimientos con las enseñanzas de su padre sobre esa tradición de lucha. Nicolás se veía como un nuevo comunero, intentando repetir la gesta libertadora de Bolívar, de José Antonio Galán, seguir la estela de Gaitán, del Che o Fidel,... A su vez, esta imaginación se entremezclaba con el espíritu aventurero de un niño de trece años:

“Y yo imaginaba que íbamos, que éramos poquitos, recogíamos unas armas, llegábamos a donde había más hombres y más armas, y se juntaban más y llegábamos donde había otros y así se formaba una guerra que quién sabe dónde pararía... (...) Yo sólo pensaba que iba a sufrir. Que eso era plomo y combates y hambre y aguaceros encima y caminar de noche... A mí me gustaban mucho las películas de vaqueros y tiros y las había visto cuando estuve en la ciudad. Para mí era la vida de la aventura. El viejo me conocía y me llamó una vez:

- Óigame: el que se va para una lucha tiene que ser fiel hasta la muerte. El triunfo no está a la vuelta de la esquina. El que se mete a la lucha vivirá toda su vida”<sup>233</sup>.

Y estas últimas palabras de don Pedro fueron una premonición, porque Nicolás a día de hoy, lleva en la guerrilla desde 1964, más de cuarenta años de su

---

<sup>232</sup> María López Vigil, óp. cit., p. 50.

<sup>233</sup> Ibídem., p. 49.

vida dedicados a la insurgencia. Este presagio del papá de Nicolás, ha debido de ser repetido por muchos progenitores de jóvenes colombianos que deciden ingresar a grupos armados. Pero Nicolás, como muchos otros muchachos, no aceptó los consejos y decidió hablar con Pedro y Fabio para que le permitiesen entrar al grupo:

“- Cuento conmigo.

Desde ese día nunca he dado un paso atrás. Toda mi vida ya fue toda en la guerrilla”<sup>234</sup>.

La mamá de Nicolás le preparó un paquete con dos mudas de ropa y entre lágrimas le dio la bendición y le pidió que se cuidase. Con esta ceremonia íntima, Nicolás pasaba a convertirse en un hombre, entraba con sus trece años a hacer parte de un mundo de machos, y de otra familia, la guerrilla. Como reconoce Nicolás: “En mi ser infantil se conjugaban la esperanza, cierto grado de conciencia de lucha y una dosis considerable de aventura”<sup>235</sup>. A las ocho de la noche del día 4 de julio de 1964, Nicolás se reunió con sus otros compañeros en un rancho abandonado cerca de la casa de su amigo Pedro Gordillo. Allí se encontraron los 18 muchachos que comandados por Fabio Vásquez, iniciaron la primera marcha guerrillera del ELN, el verdadero hito fundador de la organización:

“El grupo se conforma con campesinos de las veredas de Santa Helena del Opón, “La Fortunata”, la región de Riofuego y Simacota. La mayoría de ellos radicados, como colonos, en el Cerro de los Andes que es donde se instala el primer foco guerrillero.

---

<sup>234</sup> *Ibíd.*, p. 50.

<sup>235</sup> Nicolás Rodríguez Bautista, *Y nos hicimos guerrilleros*, Ediciones Colombia Viva, Colombia, 1990, p. 5. En este libro, el máximo dirigente del ELN relata sus primeras experiencias en la guerrilla, cuando con sus apenas trece años se convirtió en un miembro del primer foco guerrillero de la organización. Como fuente testimonial permite reconstruir los hábitos cotidianos de estos pioneros del ELN.

La procedencia política era variada, la mayoría de ellos venían de familias liberales y comunistas de la región, algunos herederos directos de las prácticas de la guerrilla liberal de Rafael Rangel, otros contaban con el ejemplo y las historias de sus padres sobre las luchas campesinas y políticas de los treinta años que antecedieron al surgimiento del grupo, e incluso hubo quienes habían atravesado por la experiencia política del MRL.

Establecidos los contactos, organizadas las redes logísticas urbanas y rurales, consolidado el grupo base y definida la zona de operaciones sólo quedaba iniciar la primera marcha”<sup>236</sup>.

En mitad de la oscuridad de la noche, estos intrépidos muchachos comenzaron a caminar en dirección al Cerro de los Andes, donde planeaban establecer su primer campamento base. Les esperaba una marcha de cuatro días, por empinadas y estrechas trochas. Uno de los días, el grupo alcanzó el sitio conocido como Patio Cemento, llegaron el 7 de julio a las 12 del mediodía, donde almorzaron. Mientras saboreaban el escaso almuerzo proporcionado por un campesino de la zona, Aureliano Plata Espinosa<sup>237</sup>, ninguno podía imaginar que 19 meses después este lugar pasaría a ser famoso dentro de la historia del ELN. Nadie podía pensar ese 7 de julio de 1964, que el 15 de febrero de 1966, en ese mismo lugar donde ahora descansaban, caería abatido por el ejército el símbolo del ELN, el cura guerrillero, Camilo Torres Restrepo. Con él serían abatidos otros dos muchachos que en ese momento estaban allí: Domingo Leal Leal y el campesino que ese día era su anfitrión, Aureliano Plata. La caravana guerrillera que en ese momento era un cúmulo de esperanzas e ilusiones, se encontraría meses después en ese mismo lugar,

---

<sup>236</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 87.

<sup>237</sup> Nicolás Rodríguez, “Testimonio. Crónica del 4 de julio”, óp. cit., p. 26.

con la primera gran derrota militar y la mayor desilusión hasta ese momento, con la pérdida de cinco milicianos, entre ellos, el padre Camilo.

La dura travesía, como dijimos, duró cuatro largas jornadas de día y noche, hasta llegar al campamento, donde empezaron su estricto entrenamiento. Llegaron el día 7 y al siguiente comenzó la preparación guerrillera:

“Empezamos a aprender las primeras cosas de guerrero. Fabio explicaba: la vanguardia, el grueso, la retaguardia, en caso de emergencia... Todas esas vainas que para mí eran nuevas... Nos dieron los nombres que íbamos a llevar, había una lista. A cada uno se lo dieron por la inicial del propio nombre que tenía... Un muchacho Ciro iba a llamarse Conrado, Jorge era José, Pedro Gordillo era Parmenio, a mí me llamaron Norberto...

- Olvídense del nombre propio y usen ya el nombre de guerra.

Fabio se echó un discurso: que éramos continuadores de Bolívar y de Galán... ¡Y a mí se me pusieron los pelos de punta!”<sup>238</sup>.

Estos continuadores de las gestas libertadoras en el país, apenas disponían de unas cuantas escopetas viejas y unos cuantos revólveres, mal equipados y con sus mochilas llenas más de ilusiones que de comida y medicamentos. Por ejemplo, Nicolás recuerda: “Y me dieron un revolvito, un revólver antiguo, de la segunda guerra mundial, pero que era hechizo, “made in San Vicente” y marca “Lechuza”... Aquella fue mi primer arma”<sup>239</sup>. Los demás miembros del grupo no estaban mucho mejor armados, porque lo que portaban: “Eran unas escopeticas de un solo cartucho, como las que tenía mi papá en casa. Allí vi también el revólver de mi papá, que se lo

---

<sup>238</sup> María López Vigil, óp. cit., pp. 50-51.

<sup>239</sup> *Ibidem.*, p. 51.

había prestado a un muchacho. Era un revólver viejo, que él había arreglado cuando fue herrero y le había puesto un muelle y tocaba dispararlo ¡a dos manos!”<sup>240</sup>.

Claro que estas dificultades hacían parte de esa “mística revolucionaria” tan necesaria en estos momentos, además como recuerda Nicolás Rodríguez:

“Al principio por esa realidad social y política que vive la región no se necesitó como el montaje de un aparato muy complejo; vea yo le pongo un ejemplo, mi papá mandaba un mercado muy grande para la casa, cuando eso no había muchos retenes, entonces en ese mercado iba material para construir brazaletes, las hamacas... las armitas, todo ese poco de cosas, que no eran tampoco muchas, se hicieron en la casa de los viejos, las hizo mi mamá en su maquina de coser, en el cerro de los Andes había yuca, plátano, arroz, ahuyamas, cacería y buena pesca, entonces prácticamente nosotros nos sosteníamos con lo que producía la región, la comida no era problema porque la habían sembrado los mismos “pelaos” que fueron colonos y que ahora eran guerrilleros”<sup>241</sup>.

A pesar del reloj Rolex de Fabio –alias ‘Carlos’-, la realidad del grupo de hombres era que se encontraban mal equipados, vestidos, y con un armamento muy deficiente para emprender la liberación de Colombia y el continente americano. Como plantea Nicolás Rodríguez:

“Las dificultades materiales se veían en nuestro equipamiento. Por ejemplo: sólo disponía el grupo de dos linternas, una la portaba el responsable general y la otra la cargaba el responsable de seguridad y de protección, así mismo sólo había dos relojes, uno lo portaba el destinado a la posta y el otro lo portaba Carlos que era el jefe.

---

<sup>240</sup> *Ibidem.*, p. 53.

<sup>241</sup> Entrevista a Nicolás Rodríguez, en Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p.88.

La comida consistía en un plato de sopa de maíz y medio plátano, el dulce lo sacábamos del plátano maduro, pues no había panela, tampoco había café y muy poca manteca. La poca ropa que recibíamos así como otros utensilios venían de Barranca y más concretamente de los obreros de Ecopetrol, pero la ropa era muy grande...”<sup>242</sup>.

A pesar de todo, los jóvenes guerrilleros seguían aprendiendo a moverse sigilosamente por la selva, a tomar medidas de seguridad, a conocer los principios de la guerra de guerrillas, así como algunos elementos básicos de ideología<sup>243</sup>. Así recuerda esta etapa uno de los primeros desertores del ELN:

“Al mes de estar allá en el Cerro de los Andes ya estaba aburrido y allá dijo (Fabio Vásquez. J.A.) bueno esto vamos a aprender muchas cosas, vamos a ver si aprendemos el servicio militar, tiene que quedárseles en el tuste algo, esto es una cosa respetada y serio el asunto. Bueno ahí dijo, aquí les vamos a enseñar asuntos de armas, a desbaratarlas y a volverlas a armar y a limpiarlas, y ahí los que no sabían cocinar, nos enseñaban todo, lo mandaban a cacería con uno que supiera para uno aprender a cazar animales y ahí instrucciones que le daban a uno, como se minaba un centinela para dar un golpe y aprender como se hacía una bomba, una bomba se hacía con clorato, aluminio y ese azúcar, me parece que eran cuatro clases pero no recuerdo la otra y la fórmula de las granadas y en unos libros que estaban pintadas esas granadas nos los mostraban... En seguida ya empezamos a hacer ranchitos, caneyes y ahí nos estábamos por ahí un mes, dos meses e íbamos y hacíamos otro por allá más adelante, nosotros alcanzamos a hacer siete ranchos”<sup>244</sup>.

---

<sup>242</sup> Nicolás Rodríguez, *Y nos hicimos guerrilleros*, óp. cit., p. 15.

<sup>243</sup> Jaime Arenas, óp. cit., p. 43.

<sup>244</sup> *Ibíd.*, p. 43.



Fabio y los hombres más veteranos estaban empeñados en la capacitación para la guerra de los más jóvenes, para ello seguían una estricta disciplina militar que incluía rigurosos ejercicios físicos. Aunque al pasar los días, el cansancio, el hambre y la frustración por no entrar en combate, comenzó a crear un ambiente pesado entre los compañeros. Nicolás recuerda como:

“Las jornadas de entrenamiento eran agotadoras pero todos las hacíamos con esmero porque capacitarnos significaba estar en condiciones de ir a pelear; Carlos como un buen dibujante pintaba en el tablero las granadas “piña” y M26 de fabricación gringa y Salomón Amado (Segundo) hizo como tres granadas en madera para los entrenamientos. Carlos pintaba además, los fusiles y las carabinas M1 y nosotros aprendíamos a desasegararlos y dispararlos pero en la teoría porque aún no teníamos ninguno de esos. En la medida que pasaba el tiempo y la rutina se acentuaba, algunos compañeros se aburrían porque en la mayoría de nuestras cabezas pesaba la idea de combatir rápido”<sup>245</sup>.

Todas estas dificultades materiales se intentaban suplir con una moral ‘revolucionaria’ altísima y con unas grandes dosis de fe y esperanza. ‘A falta de pan, buenos son bollos’, dicen en España. Ante la inquietud de Nicolás, su compañero Pedro David (Hernán Moreno) le explicó: “- No te preocupes –me respondió-; con 4 escopetas, el apoyo del campesinado y con unas pelotas bien puestas, le quitamos el fusil a un soldado; así nos iremos armando. Cuando la violencia así lo hicimos...”<sup>246</sup>. Y es que los más jóvenes del grupo habían puesto muchas de sus esperanzas en la experiencia de los exguerrilleros liberales y ahora ‘reciclados’ guerrilleros marxistas. Nicolás pensaba:

---

<sup>245</sup> Nicolás Rodríguez, *Y nos hicimos guerrilleros*, óp. cit., p. 21.

<sup>246</sup> Nicolás Rodríguez, “Testimonio. Crónica del 4 de julio”, óp. cit., p. 20.

“Bueno, decía, somos 18 y ¡ahí nos les amontonamos a la primera patrulla que pase y les quitamos el arma y ahí vamos! Sí, me comencé a alegrar al ver que había con nosotros guerrilleros de La Violencia. Un Hernán Moreno Sánchez, capitán de guerrilla que había alcanzado a comandar a 350 hombres y que había tenido por jefe a Rafael Rangel, el famoso Rangel...”<sup>247</sup>.

Los primeros meses de la guerrilla, antes de entrar en combate y ver la muerte cerca, fueron ejemplo de sacrificio personal y entrega a la ‘causa revolucionaria’, aunque cada militante la entendía a su manera. Para conseguir esto, Fabio y los otros responsables se encargaron de concienciar a los demás de la necesidad de la lucha, de crear una mentalidad de guerra en cada miembro. Pero todo partía de un gran espíritu de sacrificio, basado en el ejemplo de entrega de los superiores, para lo cual imprimieron un gran idealismo a la cotidianidad, que rayaba con el espíritu monástico de algunas ordenes religiosas. Expresión de este ‘espíritu revolucionario’ fue el juramento que cada militante realizó en ese momento:

“Después de algunas semanas de entrenamiento militar, de recibir formación política e ideológica, incluso de alfabetizar a los que no sabían leer y escribir para hacer más fácil la tarea de formación, se produjo el juramento de bandera, como se hace en el ejército regular, en el que se comprometía cada cual en ir hasta las últimas consecuencias según lo establece la consigna tomada del movimiento de Los Comuneros de 1789: NI UN PASO ATRÁS, LIBERACIÓN O MUERTE. El ritual en alguna medida se constituía en un pacto de muerte, de entrega total y desprendimiento absoluto, porque hecho el juramento, el compromiso con la organización, y a través de ella con la revolución, se hacía irreversible”<sup>248</sup>.

---

<sup>247</sup> María López Vigil, *óp. cit.*, p. 53.

<sup>248</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, *óp. cit.*, p. 94.

Mientras, los días se sucedían entre la fuerte instrucción militar y el hambre que iba poniendo a prueba el compromiso de cada muchacho. A principios de septiembre, llegó una novedad al campamento, y fue la incorporación de Víctor Medina Morón ('Andrés'), ya que la policía lo tenía localizado después de unos atentados en Bucaramanga y Bogotá contra los Institutos Colombo-Americanos. Fabio lo presentó ante el resto del grupo y dijo que era 'el segundo al mando', decisión tomada al margen de cualquier asamblea. A la semana siguiente de llegar Víctor Medina se produjo otra importante novedad que fue la desertión de 'Conrado', que creó un fuerte desconcierto entre sus compañeros. Y para finalizar este cuadro de sucesos, un día Fabio, a mediados de septiembre:

“Apareció bien rasurado y en traje de sport. Nos reunió y nos dijo: tengo que salir a cumplir una tarea, pues algunas cosas no andan bien por otras partes de la Organización; debo regresar en veinte días o un mes por tardar.

Andrés queda al frente del grupo y Rovira lo ayuda en la instrucción militar. Estos hechos: la primera desertión, la ida de nuestro jefe, la estrenada de nuevo jefe, la ya acumulada preocupación en la base de no poder ir al combate y la situación económica tan crítica, presentaban un cuadro bastante difícil.”<sup>249</sup>.

Fabio tuvo que salir del país para intentar controlar la situación de insubordinación que se produjo en Cuba por parte de un grupo de hombres que se estaban formando en la isla, entre ellos se encontraban José Ayala, Mario Hernández, Julio Portocarrero, Antonio Vásquez, Wilson<sup>250</sup>, etc. En la ausencia de Fabio,

---

<sup>249</sup> Nicolás Rodríguez, *Y nos hicimos guerrilleros*, óp. cit., p. 25.

<sup>250</sup> *Ibidem.*, p. 29.

empezaron a producirse fuertes enfrentamientos entre los miembros del grupo y, en especial la situación de distancia y falta de comunicación entre el máximo responsable, Víctor Medina y los jóvenes campesinos. Con la llegada de Medina al foco guerrillero, comenzaron a producirse las tensiones que marcarían el futuro del ELN por décadas: a) la disputa entre las posiciones militaristas y otras más políticas o de trabajo con las masas; y b) la división entre los rurales y los urbanos. Los campesinos mantuvieron generalmente posiciones más de fuerza y militaristas, mientras los urbanos intentarán habitualmente focalizar su atención en la lucha política o de masas. Disputas que no se canalizaban en enfrentamientos dialécticos o discusiones ideológicas, sino en rencillas por aspectos de la cotidianidad y la convivencia. Nicolás lo refleja cuando afirma:

“Medina era malo para hacerle aseo al arma, caminaba mal, no lavaba la loza... esas cositas que no las hacía el ‘compa’ de la ciudad, pero nosotros que nos habían enseñado que esas cosas eran determinantes, no entendíamos por qué él no las hacía... con Medina comienza a producirse la separación entre los de la ciudad y el campo... uno no sabe en qué líos andarían metidos los compañeros urbanos, pero como no nos llegaban las cosas, entonces los compañeros decían: ‘no joda, esos compañeros de la ciudad son la cagada, no responden’ ...”<sup>251</sup>.

Estos roces en la cotidianidad fueron produciendo un resentimiento contra Medina, lo que conllevó un descenso de su prestigio y respeto, por lo que la disciplina se relajó de tal manera que se puso en peligro la supervivencia del grupo. El recelo contra Medina y su aislamiento, produjo la desmoralización de los miembros del grupo y muchos se plantearon abandonarlo e incorporarse de nuevo

---

<sup>251</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 98.

cuando regresara Fabio. Otros, por el contrario, querían quitar a Medina de la dirección del grupo y poner a José Solano por su experiencia. Esta situación de descontento, falta de jerarquía y disciplina fue lo que se encontró el día 12 de diciembre, Fabio a su regreso de Cuba; con él venían los hombres que se insubordinaron en la isla. La llegada de este pequeño grupo y, sobre todo de Fabio, subió la moral del grupo. Ante esta grave situación, Fabio anunció el 20 de diciembre a los veintidós hombres, la noticia de que iban a entrar en el primer combate en los próximos días. El objetivo, la toma de la población santandereana de Simacota, donde se daría a conocer ante el país, al Ejército de Liberación Nacional (ELN), en lo que se conoció desde entonces como la ‘Toma de Simacota’.

De estos intrépidos guerrilleros que comenzaron la Primera Marcha Guerrillera y posteriormente la Toma de Simacota, unos años después, solo permanecía en el ELN, Nicolás Rodríguez: “Yo soy el único sobreviviente que queda en la guerrilla de aquellos de la primera marcha”<sup>252</sup>. Los demás, fueron asesinados, desertaron y muchos fueron fusilados dentro del mismo ELN. Aunque el caso más importante fue ‘el abandono del capitán en pleno hundimiento del barco’. Diez años más tarde de comenzar esta Primera Marcha del ELN, la situación del grupo era muy distinta, después de unas acciones militares exitosas en los primeros años de existencia, en 1974 el ELN asistió a su momento más difícil en toda su historia. Habían sufrido un golpe militar importantísimo donde la principal columna del grupo fue totalmente aniquilada, y sus comandantes, Manuel y Antonio Vásquez, hermanos de Fabio perdieron la vida. Posteriormente, Fabio quiso purgar responsabilidades dentro de la organización, para lo que convocó a todas las estructuras que quedaron a una asamblea. Esta se conoció como la Asamblea de Anacoreto, donde importantes

---

<sup>252</sup> María López Vigil, óp. cit., p. 66.

cuadros de la organización fueron fusilados. Ante estos hechos, Fabio decidió a finales del mes de noviembre de 1974, salir del país y trasladarse a Cuba, para realizarse un tratamiento médico. Esta decisión no se la comunicó a nadie, excepto a las personas más cercanas. Así un día abandonó el grupo y dejó como responsable a Nicolás Rodríguez. Este que había sido el campesino más joven en iniciar la Primera Marcha se convirtió a sus 24 años en el máximo responsable del ELN, en ausencia de Fabio Vásquez. Walter J. Broderick interpreta este suceso, así:

“El proyectado viaje a Cuba podría interpretarse como una huida, una traición. Entonces debería escoger con cuidado a quiénes revelar el secreto. Sólo podría ser a personas de su absoluta confianza. Era natural que pensara primero en Nicolás, pues contaba con la lealtad incondicional de ese joven que consideraba como un hijo. (...) Les explicó a estos íntimos que su ausencia sería temporal, que de ninguna manera renunciaba a la lucha, y prometió hacerles llegar instrucciones continuamente para la conducción de la guerrilla. Insistió en que ningún otro guerrillero, fuera de ese pequeño círculo, tenía por qué saber de su salida al exterior. Abrigaba la esperanza, dijo, de reponerse físicamente con un buen tratamiento médico, (...) Sus argumentos, como siempre, fueron convincentes, y los hombres de su confianza lo animaron a emprender el viaje. Mientras estaba fuera, Nicolás quedó nombrado como primer responsable, con la tarea de hacer cumplir al pie de la letra toda orden que el comandante enviara desde La Habana”<sup>253</sup>.

Para seguir dirigiendo el grupo desde Cuba, Fabio consiguió un aparato de radio, al cual, Nicolás debía conectarse todos los días para recibir las ordenes pertinentes; con el alto riesgo de seguridad que suponía este hecho para el grupo guerrillero. Del viaje de traslado de Fabio a Cuba, se encargó otra incondicional: la

---

<sup>253</sup> Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., pp. 324-325.

Madre Consuelo<sup>254</sup>. Ésta era una monja católica de la alta sociedad de Bogotá, que gracias a su ‘habito’ y edad madura podía moverse libremente por dentro y fuera del país. Fabio salió de Colombia como le gustaba, rodeado de dos mujeres que lo admiraban e idolatraban, la Madre Consuelo y Lucía, la maestra de escuela y pareja en ese momento de Fabio. El recibimiento en La Habana, también estuvo a la altura del ego de Fabio, fue recibido como un héroe, pues durante diez años representó la línea castrista dentro de las organizaciones insurgentes colombianas. Las autoridades cubanas pusieron a su disposición una cómoda casa y un buen equipo de radio para mantener la dirección del ELN desde la distancia mientras se recuperaba de sus dolencias, y:

“Antes de proceder a cualquier otra consideración, los cubanos confiaron a un equipo de médicos la tarea de velar por su salud, supuestamente minada debido a los rigores de su vida guerrillera. Encontraron que Fabio no requería ningún tratamiento; después de cuidadoso examen, lo declararon en óptimo estado físico. Cosa que les había sorprendido. Porque no podían imaginar cómo, en el monte, Fabio se había cuidado tanto. No sabían que rara vez había dejado de alimentarse bien –usualmente mantenía a una mujer dedicada de tiempo completo a prepararle platos especiales de acuerdo con una rigurosa dieta- y jamás había olvidado ingerir las mil y una pastillas recetadas por los médicos elenos de su confianza. No obstante, se quejaba constantemente del dolor causado por una úlcera estomacal y otros graves quebrantos de salud. De esta manera había cultivado la simpatía de sus seguidores; lo veían como un héroe, y lo admiraban tanto más por haber perseverado al mando de la guerrilla en medio de semejante sufrimiento”<sup>255</sup>.

---

<sup>254</sup> *Ibidem.*, p. 325-326.

<sup>255</sup> *Ibidem.*, p. 331.

Es así como el ‘benéfico’ clima de La Habana, logró desaparecer rápidamente todos los síntomas de la úlcera y las demás enfermedades que le indisponían en el monte a Fabio. Tal vez la compañía de Lucía hizo el resto. La cuestión fue que los días pasaban y cada vez, Fabio tenía menos interés en regresar a Colombia. Por lo tanto, seguía dirigiendo el grupo desde su casa habanera, a partir de la radio. Esta situación, indudablemente se hizo insostenible; y en 1975 ya nadie reconocía a Fabio como máximo jefe del ELN, sino a Nicolás Rodríguez Bautista, también conocido como ‘Darío’, aunque el nombre más famoso es ‘Gabino’. Diez años después de ser fundador del ELN, nuestro joven protagonista con 24 años se convirtió en el jefe militar del segundo grupo insurgente más importante de Colombia. Y la historia continúa hasta nuestros días, donde ‘Gabino’ es el jefe máximo de la Unión Camilista-Ejército de Liberación Nacional.

En 1974, después de diez años de supervivencia, el ELN se encontraba bajo el mando de un joven campesino de San Vicente de Chucurí, ese lugar elegido por los estudiantes que regresaron de Cuba. Ese primer grupo del ELN que comenzó en 1964 la lucha guerrillera, reflejaba los sectores más radicales del país y las contradicciones y conflictos que se vivían en Colombia: movimientos estudiantiles, conflicto por la tierra y fracaso en el proceso reinserción de los antiguos guerrilleros liberales. Por eso:

“El grupo era relativamente heterogéneo, jóvenes cargados de expectativas, fantasías y en alguna medida una dosis considerable de deseos de aventura, se encontraba con hombres formados que como Luís José Solano Sepúlveda, Jorge González, Domingo Leal, Hernán Moreno y Jacinto Bermúdez habían sido jefes de grupos guerrilleros en la cercana violencia liberal-conservadora y a ellos se sumaban Fabio Vásquez Castaño, Rovira y José Ayala cuya visión



revolucionaria se había consolidado en el conocimiento de la reciente Revolución Cubana”<sup>256</sup>.

La mayoría del grupo eran jóvenes campesinos colonos, que tenían la expectativa de colonizar nuevas parcelas más productivas. En el surgimiento del ELN va a confluir unas reivindicaciones nacionales con unas expectativas personales de colonización y autodefensa de zonas ricas en recursos naturales. Nicolás Rodríguez lo interpreta así:

“Donde yo me crié, los campesinos de las veredas colonizaban tierras como a cuatro días de marcha a pie, porque como eran muchos minifundios, ellos buscaban más tierras. Esas tierras de colonización son muy ricas, dan lo que uno siembre: fríjol, arroz, maíz, yuca, plátano, ñame... Y hay cacería: pavas, paviles, micos, armadillos, marranos de monte, dantas, osos... Y mucho pescado en los ríos. Aunque yo no las conocía, ya yo había oído hablar de esas tierras porque Pedro Gordillo tenía un pedacito por allí, una finquita que le puso “La Pedraza”. Y otros también tenían fincas. Uno le puso “La Unión Soviética”, otro “Cuba”, otro “Che Guevara”, otro “La Gaitana”, por Gaitán. Ya ve: no había revolución, ¡pero ya teníamos fincas revolucionarias! Los sueños de todos...”<sup>257</sup>.

Como vemos, la propiedad de la tierra y el conflicto agrario y de colonización, se empiezan a perfilar como uno de los factores internos en Colombia, que permitió a aquellos grupos que surgieron a mediados de los años sesenta, articularse a estos conflictos históricos y que les ayudaron a consolidarse y crecer. Pero a cambio, los cuadros intelectuales de estas organizaciones tuvieron que

---

<sup>256</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 90.

<sup>257</sup> María López Vigil, óp. cit., p. 51.

“adaptar” su discurso y sus acciones a los intereses de los sectores en conflicto. Esta negociación entre marxismo, lucha de clases y movimiento de masas por un lado; y por otro, campesinados en el caso colombiano o nacionalistas en el caso vasco; supuso un campo abierto de tensiones constantes dentro de estas organizaciones armadas. La coherencia entre discurso y las acciones posibles dentro de estos conflictos históricos, estuvo en constante contradicción. Así es como, creemos que para el éxito insurgente, no hace falta un gran campo discursivo e ideológico para motivar a los jóvenes militantes de estas organizaciones; más bien fue necesaria la conexión de estos discursos ideológicos con las necesidades básicas de los militantes y con sus percepciones de los conflictos tradicionales que vivieron las zonas donde se establecieron. Por ejemplo, en el caso del ELN, más importante que el discurso marxista para convencer a los candidatos a ingresar al foco guerrillero; estuvo la necesidad de colonizar nuevas tierras por parte de los grupos familiares. Colonización que tradicionalmente ha sido armada, porque la disputa histórica por la propiedad de la tierra en Colombia ha estado marcada por el enfrentamiento entre sectores sociales. Nicolás recuerda que:

“Bueno mire, lo que pasa y es que ahí hay un empalme de las dos veredas, esa vereda donde se forma la guerrilla y después la vereda a donde se va a hacer el entrenamiento, una vereda está a seis o siete horas de camino real o en mula; los muchachos de la zona de San Vicente, como ya no hay dónde trabajar, porque son zonas ocupados con cultivos de cacao y café, tiene la expectativa de ir a abrir montaña y a colonizar”<sup>258</sup>.

---

<sup>258</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., pp. 85-86.

Nicolás Rodríguez deja entrever la importancia que el fenómeno colonizador tuvo como motivación de los militantes de organizaciones armadas ilegales en Colombia, situaciones muy similares encontramos en las FARC o en el EPL. Lo que nos obliga a entrar en el análisis de los procesos de colonización armada del país, en la disputa por los recursos naturales y la propiedad de la tierra.

**CAPÍTULO CUARTO**

**LOS FACTORES**

**INTERNOS Y EL**

**SURGIMIENTO DE**

**ORGANIZACIONES**

**ARMADAS**

# **4.1. LA IMPORTANCIA DE LOS FACTORES POLÍTICOS INTERNOS EN EL SURGIMIENTO DE LA VIOLENCIA POLÍTICA ARMADA: LA VICTORIA DEL FUSIL SOBRE LA PALABRA**

A pesar que la práctica de la política está actualmente desacreditada en amplios sectores de la sociedad, parece innegable que es en el ámbito político donde se resuelven muchas de las contradicciones de un colectivo humano. Con Hannah Arendt<sup>259</sup> nos podemos preguntar sobre el sentido que la política tiene para un grupo social: ¿Es el espacio de mediación por antonomasia donde se resuelven los conflictos sociales?, ¿Es la continuación de la guerra por otros medios o por el contrario es la antítesis de la violencia? La experiencia histórica de Colombia puede arrojar luz a estos y otros interrogantes sobre el sentido de la política y la guerra en una sociedad. En primer lugar, la dificultad de institucionalizar muchas de las relaciones sociales entre individuos o grupos sociales en el país, ha impedido consolidar esos espacios de mediación política, jurídica, etc.; en segundo lugar, una cultura política impregnada de hábitos ligados al uso de la violencia ha impedido que los argumentos y las opiniones prevalezcan frente al empleo de las armas; y por último, la dificultad de crear una unidad simbólica en la sociedad imposibilitó también el encuentro y el vínculo social. Como plantea Daniel Innerarity:

---

<sup>259</sup> Hannah Arendt desarrolla estas inquietudes en su texto clásico titulado: *Sobre la violencia*, óp. cit. También de la misma autora y relacionado con el tema se puede consultar el texto: *Los orígenes del Totalitarismo*, Tomo I, Alianza, Madrid, 1978.

“Dado que no existe una voluntad del pueblo inmediata y determinable, las instituciones de la democracia representativa crean los espacios públicos en que los difusos intereses y opiniones pueden transformarse en argumentos políticos objetivables. Solamente una vez que se ha configurado un espacio de este tipo se hacen visibles los contornos de algo así como un bien común. Las instituciones representativas no son una abstracción de la voluntad concreta del pueblo, sino al revés: la democracia institucionalizada es la que transforma la abstracción <<pueblo>> en una figura visible, a la que puede someterse a prueba y cuya voluntad cabe verificar”<sup>260</sup>.

La dificultad que ha tenido la sociedad colombiana –así como otros países latinoamericanos- para constituir el espacio de defensa del bien común, ha ido de la mano del mantenimiento de una sociedad estamental, basada en la diferencia y no en la igualdad ciudadana. Fue en el paso del sistema colonial a las nuevas repúblicas donde se pudo gestar las posibilidades de un nuevo contrato social que a través de un moderno sistema político impulsara un espacio político al estilo ateniense, o sea una sociedad auto-generativa que asegurase el crecimiento colectivo e individual. Pero el intento de las élites criollas por mantener sus privilegios sociales en una sociedad más abierta impidió la consolidación de este proceso democratizador. Para ello crearon un andamiaje de Estado-nación con todas sus instituciones pero no lo llenaron de contenido, faltaba lo fundamental: la institucionabilidad. Este concepto siguiendo a Castoriadis es definido por Eduardo Grüner como “... el poder

---

<sup>260</sup> Daniel Innerarity, *La transformación de la política*, Ed. Península, Barcelona, 2002, p.52. El autor a lo largo del libro revaloriza el concepto de la política a partir del análisis de las diversas dimensiones del mismo (como mediación, oportunidad, posibilidad, compromiso, invención o moral), así como del oficio del político. Renueva algunos presupuestos de la filosofía política para repensar la función de la política en el siglo XXI. Del mismo autor se puede rastrear las formas de construcción de lazos sociales en: *Ética de la hospitalidad*, Ed. Península, Barcelona, 2001. Para profundizar en el tema de construcción de lazos y vínculos sociales, se puede consultar la interesante obra de Zygmunt Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2005. Para Colombia una buena aproximación a este debate se encuentra en el libro de María Clemencia Castro y Carmen L. Díaz, *Guerrilla, reinserción y lazo social*, Almudena Editores, Bogotá, 1997.

autoinstituyente de las sociedades, y el modo en que esa praxis interminable (que no permite jamás una cristalización, una “institucionalización” plena produce, en su práctica, un sujeto igualmente ‘interminable’...)”<sup>261</sup>.

Por ello, en esta investigación defendemos la hipótesis de que en Colombia, a pesar del gran número de instituciones, normas, leyes, etc., persiste una sociedad altamente desinstitucionalizada porque no hay un fuerte consenso social, una amplia legitimidad de las instituciones, ya que éstas se perciben por parte de amplios sectores de la población como impuestas, “ilegítimas” o deslegitimadas por la corrupción, la violencia de Estado, etc. Todo ello debido a esa falta de institucionabilidad (la cualidad de poderse autoinstituir), que impide la institucionalización de los acuerdos sociales y relaciones políticas, entendidas estas últimas como el respeto a los acuerdos llegados colectivamente. Ante la imposición de las normas y visiones de una parte limitada de la población al resto, la mayoría desconoce esas leyes e instituciones, lo que se traduce en el predominio de la cultura de lo ilegal, del uso de la violencia como recurso para resolver las diferencias, etc. Demostrándose las tesis de Rousseau en su crítica a Hobbes: el estado de guerra de todos contra todos, no es algo natural sino la consecuencia de un tipo de construcción social específica e histórica. Esto es lo que muestra la historia de Colombia, que el actual estado de “guerra permanente” es la consecuencia de la configuración histórica de esta sociedad. Pero también esta experiencia histórica manda el mensaje

---

<sup>261</sup> Eduardo Grüner, *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Ed. Colihue, Buenos Aires, 2002. El autor desarrolla a lo largo de la obra la relación entre las formas de dominación y la violencia, realizando un recorrido por los autores clásicos (Platón, Hobbes, Maquiavelo, Marx, Weber, Carl Schmitt, Foucault, Hegel, Sartre, Escuela de Frankfurt, etc.) para denunciar el carácter constitutivo de la violencia en la política. Grüner denuncia que la teoría política, cubierta del manto neoconservador, ha relegado a un segundo plano la reflexión sobre la violencia y su permanencia en las sociedades contemporáneas; así como el carácter “originario” o constitutivo de lo político a partir de ésta. El contractualismo se encargó de crear una cortina de humo sobre el carácter constitutivamente violento de lo político. Por eso Grüner recuerda que la espada siempre está detrás, escondida tras la figura de la justicia y las leyes. Una espada visible o invisible, dependiendo del contexto histórico y social. Una espada interiorizada mediante procesos de socialización y subjetivación, y que legitiman esta violencia originaria.

a las “maquiavélicas” elites colombianas y grupos guerrilleros, de que el uso del terror tiene límites para su eficacia –como mostró Maquiavelo- y, que tarde o temprano, es más funcional la búsqueda del consenso, basado éste, eso sí, en el olvido de la violencia fundadora e instituyente. Por lo tanto, la guerra y la violencia en Colombia hacen más inteligible la forma de configuración social y los tipos de lazos sociales establecidos; en definitiva, permite entender este hermoso y complejo país. Confirmándose con todo ello, que:

“Pensadores ideológicamente tan diversos como Carl Schmitt y Michel Foucault –para no hablar una vez más de Marx- han mostrado cómo es en las relaciones bélicas, en el modelo de la guerra y en el esquema de la lucha donde se puede encontrar un principio de inteligibilidad del poder político”<sup>262</sup>.

Aunque también podemos darle la vuelta al argumento y mostrar, como en Colombia, la política y el análisis de la configuración histórica del sistema político colombiano hacen inteligible el constante recurso a la violencia y a la guerra en el país. Es por ello, que en este capítulo profundizaremos en los factores políticos que ayudan a comprender el uso de la violencia política armada y sostendremos la idea de que esta interpretación histórica es un modo, por si solo, de actuar en la realidad de violencia del país. Sólo comprendiendo la violencia podremos intervenir contra ella.

En este capítulo analizaremos el conflicto armado colombiano a la luz del “especial” proceso de configuración de la sociedad, de la institucionalización de unos tipos de relaciones y vínculos sociales, así como de la construcción del moderno Estado-nación liberal. Seguiremos la propuesta de Fernán E. González e Ingrid

---

<sup>262</sup> *Ibidem.*, p. 96.



Bolívar: “Se busca aquí enmarcar la evolución reciente del conflicto armado y los cambios de las lógicas de sus actores en el contexto de la historia política del país. Más puntualmente, se trata de leer el conflicto armado a la luz de la específica configuración del Estado y la sociedad de Colombia”<sup>263</sup>. Configuración de la sociedad e institucionalización de la misma, marcada por las formas de ocupación del espacio, ese fenómeno de colonización agraria que ha determinado las formas específicas de cohesión social y de articulación con el Estado; dado que las zonas de colonización han sido tradicionalmente zonas de conflicto. La hipótesis que se defiende es que la violencia ligada al proceso de colonización del país muestra que es mediante esta violencia como se fue integrando territorialmente el país; así como que con el uso de la fuerza, estas poblaciones por fuera de la normatividad e institucionalización tuvieron acceso a la ciudadanía. Como afirma Manuel A. Alonso: “En una sociedad como la colombiana, en donde los procesos de inclusión y exclusión siempre han pasado por el tamiz de la confrontación abierta, el Estado, la sociedad y lo social producen una forma específica de violencia y unos actores violentos determinados”<sup>264</sup>. Y es que hay que recordar también con Ingrid J. Bolívar que: “El estado es también una construcción cultural, un tipo particular de comunidad social”<sup>265</sup>.

---

<sup>263</sup> Fernán E. González; Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vázquez, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, CINEP, Bogotá, 2003, pp. 193-194. Los autores en el capítulo titulado “Una mirada de mediano y largo plazo sobre la violencia” intentan mostrar como las formas de ocupación y colonización del territorio colombiano, se traducen en formas específicas de cohesión social y de articulación con las instituciones y el Estado. Esta relación entre colonización agraria y las relaciones sociales que se establecen en este proceso han marcado históricamente el fenómeno de configuración del Estado-nación.

<sup>264</sup> Manuel A. Alonso, *óp. cit.*, p. 118. El autor en esta parte del libro titulada “Región y violencia” muestra la relación que se establece en Colombia entre la violencia y el intento de auspiciar un tipo de orden donde los poderes locales y regionales son fundamentales en el mantenimiento de este sistema, todo ello en detrimento del establecimiento de un Estado-nación fuerte.

<sup>265</sup> Ingrid J. Bolívar, *Violencia política y formación del estado. Ensayo historiográfico sobre la dinámica regional de la violencia de los cincuenta en Colombia*, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP)-Universidad de los Andes, Bogotá, 2003, p. 16. La autora realiza en este libro un balance bibliográfico sobre las investigaciones de la Violencia y su desarrollo regional, y a partir del análisis del proceso de formación del Estado y su implementación regional, muestra como la violencia

De estas reflexiones se desprende el debate sobre el papel del Estado en la historia colombiana. Hay dos referentes teóricos que la mayoría de los estudiosos siguen en sus investigaciones: 1) la idea de Paul Oquist<sup>266</sup> sobre el “colapso parcial del Estado”; y 2) la propuesta de Daniel Pécaut<sup>267</sup> sobre la “precariedad del Estado”. Las dos tesis articulan las variables de territorio, Estado, monopolio de la fuerza, legitimidad e institucionalización de las relaciones sociales. Tal vez la propuesta más seguida es la de Paul Oquist como afirma Harvey Kline<sup>268</sup>, este planteamiento retoma los resultados de su tesis doctoral sobre La Violencia de los años cincuenta del siglo XX en Colombia. El autor habla de “colapso parcial del Estado” por el desigual control del Estado dependiendo de las zonas del país, algunas con una alta presencia de las instituciones y otras con un débil control por parte del Estado. Esto se manifestaba: “En la crisis e inoperancia de las instituciones establecidas, la pérdida de la legitimidad del Estado, la apelación del mismo a prácticas terroristas que debilitaron aún más la estructuración social existente, la ausencia física del Estado en grandes regiones del país y las contradicciones dentro del aparato armado del mismo”<sup>269</sup>. Esta debilidad del Estado necesariamente se plasmaba en un “vacío de poder” en algunas zonas del país, el intento por parte del Estado de “ocupar” estas zonas y la resistencia que distintos poderes y actores locales ponen a esa ocupación, es lo que determina la persistencia de la violencia en algunas zonas de Colombia, en especial aquellas de más reciente colonización agraria donde el Estado no hace presencia; y por tanto el intento por “ocupar” estas zonas tropieza con la resistencia

---

política opera como un mecanismo de integración territorial y una forma de articulación de los grupos sociales que surgen en las nuevas zonas de colonización del país.

<sup>266</sup> Paul Oquist, *Violence, conflict and politics in Colombia*, Academic Press, New York, 1990 (traducido al castellano como *Violencia, política y conflicto en Colombia*, Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca del Banco Popular, Bogotá, 1978).

<sup>267</sup> Daniel Pécaut, “Colombia: Violencia y Democracia”, en *Análisis Político*, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, mayo-agosto, 1991.

<sup>268</sup> Harvey Kline, *State Building and Conflict Resolution in Colombia, 1986-1994*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama, 1999. pp. 199-200.

<sup>269</sup> Paul Oquist, óp. cit., pp. 322-323.

de actores que han “institucionalizado” e impuesto un “orden” anterior, esto es muy marcado en las zonas de colonización con producción de cultivos ilegales (marihuana, coca, etc.). Como plantean F. E. González e I. Bolívar:

“Los diferentes grados de poder del Estado en las regiones hacen importante la pregunta, no tanto por la ausencia del Estado o por su debilidad, sino por su proceso de formación, por su relación con la sociedad que pretende controlar y por su tipo de vinculación con las distintas formas de control social. En efecto, la diferenciación regional de la violencia, sus modalidades y lógicas de acción se tornan más claras cuando se parte de que el Estado es producto de un proceso diferenciado y gradual de integración territorial y social. Y cuando se recuerda que la construcción del Estado implica una articulación creciente pero desigual entre los poderes locales y regionales”<sup>270</sup>.

Por lo tanto, la violencia no es consecuencia directa de la falta de presencia del Estado en algunas zonas de país, sino que esta violencia armada evidencia la específica forma de articulación, regulación y control social de algunos territorios. Estos planteamientos enlazan con la propuesta de Daniel Pécaut sobre la “precariedad del Estado” y la restricción del sistema político colombiano durante el Frente Nacional, período de surgimiento de varios grupos guerrilleros (ELN, FARC, EPL, M-19, entre otros). Pécaut critica la visión simplista que pretendía explicar la existencia de estos grupos por el carácter restringido del sistema político colombiano durante el Frente Nacional, ese pacto bipartidista o acuerdo consociacional entre el Partido Conservador y el Liberal para repartirse el poder político. El autor francés cree que si bien es cierto que existen serias restricciones para que la oposición al pacto bipartidista tuviese acceso a las instituciones gubernamentales, ello no significa

---

<sup>270</sup> Fernán E. González, I. Bolívar y T. Vázquez, óp. cit., p. 220.

que el único recurso que les quedaba para la participación política fuese la opción por la lucha armada. La “precariedad del Estado” surgió por esta estrechez del régimen, pero no porque significase el “disfraz de una dictadura” sino porque deja por fuera sectores importantes de la población, lo que hace que el régimen político pierda legitimidad y por otro lado, aporte argumentos a los opositores para defender la vía armada de oposición. Esta precariedad, entendida entre otros aspectos como falta de legitimidad permitió que aflorase una variedad de grupos armados ligados a sectores radicalizados que quedaron por fuera del pacto bipartidista. Las opciones de fuerza fueron ganando terreno sobre la política hasta que “la violencia se ha convertido en un modo de funcionamiento de la sociedad”<sup>271</sup>. Por tanto, la violencia y su relación con esa “precariedad del Estado”, tienen como correlato la especial relación que se establece entre la sociedad y el Estado, la protesta social y la representación política:

“La reconstrucción minuciosa de los planteamientos de Pécaut sobre la precariedad del Estado permite situar la pregunta en torno al desarrollo de la violencia no en una “esencia fallida” del Estado sino en su dinámica de relacionamiento con la sociedad: así, nos interesa resaltar que la violencia no se produce por “falta de Estado”, ni por exceso de él, sino por unas conflictivas relaciones entre Estado y sociedad. Más aún, es interesante el argumento, sostenido por este autor, de que la precariedad del Estado y el consiguiente desarrollo de distintas dinámicas de confrontación armada tienen como correlato los problemas de articulación entre las demandas sociales y su representación política”<sup>272</sup>.

---

<sup>271</sup> Daniel Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, óp. cit., p. 4. El autor indaga en este importante artículo sobre los factores que determinaron la situación de perdurabilidad y generalización de la violencia en Colombia.

<sup>272</sup> F. E. González, I. Bolívar y T. Vázquez, óp. cit., p. 225.

Todo ello nos introduce en el debate sobre la importancia del Frente Nacional en la aparición de la insurgencia armada. Daniel Pécaut sostiene que el bloqueo del sistema político colombiano no era tan importante como en otros países del Cono Sur de América Latina, donde los regímenes políticos que predominaban eran las dictaduras militares:

“Este sistema de división del poder entre los dos partidos tradicionales, establecido en 1958 para poner fin a La Violencia por una fórmula de tipo “consociacional”, continúa recogiendo en cada elección más del 90% de los sufragios. Pero este resultado, hipotecado por una abstención crónica, lo es también por la influencia del clientelismo y los obstáculos puestos a la expresión de una oposición. Si el régimen se reclama del pluralismo democrático y del estado de derecho, su funcionamiento está cada vez más viciado por el recurso crónico a las medidas de excepción, medidas que toman, a partir de 1978, un giro aún más inquietante con la adopción, bajo la presión de los militares, de un “estatuto de seguridad”, poniendo en cuestión las libertades fundamentales. Ciertamente, es difícil asimilar el Frente Nacional a las dictaduras del Cono Sur e incluso al régimen mexicano: sigue siendo muy “civilista”, incluso cuando concede un vasto margen de autonomía a las fuerzas militares, y está lejos de controlar a la sociedad. La mayor parte de los autores se contentan con denunciarlo como “democracia restringida”, como arreglo *de facto*, nacido de la violencia y que sigue descansando sobre el uso de una violencia larvada, y, en todo caso, desprovisto de verdadera legitimidad”<sup>273</sup>.

Frente a la postura de Daniel Pécaut se puede argumentar que si bien el proceso democrático se abrió a los dos tradicionales partidos y se consiguió superar la violencia bipartidista anterior, el sistema político durante este período se blindó a

---

<sup>273</sup> Daniel Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, Op, cit., pp. 12-13.

otras opciones políticas, un ejemplo de ello es el Estado de Sitio permanente que caracterizó esta época, así como la creciente criminalización de los movimientos sociales o de protesta. Como afirma Eduardo Pizarro:

“El impacto del Frente Nacional y de la temprana militarización de la izquierda sería profundo: al frustrar las posibilidades de emergencia de una izquierda democrática, se creó el clima para el desarrollo ampliamente mayoritario de una izquierda extraparlamentaria y conspirativa. La nueva era de violencia tendría como origen no sólo la Revolución Cubana y su efecto de demostración, como en el resto de América Latina. El sistema cerrado del Frente Nacional la incubó tanto o más que otros factores, ya que sirvió para prolongar la tradicional “cultura de intolerancia”. Esta comenzaría a ejercitarse ya no sobre el partido tradicional excluido del poder, sino sobre las fuerzas opositoras al bipartidismo convertido en el partido de orden.”<sup>274</sup>.

Ejemplos de esta situación los podemos encontrar cuando el Partido Comunista intentó participar en la vida legal del sistema político con la inclusión de algunos de sus cuadros políticos en las listas del partido Liberal, siendo inmediatamente denunciado por el propio líder liberal, Alberto Lleras Camargo, como un “atentado contra la ley constitucional”. Lo que muestra como hasta la participación electoral de terceros partidos, en este caso el PCC pero también de la Anapo, etc., fue percibida como una acción conspirativa.

El bloqueo del sistema llevó a una crisis del régimen político durante el Frente Nacional traducido en una creciente pérdida de credibilidad por parte de los ciudadanos en los políticos y las instituciones, y en consecuencia en una crisis de legitimidad del Estado como consecuencia de la crisis del partido Liberal y

---

<sup>274</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Las FARC (1949-1966)*, óp. cit., pp. 159-160.

Conservador, por la renuncia al discurso pasional de enfrentamiento partidista anterior:

“Los orígenes de la crisis guardan relación con la persistente debilidad política del Estado, la cual permitió la reestructuración del sistema político bajo el control monopólico del bipartidismo surgido desde el siglo XIX. La modalidad contemporánea de este control comenzó en 1958 con el nuevo régimen del Frente Nacional y se cimentó con la generalización de las prácticas políticas clientelistas. El efecto de la exclusividad bipartidista en el control del sistema fue la formación de expresiones de poder enfrentadas al Estado, como por ejemplo las guerrillas, que se diversificaron y crearon en la sociedad civil sustitutos arbitrarios a las funciones estatales, como es el caso de la administración de justicia...”<sup>275</sup>.

El argumento del cierre del sistema político colombiano es uno de los argumentos utilizados por la guerrilla para justificar el recurso a la lucha armada como “única” vía para terminar con una “dictadura disfrazada de democracia”. Así lo percibía una de los primeros ideólogos del ELN, Jaime Arenas afirmaba que:

“Los partidos políticos tradicionales, el liberal y el conservador, otrora multitudinarios, entraban en una crisis irreversible. El pueblo colombiano había permanecido dividido tradicionalmente en esos dos bandos irreconciliables; había asistido, llevado por el sectarismo partidista, a encarnizadas guerras civiles y en tiempos recientes esas organizaciones lo habían lanzado por más de una década a la violencia fratricida y oficializada que costó, según cálculos de algunos investigadores, más de trescientas mil vidas.

---

<sup>275</sup> Francisco Leal Buitrago y León Zamosc, *Al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años 80*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991, p.11. Los autores analizan con una perspectiva histórica la crisis política y social suscitada en la década de los años 80 por la intensificación y degradación del conflicto en Colombia, como consecuencia del narcotráfico, la crisis económica derivada de la apertura de las fronteras a productores extranjeros, el incremento del pie de fuerza de la guerrilla, el surgimiento del paramilitarismo, etc.

Ahora esos partidos, coligados para gobernar a raíz de la caída del Gobierno del general Rojas Pinilla, formaban, de hecho, un nuevo Partido, denominado Frente Nacional. (...) Los Partidos, el Parlamento y en general los Cuerpos Colegiados, la Iglesia, las Fuerzas Militares, las Instituciones todas, atrajeron sobre sí la desconfianza del pueblo, tan comprometidas como estuvieron en la violencia, en el engaño y en el sostenimiento de los regímenes oligárquicos de ayer y de hoy. Políticamente, pues, el proceso revolucionario colombiano contaba con condiciones internas favorables para su desarrollo y consolidación, estimuladas además por el auge de las luchas de los pueblos de Asia, África y América Latina.<sup>276</sup>

Como podemos comprobar el debate sobre el papel de los factores políticos sigue abierto y con posiciones encontradas entre los que matizan el cerramiento del sistema político colombiano y quienes defienden que este bloqueo institucional fue determinante para el surgimiento y consolidación de los grupos guerrilleros en Colombia. Eduardo Pizarro en un intento por conciliar las dos tendencias afirma que:

“En una lógica discursiva similar a la de la “violencia estructural” se inscriben quienes hacen derivar la emergencia de los grupos insurgentes del cerramiento o bloqueo institucional o de la llamada “violencia institucional”, como fuera calificada la postura de los opresores frente a los oprimidos por la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), celebrada en Medellín en 1968. Esta última teoría, cuyo marco analítico se puede ubicar en la Escuela de Frankfurt, en particular en el pensamiento de Herbert Marcuse, hace derivar la violencia política, concebida como un “comportamiento-respuesta”, de la violencia física o simbólica producida por el propio Estado. Con respecto al cerramiento del sistema político, Michel Wieviorka critica con agudeza el razonamiento de Lewis Coser

---

<sup>276</sup> Jaime Arenas, óp. cit., pp. 12-13.



aplicado al caso italiano, cuando este último argumenta que el terrorismo italiano de extrema izquierda (...) nació del bloqueo institucional que supuestamente resultó del “compromiso histórico” entre el Partido Comunista italiano y la Democracia Cristiana. La relación entre bloqueo institucional y emergencia de focos armados dice Wieviorka, ‘puede ser desmentida por la historia: la apertura política, la extensión de la democracia pueden, en efecto, perfectamente acompañarse de una verdadera escalada de violencia, como lo testimonia la multiplicación de actos cruentos cometidos por la ETA después del fin del franquismo. Es más, lo específico de ciertos movimientos violentos es precisamente que emergen no como resultado de una crisis de las instituciones democráticas, sino más bien del esfuerzo voluntarista de actores armados por minar el sistema institucional y crear una situación revolucionaria (...)’. El problema de base de las reflexiones que se sustentan en la crisis institucional, afirma Wieviorka, es que sólo ven detrás de la violencia colectiva el resultado de una situación, y dejan de lado la elaboración de las estrategias de acción y la construcción de los idearios políticos por parte de los actores políticos”<sup>277</sup>.

A mediados de los años noventa, cuando comencé a investigar el fenómeno de violencia en España, Argelia y Chiapas, partía de la hipótesis de que la violencia política era consecuencia de unas condiciones sociales específicas, pero que a este escenario se había llegado por unos factores políticos concretos y determinantes que regían el destino de esa sociedad; por tanto el conflicto político-armado tenía que estar motivado por el acceso o bloqueo al sistema de poder que existía en ese contexto social. Hoy en día después de leer varios cientos de textos sobre el tema, de

---

<sup>277</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución*. óp. cit., pp. 25-26. Recordemos que este texto resulta un valioso marco analítico para analizar el fenómeno de la “insurgencia crónica” en Colombia, en especial Pizarro analiza los factores que han imposibilitado la toma de poder por parte de los grupos guerrilleros y la dificultad del Estado por tener el monopolio de la fuerza, en ese “empate técnico” que no permite una solución al conflicto político y social.

conocer de primera mano algunos de estos contextos sociales y de cientos de horas de investigación, tengo que reconocer que la cuestión es mucho más compleja y que a las condiciones estructurales hay que añadir la voluntad de los actores en conflicto, así como tener en cuenta las representaciones sociales que alimentan la violencia. Por todo ello, **hoy estamos en disposición de defender la hipótesis de que si bien el conflicto no surge como expresión directa del bloqueo del sistema político, este cerramiento crea las condiciones necesarias para que un sector de la población perciba esto como la imposibilidad de canalizar las demandas políticas y sociales, y alimenta el discurso de que el “único camino posible” son las armas.**

Por lo tanto enlazando esta hipótesis con la experiencia del Frente Nacional en Colombia, podemos afirmar que si bien el régimen político no estaba tan cerrado en el momento del surgimiento de los grupos insurgentes en el país, (especialmente el ELN), como sí lo estaba en España con el régimen franquista cuando nace ETA, los sectores radicalizados que apoyaron la emergencia de estos grupos sí percibieron al Frente Nacional como un régimen que bloqueaba las demandas políticas y sociales de la mayoría de la población. Siguiendo con el intento por empatar las dos posturas encontradas, Eduardo Pizarro afirma:

“Tanto Malcolm Deas como Daniel Pécaut han cuestionado las tesis que colocan el acento en el “bloqueo institucional” para explicar la violencia. El primero se pregunta: “(...) ¿Cómo verificar si una sociedad está bloqueada? ¿Será suficiente el mero hecho de que uno se sienta ‘bloqueado’? ¿Colombia estaba muy ‘bloqueada’, normalmente ‘bloqueada’ o no lo suficientemente ‘bloqueada’?”. A su turno, el segundo recuerda que el cerramiento del sistema político colombiano era en los sesenta mucho menor que en los regímenes militares que dominaban al continente por aquella época y, sin embargo, en éstos las guerrillas tuvieron menor éxito para implantarse. Sin ninguna vacilación les concedemos a ambos la

razón, frente a las pretensiones de explicar el nacimiento de los grupos insurgentes a partir de determinadas estructuras políticas. No obstante, más allá de las limitaciones reales del sistema político colombiano, cuyo grado es imposible de cuantificar, lo cierto es que las capas rebeldes lo percibían como un régimen autoritario y que esta representación desempeñó un papel motriz en la movilización política. ¿La definición del sistema político como una democracia restringida era, entonces, una simple justificación para legitimar una opción armada? ¿Una representación de la política construida por intelectuales y fundada en una lectura errada? Probablemente se exageró el nivel de cerramiento institucional pero, sin duda, las capas radicales encontraron en el Frente Nacional una base legitimadora para las acciones insurgentes”<sup>278</sup>.

Para el caso español, la cuestión sobre las condiciones políticas internas que favorecieron el surgimiento de ETA parecerían claras, dado el régimen dictatorial del franquismo, pero siguiendo a Gurutz Jáuregui nos podemos plantear:

“He afirmado, al comienzo de este trabajo que en el surgimiento de ETA intervinieron dos factores: la ideología nacionalista y el franquismo. Si esto es así, ¿cómo es posible que, casi veinticinco años después de la muerte de Franco, la violencia siga manteniendo profundas raíces en el seno de la sociedad vasca?

Resulta realmente difícil otorgar una respuesta definitiva a esta pregunta. Durante mucho tiempo he considerado que, dado su carácter político, las claves necesarias para la comprensión –y posible solución- de la violencia política en Euskadi se hallaban en la teoría política. Frente a esta idea, muy extendida por cierto, cada vez estoy más persuadido de que la comprensión adecuada de este complejo asunto no depende tanto de la teoría política cuanto de

---

<sup>278</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 118.

otras ramas del conocimiento científico tales como la psicología social, la antropología simbólica, etc.”<sup>279</sup>.

Tal vez por estas razones, nos encontramos nosotros en esta tesis doctoral haciendo inmersiones en otras disciplinas sociales que ayudan a completar el cuadro de análisis del fenómeno de la violencia política armada en Colombia y España. Con las últimas citas podemos comprobar como esas causas políticas internas o el bloqueo del sistema político a otras alternativas, van cediendo lugar a las percepciones y representaciones sociales que tienen algunos actores radicalizados de esos regímenes políticos: Franquismo y Frente Nacional. Estos últimos hacían “efectiva” en las representaciones sociales, esa falta de democracia, que algunos actores invocan para recurrir al uso de la violencia armada como recurso para la transformación política:

“El franquismo hace bueno, con su actuación, el mito de la ‘ocupación’. De este modo se va a convertir en un mito que trasciende la realidad y la persistencia del propio franquismo entendido como régimen político concreto. Para el nacionalismo en general, y para ETA en particular, el franquismo representa algo más que un régimen autocrático sin libertades. Supone la simbolización de esa ‘ocupación’ extranjera. Así, el franquismo adquiere, en el imaginario colectivo nacionalista y, particularmente, en el seno de ETA, la categoría de mito necesario. Un mito que pueda permitir generar una respuesta a su vez mítica: la de que, frente a la ‘ocupación extranjera’, sólo cabe el recurso a las armas.

De lo que acabo de indicar se desprende claramente que a lo largo de su historia, ETA ha planteado el recurso a la violencia no tanto en términos de eficacia real cuanto, como dice Aranzadi en la obra antes citada, en términos mágicos, no racionales. ETA no se plantea si la lucha armada es el medio más eficaz para la consecución

---

<sup>279</sup> Gurutz Jáuregui, “ETA: orígenes y evolución ideológica y política”, óp. cit., p. 267.

de sus objetivos. Es, simplemente, la respuesta. Se produce, así, una fe en la eficacia mágica de la violencia *per se*. La violencia pasa, así, de ser un medio a convertirse en un fin prácticamente único y exclusivo”<sup>280</sup>.

Vemos como, poco a poco, nuestro análisis de los factores políticos se va cruzando con otro factor, los imaginarios o representaciones colectivas de los actores y militantes. Entendiendo estas últimas como un factor político por sí mismas, por su capacidad de construir lo social y político (pero de este tema nos dedicaremos en otro capítulo). El interrogante que surge y lo plantea adecuadamente José Manuel Mata es “cómo el movimiento ha sido capaz de mantener representaciones de la realidad política que fueron generadas en otro contexto y, sobre todo, cuáles son los factores que sustentan la posibilidad de reproducción de dichas visiones”<sup>281</sup>. Tal vez los errores cometidos con el terrorismo de Estado en la Transición y los años ochenta (GAL, etc.) por los gobiernos democráticos en España y la ceguera del nacionalismo vasco radical (y en alguna medida también del tradicional), pueden ayudar para encontrar esta explicación. En definitiva y con una mirada histórica podemos sostener la afirmación que: “El franquismo constituyó, como bien señala Aranzadi (Juan Aranzadi y otros, *Auto de terminación*, Madrid, 1994), más una condición que una causa de la violencia etarra”<sup>282</sup>.

Con todo lo anterior podemos afirmar que la violencia política armada es un factor decisivo que expresa las crisis políticas del país, crisis provocadas esencialmente por la poca legitimidad del Estado en algunos sectores sociales. Pero

---

<sup>280</sup> *Ibíd.*, p. 268.

<sup>281</sup> José M. Mata López, *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, EHU/Universidad País Vasco, Bilbao, 1993, p. 158. En esta obra el autor analiza las redes sociales que apoyaron el Nacionalismo Vasco Radical, a partir del estudio de los discursos, las expresiones colectivas, el papel de la Iglesia Vasca, la presencia del Estado y la organización interna del Movimiento Vasco de Liberación Nacional (MLNV).

<sup>282</sup> Gurutz Jáuregui, “ETA: orígenes y evolución ideológica y política”, *óp. cit.*, p. 267.

también crisis o conflictos derivados de la ausencia del monopolio de la fuerza o de la persistencia de poderes locales o regionales que se enfrentan a la centralización del Estado-nación. Si bien estos elementos pueden ser comunes en contextos tanto europeos como latinoamericanos, es importante hacer los siguientes matices con Peter Waldmann y Fernando Reinares:

“Estos tienen que ver con la posición del Estado en las dos regiones del mundo, así como con los diferentes objetivos de la violencia colectiva en ambos lados. En lo que concierne al primer punto, no cabe duda de que el Estado latinoamericano es por lo general más frágil y débil que el europeo. La explicación reside en la diferente estructura geográfica y poblacional de ambas regiones, así como en su diferente evolución histórica y los variados niveles de desarrollo socioeconómico. En Europa, el Estado había logrado ejercer un control efectivo sobre su territorio para el siglo XIX, mientras que buena parte de los actuales Estados latinoamericanos gozan tan sólo de una soberanía parcial a este respecto. Sus fuerzas de seguridad y su administración llegan solamente a las partes céntricas del territorio nacional y a los grupos que en ellas residen, pero restan vastas zonas, a menudo de difícil acceso pero otras veces ubicadas en los suburbios desfavorecidos de áreas urbanas, en las que las autoridades estatales están prácticamente ausentes. El vacío de autoridad es así ocupado, de manera alternativa, por grandes terratenientes, caciques locales, cárteles de droga, grupos guerrilleros o bandas de delincuentes.

En Europa es imposible, hoy en día, desarrollar una guerra de guerrillas contra el gobierno, salvo en algunas zonas periféricas de los Balcanes. Faltan selvas y montañas de difícil acceso, espacios geográficos donde los eventuales rebeldes encontrarían refugio y las bases para segmentar territorialmente el poder. Por ello, en la Europa contemporánea cualquier serio conflicto interno ha tendido, una vez producidas expresiones violentas, a adoptar la forma de masivos enfrentamientos abiertos o de terrorismo. En cambio, en la

experiencia de América Latina, una serie de organizaciones rebeldes han podido establecerse y fortalecerse en algún rincón de sus respectivos países, constituyendo en cierto modo una autoridad paralela, dualizando la estructura de poder”<sup>283</sup>.

La búsqueda de la comprensión de los factores políticos internos que permitieron el surgimiento y consolidación de los movimientos insurgentes en Colombia y España, tiene la pretensión de que ello puede ayudar a entender, en gran medida, la evolución posterior que siguieron. Muchos autores han introducido al Estado como actor principal de la sociedad contemporánea<sup>284</sup>, éste es indispensable para pensar los conflictos e imprescindible en su resolución. Y es que las luchas sociales seculares, sean estas de clases, étnicas, de género, etc., se resuelven en última instancia en el nivel político de una sociedad, es a través del sistema político y del Estado que se fundamentan las formas que toman las relaciones de poder (económicas, sociales o culturales). Por tanto hay legitimidad del Estado y consenso político cuando la mayoría de los grupos y actores sociales tienen posibilidades de canalizar sus reivindicaciones dentro del marco del Estado, y entonces la coerción

---

<sup>283</sup> Peter Waldmann y Fernando Reinares (Comp.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 315-316. Los autores buscan comparar contextos de conflictos de alta y baja intensidad en Europa y América Latina, llegando a la conclusión de que hay tres factores que propician estos conflictos: El hecho de que el Estado disponga o no del monopolio de la fuerza, la existencia de graves tensiones estructurales y cambios rápidos que generan modificación de las relaciones de fuerza en una sociedad.

<sup>284</sup> La bibliografía es muy extensa pero podemos destacar el libro de Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Alianza Editorial, Madrid, 1992; Tilly recuerda en su prefacio a la edición española que “la experiencia europea de formación del Estado, si se entiende adecuadamente, clarifica lo que caracteriza a América Latina; y, en buena medida, la gran autonomía de que han gozado los jefes militares y los grandes terratenientes en gran parte de este continente. En el sistema latinoamericano de Estados, vemos aún los cadáveres decapitados de los imperios ibéricos”. También el libro de Michael Mann ha sido uno de los mayores esfuerzos por analizar los estados con una perspectiva de larga duración: *Las fuentes del poder social*, Alianza Editorial, Madrid, 1991. También es interesante consultar el capítulo de Norbert Elias, “La génesis social del Estado”, en *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, F.C.E., México, 1994, (1ª ed., 1977). Para profundizar en el estudio del Estado-nación en América Latina se puede consultar: Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1969; Norbert Lechner (ed.), *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1981; Frederick Sturton Weaver, *Class, State and industrial structure. The historical process of South American Industrial Growth*, Greenwood Press, Connecticut, 1980.

pasa a un segundo plano, aunque nunca desaparece del todo. Pero en algunas circunstancias el Estado no ejerce de mediador entre los intereses particulares de los grupos sociales, y defiende los intereses de un grupo en detrimento de otros. Esto se traduce en una crisis de legitimidad del Estado frente a los sectores perjudicados y que en algunos casos como en el franquismo o el Frente Nacional en Colombia, se traduce en un intento por reducir los “canales” políticos para mantener los privilegios de unos sectores sociales en detrimento de otros. Lo que lleva a un aumento en la acción política violenta de aquellos grupos sociales que no son representados o que se autoexcluyen del sistema político. En este momento, quien queda por fuera del régimen político presiona con la violencia y quienes sí se sienten representados por ese Estado, presionan a este último y a sus instituciones armadas para que defiendan sus intereses. La coerción entonces juega un papel fundamental dentro del ámbito de lo político, y estamos camino de la represión político-social y de la elipse de violencia:

“Determinado por la concepción de orden subyacente en la visión estatal, el conflicto en Colombia históricamente se ha interpretado como un estado de perturbación contra la organización armónica y equilibrada de la sociedad, es decir, como algo anormal - antisocial- con causas metasociales que deben ser eliminadas mediante el recurso de la violencia. La violencia generada por el afán de conservación del orden tiene como actores centrales a los organismos de seguridad del Estado y a los organismos paramilitares.

(...) De esta manera, como consecuencia de su fragmentación y respondiendo a la estrategia de guerra que desarrolla el Estado en la concreción de un orden autoritario y excluyente, una parte de lo marginal -(...)- pretende integrarse militarmente a la sociedad, reduciendo la posibilidad de construcción de una sociedad alternativa a sus propias acciones armadas.



La violencia se constituye en el instrumento a través del cual lo social, como marginalidad, intenta superar su estado de exclusión a partir del choque y la negación que hace del Estado y del proyecto de orden que éste intenta instaurar. La violencia para la participación o sustitución social es, de este modo, una modalidad concreta de acción de los sujetos constitutivos de los espacios excluidos y ella se ejerce, fundamentalmente, a través de las organizaciones guerrilleras<sup>285</sup>.

La profunda crisis de legitimidad del Estado colombiano en algunas regiones y ante diversos grupos sociales, unida a la inexistencia de un marco común de identidad colectiva ligada al propio Estado, configuró un estado permanente de conflicto que escasamente mediatizado por las instituciones, ha estallado en una situación generalizada de violencia y de desinstitucionalización de las relaciones sociales entre los individuos y grupos de la comunidad: “Son el quebrantamiento de las regulaciones institucionales y la pérdida de credibilidad del orden legal los que abren el campo a la violencia generalizada”<sup>286</sup>. La violencia, la guerra, el recurso a la fuerza se acaba convirtiendo en un “mecanismo y medio de articulación social”<sup>287</sup>. La combinación de bloqueo del sistema político colombiano, la autoexclusión permanente de la izquierda y su recurso recurrente al uso de las armas, son el contexto permanente de la segunda mitad del siglo XX en Colombia. Como afirma Eduardo Pizarro:

“Colombia, debido a múltiples factores, vio frustrada durante décadas la formación de un renovador “tercer partido” y cómo languidecían todos los intentos de conformar un polo de izquierda democrática. En efecto, el campo de la izquierda fue prácticamente copado a partir de los años sesenta por los grupos alzados en armas

---

<sup>285</sup> Manuel A. Alonso, *óp. cit.*, pp. 119-120.

<sup>286</sup> Daniel Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, *óp. cit.*, p. 12.

<sup>287</sup> Manuel A. Alonso, *óp. cit.*, p. 152.

(...) Sin duda esta experiencia tiene sus raíces en la Violencia que desvertebró por años al movimiento obrero y popular organizado, y redujo durante los años cincuenta al Partido Comunista a unos débiles núcleos, tanto rurales como urbanos, imbuidos de una mentalidad conspirativa. Esta situación se vio acrecentada debido a la percepción del carácter cerrado del Frente Nacional y ante todo, a la expansión de la “guerra fría tardía” por todo el continente, a consecuencia de la Revolución Cubana. El surgimiento de la primera revolución socialista en el Hemisferio Occidental, la cual generó una convulsión revolucionaria y antiimperialista en vastas capas de la población, cambió en forma radical el panorama político de América Latina. El continente se polarizó. Para unos, la Cuba de la Primera Declaración de La Habana aprobada en septiembre de 1960, encarnaba la “tierra prometida”: la revolución había dejado de ser un sueño improbable. Para otros, agrupados en torno a la Alianza para el Progreso, tal amenaza era un reto insoportable”<sup>288</sup>.

Es así como en Colombia se fue entrecruzando cada vez más la política y la guerra, lo político-social y la violencia, en un huracán de terror que irradia todo el campo social, desde lo público a lo privado. La violencia y la guerra se convirtieron en una estrategia de exclusión, de supervivencia, de rechazo al reconocimiento político del otro; el fusil sustituyó a la palabra y las armas se convirtieron en el sucedáneo de la política, ¿o es la política la que es un sucedáneo de las armas en Colombia? Leopoldo Múnera nos permite responder el interrogante:

“Desde la independencia hasta la constitución del Frente Nacional y como consecuencia de la polarización entre el liberalismo y el conservatismo, la violencia entró a formar parte de la política colombiana. Gonzalo Sánchez recuerda que en el siglo XIX, después de los catorce años de la Guerra de Independencia, siguieron ocho

---

<sup>288</sup> Eduardo Pizarro, *Las FARC (1949-1966)*, óp. cit., pp. 203-204.

guerras civiles generales, catorce locales, dos guerras internacionales con Ecuador y tres golpes de cuartel, y en el siglo XX, numerosos levantamientos locales, una guerra con el Perú y la Violencia de las décadas del cuarenta y del cincuenta. Sin conocer la afirmación de Clausewitz, de acuerdo con la cual la guerra es una parte de las relaciones políticas y antes de que esta noción se volviera un lugar común en nuestras ciencias sociales, los partidos tradicionales, llevados por su vocación bélica, la convirtieron en práctica social. No obstante, reemplazaron el término guerra con el de violencia e incluyeron dentro del juego político la búsqueda permanente del reconocimiento social para realizar una gran diversidad de acciones armadas”<sup>289</sup>.

Tal vez detrás de este recurso permanente a la violencia y la guerra, suena el eco de las palabras de uno de los padres de la Independencia, José Martí cuando afirmaba en una de sus máximas que: “Es criminal quien en un país promueve la guerra que se puede evitar y quien deja de promover la guerra inevitable”<sup>290</sup>.

---

<sup>289</sup> Leopoldo Múnera, *óp. cit.*, pp. 134-135.

<sup>290</sup> Esta máxima la recuerda un dirigente del ADO (AutoDefensa Obrera) cuando se le pregunta por qué escogieron el camino de la lucha armada. Tomado de Arturo Alape, *óp. cit.*, p. 334.

## **4.2. COLONIZACIÓN AGRARIA Y AUSENCIA DEL ESTADO: CAMPESINADO Y SURGIMIENTO DE LA GUERRILLA**

En esta parte de la investigación, indagamos sobre la relación entre el surgimiento y consolidación de la violencia política armada en Colombia y los problemas históricos del agro colombiano, especialmente el tema de la propiedad de la tierra y de las fronteras de colonización del país. La cuestión agraria ha sido un factor destacable de la historia de Colombia, tanto por la importancia que el sector agrario ha tenido en la economía colombiana, como por la riqueza de sus suelos y subsuelos. En la presentación del libro titulado *Estado, sociedad y campesinos*, Jaime Eduardo Jaramillo nos introduce en la profundidad del “problema agrario”:

“Los seculares problemas no resueltos del campo colombiano (concentración de la propiedad fundiaria, con las secuelas de formas arcaicas de trabajo, latifundismo y estancamiento de la producción agrícola; como contraparte, proliferación del minifundio y de los campesinos sin tierra, pobreza y escasa productividad campesina), así como los nuevos problemas planteados, en especial, por las formas desequilibradas y violentas que asumirá el desarrollo de un nuevo sistema de producción, de asociación y de vida, el capitalismo, comprometen el futuro del Estado y de la nación colombiana, en lo que se refiere particularmente a las condiciones de un desarrollo económico más armónico, a la generación de nuevas

formas de sociabilidad y consenso y a la creación de una sociedad más igualitaria, justa y segura”<sup>291</sup>.

Por lo tanto, el debate sobre el tema agrario en Colombia nos introduce cuestiones sobre el tipo de formación de sociedad y las formas de cohesión social, la construcción del Estado y los tipos de representación social y política, así como las formas de reivindicación, la relación entre las zonas de colonización y el surgimiento de los grupos armados, etc. También plantea interrogantes sobre el “potencial revolucionario” del campesinado<sup>292</sup> colono de la frontera agraria y el papel del Estado en estas sociedades “en proceso de construcción”. La coincidencia histórica

---

<sup>291</sup> Jaime Eduardo Jaramillo, *Estado, sociedad y campesinos*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1988, p. 9.

<sup>292</sup> Recordemos que la mayoría de las revoluciones del siglo XX fueron llevadas a cabo en lugares donde había una alta población rural y que fueron estos sectores los que apoyaron la consolidación de esas experiencias revolucionarias. Tal vez una de las excepciones más destacada sea la revolución iraní. El debate sobre el potencial revolucionario del campesinado ha sido extenso en las ciencias sociales en las últimas décadas, más nosotros sostenemos que más que estudiar si los campesinos son o no revolucionarios; lo importante es analizar las circunstancias históricas y los contextos que propician que se hagan revolucionarios. Sobre por qué los campesinos se rebelan, ha habido dos posiciones esenciales: Por un lado, los que ponen el acento en las condiciones materiales del campesinado y en la “crisis de subsistencia” que lleva a la revolución campesina; y por otro lado, los que centran su análisis en la estructura de la propiedad de la tierra que conduce a esa situación revolucionaria. James C. Scott (*The moral economy of the peasant: rebellion and subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven, 1976) retomando la categoría de Hobsbawm de la “economía moral de la multitud”, argumenta que existe un principio moral que lleva a los campesinos a movilizarse cuando ven amenazada su subsistencia. Este factor subjetivo es muy difícil de demostrar empíricamente y, tal vez para el caso colombiano, sea conveniente mantener la argumentación de Theda Skocpol (*States and social revolutions*, Cambridge University Press, New York, 1979) y Samuel L. Popkin (*The rational peasant: the political economy of rural society in Vietnam*, University of California Press, Berkeley, 1979) que sin olvidar la situación socio-económica del campesinado, abogan por incidir más en su entorno político. Por otra parte, los que centran su investigación en estudiar la variable de la estructura agraria, intentan descubrir qué estructura agraria es más propicia a la rebelión y qué grupo campesino es más propenso a la movilización social. Para algunos autores como Jeffery Paige (*Agrarian revolution: social movements and export agriculture in the underdeveloped world*, Free Press, New York, 1975) son los campesinos sin tierras y asalariados los más propensos a la revolución porque no tienen nada que perder. Frente a esta postura, Scott y Eric R. Wolf<sup>292</sup> (*Peasant wars of the twentieth century*, Harper and Row, New York, 1969) abogan por ver a los pequeños propietarios como instigadores de la revolución social; en Colombia esta figura se podría asimilar con el colono de las zonas de colonización, sujeto habitual que ha apoyado la propuesta de las organizaciones armadas en el país, es el caso de la mayoría de militantes de las FARC o el ELN. Para Theda Skocpol esta controversia sobre el tipo de campesinos y sus inclinaciones revolucionarias es demasiado estrecha y la realidad demuestra que tanto asalariados como pequeños propietarios pueden rebelarse cuando la situación política es propicia a ello. Por su parte Timothy Wickham-Crowley (óp. cit.) cree que el apoyo campesino es una condición necesaria, mas no suficiente para el éxito de los grupos revolucionarios.

de la geografía de la violencia armada con el mapa de las zonas de frontera agrícola, nos muestra la necesidad de indagar su relación para el caso estudiado del surgimiento del ELN. Así esta coincidencia nos plantea la cuestión sobre el papel que la no resolución de los problemas estructurales e históricos del agro tuvo con el surgimiento y la persistencia de formas armadas de lucha. Creemos por ello, que el estudio de la propiedad de la tierra y su respectivo uso se convierten en una de las claves para descifrar el tema de la violencia política armada. Sobre la importancia de este asunto para la inteligibilidad de la sociedad colombiana, Ingrid J. Bolívar afirma:

“El conflicto agrario se constituye en uno de los indicios del tipo de integración territorial y social de una zona específica con la política nacional. El conflicto agrario participa de varias maneras en las relaciones entre las esferas políticas local, regional y nacional. Contrario a lo que suele creerse, el conflicto agrario no es un problema de sociedades locales, sino que revela la forma que toman distintas problemáticas del orden nacional. Los conflictos agrarios expresan un tipo específico de relaciones entre el campo y la ciudad, entre el estado central y las regiones, y entre las distintas fuerzas productivas”<sup>293</sup>.

El conflicto agrario y la lucha por los recursos del suelo o del subsuelo colombiano, han sido muy marcados sobre todo en aquellos territorios de reciente colonización o “fronteras” de colonización; donde la indeterminación de la propiedad de la tierra habitualmente fue fuente de constantes luchas. Recordemos que Colombia como Brasil todavía son países de fronteras agrícolas abiertas, zonas que reciben colonos que van “domesticando” la selva e incorporando estos territorios a

---

<sup>293</sup> Ingrid J. Bolívar, *Violencia política y formación del Estado*, óp. cit., p. 84.

los mercados, al Estado, etc. Manuel A. Alonso define estos procesos de colonización como: “Una modalidad de producción particular por medio de la cual se integran nuevas tierras al espacio del mercado, y como una forma de subsistencia para un grupo amplio de individuos”<sup>294</sup>.

Por otro lado, los constantes conflictos armados en Colombia durante los siglos XIX y XX, han sido un elemento constante que dinamizó los procesos de colonización en el país. La zona de implantación del primer núcleo del ELN, el Magdalena Medio, se puede catalogar como territorio de colonización reciente, de disputa por la tierra y violencia, región receptora y expulsora constante de colonos. La guerra y la violencia desplazan a la población a otras zonas distintas a donde residían anteriormente, y ésta llega a establecerse a los cinturones de miseria de las ciudades o a otras áreas colonización, que suelen ser también lugares de disputa armada y guerra. El torbellino de violencia y colonización está servido y el colono queda atrapado en él. Como plantea Manuel A. Alonso:

“El conflicto agrario, entendido como el enfrentamiento de dos o más sectores sociales que se disputan la posesión de la tierra, se inscribe históricamente en zonas de colonización como la región del Magdalena Medio, dentro del ciclo ‘migración-colonización-conflicto-migración’, descrito por Darío Fajardo. La colonización, como proceso de expansión de la frontera agrícola, está signada en Colombia por el fenómeno de la violencia. (...)”

La región del Magdalena Medio se define como un espacio de colonización cerrada, dentro del cual, el eje de pervivencia histórica del proceso cíclico de colonización es la constante descomposición de la economía campesina de subsistencia -como consecuencia de la expansión latifundista, la pauperización de los colonos y el desarrollo de la agroindustria-, y la expulsión de los agentes de la

---

<sup>294</sup> Manuel A. Alonso, óp. cit., p. 27.

colonización hacia nuevos baldíos ubicados en la periferia de la frontera”<sup>295</sup>.

Estos colonos desposeídos de sus propiedades, desarraigados de sus entramados sociales y económicos, y con un estatus de ilegalidad (pues colonizan tierras baldías sin títulos de propiedad) son sujetos sin gobierno y sin Estado, “carne de cañón” de los distintos actores armados ilegales que pueden permitirles acceso a ciertos bienes materiales, justicia privada, etc. Además, después de la época de la Violencia y las famosas “repúblicas independientes” y durante el Frente Nacional, los colonos y las zonas de colonización se identificaron habitualmente por parte de los gobiernos y de las élites del país, como territorios subversivos donde toda la población apoyaba a las distintas guerrillas y estaban en contra de la autoridad del Estado. Esto trastocó la relación habitual entre el Estado y los colonos-ciudadanos, ya que ésta estuvo mediada esencialmente por el papel de las fuerzas de seguridad; el resultado fue una escalada mutua de desconfianza y resentimientos.

Esta situación se agravó por la lucha constante entre los grandes propietarios de tierra y los colonos, ya que los primeros ampliaron sus producciones ganaderas extensivas normalmente a expensas de sus vecinos, los pequeños propietarios; recordemos que el enfrentamiento entre latifundios y minifundios parece ser otra constante histórica en Colombia. En el momento de surgimiento del ELN, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, se pueden

---

<sup>295</sup> *Ibíd.*, p. 69.



diferenciar varios tipos de situaciones sociales dependiendo de la estructura de propiedad de la tierra<sup>296</sup>:

1) La mayoría de la superficie agraria del país correspondía a las zonas más planas, donde predominaba el latifundio ganadero, especialmente en los valles interandinos de los ríos Magdalena y Cauca, los llanos orientales y la costa atlántica. Esta estructura agraria señorial y atrasada, que utilizaba poca mano de obra y en situaciones semif feudales, empezó a cambiar en los años sesenta con la introducción de cultivos agroexportadores como la caña de azúcar, algodón, caña de azúcar, etc., y esta capitalización del agro necesitó de trabajadores asalariados.

2) La otra gran zona era las regiones montañosas andinas, tanto de la cordillera oriental como occidental, donde en las vertientes abundaban las explotaciones de café, base de la economía de Colombia en la época y fuente de sostenibilidad de miles de familias campesinas. En estas zonas predominaba la pequeña explotación familiar, que aseguraba su sostenibilidad además de con el café, con alimentos de “pan coger”: maíz, papa, frijol, etc. En estas zonas andinas existía un fuerte predominio del minifundio, cobijaban a la mayoría de la población del país, y además tenían un alto crecimiento demográfico, por ello eran propensas a expulsar población.

Estas dos zonas de predominio de latifundio y de minifundio respectivamente, mostraban las dos caras del agro colombiano de la época, así como la relación clara entre la estructura de la propiedad de la tierra en el país y la situación de pobreza de la mayoría de la población; este contexto se convirtió en fuente constante de conflictos sociales y políticos. Este enorme desequilibrio en la

---

<sup>296</sup> Para profundizar en este argumento, consultar el artículo de Gonzalo Sánchez, “Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones”, en *Análisis Político*, n° 6, Iepri-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1989.

propiedad de la tierra se reflejaba en las cifras<sup>297</sup> de 1960, donde el 5,7% de las propiedades tenían el 70% de la extensión agrícola del país, a lo que había que añadir que además estas tierras eran las más productivas. La extensión media de esta gran propiedad era de 250 hectáreas, pero un mismo propietario o familia podía tener varias haciendas; incluso en algunas zonas de la costa atlántica o pacífica era fácil encontrar propiedades de más de 2.000 hectáreas. Por otro lado, el 64,1% de las propiedades ocupaban el 5,5% del área cultivada del país, este era el reino del minifundio y del campesinado que con su familia se encontraban al borde de la subsistencia. Por último, la propiedad intermedia representaba el 30,2% de las fincas y ocupaban el 24,5% del área agrícola del país. Este tipo de distribución de la propiedad de la tierra fue importante para generar un contexto necesario que facilitó el impacto de las “nuevas” formas de resistencia al proyecto de la élite terrateniente colombiana, aunque como plantea Eduardo Pizarro:

“Tales estructuras definen los tipos de relaciones sociales y de poder prevaletes en las áreas rurales y las formas mediante las cuales ciertos sectores del campesinado son sometidos a la dominación por parte de las clases dominantes rurales. Sin embargo, las estructuras agrarias y las concomitantes relaciones de dominación, por sí mismas, no pueden dar cuenta de la súbita emergencia de actividades revolucionarias por parte de los campesinos. Estructuras agrarias basadas en el predominio del latifundio sobre las economías de subsistencia campesinas o indígenas han existido en toda América Latina por mucho tiempo, sin que hayan producido grandes sublevaciones en el continente. De tal manera que, aparte de este determinante estructural, deben encontrarse otras variables que afectan al campesinado y que pueden

---

<sup>297</sup> Los datos han sido tomados del interesante artículo de León Zamosc, “Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia: un balance retrospectivo (1950-1990)”, en *Análisis Político*, n° 15, enero-abril, Iepri-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1992, pp. 35-66.

explicar la emergencia de insurgencias, rebeliones o actividades revolucionarias”<sup>298</sup>.

Indaguemos pues otros factores, como la estrecha relación histórica entre la propiedad de la tierra y los recursos naturales con el sistema político colombiano. Colombia, como país tropical, se caracteriza por la riqueza de suelos y subsuelos, por lo que la actividad agrícola ha sido fundamental para la constitución de su sociedad y el desarrollo del país. Los distintos intereses frente al sistema agrícola determinaron el surgimiento de las principales fuerzas sociales, en especial la forma de organizar la producción agrícola caracterizó la dicotomía entre la hacienda de los terratenientes y la economía familiar parcelaria. La relación entre la tierra y el trabajo determinó las formas de dominio social y político, así los terratenientes intentaron dominar la propiedad de la tierra, lo que les aseguraba las formas de dominación y explotación del campesinado. Este último presionado por la dificultad de expandir su propiedad y la presión de unos índices de natalidad altísimos, se veía obligado a supeditarse a los intereses económicos, políticos y sociales de los terratenientes. Estos contextos sociales y políticos estuvieron atravesados habitualmente por distintos conflictos, que se trasladaron al sistema político colombiano y que lo marcaron profundamente. La hegemonía de los grandes propietarios o terratenientes en la constitución del sistema político colombiano y de los partidos tradicionales en el siglo XIX y XX, permitió que sus intereses marcaran el proyecto de construcción del Estado-nación. Este bloque de poder confeccionó un proyecto político después del proceso de Independencia que les permitió mantenerse como clase dirigente del país. El proyecto político de los hacendados se concretó en la creación de los dos partidos políticos hegemónicos en los dos últimos siglos: Liberal y Conservador. La

---

<sup>298</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 145.

diferencia entre ambos no fueron sus intereses económicos (que eran muy similares) sino la disputa entre la permanencia o no de la organización política heredada de la época colonial. A pesar que estos partidos políticos incorporaron a otros sectores sociales, el sistema político bipartidista se “blindó” y creó los mecanismos necesarios de protección para que la situación política siguiese favoreciendo los intereses económicos de las élites del país. Por lo tanto, el papel del Estado se supeditó más a los intereses de estas minorías que a las mayorías, así “el Estado hacía de convidado de piedra”, como afirma Gonzalo Sánchez:

“Frente al trípede Iglesia-Hacienda-Partidos, el Estado colombiano aparecía, en efecto, como un Estado crónicamente suplantado y por lo tanto como un poder con casi inexistentes solidaridades nacionales. Nada que se pareciera, pues, a un Estado-cerebro regulador del funcionamiento de la sociedad, como el que visualizaba Durkheim; ni a un Estado de corte weberiano en tanto aparato institucional monopolizador de la fuerza legítima, ni a un Estado árbitro de los conflictos sociales, como esperarían otros. Este carácter semiausente del Estado llevaba, en todo caso, a que la política y el problema del poder se resolvieran en la desnudez de la guerra. La matriz de la política, como en la visión clausewitziana de Carl Schmitt, era aquí la relación amigo-enemigo, a la cual se subordinaban eventualmente las demás oposiciones”<sup>299</sup>.

La relación entre la estructura de la propiedad de la tierra y la construcción del Estado-nación ha sido un eje histórico clave de la constitución de los países latinoamericanos. Para el caso colombiano, Fernando Guillén Martínez<sup>300</sup> fue el encargado de mostrar esta continuidad, así él cree que el origen de esta estrecha

---

<sup>299</sup> Gonzalo Sánchez Gómez, “Guerra y política en la sociedad colombiana”, en *Análisis Político*, n° 11, Sept.-Dic., Iepri-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1990, pp. 11-12.

<sup>300</sup> Fernando Guillén Martínez, *El poder político en Colombia*, Planeta, Bogotá, 2ª ed., 1996.

relación se remonta al período colonial y al tránsito de las formas de organización social que tenían las comunidades indígenas a la encomienda; también muestra como el proceso de Independencia no supuso grandes cambios en la relación entre los propietarios de la tierra y las formas de poder durante la nueva república en el siglo XIX. El autor demostró el fuerte vínculo entre el poder económico de los terratenientes y el control oligárquico del sistema político colombiano, concretado este vínculo en formas de clientelismo político que eran la transposición de las formas de relación personales que se establecían en el nivel local entre los hacendados y los campesinos, al ámbito político regional y nacional.

La dificultad de romper estas dinámicas culturales y políticas, que mediaban la participación de la mayoría de la población en los beneficios del Estado a su subordinación a los grandes propietarios de la tierra, aseguró a los hacendados su hegemonía en el proceso de construcción del Estado-nación y del sistema político bipartidista. Este sistema político que mantenía los privilegios de los terratenientes y posteriormente capitalistas, frustró las expectativas de amplios sectores de la población con ese sistema. Ello añadido al uso de las fuerzas de seguridad del Estado para mantener los privilegios cuando otros canales no funcionaban, llevó a mucha población a “los márgenes” de la normatividad, a las fronteras físicas y mentales de la sociedad, zonas que se convirtieron en válvulas de escape de la conflictividad social, en especial las zonas de frontera agrícola como el Magdalena Medio, la selva amazónica, Urabá o los Llanos Orientales. Estos procesos de colonización interna en Colombia fueron habitualmente caóticos, sin presencia del Estado, lo que llevó a formas de organización social ajenas a la normatividad establecida. Estas zonas “sin Dios y sin Ley”, se construían a sí mismas, con todas las dificultades de un proceso no monitoreado por un Estado que con sus aportes ayude al mismo. Por el contrario,

la “ley de la selva” se encargó de ir moldeando esta sociedad, así esos pioneros colonos que con gran dificultad van ganando terreno a la manigua, posteriormente serán presionados por el descenso de la productividad de las tierras, por el aumento demográfico y por los grandes hacendados que buscan extender su latifundio ganadero. Y vuelve a comenzar el ciclo con la expulsión del colono a otras tierras vírgenes. Como plantea Manuel A. Alonso:

“La consolidación del latifundio ganadero fue un elemento decisivo en la descomposición de la colonización. El establecimiento de la ganadería extensiva, a partir de la concentración de las mejoras de los colonos, agotó las posibilidades de desarrollo autónomo y real del minifundio campesino, empujando al campesino hacia la periferia de las haciendas o hacia nuevas tierras baldías”<sup>301</sup>.

Generalmente este conflicto económico y social comienza con la llegada del colono para roturar tierras vírgenes con ayuda de su familia, por ello el número de integrantes es tan importante y la natalidad tan alta. Pero el paso de los años no sólo trae el incremento del número de miembros de la familia, sino también la pérdida de rendimiento de las tierras por la explotación intensiva y la imposibilidad de comprar y utilizar fertilizantes químicos, etc. La dificultad de capitalización de estas pequeñas mejoras campesinas impide también que aumente su productividad, a ello se une la lejanía a los mercados y la falta de vías de comunicación. Estas dificultades económicas ponen a estos colonos en manos de otros campesinos medianos que sí han conseguido romper este círculo, o habitualmente son presas de las ambiciones de terratenientes que quieren expandir sus explotaciones ganaderas (recordemos que en estas sociedades el “ahorro agrícola” suple la inexistencia o las

---

<sup>301</sup> Manuel A. Alonso, óp. cit., p. 40.

reticencias al sistema financiero, y se concreta en la acumulación de cabezas de ganado). Pero la ganadería extensiva sólo puede expandirse a partir de ir aumentando el número de hectáreas de tierra de sus propietarios. Así esta forma de “acumulación primitiva de capital” a partir de cabezas de ganado se realiza a costa de la producción agrícola, lo que incrementa la presión sobre la propiedad de la tierra y sobre los residentes de las zonas aledañas a las grandes haciendas; además este tipo de explotación extensiva ganadera (una vaca por dos hectáreas de tierra) no incorpora a los campesinos desposeídos ni mucha mano de obra. Este proceso económico de acumulación de recursos que en principio es legítimo, en Colombia ha estado marcado históricamente en muchas ocasiones por el despojo violento de los pequeños propietarios por los grandes terratenientes (recordemos que actualmente existen tres millones de personas desplazadas violentamente en el país). Como plantea Jaime E. Jaramillo:

“Compra a bajos precios de sus tierras a campesinos sin recursos de capital para explotarlos adecuadamente; *boleto* y, muchas veces, emigración forzada por la acción de grupos armados que, lo menos que puede decirse, es que cuentan con la complicidad de los grandes propietarios o de algunos representantes del poder regional; imposibilidad de lograr el reconocimiento de sus títulos de propiedad a los campesinos colonos, represión a todo intento de organización política o sindical autónoma, son todas ellas formas de una sangrienta *acumulación primitiva permanente* que reproduce así, el ciclo infernal del pequeño campesino: colonización-emigración-colonización”<sup>302</sup>.

---

<sup>302</sup> Jaime Eduardo Jaramillo, *Colonización, coca y guerrilla*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1989, pp. 159-160.

Estos procesos de colonización y los conflictos en las zonas de frontera agrícola del país se caracterizaron por la ausencia casi total de la mediación del Estado y porque su resolución en muchos casos fue determinada por el uso a la violencia armada. Esta expansión de la “civilización” a los márgenes del país creó nuevos espacios de sociabilidad, marcadamente aislados, generalmente por la falta de vías de comunicación. Surgieron agrupamientos aislados de colonos, precarios en su comienzo pero que poco a poco van configurando redes de poder sociales, una economía semi-autárquica, etc. Estas agrupaciones sociales crecen semiaisladas del resto del país y con una pobre institucionalización de las relaciones sociales por parte del Estado. Como afirma Jaramillo, esto implica “un proceso de generación espontánea, conflictiva y no regulada, de relaciones laborales y sociales...”<sup>303</sup>.

Esta ausencia o debilidad crónica del Estado colombiano en amplias zonas del territorio nacional, ha impedido a éste mediar o ser árbitro de muchas confrontaciones sociales, económicas o políticas. La falta de espacios de mediación institucional llevó a que estos conflictos se resolviesen por la fuerza, asimismo la falta de un Estado que “obligue” a buscar esos espacios para la resolución, llevó a la “ley del más fuerte”, donde el vencedor es quien tiene mayor capacidad de presión económica, política y en muchos casos armada. Ante la ausencia o insuficiencia de un poder instituido fuerte, los conflictos personales o entre grupos sociales se resuelven por la fuerza; así siguiendo a Eduardo Pizarro podemos afirmar que:

“El elemento final que hace de este conflicto uno potencialmente violento es el hecho de que el Estado no haya sido capaz de extender su control del territorio hasta estas regiones. En la mayoría de ellas, el Estado se ha mostrado en extremo débil o totalmente ausente, incapaz de hacer valer allí las relaciones legales

---

<sup>303</sup> J. E. Jaramillo, *Estado, sociedad y campesinos*, óp. cit., p.22.



que regulan la propiedad. Como consecuencia, los conflictos sobre la propiedad de la tierra en la mayoría de estas regiones se resuelven en una suerte de ´estado de naturaleza` hobbesiano, por la fuerza. En estos casos, las guerrillas actúan como una especie de ´Estado en embrión`, resuelven conflictos y regulan las relaciones de propiedad, es decir, desempeñan funciones estatales que el propio Estado no ha querido o no ha podido cumplir. En algunas zonas, como subraya Pierre Gilhodés en sus estudios, el Estado o ha permanecido ausente o sólo ha tenido una ´presencia traumática`, reducido a un simple aparato de coerción a través de las fuerzas armadas, y en general en beneficio exclusivo de los terratenientes. En ambos casos, las guerrillas establecen una relación de beneficio mutuo con los colonos: su respaldo se intercambia por protección contra los terratenientes o contra el Estado mismo, el cual se ha aliado en forma unilateral con uno de los sectores en conflicto o ha reducido su presencia al simple ejercicio de la fuerza”<sup>304</sup>.

Después de los intentos de reforma agraria en la década de los treinta y como resultado de la represión de los cuarenta y cincuenta, los colonos empezaron a desconfiar del Estado; el cual ya no fue percibido como ineficiente o débil, sino simplemente como un enemigo aliado de los terratenientes. Por lo tanto, lo que el colono requería era defenderse del Estado y de sus fuerzas de seguridad, conformando autodefensas campesinas y propiciando fenómenos de colonización armada. Cogieron las armas para defenderse de las propuestas armadas de los terratenientes, del ejército y la policía. Por lo tanto, la parcialidad del Estado dificultó que estas regiones de frontera y colonización se integrasen a la normatividad del resto del país, y la conflictividad armada a su vez en estas regiones y las luchas entre actores armados dificultó la presencia de otras instituciones del Estado que no fuese

---

<sup>304</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit. Pp. 163-164.

el ejército. Claro que hay otras dimensiones de este tipo de presencia o ausencia del Estado y de sus responsabilidades, como nos recuerda el sociólogo chileno Iban de Rementería:

“Con respecto a lo económico, la ausencia del Estado en el desarrollo de infraestructura vial, de regadío, energética, de comunicaciones, de mercadeo y comercialización, servicios de salud y educación, crédito y tecnificación agrícola, no tan solo es la causa del desarrollo distorsionado de la región de colonización, como ya se explicó, sino que además esta ausencia económica del Estado inhibe su presencia fiscal, ya que un Estado que nada aporta a la región no tiene legitimidad para recaudar impuestos allí. O, desde otra perspectiva, en la medida en que el Estado no puede o no quiere ejercer allí su acción económica y jurisdiccional. Pero, en lo concreto, la no-acción fiscal del Estado en la región beneficia a los grandes propietarios ganaderos, para quienes la carencia de infraestructura no afecta mayormente su actividad económica, mientras que la exención fiscal sí los beneficia. En cambio, la carencia regional de una infraestructura que garantice la realización de los productos agrícolas y la falta de servicios y crédito agrario, sí afecta definitivamente el desarrollo de la actividad productiva agraria de los medianos y pequeños agricultores.”<sup>305</sup>.

Si bien en general las zonas de frontera agrícola se caracterizan por ser sociedades conflictivas, ello no supone que en todas ellas exista el tránsito de estos conflictos a la lucha armada. Pero lo que sí parece constatarse es que los conflictos que surgieron por la propiedad de la tierra estuvieron condicionados por este especial proceso de colonización y expoliación. Este conflicto por la tierra se concretó en dos actores principales, por un lado los colonos que quieren defender sus

---

<sup>305</sup> Ibán de Rementería, “Hipótesis sobre la violencia reciente en el Magdalena Medio”, en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (Comp.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, óp. cit., p. 337.

tierras arrebatadas duramente a la selva pero que difícilmente tienen reconocimiento de sus títulos de propiedad por parte del Estado, y por otro lado los terratenientes que buscan apropiarse de esas tierras. Ante la posesión de la tierra de hecho pero no institucionalizada del colono, éste tiene pocos mecanismos de proteger institucionalmente su propiedad, lo que es aprovechado por los terratenientes para aumentar su presión para que abandone las tierras. La posibilidad de defender su propiedad pasa entonces por formas extrainstitucionales, como recurrir a la guerrilla para que proteja su tierra de la ambición de los terratenientes. Así ante el posicionamiento del Estado con los intereses de los grandes propietarios y de la guerrilla con los colonos, se crearon magmas de sociabilidad estatales y otros contraestatales. En estos últimos contextos, para el Estado cualquier tipo de organización campesina o movilización social fue percibida como potencialmente peligrosa y reprimida de forma violenta. Todo ello renovaba de nuevo el ciclo recurrente de colonización-expropiación-emigración-colonización. Como recuerda Jaramillo:

“Estas áreas de “colonización interior” (Urabá, Magdalena Medio), tanto como para las áreas periféricas de colonización de frontera (Llanos Orientales, Amazonia), lo común es la ausencia práctica del Estado en calidad de constructor de obras de infraestructura y como generador de servicios, así como garante de un marco institucional que organice, dentro de ciertos parámetros, las formas de acceso y de propiedad de la tierra, al tiempo que pueda establecer una mínima regulación de las relaciones inter-humanas. Esta situación de vacío institucional supone, al mismo tiempo, la incapacidad del Estado para crear lealtades sociales y políticas cohesionadoras, así como formas de consenso, activo o pasivo, fundamentadas, como se ha dicho, en la prestación de determinados servicios, en la construcción de ciertas obras de infraestructura física

y social, y en el establecimiento de un orden legal que permitan una gradual integración de estas comunidades periféricas a la economía y la sociedad colombianas, una mínima estabilidad de sus derechos adquiridos y una expectativa de normalización y mejoramiento ciertos del nivel y la calidad de la vida de sus habitantes”<sup>306</sup>.

El vacío institucional preparó las condiciones para el surgimiento de “contraestados” y “paraestados”, así se puede constatar como en las zonas donde la institucionalidad está consolidada por parte del Estado, la guerrilla tuvo mayor dificultad para instalarse que en aquellas con vacío institucional, donde ésta puede desempeñar papeles del Estado que le van otorgando legitimidad para los pobladores de estas zonas. Incluso algunos campesinos-colonos percibieron a la guerrilla como un tope a las pretensiones de los terratenientes de absorber sus propiedades. Lo curioso es que esta población fue propensa a transformar rápidamente sus apoyos a otros actores armados, la condición era siempre que éstos les proporcionasen protección y mediasen en los conflictos, o sea ejercieran las funciones del Estado. Por lo tanto, el problema más que en términos de ideología hay que plantearlo como un tema de legitimidad y de un tipo de poder que responda a las necesidades de los colonos y a su seguridad física o jurídica; el apoyo de los campesinos fue a cambio de seguridad para sus integrantes, para sus derechos de propiedad en contra de los intereses de los terratenientes, etc. Como plantea Catherine Legrand:

“La guerrilla cumple el papel del gobierno local donde el Estado está virtualmente ausente. Los núcleos de la guerrilla impiden la expansión de los latifundios a expensas de los colonos (...) La autoridad de la guerrilla -con frecuencia ejecutada severamente contra aquellos que violan sus leyes- es percibida por los colonos

---

<sup>306</sup> J. E. Jaramillo, *Estado, sociedad y campesinos*, óp. cit., p. 160.

como justa y legítima. Corresponde a los intereses del colono y, en un sentido más profundo, a su moralidad”<sup>307</sup>.

La guerrilla rural<sup>308</sup> en Colombia buscó vincularse a las luchas históricas de los campesinos, y sobre todo a las que proponían los colonos, ganando con ello legitimidad ante ellos; además intentó llenar el vacío de autoridad del Estado colombiano en esas zonas. La guerrilla también obtuvo legitimidad suministrando servicios de educación, salud o vías de comunicación, con ello tenía las lealtades políticas necesarias para continuar su lucha revolucionaria contra el Estado. La guerrilla, como verdadero “Estado contra-estado”, reguló la vida de esas comunidades bajo los parámetros que ellos determinaron, ya que tenían el monopolio de la fuerza para hacerlos cumplir. La guerrilla pudo mantener bajo control esos espacios de frontera agrícola dado el aislamiento en que se mantenían con el resto del territorio, especialmente por la ausencia de vías de comunicación, que impedía la presencia estable de instituciones del Estado y que asimismo reducía la capacidad de respuesta operativa del ejército colombiano, recortando su iniciativa táctica que pasaba en esos infranqueables terrenos a la guerrilla. Como consecuencia de todo ello, la presencia del Estado fue muy reducida y como afirma Rementería:

“El Ejército aparece como la única presencia del Estado en la región de frontera, pero éste no está en condiciones de cumplir el papel jurisdiccional y económico fiscal de aquél, no es ni su papel ni su tarea. Su presencia allí era solo militar, de defensa del territorio nacional del Estado frente a la agresión de una fuerza armada

---

<sup>307</sup> Catherine Legrand, “Colonización y violencia en Colombia: perspectivas y debate”, en Absalón Machado Cartagena (Comp.), *El agro y la cuestión social*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994, p. 19.

<sup>308</sup> Para analizar la simbiosis entre colonización y guerrilla se pueden consultar los trabajos de William Ramírez, “La guerrilla rural en Colombia: una vía hacia la colonización armada”, en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 4, n° 2, mayo-agosto, 1981; y Álvaro Delgado, *Luchas sociales en el Caquetá*, Ediciones Ceis, Bogotá, 1987.

considerada exterior o extranjera. Si asumió funciones policivas de mantenimiento del orden público, su acción en la región se reduce a la represión. Esto quiere decir, que para la región de frontera interior la presencia del Estado se manifiesta exclusivamente como represión.”<sup>309</sup>.

Esta realidad de represión y violencia de Estado contra los colonos, a los que se les creía proclives políticamente a la subversión, se enmarcó dentro de la atmósfera de la Guerra Fría y de la lucha antsubversiva contra el “enemigo interno”. Las fuerzas armadas colombianas entrenadas dentro de esta órbita contraguerrillera (recordemos la participación del ejército colombiano en la Guerra de Corea como aliado de EE.UU.), ejercieron su fuerza represora contra los posibles apoyos de la guerrilla (dada la dificultad de enfrentar a un ejército irregular y que se esconde). Influenciados también por los intereses de las clases dominantes rurales, los cuerpos de seguridad utilizaron la violencia indiscriminada contra los pequeños propietarios ubicados en las zonas de conflicto; lo que conseguía el efecto contrario al deseado, ya que los campesinos buscaban la protección de los grupos guerrilleros frente al Estado, lo cual de alguna forma legitimaba a estos grupos y fortalecía sus bases políticas. La lucha por minar los apoyos sociales de otros actores armados se convirtió en una importante estrategia de guerra y puso a la población civil en medio del fuego cruzado como principal víctima del conflicto armado.

Por último, la dificultad del ejército para controlar las zonas como fuerza regular, llevó a éste a un cambio táctico y a participar también como fuerza irregular o auspiciar y proteger a fuerzas paramilitares que también eran apoyadas económicamente por los terratenientes. La precariedad del Estado, el vacío

---

<sup>309</sup> *Ibidem.*, pp. 341-342.

institucional, la dificultad de sus organismos armados para mantener el monopolio de la fuerza y el papel de éstos como fuerza de ocupación “extranjera” en las zonas de colonización, permitió el surgimiento y consolidación de diversos actores armados ilegales. Por lo tanto, a la hora de analizar el surgimiento del ELN se hace necesario estudiar la responsabilidad del Estado, analizar las formas de intervención del Estado en esas zonas de frontera y las modalidades de respuesta estatal a los distintos conflictos que se plantearon en esas sociedades. ¿Por qué la violencia se convirtió en una forma de resolución de los conflictos? ¿Por qué la institucionalidad no consiguió mediar entre los grupos y actores del conflicto? Tal vez las respuestas contrainsurgentes impuestas por la Doctrina de Seguridad Nacional de las claves para resolver estos interrogantes, ya que alejaron mucho más la resolución pacífica y negociada de los conflictos y propicio la adhesión del campesinado a los proyectos insurgentes. Como plantea Catherine Legrand:

“En suma, el primer debate en la literatura reciente sobre la colonización tiene dos dimensiones: una, si los colonos apoyan los diversos movimientos guerrilleros que operan en regiones de frontera y si es así, por qué; la segunda, si el colono es un revolucionario en potencia. Es la pregunta de si los colonos buscan autonomía política y económica de un Estado en el que no confían, o si por su naturaleza necesitan el Estado para la titulación de sus derechos, para el crédito, las vías, etc. Es decir, la pregunta es si los colonos buscan autonomía o más bien buscan una mayor incorporación a la sociedad”<sup>310</sup>.

Nosotros defendemos la propuesta que los colonos o los campesinos en general buscaron incorporarse a una sociedad que les daba la espalda, fue por ello

---

<sup>310</sup> Catherine Legrand, óp. cit., p. 21.

que realizaron acciones (algunas armadas) para visibilizarse y pedir paso en la institucionalidad nacional. Inclusive creemos que la pretensión “real” de algunas organizaciones armadas, en muchos casos, no es tanto derrotar al Estado como llevarlo a una posición de negociación, donde puedan introducir en la agenda nacional temas como la reforma agraria, la mejora de vías, el acceso a mercados de los campesinos, etc., en definitiva la inclusión de las zonas aisladas a la sociedad y al proyecto de Estado-nación. Por lo tanto para mucha población campesina, la violencia armada ha sido históricamente una forma de acceso a la ciudadanía, negado anteriormente por su aislamiento y por las reticencias de las élites del país a los compartir beneficios del Estado. La guerrilla consiguió en parte recoger estos sentimientos e hizo suyas algunas reivindicaciones históricas de los campesinos para conseguir el afecto y la legitimidad ante los sectores que fueron su base social y cantera de militantes. Claro que este proceso ya tenía antecedentes antes de la década de los sesenta, con la estrecha relación que se estableció durante el período de la Violencia entre las guerrillas, la propiedad de la tierra (y más en concreto la disputa por el territorio) y las luchas políticas. En general, las guerrillas liberales de los años cincuenta defendieron las propuestas de los colonos y de los pequeños propietarios frente a los intereses de los grandes hacendados que contaban con el apoyo del ejército, la policía y los chuladitas, verdaderos “bandoleros de los terratenientes”. Como plantea Eduardo Pizarro, esta relación:

“Es la que toma cuerpo en la región del Sumapaz (entre Cundinamarca y Tolima) de amplia tradición de lucha organizada por la tierra. En esta zona latifundista la Violencia asume el carácter de guerra revolucionaria. En este polarizado contexto los bandoleros, estimulados por los terratenientes y gamonales, lo mismo que por el



ejército y los servicios secretos, actúan como agentes del terror contra la lucha organizada de los campesinos”<sup>311</sup>.

Los grupos armados ilegales propiciaron desde su comienzo la articulación de su discurso con las demandas de los campesinos, en especial se solidarizaron con sus peticiones y sentimientos; como se muestra en el primer levantamiento armado de campesinos auspiciado por el EPL:

“El ajusticiamiento de un terrateniente, acción considerada como una reivindicación propia (*para los campesinos*). (...) Los campesinos pedían justicia popular contra el que era considerado un “verdugo”. (...) Esta masa tenía antecedentes de participación en la guerra como combatientes y guerrilleros, con una experiencia vivida y sentida en la lucha contra el capitalismo; (...) Los dirigieron entonces hasta la finca del hacendado y como no lo encontraron, tomaron posesión de sus bienes, prendieron fuego a la casa grande e hicieron una primera distribución del ganado. (...) El propósito de estos dos levantamientos era el de iniciar en serio acciones militares con la participación de las masas, canalizar el odio que sentían hacia los terratenientes del área, quienes por décadas venían fustigándolos como presas perseguidas por matones a sueldo”<sup>312</sup>.

Como vemos el odio represado durante décadas por los colonos fue encauzado por las organizaciones guerrilleras para obtener el apoyo en su lucha de clase. Los sentimientos personales, los odios o venganzas, las ambiciones, tanto de los campesinos como de los terratenientes, se entremezclaron en las disputas políticas y armadas que supuestamente tenían un cariz ideológico, como podemos ver en el siguiente ejemplo:

---

<sup>311</sup> Eduardo Pizarro, *Las FARC (1949-1966)*, óp. cit., p. 177.

<sup>312</sup> Fabiola Calvo, *Colombia: EPL, una historia armada*, óp. cit., pp. 48-49.

“Rosendo Arango era un campesino joven, de unos 26 años, que había crecido luchando con unas novillas y unas rozas de maíz que su padre había logrado conseguir y conservar con muchas dificultades. Sus asientos en un lote pequeño, unos potreros estrechos,... están en medio de algunas grandes haciendas que había en la región.

Los terratenientes habían hecho lo indecible por sacarlo del medio, por hacerlo desocupar, por expropiarlo ‘legal y pacíficamente’: pero él, hombre viejo, tozudo y necesitado, aferrándose a sus lomas, se había logrado mantener. El último recurso para echarlo fue emparentarlo estrechamente con ‘los del monte` y así enlistarlo, para después sacarle el viento con unos escopetazos, en uno de los caminos polvorientos y pedregosos”<sup>313</sup>.

En resumen, para comprender el papel que la cuestión agraria cumplió en el surgimiento y consolidación del ELN, y por tanto en la existencia de la violencia política armada en estos contextos rurales, debemos tener en cuenta la lucha por la propiedad de la tierra y sus recursos, los problemas de legalidad de los títulos de propiedad de los campesinos, las ansias de los terratenientes por expandir sus propiedades, la ausencia del Estado y su falta de legitimidad, el tipo de formación y extensión de la ciudadanía, etc. Como hemos mostrado las zonas de colonización o frontera agraria pueden ser altamente conflictivas dado el específico modo de constituirse al margen del monitoreo o acompañamiento de las instituciones del Estado; por lo tanto estas zonas no son violentas de forma innata, ni los colonos son propensos a enfrentarse con el Estado, sino que el vacío institucional y organizativo puede ser cubierto por actores armados contraestatales o paraestatales. La cuestión central entonces que se debe analizar es la legitimidad del Estado frente a los

---

<sup>313</sup> *Ibidem.*, p. 65.

ciudadanos de un territorio concreto (tema crucial también para comprender el conflicto vasco), y el intento de otros actores armados por restarle el monopolio de la fuerza y por ganar legitimidad frente a él, cubriendo ciertas necesidades o reivindicaciones de la población. Como plantea Jaramillo:

“Lo que allí se juega hoy en día, si somos capaces de pensar el problema con una óptica política y verdaderamente nacional, son, en lo fundamental, las modalidades de integración y asimilación de estas regiones y sus pobladores, que reclaman ya una mayoría de edad, a los circuitos regulares de nuestro mercado interno e internacional, así como a las instituciones, juricidad y servicios públicos, de un Estado liberal de derecho”<sup>314</sup>.

Por lo tanto, las acciones de los campesinos o de los grupos guerrilleros en las zonas de colonización además de mostrar las conexiones entre ambos intereses, sugieren la necesidad de este sector de la población de incorporarse a la estructura política, de poder y a la ciudadanía, ya que históricamente han quedado aislados en las fronteras agrícolas rurales o en las más recientes fronteras urbanas. La violencia armada se convirtió así en un método de reivindicación social y de incorporación al proyecto común de Estado-nación en Colombia. Como Plantea Álvaro Camacho:

“Se puede argüir que de alguna manera la confrontación entre el Estado y la guerrilla ha sido un componente de colonización armada, también lo ha tenido de extensión territorial estatal. No hay manera de sustentar que en ausencia de conflicto armado en esas regiones el Estado hubiera extendido su acción. En este sentido la guerrilla es una base esencial de la expansión territorial de la sociedad y el Estado colombianos”<sup>315</sup>.

---

<sup>314</sup> J. E. Jaramillo, *Estado, sociedad y campesinos*, óp. cit., p. 24.

<sup>315</sup> Álvaro Camacho Guizado, “El ayer y el hoy de la violencia en Colombia: continuidades y discontinuidades”, en *Análisis Político*, n° 12, Enero-Abril, Iepri-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1991, p. 28. El autor analiza las líneas de continuidad entre la violencia de los años cincuenta hasta la actualidad, encontrando que esta cultura de la violencia es un componente esencial de las

### **4.3. CULTURA POLÍTICA DE LA VIOLENCIA Y EPIDEMIA DE “PLOMONÍA”<sup>316</sup>: COLOMBIA, UNA POBLACIÓN CON CARENCIA DE HIERRO Y CON EXCESO DE PLOMO**

En esta parte de la investigación aspiramos a comprender la relación entre violencia y sistema político en Colombia. Una relación con antecedentes remotos y que persiste hasta nuestros días: desde el comienzo de la República -por no remontarnos al período colonial-, pasando por las guerras civiles del siglo XIX, incluyendo los levantamientos de comienzos del siglo XX, la época de la Violencia de mitad de ese siglo, las guerrillas liberales de los años cincuenta, las guerrillas revolucionarias surgidas en los años sesenta, la guerra sucia y el paramilitarismo desde los ochenta o el narcotráfico en la actualidad.

Este entrecruzamiento entre política y violencia, su persistencia y continuidad, nos introduce en una dimensión fundamental de la historia y sociedad colombiana, que podemos definir como “la cultura política de la violencia”. Concepto polémico, tal vez como todos, pero que nos puede permitir acercarnos a una dimensión de la violencia política armada, que queda relegada a segundos planos

---

relaciones sociales; lo que significa que las relaciones sociales violentas crean sus propias formas culturales, y viceversa esa cultura de la violencia alimenta los tipos de acción social de los individuos. Todo ello con el intento de acceder a ámbitos de privilegio político a partir del uso de la fuerza.

<sup>316</sup> Plomonía hace referencia a la expresión “darse plomo” o “darse bala”, dispararse con un arma de fuego. Esta epidemia social ha dejado 475.000 muertos desde 1979, según una investigación del Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (Cerac) de Colombia, y el Small Arms Survey de la Universidad de Ginebra (Suiza). El mismo estudio calcula que se han perdido más de 350.000 años de vida productiva de las víctimas, pues la mayoría son hombres entre los 20 y 29 años. Tomado de [http://eltiempo.terra.com.co/judi/2006-04-05/ARTICULO-PRINTER\\_FRIENDLY-\\_PRI...](http://eltiempo.terra.com.co/judi/2006-04-05/ARTICULO-PRINTER_FRIENDLY-_PRI...)

tradicionalmente en las investigaciones del conflicto colombiano. Autores como Gonzalo Sánchez, Alfredo Molano o Eduardo Pizarro se refieren explícitamente a ella, aunque no se defina detenidamente:

“No se trata de una “cultura de la violencia” en el sentido en que algunos autores, en forma apresurada y errónea, han calificado el contexto cultural colombiano. Ningún pueblo es ni cultural ni genéticamente violento. Se trata de una tradición que se alimenta de una historia real, fundada en numerosas experiencias en las cuales la violencia ha sido utilizada como un medio para disputar e incidir sobre el poder político. En este sentido, al menos desde la emergencia guerrillera de los años cincuenta, la violencia se convirtió en Colombia en parte del “repertorio de la acción colectiva”, no como la única e inevitable posibilidad, pero sí como una de las posibilidades disponibles con algún grado de eficacia”<sup>317</sup>.

La cultura de la violencia se convierte en un factor decisivo para la comprensión del funcionamiento del sistema político colombiano, las relaciones de poder y la propia sociedad. Colombia, ese país de contrastes y paradojas retratado magistralmente por Gabriel García Márquez, cuenta con una de las tradiciones más largas de gobiernos civiles, pero al mismo tiempo la violencia ha persistido hasta nuestros días como una forma específica de hábito político. Esa perdurabilidad ha significado la interiorización de esta práctica social y política, su posterior naturalización por parte de los sujetos e incluso la institucionalización en los propios organismos estatales. Todo esto hace percibir la violencia como un recurso legítimo para sectores amplios de la población, tanto para quienes quieren mantener el orden establecido como para quienes pretenden acabarlo, sustituirlo o simplemente modificarlo. Esta generalización y perdurabilidad de la violencia es lo creemos que

---

<sup>317</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., pp. 110-111.

permite hablar de cultura en el contexto colombiano y diferenciarlo de la repercusión que este fenómeno tiene en otros contextos. Por ejemplo, en España o Irlanda del Norte, donde autores como Rogelio Alonso utiliza el concepto de “subcultura de la violencia”<sup>318</sup> para referirse a las actividades de socialización donde se sumergen muchos jóvenes irlandeses antes de entrar en el IRA; o Fernando Reinares que habla de “subcultura política” en el entorno de ETA:

“La aceptación de la violencia e incluso su práctica, como la de otras posibles fórmulas que componen un repertorio de acción colectiva desbaratadora, es entonces el resultado de normas interiorizadas mediante procesos formales e informales de socialización que ocurren en el seno de aquella subcultura política. Procesos que constituyen, en definitiva, un verdadero aprendizaje social de la violencia e inciden especialmente sobre adolescentes cuyas primeras experiencias de movilización política se desarrollan, como ha ocurrido con tantos quinceañeros vascos a lo largo de los últimos veinte años, en grupos juveniles y movimientos sociales subordinados a una organización terrorista”<sup>319</sup>.

Es este contexto de socialización y de aprendizaje social, el que permite hablar de cultura de la violencia, como hábitos adquiridos a partir de la experiencia personal desde la infancia pero con especial incidencia en la adolescencia como demuestra Fernando Reinares con los “jóvenes cachorros o delfines” de ETA. Asimismo compartimos la idea de Robinsón M. Salazar, de que:

“El contexto que ofrece un aprendizaje de fuerza, de confrontación y negación del otro es una circunstancia apropiada

---

<sup>318</sup> Rogelio Alonso, óp. cit., p. 60.

<sup>319</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., pp. 95-96. El autor a partir de documentos judiciales de más de seiscientos militantes y entrevistas de etarras se pregunta por las motivaciones para entrar en esta organización, sus características sociales, etc. En cuanto al uso de la violencia como recurso para acceder a demandas políticas, la mayoría de los militantes más que justificarla ideológicamente, la perciben como un método eficaz de acción política.

para generar un sujeto violento, porque él va a reaccionar de forma natural, tal como se lo da a entender la ambientación socio-política. La violencia va a ser el único imaginario y recurso para enfrentar la realidad y no la ve ajena a un quehacer cotidiano”<sup>320</sup>.

Este contexto social donde se transmite esa cultura de la violencia es el caldo de cultivo de los jóvenes militantes de los grupos insurgentes. Esto no quiere decir que toda la juventud en un cierto contexto o que todos los hermanos de una misma familia están abocados a entrar en los grupos armados, la realidad es mucho más compleja; pero también es cierto que los jóvenes cercanos a estos círculos de sociabilidad son más propensos que otros a tomar la decisión de utilizar la violencia como recurso para obtener réditos políticos. En estos contextos o subculturas hay un verdadero “culto a la violencia”<sup>321</sup>, que convierte a ésta en una solución a unas demandas políticas concretas, en vez de un problema social. Por eso, a la hora de rastrear a partir de crónicas e historias de vidas de militantes de las FARC, Alfredo Molano asegura que esta organización: “No son sólo un problema político relacionado con el poder sino también con la cultura, la cultura de la violencia en Colombia”<sup>322</sup>. Para este autor, esta cultura de la violencia comprende tres elementos fundamentales: 1) las razones histórico-sociales de la rebeldía; 2) las formas comunitarias de su mantenimiento; y 3) la conciencia colectiva sobre una forma muy particular de reconstrucción del tejido social. Por todo ello, como plantea Gonzalo Sánchez:

---

<sup>320</sup> Robinsón Manuel Salazar, “Conflicto y violencia en América Latina (en búsqueda de un enfoque teórico)”, en *Reflexión Política*, Revista del Instituto de Estudios Políticos, Univ. Autónoma de Bucaramanga, Año 3, nº 6, Diciembre de 2001, p. 31. El autor indaga en este artículo los espacios de interfase entre varias disciplinas que ayuden a la comprensión de los conflictos étnicos, políticos, ... que se viven en América Latina, con la pretensión de mejorar la instrumentalización de políticas que lleven a su posible solución.

<sup>321</sup> José Mari Garmendia, “ETA: nacimiento, desarrollo y crisis (1959-1978)”, óp. cit., p. 140.

<sup>322</sup> Alfredo Molano, *Trochas y fusiles*, El Áncora Editores, Bogotá, 1998, pp. 18-19.

“Es preciso volver a poner las cosas en su justo lugar e insistir, más que en las dicotomías, en las intersecciones de la guerra y la política. Pero esto no debe impedir reconocer igualmente que la cronicidad de nuestra violencia, especialmente bajo su expresión bélica, es excepcional en el contexto latinoamericano, y que produce, aparte de los obvios efectos económicos y políticos, impactos culturales en una doble dirección: primero, remitiendo, quiérase o no, a la idea de una cultura de violencia, no necesariamente en el sentido de una naturaleza violenta del hombre colombiano, sino al menos, de una tendencia históricamente identificable, explicable y recurrente de la guerra. Pese a todos los temores y los escrúpulos, hay que decirlo claramente, la presencia histórica de la guerra tiene vínculos determinantes con la construcción de nuestro imaginario de nación. La guerra también hace que a menudo la política se viva como guerra de religión, y la religión se viva como política. (...). Segundo, la cronicidad de nuestra violencia remite también, paradójicamente, a una cultura del consenso, que a la larga ha llevado a la idea de que todo es negociable, todo el tiempo. Se trata de un pactismo que atraviesa todas las esferas de la vida social, y que va generando con su propia reproducción el menoscabo de reglas básicas de convivencia y de un orden estatal colectivamente aceptado”<sup>323</sup>.

Por tanto, la cronicidad y persistencia de las intersecciones entre política y violencia en Colombia, muestran un elemento estructural que alimenta la reproducción de la acción colectiva violenta tanto en el ámbito de lo público y la política, como en el entorno privado (como muestran las cifras de violencia intrafamiliar o el gran porcentaje de homicidios debidos al factor venganza). Este fenómeno de cultura de la violencia es reiteradamente rechazado por la historiografía

---

<sup>323</sup> Gonzalo Sánchez, *Guerras, memoria e historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá, 2003, pp. 36-37. Este libro sintetiza las reflexiones de las investigaciones anteriores sobre violencia de este autor, uno de los más reconocidos violentólogos colombianos. El autor analiza la articulación de la memoria y el olvido y las posibles relaciones entre víctimas y victimarios, en un contexto de solución negociada al conflicto armado en Colombia.



“oficial”, que lo ve como un hecho puntual ligado a algunos contextos históricos; por el contrario, nosotros defendemos la posición de que este fenómeno es transversal a la historia de los últimos dos siglos en Colombia, como afirma Arturo Alape:

“El período 1947-1957, conocido genéricamente como la “Violencia”, no puede tomarse como un breve interregno en el que se rompieron los marcos jurídicos del país y por causas desconocidas, éste se precipitó a una guerra civil no declarada, a la que siguió el restablecimiento de la paz, gracias al proceso de “educación generacional” que propiciara el Frente Nacional, acuerdo de olvido y perdón histórico, especie de amnistía dada por mutuo interés entre los dos partidos.

Esta interpretación, la de que el período 47-57 fue excepcional, por las pasiones políticas desbordadas, viene ocultando una historia diferente, la de un país cuya clase dominante lo ha mantenido sumido en una violencia secular. La visión simplista de que la sumatoria de los “odios heredados” fue la responsable del desangre, oculta la otra realidad, la que expresa históricamente que la violencia ha sido consustancial a las costumbres políticas desde los orígenes mismos de la etapa republicana de nuestra historia.”<sup>324</sup>.

Por lo tanto, no se puede desconocer en una investigación sobre los factores que propiciaron el surgimiento y consolidación de los grupos insurgentes en Colombia en la segunda mitad del siglo XX, el hecho que la cultura de la violencia ha sido una constante en la historia contemporánea de Colombia; asimismo es consustancial a los hábitos y costumbres políticas desde, por lo menos, el surgimiento de la República y hasta nuestros días, como se ve con la persistencia de las guerrillas y los vínculos entre el Estado, los paramilitares y la mal llamada “guerra sucia” -como si alguna guerra fuera limpia y bonita-. Entonces el intento por

---

<sup>324</sup> Así comienza el autor, este interesante libro de entrevistas sobre la violencia, óp. cit., p. 19.

acceder mediante el uso de la violencia a una representación política o a cuotas de poder dentro del Estado o la sociedad, ha sido constante y lo podemos ver incluso hoy en día con la capacidad de infiltración de los paramilitares en la política colombiana, convirtiéndose en un verdadero paraestado. Asimismo el asesinato de candidatos políticos por “fuerzas oscuras” –oscuras porque la mayoría de los homicidios quedan en la impunidad detrás de inmensas cortinas de humo- demuestra como persiste el uso de la violencia como medio de resolución de las contradicciones políticas, sociales, económicas o culturales. Esto muestra que el sistema político imperante no canaliza e institucionaliza pacíficamente las fricciones sociales, por lo tanto estos conflictos sobrepasan fácilmente ese marco político, resolviéndose mediante el uso de la violencia contra el contrario. William Ramírez afirma que:

“La violencia colombiana no es ajena a la democracia colombiana, puesto que ésta ha estado inhabilitada históricamente para asimilar la novedad y la diferencia de otras fuerzas sociales y políticas. Es una democracia con un déficit de representación largamente acumulado, a causa de su también larga tradición en regímenes políticos excluyentes de sectores importantes de la comunidad. Y es una violencia que con todo lo cuestionable que pueda ser, se genera y reproduce en unas condiciones que, por desgracia, la sustentan.”<sup>325</sup>.

Estas condiciones históricas que alimentaron la política en Colombia son indispensables para la inteligibilidad del surgimiento y consolidación de grupos insurgentes en la segunda mitad del siglo XX, así como para comprender la situación política actual en el país. Como afirma Gonzalo Sánchez: “Guerra y política, orden y violencia, violencia y democracia, y en el límite, vida y muerte, son algunas de las

---

<sup>325</sup> William Ramírez Tobón, “Violencia y democracia en Colombia”, óp. cit., p.65.

múltiples oposiciones y complementariedades a partir de las cuales se hace descifrable la historia colombiana”<sup>326</sup>. Aquí apuntamos una hipótesis que justifica nuestro interés por este país, Colombia puede ser ese “laboratorio social” donde algunas de las teorías sociales que analizan las relaciones de continuidad y complementariedad entre la guerra y política pueden tener un reflejo empírico. Tal vez en la historia de Colombia, Clausewitz podría constatar su máxima de que “la guerra es la continuación de la política por otros medios”, o en palabras de una exguerrillera: “Daba la impresión de que todo fuera intrascendente, como si en ese mar de muertes que dejó la guerra se hubiera perdido el significado inicial de la lucha armada como continuación de la política”<sup>327</sup>. Claro que esa misma experiencia histórica en Colombia, nos muestra que también la guerra puede ser la base de la política:

“La guerra en Colombia en el siglo XIX no es negación o sustituto, sino prolongación de las relaciones políticas. La guerra, podría decirse, es el camino más corto para llegar a la política, y mientras las puertas que podrían considerarse como normales permanecen bloqueadas, ella constituye en muchos aspectos un singular canal de acceso a la ciudadanía.

Pero si las armas aparecen como el lenguaje duro de la política, y las guerras como el modo privilegiado de hacer política, la política a su vez no puede ser pensada sino como un campo de batalla en el cual la hacienda aportaba soldados, el partido respectivo banderas y la Iglesia muchas cosas a la vez: un lenguaje y un espíritu de

---

<sup>326</sup> Gonzalo Sánchez, “Guerra y política en la sociedad colombiana”, óp. cit., p. 7. En este artículo, Sánchez analiza los diversos tipos de combinaciones entre guerra y política por los que ha pasado, el “todavía inacabado”, proceso de formación de la nación colombiana.

<sup>327</sup> María Eugenia Vásquez Perdomo, *Bitácora de una militancia*, Monografía, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998, p. 442. Este libro es un apasionante testimonio autobiográfico de una mujer excombatiente del M-19 que después de perder su visión de mundo con la reinsertión de este grupo a la vida política y civil, decide hacer balance del sentido personal de esos años de lucha.

cruzada, la representación de la diferencia como cisma, la demonización del adversario político”<sup>328</sup>.

Un juego de palabras puede resumir este fenómeno de la cultura política de la violencia a lo largo de la historia del país: la política se convierte en un campo de batalla y el campo de batalla de la guerra es un juego de política. Por lo tanto, existe por parte de algunos sectores sociales una “disposición permanente” a la guerra como factor para consolidar y expandir sus niveles de poder por todas las esferas del poder político, y que ponen en duda el proceso de monopolización de la fuerza del Estado<sup>329</sup>. Con ello persiste un “estado de guerra” permanente al estilo hobbesiano o foucaultiano, con un intenso *animus belli* que dificulta el proyecto de construcción del Estado-nación y que se constata en:

“la voluntad manifiesta de no someterse al orden estatal y de resistirse a su dominio y control, manteniendo abierta la posibilidad de confrontarlo y combatirlo con las armas en la mano, así como de agrupar a los sujetos sociales de su entorno en bandos capaces de matar o morir (...) el mantenimiento de la hostilidad como horizonte abierto para dirimir las tensiones y los conflictos del mundo social y la violencia como estrategia para la solución de la vida en común”<sup>330</sup>.

Esta continuidad de la voluntad guerrerista que da forma históricamente al sistema político colombiano, y que conecta las guerras del siglo XIX con el fenómeno más complejo y amplio (porque a los conflictos no resueltos se

---

<sup>328</sup> Gonzalo Sánchez, “Guerra y política en la sociedad colombiana”, óp. cit., p. 8.

<sup>329</sup> Estos argumentos se pueden seguir para diferentes fases del proceso de formación del Estado, en Norbert Elias, “La génesis social del Estado”, en *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, F.C.E., 1994, (1ª ed. 1977). Para el Estado Absolutista, estos presupuestos son utilizados por Perry Anderson, *El Estado absolutista*, Madrid, S. XXI, 1994, (1ª ed. en castellano 1979).

<sup>330</sup> María Victoria Uribe, “Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?”, en *Nación, ciudadano y soberano*, Corporación Región, Medellín, 2001, pp. 251-252.

superponen otros como el narcotráfico) de la violencia en el siglo XX, ayuda a comprender la intensidad de los conflictos pasados y actuales en el país. Como afirma Leopoldo Múnera, se constata:

“La violencia como una de las formas de la política nacional. Es decir, nos inducen a ubicarlas dentro de un proceso social caracterizado por el uso de la coacción física o psicológica con la finalidad de inhibir la acción de otros actores sociales, lograr que el sentido de las decisiones públicas sea favorable a los intereses de quienes la utilizan, o eliminar de la contienda por el ejercicio del poder público a los adversarios o a los opositores. Dentro de este significado restringido, pues también podríamos hacer referencia a la utilización de la coacción dentro de otro tipo de relaciones sociales, la violencia se transforma en uno de los hilos conductores del sistema político colombiano a través de su historia. Adquiere esta dimensión por ser un recurso al que han acudido y siguen acudiendo los principales actores políticos, y no porque se encuentre en mayor o menor medida que en otros países, o porque refleje mayores niveles de crueldad. En Colombia la guerra, entendida como el enfrentamiento armado entre fuerzas enemigas que buscan la derrota militar de su adversario, ha sido un fenómeno complementario de la política y ha tenido con ella una relación de exterioridad; por el contrario, la violencia, que constituye y trasciende dicha guerra, ha sido parte integrante de la praxis política y, en consecuencia, ha tenido con ella una relación de interioridad. Cuando la violencia desborda el espacio de la política y asume la forma de una confrontación militar entre adversarios definidos con claridad se convierte en guerra”<sup>331</sup>.

Por tanto es la guerra y el uso de la violencia, en gran medida, lo que constituye e instituye el marco político-jurídico donde los colombianos se relacionan

---

<sup>331</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., p. 136.

políticamente y como construyen su presente y futuro. Como afirma Adolfo L. Atehortúa para el siglo XIX, pero que nosotros creemos se puede hacer extensible en muchos casos hasta la actualidad: “La carrera política era la carrera de las armas. Era más efectivo hacer política con las armas que con las elecciones y los discursos”<sup>332</sup>. Las guerras del siglo XIX, XX y las que continúan en el XXI, son “otra forma más de hacer política”, esto se puede confirmar con el hecho de que en Colombia las guerras civiles no culminaron con el triunfo militar sino en procesos de negociación; lo mismo sucede en la actualidad con los procesos de negociación con los grupos armados ilegales: “La perspectiva de toda guerra, casi podría decirse que el “inconsciente” de toda guerra era no la victoria total, sino el Pacto, el Armisticio. La guerra era, si se quiere, el mecanismo profundo de constitución del otro (individuo, colectividad, partido) como interlocutor político”<sup>333</sup>.

Este recorrido por los procesos de guerras, negociaciones y reconciliaciones constantes, que dejan la sensación de que todo es negociable y que contra mayor capacidad de violencia más reconocimiento y ventajas políticas se pueden conseguir; tuvo como paradigma los períodos de la Violencia y el posterior pacto del Frente Nacional. La violencia aseguraba el aprovechamiento exclusivo de los recursos del Estado, asimismo fortalecía el sentido de pertenencia al partido político mediante los odios seculares al rival, reafirmaba los principios, marcaba la diferencia:

“La guerra no era considerada como una perversión de la política sino como su instrumento más eficaz. Aunque pueda parecer un anacronismo uno se siente inclinado a pensar que en aquel entonces era también muy cierto que la verdadera oposición era la

---

<sup>332</sup> Adolfo L. Atehortúa, “Guerras y milicia: instrumentos de los civiles para la participación política en Colombia”, en Javier Guerrero Barón (Comp.), *Iglesia, movimientos y partidos: política y violencia en la historia de Colombia, Memorias IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, 1995, p. 111.

<sup>333</sup> Gonzalo Sánchez, “Guerra y política en la sociedad colombiana”, óp. cit., p. 11.

oposición armada. Tomar las armas era un acto que entonces no tenía nada de revolucionario ni de heroico. Era simplemente engancharse (por decisión propia o por presiones insuperables) en esa actividad cíclica que era la guerra”<sup>334</sup>.

El entrecruzamiento entre política y violencia y su justificación, también son una constante en los militantes de grupos armados como ETA, para ellos la guerra “es el principal instrumento de acción política del colectivo” y “la guerra es la del número de participantes, la de la legitimación de las acciones de ETA la rememoración de la existencia de un problema”<sup>335</sup>. Para ellos la justificación de la violencia de ETA está por encima de otros argumentos: “El ejercicio de la violencia es inevitable y los errores y costos que ello acarrea no pueden desprestigiar ni a los fines que se pretenden ni a la organización que la practica”<sup>336</sup>. Así lo atestiguan e intentan justificar los propios militantes de la organización:

“¿Entrar en ETA? Es que yo, en cierta forma no... no me lo planteé. O sea, mi problema era que la única forma de hacer política era atacando al régimen violentamente, porque no había otra forma de hacer política”. Aunque como afirma Fernando Reinares a partir de este tipo de testimonios: “Para muchos de quienes ingresaron en ETA durante los años de la transición democrática española, la violencia deja de ser considerada como el único curso posible de acción política, aunque sigan insistiendo en su necesidad. En el nuevo escenario de cambio a partir de un régimen autoritario, donde las alternativas legales o toleradas de movilización política se ampliaron, la violencia continúa siendo apreciada, pero ahora ya sobre todo por su presunta eficacia en comparación con otros medios disponibles”. En definitiva, “llegar al convencimiento de que la

---

<sup>334</sup> *Ibidem.*, p. 11.

<sup>335</sup> José M. Mata, *óp. cit.*, p. 337.

<sup>336</sup> *Ibidem.*, p. 341.

violencia es necesaria o sencillamente útil para obtener determinados fines de índole política, en este caso de orientación nacionalista, hace a una persona particularmente propensa a implicarse, de uno u otro modo, en su realización efectiva con el propósito de alcanzar tales objetivos. Asimismo, el hecho de haber interiorizado la utilidad de la violencia, mostrando además conformidad con su práctica en contra de quienes sean etiquetados como adversarios o enemigos que obstaculizan el logro de aquellos objetivos políticos, facilita que se activen los mecanismos psicosociales a través de los cuales se desposee de su humanidad a las posibles víctimas del terrorismo”<sup>337</sup>.

La aceptación del uso de la violencia para obtener objetivos políticos no suele surgir de una claridad ideológica sobre el tema, sino mas bien del contexto psicosocial y cultural, como reiteran muchos de los militantes del IRA entrevistados por Rogelio Alonso:

“Yo era simplemente un chaval joven, insensato que se volvió una fiera, fácilmente influenciable y que fue utilizado y manipulado por las personas que dirigían la violencia. Lo que quiero decir es que no tenía idea alguna de lo que era el republicanismo o el socialismo` (...) Apréciase cómo este antiguo activista reconoce su disposición a matar por unos principios sobre los que él mismo admite un nulo conocimiento. El proceso de socialización a través del cual lleva a cabo el aprendizaje de la violencia es enormemente revelador de las carencias que presenta su “politización” y su “educación” desde el punto de vista republicano”<sup>338</sup>.

Podemos apreciar como los procesos de socialización de la violencia, entendido como hábitos tienden más a explotar sentimientos de odio y violencia, que

---

<sup>337</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, Op cit., pp. 87, 90 y 96.

<sup>338</sup> Rogelio Alonso, óp. cit., p.134.



a una verdadera politización de los candidatos a la militancia en grupos armados. Para ello, las organizaciones clandestinas utilizan espacios y ritos ligados a aspectos violentos, que puedan explotar las emociones propias de esta etapa vital de la adolescencia. Como reconoce este antiguo miembro del IRA: “Los republicanos y el folclore republicano han ensalzado la lucha armada y el martirio y todo lo que la rodea, subrayando la importancia de la fuerza física, hasta el punto de que más que una táctica era un principio. Era una vaca sagrada y para ser republicano tenías que participar en actividades armadas”<sup>339</sup>.

Si como vemos en los contextos donde hay conflictos de violencia política armada son evidentes los procesos de socialización de una cultura política de la violencia, el intento por resolver tales conflictos debe tender a trabajar esta dimensión cultural tan determinante desde nuestro punto de vista. ¿Pero cuáles serían los rasgos fundamentales de esta “cultura política de la violencia” que hunde sus raíces históricas en los procesos psicosociales de formación de los individuos? ¿Qué papel cumplieron en el surgimiento y consolidación de los grupos insurgentes en la década de los sesenta? Las respuestas a estas preguntas, pueden estar en esos momentos esenciales para la historia política de Colombia que son La Violencia (1946-1953) y su apéndice el Frente Nacional (1958-1974). Estos periodos son claves para entender el surgimiento y consolidación de grupos armados en los años sesenta, pero para explicar la fuerza con la que se implanta la insurgencia, el número de diferentes grupos guerrilleros y su perdurabilidad hasta la actualidad, sólo pueden entenderse por el papel que cumple esa tradición de cultura política de la violencia como recurso para acceder a la ciudadanía o para obtener ventajas políticas. Como

---

<sup>339</sup> *Ibidem.*, p. 250.

afirma Luís Alberto Restrepo refiriéndose al surgimiento de los grupos guerrilleros en los años sesenta del siglo XX:

“El fervor guerrillero surgió en América Latina con motivo del triunfo de la revolución cubana. Pero la tradición de sectarismo y violencia política implantada por los Partidos tradicionales, el alto grado de permanente agresión legal y armada de muchos sectores dirigentes sobre las clases subordinadas, y la hondura de la crisis social, le han dado su peculiar arraigo en Colombia. Por otra parte, el estrecho régimen bipartidista tampoco le ha ofrecido cauces institucionales alternativos (...) Los Partidos tradicionales, instalados en el poder, se habituaron a responder preferencialmente por vía represiva a la protesta social, desconociendo su reto político y reduciéndola a la categoría de problema de “orden público”. El recurso casi permanente al Estado de Excepción y su uso represivo contra la protesta así lo demuestran. De este modo, el acuerdo liberal-conservador ha contribuido decisivamente a la militarización del conflicto en Colombia”<sup>340</sup>.

Esta militarización de la sociedad, se ha dado históricamente en una doble vía: de los sectores marginados del sistema político hacia las clases privilegiadas del país y del Estado contra las formas de resistencia al orden establecido. Por ello, el uso de la violencia como método de lucha política se ha extendido hasta nuestros días, en un “remolino ciego de violencias encontradas”, en una elipse que no para de crecer y de sorprender por su intensidad. Analicemos a continuación, qué responsabilidad tiene el “establecimiento” en la persistencia de este entrecruzamiento entre política y violencia. Luís Alberto Restrepo afirma al respecto que:

---

<sup>340</sup> Luís Alberto Restrepo, “La guerra como sustitución de la política”, en *Análisis Político*, 4, Enero-Abril, 1988, p.88. En este artículo el autor analiza la evolución histórica de conflicto en Colombia, constatando la intensificación de la confrontación armada y el debilitamiento de las mediaciones políticas. El enfrentamiento avanza en un proceso de degradación y esquizofrenia de lo político hacia el terrorismo y la guerra sucia.

“La guerra sucia en Colombia ha tenido una larga preparación. Durante los últimos cuarenta años, en el país se ha venido desarrollando un lento “golpe de sociedad civil”, regido por el brazo armado del Estado, cuando no simplemente de los Partidos. Hoy la relación se ha invertido: numerosos dirigentes civiles son el brazo político de las Fuerzas Armadas. Ante la defección de la “clase política” generada por el Frente Nacional, los militares se han convertido casi obligatoriamente en ideólogos de la sociedad civil dominante, al menos en relación con el creciente conflicto social. Y, como es apenas lógico, han impreso en ella su propia perspectiva profesional: una visión de “orden” y “seguridad”<sup>341</sup>.

De esta manera las fuerzas de seguridad del Estado se convirtieron en garantes del sistema social y político, por encima de pilares institucionales como el sistema judicial. Ello supuso que su presencia en la sociedad se incrementó y por su centralidad en el sistema, impuso su visión de mundo, el “principio de autodefensa”, lo que llevó a un incremento de la militarización social. Los ciudadanos se convirtieron en fiscalizadores y policías de sus vecinos, y cada individuo, grupo o clase social debió defender por las armas sus propios intereses. El Estado delegó sus responsabilidades en actores particulares –especialmente paramilitares- con lo que el monopolio de la violencia se rompió todavía más, se incrementó la “privatización de la violencia”, se intensificó la cultura de la violencia y se terminó estableciendo una verdadera “ley de la selva social”. Claro que:

“La guerra sucia de hoy no es, por lo tanto, un fenómeno sorpresivo e inesperado. Emerge de una sociedad que se viene militarizando de tiempo atrás. Puede operar en forma centralizada o autónoma. Es responsabilidad, ante todo, de las clases dominantes y de los Partidos tradicionales que han abdicado de su responsabilidad

---

<sup>341</sup> *Ibidem.*, p. 90.

política y la han delegado, abusivamente, a la coerción militar. No se dirige contra la guerrilla. Es más bien el resultado de la frustración producida por la imposibilidad de exterminarla. Es una guerra de intimidación y exterminio contra el pensamiento independiente, la prensa y la cultura, contra todas las fuerzas que podrían ampliar el estrecho régimen bipartidista y transformar en lucha política el enfrentamiento armado. Esta guerra informal le da hoy los mejores argumentos a la guerrilla y bloquea el camino de la paz, aunque no facilita tampoco la victoria militar del establecimiento”<sup>342</sup>.

Esta evolución social llevó a un exacerbado recurso a la violencia por parte del Estado y de aquellos movimientos sociales que pretendían forzar al Estado para que efectúase reformas. Todo ello en detrimento de las mediaciones políticas, judiciales e incluso sociales; en lo que Gonzalo Sánchez define como “militarización de la polarización social”. Un proceso donde se establece un contacto estrecho entre violencia y política, y que se intensificó de forma irreversible en la Violencia y el Frente Nacional. Este proceso unido a las condiciones internacionales y el mesianismo de la izquierda latinoamericana, fomentó el surgimiento de grupos insurgentes. Estos ya no abogaban por la “incorporación” al sistema político existente sino por su “sustitución”, incrementándose la quiebra social y el conflicto armado:

“Los rebeldes de los años 50 operaban mayoritariamente dentro de una perspectiva de incorporación al poder. Su razón de ser estaba en su capacidad de representar a los excluidos del poder. Pero carecían de horizonte propio. Su horizonte era el que les imponían sus jefes, que no era otro que el de la posibilidad para éstos de entrar a compartir el poder. Las fuerzas insurgentes de hoy, por el contrario, operan dentro de una estrategia de destrucción-sustitución del poder,

---

<sup>342</sup> *Ibidem.*, pp. 90-91.

es decir, con una perspectiva que se proclama a sí misma revolucionaria”<sup>343</sup>.

Pero a pesar de las diferencias entre las protestas y los guerrilleros liberales o comunistas de los años cincuenta y los guerrilleros marxistas de los sesenta o setenta, sobre su concepción del poder, existe una estrecha relación y continuidad entre ambos:

“Muchos de los antiguos combatientes de la Violencia fueron invitados a realizar una purificación de su pasado (el revolucionario era la prefiguración del Hombre Nuevo que pregonaba el Ché Guevara) y a enrolarse en la que habría de ser la verdadera guerra, la guerra revolucionaria. Eran los tiempos de una América Latina idealizada frente a sí misma y frente al cansado pensamiento occidental, en la cual, además, tanto la guerra como la política se inscribían en los dominios de un nuevo mito, el mito del recomienzo. Todo parecía apuntar, desde esta óptica, hacia un reencuentro de lo político y lo militar, hacia una reconstrucción de la complementariedad entre la guerra y la política, como en el siglo XIX, pero en aras esta vez de un proyecto de sociedad enteramente inédito. (...), la guerra y todos los valores asociados a las armas se fueron imponiendo sobre las relaciones políticas hasta convertirse lisa y llanamente en su sustituto”<sup>344</sup>.

Además con la llegada del narcotráfico a partir de los años ochenta y su entrelazamiento con el conflicto político y armado, se da en Colombia una intensificación de la violencia en el ámbito de la política y de la sociedad, en lo que Gonzalo Sánchez denominó “bandolerización de la guerra”, y sus complementos de

---

<sup>343</sup> Comisión de estudios de la violencia, *Colombia: violencia y democracia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1987, p. 35.

<sup>344</sup> Gonzalo Sánchez, “Guerra y política en la sociedad colombiana”, *óp. cit.*, pp. 24-25.

“refeudalización y cartelización de la guerra”, en definitiva, un fenómeno de “pulverización de lo político”:

“Colombia había entrado en lo que el sociólogo mexicano Sergio Zermeño ha llamado una “dinámica de desorden” que, en nuestro caso, convirtió la confrontación social y política en una cadena de retaliaciones sin fin que sólo pueden capitalizar los más fuertes. Así, a los frentes guerrilleros se respondió con “autodefensas”; a la movilización popular de los paros cívicos y las marchas campesinas, asimilada a la subversión, se respondió con la “guerra sucia”; al secuestro, con las desapariciones; al asalto, con la masacre. Se produjo, en suma, una verdadera clandestinización no sólo de la extrema derecha sino en términos más generales de la guerra, o de las múltiples guerras, para ser más precisos. Frente a ellas la unidad del Estado parece simplemente deshacerse ya que éste en algunos aspectos víctima; en otros es testigo tolerante o complaciente, y, en otros es parte de los poderes “clandestinizados”<sup>345</sup>.

Claro que estos fenómenos no son nuevos en la historia del país, Álvaro Camacho encuentra la relación entre, por ejemplo, la figura del “pájaro” de los años cincuenta y la del “sicario” en la actualidad; en una continuidad de expresiones de esa cultura política de la violencia:

“Al pájaro se le llama para “hacer un trabajo”... y se ajusta el precio y se conviene la partija. La mecánica política se monta contra comités y directorios municipales. A mano de los pájaros caen los miembros liberales de estos organismos con precisión cronométrica, sin respetar lugares ni personas y sin esperar castigo para los criminales porque las gentes se arredran y no los denuncian... Serán famosos: el “Cóndor” León María Lozano, “Pájaro Azul”, “Pájaro

---

<sup>345</sup> *Ibidem.*, p. 27.

Verde”, “Pájaro Negro”, “Lamparilla”, “Turpial”, “Bola de Nieve”. (...) De preferencia, aunque no exclusivamente, los pájaros actuaron a partir de adhesiones partidistas o movidos por lealtades personales a dirigentes regionales. Su acción se ejecutaba en nombre de un orden político-económico que se consideraba amenazado o que se quería imponer. La relación monetaria, por lo general, se subordinaba a la adhesión personal del ejecutante a su amo y señor. La forma actual, en cambio, tiende a omitir tales consideraciones, a despojarse de dimensiones políticas o éticas y a convertirse en un oficio cuya única motivación es la paga. Es frecuente el caso en que el ejecutor ni siquiera conoce a su futura víctima... El sicario es un pistolero al servicio del mejor postor”<sup>346</sup>.

Pero las comparaciones pueden continuar por ejemplo entre los “chulavitas” y los “escuadrones de la muerte” en la actualidad: ¿Por qué la memoria colectiva en Colombia es tan débil? ¿Cómo intentar no repetir estas experiencias crueles si no se recuerdan y se toman medidas para que no vuelvan a suceder? ¿Por qué insisten en formas de control social que históricamente han fracasado? ¿Por qué el Estado y las élites locales insisten en la guerra sucia? ¿Por qué no se establece relación entre estos episodios bárbaros, si las similitudes son claras? Sobre los Chulavitas y paramilitares se puede plantear que:

“Los primeros fueron campesinos explícitamente seleccionados en una región del país para que, como integrantes de la policía, ocuparan y limpiaran a ciertos municipios de sus pobladores liberales y erradicaran a las guerrillas. Eran, pues, agentes estatales directos, y cumplían una tarea que se suponía contaba con la legitimidad de ser oficial, aunque realmente operaban a partir de los intereses concretos de un partido político, más que del Estado.

---

<sup>346</sup> Álvaro Camacho Guizado, óp. cit., pp. 32-33.

Los de hoy pueden tener un origen variado: algunos han sido creaciones de las Fuerzas Armadas en virtud de una disposición legal que las autoriza para armar civiles, pero que han adquirido una dinámica propia y han desbordado los propósitos originales de autodefensa; otros tienden a ser productos de alianzas tanto de narcos como de militares y terratenientes. Algunos de ellos en sus versiones rurales se llaman paramilitares, y aunque se tienda a confundirlos con los sicarios, su diferencia central estriba en que responden a intereses económicos y políticos específicos concretados en la eliminación de dirigentes campesinos y en supuestos auxiliares de las fuerzas guerrilleras insurgentes. En sus versiones urbanas pueden ser, como en Cali, Pereira, Bucaramanga y Medellín, tanto ciudadanos privados que se organizan para realizar labores de limpieza barrial, como agentes de la policía desconductados que asumen para sí mismos las tareas que la institución no puede realizar legal y legítimamente<sup>347</sup>.

Estas conexiones en la cultura política de la violencia nos hablan de que continúa implementándose un “campo social de conflicto”<sup>348</sup> y una “civilización del conflicto”, una sociedad en conflicto, que supone en palabras de Luís Alberto Restrepo, que “avanzan los tambores de guerra, pero no como continuación de la política, sino como su ruda sustitución desordenada”<sup>349</sup>. Esta sustitución, complementación o imbricación de la política y la violencia, incrementa el “antagonismo de la exclusión”, el no reconocimiento de la alteridad, un factor que según Daniel Pécaut tiene carácter prepolítico. Este carácter prepolítico traduce el peso que algunas instituciones sociales han tenido en Colombia:

---

<sup>347</sup> *Ibidem.*, pp.33-34.

<sup>348</sup> *Ibidem.*, p. 23.

<sup>349</sup> Luís Alberto Restrepo, *óp. cit.*, p. 93.



“La exclusión, el sustrato prepolítico de los enfrentamientos debe encontrarse entonces en las tradiciones educativas de la familia, la Iglesia y la escuela. El pueblo colombiano fue domado para la exclusión bajo el firme dominio de la Iglesia católica que adoptó una posición defensiva contra las ideas modernas que atentaban contra su hegemonía ideológica. Lo diferente, lo otro, la libertad de pensamiento, de conciencia y de investigación, fue eliminada a favor de una concepción intolerante del mundo”<sup>350</sup>.

La idea de que esta cultura de la exclusión y violencia empata con el pasado y el peso de la Iglesia en la sociedad colombiana es defendida por varios autores, entre ellos Ambrogio Adamoli<sup>351</sup>, para quien la mentalidad religiosa se convierte en causa estructural de la violencia, porque el intento de imponer una verdad a los demás tiene un papel determinante en la formación de la moral y del imaginario nacional. Para Carlos Mario Perea<sup>352</sup> existen unos claros vínculos, que él rastrea en la prensa colombiana de mitad del siglo XX, entre la cultura política y la violencia en Colombia, que hunden sus raíces en un horizonte imaginario de naturaleza religiosa, que tiene su origen en la colonia hispano-católica y la Contrarreforma. Por su parte, Cristina Rojas<sup>353</sup> se propone pensar la violencia desde la cultura, para ello parte del hecho de que hay una violencia originaria o de representación que antecede y sirve para alimentar un discurso de justificación de la violencia “real” o la agresión física. Esta violencia de representación se origina en un régimen monológico de comprensión del mundo, que niega al otro su posibilidad de ser distinto a esa cosmovisión. El régimen de representación que se impuso con la llegada de los

---

<sup>350</sup> Carlos A. Londoño, “La modernidad y el papel del Estado en la época de la Violencia” en *Memorias de Historia, IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, 1995, p. 124.

<sup>351</sup> Ambrogio Adamoli, *Violencia y religiosidad*, Ed. Escuela Colombiana de Ingeniería, Bogotá, 1996.

<sup>352</sup> Carlos Mario Perea, *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*, Santafé de Bogotá, Ed. Santillana, 1996.

<sup>353</sup> Cristina Rojas, óp. cit., pp. 17-33.

españoles, que continuó con la República y que llega hasta nuestros días, se basa según la autora, en los términos de civilización y barbarie. Este “discurso civilizador” y ese “deseo civilizador” obligan al civilizado a civilizar al bárbaro, por lo que legitima el uso de la fuerza contra él, en caso de que no se deje civilizar “por las buenas”. Fueron estas visiones monológicas defendidas por los distintos grupos sociales, las que impidieron la unidad simbólica de la nación, empeñadas como estaban y están en la eliminación física del contrincante, todo ello dificultó la construcción del Estado-nacional e imposibilitó la consolidación e institucionalización de una cultura de tolerancia de la diferencia:

“La conformación de un Estado universal, la defensa de la individualidad, la ética civil, la libertad de pensamiento, de culto y de expresión, fueron limitadas por una formación cultural teocrática que pretendió implementar la hegemonía y evitar todo cuestionamiento al sistema de poder y de creencias. Las causas de la existencia de factores prepolíticos, debe encontrarse en las dificultades para pasar de una sociedad tradicional, a una postradicional, el parto de este proceso, amenazaba la identidad y dado que no existía otra identidad que la de los partidos –en vez de la simbolizada por la Nación- se conforma una especie de paranoia colectiva, en la que es necesario eliminar el contendor que, a su vez, amenaza con eliminarme”<sup>354</sup>.

Esta ley de la selva de carácter prepolítico dificulta la consolidación política de la sociedad y la disminución de los niveles de violencia. El uso de la violencia sigue teniendo beneficios políticos y económicos por lo que su práctica continúa, evidentemente el tener cierto reconocimiento social también la alimenta y, por último, el uso del terror consigue mermar la voluntad de resistencia del contrario. Como afirma Nelson Manrique para el caso de los campesinos peruanos: “La

---

<sup>354</sup> Carlos A. Londoño, óp. cit., p. 124.

violencia ejemplificadora debe cumplir, además, otra función fundamental: reforzar la pasividad y el fatalismo que históricamente se ha alimentado de la convicción de que cualquier intento de rebelarse es, por definición, inútil<sup>355</sup>.

El intento de condicionar los comportamientos de los individuos y afectar la vida política y social de un territorio a partir del uso de la violencia para atemorizar al contrincante y paralizarlo con el terror, puede ser una constante en estos territorios donde el conflicto se desarrolló: Perú, Colombia, Euskadi, Irlanda del Norte, etc. Luciano Rincón lo describe para el caso del País Vasco:

“Es difícil describir un miedo que no se detecta en la vida cotidiana, pero que existe. Existe cuando frente a la provocación de un grupo de mozalbetes que intenta cambiar el signo de una fiesta, que pretende asaltar el Ayuntamiento e incluso incendiarlo, como ha sucedido en Bilbao, casi nadie responde. Hay miedo cuando en el pueblo guipuzcoano de Ordizia casi nadie se atreve todavía a enjuiciar públicamente el asesinato de Dolores González Cataráin, Yoyes, muerta en fiestas. Hay miedo cuando el ochenta y tantos por ciento de los ciudadanos vascos, que con su voto rechazan la violencia, callan y otorgan ante grupos mínimos de vociferantes<sup>356</sup>.”

Hemos comprobado cómo la violencia política es consustancial con la historia de Colombia -como también puede ser con la historia de España-, y está basada en el mantenimiento de las diferencias entre los ciudadanos, sobre todo, en su capacidad desigual de acceso al poder; llegando las relaciones de fuerza a estar desintitucionalizadas y ser la base de la construcción de la sociedad. La combinación de orden y violencia que Pécaut definió para caracterizar el sistema político

---

<sup>355</sup> Nelson Manrique, “La década de la violencia”, en Heraclio Bonilla, *Perú en el fin del milenio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, p. 84.

<sup>356</sup> Luciano Rincón, *Políticos y ciudadanos*, Ed. El Tilo, Bilbao, 1994, pp. 173-174. Tomado de Domínguez, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones. 1978-1992*, p. 262.

colombiano tiene su contrapartida en la convivencia en las organizaciones de izquierda colombianas de la acción política legal y de la lucha armada ilegal. Pizarro analizó este factor en el caso de las FARC y llegó a la conclusión de que:

“La tesis del Partido Comunista Colombiano sobre la combinación de todas las formas de lucha, enfrentada a la euforia militarista que dominó en los años sesenta a nuestras naciones, no nació de un dogma marxista. (...) La tesis de la combinación de formas de lucha constituyó un resultado histórico no calculado de antemano. Sus orígenes se remontan a la utilización simultánea de los medios legales e ilegales que acompañaron la historia de las luchas agrarias en el país, particularmente las inspiradas por el Partido desde sus orígenes, cuya tradición sería retomada en el período de la Violencia. Por otra parte, la decisión de impulsar la resistencia armada desde 1949 sería, desde entonces, un componente de la vida del Partido, en un país donde los espacios para la acción política de oposición han sido en extremo reducidos. Este hecho ha servido de justificación, por parte de la cúpula comunista, para no acceder a la desmovilización del movimiento armado, aceptando sólo su transformación en movimiento de autodefensa en las breves etapas de tregua y negociación que ha vivido Colombia. (...) Dos lógicas poderosas terminan por retroalimentarse. El Estado se cierra día a día en forma creciente ante la amenaza. Y la guerrilla empieza a actuar militarmente con autonomía de los factores políticos. En última instancia, la lógica combinatoria parte de la idea de que en Colombia no es posible una solución política a nuestros conflictos, si no se acompaña de un ingrediente militar. De esta manera, las alternativas políticas quedan supeditadas a la lógica de la guerra y a las capacidades operativas que las fuerzas enfrentadas tengan para dirimir a su favor el conflicto. La subordinación de lo militar a lo político se revierte a favor de la lógica militar. Las FARC terminarían devorando al Partido”<sup>357</sup>.

---

<sup>357</sup> Eduardo Pizarro, *Las FARC (1949-1966)*, óp. cit., pp. 204-206.

Para el ELN esta “cultura de resistencia” empleada por la organización armada enlaza con las luchas seculares de la población en América:

“La conquista, el sometimiento y la dominación extranjera han chocado con la resistencia del pueblo latinoamericano que no se resigna a ser dominado.

Los indígenas han luchado por la cultura, la defensa de su identidad colectiva, en las contiendas por sus territorios, presentándose múltiples expresiones de resistencia masiva. (...) Todas las luchas libradas contra los imperios extranjeros han estado guiadas por la búsqueda del goce pleno de los derechos individuales, de los derechos de los pueblos y de los derechos de las mayorías nacionales.

La rebeldía contra las tiranías es algo propio de los pueblos de América Latina, la cual se expresa en las costumbres, en todas las expresiones del folclor y en la religiosidad popular. Todos estos elementos constituyen parte importante de la memoria colectiva latinoamericana, que tiene en sus raíces el modo comunitario de vida en armonía con la naturaleza”<sup>358</sup>.

Evidentemente esta memoria histórica de lucha contribuye a fomentar esa cultura de violencia, además esta memoria histórica no responde sólo a coyunturas puntuales sino que parece una constante y enlaza con:

“El contexto más lejano, aquel constituido por un pasado que sigue estando presente en todas las memorias y es designado por todos bajo el nombre de La Violencia, responsable de 200.000 muertos entre 1946 y 1964. Y el contexto más lejano, aquel que se inscribe en la larga duración y tiene que ver con las condiciones de formación de la nación y de su unidad inacabada, condiciones que

---

<sup>358</sup> Dirección Nacional UCELN, *Conclusiones II Congreso*, óp. cit., pp. 212-213.

parecen subtender no solamente los dos momentos de la violencia, sino la persistencia de una dimensión de violencia que atravesaría las relaciones sociales y políticas”<sup>359</sup>. Y completa la idea Daniel Pécaut afirmando que: “Desde la Independencia, los colombianos no saben que orden y violencia están unidos, como el revés y el derecho de la misma realidad, a falta de un principio de unidad nacional”<sup>360</sup>.

Esta prolongación indefinida de guerra, intolerancia y violencia que ha desempeñado y desempeña un papel central en la configuración de lo político y social en Colombia y que sustenta “el torbellino de violencias” del país, tiene que llevarnos a reflexionar sobre su “utilidad”:

“¿Es una coincidencia fortuita que la violencia alcance tal notoriedad en un país andino donde la democracia civil restringida ha sobrevivido a innumerables crisis? El propósito de esta obra es demostrar que esto no es así. La violencia es consustancial al ejercicio de una democracia que, en lugar de tomar como referencia la homogeneidad de los ciudadanos, descansa sobre la conservación de sus diferencias “naturales”, sobre adhesiones colectivas y redes privadas de dominación social; y que no aspira a institucionalizar las relaciones de fuerza que irrigan la sociedad, ya que hace de ellas el resorte de su continuidad”<sup>361</sup>.

---

<sup>359</sup> Daniel Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, óp. cit., p. 12.

<sup>360</sup> Ibídem., p. 15. Para profundizar en esa idea de complementariedad entre orden y violencia, en Daniel Pécaut, *L'ordre et La Violence: evolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953*, Editions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 1987. Traducido al castellano: *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, CEREC-Siglo XXI, Bogotá, 1987. Reeditado en: *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, Norma, Bogotá, 2001. El autor muestra en este texto como la regulación de “lo social” por parte del Estado en Colombia, se inscribe en un proceso diferente al seguido por las democracias liberales europeas, y mantiene elementos tradicionales prepolíticos combinados con políticos modernos. Lo que conduce a una persistencia de la relación entre orden y violencia, que se convierten en categorías centrales para entender lo político en Colombia.

<sup>361</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, Op cit., p.29.

Como conclusión de este apartado podemos entonces afirmar con Daniel Pécaut que “la violencia se ha convertido en un modo de funcionamiento de la sociedad”<sup>362</sup>, lo que imposibilita la separación entre la violencia y la política, lo social y lo violento. Esta es la encrucijada social y política en la que se encuentra atrapada desde hace décadas Colombia.

---

<sup>362</sup> Daniel Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, óp. cit., p. 4.

## 4.4. EL PROCESO DE FORMACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN EN COLOMBIA

Los últimos doscientos años, en el territorio que hoy conocemos como Colombia, pueden estar caracterizados por la búsqueda ininterrumpida de la construcción y consolidación del Estado-nación; fenómeno que puede ser extrapolado a muchos países de Latinoamérica. El intento por establecer un orden político común, encontró para las élites la dificultad de adoptar un tipo de organización política moderna, sin que esto supusiese verdaderos cambios en la estructura social y económica tradicional. La imposición de un proyecto de nación exclusivo de unas élites, dificultó el surgimiento de identidades nacionales que aglutinasen a diferentes sectores de la población. Esto supuso que ese proyecto exclusivo debió ser posicionado con el uso de la fuerza, por lo tanto asignaron al Estado y sus fuerzas armadas una función determinante en este proceso de construcción social y política. Las élites criollas con una perspectiva civilizatoria y racista, partieron de la idea de que lo social no es susceptible de autogobierno y autorregulación, el resultado fue unos “sistemas de dominación tradicional, clientelismo tradicional o moderno, coacción física y fraude”<sup>363</sup>. Así el discurso civilista del orden y la violencia se retroalimentó para justificar una sociedad basada en la igualdad formal o legal, pero con una gran desigualdad en el plano real:

“América Latina soporta una larvada cultura de violencia y clientelismo. El Estado de Derecho presenta una fachada cuyos basamentos son, de hecho, la práctica clientelista y la violencia, recursos de poder que se refuerzan recíprocamente. Nos hemos

---

<sup>363</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, óp. cit., p. 27.



asegurado ilusoriamente de que los colombianos estamos a salvo de esa regla latinoamericana. Se nos dice que nos hemos salvado. Sin embargo, desde la misma Independencia el patriciado creó una visión civilista y legalista del desarrollo político, enteramente afín con el proceso de guerras civiles que se desató en el mismo año de 1811, en pos de alcanzar una hegemonía sustitutiva del poder de la Corona”<sup>364</sup>.

Este proceso de formación del Estado-nación donde orden y violencia van de la mano, se convierte en un tipo histórico de articulación social y territorial que define la historia de Colombia. Como plantea Ingrid Bolívar:

“Cuando se parte de que el estado es una forma de vinculación social que implica la articulación de distintos grupos sociales y de distintos territorios en períodos también diferenciables, la Violencia puede aparecer como una modalidad de articulación. Esto no significa que la Violencia se justifique o deba ser condenada. Precisamente, esta formulación saca a la Violencia del juicio moral y recuerda que distintos historiadores han constatado que el conflicto, y sobre todo el conflicto violento es característico de la formación de los estados y no su negación o límite”<sup>365</sup>.

Parece una paradoja que el proceso de formación nacional<sup>366</sup> en Colombia, uno de los países con mayor trayectoria en regímenes políticos civiles; sea al mismo

---

<sup>364</sup> Marco Palacios, *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*, Ed. Norma, Bogotá, 2002, p. 15. El autor recoge algunos de sus ensayos más importantes para rastrear la formación de la cultura política en Colombia desde mediados del siglo XIX hasta el XX; en uno de los capítulos indaga en los informes de diplomáticos ingleses sobre la percepción que tienen de Colombia y encuentra la siguiente definición: “Gente que depende del gobierno para vivir y que busca estar bien con el partido del gobierno, cualquiera que éste sea”.

<sup>365</sup> Ingrid J. Bolívar, *Violencia política y formación del Estado*, óp. cit., pp. 24-25.

<sup>366</sup> Sobre el tema se puede consultar se puede consultar la obra de Hans-Joachim König, *Auf dem Wege zur Nation: Nationalismus im Prozess d. Staats-u. Nationbildung Neu-Granadas 1750-1856*, Steiner-Verl, Stuttgart, 1988. Traducción al español: *En el camino a la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*, Banco de la República, Bogotá, 1994. El autor examina las condiciones en que surgió y se manifestó el

tiempo “el país en que la violencia está más explícitamente presente, tanto en las relaciones sociales y políticas, como en su representación”<sup>367</sup>. Mostrando este proceso una tendencia constante a combinar la unidad y la fragmentación, se une y se fragmenta al mismo tiempo, y esta fragmentación se convierte en una forma de construcción de unidad:

“La violencia, por otra parte, no es el reverso del orden. No hay duda de que es una modalidad concreta de acción del Estado o de los diversos grupos sociales; pero expresa también, de manera más general, la concepción de lo social que alimenta la referencia al orden.

La violencia remite, ante todo, a aquello que, en lo social, aparece en cada momento constituido como “exterior”. La antigua figura de la “barbarie” o de lo inasimilable subsiste todavía. Otros “exteriores” se forman a medida que progresa la regulación estatal o la política de “incorporación” (...), la violencia está en relación con lo que se considera como una frontera de ésta en relación con lo que se considera como una frontera de la socialización e impide la “realización” de la unidad de lo social”<sup>368</sup>.

¿Por qué la joven República no incorporó a todos los sectores sociales al nuevo proyecto político en los comienzos del siglo XIX? ¿Por qué después de dos siglos el régimen político no ha conseguido incorporar a la población en un proyecto común y legitimado ante todos los ciudadanos? El inicio de la conciencia nacional surgió por parte de unas élites criollas que asumieron una identidad de grupo frente a

---

nacionalismo en la Nueva Granada y extiende su reflexión al surgimiento de la Gran Colombia y las primeras etapas de formación de los nuevos Estado-nación. Para ampliar la importancia del debate se pueden consultar los textos clásicos de Ernest Renan, *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*, Alianza, Madrid, 1987, (1ª ed. 1882); Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, F.C.E., México, 1993; E. J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991.

<sup>367</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, óp. cit., p. 26.

<sup>368</sup> *Ibidem.*, p. 25.

la reorganización fiscal planteada por las reformas borbónicas en torno a 1780, que las discriminaba del acceso a los recursos de la Colonia; posteriormente esta conciencia de grupo se entendió a un amplio sector de la población y se convirtió en identidad nacional. Este proceso aglutinó variados intereses económicos, políticos o culturales posibilitando las experiencias independentistas de la metrópoli española y los proyectos de construcción de nuevos marcos político-jurídicos. Pero las disputas entre los distintos sectores de las élites y las diferentes regiones obligó a retomar los restos de la organización institucional del período colonial, así las antiguas Audiencias de la época colonial se convirtieron en los nuevos países. Lo cual puede mostrar que más que una conciencia nacional, en la construcción de los nuevos Estados nacionales, primaban los intereses de una élite de familias criollas pegadas a la burocracia del Estado colonial y que intentaron mantener sus intereses políticos y económicos. Todo ello alimentó las guerras que durante todo el siglo XIX intentaron imponer un orden político y social. Tal vez, aquí esté la respuesta a la persistencia de la violencia en el sistema político colombiano, el intento por mantener los privilegios de unas élites mediante la instauración de regímenes políticos restringidos, de tal manera que “el modo de institución de lo social; procede sobre todo de la posibilidad de su no-institución parcial”<sup>369</sup>. Por ello, el desciframiento de la violencia en Colombia pasa por analizar la forma de configuración del sistema político y a su vez la inteligibilidad de la política en el país requiere la referencia constante al uso de la violencia en el ámbito político. Como destaca Francisco Leal Buitrago: “La formación de la nacionalidad es un tema fundamental para la comprensión de la realidad política colombiana a lo largo de toda su historia.”<sup>370</sup>.

---

<sup>369</sup> *Ibidem.*, pp. 34-35.

<sup>370</sup> Francisco Leal Buitrago, *Estado y política en Colombia, Siglo XXI*, Bogotá, 1984, óp. cit., p.25.

Otro factor básico para la comprensión histórica del sistema político colombiano es el característico bipartidismo, o la histórica hegemonía de dos partidos políticos: el Liberal y el Conservador. Fue la capacidad de estos partidos de aglutinar y de enfrentar los diferentes sectores de la población, lo que determinó la configuración del sistema político y social, las formas de cohesión social y la imposibilidad de una unidad simbólica. Francisco Leal lo resume afirmando que:

“El caos político colombiano del siglo XIX reflejó en términos amplios los sucesivos fracasos de la única clase dominante, los terratenientes, para generar un proyecto político viable. La competencia política interregional entre sus grupos dirigentes, a la vez que alimentó la inestabilidad del país, permitió que éste no se desmembrara administrativamente. Y, cuando se fue planteando un proceso de disgregación regional con el federalismo, surgió el bipartidismo como factor de cohesión ideológica nacional, inclusive alentando mayores conflictos como fueron las guerras civiles de la segunda mitad del siglo...”<sup>371</sup>.

Esta forma de regular la sociedad “desde arriba” por parte de las élites criollas terratenientes, demuestra el intento de las mismas por extender una forma de dominio tradicional al nuevo sistema político liberal-moderno que surge después de la Independencia. De esta lógica política de exclusión emerge la relación entre violencia y política, así como las identidades antagónicas y la imposibilidad de conseguir la unión simbólica y política de la población. Daniel Pécaut refiriéndose a los dos partidos tradicionales, plantea que:

“Las guerras civiles facilitan su transformación en subculturas. Los partidos presiden la formación de dos sistemas de pertenencia y de identidad colectivas; generan dos concepciones incompatibles del

---

<sup>371</sup> *Ibidem.*, p.108.

orden social (...) encierran al individuo en un vínculo a la vez prepolítico y político y de esta manera garantizan una legitimidad de tipo tradicional para las élites civiles; en contrapartida, privan al Estado de la posibilidad de afirmarse como garante de la unidad simbólica de la sociedad: la división que los partidos perpetúan es compatible con arreglos gubernamentales e impide la formación de una imagen de un cuerpo social unificado.

Estilo liberal de desarrollo, arraigo de lo político en lo prepolítico, precariedad del Estado: sobre estas bases se afirma la democracia colombiana. Una democracia que, más que restringida, es fundamentalmente tradicional; que revalida las formas de dominación constituidas en el siglo XIX; y que, a manera de división social, sólo admite la separación partidista, a la que confiere el estatuto de ruptura insuperable<sup>372</sup>.

De esta manera las guerras consiguen configurar y engordar unas endeble maquinarias políticas a partir del odio al otro partido y del sentimientos de venganza. La pugnacidad entre los partidos escondía intereses de caciques locales y élites regionales, idea sostenida por autores como Daniel Pécaut, Fernán González o Ingrid Bolívar, esta última defiende la idea de que “no se trata de dos fuerzas ideológicas, homogéneas y contrapuestas, sino de redes que expresan y dan forma a numerosos conflictos de las sociedades locales<sup>373</sup>”. Postulados que profundiza Fernán González, quien caracteriza a estos partidos:

“Como ‘federaciones laxas de élites` que fueron unificando al país y ligando a la burocracia central con las regiones y localidades. Pero esta consolidación nacional a través de la mediación del bipartidismo no modificó esencialmente el carácter fragmentado y privado del poder (...) Esta delegación/mediación, por la cual

---

<sup>372</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, óp. cit., p. 32.

<sup>373</sup> Ingrid J. Bolívar, *Violencia política y formación del Estado*, óp. cit., p. 21.

compensa la fragmentación del poder y se logra cierta presencia del Estado nacional en las regiones, pero basándose en los poderes locales que conservan así la capacidad de entorpecer las reformas modernizantes pensadas desde el centro”<sup>374</sup>.

Esta combinación de élites regionales, caciques y poderes locales, centralización del poder en el Estado-nación y los diferentes niveles de la burocracia estatal, marcan la forma como el bipartidismo fue articulando y consolidando la construcción de nación. Pero al mismo tiempo, la disputa entre el partido liberal y conservador por los beneficios, privilegios e instituciones del Estado ha dejado una amplia huella en el pasado político del país. Fue esta disputa por la administración de los recursos y el control del Estado por parte de las diversas y dispersas élites políticas del país, lo que configuró las fortalezas y debilidades del propio Estado. El control de éste permitió a las élites la intervención del Estado en defensa de sus intereses y asimismo a los cuadros medios y simpatizantes de los partidos tradicionales participar en el “botín” del Estado. Por eso, compartimos las ideas de Ingrid Bolívar cuando afirma que:

“Las constantes rivalidades y luchas entre grupos de poder no hablan necesariamente de un mal funcionamiento del estado o de la debilidad del poder central. Por el contrario, tales rivalidades pueden constituir una modalidad del dominio político, la forma como un poder logra cierta centralidad. De nuevo, las luchas entre rivales e incluso las luchas violentas antes que evidenciar la disolución del estado o del ordenamiento político revelan una de sus modalidades de funcionamiento”<sup>375</sup>.

---

<sup>374</sup> *Ibidem.*, p. 20, nota n° 13.

<sup>375</sup> *Ibidem.*, p. 32.

Tanto en el siglo XIX como en el XX, el partido Liberal y Conservador fueron factores determinantes de la peculiar forma de unificación del país. Ambos jugaron un papel fundamental para impedir la fragmentación del país en redes de poder regionales controladas por caciques locales, y asimismo la adscripción partidista de los sectores populares los incluyó en este proyecto de construcción nacional. Como plantea Francisco Leal Buitrago, esta especial articulación del Estado con los intereses de las elites económicas y políticas del país y sus clientelas, va a definir la forma de configuración y desarrollo del Estado colombiano:

“Solamente la identificación común que sobrevino progresivamente con la afiliación familiar a uno u otro de los dos partidos pudo contrarrestar la proyección centrífuga. Bien pronto el bipartidismo, con un faccionalismo que mostraba las realidades regionales, se convirtió en el mediador por excelencia de los procesos sociales más visibles. Las guerras civiles expresaron la falta de proyectos políticos de organización social, pero tendieron a integrar la sociedad bajo sus banderas.”<sup>376</sup>.

Las elites políticas conservadoras y liberales, desde mediados del siglo XIX, se encargaron de fomentar el odio al otro partido como principal gestor del sentimiento de pertenencia al partido propio; así llevaron a sus seguidores periódicamente a sangrientas guerras civiles. A pesar de ello, estos partidos fueron garantes de la peculiar forma de unidad nacional que fue construyendo el moderno Estado colombiano. Francisco Leal Buitrago continúa mostrando los lazos estrechos entre el régimen político bipartidista y la formación y consolidación del Estado-nación liberal moderno, al afirmar:

---

<sup>376</sup> Francisco Leal Buitrago, *Estado y política en Colombia*, óp. cit., pp.148-149.

“Las guerras civiles del siglo XIX inyectaron en el alma de todos los colombianos el orgullo de sentirse liberales o conservadores. La organización política de ese entonces pudo reproducirse largamente disimulando su debilidad y, sobre todo, su tremendo descoyuntamiento regional, gracias a la grandeza funcional del bipartidismo como integrador ideológico de la nacionalidad colombiana. A partir de allí, todo fenómeno social de alguna importancia, aunque no fuese visiblemente político, fue mediatizado y canalizado por los partidos.

Por lo general, las lealtades personales no tuvieron su origen en identidades de clase social, sino que se manifestaron incondicionalmente, y con no mucho interés material visible, como deberes de copartidario. El compadrazgo y las relaciones de lo que hoy se llama clientelismo operaban dentro de estos parámetros sociales. El tipo de relaciones de dominación apoyadas en formas de producción diversas de servidumbre, proporcionaba una fácil compenetración con las relaciones de clientela dentro de los partidos.

Es obvio que esta situación fue tremendamente fructífera para el ejercicio de la dominación de clase. El disfraz ideológico bipartidista, donde se ocultaron las diferencias de clase, facilitó durante el siglo XIX la reproducción de los terratenientes y, ya en el siglo XX, la de los comerciantes y finalmente la de los industriales, como las clases dominantes que fueron disputándose el lugar hegemónico en el concierto político de la nación. Sin embargo, este mismo disfraz afectó también a los grupos dirigentes: a la vez que les facilitaba su papel como tales, les impedía su unificación política...<sup>377</sup>.

La imposibilidad de conseguir una unidad social, simbólica y real, fue el resultado de mantener un sistema político que se sustentó en las diferencias sociales aunque tuvo una apariencia democrática, y que además se basó en una confrontación

---

<sup>377</sup> *Ibidem.*, p.152.



partidista asentada en identidades no de clase sino en el odio al contrincante. La politización de la sociedad se sustentó, por tanto, en ese tipo de elementos prepolíticos, que sobrepolitizan la vida cotidiana de la población y de los actores sociales. La confrontación política y partidista se tradujo en una separación amigo-enemigo, verdadera esencia de la cultura política de la violencia. Por lo tanto, esta naturaleza prepolítica impidió que el sistema político y la democracia se convirtieran en antídoto contra esta relación amigo-enemigo; ya que el odio al otro, al enemigo fue la fuente de identidad y consolidación de los partidos políticos y estos últimos, a su vez, son el eje central del sistema político. En el corazón de este régimen político está su propia debilidad y autodesmembración. Como plantea Daniel Pécaut:

“La violencia colombiana no se reduce a lo prepolítico de lo político. Signo de lo no-instituible pone también al descubierto las fisuras de lo social. (...) La división política organiza identidades colectivas: frente a la imposibilidad de tomar a su cargo las divisiones sociales, se traduce en una ruptura entre la esfera política y la esfera social y contribuye finalmente a que esta última parezca regida a su vez por la pura fuerza. Al hacer de la relación amigo-enemigo el fundamento de lo político, crea las condiciones para que la misma relación invada lo social y circule allí sin barreras”<sup>378</sup>.

El país fue enquistándose, poco a poco, en el uso de la fuerza como recurso para imperar en las relaciones políticas, factor que se extendió también a las relaciones sociales de los ciudadanos y acabó por prevalecer en multitud de facetas de la vida cotidiana. Mostrándose con ello, como un fenómeno contingente de la experiencia histórica del país, se fue convirtiendo en hábito, luego en costumbre y ésta por último en tradición; es en este momento cuando podemos hablar de cultura política de la violencia. Este factor cultural de la violencia partidista y política que

---

<sup>378</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, óp. cit., p. 36.

polarizó la sociedad entroncó con una larga tradición de religiosidad y con el peso de la Iglesia católica en la forma como se estructuró históricamente Colombia; como afirma Eduardo Pizarro:

“Esta cultura política sectaria se vería reforzada por el papel no menos intolerante que cumplió la Iglesia católica, la cual se constituyó a lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX, no sólo en el principal soporte del Partido Conservador sino en el principal agente de propagación de una determinada visión cultural. Como ha mostrado en distintos ensayos Fabio López, desde la Constitución de 1886 se impuso en Colombia un modelo de organización político-social que le daba a la Iglesia un enorme papel tanto en la regulación de la vida social como en el mantenimiento del orden. ‘La Iglesia colombiana se caracterizó (...) por una actitud (...) condenatoria, hacia muchos de los valores de la modernidad: el liberalismo, la libertad de conciencia, la separación de la Iglesia y el Estado, el socialismo o el racionalismo francés, entre otros’. De acuerdo con Fabio López, el modelo cultural impulsado por la Iglesia tendió a ser eminentemente jerárquico y paternalista, y tuvo como uno de sus objetivos centrales la homogeneización cultural del país, sin ninguna consideración por las diferencias étnicas, religiosas, ideológicas o regionales. En buena medida, los imaginarios antagónicos entre liberales y conservadores se endurecieron gracias a la cuestión religiosa, que sirvió para reforzar las identidades políticas dándoles una connotación sectaria y excluyente”.

Esta visión sectaria, “religiosa” y absoluta de la realidad convertía las rivalidades políticas en cuestión de “vida o muerte”, estas diferencias eran percibidas por las personas como muros infranqueables de agravios acumulados en conflictos anteriores, odios que se transmitían de generación en generación y que predisponían a la gente para actuar violentamente contra el contrincante, satanizado éste desde el discurso del partido político propio. Como afirma Cristina Rojas: “Los antagonismos

políticos entre liberales y conservadores estaban inmersos en el deseo mimético de civilizar al otro. En el caso colombiano, cada partido fue concebido como el doble del otro dando así origen a la violencia”<sup>379</sup>. Fue este deseo civilizador que sustentó los dos proyectos políticos incompatibles de liberales y conservadores lo que permite acercarse a la comprensión del “régimen de re-presentación antagónico”, que no sólo imposibilita al otro ser otro, sino que hay que obligarlo a ser como yo. Fue esta violencia de re-presentación del otro que fluyó por los discursos políticos y cotidianos, la que alimentó el recurso de la violencia contra el otro, como forma de corregir su tendencia “desviada o anormal” de actuar y ser. En el peor caso, era preferible matar al otro que dejarlo ser él mismo, dado que el proyecto de civilización propio se pone en peligro con la existencia de ese otro. Por lo tanto, como plantea Cristina Rojas:

“Fundamental para el problema de la resolución de la violencia es la superación de las rivalidades allí donde se transforma en el doble de la otra. De acuerdo con Lacan esto se da en lo simbólico. Solamente el pacto de habla puede poner fin al antagonismo. Por tanto, la violencia no se soluciona con el uso de más violencia, es el discurso el que le pone fin. El discurso es en sí un pacto de reconocimiento: ‘El discurso es siempre un pacto, un acuerdo, se llega a un convenio, somos del mismo parecer –esto es tuyo, esto es mío, esto es esto, esto es aquello’. La paradoja de la violencia es que tiene que solucionarse en la representación alterando la violencia original que dio salida a la violencia manifiesta. El antagonismo tiene que ser reconstruido en la representación, la resolución de la violencia solamente puede darse en el orden simbólico re-inaugurando sentidos y recreando relaciones originales de identidad-diferencia”<sup>380</sup>.

---

<sup>379</sup> Cristina Rojas, óp. cit., p. 83.

<sup>380</sup> Ibídem., p. 81.

Por lo tanto, podemos concluir que el análisis de la violencia contra el otro e incluso de la guerra tiene que ser atravesado no sólo por los factores “estructurales” o las estrategias y motivaciones políticas sino también por el estudio de los discursos que motivan esas prácticas violentas y que re-presentan al otro en una “guerra ontológica” contra nosotros. El antagonismo real alimentado del antagonismo discursivo, la adscripción partidista supeditada a la adscripción representacional y mental. Como afirma Pécaut: “La violencia es, pues, a la vez, representación y modalidad concreta de las relaciones sociales y políticas. Preside la producción del acontecimiento y es su expresión”<sup>381</sup>. Lo interesante es que esta polarización política, ante la amenaza de la hegemonía política de ambos partidos por una tercera fuerza o el peligro de sustituir la tradicional dominación de clase, fue sustituida por acuerdos entre el liberalismo y conservatismo para seguir manteniendo el sistema, como sucedió en el periodo del Frente Nacional. Leopoldo Múnera afirma que:

“En este contexto, la polarización política y la guerra jugaron un papel importante para mantener vivas las diferencias simbólicas entre liberales y conservadores y para reproducir las rivalidades que reforzaban las identidades partidistas como la negación del contrario; pero no conformaron el eje del control político de las clases populares. Si la violencia había servido hasta el Frente Nacional como una de las bases de la hegemonía política en la relación entre los partidos tradicionales, el consenso, obtenido gracias a la adscripción partidista, había prevalecido sobre la coerción directa en la relación entre las clases dominantes y las populares”<sup>382</sup>.

Por lo tanto podemos destacar que este antagonismo político, además de articular un grupo humano, demuestra una larga tradición de sectarismo frente a otras posiciones de ver la realidad, llámese a esto fundamentalismo religioso o política de

---

<sup>381</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, óp. cit., p. 37.

<sup>382</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., p. 140.

la intolerancia. Este sectarismo e intolerancia se concretaron históricamente en el predominio del uso de la violencia y las armas en el ámbito de la política. Esta cultura de intolerancia hunde sus raíces en unas formas peculiares de entender la religión católica y en el peso que la Iglesia ha tenido en la configuración social del país. Esta sobremoralización de la política o politización de la religiosidad llenó la existencia cotidiana de los colombianos de actitudes extremas y en muchos casos radicales. Por ello, este sistema político que se fundamenta en los sentimientos de odio y en posiciones equidistantes y enfrentadas, fue calando en los imaginarios de la población desde la colonia, pasando por el siglo XIX y llegando hasta la mitad del siglo XX. Una población predominantemente rural se permeó por esta concepción religioso-cristiana de la vida y muy pronto se planteó dos concepciones irreconciliables de la realidad, la liberal y la conservadora; que mantuvieron la dialéctica de la violencia política y la pasión política bañadas con tintes seudoreligiosos. Podemos concluir con Múnera, que este contexto histórico-político influyó indiscutiblemente y de forma destacada en el surgimiento de la violencia política armada en la década de los años sesenta del siglo XX, porque:

“En síntesis, creemos que existía un contexto cultural extremadamente sectario e intolerante en la sociedad colombiana el cual, más que en otras naciones del continente, fue en el pasado una fuente que alimentó conductas extremistas en el plano político-partidista y que, tras la revolución cubana, nutrió a los movimientos guerrilleros. Incluso las guerrillas derivadas de partidos políticos ya constituidos, tales como las FARC o el EPL, no escaparon a esa lógica en la medida en que no se constituyeron como una prolongación de partidos abiertos y de masas, sino de ‘partidos-sectas’. Es decir, partidos intolerantes, en permanente actitud

defensiva, con una marcada intransigencia interna hacia las diferencias y con métodos autoritarios y verticales de dirección”<sup>383</sup>.

Por lo tanto, el férreo control bipartidista del sistema político colombiano en el siglo XIX y XX administró la “unidad” nacional y al mismo tiempo alimentó la imposibilidad de esa unión. El logro de esas élites políticas fue haber conseguido conjugar este desequilibrio para mantener el orden social y político que defiende los intereses de unas élites económicas; el reverso es la encrucijada de sectarismo y violencia política que sembró y que hasta nuestros días no ha dejado de cosecharse. O como afirma Daniel Pécaut:

“La democracia restringida genera permanentemente un ‘exterior’: la violencia es su expresión pero es también el medio para su control. La democracia restringida supone la confusión de los límites entre la exclusión y la inclusión, entre la dominación y el consentimiento, entre la revuelta y la adhesión: la violencia es la que hace posible esta confusión”<sup>384</sup>.

---

<sup>383</sup> *Ibidem.*, pp. 136-137.

<sup>384</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, óp. cit., p. 38.

## 4.5. LA CAMISA DE FUERZA DEL FRENTE NACIONAL

La cultura de intolerancia, de odios y rabias fue introduciendo a la población por el sendero de la guerra y la sangre, hasta llegar a la apoteosis de esta sangría que fue la época conocida como la Violencia. Tal vez el siguiente testimonio nos permita vislumbrar la atmósfera de terror que se vivió en este período:

“Lo primero era la vida. Inventar la forma de salvarla, recurriendo a cualquier método, por primitivo que éste resultara. Aprender a sobrevivir en una situación apremiante, lo fundamental. Fue la acción inicial en que se movilizaba el instinto y no la conciencia, no la defensa de principios políticos ni el enfrentamiento banderizo. Y el instinto aunado al temor que todo lo cubría hasta a los hombres de fortaleza, creó una tensión por la espera infinita de lo que iba a pasar. Aunque muchas veces era imposible predecirlo, porque la noticia de que la muerte venía de camino vestida de policía, acompañada de civiles armados, llegaba tarde. Luego, después de la sorpresa, el dramático conteo de cuerpos inertes, las lágrimas y los gritos adoloridos de venganza. Ese fue el comienzo, la vida y la venganza, que al final, convirtió a este pueblo apacible en un pueblo feroz (...)

Y los campesinos volvieron los ojos al monte que estaba dentro de la finca o cercano a la montaña. Así fue entonces que emergieron los enmontados.

Luego vendría el proceso de la organización. Ya no era posible vivir en una situación de arrinconamiento, pasivamente viendo sólo el correr del acontecer. Había que actuar, había que defenderse. Los primeros instructores fueron los campesinos reservistas. (...) Así surgieron las primeras guerrillas liberales y comunistas (...)

Fue así que al mismo tiempo como si fuera un río paralelo, al extenderse la violencia, iba apareciendo la guerrilla. Fue el comienzo en este siglo de una nueva forma de violencia, desde abajo en defensa de los de abajo.

Y naturalmente, esa defensa de la vida se entrelazaría con los odios heredados, la confrontación partidista y la contienda se amplió en una guerra civil esta vez no declarada por ningún documento público. Lo primero fue la defensa de la vida.”<sup>385</sup>

Esta situación generalizada de odios y asesinatos que cobró la vida de unas 300.000 personas, se intentó superar con el Frente Nacional (1958-1974), que fue el acuerdo del partido Conservador y Liberal para superar la peor crisis social y política que vivió Colombia en el siglo XX, el período conocido con el nombre de La Violencia (1946-1957). La anterior guerra civil se había dado, en la ya lejana Guerra de los Mil Días (1899-1902) que culminó con la pérdida del territorio de Panamá. La Violencia<sup>386</sup> fue un período caracterizado por el asesinato del candidato populista y liberal a la presidencia del gobierno, Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Esta muerte desató una asonada general en todo el país, comenzando en la capital con el famoso Bogotazo y que se extendió a todas las regiones en una guerra civil entre facciones de los dos partidos. El país quedó dividido en dos partes totalmente irreconciliables. Así el Frente Nacional se convirtió en el intento de las élites políticas y económicas del país por controlar esta violencia sectaria que puso en peligro su situación privilegiada en la sociedad. Este pacto entre los dirigentes del partido Liberal y Conservador consistió en repartirse periódicamente la

---

<sup>385</sup> Arturo Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*, Planeta, Bogotá, 1993 (1ª ed. 1985), pp.69-71.

<sup>386</sup> Sobre el tema consultar el libro de Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (Comp.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, óp. cit., en especial, para profundizar en este período se puede consultar el balance historiográfico planteado en el capítulo de G. Sánchez titulado: “Los estudios sobre la Violencia, balance y perspectivas”.



administración del Estado y de sus recursos. Este sistema político se basó en la paridad de los dos partidos tradicionales y en cerrar la posibilidad de la existencia de otros partidos, ya que otras fuerzas políticas no podían participar en las elecciones ni acceder a puestos en la administración, porque para ello se requería ser miembro de uno de estos dos partidos y hacer un juramento al partido Liberal o Conservador. Como plantea Eduardo Pizarro:

“La fórmula ideada por los dirigentes máximos de los dos partidos tradicionales, Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez, consistió en la distribución igualitaria de todos los cargos públicos entre el Partido Liberal y el Partido Conservador, en el establecimiento de la paridad en el interior de los cuerpos designados mediante la elección popular (Concejos Municipales, Asambleas Departamentales, Cámara de Representantes y Senado de la República) y la rotación en la presidencia de la República de representantes de uno y otro partido por 16 años. En estas condiciones la alternación entre los partidos dejó de ser el resultado de un proceso de audiencia y apoyo electoral, para convertirse en el producto rígido y legal de un pacto entre los partidos tradicionales, elevado al rango de mandato constitucional por el plebiscito votado en el país a finales de 1957”<sup>387</sup>.

La fecha de comienzo del Frente Nacional se puede establecer en diciembre de 1957 con el plebiscito, sin embargo la fecha de finalización del pacto, si bien fue 1974, se postergó porque el desmonte total del régimen no se dio hasta las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente de diciembre de 1990 y la posterior nueva Constitución de Colombia en 1991. Claro que el comienzo del pacto tampoco surgió en un día concreto sino que tuvo unos antecedentes muy importantes, así después de

---

<sup>387</sup> Eduardo Pizarro, *La guerrilla en Colombia*, óp. cit. p. 113.

varios años de guerra civil incubierta las élites políticas decidieron acabar con el caos en el país imponiendo una dictadura militar comandada por el general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). Esta salida política se frustró por las pretensiones del general de prolongar su mandato y la oposición del bloque bipartidista, la Iglesia y los gremios económicos a esa opción. Así los líderes de los partidos, Alberto Lleras y Laureano Gómez se vieron obligados a pactar para acabar con las ambiciones del general Rojas Pinilla y recuperar el espacio tradicional del bipartidismo. Este acercamiento entre los dos partidos buscó crear un Frente Civil contra los militares con la intención de consensuar un candidato presidencial en el periodo de 1958-1962, pero ante la resistencia del dictador y de parte del escalafón militar, los líderes de los partidos Liberal y Conservador se vieron obligados a pactar un acuerdo de mayor trascendencia que superase el poder de los militares y recobrará la propuesta civil frente a la militar. Fue así como se selló el pacto de Sitges, con la convicción de que este “pacto de caballeros” entre los líderes de los partidos resolvería todos los problemas del país. La convocatoria de un paro nacional el 10 de mayo de 1957 obligó a salir al general.

Por lo tanto, el Frente Nacional pretendió recobrar la situación de dominio tradicional basado en el sistema político bipartidista después de dos peligrosas experiencias populistas que pretendieron incluir a las clases populares colombianas en el juego político: la primera con la figura de Gaitán hasta su muerte en 1948 y la segunda con el populismo del general Rojas Pinilla. De alguna manera podemos afirmar que el pacto respondió al miedo de las élites frente a las clases populares y su inserción en el poder político mediante figuras populistas. Elemento éste destacable en la historia latinoamericana hasta nuestros días. Como propone Leopoldo Múnera:

“Las características excluyentes del Frente Nacional, que durante diez y seis años limitaron el ejercicio de la fuerza del Estado a los dos partidos tradicionales, implicaron una continuación y una metamorfosis del sistema oligárquico de poder, dominante en la escena política nacional desde la época de la colonia española. Tal sistema, entendido a la manera de Fernando Guillén como una estructura asociativa, una tendencia y una tensión general de la sociedad construidas alrededor de los privilegios de un pequeño grupo dominante y de la participación política subordinada de la mayoría de la población, pasó de la encomienda a la hacienda, de ésta al clientelismo por adscripción (señorial) de los partidos tradicionales y de éste al clientelismo transaccional del Frente Nacional”<sup>388</sup>.

El Frente Nacional, igual que había sucedido con el sistema bipartidista desde el comienzo de la República en el siglo XIX, permitió recuperar la dominación de clase que ambos partidos aseguraban. Situación que se puso en peligro con La Violencia y el golpe militar de Rojas Pinilla y su posterior independencia política de los dos partidos tradicionales. Por tanto, la reconfiguración del bipartidismo con el nuevo pacto permitió la vigencia de una estructura social de dominación, caracterizada por la rigidez de la estratificación social, el autoritarismo y la represión de la oposición. Se puede defender la tesis de que el Frente Nacional se convirtió en un régimen político con más continuidades que cambios. Un claro ejemplo fue su carácter totalmente excluyente con relación a otras fuerzas sociales y políticas que no estuviesen representadas en el liberalismo o el conservatismo, especialmente sucedió esto con el Partido Comunista. Por tanto, el Frente Nacional empata históricamente

---

<sup>388</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., pp. 127-128.

con el mismo proceso de Independencia nacional y con el lejano periodo colonial.

Sobre la relación entre bipartidismo y formas de dominación, Daniel Pécaut afirma:

“Son los dos partidos, el liberal y el conservador, surgidos a mitad del siglo XIX, y no el Estado, los que han definido las formas de identificación y de pertenencia colectivas, los que han dado nacimiento a subculturas transmitidas de generación en generación, los que han instaurado una división simbólica sin relación, o casi, con las divisiones sociales, los que han engendrado fronteras políticas que se han perpetuado hasta ahora. Esta división del cuerpo social ha sido lo bastante impositiva como para prohibir a los movimientos, nacionalistas, populistas, la expresión política de los conflictos de clase, lo mismo que para impedir las intervenciones de los militares, de los intelectuales o de los tecnócratas que, por lo demás, han acompañado la construcción de las unidades nacionales. Lo ha sido también bastante para que el régimen, ya sea que esté fundado sobre la hegemonía de un partido o sobre un pacto entre ambos, no disponga nunca sino de una legitimidad incierta. En fin, lo ha sido suficientemente como para que el Estado, perpetuamente repartido entre facciones y subfacciones de un partido o de los dos, no pueda considerar en forjar la sociedad, ni siquiera en reivindicar sobre ella una autoridad indiscutible”<sup>389</sup>.

El Frente Nacional que supuso una etapa de connivencia y convivencia pacífica entre los partidos tradicionales Liberal y Conservador, fue incubando una nueva situación política explosiva. Las élites políticas y económicas anquilosadas en su pacto burocrático bipartidista y en utilizar a las fuerzas de seguridad del Estado para “mantener a raya” a la oposición política y a los movimientos sociales; se mostraron sordas a las reivindicaciones sociales y políticas de importantes sectores de la población, lo cual imposibilitó la paz social. A la reconfiguración del régimen

---

<sup>389</sup> Daniel Pécaut, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, óp. cit., p. 16.

político para mantener los privilegios sociales de unas élites, se contestó con un proceso de reestructuración de la confrontación política y social. Esta última se caracterizó por el tránsito de una violencia bipartidista a otra de lucha armada revolucionaria, asimismo por el paso de una disputa por el control desde dentro del orden a otra de confrontación radical contra el orden establecido. Por lo tanto, el Frente Nacional que fue diseñado para acabar con la violencia de forma negociada, terminó creando, al establecer nuevas formas de exclusión, una nueva fase de la histórica violencia política armada en el país, en este caso la violencia revolucionaria.

Por último cabe recordar que además, el inicio del Frente Nacional coincidió con dos hechos trascendentes en la historia de América Latina: la Revolución Cubana y la emergencia de la “Nueva Izquierda”. Estos hechos unidos al cerramiento del sistema político colombiano supuso una tendencia de ruptura y militarización de las formas de protesta social y política. Por tanto, compartimos la valoración de este periodo histórico realizada por Leopoldo Múnera cuando afirma que:

“Ni la dictadura del General Rojas Pinilla ni el Frente Nacional cortaron la continuidad de la violencia dentro de la política colombiana. Sin embargo, originaron una metamorfosis de ella que iría a estar en el centro de las relaciones entre el Estado y los movimientos populares a partir de 1960. La violencia de los partidos se institucionalizó y fue centralizada por el Estado, mientras los pocos grupos populares armados que sobrevivieron a la pacificación de Rojas Pinilla siguieron una doble trayectoria: *evolutiva* hacia las guerrillas revolucionarias e *involutiva* hacia el bandolerismo, según el análisis de Gonzalo Sánchez. La disputa por la legitimidad (entendida como reconocimiento social y como defensa de un orden que se pretende justo) de las nuevas formas de la violencia;

dominaría la actividad política durante el Frente Nacional. En esta lucha, el Estado buscaría detentar el monopolio de la violencia y los grupos insurgentes tratarían de impulsar la guerra revolucionaria. El enfrentamiento armado tomaría así la forma de los conflictos de clase y dejaría atrás la de los conflictos partidistas. El hilo de la violencia seguiría marcando la vida política del país y envolvería la acción colectiva de los sectores populares, la cual empezaba un nuevo proceso de autonomía con respecto a los partidos tradicionales”<sup>390</sup>.

Vemos como uno de los resultados del Frente Nacional fue el surgimiento de nuevas formas de exclusión política, que se acompañaron de nuevas expresiones de protesta social, que ya no respondían a las tradiciones centenarias contestarias bipartidistas, sino a intentos de abolir el orden establecido por medio de una guerra insurreccional. Esta nueva forma de articular la política con la guerra, además respondió al momento de excepcional mesianismo revolucionario de la época, que en Colombia se concretó especialmente con el surgimiento de dos guerrillas que perduran hasta nuestros días: ELN y FARC. Pero otra consecuencia de este período histórico fue que los partidos Liberal y Conservador dejaron de cumplir el papel de mediadores entre las clases populares y el Estado, ya que ambos se insertaron plenamente con este último. Por tanto, esto se tradujo en descrédito de estos partidos como garantes de los intereses comunes de la población, el escepticismo en su gestión y la abstención creciente dada la repartición previa de las cuotas de poder en el Estado. Todo ello abrió camino para que creciese la cuota de simpatía con aquellos movimientos políticos y sociales que luchaban contra el bipartidismo y su sistema cerrado frentenacional, como fue el caso del creado por el general Rojas Pinilla,

---

<sup>390</sup> *Ibidem.*, pp. 137-138.

Movimiento de Alianza Nacional Popular (ANAPO) o el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL).

Se puede comprobar como el pacto transformó radicalmente la relación tradicional entre las élites del país y las clases populares, se desvanecieron poco a poco las adscripciones pasionales partidistas y los movimientos sociales desconfiaron de la posibilidad de canalizar sus reivindicaciones por el sistema político y el bipartidismo como formas de mediación, y tendieron cada vez más a reivindicar por canales separados de la institucionalidad. Los espacios de mediación política se redujeron drásticamente, ya que frente a la anterior competencia por el Estado entre dos partidos que necesitaban de la adscripción de militantes y para ello respondían a las necesidades de estos últimos; todo ello se sustituyó por una mediación política incompleta que defendía los intereses de una minoría y que desconocía las demandas de amplios sectores de la población. En definitiva, el Estado se supeditó a los intereses de los partidos y no éstos a una razón de Estado, el Estado con la mediación del bipartidismo respondió a los intereses de unas reducidas élites políticas y económicas. Como afirma Leopoldo Múnera:

“La eficacia estatal para permitir la articulación de las élites y las clases dominantes y garantizar la subordinación de las clases populares por diferentes medios, que van desde la adscripción partidista hasta la represión ilegal, pasando por el clientelismo transaccional, contrasta con la ineficacia estatal para crear vínculos de integración alrededor del orden institucional y de los valores que él representa. No obstante, en el Estado colombiano, la eficacia como forma de dominación no se opone con la ineficacia como forma de integración; por el contrario, una depende de la otra. El conjunto de *debilidades* que se le pueden imputar, obedece a un conjunto similar de *fortalezas*, desarrolladas después de la dictadura militar y pocas veces señaladas. La falta de autoridad y la

precariedad del aparato judicial y de las fuerzas del orden, tienen como contrapeso el control efectivo de la protesta social, aún por fuera de la ley que él mismo promulga. La incapacidad para regular los conflictos sociales y su endeble presencia en ciertas regiones del país, muestra en la otra cara de la moneda, la capacidad para servir de espacio de mediación política entre las élites dominantes, sin que éstas pierdan su especificidad, e impulsar políticas de desarrollo favorables a las oligarquías industriales y agrarias. (...) Su aptitud para realizar las tareas propias a una forma de dominación dentro de un sistema oligárquico de poder, no le permite cumplir otras funciones, que en teoría un *Estado moderno* debería efectuar”<sup>391</sup>.

Un Estado moderno débil se convirtió de alguna forma en el resultado de la fortaleza de las élites económicas, ya que éstas han defendido a ultranza a lo largo del tiempo, un sistema tributario poco impositivo. A ello se unió un país extremadamente fragmentado por una agreste geografía, que fortaleció los cacicazgos políticos locales y los intereses regionales frente a la centralización del poder. Y por último, otro factor que muestra esta debilidad estructural es la inclusión lenta e insuficiente de las clases populares en la ciudadanía social y política. Todos estos factores coadyuvaron para aumentar la falta de legitimidad del Estado y del sistema político en amplios sectores de la sociedad en la época del surgimiento de la violencia revolucionaria en la segunda mitad del siglo XX.

La legitimidad del Estado le permite a éste que los ciudadanos acepten que el único que tiene derecho a usar la violencia en la sociedad es ese Estado y también a mediar entre los intereses de los ciudadanos; cuando el Estado pierde esa legitimidad ante un sector importante de la sociedad, este sector puede decidir que hay un grupo opositor a ese Estado que puede tener mayor legitimidad por los

---

<sup>391</sup> *Ibidem.*, pp. 233-234.



valores que sostiene. Generalmente, una de las condiciones necesarias para que un grupo social proteste armada y violentamente es la falta de legitimidad del sistema político y por ende del Estado en un sector de la población. Por tanto, se puede afirmar que los grupos armados ilegales no cuestionan tanto la autoridad del Estado sino su legitimidad para gobernar. Este último punto es el que define a estos grupos como pertenecientes a un fenómeno de violencia política armada, y su surgimiento y consolidación no se debe tanto al potencial de respuesta militar que tengan sino a la capacidad de presentar su lucha como legítima contra el Estado en sectores de la población. Francisco Leal lo resume con la siguiente explicación:

“El factor más consistente de integración nacional en Colombia lo constituyó el bipartidismo. En este sentido, fue el medio principal para la dominación política con base en la competencia sectaria entre los partidos, competencia que implicaba la exclusión burocrática del partido contrario por parte del que estuviera en el gobierno. La eliminación de esta característica, por razón del mandato constitucional que estableció el Frente Nacional, generó el debilitamiento progresivo de la ideología de secta que identificaba a los miembros de cada una de las dos organizaciones. Con ello salió a flote la necesidad de muchos sectores sociales de buscar otros canales de expresión política distintos del bipartidismo. Pero el monopolio que éste esgrimía, en virtud de la nueva modalidad de régimen, desarrolló mecanismos de defensa que se fueron traduciendo en un bloqueo progresivo a las nuevas formas de participación, bloqueo que al convertirse en represión no sólo destruyó estas nuevas experiencias, sino que estimuló salidas radicales, incluidas las guerrillas”<sup>392</sup>.

---

<sup>392</sup> Francisco Leal Buitrago, *Estado y política en Colombia*, óp. cit. p. 68.

Este fenómeno de “democracia restringida” que bloqueó sistemáticamente la participación ciudadana en las decisiones políticas, llevó a un creciente escepticismo de amplios sectores de la población con el sistema político y al surgimiento de formas de participación no institucionalizadas. Especialmente estas formas de participación social y política desinstitucionalizadas fueron adquiriendo poco a poco el carácter violento y haciendo uso de la fuerza como “arma” política y de transformación social. El desconocimiento de la voluntad popular y la desconfianza de las élites políticas hacia los sectores populares prepararon indiscutiblemente el camino para el surgimiento de los grupos armados. Un ejemplo claro fue el fraude realizado en las elecciones presidenciales de 1970 a la ANAPO y la aparición del M-19 como brazo armado de un sector de este partido. Así, su consigna fue muy dicente de esta atmósfera política viciada: *¡Con el pueblo, con las armas, al poder!*

Entonces en las décadas de los años 60 y 70 del siglo pasado nos encontramos con un Estado que no ejerció suficientemente de “árbitro social”, que respondió a un perfil de Estado Patrimonial Tradicional más que a un Estado Moderno Liberal; que defendió los intereses de una reducida élite económica del país y que las formas de populismo que podían insertar a los sectores populares en el sistema político fueron aniquiladas o desvertebradas sobre todo durante el período de La Violencia: el gaitanismo y el sindicalismo de corte nacionalista. Por tanto, en el momento de surgimiento de los actores armados, estos se encuentran con un “desierto” de organizaciones sociales, espacio que pudieron ocupar para encauzar las demandas de distintos sectores sociales: estudiantes, campesinos, sindicalistas, etc. Como afirma Eduardo Pizarro:

“De esta manera, al designar como ‘ciudadanos de segunda categoría’ a quienes no pertenecían a estos partidos, congelar la competencia política, impedir la crítica y la fiscalización de la gestión pública y mantener aplacadas las demandas populares mediante medidas autoritarias de estado de emergencia, se creó un contexto que habría de favorecer uno de los rasgos más notables del sistema político colombiano: las formas institucionales de acción política y social (elecciones, huelgas) se fueron reduciendo a niveles mínimos, en beneficio de formas no institucionales (paros cívicos, guerrillas, huelgas ilegales, marchas campesinas) que fueron ganando niveles insospechados. (...) La guerrilla fue concebida por sus protagonistas iniciales como uno de los pocos instrumentos viables para la expresión de demandas y expectativas de algunos sectores excluidos de este “sistema semicerrado” y, por tanto, nacería cobijada por un margen nada despreciable de legitimidad en ciertas capas de la población”<sup>393</sup>.

---

<sup>393</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 117.

## **4.6. EL CLIENTELISMO Y LA CAJA DE GALLETAS DEL ESTADO**

Las relaciones de dominación entre las élites económicas y políticas y los sectores populares de la población sufrieron una destacada transformación con el Frente Nacional; para algunos, este pacto quitaba las vendas de las clases populares y mostraba la realidad de los partidos tradicionales. Esta reconfiguración de las estructuras de dominio de la sociedad colombiana supuso la intensificación de un viejo mecanismo de poder: el clientelismo político o la utilización del Estado como “la caja de galletas” de los partidos. El clientelismo se convirtió en el principal mecanismo de subordinación de los sectores populares de la sociedad a las élites. Dado los altos niveles de pobreza en el país, los partidos como gerentes de los recursos del Estado, contaron con una nueva “herramienta” de adscripción política, una vez pérdida la anterior de los odios partidistas. Esta renovada forma de “coerción estructural” contra las clases bajas, fue el resultado de que parte de éstas aceptasen que sus reivindicaciones sociales o sus demandas al Estado, se canalizasen a través de caciques políticos; todo ello como resultado de la imposibilidad de obtener esos resultados a través de los canales institucionales normales de un Estado liberal moderno:

“De un clientelismo señorial, que abarcaba al conjunto de la sociedad colombiana, pues iba desde las relaciones cotidianas hasta las estructurales, y descansaba sobre la aceptación de las jerarquías construidas en torno a los privilegios sociales, se pasó a uno transaccional, caracterizado por la apropiación privada de los recursos oficiales con fines políticos. El sistema jerárquico propio del caciquismo le fue cediendo su lugar a un sistema que reposa

sobre la acción de los políticos profesionales, al tiempo que la negociación del voto y de otras formas de respaldo político por el favor de las decisiones y los recursos públicos invadió el quehacer de los partidos tradicionales. En muchos casos, dicho proceso de extensión del clientelismo transaccional fue animado por los antiguos caciques, que así se adaptaron a la nueva situación política después de los años de la Violencia. Este *clientelismo político mercantil*, como lo designan Leal y Dávila, arraigado en una amplia red vertical de lealtades comerciales, sirvió para articular tanto el sistema oligárquico de poder como la relación entre el Estado y la sociedad civil colombiana”<sup>394</sup>.

El monopolio que ejerció la clase política bipartidista de los recursos del Estado, le permitió fortalecer estas relaciones clientelistas y convertirlas en el eje de articulación de los sectores populares y su votación con el sistema político colombiano; y a su vez permitió a los políticos mediar en el proceso por el cual los ciudadanos accedieron a los beneficios otorgados por el Estado. La política social del Estado se convirtió en un factor de “chantaje” para corregir la situación de pobreza de la mayoría de la población del país, así a partir de este momento los políticos y no las instituciones llevan su nombre en la provisión de redes de acueducto, construcción de escuelas, albergues u hospitales. En el proceso de modernización de la sociedad colombiana, los lazos de solidaridad primarios o prepolíticos no se sustituyeron por unos vínculos igualitarios entre los ciudadanos y los recursos o beneficios del Estado moderno, sino por una versión intermedia: el clientelismo patrimonialista. Fue así como este clientelismo se convirtió en una renovación del caudillismo decimonónico, no sólo porque dispone de los recursos del Estado que administra, sino también porque hizo uso de la violencia y la fuerza para defender

---

<sup>394</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., pp. 140-141.

ese espacio de intermediación. Como mostró el modelo de Weber, el patrón seguido por el clientelismo es el régimen patrimonialista, aquel que maneja la necesidad de la población empobrecida con “la zanahoria y el palo”, o que traducido a este contexto significa, con los recursos del Estado y la coerción, para mantener su situación de privilegio. Este sistema se intensificó posteriormente con la apertura económica de los ochenta y la inserción del narcotráfico en la política local y regional. Colombia sería un buen ejemplo histórico de lo que sucedió en otros países de Latinoamérica de forma más soterrada:

“En América Latina, a partir de la exclusión económica y la segmentación de la población, que adquiere dimensiones extremas en los países más pobres, el proyecto capitalista neoliberal global ha impuesto el desarrollo de ‘democracias restringidas o de baja intensidad’, en las cuales la participación queda reducida al procedimiento electoral periódico, es decir, a una mera función legitimatoria, con lo que se despolitiza así la economía, la vida social y la misma política. Al subordinarse la intervención del Estado a la racionalidad económica del mercado mundial se constituyen democracias frágiles, dominadas por relaciones autoritario-clientelísticas”<sup>395</sup>.

Con este fenómeno social se fue consolidando un estilo de dominación de forma indirecta, basado en la necesidad de la población y que demuestra la dificultad del Estado colombiano por hacer una presencia directa en su territorio. Esta dificultad es debida a la enorme extensión territorial, la escarpada orografía, la variedad cultural del país, la falta de vías de comunicación y a la debilidad crónica del propio Estado. Por eso aparecen grupos o individuos que aprovechan esta

---

<sup>395</sup> María Laura Méndez y Mirta A. Giacaglia, “Debates actuales acerca de la política y lo político” en Carlos Enrique Berbeglia (Coord.), *Violencia y cultura. Nuevas propuestas para una antropología argentina*, Ed. Biblos, Argentina, 2003, p. 175.

situación y dirigen por “encargo” ciertas zonas o regiones del país. Pero si el Estado no es suficientemente fuerte para controlar directamente ese pedazo de territorio, el “señor” o cacique local debe demostrar que sí ejerce su poder y control efectivo en su jurisdicción. Estos intermediarios políticos y el dominio indirecto del Estado en amplios sectores del país se convirtieron en una forma de funcionamiento del sistema político colombiano y de la sociedad en general. Este período de la historia de Colombia estuvo marcado por la fragmentación del poder político y del territorio, ambos se superponen y la ciudadanía política quedó circunscrita por estos factores. Como plantea Marco Palacios:

“A través de los partidos políticos las oligarquías locales se articularon con las bases populares por intermedio de una vasta y tupida red de caciques y cacicazgos electorales, cuya suerte *vis-à-vis* las oligarquías ha variado considerablemente a lo largo de los últimos 120 años, pero cuyo oficio es absolutamente imprescindible para mantener tanto la ‘legitimidad democrática’ del sistema político, como la dimensión supra-regional de éste. Los caciques, al tiempo que vinculan clases y regiones al ‘proyecto nacional’, son la mejor expresión de la segmentación política colombiana”<sup>396</sup>.

Por tanto, el clientelismo fue un elemento fundamental para analizar las causas del surgimiento de la violencia política armada en su vertiente insurgente en Colombia en la década de los años 60. La intermediación clientelista contribuyó al cerramiento del sistema y a la inoperancia en muchos casos del mismo, ya que los políticos lo utilizaron como forma de enriquecimiento personal y de dominio territorial, defendieron su “territorio” con métodos antidemocráticos como la compra de votos, el fraude e incluso el uso de la violencia contra los rivales políticos. Es lo que Luis Alberto Restrepo define como “la subversión desde arriba” que es “más

---

<sup>396</sup> Marco Palacios, *La clase más ruidosa*, óp. cit., p. 47.

demoledora que la “subversión desde abajo” que toma de aquella sus mejores razones”<sup>397</sup>.

Por tanto, el Frente Nacional acrecentó el fenómeno del clientelismo y lo convirtió en un factor determinante de su supervivencia. Por otro lado, el clientelismo también supuso el detrimento del erario público lo que impidió que la mayoría de la población accediese a los beneficios del Estado. En conclusión, apoyamos lo que plantea Leopoldo Múnera:

“El consenso alrededor de los partidos pasó de estar socialmente extendido y de articularse alrededor de un núcleo compuesto por la adscripción partidista, y en menor medida por la ideología (por la identificación programática o doctrinaria), a limitarse a quienes participaban en los eventos políticos y a articularse alrededor de las transacciones clientelistas, sin que lo ideológico y la adscripción partidista desaparecieran totalmente del panorama político colombiano. La mayoría de la población quedó por fuera de los canales institucionales destinados a la construcción del consenso, lo cual se manifestó en un deterioro de la legitimidad y en un aumento constante de los conflictos sociales. Estos tuvieron como respuesta una coerción policial o militar del Estado, apoyada por las normas adoptadas bajo el estado de sitio, que durante largos períodos adquirió el carácter de permanente. Las estrategias políticas de presión y represión por medio del Estado fueron ganando terreno e imponiéndose sobre las de legitimación. La hegemonía política con respecto a las clases populares, que como dijimos con anterioridad se había mantenido sobre la base de un ejercicio indirecto e interiorizado del poder, empezó a reposar cada vez más sobre un ejercicio directo del mismo, en el que las Fuerzas Armadas jugaron un papel preponderante”<sup>398</sup>.

---

<sup>397</sup> Luís Alberto Restrepo, óp. cit., p. 86.

<sup>398</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., pp. 143-144.



## **4.7. ELIPSE DE VIOLENCIA: COERCIÓN, REPRESIÓN Y REVOLUCIÓN ARMADA**

La reducción progresiva de los canales políticos habituales durante el Frente Nacional tuvo esencialmente dos consecuencias: la primera, una presión de los grupos económicos o sociales representados por el sistema político formal sobre las fuerzas de seguridad del Estado para que defendiesen sus intereses; y la segunda, un incremento del uso de la violencia por parte de los grupos excluidos o no representados en el sistema político. Las élites económicas y políticas del país creyeron que con el pacto político quedaban resueltos todos los problemas y se solucionaba la guerra civil encubierta anterior, y por lo tanto, los conflictos que surgieron posteriormente al pacto respondían a expresiones de bandidaje o delincuencia común, y debían ser tratados como un problema de orden público. Los conflictos políticos que aparecieron después del pacto bipartidista, ya no fueron tratados por el Estado y los partidos tradicionales como asuntos políticos, sino como cuestiones policiales o militares. Esta perspectiva se reafirmó después del miedo que adquirieron las élites del país con las protestas “desde abajo” de las clases populares, por el asesinato del líder populista Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. A partir de este momento, la protesta social es percibida con gran desconfianza y temor por las élites del país, y por ende reprimida. Como afirma Fernán E. González:

“La otra cara de esta incapacidad de integración social por el sistema y el Estado fue el desborde de las luchas sociales, que hace cada vez más frecuente el recurso a la represión, ilegalización y criminalización de la protesta, que se consideraba instrumentalizada

por la guerrilla, sin prejuicio de justificarla a veces como instrumento contra un gobierno adversario, como hace el ospinopastranismo en el Paro Cívico Nacional de 1977. En ese sentido, Archila recoge la idea de Francisco Leal cuando señala que la principal debilidad del Estado colombiano reside en su incapacidad de institucionalizar los conflictos, como lo ilustra la historia reciente del movimiento sindical. En una línea similar, se recogen los planteamientos de Daniel Pécaut sobre la crisis de representación política por la ampliación de relaciones sociales, y el abandono de la sociedad civil a su propia suerte. Según Pécaut, las transformaciones sociales ocurridas a partir de los años sesenta sobrepasaron los organismos tradicionales de regulación interna, sin engendrar nuevas formas organizativas o haciéndolo lentamente. Y el resultado de este remedio, que pretendía la neutralización de la movilización social autónoma, fue peor que la enfermedad, al cerrar los caminos distintos a la opción armada<sup>399</sup>.

Esta democracia limitada discriminó a amplios sectores de la población: indígenas, negros, campesinos o población pobre. Esta discriminación supuso una continuidad de las formas de dominio estamentales del siglo XIX y del período colonial, y fue uno de los rasgos principales que marcó el régimen político colombiano. Esta forma de dominación se basaba en una combinación de antiguas formas culturales autoritarias hispanistas, una estratificación social rígida y una tradición de violencia y represión contra la contestación a la autoridad. Estos factores culturales se intensificaron con el Frente Nacional y el sistema político mantuvo las formas de dominación con una combinación de estrategias de presión y de represión. Los rivales políticos del bipartidismo fueron percibidos como enemigos y tratados como tales haciendo uso de los mecanismos punitivos del Estado. Todo ello acrecentó

---

<sup>399</sup> Fernán E. González, "Presentación", en Mauricio Archila, *Idas y venidas, vueltas y revueltas*, óp. cit., p. 26.

los conflictos sociales y políticos, “inventados o reales” que mostraban la intolerancia de la cultura política instituida en el país, porque como afirma Jaime Zuluaga:

“El desconocimiento, por parte de los gobiernos, del derecho a la oposición y su asimilación como actividad subversiva determinó, el tratamiento de orden público que se le dio a los conflictos sociales. Se produjo así una polarización sectaria de doble vía: del estado frente a los movimientos políticos y sociales y, de los movimientos políticos frente al Estado. Ambos fracasaron desde luego: ni el Estado logró una represión eficaz que los eliminara, particularmente al movimiento insurgente; ni el movimiento insurgente construyó una alternativa viable”<sup>400</sup>.

El colofón de esta cultura política intolerante y excluyente fue la militarización de la sociedad colombiana, por un lado el Estado contra las formas de protesta social y por otro lado el surgimiento de varios grupos guerrilleros contra ese Estado y las élites económicas. Por todo ello los militares fueron cobrando cada vez más protagonismo, no sólo por controlar el orden o desorden público, sino también como mecanismo público armado para proteger los intereses de las redes de clientelismo locales y regionales. Si el control social de la protesta social pasaba generalmente antes del Frente Nacional por la adscripción a los partidos tradicionales, con este pacto ese control se realizó principalmente con las fuerzas armadas del Estado. Además esta situación se completaba con la influencia que tuvo en las relaciones internacionales, la Guerra Fría y el surgimiento de la Nueva Izquierda en el continente americano. Esta intervención de los militares para asegurar la Seguridad Nacional, los colocó como el mecanismo de defensa de un sistema político estrecho; por lo tanto podemos sostener que el militarismo de la época fue el resultado de la

---

<sup>400</sup> Jaime Zuluaga, “Nueva Izquierda, guerrilla y utopía en los sesenta”, óp. cit., p. 402.

crisis de legitimidad de los partidos político tras el pacto frentenacionalista. Como afirma Leopoldo Múnera:

“Ante la superación del conflicto bipartidista con la fórmula del Frente Nacional y el deterioro de la legitimidad del liberalismo y el conservatismo, las Fuerzas Armadas asumieron la tarea de ejercer el control militar de la protesta popular o contestataria, la cual desbordó unas instituciones políticas de por sí estrechas y en las que los dirigentes de los movimientos populares no se sentían representados; por otra parte, la militarización de un sector importante de la izquierda contribuyó a que la autonomía de las Fuerzas Armadas dentro del Estado tomara cuerpo y se consolidará”<sup>401</sup>.

El papel destacado de los militares en la sociedad colombiana de principios de la década de los años sesenta del siglo pasado, fue una continuación de la tradición centenaria militarista del bipartidismo en el país. Esta militarización también estuvo influenciada por la presión ejercida por EE.UU. en su “patio trasero” con la implementación en Colombia del Plan Lazo (1962-1965) y el Plan Andes (1968-1970). El principal objetivo de las Fuerzas Armas pasó a ser la lucha contra cualquier tipo de protesta social, que dado el contexto de la “expansión del comunismo internacional”, llevó a que se asumiera en un plano de igualdad una simple huelga o un paro armado guerrillero. Esta política contrainsurgente se ejecutó con un dispositivo amplio represivo que intentaba contar los lazos del comunismo en Colombia, y que incluyó acciones legales e ilegales sistemáticas contra sectores de la población tachados como “supuestos” auxiliares de las guerrillas. Como plantea Manuel Alberto Alonso:

---

<sup>401</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., p. 147.

“La crisis estructural del Estado colombiano hace que las Fuerzas Armadas aparezcan como el último reducto de la defensa del orden de la sociedad mayor. La opción orden-caos y el papel asignado a las Fuerzas Armadas en el manejo del orden público interno, introyecta en los militares una especie de autolegitimación para definir quién se encuentra dentro o fuera de los intereses de la Nación. En este contexto, la lógica del enemigo interno es la clave que permite definir lo permisible y lo atentatorio para el destino nacional, dentro de un estado de guerra intestina que es funcional para doblegar las dinámicas de lo social a las exigencias de un orden cauteloso y vertebrado, a través de la adopción de algunos de los postulados de la Doctrina de la Seguridad Nacional”<sup>402</sup>.

La militarización de la sociedad se hizo cada día más evidente con el surgimiento y consolidación de varios grupos guerrilleros en el país y con los cambios en la legislación del Estado. Entre estos cambios tuvieron un carácter destacado: el recurso permanente al estado de sitio, el restablecimiento de la justicia penal militar en 1965 y la creación por parte del Estado del paramilitarismo (ley 48 de 1968) que legalizaba el apoyo de las Fuerzas Armadas en la creación de autodefensas de civiles armados. Con estos marcos jurídicos se afianzó una especial forma de percibir el orden interno, y por lo tanto también una peculiar concepción de la protesta social. Por ejemplo, la aplicación indiscriminada durante el Frente Nacional del estado de sitio, creemos fue una demostración más del carácter cerrado del sistema político colombiano porque respondió más a la percepción y miedo de las élites, que a un incremento de la combatividad de la protesta social. Hubo una desproporción habitualmente entre las limitadas demandas de la protesta y su escaso poder para desestabilizar el país, y la respuesta desmedida del Estado con la

---

<sup>402</sup> Manuel A. Alonso, *óp. cit.*, p. 143.

imposición del estado de sitio y la utilización de los organismos de seguridad. Recordemos el antecedente de 1955, cuando para doblegar a un movimiento campesino comunista en la región de Villarrica (Tolima), el ejército colombiano no tuvo problema en bombardear la zona con Napalm. Claro que el uso de estas bombas, que se hicieron famosas en las guerras que EE.UU. desarrolló en el sureste asiático, fue “discreto” como reconoce el comandante en jefe de la fuerza aérea, porque:

“El gobierno de los Estados Unidos no consideró conveniente el envío de 3.000 bombas de Napalm solicitadas por Rojas Pinilla, debido a los riesgos de ensombrecer aún más su imagen en el continente. Esto a pesar de que Rojas, en una reunión con el embajador norteamericano, trató de convencerlo de la presencia de agentes extranjeros del comunismo en la zona, como el español “Lister” (seudónimo de Isauro Yosa, quien se hallaba detenido en ese momento), un comunista internacional de apellido Richard (el seudónimo de José A. Castañeda) y otros de procedencia alemana, checa y rusa. Lo cual no impidió que la misión militar estadounidense prestara su asesoría en la fabricación de las bombas de Napalm (cuyos componentes se trajeron finalmente de Europa) y brindara sus conocimientos a la Fuerza Aérea para su utilización”<sup>403</sup>.

Vemos la desproporción entre la crisis planteada y la respuesta del Estado, pero los mecanismos de control del orden se completaron con cercos de exterminio o asfixia económica de las zonas donde había presencia rebelde o contestataria, el masivo desplazamiento forzado de la población o la ubicación de ésta en “campos de concentración” como Cunday. Por lo tanto la maquina de guerra y la judicial se unían para el control del orden interno. Como plantea Leopoldo Múnera:

---

<sup>403</sup> Eduardo Pizarro, *Las FARC (1949-1966)*, óp. cit., p.127.

“Visto desde una perspectiva más global, el estado de sitio es, a partir de la Violencia, el punto de encuentro entre la institucionalidad democrática y el sistema oligárquico de poder dominante en Colombia; el espacio jurídico en el que se resuelve la contradicción formal entre un poder fundado sobre los privilegios personales o adquiridos y unas instituciones que pregonan la igualdad ante las leyes. De allí se deriva su vigencia durante largos períodos cuando la adscripción partidista entra en crisis. En los ocho años comprendidos entre 1968 y 1974, el estado de sitio general duró cinco años, siete meses y veinticinco días. En consecuencia, el papel de la coerción directa dentro de la vida política colombiana durante la segunda mitad del siglo XX quedó definido con claridad. El paso del clientelismo señorial al transaccional redujo el espacio de construcción del consenso y dentro de él puso en primer plano el intercambio entre el voto u otras formas de respaldo político y el favor de las decisiones o los recursos públicos; el nuevo papel institucional de las Fuerzas Armadas permitió ampliar el espacio de la coerción directa, mediante la represión policial o militar de la protesta popular; y la implantación del estado de sitio dentro de la democracia colombiana, como una dictadura comisional atípica, sentó las bases institucionales de un sistema político construido más sobre las estrategias de presión y represión que sobre las de legitimación”<sup>404</sup>.

Esta democracia restringida o “dictadura comisional” utilizó mecanismos de control social característicos de algunas dictaduras militares de la época. La respuesta contundente del régimen a cualquier tipo de oposición y la represión acercó al Frente Nacional a regímenes como el franquista en España; por cierto con quien mantuvo unos lazos estrechos, frente a la falta de relaciones diplomáticas del franquismo con otros países de Latinoamérica como México. Recordemos que Franco también

---

<sup>404</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., pp. 156-157.

decretó once estados de excepción entre 1956 y 1973, diez de los cuales afectaron a Euskadi. Claro que en el caso español, la represión es mucho más evidente, y no existe la cortina de humo de unas elecciones democráticas como en Colombia, aunque sólo podudiesen participar dos partidos y se conociese de antemano los resultados. La represión en España se cebó evidentemente en Euskadi, sobre todo con las peculiaridades vascas: la lengua, su cultura, etc. Esta violencia contra lo vasco tuvo su contra parte en la violencia de ETA y del nacionalismo vasco radical contra todo lo español. Esta violencia estatal contribuyó a consolidar la base social del nacionalismo radical vasco donde surgió ETA, y esta organización al presentarse como la defensora del pueblo vasco contra el opresor fue adquiriendo legitimidad entre sectores de la sociedad vasca. Por tanto, la represión del régimen franquista proporcionó, como afirma Florencio Domínguez:

“Credibilidad al discurso de ETA, que recibe la comprensión y el aplauso de una parte de la sociedad para la que ETA aparece como la organización que los defiende de las agresiones injustas que sufren. El sentimiento provocado por la propia agresión bloquea la capacidad de percibir a ETA como agresor de los otros”<sup>405</sup>.

A la violencia institucional, ETA respondió con la violencia terrorista, y a su vez, a ésta se respondió desde el Estado en muchas ocasiones con terrorismo de estado: Batallón Vasco Español, Triple A, Guerrilleros de Cristo Rey, Grupos Armados Españoles, Organización Antimarxista y Antiseparatista (OAMAS), etc. El terrorismo de estado aumentó la deslegitimidad del propio Estado en amplios sectores de la sociedad vasca y sirvió de innegable combustible a la estrategia armada de ETA. La estrategia acción-reacción se implementó y el círculo de la venganza estuvo

---

<sup>405</sup> Florencio Domínguez, *Las raíces del miedo*, óp. cit., p. 200.



servido, asimismo todos los grupos armados se otorgaron la función de vengar a los ciudadanos.

Tanto en Colombia como en España, la crisis de legitimidad del Estado en algunos sectores de la población fue paralela al surgimiento de grupos armados que privilegiaron el recurso a la violencia para obtener acceso al poder político. Otro elemento común es el hecho de que cada actor armado justificó su violencia remitiéndose a una “violencia originaria” ejercida por su contrario; y por tanto, la violencia propia siempre se consideró derivada y respuesta justa a la ejercida por el otro. Así se consolidó un círculo vicioso de violencia y guerra permanente, donde la violencia revolucionaria se justificó como respuesta a la violencia estatal o paraestatal, y ésta última como respuesta de aquella.

Pero la violencia revolucionaria no sólo tuvo como detonante el sistema político cerrado en el caso español y cuasicerrado en el colombiano, hubo otros factores. Para la izquierda revolucionaria colombiana fueron determinantes los siguientes factores: 1) El carácter excluyente del Frente Nacional; 2) La consiguiente crisis de adscripción partidista y la paralela deslegitimación del Estado en los sectores excluidos de sistema político; 3) La cultura política colombiana y su larga tradición del recurso armado para obtener beneficios políticos y 4) La revolución cubana y su “efecto demostración” de cómo la violencia insurgente se podía tomar el poder. En Colombia la nueva izquierda partió, por un lado de las enormes expectativas para realizar la revolución social en el país, como ejemplo de lo sucedido en otros lugares, especialmente en Cuba; y por otro lado, de las pocas posibilidades de cambio mediante los canales políticos tradicionales, dado el acuerdo del Frente Nacional.

Por lo tanto, la estrechez del régimen político colombiano durante el Frente Nacional no puede ser el factor único para explicar la radicalización de las posturas

políticas de izquierda en los años sesenta. Algunos sectores de la izquierda en América Latina tuvieron una dinámica propia de radicalización y autoexclusión de los sistemas políticos vigentes. Hubo un habitual desprecio a las posibilidades de las vías democráticas y se tachó peyorativamente como “reformistas” los intentos por encauzar ciertas reivindicaciones sociales dentro de la institucionalidad vigente. La nueva izquierda y sus representantes se llenaron de voluntarismo, dado que las “condiciones internas estaban dadas” todo dependía de la determinación de unos pocos iluminados (la vanguardia del pueblo), como había sucedido en otras experiencias revolucionarias. Para ellos, el fin (“acabar con la oligarquía nacional y su sistema político excluyente del Frente Nacional”) justificaba los medios (la lucha armada). La revolución se percibió como una misión apremiante y la tarea esencial de los militantes de izquierda era “hacerla”. Gramsci lo resume en su libro, *El programa de Ordine Nuovo*: “¿Quiénes éramos? ¿Qué representábamos? ¿De qué nuevas ideas éramos mensajeros?... Queríamos actuar, actuar, actuar”<sup>406</sup>.

Esta necesidad por actuar, vislumbra el papel de la revolución cubana como referente para la acción, que fue tal vez más determinante que su incidencia ideológica. Esta revolución mostró el camino o la vía rápida para la toma del poder estatal, y esa ruta era la lucha armada. Además la percepción que se tenía del Frente Nacional como un sistema cerrado reforzó más esta idea, ya que las teorías expuestas en algunos “catecismos” marxistas-leninistas parecían constatar en la democracia formal colombiana. Con la conciencia de actuar de los jóvenes revolucionarios dispuesta, quedaba resuelta la discusión sobre las condiciones para la realización de la revolución socialista y la polémica sobre si debía existir antes o no una revolución burguesa en el país. Con esta posición “práctica” no sólo se siguió las corrientes

---

<sup>406</sup> Tomado de Joseba Zulaika, *Violencia vasca. Metáfora y sacramento*, Nerea, 1990, p. 93.

ideológicas marxistas de moda sino también se recogió la tradición guerrera de las guerrillas liberales de los años 50.

El éxito de los barbudos en Cuba condicionó a muchos movimientos latinoamericanos de izquierda y los orientó hacia la lucha armada urbana o rural, para tomarse el poder. El ELN al extrapolar la experiencia cubana al contexto colombiano, intentó “acomodar” la realidad del país a los intereses tácticos de esa adopción. Por ejemplo, el centro de la lucha revolucionaria fue el campo, siguiendo la estela del Ché; y hubo un destacado “abandono” del contexto urbano y de los movimientos sociales más amplios. Además la agreste orografía colombiana también favorecía la instalación de los focos guerrilleros y además en algunas zonas los colonos poseían una larga tradición de lucha contra el Estado. Todo ello favoreció la opción militarista frente a otras de movilización de masas. Esta militarización de la izquierda y su vanguardismo se denominó “desviación foquista” y fue en detrimento de otras posibilidades de acción política, como la organización de masas. Jaime Arenas reflexionando sobre la supremacía de lo militar sobre lo político en el ELN, dice:

“La concepción “biológica” de la lucha ha llevado al ELN a una supremacía de lo militar sobre lo político. De ahí que el empeño fundamental reside en la preparación física y no en la formación política que es vista con real menosprecio. Ni el estudio ni la lectura se fomentan entre los miembros de la guerrilla, ni se da amplia facilidad a los cuadros políticamente más capaces para elevar el nivel político del resto. (...) Con el criterio de que el estudio es una concepción “academista” y un prejuicio “pequeño burgués” se ridiculizan los intentos de elevar el nivel político. Campesinos hubo en la guerrilla que se negaban a estudiar con el ridículo argumento de que para hacer una emboscada o prestar servicio de centinela no era necesario leer a Marx o Lenin. Y ello con el aplauso del dirigente

máximo. Ese sofisma no es otra cosa que el resultado de una apreciación militarista de la guerra revolucionaria o de la lucha en general”<sup>407</sup>.

La unión de vanguardia y militarismo dio como resultado lo que se conoció como el foquismo. La primacía del foco insurgente conformado por una élite revolucionaria y militar circunscrita al ámbito rural, distanció al ELN de los movimientos sociales que luchaban contra el régimen del Frente Nacional: sindicatos, asociaciones de usuarios campesinos, indígenas, estudiantes, etc. El trabajo político quedó supeditado a las necesidades de clandestinidad y seguridad para mantener el proyecto armado. Las organizaciones sociales se vieron como mecanismos dentro de la legalidad que podían proveer recursos y cuadros para el mantenimiento de la propuesta armada. Algo similar sucedió en algunas ocasiones con ETA y la instrumentalización de algunas organizaciones sindicales, ecologistas o barriales que quedaron supeditadas a algunos intereses de esta organización armada. También en ETA se dio una larga discusión sobre la adopción de los métodos de lucha armados, tanto que el debate sobre medios y fines de la lucha revolucionaria fue clave en la historia de esta organización armada. Este debate sirvió también para la posterior fundamentación teórica de las acciones armadas de ETA, como se muestra en el siguiente documento:

“La finalidad general de destruir el aparato del estado español en Euskadi solo puede ser realizada por fuerzas armadas. Esto es obvio. Por lo tanto, al hablar de lucha revolucionaria, no lo hacemos en un sentido metafórico como cuando se dice –lucha aleatoria, por ejemplo- sino en todo el sentido de la palabra. Y no es que no existan actividades revolucionarias sin derramamiento de sangre o que no

---

<sup>407</sup> Jaime Arenas, óp. cit., pp. 138-142.

entrañen la utilización del armamento. Pero hasta la más fútil de estas actividades e incluso la más pacífica en apariencia, en cuanto es revolucionaria, se caracteriza porque la finalidad general a que va destinada es la destrucción violenta del estado opresor en Euskadi. Por consiguiente, los medios más importantes a desarrollar en la actividad revolucionaria son las fuerzas armadas de liberación nacional.

(...) Indudablemente son dos tipos de problemas distintos, aunque ambos igualmente importantes. Los del primer grupo enfocan la confrontación como un medio orientado a alcanzar la finalidad general de la lucha revolucionaria. Los del segundo grupo, en cambio, tratan la confrontación como un FIN que hay que alcanzar, mediante la utilización correcta de los MEDIOS de que disponemos. De los primeros trata la TÁCTICA; de los segundos trata la ESTRATEGIA.

Es decir, la táctica estudia cómo utilizar nuestros efectivos humanos materiales para llevar a cabo con éxito una confrontación con el enemigo. La estrategia estudia utilizar las distintas confrontaciones para alcanzar el triunfo revolucionario. En un caso, los medios son militares y colaboradores con los medios materiales disponibles; y el fin es el éxito en la confrontación. En el otro, los medios son las confrontaciones y el fin es el triunfo de la REVOLUCION VASCA<sup>408</sup>.

La absolutización del medio, la lucha armada, tuvo su contraparte en la despolitización de los militantes de las organizaciones armadas; dado que la destreza militar fue imponiéndose como más importante que las habilidades políticas. En el caso colombiano, significó que la política se debía realizar en el monte y con el fusil en las manos. La formación ideológica dio paso al entrenamiento militar, y el análisis

---

<sup>408</sup> ETA, *Hacia una estrategia revolucionaria vasca*, Editions Hordago, Hendaya, 1974, pp. 200 y 242.

social se convirtió en el conocimiento de la ley de la selva. Esta militarización de la cultura política de la izquierda revolucionaria colombiana tuvo consecuencias nefastas para el futuro del país. Nelson Manrique estudió este mismo fenómeno en Sendero Luminoso en Perú: “ Es evidente su presencia en el proyecto senderista; tras su línea, los métodos empleados utilizados para imponerla; está de por medio la apuesta de que es posible someter por el terror a la mayoría de la población, e imponer verticalmente un proyecto (...); que se supone infalible por ser la aplicación de “las verdades universales del marxismo” por un partido que, autoproclamándose la vanguardia del proletariado, tiene aparentemente garantizada la infalibilidad”<sup>409</sup>.

Pero la militarización de la izquierda colombiana no sólo se desarrolló hacia el exterior de las organizaciones, sino que también tuvo consecuencias importantes al interior de las mismas. Tal vez la más destacada fue el aumento del autoritarismo en estas organizaciones político-armadas. Éste se expresó en el culto a la violencia, el machismo, la imposibilidad de las disidencias internas, en algunos casos el fusilamiento de compañeros que no seguían la “línea” de la organización, etc. Este autoritarismo interno se tradujo en una estrategia organizativa que eufemísticamente se llamó “centralismo democrático”. Este tipo de organización tuvo un claro componente vertical de transmisión de órdenes que, bajo el amparo de la clandestinidad y la seguridad del grupo, impidió la disidencia interna o la crítica a los postulados de la cúpula de la organización. Todo ello se tradujo en desconfianzas mutuas entre militantes, de la dirección con éstos, del grupo con sus bases de apoyo, etc. Se impuso la visión leninista de la lucha de clases y paradójicamente, lo que se criticaba de la sociedad capitalista, se desarrolló al interior de las organizaciones: una élite revolucionaria “orientaba” al grupo.

---

<sup>409</sup> Nelson Manrique, “La década de la violencia”, en Heraclio Bonilla, *Perú en el fin del milenio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, p. 87.

En ETA esta visión se tradujo en la implementación de la concepción de “último reducto” auspiciada por Argala y que explica algunas de las formas organizativas por las que pasó la organización y la aceptación de la falta de crítica interna por parte de sus militantes. Como plantea Florencio Domínguez: “La centralización, la jerarquización, la falta de democracia interna y la reducida participación de la base en la toma de decisiones, todo ello asumido por la militancia etarra como una consecuencia obligada de la condición clandestina de sus actividades...”<sup>410</sup>. La estrategia de centralismo democrático fue aprobada en 1973 en la VI Asamblea y fue la consecuencia de la supresión poco a poco de la participación interna (asambleas generales o Biltzar Nagusia) en detrimento de los órganos de máxima decisión en la organización. En diciembre de 1979, la revista *Zutabe* salió a disculpar esta estrategia cuando afirmó que: “ETA, por su carácter de estructura armada clandestina, dispone de múltiples limitaciones a la hora de propiciar una participación de la militancia (...) no hay contradicción en que defendamos el principio asambleario y autoorganizativo en ciertas instancias obreras y populares y, sin embargo, ETA adopte una estructura jerarquizada y regida por el principio del centralismo democrático”<sup>411</sup>. Esta misma situación se dio en otras organizaciones, así en el EPL en Colombia, ante la falta de democracia interna, un comandante afirmaba que: “No se trataba de crear un partido pluralista que agrupara todas las fuerzas existentes, sino de un partido que jalonara el proceso revolucionario, al cual fueran llegando por convicción los cuadros y militantes de otras organizaciones”<sup>412</sup>.

El centralismo democrático reforzó el poder de un reducido número de dirigentes sobre el total de la militancia, lo que facilitó también la toma de

---

<sup>410</sup> Florencio Domínguez, *ETA*, óp. cit., p. 82.

<sup>411</sup> *Ibidem.*, p. 85.

<sup>412</sup> Fabiola Calvo, *Colombia: EPL, una historia armada*, óp. cit., p. 40.

decisiones. La militancia generalmente aceptó este hecho como “natural” por el carácter clandestino de la organización. Además la falta de contactos horizontales de la militancia, ya que era peligroso conocer a mucha gente, dificultó también el cuestionamiento colectivo. Por ello las disidencias generalmente fueron individuales, lo que contribuyó a presentar a la organización armada con un fuerte consenso interno frente a la estrategia o las acciones desarrolladas. Pero, ¿cómo la cúpula de organizaciones como ETA consiguieron imponer tan fácilmente sus decisiones?, José Manuel Mata lo resume:

“-Por el capital simbólico acumulado, por el carisma que contiene, la adhesión afectiva y la base de legitimidad que se proyecta.

-Por su carácter armado, secreto y autónomo, sin ningún control externo; con lo que implican de mitificación y connotaciones sacrales.

-Por la definición explícita de vanguardia que de ella se realiza en los documentos del MLNV.

-Por su capacidad de coacción, que se deduce de la posibilidad legítima –para el colectivo- de la utilización de la fuerza (algo así como un poder estatal alternativo y latente).

-Por la capacidad de extender sus propuestas y ejercer su control en KAS; que es el órgano que las genera y que, posteriormente, son asumidas a través de la doble militancia y de los miembros fijos de KAS en la Mesa Nacional de HB”<sup>413</sup>.

ETA para sus militantes llegó a convertirse en un elemento trascendental por su capacidad de infalibilidad, por controlar todas las situaciones e incluso tener la

---

<sup>413</sup> José Manuel Mata, *El Nacionalismo Vasco Radical. Discurso, organización y expresiones*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, pp. 342-343.



facultad de estar en todos los sitios (todo lo ve, lo escucha, lo sabe). Así ETA se presentó como la “Vanguardia” del “Pueblo Trabajador Vasco” y el “bloque dirigente de la revolución vasca” y la responsable de conducir la lucha armada contra el opresor. Esta concepción del Pueblo fue más cristiana que marxista-leninista, porque todo pueblo tiene que tener un pastor, líder y guía que lo oriente para conseguir su liberación y salvación. Dentro del discurso etarra, quien más se sacrificaba por el Pueblo vasco era ETA, por lo tanto esta organización era quien tenía más autoridad para dirigir al pueblo. Como plantea José Manuel Mata:

“Si la lógica étnica se extrae de su capacidad de presión, desde ella se construye un eje vertical de capacidad de representación y toma de decisiones en forma de pirámide, en la cúspide de la cual se encontraría ETA, en segundo lugar el MLNV y en tercer lugar los verdaderamente vascos. El resto de la colectividad –aunque con distintos niveles de significatividad- se situarían fuera del ámbito de la comunidad y, por lo tanto, deberían atenerse a las propuestas, decisiones y, en general, a la dinámica impuesta por el grupo nacional”<sup>414</sup>.

En Colombia, la vanguardia revolucionaria se la otorgarían a sí mismos varios grupos de la nueva izquierda. La “antorcha” revolucionaria fue levantada por multitud de grupúsculos de izquierda, que en la mayoría de las ocasiones tuvieron una existencia muy fugaz. Este vanguardismo creó subculturas propias de cada grupúsculo u organización, alimentadas por la clandestinidad y, en algunos casos, el oscurantismo de algunos de sus dirigentes o militantes. En el caso del ELN, su concepción político-militar partió de que era: “La lucha armada en la forma de las guerrillas, dentro de la concepción de guerra prolongada, la única vía para la

---

<sup>414</sup> *Ibidem.*, p. 332.

liberación del pueblo. La guerrilla es considerada por el ELN, como la “vanguardia combativa del pueblo”, que situada en un lugar determinado de un territorio, dispuesta a desarrollar una serie de acciones bélicas tendientes a alcanzar el único fin estratégico de la guerra: la toma del poder”<sup>415</sup>. La organización de vanguardia fue considerada por el ELN como:

“La forma superior de organización, en la cual confluyen los individuos procesados en las formas anteriores, los que se distinguen por su alto nivel de conciencia de clase y profesionalismo de su trabajo revolucionario. Al nutrirse de los mejores exponentes de las masas, mantiene una ligazón con ellas, la cual se fortalece al mantenerse a su servicio en la medida que desarrolla un plan sistemático de concientización a su interior.

El carácter de vanguardia se lo reconocen las masas en la medida en que demuestra capacidad de conducción práctica de todo el movimiento popular y revolucionario. Esto es, que recoja en un solo haz, el conjunto de las diversas experiencias revolucionarias, proyecte el potencial revolucionario del pueblo y tensione al máximo sus propias fuerzas, detrás de los ideales de una nueva sociedad.

Con la convergencia de las diversas organizaciones de vanguardia en un instrumento que estabiliza la conducción conjunta del proceso revolucionario, va tomando cuerpo el Frente de Liberación Nacional”<sup>416</sup>.

Esta visión de vanguardia y las cerradas identidades y círculos del grupo, permitieron legitimar ante sus militantes la lucha contra el sistema político del Frente Nacional. Asimismo, las lecturas de la doctrina marxista-leninista sirvieron al ELN para autoerigirse en la Vanguardia de la revolución en Colombia. El vanguardismo y

---

<sup>415</sup> Revista *Insurrección*, p. 20. Tomado de Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p.101.

<sup>416</sup> ELN, *Conclusiones II Congreso UC-ELN*, óp. cit., pp. 96-97.

el militarismo también alimentaron en esta organización el sectarismo, la intolerancia contra el adversario y las purgas internas. El ELN, como otros grupos, fue automarginándose además de por la necesidad de clandestinidad también porque eso creaba una mística revolucionaria que legitimaba más la lucha ante sus militantes y reforzaba el autoritarismo interno. En una entrevista de Arturo Alape, un miembro de la Dirección Central reconoce algunas de estas características:

“Entre las más significativas de nuestras desviaciones están el militarismo y el vanguardismo. El militarismo es producto de plantear que el proceso revolucionario solamente tiene salida por medio de la lucha armada como única forma de la lucha de clases; de adoptar una visión excluyente que no recurre a otras formas de lucha. Esto no permite que las masas vayan aprendiendo de su lucha cotidiana. Facilita, en cambio, que solamente los sectores más destacados, las personas más destacadas en la lucha del pueblo tengan acceso y expresión en la organización armada. Además, desarrollándose lo fundamental de esa lucha en el campo, se menosprecia la ciudad”<sup>417</sup>.

Esta situación fue posible por la certidumbre de estas organizaciones de estar viviendo una situación preinsurreccional generalizada, situación que estaban ayudando a desarrollarse y por el convencimiento de la rápida toma del poder como estaba sucediendo en otras partes del mundo.

---

<sup>417</sup> Arturo Alape, óp. cit., p. 282.

## 4.8. OPOSICIÓN POLÍTICA Y EL CAMBIO DEL VOTO POR EL FUSIL

Estas organizaciones armadas que buscaron tomarse el poder, tropezaron en su empeño generalmente con su aislamiento social, con la fortaleza del Estado y sus mecanismos de seguridad, así como con su imposibilidad de expandir su legitimidad más allá de sus círculos de sociabilidad. Además del bloqueo del sistema político, la radicalización de la izquierda colombiana y su rápida militarización creó una situación donde como plantea Eduardo Pizarro:

“Al sistema cerrado bipartidista se añadió la incapacidad de la izquierda para disputarle a los partidos tradicionales su hegemonía en la sociedad civil. De esta manera, la voluntad de tomar el poder en última instancia por asalto, en condiciones que mostraron con el tiempo y con las lágrimas su futilidad, le permitió a un bipartidismo en crisis continuar gobernando a sus anchas a pesar de sus debilidades y ausencias. Y en el círculo vicioso de las “represalias/contrarrepresalias” entre el Estado y la oposición, se fue bloqueando la emergencia de un esquema gobierno-oposición real, es decir, un sistema democrático pluralista, debido a la mutua “criminalización” de los dos polos en conflicto”<sup>418</sup>.

Frente a estos planteamientos de Eduardo Pizarro, otros autores creen que efectivamente sí que existió un bloqueo de las vías democráticas para las opciones de izquierda en Colombia en los años 60, y por tanto éstas derivaron en la vía armada. Ya que esa supuesta izquierda democrática respondía más a modelos democráticos

---

<sup>418</sup> Eduardo Pizarro, *Las FARC (1949 – 1966)*, óp. cit., p. 206.

europeos y a la socialdemocracia europea que a la tradición de la izquierda latinoamericana. Leopoldo Múnera defiende que:

“En Colombia no son el Frente Nacional y la temprana militarización de la izquierda, como afirma Eduardo Pizarro, los que frustraron la emergencia de una izquierda democrática. Con anterioridad a ellos, los insistentes ensayos de participación política institucional del PCC y la respuesta del conservatismo y de la mayoría del liberalismo, habían agotado una estrategia política que ante la continuación del sistema oligárquico de poder y dentro de los límites impuestos por el Frente Nacional, no parecía tener ningún futuro. Mucho menos si era comparada con la revolución cubana. La izquierda decide entonces recurrir a la lucha armada; práctica político-militar que además de estar a la orden del día dentro de los programas socialistas y nacionalistas en América Latina y de haber demostrado su rentabilidad política en la historia del país, no había podido ser erradicada de la vida nacional, debido a la frágil legitimidad del proyecto político bipartidista”<sup>419</sup>.

A pesar de este debate, lo que se constata es el cambio que sufrieron las distintas formas de oposición al cierre del sistema político-social del Frente Nacional, que fueron evolucionando dependiendo del contexto nacional e internacional. Mauricio Archila diferencia: “Cuatro grandes momentos en la creación o desaparición de formas de oposición política al Frente Nacional: a) 1958-1962, años de desencanto con el régimen bipartidista y de aventuras armadas; b) 1962-1965, momento de surgimiento propiamente dicho de la “nueva izquierda”; c) 1965-

---

<sup>419</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., pp. 166-167.

1970, tiempo de consolidación lenta de esa izquierda y de crecimiento de la ANAPO; y d) 1970-1975, años de replanteamiento y de nueva proliferación organizativa.”<sup>420</sup>.

En el primer período (1958-1962), frente al debilitamiento de los partidos Liberal y Conservador, así como del Partido Comunista Colombiano (PCC)<sup>421</sup>, surgen los primeros síntomas en Colombia de lo que se conoció como la “Nueva Izquierda”. Este surgimiento fue jalonado por el Movimiento Obrero, Estudiantil y Campesino (MOEC) que tomando como referente los recientes hechos en Cuba, deciden en 1959 conformar un amplio movimiento a raíz de las protestas contra el alza de las tarifas de transporte en el país. La nueva izquierda surgió en confrontación directa no sólo con el Frente Nacional sino también con la antigua izquierda representada por el PCC y las directrices del PCUS soviético. Los referentes ideológicos de esta nueva izquierda partieron de Cuba y China, y en Colombia se configuró especialmente con sectores radicales provenientes del partido Liberal, así como de disidencias del PCC. En esta primera etapa de oposición al Frente Nacional, el objetivo de la nueva izquierda colombiana fue la conformación de amplios frentes populares de lucha que pretendían incluir a varios sectores de la población: estudiantes, campesinos, obreros, etc.

El MOEC fue la primera experiencia “exitosa” de este período, un movimiento que apoyado por Cuba, pretendió utilizar la lucha armada para la toma del poder. Este movimiento fue el que abrió el camino al debate sobre la necesidad de la vía armada para la consecución de la revolución social. El MOEC bajo la consigna de “cambia tu voto por un fusil” consiguió aglutinar a sectores de

---

<sup>420</sup> Mauricio Archila, “¿Utopía armada?”, óp. cit., p.31. Este artículo clásico se convierte en una herramienta fundamental para analizar la oposición política al Frente Nacional y lo hemos utilizado para rastrear el ambiente político y social de la izquierda en Colombia que contribuyó al surgimiento del ELN.

<sup>421</sup> Para trabajar la influencia del Partido Comunista Colombiano se puede trabajar el texto de Nicolás Buenaventura, *Historia del PCC*, CEIS-INEDO, Bogotá, 1990.

estudiantes radicales, disidentes del PCC y antiguos guerrilleros liberales de la reciente etapa de la Violencia. El MOEC, siguiendo la experiencia cubana, intentó conformar varios focos guerrilleros en algunas zonas del país, pero todos ellos fracasaron por distintas circunstancias.

Otros dos movimientos destacados de este período fueron disidencias internas de los dos partidos tradicionales: la Alianza Nacional Popular (ANAPO)<sup>422</sup> y el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL). Fueron las Juventudes de este último movimiento (JMRL) las que conformaron uno de los sectores que dio origen al ELN. Las JMRL defendieron la combinación de formas de participación legal y el recurso a la violencia armada como mecanismos para realizar la revolución socialista en el país. Este movimiento tuvo una fuerte presencia en el ámbito universitario y contó con cierto margen de maniobra, pues hizo parte del partido Liberal. Dentro de las JMRL pronto comenzaron las divisiones entre los sectores proclives a un liberalismo reformista, otros a la concepción china de la revolución socialista y aquellos que defendieron las posturas de la revolución cubana. Estos últimos pretendieron seguir los derroteros de los revolucionarios cubanos, que comenzando con posturas liberales radicales, pasaron a la aceptación de la vía armada para la toma del poder y por último buscaron conformar focos. Este sector pro-cubano constituyó uno de los sectores fundamentales en el surgimiento del ELN. De este grupo de las JMRL y de algunas disidencias del PCC salieron los primeros cuadros dirigentes del ELN.

El segundo período (1962-1965) se caracterizó por el surgimiento y la consolidación de los proyectos armados de esa “nueva izquierda”, en especial el

---

<sup>422</sup> Sobre la ANAPO se puede consultar los trabajos del mayor especialista sobre el tema, el profesor de la Universidad Nacional de Colombia, César Ayala: *Nacionalismo y populismo: Anapo y el discurso de la oposición en Colombia: 1960-1966*, Ed. Códice, Bogotá, 1995; y *Los orígenes de la Alianza Nacional Popular: Oposición y resistencia al establecimiento del Frente Nacional (1953-1964)*, Colciencias-Universidad Nacional, Bogotá, 1996.

ELN, FARC y EPL. Sobre la continuidad con el período anterior y la influencia del contexto internacional, Leopoldo Múnera afirma:

“El ELN, el PC M-L y el EPL, muestran una cara de la izquierda colombiana con rasgos diferentes a los del PCC y a los de grupos como el MOEC y el PRS. Posibilitan la confluencia en una misma organización de sectores urbanos radicalizados, por regla general de clase media y dirigentes de las guerrillas liberales de los años cincuenta, quienes abandonan así el bipartidismo. Por tal razón, son un punto de encuentro entre formas de lucha política gestadas en el conflicto liberal-conservador, y otras de carácter revolucionario arraigadas en las autodefensas campesinas o inspiradas en revoluciones como la cubana o la china”<sup>423</sup>.

Estos grupos de oposición del período anterior fueron claves para el surgimiento del ELN, ya que el fracaso de algunas de esas experiencias revolucionarias sirvió de base para una mejor planificación del surgimiento de otros grupos. Sobre la composición de la militancia del ELN en su primera etapa, Mauricio Archila afirma:

“En ese momento confluyeron en ellas tanto muchachos descontentos con el régimen o perseguidos por éste (casos de los hermanos Vásquez Castaño o Lara Parada), miembros del PCC cansados con sus métodos de dirección y su “pasividad” (por ejemplo, Víctor Medina Morón), como líderes estudiantiles destacados (tales como Jaime Arenas y Julio Cesar Cortés). Son estos sectores los que conformaron el núcleo fundador del ELN. A diferencia de las experiencias foquistas al estilo MOEC –algunos de sus cuadros terminaron en la nueva organización-, el ELN seleccionó un sitio en donde, además de las contradicciones sociales, las

---

<sup>423</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit., p. 187.



guerrillas liberales aún tuvieran activos destacados: se trataba del Magdalena Medio santandereano.”<sup>424</sup>.

La elección del Magdalena Medio santandereano fue una de las claves del éxito de la implantación y consolidación del ELN porque consiguió enlazar los nuevos sectores radicalizados del país con la tradición guerrillera campesina anterior. Los residuos de las guerrillas liberales pusieron la experiencia de guerra que el foco guerrillero necesitaba y que los cuadros dirigentes no tenían.

El tercer período de resistencia al Frente Nacional (1965-1970) se caracterizó por la desaparición de pequeños grupúsculos de oposición y la consolidación de los grupos que habían tenido éxito en su implantación, como en el caso del ELN. Fue el momento también donde el Movimiento Obrero Independiente (MOIR) que provenía de una disidencia del MOEC, dominó la escena de protesta contra el Frente Nacional. Por último, el cuarto período (1970-1975) tuvo como referente el surgimiento del Movimiento 19 de Abril (M-19).

---

<sup>424</sup> Mauricio Archila, “¿Utopía armada?”, óp. cit., p.35.

## **4.9. CONCLUSIONES: EXCLUSIÓN POLÍTICA Y MILITARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD**

El acuerdo entre los dos partidos tradicionales, Liberal y Conservador, permitió terminar con la etapa de la Violencia y la posterior dictadura militar del general Rojas Pinilla. El Frente Nacional obligó a los miembros de estos partidos a olvidar sus ancestrales odios y convivir en pos del reparto mutuo del poder del Estado. El sectarismo partidista de la Violencia quedó anestesiado por los efectos de la paridad en la repartición del gobierno y de los cargos públicos. Pero la ficción electoral hizo perder el sentido de la competencia partidista y ello supuso la crisis de legitimidad de los partidos políticos; ya que el final de la cultura política pasional por decreto, finiquito el elemento esencial que aglutinaba a la población con los partidos Liberal y Conservador. El odio pasional, las venganzas heredadas, el apasionamiento pseudoreligioso por el partido se disolvieron en gran medida, poniendo punto final al elemento catalizador del sistema político desde el proceso de Independencia: el odio al otro partido. Sin identidad y adscripción ideológica, los partidos recurrieron a los recursos del Estado (cargos públicos, patrimonio económico, beneficios sociales, etc.) para atraer a la población. El resultado de esta recomposición del funcionamiento político del país, fue el clientelismo y la alta abstención electoral. Como reflejo de la crisis de los partidos tradicionales, se presentó en amplios sectores de la población una crisis de legitimidad en el sistema político y por ende en el Estado. Como plantea Mauricio Archila:

“El acuerdo bipartidista que rigió al país entre 1958 y 1974 tuvo indudables logros al apaciguar los odios partidistas, colocar a los militares bajo el control civil y propiciar un desarrollo económico más o menos constante, en medio de la creciente modernización que se manifestó desde los años de la posguerra. Estos avances, sin embargo, se vieron oscurecidos por la exclusión política de grupos al margen del bipartidismo, la pérdida de identidades partidistas, la mayor autonomía de los militares, la desatención a los actores sociales y el consiguiente aumento de la brecha entre ricos y pobres. Todo ello condujo a una despolitización generalizada y a un debilitamiento del sistema político, que siguió recurriendo al clientelismo como forma de relación con los sectores subalternos. (...) La precaria sociedad civil fue dejada a su suerte sin mediaciones políticas ante el Estado. La resultante fue un alejamiento entre representantes y representados, entre sistema político y actores sociales, entre las esferas política y social, con lo que cada una quedó autorreferida y sin vasos comunicantes. En esas condiciones hizo irrupción una nueva forma de violencia que pretendió legitimarse en esa enemistad social: la guerrilla”<sup>425</sup>.

El cierre del sistema político permitió mantener el control bipartidista del Estado durante dieciséis años y cerrar las posibilidades políticas a otras fuerzas sociales. Para ello se hizo necesario por un lado reprimir con los recursos judiciales y militares las expresiones que contestaron este orden y por otro lado, mantener los procesos electorales, aunque fuesen una ficción democrática, para ello los dos partidos tradicionales se convirtieron en “empresas electoreras”<sup>426</sup> que ponían su máquina a funcionar solamente en los momentos de necesidad de búsqueda de votos. La máquina del partido y los recursos del Estado permitieron asegurar la

---

<sup>425</sup> Mauricio Archila, *Idas y venidas, vueltas y revueltas*, óp. cit., p. 125.

<sup>426</sup> Luís Alberto Restrepo, “La guerra como sustitución de la política”, en *Análisis Político*, nº 3, Enero-Abril, 1988, p.83. Restrepo analiza en este artículo algunos de los elementos de lo que él define como “rasgos fundamentales de nuestra cultura política”.

participación de algunos sectores de la población, manteniendo la ficción formal de la democracia participativa; y los votantes veían en el clientelismo una opción de mejorar su situación económica o de ascenso social. Como recuerda Francisco Leal:

“Los dos partidos habían recobrado el manejo de la política en todos los niveles aunque para ello tuvieron que consolidar una nueva forma de funcionamiento del sistema político. Este se apoyaría sustancialmente en el moderno clientelismo, aunque a largo plazo tales relaciones contribuyeran al desarrollo de una creciente crisis de legitimidad.”<sup>427</sup>.

El clientelismo rompió la apatía de parte del electorado, ya que éste pudo obtener beneficios de su voto. Pero el clientelismo, por sí solo, no fue una herramienta suficiente para mantener la estructura de poder de la sociedad, se requería también aplacar las demandas de los actores sociales mediante medidas como el estado de sitio, el asesinato de sindicalistas, la ilegalización de partidos, etc. En el Frente Nacional no se asistió al final de la intransigencia partidista, sino que ésta se desplazó de los partidos tradicionales, a los sectores opuestos al pacto bipartidista. Respecto a este tema, Leopoldo Múnera afirma que:

“El deterioro de la adscripción partidista producido por la Violencia, la dictadura militar y el Frente Nacional, creó el ambiente social propicio para la formación de nuevas organizaciones dentro del escenario político colombiano. En particular, a raíz de las expectativas despertadas en el país por las revoluciones socialistas. De cara a la protesta social, el carácter excluyente del Frente

---

<sup>427</sup> Francisco Leal Buitrago y Andrés Davila, *Clientelismo. El sistema político y su expresión regional*, Tercer Mundo, Bogotá, 1990, p.168. Este libro fundamental para analizar el fenómeno del clientelismo en Colombia, está dividido en dos partes: en la primera se presenta la propuesta teórica y el análisis macrosocial y nacional; en la segunda se estudian casos concretos de clientelismo en el ámbito regional. Este juego de lentes, le permite a los autores descender su modelo teórico al nivel local, es el caso de un municipio de Santander, Rionegro y al papel de un oscuro político como Tiberio Villareal. La reconstrucción del ascenso político de este personaje y los mecanismos clientelistas utilizados, permite a los autores confrontar sus referentes teóricos.

Nacional y del sistema oligárquico de poder que se prolongaba en él, llevó al Estado, a las clases dominantes y a los partidos tradicionales, a sustituir los mecanismos sociales de construcción de la legitimidad por la represión policial o militar. La coalición bipartidista alimentó así el uso de la violencia como forma de la praxis política colombiana y facilitó el surgimiento de las guerrillas de izquierda; no obstante, los grupos armados tuvieron en su origen diversas causas inmediatas relacionadas entre sí, que confluyeron en la forma como los actores sociales articulados en ellos definieron el sentido de su praxis: el hostigamiento militar a las autodefensas campesinas, la influencia de las revoluciones cubana o china, y la reconversión en fuerzas revolucionarias de las guerrillas liberales y comunistas<sup>428</sup>.

El bloqueo del sistema político del Frente Nacional, hizo que las formas institucionales de protesta (paros, huelgas, demandas judiciales, etc.) se fuesen reduciendo y creciesen paralelamente las formas no institucionales de reivindicación: los paros cívicos, los paros armados, los sabotajes o la guerrilla. Eduardo Pizarro afirma que: “La guerrilla sería en el contexto de esa ‘democracia restringida’ uno de los pocos instrumentos viables para la expresión de las demandas y expectativas de los sectores excluidos en este ‘sistema cerrado’ y por tanto nacería cobijado de un no despreciable margen de legitimidad”<sup>429</sup>. Por lo tanto, el incremento de la violencia de las reivindicaciones sociales y políticas estaba servido con el bloqueo de las formas institucionales; esto supuso que la aparición de los movimientos insurgentes en los años sesenta encauzaba muchas demandas sociales por la vía armada. Por otro lado, el Estado incrementó su poder coercitivo para contrarrestar esta tendencia y el ejército empezó a tener un papel destacado de árbitro social; con ello la “elipse imparable de violencia” estaba servida. Las protestas sociales en muchos casos

---

<sup>428</sup> Leopoldo Múnera, óp. cit. pp. 194-195.

<sup>429</sup> Eduardo Pizarro, “La guerrilla en Colombia”, óp. cit. p. 114.

fueron criminalizadas por el Estado como subversivas y enfrentadas como tales.

Jaime Zuluaga afirma que:

“El país perdió el sentido de la oposición. Esta fue asimilada a subversión, por lo cual caen sobre ella todos los rigores de las políticas orientadas a la preservación del orden público. Y ello obedece en buena medida al hecho de que el Frente Nacional fue un intento desesperado por preservar las instituciones y cerrar el paso a un posible cambio social”<sup>430</sup>.

El pacto del Frente Nacional que pretendió acabar con la violencia en el país, terminó creando las condiciones que estimularon el surgimiento de otras formas de violencia, como la guerrilla. Fue un sistema político que resolvió los conflictos de aquellos sectores representados por los dos partidos tradicionales, pero fue incapaz de resolver los conflictos de los sectores excluidos del régimen, sectores que a la postre eran los mayoritarios en la sociedad. Por tanto, el régimen frentenacionalista tuvo efectos contradictorios, positivos para la pacificación del país en la época de mayor sangría de su historia, y negativos pues la restricción de la participación política generó otras formas de violencia en Colombia. También si bien generó exclusión y radicalización de la protesta social y política, el mantener los rasgos formales de un sistema político democrático bloqueó las posibilidades de victoria de los movimientos armados. Eduardo Pizarro, resume esta tesis afirmando que:

“Si bien el cerramiento del Frente Nacional estimuló la marginalidad conspirativa en el campo de la izquierda, también mantuvo, simultáneamente, espacios abiertos para la participación política de la población representada por los dos partidos tradicionales. El régimen, a la vez que producía las condiciones de

---

<sup>430</sup> Jaime Zuluaga, óp. cit., p. 394.

exclusión que podían inducir a muchos a intentar la vía armada, también generaba canales de inclusión y cooptación que se convertían en diques de contención de una posibilidad revolucionaria<sup>431</sup>.

---

<sup>431</sup> Eduardo Pizarro, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 228.

**CAPÍTULO QUINTO**

**DISCURSOS,**

**RE-PRESENTACIONES**

**E IMAGINARIOS**



## 5.1. GUERREROS-SANTOS: RELIGIOSIDAD Y TRADICIÓN DE VIOLENCIA EN EL ELN Y ETA

“... la violencia es también un problema de representaciones colectivas, de imaginarios sociales que se apoyan en la necesidad de simbolización de los grupos sociales; los cuales no son otra cosa que una producción colectiva de sentido imprescindible en la vida social y que interviene, en las prácticas sociales, bajo la forma de significaciones (búsqueda de sentido) y de movilización afectiva que induce a la acción”  
Elsa Blair<sup>432</sup>

El objetivo de este capítulo de la tesis es profundizar en el conocimiento de la dimensión subjetiva de la violencia política armada en Colombia y España, así como las mediaciones simbólicas que hacen pensable, justificable e incluso necesaria para los actores armados, la existencia de la violencia en estas sociedades. Para ello tomaremos dos estudios de caso de organizaciones armadas de la segunda mitad del siglo XX y los compararemos: ETA para el caso español y ELN para Colombia. Nos preguntaremos qué relación existe entre la cultura de la violencia, lo simbólico y lo sagrado; ese espacio donde se gesta el culto a la violencia en estas organizaciones. Indagaremos qué re-presentaciones de guerra, muerte-sacrificio, entrega sacramental, santidad del héroe muerto en combate, etc. alimentan esa cultura de la violencia de estos actores armados.

---

<sup>432</sup> Elsa Blair, *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*, Ed. Universidad de Antioquia-CINEP, Medellín, 1999, p. XXV.

Partimos de una perspectiva que considera que las causas estructurales u “objetivas” resultan insuficientes para hacer inteligible la violencia política armada, por ello se requiere analizar también las percepciones que de la “realidad” tienen estos actores sociales. Qué referentes culturales y simbólicos en la sociedad determinan las prácticas y conductas de los militantes de organizaciones armadas ilegales. En definitiva, se busca indagar sobre los factores culturales del fenómeno de la violencia armada insurgente, que pueden ayudar a analizar y explicar el uso “habitual” a la fuerza como forma de resolución de el(los) conflicto(s) político(s) por parte de algunos individuos y actores sociales. Partimos también de la hipótesis de que estas percepciones de los “guerreros-santos” (como vamos a definirlos dada la continuidad histórica con formas arquetípicas de guerreros ligados a la tradición cristiana), reducen en gran medida las posibilidades de diálogo y resolución de los conflictos políticos en ambos países.

Pretendemos entonces vislumbrar el papel que pudieron cumplir los grupos insurgentes en los años sesenta y setenta del siglo XX en la posible re-configuración del espacio de lo sagrado en dos sociedades en rápido proceso de secularización. Nos acercamos a ese espacio de contacto entre cultura, política, violencia y religiosidad, indagando sobre las representaciones sociales e ideales, los imaginarios de tradición religiosa,... en definitiva, esas producciones colectivas de sentido que sirven de soporte para legitimar el uso pseudoreligioso de la violencia; todo ello basado en discursos sobre sacrificio, salvadores de patrias y “nuevos cruzados” de la sociedad contemporánea.

Seguimos la estela dejada por Emile Durkheim<sup>433</sup> cuando nos advirtió que lo religioso/sagrado no desaparecería sino que se transformaría. ¿En qué se transformó lo sagrado en las décadas de 1960 y 1970 en Colombia y España? ¿Cuáles fueron las organizaciones que disputaron el espacio de lo trascendente a las instituciones tradicionales encargadas de gestionar lo sagrado y los mitos de la sociedad? ¿Qué papel cumplieron las organizaciones armadas insurgentes y sus ideologías en este fenómeno? ¿Somos conscientes del aparato trascendental que legitimó y legitima el recurso a la violencia, de las esferas de sacralidad que inducen a asesinar en nombre de la revolución o la patria?

Las ideologías tuvieron una centralidad social destacada en la segunda mitad del siglo XX porque se convirtieron en uno de los principales dispositivos de gestión/administración de los universos de sentido de cientos de individuos que siguieron religiosamente sus presupuestos. Este espacio de mediación fue una especie de economía global de los bienes simbólico-sagrados y los deseos de la época y, por ello las ideologías tuvieron, en gran medida, el monopolio sobre las verdades, las cosas del creer y el lugar organizador del sentido de miles de jóvenes creyentes de la nueva religión-revolución y de la experiencia mística correspondiente a cada individuo revolucionario. Las ideologías revolucionarias mantenían grandes paralelismos con dispositivos de poder de otros momentos históricos: la fetichización de las verdades, la sacralización de su discurso y lenguaje (en muchos casos, sólo se cambió las Sagradas Escrituras por *El Capital* de Marx), el dominio de subjetividades, el uso de discursos del miedo (“a la oligarquía y al imperialismo”) como factor integrador/disgregador de las colectividades, etc. Este

---

<sup>433</sup> Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*, Ed. Akal, Madrid, 1992. En este texto clásico, Durkheim plantea que la religión es un fenómeno social y como tal hay que analizarla; de donde podemos inferir que también muchos fenómenos sociales pueden tener un carácter religioso, ya que éste sólo puede surgir cuando existen concepciones comunes o colectivas sobre una misma realidad.

“ideologionismo<sup>434</sup>” administró “la realidad” de miles de personas, esos individuos/creyentes que vivieron **EL** discurso ideológico y existieron **EN** ese discurso, su realidad se convirtió en una especie de “revival” religioso alterno en pleno siglo XX.

Es por ello, que el análisis de los sistemas de creencias y ritos de las organizaciones armadas nos puede permitir comprobar cómo se construyen las bases de un orden –la lógica de la lucha-, coherente para sus integrantes y sobre el que se cimienta su lucha armada. Este universo mental orienta al grupo y a sus integrantes, creando pertenencia; y enlaza con una de las características más destacada de estas organizaciones armadas, su “visión mesiánica”, cargada de una mirada religiosa, que pretende redimir al individuo y al “pueblo pobre”, y que continúa con una larga tradición cristiana de sacrificio heroico por “la causa”. La lucha revolucionaria fue asimilada a una “promesa de redención social”, llegando en muchos aspectos, a tener características de “guerra santa”: la capacidad de sacrificio de los revolucionarios, su abnegación, la renuncia a una vida cómoda por un mundo de privaciones que depura al verdadero hombre, la representación del martirio por la causa, el sacrificio de la sangre y la elevación mediante la muerte al “cielo” de los héroes revolucionarios, etc. Todas ellas fueron parte de las necesarias “virtudes del guerrillero”, que tanto insistió el Che. La búsqueda de herejes fue otra de las peculiaridades de esta concepción “religiosa” de la lucha, la diferente forma de pensar fue criminalizada y el opositor o el que discrepa fue definido como enemigo, la equidistancia se suprime y la vida se concibe como extremos: amigo-enemigo, bueno-malo o vida-muerte.

---

<sup>434</sup> Entendido como el fenómeno donde la ideología se entiende en términos absolutos, como una cuestión de fe, donde se niega la capacidad crítica frente a esa ideología.

## 5.2. RE-PRESENTACIONES

### DE GUERREROS-SANTOS:

# GENEALOGÍA DE UN FANATISMO

Toda propuesta de cambio o de mantenimiento del orden social, tenga carácter religioso o político, propende por captar a la mayor cantidad posible de individuos a su proyecto, mediante la “concientización” o el “dominio” de las conciencias de estos. Para entender este proceso debemos recordar que lo percibido por cualquier individuo es producto de esquemas interpretativos –mentales- que hemos interiorizado durante nuestro proceso de socialización dependiendo de nuestro contexto social. Estas organizaciones buscan asegurarse el compromiso y la energía de la persona a sus objetivos de su lucha, incidiendo en las fibras emocionales de los individuos y de los grupos sociales; así como utilizando las estructuras culturales tradicionales de la población. Los grupos revolucionarios en los años sesenta y setenta del siglo XX, se apoyaron en un constructo trascendente llamado la “moral revolucionaria”, que se convirtió en unas “representaciones normativas”<sup>435</sup> o códigos simbólicos, de sentido y de comportamiento de los individuos. Esta moral

---

<sup>435</sup> Según Maurice Godelier, estas representaciones normativas son parte esencial de esa parte ideal de la realidad, que se diferencia de la parte material de esta misma realidad. Es así como las formas de representar la realidad se convierten en reglas de actuar para los individuos, para explicar este fenómeno pone el ejemplo de las reglas matrimoniales: “Estas reglas son realidades ideales porque son representaciones, nociones que determinan con quién es posible o imposible casarse dentro de esa sociedad, y estas nociones están vinculadas a otras que determinan a quién pertenecen los hijos nacidos de tal unión. Se trata, pues, de representaciones que constituyen al mismo tiempo normas para actuar. Estas representaciones normativas sólo pueden funcionar como tales si son conocidas por todos y seguidas por cada uno (o casi), por lo que se enseñan y transmiten concientemente de generación en generación (...) Estas representaciones-normativas no son en ningún caso el reflejo a posteriori, en la conciencia individual o colectiva, de relaciones sociales nacidas fuera y al margen de la conciencia. Por el contrario, constituyen un componente esencial de esas relaciones, de las que de alguna manera son su armadura interna. Y al mismo tiempo son una condición indispensable para la producción de dichas relaciones”. Maurice Godelier, *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*, Taurus, Madrid, 1989, p. 62.

revolucionaria surgió de la confluencia de un cuerpo ideológico-teórico, con elementos afectivos, mitos comunes, una tradición religioso-mesiánica y unos valores, supuestamente universales. Esta moral revolucionaria que re-presenta de determinada forma la realidad y las relaciones sociales, se convierte en fuente de valores y normas que determinaron el comportamiento y las prácticas de los individuos, así como las acciones sociales de los grupos. Esta realidad ideal, mundo o “reino” de lo pensable, con sus imaginarios sociales es fundamental para establecer los vínculos de cualquier agrupación social; pero con mayor trascendencia en estas organizaciones armadas dado el carácter de clandestinidad que asumen. Esta moral revolucionaria con su re-presentación simbólica del mundo a partir de un “nosotros” y un “ellos”, le da sentido y justifica la causa y el recurso “justo” a la violencia contra el “otro” para conseguir los objetivos políticos. Para ello, el discurso pone su énfasis en una clara “voluntad de diferencia”, en marcar límites y fronteras reales o imaginadas con los “otros”, generalmente el Estado, el gobierno y las élites sociales, así como las fuerzas de seguridad. Hay que destacar también, el hecho de que este “universo simbólico” no es “inventado” o surge por generación espontánea, sino que suele retomar elementos de una larga tradición simbólica anterior, en los casos estudiados se trata de la tradición católica, y la hacen confluír con un discurso ideológico marxista. Estos dos elementos forman el entramado simbólico del “centro orientador” de los grupos armados, que da coherencia a su visión del mundo y al comportamiento de los militantes.

Estos “filtros” mentales o imaginarios sociales fueron determinantes en los años sesenta y setenta del siglo XX para que muchos jóvenes tuviesen una imagen de su grupo y de sí mismos como sujetos trascendentales de un cambio revolucionario y planetario. Como afirma José Manuel Mata: “Cada agregado social produce una red

normativa que dirige los comportamientos. Esta red está en consonancia social con un sistema simbólico y de valores que da cuerpo a los entramados de representaciones, los cuales, por una parte, sirven de sustentadores a la identidad particular y diferencial del grupo y, por otra, hacen significativo y coherente el comportamiento de los individuos”<sup>436</sup>.

En este capítulo entonces pretendemos analizar cómo el ELN y ETA construyeron esos mundos simbólicos, a partir de discursos ideológicos y doctrinales, que sirvieron de justificación a sus acciones armadas; así como indagaremos sobre los rituales de estas organizaciones que retroalimentaron estas cosmovisiones. Intentaremos comprender cómo estas organizaciones armadas construyeron las bases de un orden lógico, la lógica de la lucha armada, coherente para sus militantes y que se basó en esa combinación de componentes racionales, valorativos y afectivos. Esta lógica mental orientó a los integrantes de estas organizaciones y creó pertenencia sobre un “sí mismo” diferenciador. Todo ello no significa que estas visiones de la realidad sean erradas frente a otras que captan la realidad “tal como es”, solamente pretendemos dejar constancia de que estas representaciones se convierten en las “lentes” con las que el grupo ve la realidad que lo rodea y se inserta en ella.

Por ejemplo, el discurso victimista utilizado por estas organizaciones recogió un amplio “capital simbólico” acumulado por algunos sectores de la

---

<sup>436</sup> José M. Mata, óp. cit., p. 67. En este mismo libro es interesante consultar el capítulo 3, “Las expresiones colectivas: la significación ritual del espacio público”, pp. 67-79. Sobre la fundamentación teórica del apartado se pueden consultar los textos clásicos: E. Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Ed. Akal-universitaria, Madrid, 1982; también C. Geertz, “Religion as a Cultural system”, en M. Banton (ed.), *Anthropological Approaches to the study of Religion*, Londres, Tavistock, 1987, pp. 1-46; M. García-Pelayo, *Los mitos políticos*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1981; René Girard, *La violencia y lo sagrado*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1972. Siguiendo desde una perspectiva antropológica para el caso de ETA se pueden consultar: Marianne Heiberg, *La formación de la nación vasca*, Arias Montano, Madrid, 1991; Juan Aranzadi, “Etnicidad y violencia en el País Vasco”, en J. Aranzadi, J. Juaristi y P. Unzueta, *Auto de terminación*, El País-Aguilar, Madrid, 1994. Para Colombia destacan los trabajos de la antropóloga María Victoria Uribe, en especial, *Matar, rematar y contramatar*, óp. cit. Sobre el tema, también interesante consultar: Ehud Sprinzak, “La formación psicopolítica del terrorismo de extrema izquierda en una democracia: el caso de los Weathermen”, en Walter Reich, *Orígenes del terrorismo: Psicología, ideología, teología, estados mentales*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1994.

población, que confluyó con unas condiciones políticas internas cerradas, tanto por la dictadura militar en España como por el pacto bipartidista del Frente Nacional en Colombia, que hizo percibir esta realidad “imaginaria” como muy cercana a los hechos cotidianos; ya que el Estado realizaba una violencia institucional, tanto física como simbólica, contra amplios sectores de la población. Así tanto ETA como el ELN se presentaron como continuadores de una lucha antirrepresiva contra estos regímenes políticos cerrados y represivos, lo que favoreció la identificación afectiva de muchas personas con estas organizaciones. Sobre la solidez de estas representaciones y cosmovisiones, sólo hay que constatar que pese a los cambios políticos y sociales en ambas sociedades, y después de 40 años, estas organizaciones y muchos de sus militantes mantienen, en términos generales, un universo simbólico similar a la etapa inicial del grupo. Como constata José Manuel Mata:

“Los rituales y prácticas de HB son las expresiones por la acción de la creencia en la sacralidad de la *causa* y el medio de crearla y recrearla continuamente, así como un indicador de la necesidad –en este caso con más ardor- de conservar y reafirmar los sentimientos e ideas colectivas que proporcionan al movimiento radical su unidad y personalidad. De esta manera, expresan su mundo y refuerzan sus representaciones de la realidad”<sup>437</sup>.

Por ello, este capítulo pretende rastrear la función que tuvieron estas representaciones sociales, así como los rituales que renovaban esos mitos comunes, verdaderas creencias comunes de los militantes. La perspectiva seguida es la aportada por el funcionalismo sociológico que como recuerda C. Geertz: “Pone el énfasis en la manera en que las creencias y particularmente los ritos refuerzan los tradicionales vínculos sociales entre los individuos; hace resaltar el modo en que la

---

<sup>437</sup> José M. Mata, óp. cit., p.139.



estructura social de un grupo se ve fortalecida y perpetuada por la simbolización ritual y mítica de los valores sociales subyacentes en que ella descansa...»<sup>438</sup>.

Por tanto, las creencias y las ideologías (que podemos entender como las creencias orientadas al campo restringido de la política), hacen parte de unos estados mentales que proporcionan significado, alimentan sentimientos y encauzan comportamientos. Estas organizaciones dado su carácter clandestino centraron estas funciones en restringidos espacios de socialización o de creación simbólica, que alimentó y amplió su base social. En estos espacios cerrados fue donde estas organizaciones consiguieron mantener cierto “orden” mental, ya que tenían la necesidad de seleccionar adecuadamente la información que percibían sus integrantes; lo cual era vital para su supervivencia, ya que tenían que transmitir su “especial visión” de la realidad política, económica y social para seguir manteniendo la coherencia de su discurso. Además la información debía llegar a todos los militantes de tal manera que fuese fácilmente asimilable, por lo tanto, los sistemas de interpretación debían ser sumamente esquematizados y caracterizados por su esencialismo, así como empatar con las estructuras mentales y culturales tradicionales talladas durante siglos; por ejemplo, por la religión católica.

---

<sup>438</sup> Clifford Geertz, “Religion as a Cultural system.”, p. 131, tomado de José M. Mata, *óp. cit.*, p. 73.

### **5.3. LA SOCIEDAD ES UN INFIERNO DE SALVADORES<sup>439</sup>: VIAJE DEL CULTO A LA RAZÓN, A LA RAZÓN DEL CULTO**

A pesar de constatar la persistencia de los dioses y de lo sagrado en todas las culturas y momentos históricos, los últimos siglos en Occidente pueden ser caracterizados como de un férreo culto a la “razón-verdad”<sup>440</sup>, ese proyecto que se intensificó con la Ilustración y que prometía un futuro ideal a la humanidad, donde los individuos controlarían a partir del pensamiento todos los aspectos de su vida. Se transitó de la necesidad de lo sagrado y la fe en Dios, a una razón omnipresente y omnicomprendiva; un proceso de deificación de la razón. Se debe recordar que en el pensamiento occidental siempre coexistieron dos tendencias: el misticismo neoplatónico y el intelectualismo aristotélico; y es a partir del siglo XVIII cuando esa parte mística del pensamiento fue cubierto con la cortina de humo del racionalismo aristotélico. Se requiere entonces desandar la trayectoria del conocimiento moderno para poner unas bases mejores sobre las formas de aprehender la realidad social. Como plantea Juan J. Muñoz: “Se debe entender el irracionalismo como una nueva conquista. Pese a lo ingente de los nuevos continentes descubiertos, pese a la apariencia inabarcable de la nueva tarea que se despliega allende los nuevos horizontes, al menos las expediciones están emprendidas y el *logocentrismo* ha sido rebasado. El desconcierto epistemológico es comprensible: son los efectos de haber

---

<sup>439</sup> E. M. Cioran.

<sup>440</sup> Estos argumentos fueron desarrollados en un ensayo anterior: Roberto Sancho Larrañaga, “Reconfiguraciones sociales de los miedos, certezas y deseos”, óp. cit., pp. 31-42.

libertado a la *ficción* como instrumento cognoscitivo, de haber indultado a la *metáfora*”<sup>441</sup>. La “diosa razón” cae de su pedestal de sacralidad asediada por el pensamiento de los maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud. El fracaso del proyecto ilustrado de la Modernidad nos devolvió por inercia a plantearnos la cuestión de ese “factor Dios”, nos imprimió la necesidad de comprender “la razón del culto”. Reflexionar sobre la razón del culto y de lo sagrado es entrar en la dimensión de lo cultural y del sentido de una sociedad. Este vuelco en la orientación investigativa de los “científicos” sociales puede deberse a la constatación de que lo sagrado y las creencias estallan por todos los lugares de la cotidianidad de los individuos, a pesar de que la sociedad actual parece definirse como laica y que supuestamente relega la religión y lo sagrado-trascendental al cajón del olvido. ¿Podemos restituir el reconocimiento del poder de los dioses, de lo sagrado y de las ideas en la creación de la sociedad, y en nuestra investigación, en el surgimiento y consolidación de organizaciones como el ELN y ETA? Los individuos actuales como nuestros antepasados quedamos atrapados, una y otra vez, en laberintos mercantiles de sentidos y mitos, en marañas de circulación de creencias y de “las cosas del creer”. La persona queda inscrita en una “línea de pensamiento”, atrapado en un “lugar organizador”, en nuestro caso las ideologías, que se convierten en el espacio de lo sagrado e incuestionable y que le transfiere a los individuos los elementos necesarios para encontrar el “Sentido de la vida”, pero además lo marca como creyente y feligrés de una especie de “hermenéutica totalitaria y absoluta”. Como sujetos oímos, en el siglo XX o XXI, como nuestros ancestros las voces de profetas y mercaderes de la salvación, los delirios de videntes profiriendo “socio-dioseas” de esperanza o, por el contrario, discursos apocalípticos o milenaristas; persisten por lo

---

<sup>441</sup> Juan Jacinto Muñoz Rengel, “De la crítica estructuralista a la disolución de la estética, el lenguaje y la realidad”, en *Revista Anthropos. Semiología crítica, de la historia del sentido al sentido de la historia*, n° 186, sept.-oct., Barcelona, 1999, p. 106.

tanto, los iluminados de esa interpretación eterna de personajes de un antiguo o nuevo teatro de lo sagrado. Como ciudadanos vemos impávidos la re-surrección de dioses (¿tal vez paganos?), y la insurrección o la resistencia de estos a que la humanidad les dé sepultura. Los científicos sociales asistimos como espectadores al mercado de las re-composiciones de las cosas del creer, a las dinámicas de re-configuración de lo sagrado y de las mediaciones que interpelan a los sujetos y crean los lazos y vínculos cohesionadores de cualquier sociedad. Vínculos con otros que creen algo similar o lo mismo que yo, y que establecen un mismo “campo de sentido”, unos “círculos o murallas protectoras” donde nos encontramos seguros. Encerrados, llenos de miedo a salir al exterior, pero seguros en el interior de nuestra comunidad y nuestro pensamiento.

Por lo tanto, tenemos que tener en cuenta esta dimensión trascendental, sagrada de la realidad; por eso nosotros partimos del hecho de que todas las sociedades y grupos sociales se han sustentado sobre aparatos trascendentales, religiones y creencias, que permiten el acceso a las verdades y certezas últimas; éstas dotan a los individuos de seguridades ontológicas que ayudan a dar sentido a las situaciones “caóticas” de la realidad. Las ideologías en los años sesenta y setenta del siglo XX tuvieron la pretensión de hablar en nombre de “lo real”, como en otras épocas hicieron las religiones, y éste es el principio básico que sustenta lo que “debe ser creído” como una totalización; en este sentido, se convirtieron en el gesto cotidiano de muchas personas de la época, del renovado “acto de creer” tradicional. El discurso “autorizado” de las ideologías se convirtió en “normas de fe” y “técnica de hacer creer”, en definitiva en “elementos organizadores de las prácticas”<sup>442</sup> cotidianas de los individuos. La “realidad” acabó reposando sobre re-presentaciones

---

<sup>442</sup> Fabián Sanabria, óp. cit., p. 14.

de mundo que señalaban qué debía ser creído, aceptado, interiorizado e institucionalizado. Estas ideologías se convirtieron para miles de individuos, en los “sólidos” cimientos de su conocimiento de la realidad, esa construcción que designó las certezas que utilizaron como escudos de fe contra los otros y para justificar el uso de la violencia contra el otro. Cimientos a prueba de temblores o terremotos epistemológicos y que no permitieron, ni permiten hoy en día a los integrantes de estas organizaciones, dudar de “su realidad”:

“Época tras época el hombre ha ido construyendo múltiples tejidos que, se introyectan, y a los cuales se sujetan como si fueran “la realidad”, “la certeza”, originando esa necesidad de creerse poseedor de “la verdad”, de sentirse superior o inferior en su relación con los demás, anulando, por consiguiente, todo proceso de comunicación, de reflexión o de crítica frente al discurso del otro y el propio”<sup>443</sup>.

Según Erich Fromm, “el hombre tiene que estar relacionado con los demás y debe tener un marco de orientación que le permita captar la realidad, de otro modo caótica, y que a la vez lo capacite para comunicarse con los demás”<sup>444</sup>. Este sistema de igualación/diferenciación permite la “lecturabilidad” del mundo, crea los espacios de re-conocimiento e identidad como construcciones simbólicas de mantenimiento y re-producción de un orden, orden eminentemente ritual y simbólico. Este “mapeado cognitivo” e ideológico permite percibir la sociedad como un ámbito sociosimbólico, sociolingüístico, en definitiva sociocomunicativo. Este mapeado portador de certezas y creencias permite “dar sentido” a la realidad, ubicarse en ella y re-producir estas

---

<sup>443</sup> Julio Andrés Spinel Luna, “El Oráculo: como medio para develar el conflicto del hombre contemporáneo”, documento mimeografiado, p. 7.

<sup>444</sup> Erich Fromm, óp. cit., p. 22.

“realidades” humanas atribuyendo sentido y valores a las acciones de las personas.

Según Cornelius Castoriadis:

“Ser socializado significa, en primer lugar y sobre todo, investir la institución existente de la sociedad y las significaciones imaginarias insertas en esta institución. Estas significaciones imaginarias son: los dioses, los espíritus, los mitos, los tótem, los tabúes, la familia, la soberanía, la ley, el ciudadano, la justicia, el Estado, la mercancía, el capital, el interés, la realidad, etcétera. La realidad es, evidentemente, una significación imaginaria, y su contenido particular está fuertemente determinado, para cada sociedad, por la institución imaginaria de la sociedad”<sup>445</sup>.

Estos universos de sentido –cosmovisiones, topologías o ideologías- se convierten en espacios de mediación, de mediatización, comunicación y reconocimiento indispensables para la re-producción de la sociedad, de estas organizaciones y de la constitución de las identidades individuales y colectivas.

Como afirma E. A. Vizer:

“Los hombres y las sociedades viven y construyen sus realidades mediatizadas por las creencias, los imaginarios instituidos por la cultura, el lenguaje, la observación, la subjetividad y la propia acción sobre lo real. Este “magma” indefinible (para usar un término de Castoriadis) es la verdadera “materia ontológica” con la cual todos los seres humanos construimos nuestras certezas: sobre lo que es “real” y lo que no lo es; sobre las realidades pasadas o sobre realidades ideales, futuras o idealizadas”<sup>446</sup>.

---

<sup>445</sup> Cornelius Castoriadis, “Las raíces psíquicas y sociales del odio”, en Fabio Giraldo Isaza (comp.), *Guerra y muerte*, Fundación para la investigación y la cultura, Bogotá, 2002, p. 72.

<sup>446</sup> Eduardo A. Vizer, *La trama (in)visible de la vida social. Comunicación, sentido y realidad*, Ed. La Crujía, Buenos Aires, 2003, p. 19.

Estos “dominios de lo real”, la relación estrecha entre el “mundo real” y los “universos de sentido” que intentan explicar esa “realidad real”, permiten a los individuos conocer la “verdad”, tener certezas sobre sí mismos y el mundo. Fetichización de las verdades y certezas, que encuentran así sentido al sinsentido, en definitiva que realizan una hermenéutica de la vida:

“Todas las sociedades han creado religiones y ceremonias, creencias e ideologías que permitieran generar cierto distanciamiento con la realidad y los problemas cotidianos, y el acceso a “verdades, valores y certezas últimas o eternas”, a “seguridades ontológicas”, o a verdades trascendentes. Las creencias se han manifestado en el lenguaje, en relatos, en mitos, en imágenes y en construcciones de sentido que ayudan a ordenar la vida social, y en especial a dar sentido a situaciones caóticas o inmanejables (...) todas las sociedades han generado instituciones encargadas de crear y mantener instituciones que proyectan y estructuran un orden o un universo de sentido, de certeza y permanencia de las relaciones: entre la sociedad y la naturaleza; de las relaciones de los hombres entre sí (...); de la vigencia y permanencia de los signos, los valores y las formas culturales;”<sup>447</sup>.

Históricamente, este espacio de seguridades ontológicas se ha expresado a través de lo sagrado y del poder de lo imaginario. Entonces, ¿acaso la realidad no está fundamentada en hechos reales, sino en los horizontes significativo-sagrados de una sociedad concreta? Esta realidad es entonces una especie de “hiperrealidad simbólica” en la que el ser humano ha navegado y navega en la sociedad. ¿Y no nos recuerda mucho esto al libro VII de *La República* de Platón y su alegoría la caverna? ¿No observaremos, como aquellos antiguos esclavos desde nuestra oscura caverna, las sombras del pensamiento occidental? Neo, el protagonista del filme *Matriz*,

---

<sup>447</sup> Ibídem., pp. 34 y 47.

cuando se encuentra con el iniciado Morfeo, le recuerda que: “Eres un esclavo, igual que los demás naciste en cautiverio... en una prisión que no puedes oler, saborear ni tocar. La prisión de tu mente”. Kafka le añadió sal al argumento y nos avisó que la vida sólo consiste en escapar de una celda que odiamos, para entrar en otra que tenemos que aprender a odiar. Los sujetos optamos por este tipo de cuevas simbólicas, de construcciones de ilusiones que dan las “certezas” protectoras. Éstas sólo reflejan la estructura narcisista del ser humano, expresada en la idea de que “el hombre es la medida de todas las cosas” y que éste no se debe acomodar al mundo, sino todo acomodarse a él. Prisión de la mente y narcisismo que pretende dominar todo como objeto, esta es la combinación para acercarnos a lo sagrado de la realidad. Con ello se re-valoriza la importancia de los lenguajes “sagrados” y de la comunicación como “instrumentos” con que disponen las comunidades y organizaciones sociales para construir su “realidad social”, como dispositivos de “constitución de lo real social”. Se produce un proceso instituyente, un proceso de “institución” de un universo de sentido de lo “real social ontológico”, por medio del “lenguaje y la praxis”<sup>448</sup>. En conclusión debemos explorar los procesos de construcción social de lo sagrado y la institución socio-lingüística de “las realidades”, los “distintos marcos subjetivos para la representación de lo real”<sup>449</sup>, como procesos de “realización de la realidad”, de objetivación y subjetivación de la misma; y en definitiva de reificación y deificación humana: “El conocimiento en las ciencias sociales tiene por objetivo ético des-reificar y descosificar críticamente las propias realidades –históricas- construidas por los hombres. Objetivar debe ser lo opuesto de reificar... tal vez sea hora de intentar construir conocimientos sobre el propio proceso interno de formación de sentido que “instituye” a la cultura, a la

---

<sup>448</sup> Eduardo A. Vizer, óp. cit., p. 69.

<sup>449</sup> J. L. Rodríguez García, óp. cit., p. 153.



sociedad y a los propios individuos en cada instancia de construcción objetiva de sus propios mundos de la vida”<sup>450</sup>. Este llamado a recobrar el valor de lo sagrado parte de ese “olvido” histórico, como dice Orlando Mejía: “El gran error de los hombres modernos, doctor Fandiño, consistió en creer que la tan anunciada muerte de Dios implicaba la superación de la sed por lo sagrado y lo infinito”<sup>451</sup>.

---

<sup>450</sup> Eduardo A. Vizer, óp. cit., pp. 26-27.

<sup>451</sup> Orlando Mejía Rivera, *La casa rosada*, ICFES, Manizales, Colombia, 1997, pp. 27-28.

## 5.4. “ETA PARA MÍ ERA SAN DIOS”<sup>452</sup>

Con los referentes teóricos anteriores, nuestra investigación y el análisis de la violencia armada tiene que ser atravesado también por la dimensión de lo trascendente, porque en muchas ocasiones, pareciese que más que un fenómeno político, estuviésemos ante uno con una destacada “naturaleza religiosa”, por lo cual autores como Antonio Elorza se atreven a hablar de un posible fenómeno de “religión política”, aunque como él mismo afirma:

“El recurso al concepto de ‘religión política’ no deja de presentar notables riesgos. Si reservamos para la expresión un uso restrictivo, solamente cabría aplicar la calificación de religiones políticas a los integristas o fundamentalismos religioso-políticos, es decir, a aquellos movimientos de raíz específicamente religiosa que se proponen configurar un cierto tipo de sociedad ajustada a sus creencias una vez conquistado el poder político. Sería algo perfectamente válido, pero que no añadiría nada a nuestro conocimiento anterior, pues lo que realmente merece la pena es saber si más allá de esas formas de vinculación inmediata entre credo religioso y proyecto político, existen otras más complejas donde quepa detectar dicho enlace, partiendo de situaciones en las cuales no es dado descubrir de forma inmediata esa presencia primordial del hecho religioso”<sup>453</sup>.

---

<sup>452</sup>Entrevista a un antiguo miembro de ETA, en Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 117.

<sup>453</sup>Antonio Elorza, *La religión Política. El nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integristas*, Haranburu, 1995, p. 7.

Este autor retoma el concepto forjado por la historiadora Mona Ozouf<sup>454</sup> de “transferencia de sacralidad”, esta autora planteó que durante la Revolución Francesa y con el intento de laicización de la sociedad, se “ocupó” el espacio tradicional de religiosidad católica con la búsqueda de una “religión de la patria”; así como con la creación paralela de símbolos, rituales y objetos de creencia. Demostrándose con ello la necesidad de lo sagrado en cualquier sociedad, incluso aquella que explícitamente se define como secular y pretende separar el ámbito político y religioso. Esta religión política creada por los revolucionarios franceses, necesitó también de la conformación de unos “nuevos” creyentes, entregados totalmente a la nueva causa, en definitiva una nueva “religación” ilimitada de los nuevos sujetos-ciudadanos a esta religión laica. Comenzaba así esa sacralización de lo nacional y lo patrio, tan característica de los siglos XIX y XX; y que nuestras dos organizaciones de estudio parecen retomar, ya que ambas se definen como movimientos “liberación nacional”. Mientras se combate defendiendo el ateísmo y en contra de las religiones tradicionales, estas “nuevas” religiones van formando sus propias sociedades de creyentes. Este fenómeno de religión política en la segunda mitad del siglo XX, se puede desarrollar dado que ambas sociedades tienen una larga tradición religiosa y una arraigada religiosidad popular; y además la Iglesia católica ha tenido un papel determinante en la configuración de estas sociedades, así como de las representaciones de los individuos, durante largos siglos. Entonces, estos grupos armados se “superponen” o se “montan” en esta larga tradición religiosa, para re-interpretar con su peculiar prisma este universo social cargado de alta religiosidad:

---

<sup>454</sup> Mona Ozouf, *La fête révolutionnaire, 1789-1799*, Éditions Gallimard, París, 1976, pp. 11-15. Mona Ozouf ha mostrado como las fiestas y ritos públicos de la Revolución Francesa, mediante el principio de igualación u homogeneidad, intentaron consolidar un nuevo orden político y social; se utilizaron elementos de iconografía y representaciones ligadas a la tradición religiosa para realizar una transmisión de los valores de esta última a la política revolucionaria. Creándose un nexo directo con el pasado y sus cosmovisiones religiosas, así como redefiniendo o redireccionando el significado de algunos mitos y ritos tradicionales.

crean nuevos altares y textos sagrados, continúan con los discursos apocalípticos y milenaristas, requieren del sacrificio de los nuevos creyentes para buscar la salvación de la humanidad, crean rituales con estéticas especiales, etc. Esta especie de fusión religioso-ideológica que representan estas organizaciones, requiere la fidelidad de los feligreses así como la sacralización de las “santas” escrituras del marxismo-leninismo, para obtener el fin último de la liberación de la humanidad. Este proceso de “absolutización” de los principios ideológicos que guían el comportamiento político de los individuos, se convierte en un acto trascendente, expresión de lo que podemos definir como una religión política:

“La política basada en la santidad se inspira en lo que Weber denomina ‘ética de los últimos fines’, que se desentiende del cálculo racional de los medios. Cuando dos partes contendientes están guiadas por esta moralidad de fines sagrados, las ‘razones’ por ambas partes parecen igualmente válidas y nos vemos abocados a la conclusión nada agradable de que ‘la violencia carece de razón’ (Girard, 1983:53). La naturaleza ‘religiosa’ de este tipo de conducta brota en última instancia de la existencia de ideales irreductibles y opuestos que no admiten el arbitraje de ningún análisis científico pues entre la verdad objetiva y la ética hay un abismo lógico insuperable (Weber, 1949)”<sup>455</sup>.

Esta mentalidad ultradogmática, ortodoxa y de gran seguridad en uno mismo y en sus creencias, así como la inexistencia de la duda, caracterizaran este espacio común de la ideología y la religión. Es así como la política, ese espacio del diálogo y el consenso, lugar de mediación, se termina convirtiendo en:

“La idea de imponer la propia voluntad al otro, el opositor devenido enemigo es objeto de destrucción y de muerte. (...) El odio

---

<sup>455</sup> Joseba Zulaika, óp. cit., p. 374.

hace presencia en la guerra, donde algunos logran realizarlo plenamente. En la dimensión imaginaria del odio, el aniquilamiento del otro se inscribe en la estructura misma de la relación intersubjetiva, como relación de exclusión que organiza una relación dual, poniendo en juego la existencia del uno o la del otro en una captación imaginaria que compromete radicalmente la oposición ‘él o yo’<sup>456</sup>.

Por lo tanto, la política convertida en un “Absoluto”, va ocupando esas estructuras psicológicas talladas durante largos años por la religión, para cambiar a ésta por la ideología nacionalista o marxista, o ambas al mismo tiempo en una especie de “pararreligión”. Cambio que supone el trueque del catecismo por los libros de Marx o Mao, que se convierten en una especie de ética profético-milenarista; también se cambia a Dios por la Revolución. Se pasó, poco a poco, de una trascendencia religiosa a otra ideológica: las creencias se volvieron profanas, hubo una sucesión de salvadores y mesías, de los salvadores del pueblo cristiano se pasó al de “los condenados de la Tierra”: “Era algo total que lo incluía todo, una religión, algo total”<sup>457</sup>.

Esta transferencia religioso-ideológica se pudo realizar gracias a que la Iglesia católica ha tenido una presencia incisiva en estas sociedades a lo largo de varios siglos, incrustándose en el comportamiento de los individuos. Pero en este tránsito también se generó “la metamorfosis de los vicios estructurales de la religión

---

<sup>456</sup> María Clemencia Castro, “La guerra y el deleite taciturno”, en *Desde el jardín de Freud*, nº 3, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2003, p. 94. La autora en este artículo intenta articular los planteamientos que sobre la guerra han realizado dos destacados teóricos: Kart von Clausewitz el teórico castrense y desde el psicoanálisis, Jacques Lacan. Con ello pretenden dilucidar cómo se configura un enemigo, la disputa del juego de los deseos, etc.

<sup>457</sup> Testimonio de Juan Mari, un ex etarra, tomado de Joseba Zulaika, óp. cit., p. 90.

en otros ideológicos”<sup>458</sup>. El debate que se debe plantear en este punto es, si hay una sustitución de lo religioso por lo ideológico, una convergencia caótica u otras posibles combinaciones; aunque lo que parece claro es que tanto las creencias religiosas como las ideologías utilizan unas similares estructurales mentales y culturales:

“Ésta es la clave del parentesco entre la Iglesia y el nacionalismo vascos, entre religión e ideología: el aprovechamiento sibilino de la culpa judeocristiana interiorizada en la sociedad para su transmutación y reciclaje en culpa patriótica; (...)

Así como el cristiano se encuentra en una perpetua tensión de deuda con Dios por el pecado original y porque el ideal de perfección que le propone su religión es inalcanzable, el vasco que cae en las redes de esa transmutación siempre está en tensión y en deuda con Euskal Herria”<sup>459</sup>.

Esta culpa trascendental de los “buenos” vascos por no conseguir la liberación de Euskadi, o de los “buenos” revolucionarios colombianos por no conseguir liberar a su pueblo del sufrimiento al que lo somete la oligarquía; está en el origen del compromiso de fe de muchos etarras y elenos. Este remordimiento cristiano que confluye con la angustia marxista, hace que el sentimiento de culpabilidad lleve a tomar la decisión de dar la vida por la causa, de obtener el reino de Dios en la tierra –esto último es un guiño a la Teología de la Liberación-:

“El reparto de la culpa es una de las tradicionales argucias nacionalistas para perseguir sus objetivos y perpetuar el terrorismo. Si ETA no es la única culpable, tampoco su final está sólo en su mano. Y, si la culpabilidad se reparte socialmente, la propia sociedad

---

<sup>458</sup> Iñaki Ezkerra, *ETA pro nobis. El pecado original de la Iglesia vasca*, Planeta, Barcelona, 2002, p. 120.

<sup>459</sup> *Ibidem.*, pp. 121-122.

se reconoce merecedora de la barbarie etarra, con lo cual ésta queda legitimada, además de garantizada”<sup>460</sup>.

Además de la culpa cristiana, somos testigos en las décadas de los 60 y 70 del siglo XX, de un resurgir del “espíritu misionero y de sacrificio”, una explosión de “guerras santas” por todo el planeta, el desarrollo de “sacerdocios guerrilleros”, así como el nacimiento de nuevos mesías, todo ello como reflejo de un rigor moral que “imposibilitó” acercarse al otro. Se puede constatar como al tiempo que los templos cristianos se vaciaban y que las vocaciones sacerdotales disminuían, se engrosaban las filas de las organizaciones armadas. Esta transferencia de sacralidad de la religión hacia la revolución y la patria, en estas décadas va paralela al proceso de laicización de la sociedad española y colombiana. Si todas estas características relacionadas con los ámbitos de la religión se pueden encontrar en organizaciones como ETA o el ELN, eso supone que se requiere también una aproximación teórica que las trate como tales organizaciones parareligiosas. Esta tarea es emprendida por varios estudiosos de la violencia, entre ellos Fernando Reinares, que se pregunta: “¿Acaso existe alguna relación entre determinada manera de entender la fe católica, en tanto que confesión claramente hegemónica dentro de la sociedad vasca, y el hecho de incorporarse a ETA?”<sup>461</sup>. ¿Se puede plantear una cuestión similar para la sociedad latinoamericana? ¿Y en Colombia? Eduardo Pizarro también se pregunta: “¿Existen elementos en común entre las religiones mediano-milenaristas y las organizaciones guerrilleras radicales?”<sup>462</sup>. Cuando menos estos interrogantes son provocadores intelectualmente y este tipo de fenómeno puede ser más común de lo que en apariencia uno sospecharía. Se trata entonces de intentar rastrearlo y de “apreciar la

---

<sup>460</sup> *Ibidem.*, pp. 122-123.

<sup>461</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 61.

<sup>462</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., pp. 129-130.

medida en que esa secularización acelerada, en un contexto de las peculiaridades del vasco, hizo posible que la impronta de lo sagrado se transfiriera inconscientemente desde el ámbito de la deidad al plano de aspiraciones políticas como la independencia y de métodos violentos como el terrorismo”<sup>463</sup>.

¿Cuándo se establecen estas relaciones entre política, moral y violencia?  
¿Siempre han existido este tipo de conexiones? ¿Se intensifican con el surgimiento de estas organizaciones armadas ilegales? O, como afirma Eduardo Pizarro:

“En muchas ocasiones, los movimientos o los partidos políticos sustituyeron simplemente a la Iglesia como escenario del ‘ya’ simbólico, en un situación del ‘todavía no’ global. ¿Fue éste el caso de la guerrilla colombiana que, para muchos de sus adherentes, sería concebida como una especie de ‘religión secular’? Sin duda, el padre Camilo Torres fue el prototipo en Colombia, y probablemente en América Latina, de esta visión según la cual ‘el deber de todo cristiano es hacer la revolución’”<sup>464</sup>.

Claro que Camilo Torres no era el único exponente de estos aires renovados en la Iglesia católica, recordemos que con la llegada del Papa Juan XXIII al pontificado y la convocatoria del Concilio Vaticano II entre 1962-1965; se generó una fuerte crítica a la posición tradicional de la Iglesia y se reafirmó la idea de que la Iglesia tenía que ser la guía del Pueblo de Dios en la Tierra, lo que significaba que los sacerdotes debían trabajar con y por su comunidad para transformar la sociedad. Estas ideas tuvieron un fuerte impacto en el mundo católico, pero fue destacado su papel en América Latina, en especial después de la Conferencia del Congreso Episcopal Latinoamericano en Medellín en 1968. Con estos eventos se fortaleció el puente que se estaba transitando desde hacía unos años entre el cristianismo y el

---

<sup>463</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 62.

<sup>464</sup> Eduardo Pizarro Leongómez, *Insurgencia sin revolución*, óp. cit., p. 131.



marxismo, y que sirvió de catalizador de los procesos para intentar la transformación social, política y económica en distintos países: “Del encuentro del marxismo con el cristianismo; realmente lo que nos atraía en esa época era buscar una especie de matrimonio entre esas dos inquietudes, esas dos utopías”<sup>465</sup>.

Esta transferencia de sacralidad del cristianismo al marxismo, incluyó una perspectiva ortodoxa y totalitaria de la realidad; así como la promesa de un mundo mejor –comunismo-. Es así como el marxismo se inscribió dentro del marco cultural y psicológico de lo religioso y de él tomó muchos de sus contenidos, discursos y rituales. Los marxistas se convirtieron en una especie de mediación semisagrada que traería la liberación social y nacional, sus seguidores se asimilaban a creyentes y la revolución se convirtió en una entidad sagrada. Lo político absorbió lo religioso y lo religioso acabó atrapando a lo político, ¡el círculo sin salida estaba servido! Tal vez el encuentro de estos dos ámbitos, plasmados en dos grandes utopías –cristianismo y marxismo-, era de esperarse, dado que el comunismo tenía mucho de cristianismo primitivo y a su vez éste en su momento histórico tuvo un marcado carácter revolucionario. Este cruce en el ELN constituyó lo que se conoce como camilismo, la forma más explícita que tuvo esta organización de establecer ese “matrimonio” entre cristianismo y marxismo. Paradojas de la vida, el marxismo se acercaba al cristianismo y éste último a la guerra:

“Esos valores tan caros a la concepción del hombre nuevo se combinaban con elementos del sacrificio y la redención cristiana. Ello no dejaba de ser paradójico, porque cuando el cristianismo

---

<sup>465</sup> Walter J. Broderick, “La búsqueda de una iglesia distinta”, en Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, óp. cit., p. 29.

decidió hacer la guerra y se lanzó a las cruzadas, se olvidó de los principios cristianos e hizo la guerra”<sup>466</sup>.

Esta especie de continuación de las cruzadas medievales cristianas en pleno siglo XX, disfrazadas de marxismo, empató con una larga tradición de guerras sacralizadas y de violencias sagradas dentro del pensamiento occidental católico y que autores como Jean Flori<sup>467</sup> han rastreado y analizado. En el caso del nacionalismo vasco, esta tradición fue una fuente de inspiración desde su mismo fundador Sabino Arana, a finales del siglo XIX:

“El lema adoptado por Sabino es GETEJ: todo por la patria y la patria para Dios. El deber de cristianos es el primer fundamento de la profesión de fe nacionalista, ya que ‘la invasión de cierta gente extraña’, procedente del pueblo de la blasfemia, corrompe moral y religiosamente a Vizcaya. De ahí la particular cruzada que en nombre del puro y limpio baile suelto vasco emprenderán Sabino y sus seguidores contra el ‘agarrao’, convertido en ‘el baile español’ por excelencia y definido como ‘el liviano, asqueroso y cínico abrazo de los dos sexos’. Tolerar el efecto de degeneración que induce la presencia *maketa* no es sólo pecar contra la patria, sino pecar contra Dios. La desvasquización consiguiente conduce a la pérdida del alma cristiana del pueblo vasco”<sup>468</sup>.

---

<sup>466</sup> Antonio Sanguino, “Utopía marxista y utopía cristiana”, en Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, óp. cit., p. 161.

<sup>467</sup> Sobre el tema se puede consultar: Jean Flori, *Guerra Santa, Yihad, Cruzada. Violencia y religión en el Cristianismo y el Islam*, Univ. de Granada-Univ. de Valencia, Granada, 2004. Del mismo autor, *Guerra Santa. La formación de la idea de Cruzada en Occidente*, Ed. Anthropos, 2002. En el primer texto el autor hace un análisis comparado de la sacralización de la guerra en el mundo musulmán y cristiano, mostrando como el cristianismo evolucionó desde un pacifismo a la idea de guerra justa para culminar en las cruzadas y su guerra santa. Esta obra es imprescindible para abordar el sustrato cultural cristiano que puede existir en el comportamiento de muchos militantes del ELN y ETA.

<sup>468</sup> Antonio Elorza, “Vascos guerreros”, en Antonio Elorza (Coord.), *La historia de ETA*, óp. cit., p. 43. En esta introducción Elorza rastrea algunos de los elementos de la tradición vasca que utiliza el nacionalismo vasco radical para perpetuar una forma de desconocimiento del otro y sus consiguientes formas de expresión de la violencia contra ese otro.

De esta manera con la confluencia de la religión católica y la patria, el nacionalismo vasco empezó a construir esas murallas imaginarias entre el 'yo' vasco y el 'otro' español, se justificó también la guerra imaginaria e imaginada que requería de unos fervientes creyentes-cruzados disciplinados e intransigentes, dispuestos a seguir los dictados de esta nueva "religión de la violencia política"<sup>469</sup>.

Es así como esta "religión de la violencia política nacionalista" tuvo una nueva etapa de intensificación el día 31 de julio de 1959, cuando un grupo de jóvenes nacionalistas vascos crean ETA. Ese día en el santoral cristiano se celebra a San Ignacio de Loyola, el único guerrero-santo vasco y fundador de la Compañía de Jesús. ¿Fue este hecho una casualidad? Tal vez, los fuertes argumentos de Joseba Zulaica nos introduzcan en la dimensión que tuvo este acontecimiento histórico: "La congruencia entre el nacimiento de ETA y la fiesta de san Ignacio, fundador de los jesuitas y prototipo del militar vasco, revela una relación íntima entre los militantes y el santo patrón. En un sentido profundo, entenderlo a él es entender a los hombres de ETA"<sup>470</sup>. ¿Y quién fue Ignacio de Loyola? Esencialmente para el nacionalismo vasco, el "santo vasco disponible", que permitió a los nacionalistas tener no sólo un modelo de vida a seguir por los aprendices de guerreros-santos, sino también como fundador de la Compañía de Jesús les permitió adoptar esa forma de organización e inserción en el plano de sociabilidad de los individuos:

"Los objetivos eran claros, pero el modelo político faltaba. El vacío será cubierto por Sabino acudiendo al antecedente de la Compañía de Jesús, en cuanto movimiento que arranca de un puñado de hombres devotos, entregados a la opción fundamental (la elección inmutable: Jesús para San Ignacio; la patria vasca, consagrada a Dios, para Sabino) y dispuestos a servirla mediante una

---

<sup>469</sup> *Ibidem.*, p. 44.

<sup>470</sup> Joseba Zulaika, *óp. cit.*, p. 375.

actuación obediente y disciplinada a las órdenes del fundador, de la cual deberá resultar su implantación progresiva en el seno de la sociedad vasca”<sup>471</sup>.

Fue así como empezaron a alistarse los “ejércitos de soldados” nacionalistas dirigidos por sus “capitanes”, en esta religión política de la violencia que exigía total obediencia a la “Compañía” nacionalista y luego a ETA. Esto afectó la cosmovisión de los individuos que giraban en la órbita de esta religión política, sus relaciones con su comunidad y con los “extranjeros”; y como recuerda Antonio Elorza:

“También lo es la noción de Enemigo. La dimensión militar del proyecto ignaciano le seduce sin reservas: de un lado, los batallones en guerra contra la fe; de otro, ‘el ejército de Jesús’. Únicamente varían los términos en los que, para Sabino, el enemigo es el español que invade Euskeria, pero por lo demás los términos de la confrontación son análogos. Una vez efectuada la Gran Elección, el núcleo de *gudaris* de Jesús, como sus imitadores bizkaitarras, tienen que pasar el filtro de unas condiciones (en Sabino, tras la prueba de fuego de los apellidos vascos, la aceptación de la religión católica, del fundamento racial de Vizcaya, de la subordinación de lo político a lo religioso, del objetivo final de ‘Bizcaya libre en Euskeria libre’). Han de cerrarse frente a cualquier tipo de influencia doctrinal exterior (prohibición de lecturas no nacionalistas y de conversaciones políticas libres; ‘doctrinas diferentes no se admitan ni palabras, ni por libro que se escribiese’, prescribían las *Reglas* de la Compañía) y observar una estricta disciplina. Todo ello por la exigencia permanente de cerrar el paso al Enemigo (Satán, las doctrinas de la Reforma, para Loyola; el españolismo en todas sus formas para Arana)”<sup>472</sup>.

---

<sup>471</sup> Antonio Elorza, *La religión Política*, óp. cit., pp. 39-40.

<sup>472</sup> *Ibíd.*, pp. 40-41.

Los símbolos patrios del nacionalismo vasco también recogen esta fusión y la impronta de la religión católica. Así la bandera de Euskadi, llamada *Ikurriña* tiene la cruz blanca de gran significado en todas las cruzadas medievales. Con todo ello, se ponía en evidencia el papel que la religión, las parroquias y los colegios católicos tuvieron en la conformación de las conciencias de los jóvenes vascos. Además hay que recordar que en plena dictadura militar de Franco, la Iglesia se convirtió en el espacio para respirar “cierta” libertad, autonomía e incluso poder resistir. Tal vez los testimonios de dos etarras nos ayuden a dimensionar el fenómeno:

“Yo, en el fondo, aunque soy agnóstico, ¿eh?, mi comportamiento es católico. Mis comportamientos, bien de entrega y eso, pues yo creo que sí, que hay que ayudar a los demás en la medida que se puede. Y eso es lo que he recibido yo de la religión. Yo no tengo mala experiencia de la religión. Después he madurado teóricamente y no sé qué, y ya lo relevo y digo: eso no. Pero lo que me ha enseñado, el ayudar a los demás, el ser bueno y eso, pues lo he asumido y yo creo que es una cosa buena, nada más. (Entrevista número 44)!”.

“Yo creo, que la gente que hemos vivido por aquí hemos estado todos muy marcados por la política, pero también por la Iglesia. Porque uno... al final está un sentimiento de entregarte a la gente, ¿no? Siempre ha sido así. De darte un poco a la gente, de estar preocupado de los más necesitados... Y eso te ha marcado. Y eso creo que ha venido más por parte de, bueno, del entorno de la Iglesia, todo lo que rodea eso, que por otro lado, ¿no? (Entrevista número 36)”<sup>473</sup>.

Como podemos comprobar la religión y la política iban de la mano por la mente de estos individuos, y se convirtieron en una especie de pegamento

---

<sup>473</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., pp. 62-63.

imaginario, que creó una gran coraza que inmunizó a sus miembros de cualquier sentimiento de culpa o remordimiento frente a la violencia ejercida contra otras personas. Por eso, “lo interesante y lo extraordinario no es que ETA naciera en un seminario, sino que el paso por el seminario ha inmunizado a ETA y al nacionalismo del *virus de Dios*”<sup>474</sup>.

---

<sup>474</sup> Iñaki Ezkerra, óp. cit., p. 20.

## 5.5. CUERPOS DE SACRIFICIO A LA DIOSA CAUSA

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional”  
Romanos 12:1

Estos mundos simbólicos donde confluyeron lo ideológico y lo religioso, pudieron ayudar a estas organizaciones a aumentar la conciencia de grupo y a fortalecer el compromiso de sus militantes, asimismo reforzó la pertenencia a la organización y reafirmó sus motivaciones para la lucha. Estas organizaciones armadas buscaron fuentes donde sustentar su identidad colectiva: mártires comunes, ritos iniciativos, sacrificio personal, el recuerdo de los héroes muertos por la causa, la historia de resistencia de la población, etc.:

“Iban construyendo, paso a paso, su propio almanaque de aniversarios y días feriados, su liturgia y su santoral. Y se volvieron devotos. “La norma era pensar en la revolución las 24 horas del día”. Era su religión; y la guerrilla, su iglesia. O más bien, su convento, pues la austera vida de los guerrilleros en comunidad se asemejaba a la de unos monjes benedictinos. Hasta en las penitencias que el guerrillero cumplía para expiar sus culpas”<sup>475</sup>.

Todo ello consiguió fortalecer la conciencia del grupo y, poco a poco, fue cortando los lazos de algunos miembros de las organizaciones armadas con el resto de la sociedad; a ello contribuyó el carácter clandestino de éstas. Se conformó un “pensamiento de grupo” que introdujo al militante dentro de la lógica e identidad de

---

<sup>475</sup> Walter J. Broderick, *El guerrillero invisible*, óp. cit., p. 204.

la organización y lo “aisló” poco a poco del entorno –un caso similar a los procesos seguidos por los individuos que ingresan en sectas-. Ello permitió a los miembros del grupo tener una “especial” visión de la realidad social, que los diferenció del resto de la sociedad. Estas cosmovisiones permitieron a la organización racionalizar y justificar su causa, imposibilitaron el cuestionamiento y contribuyeron a cohesionar al grupo; además permitió transferir la responsabilidad ética de sus acciones violentas a un fin último que justificaba ese tipo de “sacrificios” o “daños colaterales”. Una especie de sacrificio del inocente cordero hebreo que se tenía que acompañar por un destacado carácter mesiánico:

“Este mesianismo católico, presente en la izquierda y derecha colombianas, lleva directamente a la revolución sin mediación política, con su idea de redención del pueblo pobre, con su consentimiento o sin él, y su mentalidad heroica, sacrificial y martirial. Paradójicamente, esta mentalidad termina reforzando el elitismo de la izquierda, con un sentimiento de superioridad recelosa y paternalista, mezclada con la conmiseración cristiana”<sup>476</sup>.

Evidentemente este profundo mesianismo de las organizaciones estudiadas tuvo un origen en la fuerte tradición católica, un mesianismo que imponía al militante del ELN o ETA, la necesidad de salvar a sus víctimas, así fue con la propia muerte de la víctima. Muerte que podía permitir la resurrección de Cristo, sino miremos este testimonio de un antiguo militante de ETA recordando su juventud:

“Y luego pues echamos a correr cada uno por donde pudimos. Con tan mala suerte de que a mí y a otros tres compañeros, a otros tres chicos del pueblo, nos detuvieron. Yo tenía dieciséis años recién hechos. Estuve una semana en la cama de los fustazos que me dieron

---

<sup>476</sup> Mauricio Archila, *Idas y venidas, vueltas y revueltas*, óp. cit., pp. 24-25.



en la espalda. Pues tenía la espalda marcada como Jesucristo, en carne viva”<sup>477</sup>.

Este joven parece que inconscientemente se reconoce como un posible Jesucristo del siglo XX, y que aunque viene de realizar acciones violentas contra otras personas de la población, se transforma por arte de magia de victimario en víctima. Este discurso de victimismo fue y es otra constante de estas organizaciones, evidentemente con unas raíces claras en el victimismo judeocristiano; como podemos comprobar en este testimonio de ETA:

“Para ETA, Euskadi está oprimida, es una colonia, somos víctimas de una imposición en todos los terrenos de la vida nacional: lengua y legislación primeramente, economía y costumbres en segundo lugar. Hay unos valores para salvar y ETA cree que es preciso emprender el camino de la Liberación”<sup>478</sup>.

O como recuerda también Iñaki Ezkerra:

“La suplantación de Dios por ETA es paralela en las cabezas de muchos nacionalistas a la suplantación de las víctimas por los verdugos. Ambas abjuraciones y ambas usurpaciones se remiten y se refuerzan mutuamente. No basta, de este modo, con hacer proselitismo de ETA y del reino de ETA en la tierra (la Gran Euskal Herria). No basta con que el creyente se resigne a que ETA le arrebatase a sus seres queridos (‘hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo’). No basta con que siga ‘amando a ETA sobre todas las cosas’ pese a ese designio de sufrimiento y por ese designio precisamente. No basta con que descarte así toda la posibilidad de rebelarse y defenderse. No es suficiente. ETA no se conforma con

---

<sup>477</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 133.

<sup>478</sup> Revista oficial de ETA, Zutik, nº 2, tomado de José M. Garmendia, *Historia de ETA*, 2 vols., óp. cit., p. 20.

eso. No basta con que le persiga como una sombra omnipresente todos los días de su vida y le cambie ésta obligándole a vivir en el miedo (como el fiel en el temor de Dios). No basta siquiera con que se convierta a ETA y a la ideología de los que le persiguen, con que se haga uno de ellos. Debe olvidar incluso su condición de víctima de ETA como el cristiano rehúsa a sentirse víctima de Dios. Debe desocupar socialmente su propio espacio de víctima para que lo ocupe el verdugo y para que la piedad sea para el verdugo, la piedad de la propia Iglesia, de los propios cristianos, de los propios obispos, del propio Dios”<sup>479</sup>.

En Colombia, el proceso es muy similar, como se puede comprobar con los testimonios de “Camilo”, un sacerdote guerrillero que se encontraba en las filas de las FARC:

“Que yo haya cambiado el rosario y las devociones por las fornituras, el marxismo, los guerrilleros, los combates y las emboscadas, no. Porque yo estoy buscando exorcizar la miseria, que es realmente una verdadera calamidad en Colombia. Exorcizando esta injusticia disfrazada de justicia. Denunciándola, y en la práctica enfrentándola. Porque estoy en la lucha armada. Es un poco la idea de que hoy el amor no tiene que ser de palabra, sino de obras, en los hechos. De demostrarlo, ese amor al pueblo, en la propia experiencia y en la propia práctica en la lucha de ese pueblo de Dios, de la Iglesia”.

El círculo se estrecha y pone en relación de una manera magistral en Camilo, este guerrillero-sacerdote, la religiosidad y lo sagrado, la política y la violencia.

---

<sup>479</sup> Iñaki Ezkerra, óp. cit., pp. 183-184.

## **5.6. CRISTIANISMO Y SOCIALISMO: DEIFICACIÓN DE LA REALIDAD Y REALIZACIÓN DE LA DEIDAD**

“Lo que mueve a los pueblos a sumergirse  
en la vorágine de la revolución es la esperanza  
difusa de un mundo mejor”.  
Medardo Correa<sup>480</sup>

La relación de algunos cristianos con la ideología socialista fue una de las tensiones teóricas, místicas y vivenciales más destacada de los años sesenta y setenta del siglo XX en gran parte de los países con larga tradición cristiana. Asimismo fenómenos como los “curas obreros”, “sacerdotes rebeldes” o el conocido en Colombia como “rebelión de las sotanas”, impactaron a la feligresía más conservadora y a la jerarquía eclesiástica contra quien se rebelaron. Estos sectores más progresistas de la Iglesia abogaron por conseguir el ideal cristiano a partir de sentirse y actuar revolucionariamente; quisieron romper con las actitudes que en ese entonces se llamaban reformistas o desarrollistas y buscaron soluciones de fondo, que acabasen con la estructura de injusticia y privilegios que sostenían la pobreza de una amplia mayoría de la población en el planeta, especialmente en América Latina. Según el sacerdote Segundo Galilea, inspirador del Instituto Latinoamericano de Pastoral:

“Lo nuevo hoy es que la conciencia de que hay que cambiar rápida y drásticamente las estructuras latinoamericanas, es algo generalizado (...) la Iglesia debe ser decididamente factor de cambio. Y para ello se debe desolidarizar con todo poder y fuerza que

---

<sup>480</sup> Medardo Correa Arboleda, óp. cit., p. 83.

mantenga situaciones injustas. Mediante esta libertad la Iglesia podrá infundir la mística evangélica a la revolución y liberación del continente<sup>481</sup>»

Por ello, se denunció la incompatibilidad entre el cristianismo y el sistema económico capitalista y, por el contrario, este sector de la Iglesia abogó por un acercamiento del cristianismo al socialismo, rechazando la dicotomía que había existido tradicionalmente entre ambos. Como afirmaba, Gustavo Gutiérrez: “No es lo uno o lo otro, sino ambos, más algo”<sup>482</sup>. Se defendió la idea de que el socialismo se podía construir sin romper lo esencial de la fe cristiana, como se había demostrado en países como Polonia. Frente a esta posición, la jerarquía eclesial en general seguía defendiendo la incompatibilidad entre el cristianismo y el marxismo. Pero otros sectores de católicos intentaron demostrar como en el socialismo había más valores evangélicos que en el sistema capitalista, y veían en el Evangelio muchas de las cosas que decía hacer el socialismo. Según el teólogo brasileño Leonardo Boff: “Tarea fundamental del cristiano es examinar las causas que producen la miseria y luchar por eliminarlas. O sea, que el verdadero cristiano tiene que alimentar la conciencia de que el pecado mayor es la explotación. Desde Teodosio para acá la Iglesia es una Iglesia para los pobres, pero no de pobres”<sup>483</sup>. Es por todo ello que para muchos católicos, “el compromiso político con la construcción del socialismo

---

<sup>481</sup> Javier Darío Restrepo, *La revolución de las sotanas, Golconda 25 años después*, Planeta, Bogotá, 1995, p. 88. Este libro del periodista colombiano recoge testimonios de algunos participantes de esta “revolución interna” en la Iglesia católica latinoamericana, al cumplirse los 25 años del surgimiento del grupo Golconda en Colombia.

<sup>482</sup> Tomado de Gustavo Pérez Ramírez, *Camilo Torres Restrepo. Profeta para nuestro tiempo*, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Bogotá, 1999, p. 267. Gustavo Gutiérrez buscó hacer confluir su fe cristiana con el pensamiento político de Mariátegui, defendiendo una especie de socialismo indígena, que dignificara la existencia de las poblaciones aborígenes, su derecho a la autodeterminación, a las riquezas naturales y a la doctrina católica.

<sup>483</sup> Javier Darío Restrepo, óp. cit., p. 91.

tiene para los cristianos una dimensión teológica”<sup>484</sup>. Camilo Torres en una entrevista en 1965 afirmaba al respecto que:

“El socialismo puede ser un sistema en el que prevalezcan los intereses de la sociedad sobre los intereses del individuo. Puede ser un sistema en el cual la propiedad privada se organice en tal forma que corresponda a ese principio, es decir, que nunca se vaya a sacrificar a la sociedad por los individuos en particular, y por lo tanto, una organización económica, política y social en base a estos principios generales que tendrían sus aplicaciones técnicas de acuerdo con las coyunturas económica, social y política de cada país y de acuerdo con los recursos y con las características de cada pueblo”<sup>485</sup>.

Todo este temblor social, espiritual y político de aquellas décadas en América Latina, fue consecuencia del impacto creciente de la ideología socialista, en especial con la revolución cubana y los debates internos en la propia Iglesia, que tuvieron su momento álgido en 1962 con el Concilio Vaticano II. Por supuesto, tanto la doctrina socialista como la creencia cristiana se vieron impactadas, chocadas, friccionadas y, tal vez porque no, tergiversadas en este período. De este territorio común de cristianismo y socialismo, surgió un nuevo proyecto de “evangelización”, que se conoció como la Teología de la Liberación. Esta fue una especie de “Galileo colectivo” como fue definida por el escritor uruguayo Mario Benedetti, de gran trascendencia en la segunda mitad del siglo XX en América Latina y que hizo que tanto sacerdotes como laicos acompañaran la lectura de la Biblia con textos clásicos marxistas y de algunos revolucionarios latinoamericanos. Esta teología que puso su acento en la opción preferencial por los pobres, se valió del marxismo para analizar y

---

<sup>484</sup> *Ibidem.*, p. 88.

<sup>485</sup> Leopoldo Vargas, “Hablan los curas rebeldes”, en *ERA*, Colegio Nacional de Periodistas, 10 de agosto, 1965, p. 414. Tomado de Gustavo Pérez, *óp. cit.*, p.266.

conocer mejor la realidad social, especialmente las condiciones que propiciaban la pobreza. Como afirmaba Leonardo Boff:

“El marxismo es para nosotros un asunto de muy secundaria importancia. Lo que nos interesa del marxismo no es su ideología sino lo que nos puede enseñar para sacar a nuestro pueblo del atolladero en que está metido. El análisis marxista puede ser una herramienta para poner al descubierto los procesos históricos que han arrastrado al 80% de la población latinoamericana a la más absoluta miseria. La tradición marxista nos ha legado algunos parámetros conceptuales que nos ayudan en nuestro trabajo”<sup>486</sup>.

La Teología de la Liberación tuvo fuerza fundamentalmente entre los católicos de base, en los grupos pequeños de oración donde se re-leía el Evangelio desde las coordenadas de la actualidad social y política que los rodeaba. El fenómeno social ligado a esta experiencia histórica fueron las Comunidades Eclesiales de Base (CEB), que alimentaron esta propuesta teológica y gestaron infinidad de movimientos sociales en los respectivos países. En Brasil se llegaron a contabilizar más de cien mil de estas Comunidades con un gran potencial de movilización social. Los textos que orientaron a estos creyentes fueron los del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, del uruguayo Hugo Assmann, del italiano Guilio Girardi o del brasileño, Leonardo Boff. La Teología de la Liberación sirvió en muchos casos para repensar los problemas de injusticia social de muchos países, por lo que fue denunciada en múltiples ocasiones como instigadora de conciencia política de los sectores más humildes de la sociedad. Incluso el actual Papa, máximo jerarca de la Iglesia, y en su momento cardenal Ratzinger, como ejemplo de las contracorrientes ultraconservadoras, denunció públicamente que la Teología de la Liberación había hecho su opción por el marxismo y el socialismo. La realidad fue que sectores

---

<sup>486</sup> Javier Darío Restrepo, óp. cit., p. 95.

cercanos a esta teología lucharon contra las dictaduras militares y a favor de los procesos de democratización a lo largo de todo el planeta en las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX, es el caso de Brasil, Filipinas, España, Portugal, El Salvador, Nicaragua, etc.

Esta confluencia entre creencias católicas e ideología marxista, así como la situación social y política de muchos países, hizo que los textos marxistas de mayor impacto fueran aquellos cercanos a las versiones más dogmáticas o cargadas de religiosidad, como la marxista-leninista, que los acercaba a la frontera de las creencias religiosas pero en el ámbito de la política. Aquellas condiciones propiciaron también la aceptación de la lucha armada para conseguir objetivos sociales y políticos concretos. Richard Gillespie cree que esas ideas católicas radicales fueron el detonante de algunas experiencias revolucionarias y armadas en América Latina, por ello afirma que:

“La Teología de la Liberación facilitó el salto moral del pacifismo a la lucha armada para los numerosos católicos que se unieron a los Montoneros y a los Tupamaros; ella instaba a participar en las luchas de liberación sociales y nacionales y recomendaba el autosacrificio a los que dedicaban su vida a las causas populares”<sup>487</sup>.

Esta absolutización de los valores sociales, las creencias y los principios políticos, así como de la acción armada cerró progresivamente las posibilidades de mediación y diálogo de los conflictos sociales, convirtiendo los fines políticos concretos en orientaciones transcendentales que “despegaron” a muchos de los militantes de estas organizaciones de la realidad cotidiana:

“En cambio, los más doctrinarios han resultado también más incapaces de adaptarse a las circunstancias históricas concretas y más aferrados a sus sueños originales. Al parecer continúan creyendo en la eficacia simbólica de la figura del guerrillero heroico, con su

---

<sup>487</sup> Richard Gillespie, “La guerrilla urbana en América Latina”, en Noel O’Sullivan (ed.), *Terrorismo, ideología y revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 193.

aureola de martirio y su promesa de redención de los desposeídos. Esta figura cristiano-libertaria poco se presta a componendas pragmáticas, y su actitud ante la sociedad que combaten es la de una recusación moral<sup>488</sup>.

Esta faceta pseudoreligiosa-doctrinaria se dio desde los sectores más bajos de la población hasta los llamados “intelectuales orgánicos”. Con todo ello, el marxismo como teoría social daba el salto a una guía de acción social y política gracias a los valores cristianos, y se acercó al espíritu del catecismo con sus mandamientos: “Si la Teoría es única, su papel va a ser similar al de un credo religioso. Ese credo en concreto sería la línea política<sup>489</sup>”. Así el cristianismo ponía la fe, las creencias y valores, y por otro lado, el socialismo dotaba de una guía de análisis de la sociedad y su posible acción política. Pero esto significaba que si la directriz que determinaba la acción política era el marxismo-leninismo, la acción debía ser la transformación radical de la sociedad mediante el uso de la violencia. El cura aragonés, Manuel Pérez explica este tipo de relaciones en los siguientes términos:

“El cristianismo es una motivación, no es la ciencia para la revolución. La ciencia para la revolución es el marxismo. Y el marxismo no es una ciencia terminada. El socialismo se ha ido construyendo de acuerdo con esa ciencia y es una experiencia nueva, con limitaciones, con deficiencias y por eso debemos estar preguntándonos siempre cómo hacer participativa la economía... Marxismo y cristianismo: las dos cosas caben, no son contradictorias. Yo creo que hay tres clases de creyentes. Hay compañeros que han vivido su compromiso revolucionario como

---

<sup>488</sup> Estanislao Zuleta, *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*, Fundación Estanislao Zuleta, Cali, 1998, p. 173. Este libro recoge el pensamiento y los trabajos de los últimos tres años de vida (1987-1990) del pensador más importante, desde nuestro punto de vista, que tuvo Colombia en el siglo XX.

<sup>489</sup> Mauricio Archila Neira, *Idas y venidas, vueltas y revueltas*, óp. cit., p. 299.



creyentes, pero han tenido que vivir su fe muy solos, buscando respuestas en la realidad que vivían, con una fe cada vez más interiorizada y más pegada a la vida diaria. Hay otros compañeros que empezaron igual que éstos, pero al no encontrar respuestas a los interrogantes que salían de la realidad y de su compromiso revolucionario, terminaron renunciando a su fe y siguieron con la revolución. Hay otros compañeros que han podido hacer una búsqueda colectiva a esos interrogantes y han vivido su compromiso revolucionario y su motivación de fe en comunidad. Esos son los que están corriendo por los caminos de la teología de la liberación. Han hecho su búsqueda de fe dentro del compromiso que viven, atentos permanentemente a la realidad”<sup>490</sup>.

Esta búsqueda de otros caminos hacia la fe y compromiso cristianos, llevó a grupos significativos de clérigos y laicos a realizar intentos de transformar la situación de la Iglesia católica, especialmente buscando confluir su compromiso vocacional y cristiano con los intereses de los más desfavorecidos de la sociedad. Esta situación cobró especial importancia en la segunda mitad del siglo XX, pero ya antes del Concilio Vaticano II, autores como Theilar de Chardin, Pierre Bigo, Calvez, Chambre o Mourier, sirvieron de alimento espiritual e ideológico para mostrar la compatibilidad del marxismo con el cristianismo, y guiaron fenómenos como el de los curas obreros en Europa. En América Latina, este fenómeno de compromiso con “la Iglesia de los Pobres” o “de Base” tuvo su punto álgido con la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968 y el llamado a la comunidad cristiana a una lucha popular por cambiar las condiciones de pobreza del continente.

En Colombia, en los años 1968 y 1969 fue destacado el surgimiento de un movimiento sacerdotal que luchó por una acción pastoral de gran compromiso con la

---

<sup>490</sup> María López Vigil, óp. cit., p. 267.

realidad del país y su transformación. Fue llamado el Movimiento de Golconda, y muchos de cuyos integrantes acabaron militando en movimientos revolucionarios o en organizaciones armadas, especialmente en el ELN, ya que muchos clérigos pretendieron seguir la labor pastoral y revolucionaria del cura Camilo Torres. Este compromiso revolucionario en Colombia de sacerdotes católicos tuvo ecos también en Europa, es así como varios curas españoles llegan al país siguiendo los pasos del cura Camilo Torres; fue el caso de Manuel Pérez Martínez, Domingo Laín, Antonio Jiménez Comín, el franciscano Diego Cristóbal Uribe, entre otros. Según Carlos Medina:

“Camilo se convirtió en alguna medida en el artífice histórico de las nuevas tendencias teológicas que habrían de concretarse en el Concilio Vaticano II, las reuniones del CELAM de Medellín y el surgimiento de la teología de la liberación.

El movimiento latinoamericano de comunidades eclesiales de base, estaría inspirado por el ejemplo del compromiso cristiano de Camilo y de otros sacerdotes, monjas y laicos que comenzaron a modificar su práctica religiosa tradicional, a través de un compromiso político y social con los sectores marginados. En los años que siguieron a la muerte de Camilo algunos sacerdotes, entre ellos varios que pertenecían al movimiento de Golconda se vincularon al ELN como militantes. Son ejemplo de este proceso Aurentino Rueda, Manuel Pérez, Antonio Jiménez Comín, entre otros que fueron incorporándose poco a poco al trabajo del ELN.

Políticamente, la muerte de Camilo también impacta lo que había quedado del Frente Unido, después de la vinculación del ex sacerdote a la guerrilla. De los restos del proyecto surgen los Comandos Camilistas cuya actividad se centra en lo fundamental en los espacios universitarios y barriales; a través de ellos se promueve la protesta estudiantil y ciudadana y se canalizan recursos humanos para las filas del ELN.

Camilo como experiencia histórica le legó al movimiento latinoamericano y mundial el carácter humano de la lucha revolucionaria y un profundo debate entre marxismo y cristianismo”<sup>491</sup>.

El hecho fue que decenas de curas, religiosos y religiosas, catequistas o simplemente laicos creyentes se incorporaron a las filas del ELN, algo similar sucedió en ETA aunque no fue tan abundante. Este fenómeno al ser bastante masivo nos tiene que interrogar sobre esa confluencia entre cristianismo y marxismo, así como la presencia de Camilo como “guía” espiritual y existencial de una renovada forma de vivir el compromiso y la fe cristiana en Colombia. Camilo por ejemplo, fue ante todo un símbolo para algunos sectores de la Iglesia católica, así como para personas que si bien habían renunciado a la tradición cristiana, reconocieron en Camilo la figura de compromiso que deseaban imitar. La figura ejemplar y el mito posterior creado en torno a Camilo sirvieron de motivación inicial para el compromiso revolucionario de muchos jóvenes colombianos; que vieron en él la posibilidad de vivir su fe dentro de un modelo de vida socialista. Como afirmaba el dirigente del Partido Comunista, José Arizala:

“Esos jóvenes sacerdotes colombianos quieren encontrar la guía ideológica que justifique su protesta, que sin romper con lo esencial de cristianismo, les permita combatir por superar esas condiciones de vida a sus fieles, por lograr para ellos una vida digna sobre la tierra. Algunos han creído encontrarla en el regreso a las fuentes del cristianismo primitivo. A esa ideología propia de la

---

<sup>491</sup> Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional. La historia de los primeros tiempos (1958-1978)*, Rodríguez Quito Editores, Bogotá, 2000, p. 172. Tal vez Medina exageró el papel de Camilo en las transformaciones internas de la Iglesia, aunque es cierto que tuvo un papel destacado y sus andanzas eran conocidas en los Seminarios en Europa. Pero los cambios en la Iglesia tuvieron en ese momento un carácter generacional, aunque Camilo fue uno de los primeros pioneros, sobre todo en América Latina.

sociedad patriarcal, de los libertos, de los colonos, que introducían un idea nueva: la igualdad de los hombres (...)

Pero como el mundo moderno es más complicado que aquella sociedad que pisaba los umbrales del feudalismo, se requiere una ideología más profunda, científica que demuestre conocer los resortes secretos de la economía, de la sociología y que muestre un camino claro y práctico para resolver los acuciantes problemas planteados. Esa ideología no es otra que el marxismo (...)

Entonces, algunos católicos han querido combinar el cristianismo primitivo con el marxismo. Del primero toman su espíritu, del segundo, el diagnóstico de la sociedad y las soluciones. Quieren repetir; pero a la inversa, la hercúlea tarea de Marx. Si este tomó la “médula racional” del hegelianismo y desechó su corteza idealista, aquellos aspiran a tomar del marxismo su economía e inclusive su táctica política y hacer a un lado su filosofía materialista”<sup>492</sup>.

Esta confluencia de cristianismo primitivo con marxismo llevó a una relectura mutua tanto de la Biblia como de los textos clásicos del marxismo, el Israel bíblico se pudo comparar con Colombia en la segunda mitad del siglo XX. Y como se puede ver en una entrevista a un cura militante de las FARC, dicha articulación entre la tradición católica y el marxismo llevó a este tipo de curiosas reflexiones:

“Se empezó una marcha muy larga, desde Egipto hasta Israel, muy parecida a la marcha encabezada por Mao Tse Tung, marcha que se llamó Éxodo, y que constituye el libro segundo de Moisés, descrito en el Antiguo Testamento. Es más: Moisés se mandó una jugada de carácter religioso. Dijo al Faraón: déjeme salir, deje que el pueblo mío, el pueblo hebreo salga a rezar a tres días de distancia del desierto. A rezar. Ahí estaba la jugada de Moisés. ¿Y cuál rezo era? Pues nada menos que alistar las condiciones para la gran

---

<sup>492</sup> José Arizala, “Sobre el Frente Unido”, en Editorial *Revista Documentos Políticos*. Tomado de Alejo Vargas Velásquez, *Políticas y armas al inicio del Frente Nacional*, óp. cit., p. 179.

insurrección. Les ordenó alistar carne de cordero, amarrarse bien sus sandalias y prepararse porque se iban. Vamos a salir de esa esclavitud, les dijo”<sup>493</sup>.

Algunos de los ideólogos de los grupos armados pretendieron explícitamente hacer confluir estas dos cosmovisiones, mediante el intento de adaptar un discurso al otro de tal manera que la Biblia fue leída en términos marxistas y Marx en perspectiva cristiana. Con ello se conseguía articular un pensamiento político nuevo a una larga tradición cultural, como queda demostrado con las palabras de este dirigente del ELN:

“No, nosotros no formamos una guerrilla cristiana. Lo que nosotros recogemos son los valores que luchadores cristianos le han dado y le dan al proceso revolucionario latinoamericano. Nosotros no podemos negar ni ocultar el papel que los sectores creyentes han tenido en los procesos de América, en el mismo pueblo y en nuestra organización. Recogemos una realidad histórica que tiene vigencia. La otra cosa sería desconocer esa realidad. Recogemos los valores y esa participación real que se ha dado de sectores cristianos en el proceso revolucionario, deseamos que, como Camilo lo dijo, se comprenda que para ser auténtico cristiano hay que ser revolucionario.

(...) Para nosotros significa mucho, porque corresponde a una de las particularidades o características de nuestro país, ya que nuestro pueblo en su inmensa mayoría es creyente y mediante una comprensión justa y cabal de sus creencias cristianas esos sacerdotes se han hecho revolucionarios, en la misma medida que nosotros en la comprensión de las particularidades históricas de nuestro país y de las creencias de nuestro pueblo, las tenemos en cuenta, abrimos

---

<sup>493</sup> Carlos Arango Zuluaga, *Crucifijos-Sotanas y fusiles*, óp. cit., p. 138. El autor intenta reconstruir en este libro la participación de algunos miembros de la Iglesia católica en la lucha armada y guerrillera en varios países latinoamericanos, desde el mejicano Miguel Hidalgo, el colombiano Camilo Torres o el español Manuel Pérez.

nuestras puertas a todos los creyentes, sin que esto constituya un obstáculo para su participación”<sup>494</sup>.

Esta forma de insertar la ideología marxista en un entramado cultural previo, centrado en las creencias católicas, llevó a que la construcción de la nueva realidad social socialista, tuviese en cuenta también el peso de instituciones tradicionales para los católicos, como la familia o los círculos de sociabilidad primarios. En el caso de Euskadi se pudo constatar en alguna de las propuestas del nacionalismo vasco:

“En el marco de esta construcción política, es de la familia de donde parte toda la organización de la sociedad: a la familia se le concede el carácter de fundamento de la sociedad civil –como la institución de derecho natural `por excelencia`- y Euskalherria ha sido uno de los pocos países que han tenido la virtud de elevarla como base de la organización política. De la familia surgirá el Municipio, a través de la unión libre y voluntaria de una serie de familias, en un principio en régimen de Concejo abierto, pasando después - `al crecer los pueblos y aumentar la complejidad de los problemas`- a un nivel superior de organización bajo la figura de los concejales elegidos por el pueblo”<sup>495</sup>.

Sobre la articulación del cristianismo con el marxismo se podrían encontrar muchos testimonios personales que mostrarían la importancia que tuvo ésta a la hora de tomar la decisión de empuñar un arma para conseguir la transformación social y política del país. Por supuesto, el ambiente de espiritualidad y de fuertes creencias cristianas propició el acercamiento de muchos creyentes a la nueva utopía revolucionaria de la segunda mitad del siglo XX. Juan Mari, un militante de ETA, le

---

<sup>494</sup> Arturo Alape, óp. cit., pp. 295-296.

<sup>495</sup> José Mari Garmendia, *Historia de ETA*, vol. I, óp. cit., p. 25. En esta parte del libro Garmendia muestra como ETA reinterpretó la historia del pueblo vasco y como adaptó y adoptó mucho del legado tradicional vasco-católico a su discurso revolucionario-marxista.

relataba a Joseba Zulaika el contexto social y mental que le llevó a seguir los pasos de una organización armada ilegal:

“Bueno, la tradición del pueblo fue de una gran influencia. Cuando teníamos doce años habíamos comenzado ya con Arrate (en Herri Gaztedi). Íbamos al monte; solíamos hablar sobre sexualidad. Por otra parte había cierto ambiente en el pueblo –político y social-. Había algo que marchaba. Todo lo que previamente había creado la Iglesia, etc. Nosotros teníamos un enorme componente eclesiástico, el idealismo; había cantidad de eso: justicia e igualdad, y cosas así. Enseguida conectamos nuestros intereses ético-religiosos con el marxismo, como diciendo, no hay nada más religioso que el marxismo. De algún modo ésa fue la primera conexión sencilla. Se suponía que era la más auténtica. Era la verdadera manera de luchar. Otro componente debió de haber sido nuestro deseo de hacernos hombres. Se trataba también del camino más fácil”<sup>496</sup>.

Hasta este momento hemos centrado nuestra atención en la transferencia de sacralidad del cristianismo al marxismo, y por otro lado, la transferencia ideológica y de acción política del marxismo a un sector de la comunidad católica. El resultado de estos flujos fue que multitud de sacerdotes y laicos católicos transitaron de la religión a la política y en muchos casos ingresaron a organizaciones armadas ilegales como ETA o ELN. En algunos casos metafóricamente se puede afirmar que: una noche se acostaron con sus hábitos y al día siguiente se despertaron empuñando un arma. Pero también existen casos excepcionales donde el flujo se reorientó y llevó a algunos guerrilleros o terroristas a dejar las armas y vestir los hábitos. El caso más sonado fue el del etarra francés Philippe Sáez, alias *Txistu*, quien participó en siete asesinatos como integrante del comando Argala de ETA. La policía lo arrestó en la abadía benedictina de Bellocq, donde había ingresado como monje dos años antes de su

---

<sup>496</sup> Joseba Zulaika, óp. cit., pp. 89-90.

detención. Otro caso de transferencia o contacto entre ideología y religiosidad, lo podemos encontrar en el jefe del aparato político etarra hasta su detención, José Luís Álvarez Santacristina, *Txelis*, uno de los integrantes más famosos de la historia de ETA. Txelis tuvo una repentina conversión religiosa a los pocos meses de su detención como máximo dirigente de ETA en marzo de 1992; mostrando la facilidad de pasar de una actitud radical y violenta ideológicamente a una actitud cuasi-mística cristiana, como se puede mostrar en sus declaraciones:

“Como mi formación y vocación era la de filósofo, reinicié el estudio de varios pensadores y autores (...). En ello estuve varios meses, hasta que “me encendió” el deseo de redescubrir la figura de Jesús de Nazareth. Digo “me encendió” porque no fui yo el que indujo esta acción, sino la gracia del Señor. (...) Y así poco a poco y sin saber cómo la lectura (de la palabra de Dios) acompañada de una profunda reflexión se convirtió de repente en una oración silenciosa. Y ese rezo silencioso e inconsciente se convirtió en una oración sonora y consciente.

(...) Y me dirigí a Dios Padre Jesucristo diciéndole: ‘Si no eres una pura fantasía, si eres verdadero, si existes verdaderamente, aparéceme; no te pido un milagro, sino una señal o una dirección como a tu hijo Jesucristo (...), conoces mis defectos y mis pecados, pero también mis buenas intenciones y acciones; no querría tropezar de nuevo; no quiero ni consejos tranquilizadores, ni alienaciones ni escapismos, quiero entender, quiero encontrar sentido a la vida y por consiguiente a la muerte; me gustaría ver con claridad que el amor domina al odio, y no éste a aquél; que la generosidad y solidaridad ganan al egoísmo y a la indiferencia, y no al revés; o sea, que el amor y la verdadera justicia serán los ganadores. Hágase por tanto, la luz, y dame vigor y fuerza para seguir adelante por el camino del Evangelio por encima de todo obstáculo y miedo’<sup>497</sup>.

---

<sup>497</sup> Florencio Domínguez, *Dentro de ETA*. óp. cit., 2002, p. 170. Este testimonio hace parte de la carta enviada por Txelis a la reunión celebrada en el monasterio de Aranzazu por las asociaciones cristianas y sacerdotes.



Después de leer este testimonio podemos exclamar aquello de “¡Qué misterios tienen los caminos hacia el Señor!”, porque Txelis, uno de los responsables principales de la época más sanguinaria del terrorismo etarra, confiesa que sigue el camino del Evangelio, como un San Agustín del siglo XX. Nunca el amor se confundió tan claramente con el odio, ni el marxismo-leninismo, con el nacionalismo radical y el cristianismo.

## 5.7. LA MISTICA EVANGÉLICA DE LA REVOLUCIÓN

¿Quiénes éramos? ¿Qué representábamos?

¿De qué nuevas ideas éramos mensajeros?...

Queríamos actuar, actuar, actuar.

Antonio Gramsci, *El programa de Ordine Nuovo*

Como estamos comprobando, existió una destacada relación entre el cristianismo y el marxismo en la segunda mitad del siglo XX, así como una vinculación de muchos ciudadanos a organizaciones armadas, a partir de su anterior espacio de religiosidad. Religiosidad que se transfirió al ámbito político y posteriormente llevó a asumir posiciones radicales frente al contrincante político, convertido éste reiteradamente en enemigo y/o el diablo. Esta intensa religiosidad de estos “supercreyentes” etarras y elenos, fue el origen de un profundo mesianismo<sup>498</sup> que caracterizó a estas organizaciones armadas. Estos grupos, como minoritarios que fueron en sus respectivas sociedades, legitimaron sus acciones y desconocieron a las mayorías a partir de unas supuestas ideas transcendentales, que se convirtieron en especie de profecías que determinaron la vida de los activistas armados y por tanto del resto de la sociedad. Esta circunstancia se debió a que “ellos” como “elegidos” y conoedores del destino común debían dirigir al pueblo ignorante hacia ese fin superior, que era la liberación del pueblo hebreo, ¿o vasco?, ¿o colombiano?

Por tanto, creemos que fue este carácter minoritario del apoyo a estas organizaciones armadas, su aislamiento e incluso marginalidad en muchos casos, lo que llevó a sus ideólogos a fomentar y ahondar las tendencias mesiánicas y

---

<sup>498</sup> Mesianismo: Confianza inmotivada o desmedida en un agente bienhechor que se espera. Tomado de Diccionario de la RAE. Encarta 2006.

mileneristas que tenían culturalmente muchos de estos militantes, dado su origen cultural judeo-cristiano. Estas organizaciones utilizaron la absolutización de sus objetivos finales e imposibilitaron los espacios de mediación, con ello consiguieron legitimar el uso de la vía armada para transformar la sociedad. Este llamado a la acción con la esperanza inquebrantable y desmedida de que tarde o temprano se conseguirá el objetivo final, marcó este hondo mesianismo, negó los objetivos inmediatos, inmanentes y convirtió todos los objetivos políticos en propósitos trascendentes, innegociables, intransferibles e ideales. Esta esperanza y fe en conseguir los “objetivos sagrados de la Causa” fue lo que movió las montañas de voluntarismo que animó a cientos de creyentes-militantes a embarcarse en estas nuevas guerras santas del siglo XX.

Por lo tanto, sostenemos que estos militantes del ELN o ETA, no fueron orientados tanto por una ética revolucionaria o ideológica, sino por una ética cercana a la moral religiosa, una ética absoluta o del “fin último” o una “ética de la convicción” como fue definida por Max Weber<sup>499</sup>, más que por una “ética de la responsabilidad”. Frente a esta última que aboga por responder social y colectivamente ante los demás, por los actos cometidos; la primera asume que los fines justifican los medios y no hay que responder ni social ni ante la conciencia de uno por las acciones cometidas en busca del fin sagrado. Esta creencia en Una Verdad Sagrada, la del grupo, fue lo que sustentó la actitud milenerista, profética y elitista de estas organizaciones; que tácticamente se expresó en el famoso foquismo. Veamos a continuación un ejemplo de este milenerismo articulado al discurso marxista:

“Porque es muy claro que en Colombia tenemos un gran problema, y ese gran problema es que unos pocos cada día se hacen más ricos, y eso crea una miseria humana espeluznante, dramática.

---

<sup>499</sup> Max Weber, *Le savant et le politique*, Union Générale d'Éditions, París, 1982, pp. 172 y siguientes.

Pero esos pobres son los mismos del libro del Éxodo (libro segundo de Moisés); Dios ve la miseria de esta gente y llega a sus oídos el clamor. Así nos está pasando en Colombia. Y entonces llama a Moisés y le dice: sáqueme ese pueblo, libéreme ese pueblo, y ven la disculpa del hombre de que no le iban a parar bolas. Y Jehová le insistió: ¡Vaya! Y Moisés obedeció a Jehová, se puso al frente de ese pueblo, lo concientizó y lo empujó a la lucha y lo liberó finalmente del yugo, la tiranía y la explotación de los egipcios. Algo parecido estamos haciendo aquí en Colombia con la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar y los movimientos progresistas y democráticos del país”<sup>500</sup>.

Por lo tanto, estas actitudes milenaristas transferidas del ámbito de la religión católica a la lucha armada y a los ideales políticos, convirtió a muchos activistas y militantes de ETA y el ELN en nuevos mesías llamados a “salvar su pueblo” del pecado original del capitalismo y las oligarquías nacionales. Este espíritu de militante Salvador se puede constatar en estos testimonios de antiguos militantes de ETA:

“Yo quería salvar a mi pueblo. Salvar bien nacionalmente el problema que era nacional y como clase también yo iba... quería una independencia y un socialismo, una sociedad igualitaria, libertad (...). Creía que había que hacer un retén militar y que el desarrollo del frente militar llevaría a la creación de un ejército vasco. Y en una guerra prolongada que nos llevaría al triunfo, porque la razón la teníamos nosotros. (Entrevista número 44)

Para mí era lo más grande, ser militante de ETA. Porque... no sé, creo que ha sido el compromiso más fuerte. Aparte de que tenía bastante claro, creo que nos hemos movido mucho políticamente y, bueno, siempre palo tras palo, ¿no? Y entonces, pues quieras o no pues estaba, yo creo así, impulsado a coger las armas. Pues porque si tenía el concepto de que quería ayudar a mi pueblo, es que no me

---

<sup>500</sup> Carlos Arango, *Crucifijos-sotanas y fusiles*, óp. cit., pp. 136-137.

quedaban otras salidas, porque todo era en contra de lo vasco y legalmente no podías hacer nada. (Entrevista número 36)”<sup>501</sup>.

La actividad política de estos militantes etarras estuvo inmersa en un contexto donde la actividad humana giraba en torno a la religión católica y su consiguiente cosmovisión del mundo. Las figuras arquetípicas cristianas se trasladaron y se solaparon al discurso del nacionalismo radical vasco y aunque las reivindicaciones fueron de marcado carácter político, las formas tuvieron el sello de una reminiscencia de la tradición cristiana. Lo mismo sucedió en Colombia y este legado milenarista caló profundamente en las re-presentaciones de mundo de muchos guerrilleros, como se puede constatar en las siguientes declaraciones:

“Para mí como sacerdote no tiene ninguna significación negativa o contraria al Evangelio, el hecho de que yo esté en la guerrilla. Todo lo contrario: me siento más sacerdote, más discípulo de Cristo y más predicador y practicante del Evangelio. Más servidor de la Iglesia y de mi pueblo. Porque el sacerdote ante todo es un servidor, una persona que está al servicio de su pueblo las veinticuatro horas. Y si así lo hacía en la parroquia, aquí en la guerrilla lo hago con mayor razón, con más compromiso, con más plenitud sacerdotal. Porque incluso estoy dispuesto a lo que dice el Evangelio, aquello de que no hay más amor que el de aquel que da la vida por sus amigos. Yo no estoy exento de que de un momento a otro me agarre el enemigo en combate o fuera de él, y me despedace. Pero yo creo que moriré con la conciencia de haber cumplido un papel y una misión evangelista en beneficio de mi pueblo cristiano y católico. Ese papel evangélico y cristiano implica incluso dar la vida. Como dice San Pablo: sentirse uno otro Cristo.

(...) Moisés fue un hombre que emprendió una actividad de liberación, un trabajo libertario al interior del pueblo con el pueblo. Es decir, lo sacó de una condición humana y lo pasó a otra. De la

---

<sup>501</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., pp. 156-157.

miseria, la opresión, la esclavitud y el sometimiento por parte del imperio egipcio, lo pasó, mediante la lucha armada, porque fue armada, a una situación de libertad y justicia en las tierras de Israel.

(...) Es lo mismo que nos está pasando aquí en Colombia. Cada dirigente campesino es un Moisés, y lo han ido matando por eso. Fíjese usted: el pasaje del Evangelio de los niños inocentes: el rey Herodes mata a los niños pequeñitos, recién nacidos porque le tuvo miedo a Jesús. Aquí en el país, la Unión Patriótica que nace pequeñita, comienzan a matarla, matándole sus líderes y militantes. Es exactamente el mismo fenómeno. Y le han matado más de mil dirigentes al pueblo colombiano. No a la UP, sino al pueblo colombiano. Y esos dirigentes eran ese Moisés que de un momento a otro se iban organizando para la lucha liberadora, en este caso no contra el imperio egipcio, sino contra el imperio del gran capital extranjero y criollo. Esos Moisés que de un momento a otro, organizándose en la vereda, el corregimiento, el municipio, le decían al pueblo, vamos a hacer la liberación. Por eso estos muchachos son los Moisés modernos.

(...) como el camarada Jacobo Arenas, (...) un hombre limpio, puro, cristalino, íntegro, verdaderamente humano, totalmente sacrificado por su pueblo, como Jesús, y dedicado a ese pueblo”<sup>502</sup>.

Sacrificio fue la palabra clave para entender el cruce entre religiosidad y violencia armada en organizaciones armadas ilegales como ETA y ELN, su lucha político-militar se basó y se basa en el sacrificio personal y la entrega total, sin límites, de los activistas a La Causa -con mayúsculas claro-; aunque en muchos casos esta causa final que justifica todo, no sea muy fácil de definirse por parte de los militantes de estas organizaciones. Evidentemente este voluntarismo tiene un origen remoto ligado más a la tradición judeo-cristiana que al marxismo, más cercano al

---

<sup>502</sup> Carlos Arango, *Crucifijos-sotanas y fusiles*, óp. cit., pp. 133-134, 136-139.

Pentecostés y los Hechos de los Apóstoles que a los paros obreros o las manifestaciones del 1º de mayo. Si no veamos las declaraciones de este etarra:

“No he ganado absolutamente nada. Es que a nadie se le ocurre venir a ETA a... Quiero decirte, es más bien una donación de una vida entera a un objetivo concreto, ¿no? Altruista, trascendental. (Entrevista número 15)”<sup>503</sup>.

Este voluntarismo y mesianismo profético de tradición bíblica y que durante siglos, con su repetición, ha conseguido pulir las estructuras mentales y culturales de los individuos y de estas sociedades, sirvió de andamiaje para la aspiración de mártir de muchos activistas-creyentes de la segunda mitad del siglo XX y en muchos casos también a sus ambiciones apostólicas o de santidad:

“La cuestión de hasta dónde el comunismo se halla impregnado de esencias judaicas y cristianas, pese a los ascos ateos de Marx, es muy anterior a las formulaciones de la Teología de la Liberación. Está en los propios orígenes de esa doctrina revolucionaria y da para una enciclopedia. Hasta dónde el carácter dogmático o el proselitista, el sentido igualitario de la justicia o las sesiones autoflagelantes de *autocrítica* que equivalían en todo a una confesión de los pecados, la poética feísta de los *parias de la Tierra* o el milenarismo que puede detectarse en el paraíso matriarcal y acientífico de Engels y en la utopía del cielo comunista son deudores de la tradición judeocristiana y de la historia alemana traspasada desde Lutero por la culpa judaica son preguntas de un cuestionario que me sobrepasa. Volveré, pues, al acotado campo de las transferencias religiosoideológicas de Arregi, al caso vasco y a ese nacionalismo que, por cierto, ya tuvo en sus pioneros identificaciones explícitas con la herencia judaica”<sup>504</sup>.

---

<sup>503</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 113.

<sup>504</sup> Iñaki Ezkerra, óp. cit., p. 125.

Por fuera del debate de qué fue antes, “si el huevo o la gallina”, lo destacable para nuestra investigación es el hecho de que este espíritu de sacrificio supuso un factor determinante a la hora de tomar *La Decisión* de entrar en estas organizaciones y utilizar la violencia armada. Decisión que asumió esa voluntad de superar todas las pruebas, los problemas y las condiciones más difíciles, con una fe incuestionable en los principios que se defendían y en el fin último de la lucha: la liberación de Euskadi o del pueblo colombiano. Tal era el compromiso que llevaba a tomar esa fatal decisión, que cualquier arrepentimiento posterior fue tachado como una traición a *la causa justa*; con la penalización consiguiente por parte de la organización, que en muchas ocasiones supuso la muerte del “traidor”. En el caso del ELN, los fusilamientos por cobardía, derrotismo, deserción o desmoralizamiento fueron frecuentes en sus inicios, desde militantes de base hasta varios máximos dirigentes y fundadores de la organización. Ya que una vez que se tomaba la decisión, el camino era irreversible, sólo podía concluir con la victoria o con la muerte. El ELN justificó en los siguientes términos el fusilamiento de uno de sus fundadores, Juan de Dios Aguilera:

“Su personalidad torcida y malsana y sus aspiraciones individualistas de poder chocan con el hecho de que para ser jefe guerrillero es necesario imponerse con el ejemplo de la capacidad, de la entrega y la dedicación a la causa del pueblo. Ante tamaño obstáculo para un hombre que no está dispuesto al sacrificio, Aguilera empieza a maquinarse ganándose la adhesión de los hombres que considera más débiles políticamente. Ni una sola divergencia de los planteamientos políticos de la organización se le escucha en nuestras reuniones de análisis político y de crítica y autocrítica...”<sup>505</sup>

---

<sup>505</sup> “Justicia revolucionaria a los traidores Aguilera, Arena y Afanador”, en *Compendio del periódico Insurrección*, pp. 54-55. Tomado de Carlos Medina, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 255.



Por lo tanto, no existió la opción de una supuesta negativa a asumir los sacrificios requeridos por la organización, o a una renuncia de la lucha armada hasta que no se obtuviera la victoria final. Una vez dentro de la organización no había otra salida que la muerte o la cárcel, ya que la victoria nunca se obtuvo. Por eso, dentro de este tipo de “educación política”, al sacrificio no le quedaba otro resultado que la traición-fusilamiento o el martirio. Este énfasis en el sacrificio fue destacado, sobre todo, en el comienzo de estas organizaciones, así existió:

“La idea que cuando el proceso de la guerra popular apenas comienza a desarrollarse, la cantidad y calidad de los sacrificios requeridos exige que los puestos de vanguardia sean ocupados, únicamente por los mejores de entre los mejores, que serían los sujetos con posibilidades de superar las grandes adversidades de la gesta, esto unido a la firme determinación cuyo ejemplo lo constituye la vida de Guevara de la que el ELN tomó la experiencia como lección de entrega y sacrificio indeclinables”<sup>506</sup>.

Estos requerimientos excesivos de sacrificio y voluntarismo sobrepasaron la dimensión política y demandaron del activista una mística revolucionaria, una opción de vida única, dedicada totalmente a la organización armada. Uno era eleno o etarra las veinticuatro horas del día, igual que el ser cristiano te supone cierto comportamiento frente al altar de la iglesia o debajo de las sábanas en la cama. El autodisciplinamiento y la culpa judeocristiana frente a la ausencia de la consecución de la Verdad, tuvo su correlato social en los mártires de la Causa-Verdad, testimonio público del acierto de la decisión tomada de utilizar la lucha armada y que se convirtió en una forma de obligar a los otros, a todos los otros, a imitar el ejemplo de estos mártires. De esta manera, existió una subjetivación de la violencia armada en infinidad de militantes, convirtiéndose ésta en una “violencia naturalizada” e incluso

---

<sup>506</sup> *Ibidem.*, p. 205.

“necesaria” para liberar al pueblo. Estos requerimientos a los militantes, que tenían que demostrar la capacidad de sufrimiento y sacrificio, podían según el ELN parecer absurdos:

“Al frío crítico que cómodamente examina, juzga las realidades vividas por otros, a quien no le ha tocado beberse sus propios orines para calmar su sed, aguantar por días enteros la inclemente lluvia, soportar mosquitos, garrapatas y demás torturas que impone la selva, a quien no ha pasado días enteros con un menú como el de un gato podrido, un pajarito o cogollos de palma, no puede clamar porque todo suceda como si estuviera con aire acondicionado y bien comido, problemas que parecen ridículos, allí no lo son y su superación será la base de todo revolucionario a prueba”<sup>507</sup>.

Tal vez aquí se encuentre lo que Jacques Lacan definió como el “deleite taciturno” o el placer de nuestros guerreros-santos del ELN y ETA. Estas cruzadas en pleno siglo XX, fueron acompañadas de un espíritu aventurero y de una gran mística medieval: el honor del caballero y el héroe, el machismo y los códigos de la sangre. El hombre y la guerra, la persona y la muerte, esos compañeros eternos. Como afirma María Clemencia Castro siguiendo los referentes teóricos de Lacan:

“Lo imprevisible de la guerra está dado por su carácter contingente, en tanto suceso humano, radicado precisamente en el goce del combatiente. En este punto estriba lo imponderable en la conflagración bélica. De allí se deriva que una victoria sea algo incalculable, pues ‘si hay quienes gozan con hacerse matar, llevan la ventaja`.

En los avatares de la guerra muchos encuentran el fin, ‘concluyendo (...) con el rigor del destino`. Tragedia, muerte y destino, son tres significantes que se anudan en el estrepitoso proscenio bélico. Así hace alusión Lacan a la apuesta mortífera y al

---

<sup>507</sup> Declaraciones de un miembro del ELN, tomado de Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 206.

destino no logrado en la guerra, avanzando con ello en la paradoja implicada en el sacrificio.

(...) La ofrenda que lleva al derramamiento de sangre por una causa noble es considerada por Lacan como ´oblatividad`. En tanto sacrificio por una causa, lo presenta como el ´honor`, designándolo ´don`. En su soporte especular, el honor convoca al puro prestigio, opone radicalmente a un rival y conmina al desafío en la lucha a muerte. Pero no se trata de un formalismo, pues el honor deja al sujeto implicado en su palabra con ´su peso ya sea de carne o de compromiso`.

Así, tras la rivalidad, Lacan descifra el drama del deseo. En el encuentro con el otro, el sujeto se orienta a ´identificarse con el significante fatal`, lo cual sólo halla una resolución en la desaparición del sujeto”<sup>508</sup>.

Evidentemente en la comprensión de las motivaciones que llevan a los individuos a tomar la decisión de utilizar la violencia armada, tienen que entrar el análisis de estos factores subjetivos y psicoanalíticos, con los cuales se crean unas representaciones del sí mismo y del otro. Como por ejemplo, veamos la siguiente conversación entre un miembro de ETA, José Ignacio y Joseba Zulaika:

“J.I.: Creo que lo que importa aquí es que se trata de un acto inconsciente. Me parece que un acto consciente no es heroico. Para mí un ejemplo fue Ondarru; era un héroe en su inconsciencia.

J.Z.: ¿Qué quieres decir con que no era consciente?

J.I.: Imagínate que soy un etarra y tengo que matar a un tipo y que lo haces aunque no te guste. Y que por ello pones en peligro tu vida. Y no es que tengas derecho a quitársela a algún otro porque arriesgas tu vida. Es algo totalmente apartado de tu interés personal”<sup>509</sup>.

---

<sup>508</sup> María Clemencia Castro, “La guerra y el deleite taciturno”, óp. cit., p. 93.

<sup>509</sup> Joseba Zulaika, óp. cit., p. 92.

Por lo tanto, el interés de José Ignacio como el muchos de los militantes de estas organizaciones armadas es un interés trascendental, traspasa lo personal, cotidiano y contingente y se convierte en algo trascendente, inconsciente y sagrado. A través de este mecanismo, el pensamiento de grupo consigue acabar con la indiferencia originaria y crea un “nosotros” que se enfrenta a la alteridad, a un “otros”; “otro” que es necesario eliminar para completar el objeto de deseo de ese “nosotros”. Sobre este tema, Eduardo Grüner plantea:

“¿No es esto el conocidísimo “efecto masa” por el cual una comunidad necesita *producir* la diferencia –inventarla aún allí donde no existe ‘naturalmente’- para asegurar la cohesión interna, amenazada por el ‘agujero’ de un deseo fundador que, como decíamos, no encuentra nada que fundar? Allí el *sacrificio* es un modo de ‘ocupación’ del agujero, de identificación con ese vacío, que no puede sino tomar la forma de la muerte.

Tercera, y por ahora última, proposición. Este acto de violencia material y simbólica ha producido un vaciamiento discursivo y un derrumbe del pensamiento crítico con escasos precedentes”<sup>510</sup>.

Por todo ello, el vacío y la muerte se tradujo en que el grado de sacrificio fue medido por el nivel de dolor ofrecido a la causa, sufrimiento sobre uno mismo pero también sobre el “otro”. Así el grado de violencia, de supremo sacrificio por la organización, la vida espartana, el ascetismo, las certezas ideológicas y doctrinarias fueron rasgos característicos de los militantes de estas organizaciones, que los acercaron más a los santos-guerreros de tradición medieval y judeo-cristiana que a activistas políticos y sociales de una ciudadanía moderna. Esta cosmovisión sacrificial se traducía de diferentes maneras según los individuos, así para este militante del IRA

---

<sup>510</sup> Eduardo Grüner, óp. cit., p. 101. En esta parte del texto Grüner pretende mostrar las implicaciones que el uso de las categorías de violencia material y violencia simbólica pueden tener en el discurso político, jurídico y en las teorías sobre la dominación.

en Irlanda, su cuota de sacrificio personal por la causa se tradujo en dejar un altar para casarse y optar por el otro altar de la revolución:

“Sí, fue una decisión importante para mí. Me había prometido para casarme pero sentía con tanta fuerza la necesidad de unirme al movimiento que estaba interfiriendo en mi vida y en mi forma de pensar sobre una vida normal ¿sabes? Me hubiese gustado casarme pero ¡sentía con tanta fuerza que tenía que unirme al movimiento! Y mi novia en aquellos momentos no apreciaba lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Ella, como mucha otra gente a la que no culpo, no podía entender lo que motivaba a la gente para unirse al IRA, así que me dio un ultimátum: `deja el IRA o se cancela la boda`. Así que cancelé la boda ¿sabes? Pero no me arrepiento, nunca jamás me he arrepentido. Me arrepiento de la oportunidad perdida pero nunca me he arrepentido de haberme unido al IRA porque pensaba, todavía hoy lo pienso, que fue la decisión correcta (...) un sacrificio personal, simplemente un sacrificio personal por mi parte”<sup>511</sup>.

Estos mártires de la Causa ceden su vida a la organización, aunque para alguien externo, su pretensión de ganar a los gobiernos establecidos y a las fuerzas de seguridad del Estado pudo parecer una verdadera locura. Tal vez esta racionalidad “irracional” para aquellas personas que estuvieron por fuera de estos movimientos u organizaciones armadas, fue el motor de esa visión militarista y heroizante de la realidad histórica del momento. Tal vez la pregunta de John Nelly, un destacado miembro del IRA, y su consiguiente respuesta, nos introduzca en la dimensión del problema personal y social de este tipo de cosmovisión de vida:

“Es una pregunta muy buena; es una pregunta que nos hace pensar y la gente se preguntará: ¿Fueron los últimos treinta años un sacrificio en vano o un sacrificio que no hacía falta que se hubiese

---

<sup>511</sup> Declaraciones de Cosgrove, miembro del IRA. Tomado de Rogelio Alonso, óp. cit., p. 115.

producido? Y con el beneficio de la perspectiva uno puede decir que en efecto ése es el caso”<sup>512</sup>.

Nelly sacrificó su vida, como Cosgrove, por Irlanda del Norte; Camilo, Manuel, o Gabino, por Colombia; Iñaki o Juan Mari por Euskadi. Vidas sacrificadas en pleno siglo XX, sacrificio con resonancias de largas tradiciones culturales, renovados santos sacrificios de las misas cotidianas de estos militantes y una eterna eucaristía de goce, sangre y muerte que inundó estas sociedades durante varias décadas.

---

<sup>512</sup> *Ibíd.*, p.257.

## 5.8. EJÉRCITOS DEL PUEBLO Y HÉROES DE LOS POBRES EN PLENA GUERRA SANTA

“¿Dónde quedó aquel pletórico Seminario, que conocimos,  
y nos formó, cual una academia militar, con disciplina,  
y cual un noviciado de enamorados de Jesucristo y su Iglesia?”

Padre Pascual Martínez Calvo<sup>513</sup>

El perfil de los militantes del ELN y ETA, sobre todo en las primeras etapas de estas organizaciones, estuvo marcado por antiguos o anteriores ejemplos de luchadores por la libertad, aunque estos tenían menos de figuras modernas políticas y mucho de antiguos guerreros medievales, mitad militar y mitad religiosos-cruzados. La mística revolucionaria se alimentó de este espíritu guerrero-cruzado tanto en Euskadi como en Colombia: los símbolos, el espíritu patriótico, los sacrificios, los mártires antiguos y recientes, los héroes del pueblo y el compromiso irrevocable donde se hipotecaba la vida personal. En 1967, el ELN define el perfil de un dirigente guerrillero en la revista *Sucesos*:

“Un dirigente guerrillero tiene que ser un hombre, primero que todo, plenamente convencido de la justeza de la causa por la cual lucha; no podrá ser un vacilante, arrastrado a esta posición por intereses diferentes a los de la base que lo nombra; por lo tanto no puede decretarse a cualquiera como jefe guerrillero; se forman en el fragor de la lucha; su fidelidad y profundo amor por el pueblo, su sagacidad, su astucia, su valor, su honradez, su capacidad táctica-

---

<sup>513</sup> Pascual Martínez Calvo, *Historia del Seminario Diocesano de Zaragoza y la evangelización*, Edita Pascual Martínez, Zaragoza, 2000, p. 8.

estratégica en la concepción de la guerra del pueblo, son los méritos observados por los hombres que fielmente lo seguirán a cualquier batalla. Además debe tener una gran personalidad, un gran carácter, no ser un hombre fácilmente influenciado; tendrá que ser un hombre de decisiones rápidas y firmes.

El jefe guerrillero deberá ser un hombre lo suficientemente claro políticamente como para estar consciente de la seriedad y responsabilidad de su misión ante el pueblo, un jefe guerrillero deberá responder de sus hechos ante los organismos superiores. Que de haberlos, obviamente, estarán en el monte, y en el campo de batalla, porque un jefe guerrillero no debe permitir, no se puede ni siquiera concebir que recibirá órdenes de la ciudad, y lo que es más importante deberá responder ante el pueblo...<sup>514</sup>.

El dirigente guerrillero debe responder ante el pueblo como Jesucristo, ya que este perfil corresponde más a una especie de héroe cruzado, medio santo y místico, que a un militante de una organización político-militar. Creemos por lo tanto, que antes que motivaciones políticas o ideológicas, -que sí que existían-, los militantes respondían a partir de elementos culturales y emocionales para proteger a su comunidad de una agresión “externa”. Veamos las declaraciones de las motivaciones de un joven irlandés para ingresar al IRA:

“En 1966 yo tenía unos trece años y medio. (...) Yo era sólo un colegial y ya tenía ideas románticas sobre algunas cosas. Leí un libro que se llamaba *Mi lucha por la libertad de Irlanda*, de Dan Breen. Y a los trece o catorce años quieres ser un héroe, quieres morir por tu país, así que tenía esta noción, esta visión de Irlanda muy idealizada, así que me impliqué siendo muy joven. (...) Cuando eres joven es muy fácil tener una filosofía muy romántica o una visión muy

---

<sup>514</sup> Revista *Sucesos*, 1967, pp. 33-37. Tomado de Carlos Medina Gallego, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, óp. cit., p. 211. Para completar estos perfiles de los guerrilleros del ELN se puede consultar también el artículo “El camino hacia la guerrilla. Algunas consideraciones para los aspirantes a combatientes” en compendio *Insurrección*.



romántica de cosas como la guerra y cosas diferentes. La realidad es totalmente distinta, pero tienes esa noción romántica al leer libros y al leer sobre personas que van y luchan y hacen cosas, y entonces piensas: 'Quiero ser como ellos'<sup>515</sup>.

Este idealismo infantil y juvenil, unido a un fuerte patriotismo sirvió de combustible para canalizar el descontento de un sector de la población por la percepción que tenían de unas injusticias históricas, lo cual alimentó el odio sectario y despertó pasiones contra el enemigo. Asimismo se avivó el deseo de muchos jóvenes por convertirse en los nuevos héroes del momento histórico, siguiendo largas tradiciones de resistencia de las poblaciones donde se insertaron estos grupos. Por lo tanto, el deseo de emular actos heroicos del pasado y la estela santoral de ese momento histórico, jugaron un papel importante a la hora de tomar la decisión de incorporarse a la lucha armada.

Este intento por establecer vínculos con el pasado “glorioso” y de lucha de la población, buscó elementos para darle mayor credibilidad al discurso de la organización y legitimidad a sus acciones violentas. Este mundo mítico-simbólico construido e instituido en el entorno del grupo armado irradió todo, por ejemplo se buscaron atmósferas arquetípicas, se “inventó” el pasado común y se lo presentó dentro de una atmósfera idílica, perdida solamente por culpa del enemigo. Unido a ello, se mitificó el mundo rural, los campesinados, las aldeas, los ranchos o los caseríos. El campo significó para estas organizaciones el lugar depositario de la mayoría de los elementos que representan la esencia del mundo simbólico de la organización; incluida ETA que en algunos momentos se identificó como grupo urbano. Con ello estas organizaciones se intentaron fortalecer con las identidades arquetípicas milenarias transmitidas oralmente de generación en generación. Esos

---

<sup>515</sup> Rogelio Alonso, óp. cit., pp. 35-36.

lazos con la tierra fueron un elemento comprensible en regiones de Colombia donde la guerrilla históricamente ha tenido presencia, zonas de frontera agrícola, cuya característica principal es la ruralidad de la población; pero parece desconcertante la presencia de este mundo simbólico rural en el caso de ETA, dada su aparente naturaleza urbana<sup>516</sup>.

ETA mediante sus primeros ideólogos (Krutwig, Mirande, etc.) ayudó a reconstruir la historia del pueblo vasco, basada de tal manera que sirviese para justificar el uso de la violencia, mostrando una tradición de lucha que enlazaría esos primeros “luchadores por la libertad” con los gudaris o héroes de ETA, pasando por las luchas de los carlistas o la resistencia al golpe de Estado de Franco en 1936. Todo un mundo de “campesinos guerreros libres” como horizonte de justificación de una lucha político-armada en una sociedad vasca, de finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, caracterizada por un proceso rápido de industrialización y urbanización. Este aparente desajuste entre el discurso de la organización y la realidad social se resolvió presentando la sociedad rural utópica y nacionalsocialista vasca como el anticipo de Euskadi después de la victoria de ETA. También esta “caballería de labradores vascos” fue un ejemplo de cómo se debían enfrentar las constantes invasiones de otros pueblos, fundamentalmente de Castilla. Estos labradores-soldados tuvieron supuestamente una sociedad igualitaria, democrática donde las decisiones fueron tomadas en grandes asambleas populares. Por ello, las reivindicaciones de ETA abogaron por recuperar esta esencia del buen “Pueblo Vasco” perdida por la “contaminación” y la “invasión” de otros pueblos y razas. Los ideólogos de ETA intentaron conectar por tanto su “lucha armada revolucionaria” con una supuesta larga tradición mítica de lucha del pueblo vasco. Además pretendieron monopolizar el “acumulado simbólico” del nacionalismo vasco,

---

<sup>516</sup> Sobre la simbología social y cultural en ETA se puede consultar la obra de Joseba Zulaika, óp. cit.

arrebatándole al Partido Nacionalista Vasco, PNV, el dominio tradicional sobre el mismo.

Estas figuras míticas de la tradición vasca se unieron a los nuevos referentes de vida que salpicaban el momento internacional: Che Guevara, Fidel Castro, Mao Tse Tung, Carlos Marighela, Frantz Fanon, José Martí, Frank Ryan, los jemeres rojos en Camboya, etc. Todo ello configuró una generación de héroes santificados en el altar político de la revolución, que inspiraron a muchos jóvenes a seguir su estela. De esta manera se consiguió la politización de sectores importantes de la juventud del momento, a partir de un mecanismo de tradición cristiana; conocer y emular la vida de los santos, como Santa Teresa de Jesús había sido el referente de las madres de esos militantes de ETA o del ELN. Por eso, ponemos en segundo lugar lo ideológico y político, porque creemos que pesó más esta tradición cultural con sus elementos trascendentes. Como recuerda este militante del IRA:

“Si mencionabas la política, si hablabas de política en tu grupo del IRA te decían: ‘¿qué pasa, que te estás rajando con la lucha armada? ¿Es que no tienes huevos para la lucha armada? La política no lleva a ninguna jodida parte’. Y solían decir: ‘Despiértate. Tiene que ser con las armas, no queremos oírte hablar de política’. (...) Nosotros no queríamos ser *Sinn Feiners* (miembros del Sinn Fein), queríamos ser hombres del IRA, que eran héroes y patriotas, vivos o muertos”<sup>517</sup>.

Este “vivos o muertos” tiene reminiscencias religiosas, la muerte en el centro de la vida; característica del tipo de instituciones trascendentales que guían las prácticas y acciones sociales de los individuos. La capacidad altruista de dar la vida – el bien máspreciado- por la Causa, se convirtió en el referente que muchos militantes

---

<sup>517</sup> *Ibidem.*, p. 165.

y activistas de las organizaciones armadas ilegales tuvieron como “estímulo” para su incorporación. Así se muestra en el testimonio de dos vizcaínos:

“A mí me parecía que era gente que estaba dispuesta a dar todo. Yo creo que es como el amor, cuando amas mucho a una persona y no sabes expresarlo, hay algo que es como que te sale, que salta, ¿no? Y a mí me parecía que la gente que estaba en ETA tenía un amor tal por el pueblo que estaban dispuestos a sacarse y a darlo todo. (Entrevista número 7).

Pues para mí eran gente con una capacidad testicular exquisita, con una capacidad de entrega absoluta. Héroes; para mí héroes. O sea, lo tenía muy claro: alguien que es capaz de darlo todo por su patria es que es la hostia. O sea, por unos sentimientos, que es capaz de entregar e hipotecar su vida, romper con todo, me parecía que era exquisito. O sea, es que yo creo que no se le puede pedir más a una persona. (Entrevista número 34)”<sup>518</sup>.

Héroes de la patria, así se sintieron los militantes del ELN y ETA. Pero estos héroes no respondían principalmente a factores racionales, políticos o ideológicos, sino que estaban motivados “por unos sentimientos” con los que se “es capaz de entregar e hipotecar su vida, romper con todo”. Y esto es un buen ejemplo de las miles de personas que han entrado a lo largo de la historia en los conventos religiosos y que buscan una opción de vida para acercarse a Dios, basada ésta en sentimientos y espiritualidad. Veamos la conversación entre Zuriko y Juan Mari, dos miembros de ETA:

“Z.: Para mí la historia de ETA ha sido aventurerismo y heroísmo.

J.M.: Por supuesto había aventura y heroísmo, pero siempre tienes detrás un idealismo, algo a favor de la justicia. No veo

---

<sup>518</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 113.

claramente que hubiera en ello ningún deseo de sacrificio, pero sí creo que se trataba de una cuestión religiosa.

Z.: Lo que sabíamos sobre qué era el socialismo o qué era el marxismo era aproximadamente una décima parte de lo que sabía uno de la OIC<sup>519</sup>.

El tipo de percepción pseudoreligiosa de la realidad social y política, llevó a asumir la lucha armada como una expresión de una “guerra justa” o “guerra sagrada” que legitimó las acciones violentas de los militantes de estas organizaciones armadas. Percibir la realidad en términos de un notable fundamentalismo, permitió a estas organizaciones que sus activistas tuviesen una enorme expectativa por el triunfo, dado la trascendencia de la causa por la que se luchaba. Si algún militante hubiese asumido la imposibilidad de obtener los objetivos políticos a partir de la lucha armada, hubiese tenido que considerar otros factores y otras formas de lucha política; lo que pondría en peligro la continuidad del movimiento armado. Pero la trascendencia de la Causa justificó de tal manera el uso reiterado de la violencia para obtener el objetivo final, que imposibilitó la crítica e invisibilizó las claras contradicciones existentes entre el discurso y la práctica de las organizaciones y sus activistas, así como entre la realidad percibida por el entorno del movimiento armado y el resto de la sociedad. Esta religiosidad, esta creencia inquebrantable en unos principios y un discurso simplificador de la realidad, pudo germinar dentro de unos contexto de socialización que culturalmente permitieron a esas organizaciones presentarse como contraejércitos guardianes del pueblo dentro de una gran guerra por los principios más elevados de la sociedad y de los individuos. Estas organizaciones se presentaron a sí mismas y fueron percibidas por parte de la población como verdaderas compañías de Jesús o

---

<sup>519</sup> Joseba Zulaika, óp. cit., p. 91. En esta parte del libro Zulaika rastrea el peso que el heroísmo ha tenido en la historia del nacionalismo vasco y especialmente en ETA.

como los ejércitos del Señor liberando a su pueblo. Un militante de ETA expresa esta liberación de la siguiente manera:

“A la tercera o cuarta vez que te sacuden pues ya dices: joder, yo también quiero sacudir. A eso de poner siempre aquí la cara, para nada. Porque además es que se había convertido en una dinámica totalmente asumible por el gobierno. O sea, eso de sacar a la policía a darte cuatro leñazos. Y que, bueno, que eso de alguna manera teníamos que hacer algo. Cuando me he cansado yo de recibir, también quiero dar, ¿no? (...) Entonces sigues también dentro de una dinámica en la cual, pues bueno, piensas que lo que quieres no es que te den una serie de cosas, sino que quieres que el ejército español se vaya de aquí, que la Guardia Civil se vaya de aquí. Y sueñas con... sueñas con el ejército vasco como la venida de Dios a la tierra. (Entrevista número 31)”<sup>520</sup>.

Igual que Jesús resucitó para salvar al pueblo hebreo, ETA y el ELN surgieron para salvar a sus respectivos países. Este regeneracionismo salvífico, nacionalista y con hondas raíces cristianas, permitió que estas organizaciones armadas ilegales se rodeasen de una especie de aureola mítica e incluso, en muchos casos, mística: la ubicuidad de los etarras y elenos, todo lo veían y sabían, como Dios; un panóptico de los respectivos círculos de sociabilidad; la presencia del miedo a Dios, a ETA o al ELN; los mártires de las organizaciones; los militantes que ejercían de “santos justicieros” contra los represores del pueblo, las empresas que explotaban a los trabajadores; el respaldo violento a las luchas sociales; y sobre todo, la justeza, pureza y esencia de la Causa por la que luchaban. Como los primeros cristianos pero en pleno siglo XX, Camilo, el sacerdote guerrillero expresa esta cosmovisión de la siguiente forma:

---

<sup>520</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 137.

“Yo entraba a la casa de un hogar donde había doce hijos viviendo en la miseria. Yo sentía que mi sangre se revolcaba. Me ponía energúmeno. Y decía: Esto solo una revolución lo puede cambiar. Las prédicas del Evangelio solo no pueden hacer mayor cosa. Yo veía que esos niños se iban muriendo paulatinamente, por desnutrición. Por disentería, sarampión, viruela. Todos de mayor a menor. De uno a doce años. Entonces esa experiencia, eso que yo vi o veía y veo en la vida real de mi pueblo, esa miseria humana, había que redimirla. Pero no solo con buenos consejos de resignación. Una vez hice una misa para un niño muerto; yo leí un texto de Isaías que dice: ¡Ay de aquellos que con sus leyes y decretos organizan la opresión! Que explotan a los pobres de mi país, e impiden que se les haga justicia. Que se roban la herencia de la viuda y del huérfano. ¿Qué harán el día de invasión cuando de lejos les venga el castigo? ¿A dónde huirán? ¿Quién los ayudará? ¿Dónde esconderán sus riquezas? Y dice Isaías: No les quedará más que doblarse entre los prisioneros, o caer con los muertos. Ese es un texto insurreccional. Es un texto fabuloso y que en Colombia puede darse de un momento a otro. Es parecido a lo que dice Joel: Si se sigue viendo que el pueblo padece la injusticia por los que están en el poder, que ese pueblo declare la guerra santa”<sup>521</sup>.

---

<sup>521</sup> Carlos Arango, *Crucifijos-sotanas y fusiles*, Op cit., pp. 132-133.

## **5.9. PARA SER UN AUTÉNTICO CRISTIANO HAY QUE SER REVOLUCIONARIO, ¿O TAL VEZ AL REVÉS?**

Como hemos visto, el idealismo de los militantes de organizaciones armadas ilegales se situó en muchas ocasiones en las fronteras del fanatismo religioso; el marxismo convivió en estos contextos sociales analizados con el cristianismo; y, por último, el nacionalismo fluyó entre un heroísmo militarista, milenarista y un espíritu cuasimedieval. El pensamiento grupal, la ortodoxia ideológica y militante intentaron sustituir antiguas formas fanáticas e integristas pero, como hemos visto, acabó atrapada en la marejada cultural judeo-cristiana. Se conformó con ello un “pensamiento de grupo” a partir de ese andamiaje cultural anterior, que permitió introducir a los militantes dentro de la identidad de la organización, y poco a poco, los fue “aislando” del entorno; en un caso muy similar a los procesos seguidos por los individuos que ingresan en sectas, donde la conciencia personal está totalmente supeditada al pensamiento común. Este mundo imaginario fue eminentemente simbólico y ayudó a fortalecer la conciencia de grupo, reforzó la pertenencia al mismo y reafirmó sus motivaciones. Este tipo de organizaciones instrumentalizó la realidad de tal manera que se asegurase la supervivencia del grupo, incluso se llegó a percibir esa realidad como una “guerra imaginaria”, que evidentemente pudo sobredimensionar los conflictos reales existentes contra ese enemigo común, que habitualmente fue el Estado o sus fuerzas de seguridad. Así, el fanatismo y esos filtros de la realidad de los activistas determinaron en gran medida



el tipo de acciones que fueron capaces de realizar y el nivel de destrucción que realizaron:

“He aprendido, puesto que hubo un tiempo en el que yo mismo habría matado a todos los policías a los que les hubiese podido poner las manos encima. (...) estabas tan enganchado en la guerra que pierdes la humanidad, pierdes por completo el sentimiento de la realidad, la compasión por la gente. (...) Y al mismo tiempo que decía cosas así pensaba que era un buen tipo, un hombre considerado, pero mi visión estaba totalmente influenciada y lo veía todo con un filtro. Habría hecho cualquier cosa por conseguir ese objetivo político. Tienes esa idea romántica de la guerra en la que los soldados son gente de honor, pero en la guerra todo es sucio, no hay nada que te niegues a hacer porque tienes esa visión cerrada, únicamente ves el resultado final, no ves lo que hay en el medio, pierdes la compasión por las personas”<sup>522</sup>.

La locura de Marte, dios de la guerra, estuvo servida con estas cosmovisiones y este tipo de ideología que fomentó el odio, éste a su vez alimentó la guerra y, todo ello, sirvió para constatar la máxima de que <<la violencia engendra violencia>>. Una violencia que comenzó habitualmente en el plano simbólico y que rápidamente se traspasó al enfrentamiento real; una violencia que terminó por convertirse en principio y final del círculo de la construcción del universo simbólico de estas organizaciones. Como apunta Marianne Heiberg:

“La violencia de ETA ha llegado a convertirse en un imperativo ritual sirviendo a las funciones de autoafirmación, legitimación y mantenimiento del grupo. En este sentido, la violencia da confianza y realidad a una causa que es básicamente remota e intangible. La violencia ha llegado a ser como un sacramento inmolatorio a través del cual se le proporciona sustancia a <<la

---

<sup>522</sup> Rogelio Alonso, óp. cit., p. 170.

causa>>, fuente de carisma y legitimidad de ETA. La violencia engendra mártires y los mártires demandan lealtad y venganza. Como una guerra de desgaste, la violencia de ETA ha llegado a autoreproducirse y autojustificarse”<sup>523</sup>.

La violencia y la lucha armada se sacralizaron, por tanto la guerra se convirtió también en un espacio ritual donde la muerte y su escenificación re-presentaron muchas facetas de estas organizaciones, en especial, en sus acciones armadas, como recuerda Gonzalo Sánchez para el periodo de La Violencia en Colombia, pero que es extensible en muchos casos hasta la actualidad en este país:

“Hay unos rituales del terror, una liturgia y una solemnización de la muerte, que implican un aprendizaje de las artes de hacer sufrir. No sólo se mata sino que el cómo se mata obedece también a una lógica siniestra, a un cálculo del dolor y del terror. El despojo, la mutilación y la profanación de los cuerpos son una prolongación de la empresa de conquista, pillaje y devastación del territorio enemigo. Los cuerpos mutilados, desollados o incinerados parecerían inscribirse en el orden mental de la tierra arrasada. Hay un despliegue ceremonial del suplicio, expresado a veces en actos de estudiada perversión como el cercenamiento de la lengua (la palabra del otro), la eventración de mujeres embarazadas (eliminación de la posibilidad de reproducción física del otro), la crucifixión, la castración y muchos otros, dirigidos no sólo a la eliminación de los 200.000 muertos o más del período, sino, adicionalmente, a dejar una marca indeleble en los millones de colombianos que quedaban. También importa entonces saber cómo se transmite el mensaje de intimidación y cómo se disponen los elementos del mensaje, cómo se construye el escenario de terror. Si los muertos se dejan amontonados o esparcidos en toda una vereda, por ejemplo. A veces el mensaje es eficaz porque choca a primera vista; otras logra su eficacia precisamente en la

---

<sup>523</sup> Marianne Heiberg, *óp. cit.*, pp. 27-46.

medida en que resulte indescifrable. El escenario del terror debe ser, por otra parte, visible. Por eso hay ciertas preferencias espaciales: el cruce de caminos, el paso de los ríos, los montículos reconocidos en la región o el vecindario. El dolor en estas circunstancias no puede ser íntimo, tiene que ser aleccionador<sup>524</sup>.

En estas acciones violentas podemos encontrar ese deleite taciturno de la guerra y la muerte, como lugar de realización del guerrero-santo; así como todo un mundo de simbología en torno a la muerte de gran tradición judeo-cristiana y que fue compartido por muchas organizaciones armadas. Así por ejemplo, la muerte de un destacado miembro del Ejército Popular de Liberación, EPL, fue descrita con este tono de mistificación: “El comandante Alejandro, uno de los hombres más buscados por los distintos organismos de seguridad del Estado y a su vez uno de los mejores dirigentes políticos del PC (m-l) y del EPL, fue quien se enfrentó solo contra más de 600 soldados en la ciudad de Cali y después de gritar “Viva la revolución” una ráfaga del ejército oficial hizo blanco en su cuerpo silenciando su voz y su ametralladora<sup>525</sup>”.

La muerte ritualizada, escenificada como en el Monte Calvario de los cristianos en Semana Santa; fue así como la muerte de un compañero, y más cuando fue en un enfrentamiento con el enemigo, se utilizó para reforzar la conciencia del grupo y sirvió para seguir legitimando la lucha “justa” de la organización armada. El recuerdo permanente del sacrificio de los “mártires” de la organización permitió justificar las acciones violentas propias contra el enemigo y contra la población civil

---

<sup>524</sup> Gonzalo Sánchez, “Guerra y política en la sociedad colombiana”, óp. cit., pp. 15-16. Un estudio fundamental para seguir estas ideas en María Victoria Uribe, *Matar, rematar y contramatar*, óp. cit. Como recuerda la autora en la página 167: “A las víctimas generalmente se las mataba de un tiro, el cual producía la muerte biológica por anemia aguda. Acto seguido se las contramataba decapitándolas, para terminar rematándolas, efectuándole al cadáver una serie de cortes “post-mortem” que terminaban por desmembrar el cuerpo”. Por supuesto, esta “filosofía” de la muerte continúa en Colombia, con las famosas disecciones de cuerpos con motosierra realizadas por los paramilitares.

<sup>525</sup> Fabiola Calvo, *Colombia: EPL, una historia armada*, óp. cit., p. 110.

ajena al conflicto armado. Y, por supuesto, cada muerte de un bando o del otro, alejó más todavía las posibilidades de solución del problema, porque fortaleció el nivel emotivo del grupo y su conciencia; así como cortaba todavía más los lazos con el resto de la sociedad. Cada muerte propia o ajena fortaleció la “especial” visión histórica y de la realidad social y los separó más del resto de la sociedad.

Begoña Aretxaga<sup>526</sup> ha realizado un espléndido estudio en torno a la puesta en escena de la muerte dentro de ETA, como forma de fortalecimiento de las solidaridades internas dentro del movimiento nacionalista radical vasco. En este caso, los cadáveres de los activistas de la organización armada son envueltos con las “ikurriñas”<sup>527</sup>, en una escenografía que recuerda en muchos aspectos algunas estéticas nazis. El activista muerto se convierte en el “gudari”, el luchador, el héroe de su comunidad, ya que ha estado dispuesto a darlo todo por la noble y doble Causa de la patria y la revolución. Otros ritos donde la muerte estuvo presente fueron los rituales de iniciación de los nuevos miembros o los momentos anteriores a la lucha. Los rituales de las últimas instrucciones antes de comenzar una misión (un momento especial rodeado de gran significación, con el abrazo de despedida del compañero o la comprobación del arma) han sido estudiados por Ariel Merari<sup>528</sup> para el caso palestino, pero creemos que muchos elementos son extrapolables a los grupos armados estudiados. Todo ello orientado a fortalecer la voluntad del activista antes de cumplir de su “misión”, otro concepto de clara inspiración religiosa.

---

<sup>526</sup>Begoña Aretxaga, *Los funerales en el nacionalismo radical vasco*, San Sebastián, La Primitiva Casa Baroja, 1988.

<sup>527</sup>Ikurriña es el nombre en euskera de la bandera de Euskadi/País Vasco, sobre un fondo rojo se superpone una aspa de color verde y encima de ésta una cruz blanca. La ikurriña representaría la bóveda celeste, con sus ocho rayos que señalan los ocho puntos cardinales. Sobre la significación es destacado el reflejo de la cruz blanca sobre el aspa verde y el fondo rojo que indicaría la supremacía de la religión sobre otras significaciones.

<sup>528</sup>Ariel Merari, “Disposición para matar y morir: terrorismo suicida en Oriente Próximo”, en Walter Reich, óp. cit.

La importancia de todo este mundo simbólico en torno a la muerte, y de los imaginarios sociales contruidos por y para la organización y su entorno de influencia, que sirvieron para la creación del proyecto y consolidación del grupo, lo podemos rastrear a través de un ejemplo significativo: la disputa por la primera víctima de ETA. La conciencia de grupo fue construida por ETA como un constante enfrentamiento a un enemigo “exterior”, el Estado español “invasor” y la defensa que hizo la organización del pueblo vasco contra la represión del mismo. En este ideario tuvo un destacado lugar la supuesta primera muerte “oficial” de ETA, ya que se suponía estaba cargada de gran simbolismo: el asesinato del guardia civil José Pardines, representado en el ideario nacionalista como un agente del Estado represor. Anteriormente, ETA protagonizó otros actos violentos llenos de simbología, como el intento de descarrilamiento de un tren el 18 de Julio de 1961, que transportaba excombatientes del bando nacional de la guerra civil para celebrar en Madrid el aniversario de la victoria fascista. Otros actos comenzaron en 1959, con la colocación de tres bombas en lugares llenos de simbología: el Gobierno Civil de Álava, como representante del poder central de Madrid contra el que se lucha; el diario del Movimiento <<Alerta>> como representante del fascismo vencedor en la guerra civil; y, por último, en una comisaría de policía de Bilbao como representación de los organismos armados encargados de la represión del pueblo vasco.

Pero hay un “vacío” dentro de este ideario donde ETA se presenta como la vengadora del pueblo vasco y defensora del mismo contra los representantes simbólicos y reales de la opresión de ese pueblo. Ese vacío en la construcción de ese imaginario social victimista, fue el hecho de que la primera víctima mortal de ETA no fue un represor del pueblo vasco, sino una niña de un año y medio, Begoña Urroz

Ibarrola, asesinada el 27 de junio de 1960 en la estación de Amara –San Sebastián– cuando hizo explosión una bomba colocada por militantes de ETA. Evidentemente, este asesinato no fue reconocido por la organización, pero recientemente publicaciones muy cercanas a ella, han mostrado que ETA puso esa bomba pero borran de esa historia el “daño colateral” de la muerte de la niña<sup>529</sup>. Que distinto es construir un imaginario social que ayuda a la consolidación del grupo armado sobre la muerte de un torturador, que sobre el asesinato de una niña de un año y medio.

Toda esta simbología de la muerte nos introduce por los senderos de la psicología social y de los imaginarios sociales que estos movimientos armados construyeron en torno a las virtudes que los guerreros-santos debían tener. El análisis de estos procesos de racionalización de la realidad nos permite aproximarnos al “pensamiento de grupo” y a la racionalidad que legitima el uso de la violencia en el ELN o ETA. Esta racionalidad a su vez estuvo impregnada de una fuerte emotividad, impulsividad y en muchos casos, dada la juventud a la hora de ingresar en estas organizaciones, de cierta inmadurez. Jerrold M. Post<sup>530</sup> ha estudiado algunos de los factores psicológicos que más presencia tienen en los grupos terroristas, encontrando cuatro elementos que los caracterizan, y que nosotros desarrollaremos para el análisis de los casos estudiados:

#### 1) **Creencia en la invulnerabilidad del grupo.**

La ilusión en la invulnerabilidad de la organización armada permitió a sus miembros convencerse de que sucediese lo que sucediese el destino estaba de su

---

<sup>529</sup>Sobre este crucial debate se puede consultar: Luí C. Núñez (Coord.), *Euskadi eta Askatasuna. Euskal Herria y la libertad*, Ed. Txalaparta, Tafalla, 1994, vol. I, pp. 211 y siguientes; José A. Pagola, *Una ética para la paz. Los obispos del País Vasco 1968-1992*, Idatz, San Sebastián, 1992, p. 20; Florencio Domínguez Iribarren, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992*, óp. cit., p. 221.

<sup>530</sup>Jerrold M. Post, “Psicología terrorista: el comportamiento terrorista como producto de fuerzas psicológicas”, Walter Reich, óp. cit.

lado, su comportamiento y acciones eran las correctas y tarde o temprano, llegaría la victoria del movimiento:

“La invulnerabilidad de ETA ha sido creencia generalizada durante muchos años en esta organización, cuyos miembros han estado convencidos de que, fuese cual fuese el nivel de represión policial, nunca serían destruidos por este procedimiento. Un escrito de la Dirección de ETA enviado a Eugenio Etxebeste reconoce la existencia de esta idea: ‘Tiene toda la razón A. (Antxón) cuando dice que todos alguna vez, o demasiadas veces, hemos tenido esa creencia (la de la indestructibilidad de ETA) y más aun la militancia. Siendo la Organización el reflejo de una realidad que tiene largas raíces, hemos creído, más o menos, que podría hacer frente a una estrategia policial, por muy dura que fuera’<sup>531</sup>.

Esta sobrevaloración de la invulnerabilidad de la organización, llevó a que sus miembros cometiesen muchos errores tácticos. Existen muchos ejemplos de esta actitud, un dirigente del Ejército Popular de Liberación (EPL) recuerda que: “Esto nos costó muchas vidas, en ocasiones pérdidas por una falta modestia y más aún contribuyó a mistificar lo que es realmente la guerrilla, de creer que la vinculación a ella era un acto heroico, como algunos decían: ‘la guerrilla es para quienes están dispuestos a irse a buscar la muerte’<sup>532</sup>.

Por lo tanto, esta idea en la invulnerabilidad e infalibilidad de la organización armada sirvió de sustento al espíritu pseudosuicida que requerían algunas de las acciones armadas perpetradas por éstas. Los activistas a través de este pensamiento grupal asumieron las certezas imprescindibles y los dogmatismos necesarios, para que su perspectiva de la realidad y sus motivaciones no resultaran

---

<sup>531</sup> Florencio Domínguez Iribarren, *ETA: Estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*, óp. cit., p. 92. El documento interno de ETA es tomado de *Barne Buletina*, n° 65, marzo de 1993.

<sup>532</sup> Fabiola Calvo, *Colombia: EPL, una historia armada*, óp. cit., p. 128.

contradictorias para arriesgar su vida por la Causa. Incluso el asesinato de otra persona, incluidos inocentes ajenos a los actores armados en conflicto, se respaldó en este pensamiento “coherente” y “sólido” del grupo. Por ello, cualquier viso de crítica interna fue reprimido por la organización de forma inmediata, pues podía destruir los cimientos “imaginarios” del movimiento y de su lucha armada.

## **2) Intolerancia ante la crítica del pensamiento común de la organización.**

Las organizaciones armadas ilegales se han protegido tradicionalmente de la autocrítica mediante mecanismos como la autocensura de los militantes, o la presión y el uso del miedo contra los disidentes. El tratamiento que los grupos armados han dado, a lo largo de su historia, a la disidencia interna es ejemplificador de la actitud intolerante y de falta de democracia interna en estas organizaciones. La falta de crítica y de espíritu democrático se justificó habitualmente con el argumento de no ayudar al enemigo, cualquier cuestionamiento a la dirección se podía percibir como una traición y una derrota frente al adversario. Por ello, frente a cualquier fisura en el pensamiento del grupo, o a la crítica interna, surgía el llamado a la unidad y a la cohesión del grupo. Evidentemente esta actitud acrítica surgió de la visión de que el pensamiento de grupo, de la organización, surgiese de donde surgiese, tenía una autoridad moral superior a las posibles críticas individuales de sus militantes.

## **3) Moralidad superior de la organización y sobremoralización de todo lo que rodea al grupo.**

Estas organizaciones ilegales que durante décadas han utilizado la violencia armada tuvieron que justificar sus acciones, en muchos casos indiscriminadas y terroristas, a partir de la superioridad moral de sus militantes y de la Causa



perseguida. Así las acciones, que para el resto de la sociedad están enmarcadas por el terror, para sus entornos sociales son percibidas como necesarias y a sus responsables como ejemplos sociales de compromiso, patriotismo y honestidad moral. Para conseguir esto, se establecieron conexiones entre estas acciones armadas, las propuestas políticas y los valores morales superiores de decían defender. De tal manera que estos grupos se consideran a sí mismos como “los luchadores del pueblo”, “los libertadores” que representan a la sociedad y los defendían de las élites económicas y políticas. Por lo tanto las acciones armadas, incluidas las terroristas, se percibieron como un método autorizado moralmente, dada la gran trascendencia de la Causa por la que se luchaba: la liberación del pueblo oprimido. Con ello se consiguió afirmar la premisa de que “el fin justifica los medios” y se resolvió el posible dilema de usar la violencia armada incluso contra la inocente población civil; ya que la organización armada tenía el “derecho moral”, o sea la legitimidad ante la Diosa Causa, y la Historia (con mayúsculas, claro).

Ironías de la vida, estos grupos que utilizaban la violencia armada contra otras personas de la sociedad, se presentaban a sí mismos como los representantes de unas formas virtuosas de hacer política, por su compromiso y heroísmo, y de ejercer la ciudadanía. Este discurso moral les permitió legitimar sus acciones y realizar un fuerte marketing para vincular a nuevos integrantes, ya que sus miembros son presentados como ejemplo de virtualismo y altruismo en una sociedad orientada a los vicios del individualismo y el egoísmo. Como nos recuerda, Juan Aranzadi, los militantes de ETA se re-presentan a sí mismos:

“Como simples instrumentos de un Sujeto Histórico que les trascendía y les movía, el Pueblo Vasco: generadas por la sociedad, impulsadas por el Pueblo, las acciones violentas de ETA se eximían de toda responsabilidad individual, no necesitaban alegar motivo o

justificación alguna ante la conciencia de sus agentes, aparecían como necesarias, como meros eslabones de una cadena a cuyo movimiento automático resultaba imposible escapar”<sup>533</sup>.

Al ser responsables de los asesinatos de la organización toda la sociedad, la responsabilidad ética e individual del activista se irradió y disolvió entre todos los ciudadanos. El resultado fue un efecto “mágico” pues la responsabilidad del asesinato desaparecía y se completaba este proceso con un discurso bañado de eufemismos, como “efectos o daños colaterales”, “muertes necesarias”, “en todas las guerras hay muertos” y “en todos los bandos se hacen sacrificios”, etc. Una forma de distanciamiento moral indispensable para la supervivencia psicológica y ética de los activistas, que les llevó a plantear el recurso a la violencia armada como un “mal menor y necesario” para conseguir el paraíso de la Liberación. Este discurso sirvió para eximir a los militantes de estas organizaciones armadas de la culpa frente al asesinato de otra persona:

“Sí, mucha gente lo necesita, porque si interpretaran que no ha merecido la pena se volverían locos a causa de unos profundos sentimientos de culpa por haber asesinado a seres humanos, por haberles asesinado brutalmente, o por haberles hecho saltar por los aires, por haber destrozado en pedazos sus cuerpos, sus miembros, se volverían locos. Así que se aferran al argumento moral de que estaban justificados para hacerlo. Creo que hay mucha gente así, muy, muy, confundida. (...) (Tienen que creer que ha merecido la pena) De lo contrario piensan: soy un criminal, he asesinado a todas estas personas por nada y merezco morir o me volveré loco de culpa. Por supuesto que hay mucho de esto, mucho. Créeme, hay mucha gente así”<sup>534</sup>.

---

<sup>533</sup> Juan Aranzadi, “Violencia vasca y etnicidad”, en Julio Arostegui, *Violencia y política en España*, Marcial Pons, Madrid, 1994, pp. 194-195.

<sup>534</sup> Declaraciones del voluntario Bobby, tomadas de Rogelio Alonso, óp. cit., p. 133.

Vemos en estas declaraciones, el miedo que tienen los activistas de estas organizaciones a reconocer su culpabilidad, así como a que su sacrificio y el sacrificio-asesinato de otros seres humanos no hubiese merecido la pena. Evidentemente, estas reflexiones surgen a posteriori, generalmente cuando se ha abandonado la lucha armada; ya que mientras se es un activista activo, el estado de superioridad moral justifica la entrega de sus vidas y la supresión de las vidas ajenas. Esa lucha llevada al horizonte de la moralidad fue indispensable entonces para estas organizaciones.

Pero también otros ámbitos del entorno de estos grupos se sumergieron en esta sobremoralización y consiguiente mitificación y dramatización de la vida y la muerte; con ello buscaron una fuerte adhesión afectiva de los militantes a la Causa y al grupo que la representa, en nuestro caso ETA en Euskadi y el ELN en Colombia. Esta superioridad moral llevó en algunos casos a corregir “conductas desviadas” tanto al interior de la organización como en los contextos sociales controlados por estas organizaciones. En los siguientes términos se refiere el ELN frente a la conducta desviada de un destacado miembro del Frente Domingo Laín<sup>535</sup>:

“La comisión se ve obligada a apresarlo, se levanta un juicio cuyo resultado es el ajusticiamiento por los delitos contra el pueblo, despilfarrar medios de la organización, por degeneración y por constituirse en este momento de nuestro incipiente desarrollo en un peligro para nuestro futuro trabajo de construcción de una columna guerrillera del ELN. Cabe anotar que los delitos contra el pueblo están enmarcados dentro de la inmoralidad con la prostitución de su hogar y de las compañeras campesinas; además incentivando a compañeras de base para que sigan este proceso de deformación de las moralidad revolucionaria, los escándalos públicos dando una

---

<sup>535</sup> Frente del ELN que lleva el nombre de uno de los curas españoles que se incorpora a la organización a finales de los años sesenta. Domingo Laín Sanz nació en Paniza, en la provincia de Zaragoza (España) ingresó en el ELN en octubre de 1969 y murió en febrero de 1973.

imagen totalmente deformada de los comportamientos y actitudes de la Organización”<sup>536</sup>.

Dos ciudadanas de Málaga, Departamento de Santander, en el Nororiente de Colombia nos relataron, el asesinato del peluquero del pueblo: “El peluquero era homosexual y mantenía relaciones con otros hombres de la localidad, también se decía que daba dinero a niños jóvenes para que tuviesen relaciones con él. La guerrilla le advirtió una vez pero él no creyó las amenazas. Un día estaba cortando el pelo en su local cuando entró un hombre armado y le disparó delante de todo el mundo”<sup>537</sup>.

Estos salvadores de la moral pública frente a pederastas, a la poligamia, el narcotráfico o el incesto, llegaron a conformar tribunales propios de justicia encargados de la “limpieza” de la sociedad. La otra cara de la moneda fueron las actitudes ascetas requeridas, muchas veces, al combatiente, sobre todo en el ELN. En los territorios donde estas organizaciones armadas tienen mayor control, puede llegar la situación a identificar como potencialmente peligroso a toda persona que quebrante las normas morales o las buenas costumbres del lugar, como afirma Marianne Heiberg<sup>538</sup> para ETA; llegando algunos casos a convertirse en verdaderos procesos de “caza de brujas” que han caracterizado estas poblaciones en otros periodos históricos.

Asimismo la sobremoralización y dramatización en los entornos de estas organizaciones llevó a que buscasen una mayor “rentabilidad funcional” de todas las acciones donde se veían envueltos sus activistas. Así sucedió en los funerales de los compañeros caídos por la Causa, donde se construía una escenografía del dolor

---

<sup>536</sup> Primera edición de *Historia del Frente Domingo Laín Sáenz*, documento mimeografiado, pp. 75-76.

<sup>537</sup> Entrevista con Carla y Claudia, realizada en abril de 1998 en Bucaramanga (Colombia).

<sup>538</sup> Marianne Heiberg, *óp. cit.*, pp.207-208.

propicia para que los asistentes desplegasen sus sentimientos de odio contra el adversario y de dolor y solidaridad frente al grupo. Con ello se consiguió fortalecer la percepción del enemigo como agente represor por un lado, y por el otro, se consolidó la justificación de las acciones propias, así como reforzar el consenso al interior de la organización. En todo caso los rituales funerarios, no sólo legitimaron la visión única de la organización, sino que también sirvieron de llamados a la acción y en especial a la venganza del compañero muerto. Estos actos “demostraban” la crueldad del enemigo y la necesidad de seguir luchando por la causa mediante el recurso armado. Evidentemente, también ayudaban a fortalecer la perspectiva moral de la lucha, y a identificar al enemigo con el Mal y a la organización con el Bien; en una visión maniquea y dicotómica de la realidad entre “los que están con nosotros” y “los que están contra nosotros”.

#### **4) Percepción unidimensional e identificación del enemigo como “el mal”.**

Esta supremacía moral del ELN o de ETA frente al resto de los ciudadanos por la sacralización de su objetivo político (recordemos la liberación del pueblo oprimido) sirvió para legitimar sus acciones violentas, para intentar implantar su “centralismo democrático” en toda la sociedad y para conjugar un dogmatismo ideológico coherente con los medios violentos adoptados. La guinda de esta construcción imaginaria o “guerra imaginada” era percibir al adversario político como enemigo a muerte, dado que no se estaba en la arena del debate y la confrontación política sino en los campos de batalla imaginarios. Como afirma Antonio Elorza:

“Quedaba así configurada una religión de la violencia política, cuyo propósito fundamental consistía en formar una comunidad de creyentes, acorazados frente al exterior por la intransigencia y la disciplina. Su deber consistía en actuar desde el interior de la

sociedad vasca, creando las condiciones para erradicar la opresión y la presencia de Maketania en Euskadi. Como suele ocurrir en las construcciones ideológicas de los nacionalismos reaccionarios, el sabiniano propone a sus seguidores un esquema bipolar con oposiciones muy nítidas entre los principios del bien y el mal. La distinción fundamental se establece entre Euskadi y España, lo vasco y lo español. Es algo tan simple como la profesión de fe, el *shahada* en el Islam: de acuerdo con la lógica ignaciana, una vez que se ha hecho esa elección fundamental, todo lo demás se deduce de ella y no cabe momento alguno de discusión o de duda ideológica, pues ya la autoridad en el partido, como en la orden, piensa por todos”<sup>539</sup>.

Esta deificación del ELN o de ETA fue paralela a la “diabolización”, como afirma Jon Juaristi, del Estado y sus fuerzas de seguridad y, en periodos más reciente, a la asociación por ejemplo en Euskadi de la oposición política no nacionalista como otro enemigo. Este ejercicio simbólico permitió eximir a ETA de “la necesidad de justificar moralmente sus acciones”<sup>540</sup>. Esta identificación del adversario como enemigo y, posteriormente en un salto cargado de alta moralidad, como el mal, permitió identificar al Estado como opresor del pueblo inocente. Por ello, el Estado no se debía enfrentar sino combatir con las armas. Fue así como todo adversario o contradictor del pensamiento del grupo armado fue tachado en el caso de Euskadi como “txakurra”<sup>541</sup> o perro. Con esta identificación simbólica del adversario, el entorno etarra justificó las acciones violentas contra ellos. De esta manera, se legitimó “por salud pública”, y de forma ético-política el asesinato o la expulsión de esta txakurra como el camino necesario para conseguir la “causa justa del pueblo vasco”. Reproducimos a continuación un desolador testimonio de qué significó esta

---

<sup>539</sup> Antonio Elorza, “Vascos guerreros”, óp. cit., p. 44.

<sup>540</sup> Jon Juaristi, *Auto de terminación*, óp. cit., p. 194.

<sup>541</sup> Txakurra significa perro en euskera.

deshumanización del adversario por parte de los militantes de estas organizaciones armadas:

“Otro voluntario y yo ejecutamos a este soldado en la parte baja de Falls. La patrulla con la que estaba le había dejado atrás en un callejón sin salida, en una especie de zona para chatarra para coches viejos y cosas así. Se había separado de la patrulla mientras un grupo de gente les tiraba piedras. Los soldados corrieron, se metieron en sus vehículos blindados y lo dejaron allí. Allí estaba él de pie. Lo recuerdo de pie llorando, llorando. Llorando vivamente enfrente de mí. No sabía que llevábamos armas, no sabía quiénes éramos, estaba desorientado, sólo era un niño, un adolescente procedente de Inglaterra. Es un recuerdo que se me ha quedado clavado. Lo tengo muy presente, probablemente hasta el día en que me muera. Recuerdo a ese joven soldado, llorando, le caían las lágrimas por el rostro y yo y otro voluntario le matamos, le disparamos a bocajarro. (...) Lo puedo ver en frente de mí en este mismo instante, como si estuviera ocurriendo ahora mismo. Su fusil en las manos apuntando hacia abajo, ni siquiera intentando defenderse a sí mismo, llorando por su madre, por su madre, y ejecutado por jóvenes voluntarios (del IRA), yo y ese otro tipo que teníamos sólo catorce y diecisiete años. Así que cuando miro atrás y veo lo que ocurrió allí, me digo: ¡Dios mío, no era más que un niño! Y lo siento de veras por el soldado Barlow, lo siento de veras. Siento de veras que la gente haya tenido que morir, porque si no tuvieras sentimientos, entonces no tendrías una motivación detrás de ti, sería inmoral y serías simplemente un psicópata, lo estarías haciendo simplemente por gusto, no habría principios, no habría principios políticos ni moralidad ni nada”<sup>542</sup>.

Esta persona relata el asesinato a sangre fría de otro ser humano y cómo realizó ese crimen auspiciado por principios políticos e ideológicos (y, nosotros creemos que también, culturales y religioso-sagrados) que lo salvaron de ser un

---

<sup>542</sup> Testimonio del voluntario del IRA, Bobby, tomado de Rogelio Alonso, óp. cit., pp. 129-130.

psicópata, de matar por gusto. Este distanciamiento moral con la víctima y la dispersión de la responsabilidad individual a toda la sociedad sirvió para legitimar los crímenes cometidos. Incluso se otorgó a las víctimas responsabilidades, funciones o acciones imaginarias que justificaron su asesinato; así se difundieron discursos que definían a las víctimas como confidentes de las fuerzas de seguridad, torturadores, explotadores de los trabajadores, etc. Cualquier argumento utilizado parecía justificar su asesinato: la necesidad de parar la construcción de una carretera, una central nuclear o como “mensaje” a los empresarios o terratenientes para que paguen el impuesto revolucionario o “vacuna”, etc. Todos estos discursos que buscaron la deshumanización de la víctima y del enemigo, sirvieron también de argumentos de autojustificación de sus acciones armadas e incrementaron cada vez más, la deshumanización y radicalización del conflicto. Ehud Sprinzak<sup>543</sup> estudió la identificación lingüística y simbólica del enemigo como sujeto no humano, que justifica las acciones violentas contra ellos. Un ejemplo elocuente de esto, puede ser el siguiente texto de *Vasconia* de Krutwig, el “catecismo político” de ETA en sus primeros años:

“No se deberá dejar nunca lugar a dudas de que todo policía o militar enemigo es un objetivo de nuestra actividad guerrera. Los policías que hasta hoy han torturado a los detenidos vascos deberán ser pasados por las armas o degollados. En estos casos es recomendable, siempre que se pueda, emplear el degüello de estos entes infrahumanos. No se debe tener para ellos otro sentimiento que el que se posee frente a las plagas que hay que exterminar. Cuando ello no represente ningún peligro para el guerrillero, estos torturadores deberán ser eliminados por medio de tortura. Si las fuerzas de ocupación siguieren con sus medidas de tortura no se deberá nunca dudar en el empleo del retaliación, exterminar a los

---

<sup>543</sup> Ehud Sprinzak, óp. cit.



familiares de los torturadores y a los agentes de la autoridad civil y militar.”<sup>544</sup>

Evidentemente, para encontrar la solución a las crisis sociales planteadas por estos sectores radicales que propenden por la lucha armada, se hace necesario cambiar la percepción e imaginarios de las relaciones entre contrarios, hay que revertir el proceso y pasar a percibir a los enemigos como adversarios políticos. Cambios que se deben dar en el mundo de las re-presentaciones del otro, que suponen una variación en la interpretación de la realidad social, y el tránsito de una sociedad dicotómica a otra con unos vínculos sociales incluyentes de todos los sectores; y que hagan sobre todo compatible mentalmente, lo que hasta ese momento parece irreconciliable e inconciliable.

---

<sup>544</sup> El libro fue publicado con el seudónimo de Fernando Sarrailh de Ihartza, óp. cit., p. 339.

## **5.10. CONCLUSIÓN: EL MARXISMO FUE SU RELIGIÓN Y LA ORGANIZACIÓN SU IGLESIA**

“Si la patria es espíritu, no hay quien realice  
labor patriótica más auténtica que el sacerdote,  
defensor consagrado de todos los valores del espíritu”.

Ramiro de Maeztu

Algunas organizaciones armadas ilegales en la segunda mitad del siglo XX consiguieron crear un modelo interpretativo común (pensamiento de grupo) de la realidad social para todos sus miembros, lo que les permitió crear una fuerte conciencia de grupo y legitimar su lucha armada. Un sustrato discursivo-cultural-ideológico que tuvo una importante “centralidad simbólica” y que convirtió al ELN o a ETA en reductos irredentistas que ostentaban la pureza de la Causa. Con ello se consiguió mitificar a la organización y sus militantes, así como convertir sus objetivos políticos en elementos trascendentes. Por otro lado, su discurso maniqueo presentó la realidad de forma dicotómica, con una sociedad polarizada al extremo, en la que sus miembros se dividían en dos categorías inflexibles: “con nosotros” o “contra nosotros”.

La sacralización de la Causa, la mitificación de los héroes propios y el carácter religioso de la lucha, permitió darle legitimidad a la violencia armada, pero además todo ese mundo de imaginarios se cargó de atmósferas de gran emotividad y sobremoralización. Fue la supuesta superioridad moral de los defensores de la Causa

lo que les dio legitimidad para realizar los crímenes de estas organizaciones contra sus enemigos y, por otro lado, sirvió para explotar funcionalmente las acciones en las que el “enemigo” actuaba como fuerza represora. Dentro de estos discursos, el ELN o ETA se representaron a sí mismos como la demostración de que el “pueblo” rechaza el sistema político impuesto. Se auto-otorgaron la voz y representación del pueblo oprimido y asumieron su representación simbólica de la realidad como la única posible. Este mundo simbólico estuvo cargado de enorme significación para los militantes de las organizaciones y tuvo una enorme funcionalidad para el desarrollo de esos movimientos armados. El mundo simbólico de estas organizaciones se renovó constantemente en los espacios de sociabilidad de su influencia, convertidos en espacios rituales que reprodujeron las premisas y creencias del pensamiento de grupo. Estos momentos de rememoración colectiva, las “misas” cotidianas de esas organizaciones, dieron la legitimidad necesaria y la coherencia de esa lógica colectiva interna. Esos momentos míticos y místicos sirvieron también para seguir mostrando la permanencia de la problemática política y social por la que se utilizaba la lucha armada.

En este contexto significativo, simbólico y de imaginarios, la ideología marxista se convirtió en un importante dispositivo de gestión y administración de los universos de sentido de cientos de individuos que siguieron “religiosamente” sus principios. Estos militantes vivieron **EL** discurso ideológico y existieron sólo **EN** ese discurso, lo que supuso una especie de “revival” religioso o de experiencias mítico-religiosas alternas en pleno siglo XX.

Estos grupos armados (ELN y ETA) se “superpusieron” a una larga tradición religiosa (judeo-cristiana), la reinterpretaron y reorientaron: crearon nuevos textos “sagrados”, utilizaron los discursos apocalípticos y el mesianismo, buscaron la

santidad a través de sus actos, etc. Esta absolutización de los principios políticos, acercó lo político a lo religioso, y convirtió a la política en un acto trascendente. La política paso de ser el espacio de diálogo y de la búsqueda de consensos, al lugar de la imposición de la voluntad propia; asimismo, el opositor se convirtió en un enemigo a destruir para conseguir la realización del propio “yo”. La política como “Absoluto” ocupó las estructuras psicológicas talladas durante largos siglos por la religión católica, convirtiendo la ideología y la política en un fenómeno “pararreligioso”, ya que toda acción fue orientada por lo que definió Weber como la “ética de los últimos fines”. Se impuso el reinado del “fin justifica los medios”, y hubo un adiós a la política y la ética, y una nueva bienvenida a la religiosidad y la moralidad.

La superposición del marxismo a una larga tradición judeo-cristiana (cristianismo) y su consiguiente transferencia religioso-ideológica se caracterizó esencialmente por seis elementos: 1) Aprovechamiento de la culpa cristiana para convertirla en fuente de los sacrificios de los individuos para purgar esta culpa por la que la humanidad está en el pecado de la pobreza; 2) De la mano de esta culpa cristiana, hubo un resurgir del “espíritu de sacrificio y misionero”; 3) Explosión de “guerras santas” y héroes-cruzados en pleno siglo XX para acabar con el mal del capitalismo; 4) Desarrollo de verdaderos “sacerdocios guerrilleros laicos”; 5) Nacimiento de nuevos mesías y santos; y 6) Riguroso deber moral a pesar de los posibles crímenes cometidos.

Es curioso comprobar como en las décadas estudiadas, al tiempo que los templos cristianos se vaciaban y las vocaciones sacerdotales en los Seminarios disminuían, las filas de las organizaciones revolucionarias se engrosaban y se convertían en el nuevo “semen” de los sacerdocios revolucionarios de la época. La

transferencia de sacralidad del cristianismo al marxismo, incluyó una perspectiva ortodoxa y totalitaria de la realidad. Parece que se confirma con ello, que puede existir algún tipo de relación entre determinada manera de entender la fe católica y el hecho de incorporarse a organizaciones armadas como el ELN o ETA. Hay que recordar que fue el día que se celebra a San Ignacio de Loyola, un 31 de julio de 1959 cuando se fundó ETA. Así el ejemplo de San Ignacio y de la Compañía de Jesús, permitió que un puñado de hombres devotos, se entregasen de por vida a la opción fundamental, Jesús para San Ignacio y Euskadi para los etarras. En un nuevo “ejército de soldados de Jesús” de la Compañía nacionalista, libertadora de Euskadi. Estos fueron los “Batallones de fe contra Satán” disfrazado de España. Asimismo estos activistas siguieron estrictamente las Reglas de la Compañía Etarra, que les aseguraría a su muerte estar a la derecha de la Diosa Revolución.

Así en la segunda mitad del siglo XX, en Colombia y en Euskadi, el marxismo se acercó al cristianismo y éste volteó la cabeza hacia la guerra como en las cruzadas medievales. Al ELN y a ETA esta transferencia de sacralidad de la religión a su lucha armada les supuso esencialmente cuatro aportes: 1) Les permitió aumentar la conciencia y pertenencia del grupo; 2) Fortaleció el compromiso y las motivaciones de los militantes; 3) Pudieron empatar con estructuras mentales que hicieron más asimilable el mensaje ideológico y político; y 4) Utilizaron las formas elementales de la vida religiosa como fuertes llamados a la acción: mártires, almanaque de fechas santas, ritos iniciativos, sacrificio y austeridad personal, etc.

La izquierda revolucionaria de los años cincuenta y sesenta retomó la tradición de lucha de algunos sectores de la población, ligados a conflictos sociales que perduraban en un territorio concreto y los hicieron confluír y los nutrieron con las aportaciones teóricas e ideológicas del marxismo. Del marxismo tomaron la

concepción de análisis de la sociedad y su visión trascendente del desarrollo “inevitable” de la humanidad –materialismo histórico-, con el punto de llegada en el paraíso de una comunidad igualitaria y socialista. Estas organizaciones pretendieron desarrollar la idea marxista de analizar las condiciones objetivas para la realización de la revolución en cada país. De este análisis, sacaron la conclusión de que estas condiciones existían y que sólo faltaba la consolidación de las condiciones subjetivas (la voluntad, el sacrificio, el heroísmo) que debería aportar una vanguardia revolucionaria, verdadero faro del pueblo hacia el triunfo de la revolución. Tanto el ELN como ETA pretendieron ser ese faro o foco que prendería la revolución en sus respectivos territorios.

Si las condiciones objetivas estaban presentes según el análisis de los ideólogos de estas organizaciones, sólo faltaba encontrar el filo de las condiciones subjetivas. Este lo encontraron en su contexto socio-cultural, fue la tradición judeo-cristiana y el cristianismo en sus versiones más progresistas como la Teología de la Liberación<sup>545</sup> los que aportaron la actitud que este tipo de lucha requería de las personas. Estas corrientes de pensamiento cristiano progresista reinterpretaron los textos bíblicos y la doctrina de la Iglesia Católica y optaron de forma clara por los pobres. El momento álgido de este temblor en el cristianismo fue el Concilio Vaticano II (1963-1965), y para América Latina alcanzó sus formulaciones teóricas más consistentes en la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín de 1968, y posteriormente en Puebla en 1979. Estas concepciones morales y doctrinales

---

<sup>545</sup> Para profundizar en este tema se puede consultar: Enrique Dussel, *Introducción a la filosofía de la liberación*, Ed. Nueva América, Bogotá, 1979; especialmente el capítulo “Marco teórico de la filosofía de la liberación”, pp. 33-77. Christian Smith, *La teología de la liberación. Radicalismo religioso y compromiso social*, Ed. Paidós, Barcelona, 1994; esencial para analizar el impacto de la conferencia de Medellín, pp. 199-215. José Miguel Ibáñez Langlois, *Teología de la liberación y lucha de clases*, Madrid, Ed. Palabra, 1985. Phillip Berryman, *Teología de la liberación. Los hechos esenciales en torno al movimiento revolucionario en América Latina y otros lugares*, Siglo XXI, México, 1989.

tuvieron un gran impacto en la izquierda revolucionaria, especialmente en Latinoamérica, pero tuvieron una influencia destacada también en ETA; ya que la visión marxista de construir una sociedad mejor empataba por ejemplo con la visión de la teología de la liberación de crear el Reino de Dios en la tierra del lado de los pobres.

Esta confluencia entre cristianismo primitivo y un marxismo que tiene en cuenta el contexto sociocultural donde se inserta, pudo ser parte del éxito de la consolidación de aquellas organizaciones. El cristianismo les aportó un cuerpo doctrinario coherente y desarrollado que ayudó a la naciente revolución a disponer de un marco trascendental y ético que legitimara el uso de la violencia armada, además permitió enfrentar la dimensión personal de este tipo de lucha, de forma coherente y con un enorme compromiso de sacrificio por parte del militante-activista. Es así que entre el marxismo y el cristianismo se encuentran mucho más que coincidencias semánticas entre categorías como la de *pueblo* marxista con la de *pueblo oprimido* cristiana: la liberación del pueblo contra la explotación o la liberación del pueblo pecador; el fin último de la lucha del cristiano y del marxista parece coincidir en la búsqueda de un mundo sin opresión, donde abunda la justicia, la solidaridad y el amor entre los pobres, etc.

Existió una clara conjunción entre la doctrina marxista y la propuesta del cristianismo, que explica en gran medida el gran compromiso y militancia de curas y cristianos en las organizaciones armadas. Ambas cosmovisiones y utopías sociales, marxismo y cristianismo, se retroalimentaron mutuamente en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX, hasta quedar totalmente identificadas en algunos casos en figuras como el cura aragonés Manuel Pérez, arquetipo de guerrillero donde se conjugó la figura de militar y sacerdote, o sea un guerrero-santo del siglo XX.

**CAPÍTULO SEXTO**

**PERFILES**

**COMPARADOS DE LA**

**MILITANCIA EN**

**GRUPOS ARMADOS EN**

**COLOMBIA Y ESPAÑA:**

**ELN Y ETA**



## 6.1. ¿QUIÉNES SON Y DE DÓNDE VIENEN?

En este capítulo de la tesis nos proponemos conocer los perfiles sociológicos de los militantes de las organizaciones armadas que surgieron en la década de los años sesenta, especialmente del ELN y ETA; y realizaremos la comparación de ambos perfiles así como su evolución histórica, a partir de categorías preestablecidas como la edad, el sexo, el nivel de estudios, etc. Para ello, debemos recordar que las características de clandestinidad y de secreto que rodean a las organizaciones guerrilleras o terroristas hace muy difícil en ciertos contextos (especialmente en Colombia) el conocimiento preciso del funcionamiento interior de estas organizaciones, así cómo saber quiénes son las personas que militan en estos grupos, sus características sociales o personales, etc. Por eso el acercamiento a tales temas deber ser, en la mayoría de las ocasiones, indirecto y lleno de dificultades en muchas ocasiones; sobre todo, teniendo en cuenta el componente de peligrosidad que estas investigaciones pueden tener por tratarse de organizaciones ilegales. Nosotros realizamos ese acercamiento indirecto desde los expedientes judiciales seguidos a los militantes de algunas de estas organizaciones en el departamento de Santander en Colombia.

El conocimiento de este tipo de organizaciones suele partir siempre del análisis de las mismas como un todo, como un colectivo homogéneo y constante en el tiempo; pero esta investigación quiere enlazar esta posible dimensión, con el conocimiento de los individuos que conforman estos grupos. Para conseguir estos objetivos, el eje central de este capítulo se compone del análisis cuantitativo de los documentos judiciales del Tribunal Especial que se encuentran en el Archivo Central del Palacio de Justicia de Bucaramanga. Trabajamos en el análisis de documentos

institucionales, los expedientes judiciales contra guerrilleros, obteniendo una muestra estadísticamente representativa de 46 perfiles personales de guerrilleros. La muestra creemos que puede ser representativa para analizar las características de los militantes en Santander, porque los datos fueron recogidos después de una exhaustiva crítica de fuentes, recopilando solamente aquellos datos de individuos sacados de expedientes judiciales sentenciados. El hecho de que los datos salgan sólo de sentencias judicial y no de detenciones o procesos inconclusos, se debe a que la mayoría de los expedientes contra guerrilleros quedan sin sentencia por desconocimiento de los autores, falta de pruebas o generalmente por detenciones arbitrarias de las fuerzas de seguridad del Estado contra supuestos auxiliares de la guerrilla y que habitualmente resultan ser simplemente pobladores de las zonas de conflicto. La investigación realiza por tanto un acercamiento cuantitativo a los documentos, en términos de variables y de producción de datos numéricos y porcentajes, buscando analizar el mundo social de los militantes y las organizaciones armadas.

Hay que partir de la premisa, que los terroristas o guerrilleros no nacen con esta condición o que son seres dotados de una inclinación asesina o violenta, creemos que es más conveniente para acercarse a la comprensión del fenómeno armado, invertir el razonamiento y pensar que el guerrillero o terrorista no nace así, sino que deviene en esa condición. Así solamente relacionando el ámbito social e individual podremos tener una comprensión más amplia del fenómeno. Esta investigación ha tenido como objetivo general, indagar en el contexto social e histórico del surgimiento de las organizaciones armadas y de los militantes; y por ello en este capítulo, buscamos conocer más a los individuos que militaron en estas

organizaciones, a partir del estudio de los perfiles de los militantes y las características sociales donde han realizado sus procesos de socialización.

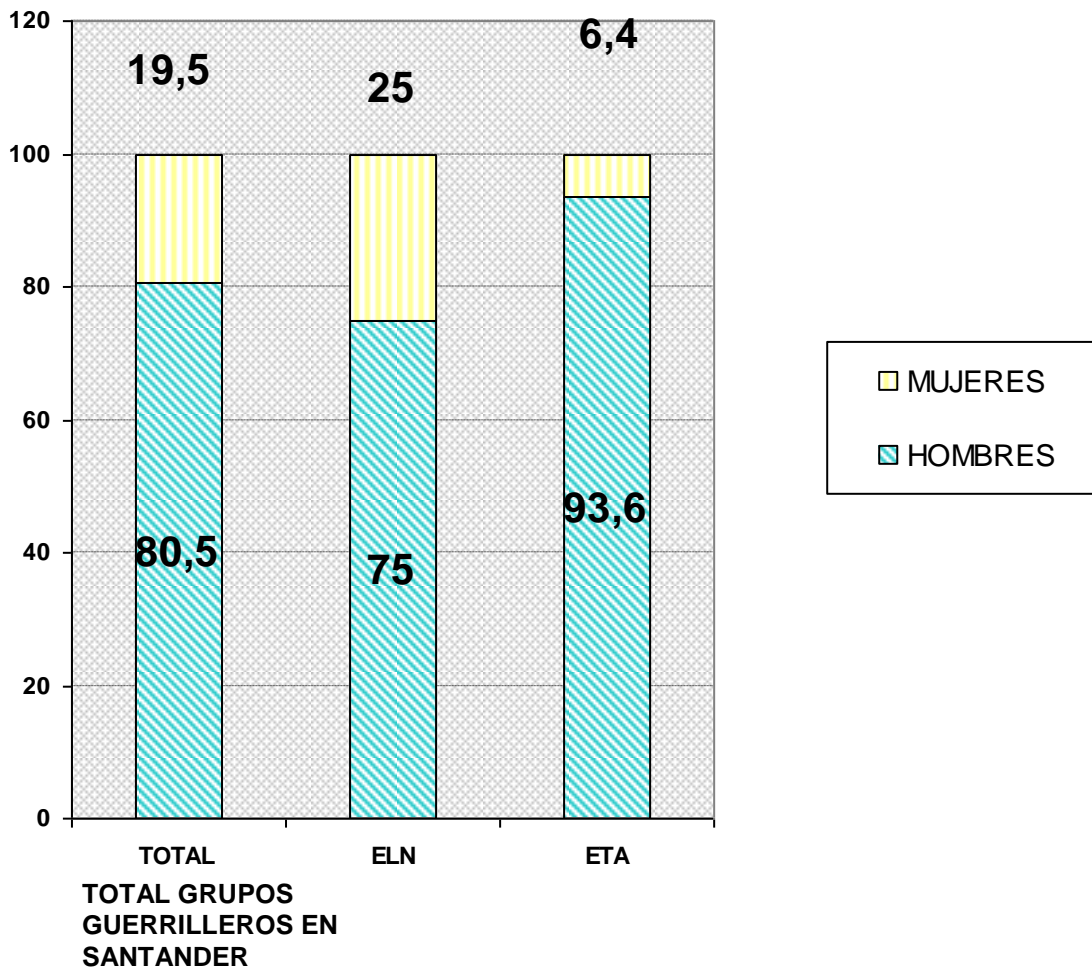
El principal objetivo de este capítulo es entonces analizar el papel cumplido por los actores de este fenómeno social en Colombia y España, los militantes, así como sus características sociales que los motivaron, y que nos pueden permitir construir un perfil medio del militante de organizaciones armadas en la segunda mitad del siglo XX en los dos países. Conocer quiénes militan y por qué en estas organizaciones puede ayudar a planificar estrategias comunicativas y negociadoras que mejore un eventual proceso de negociación y paz en los dos países.

La investigación realiza un acercamiento cuantitativo de los documentos para analizar el mundo social de estas organizaciones armadas y su militancia en términos de variables y de producción de datos numéricos; y posteriormente se realiza una lectura de los datos obtenidos. Las variables que se han trabajado son: el sexo (hombre o mujer) de la militancia según los periodos; la edad de la militancia en el momento de ser detenidos según los distintos periodos; el estado civil (soltero, casado y otros) de la militancia en el momento de su vinculación a la organización; lugar de procedencia (nacimiento y residencia) de la militancia, con especial énfasis en la diferenciación del ámbito rural y urbano; la ocupación (profesionales, estudiantes, campesinos, obreros) de la militancia en el momento de entrar en la organización; la clase social (baja, media y media-alta) de procedencia de los militantes de la organización. Toda esta información fue recopilada a partir de las indagatorias o interrogatorios realizados a los miembros capturados de estas organizaciones y que se encuentran en los expedientes judiciales correspondientes. Se trató de realizar un “vaciado de las indagatorias o interrogatorios”, este vaciado

consiste en hacer un análisis cuantitativo de las variables tomadas realizando una división porcentual de cada variable según el número de personas.

Los contextos socio-culturales son imprescindibles para entender a los militantes, como demuestran datos aportados por esta investigación. Estos datos encontrados creemos que son elocuentes de estas características sociales y de estos contextos culturales; y muestran “tendencias” que creemos ratifica la importancia de la investigación, porque aportan para “desmitificar” muchas ideas preconcebidas frente a estos grupos y la gente vinculada en los mismos o para corroborar con cifras concretas ideas previas.

## 6.2. MILITANTES SEGUN SEXO



Fuente: elaboración propia

Datos de ETA sacado de Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, Op. cit.

De los casos encontrados, el 80.5% de los militantes de la guerrilla en Santander son hombres y el 19.5% mujeres. Para España estos porcentajes son mucho más marcados, así el 93,6% de los militantes de ETA son hombres y sólo el 6,4% mujeres según Fernando Reinares<sup>546</sup> (para Florencio Domínguez, el porcentaje de mujeres pasaría del 10% en los setenta al 20,68% en los noventa). En el caso del ELN en Santander, el 75% de los militantes son hombres y el 25% mujeres. Estos datos nos introducen en una discusión muy interesante sobre por qué la mujer en Colombia habría participado más de forma activa en estos grupos de violencia política armada, que en España; si se supondría que en el País Vasco, una sociedad de las más desarrolladas de Europa, la mujer tendría mucha más formación política, crítica y autonomía y por lo tanto debería tener mayor participación en lo público. Lo que sí se dio en los dos contextos fue la vinculación cada vez mayor de la mujer en etapas más recientes en este tipo de organizaciones.

Otra reflexión necesaria es pensar qué tipo de vinculación o de funciones ha cumplido la mujer en este tipo de organizaciones, ya que a pesar de los supuestos cambios radicales propuestos por estas organizaciones, la mujer siguió ocupando un lugar subordinado en estos grupos, reflejo de un síntoma generalizado de la sociedad. Esta situación llevó en muchos momentos, sobre todo en los comienzos de estos grupos, a convertir la función de la mujer en la organización, en lo que se conoce como “el descanso del guerrero”, como en la Edad Media pero en pleno siglo XX. En el caso de ETA, se evidenció una cierta subordinación al marido o al novio, al examinar los motivos del ingreso de la mujer en la organización, donde en el 46% de las ocasiones la mujer ingresó en la organización siguiendo los pasos de un familiar

---

<sup>546</sup> Los datos de ETA que alimentan estas gráficas son tomados de dos textos: Florencio Domínguez Iribarren, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*, óp. cit.; y Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit.

masculino. Asimismo, se destaca la poca presencia en los orígenes de estas organizaciones armadas, de las mujeres en cargos de responsabilidad o en la cúpula.

Sobre la condición de subordinación de la mujer en estas organizaciones escribió Dolores González, *Yoyes*, militante de ETA asesinada por no cumplir las órdenes de la dirección: “Tengo cita con la dirección de ETA, voy con alguien que no recuerdo –escribió Yoyes en su diario-. No sé, hay mujeres y son muchos, quieren, dando por supuesto que tienen derecho a decidir sobre mi vida, que me integre o vuelva a México (...). Las mujeres permanecen casi todo el tiempo calladas y trato de explicar que hay una confusión, que yo no estoy ahí para ponerme a su consideración, que yo quería plantear otra cosa, no me dejan hablar e insisten en seguir hablando como si tuvieran ese poder. Así rápidamente se ponen a votar, y con pesar por parte de X y no sé bien quién más en la votación sale que tengo que volver a México, me quieren alejar”<sup>547</sup>. Como no quiso ir a México, Yoyes fue asesinada, porque la dirección de la organización controla la vida (dónde, con quién vivir) y la muerte de sus militantes.

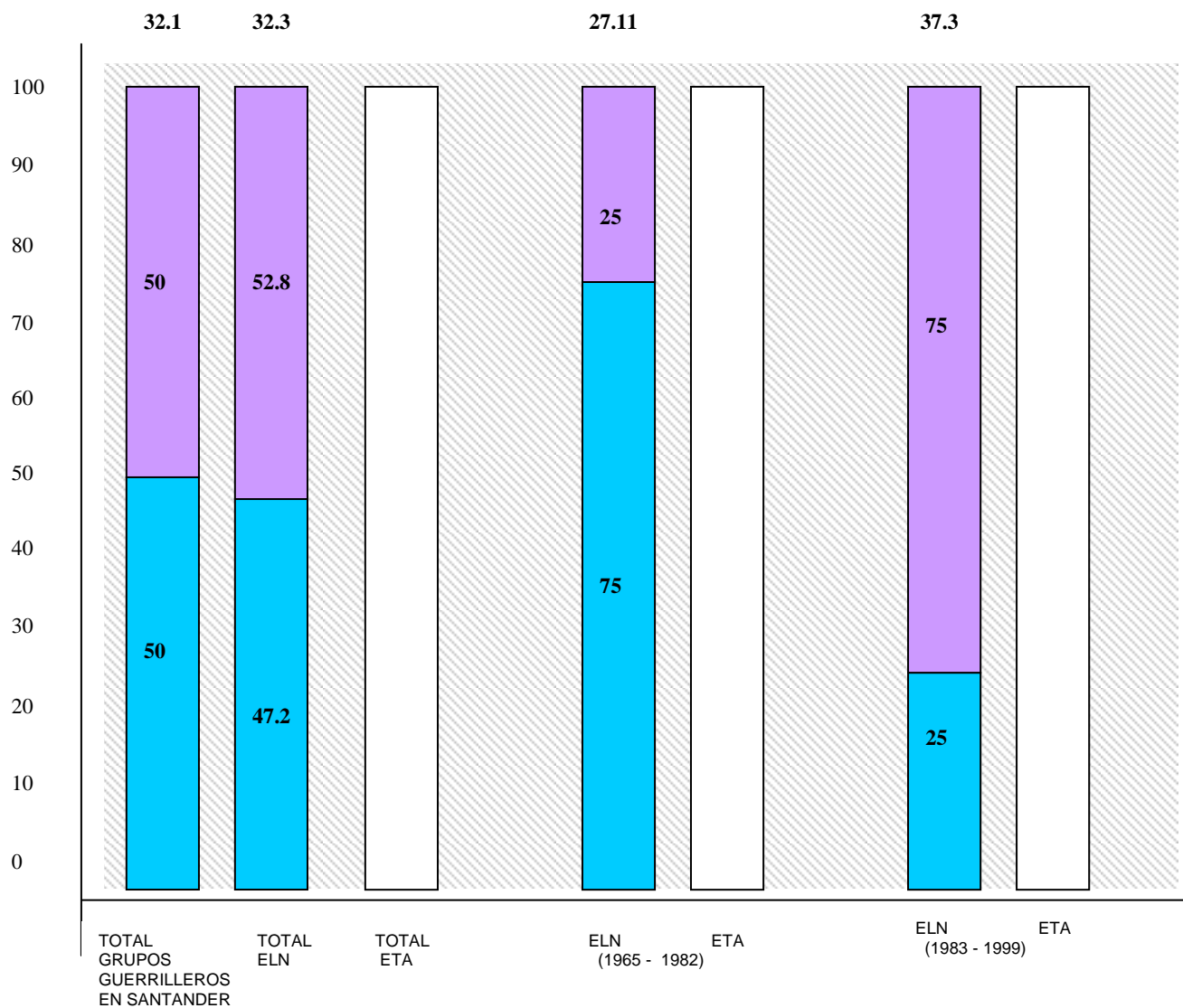
En conclusión, el fenómeno de la guerrilla o del terrorismo en Euskadi o en Colombia fue un aspecto predominantemente masculino; que nos evidenciaría, por un lado, la propensión de los varones hacia comportamientos agresivos y, por otro, la necesidad de los científicos sociales de estudiar las raíces culturales de la violencia en las dos sociedades estudiadas, sobre todo, el componente patriarcal y la impronta que deja en los valores y conductas de los individuos.

---

<sup>547</sup> Florencio Domínguez, *Dentro de ETA*, óp. cit., pp. 157-158.

## 6.3. MILITANTES SEGÚN EDAD AL SER

### DETENIDOS



Fuente: elaboración propia

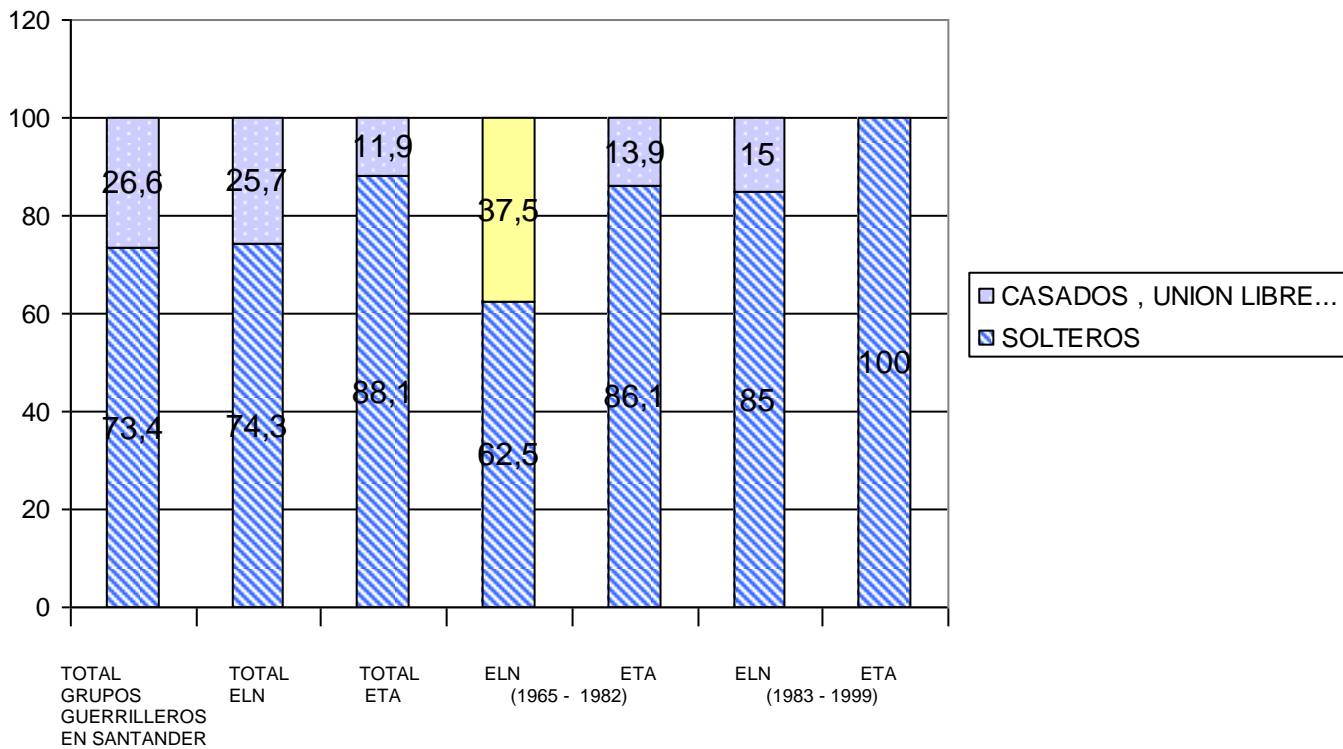


La media de edad de los militantes de grupos guerrilleros en Santander al ser detenidos fue de 32,1, que nos da una referencia de la media de edad de las personas que están dentro de estas organizaciones armadas. Para el caso del ELN, el total de la media de edad del periodo es de 32.3. Lo interesante es ver como la edad media de los militantes del ELN fue incrementando sustancialmente, de 27.1 en el periodo 1965-1982 a 37.3 en el de 1983-1999, mostrando que cada vez fue menos atractivo para los jóvenes esta opción de vida y que las personas perduran vinculadas a la organización armada más tiempo. Si en el periodo 1965-1982 el 75% de los militantes del ELN eran menores de 30 años y el restante 25% mayores de esta edad; en el periodo 1983-1999 las cifras dan un vuelco y los militantes menores de 30 años sólo suponen el 25% frente al 75% de los militantes mayores de 30 años.

Estos datos son interesantes porque la media de edad de los militantes fue alta en Santander y podría permitir demostrar que existió un mito infundado de que las guerrillas las componían esencialmente jóvenes ingenuos e inconscientes. Así este dato nos remite también a la posibilidad de que los militantes perduren mucho en estas organizaciones. Este dato de la media de edad de estas organizaciones, difiere mucho con la situación de los militantes de ETA, donde el dato de promedio de edad es ligeramente superior a 24 años. Este dato muestra otra característica, y es que a la organización etarra le ha sido muy difícil mantener intacta su organización por la constante arremetida de las fuerzas de seguridad del Estado y ha tenido que renovarse constantemente con nuevos militantes. Por último, la media de edad nos remite también a contextos donde el joven, generalmente varón, fue propenso a las prácticas que conjugan riesgo, aventura, deseo de cambio, atracción por la violencia, etc. Todo ello, articulado con el “misterio” de la clandestinidad y el deseo de pertenencia o búsqueda de identidad de grupo.

## 6.4. MILITANTES SEGÚN ESTADO CIVIL

# MILITANTES SEGUN ESTADO CIVIL



Fuente. Elaboración Propia

La soltería es lo que se impone en este tipo de organizaciones. Resulta muy complejo llevar una vida familiar o sentimental normalizada por parte de los militantes de estas organizaciones armadas dada la característica de clandestinidad de las mismas. Este elemento confluye con que la mayoría de los integrantes son jóvenes de entre veinte y cuarenta años que se encuentran, por lo tanto, en la etapa de plenitud sexual y de búsqueda y consolidación de las relaciones sentimentales o sexuales de pareja. El 73.4% de los militantes en grupos guerrilleros en Santander son solteros y el 26.6% son casados. Para el caso del ELN en Santander el 74.3% de los militantes son solteros y el 25.7% casados. En España, el 88,1% de los militantes de ETA son solteros y el 11.9% son casados. La evolución que sigue esta variable es interesante porque en el primer periodo de 1965-1982 el porcentaje de casados fue mayor que en el periodo posterior 1983-1999, pasando para el caso del ELN del 37.5% al 15% y en ETA del 13.9% a 0%. Demostrándose que cada vez la ruptura de las relaciones sentimentales o su imposibilidad por el carácter clandestino de estas organizaciones fue un hecho por la mayor presión de los organismos policiales del Estado.

La soltería que suele mantenerse mientras se es militante de estos grupos, fue una consecuencia “obvia” de la forma de vida en estas organizaciones; conscientemente se eludieron responsabilidades que podían poner en peligro el “compromiso” con la organización, en especial tener hijos. La diferencia fue notable entre Colombia y España, los casados en Colombia son el 26,6% y en España el 11,9%; lo que nos vuelve a remitir a los contextos culturales y al diferente papel de la paternidad en Colombia o en una sociedad más industrial como Euskadi.

Aunque hay que recordar, que en el caso de ETA, mientras el militante era *legal* (no fichado por los servicios de seguridad del Estado) realiza una vida normal

como cualquier joven de su edad. Puede tener o no tener pareja sin cortapisa y trabajar normalmente, sólo que detrás de esa cortina de normalidad lleva una doble vida. Tradicionalmente tener o no novia, o casarse fue un motivo para decidir salirse de la organización, y “organizarse” con la pareja. Pero si bien esto ha sido común y le ha restado militantes al ELN o ETA, también lo contrario ha sucedido habitualmente: “Muchas mujeres porque éste es un proceso esencialmente femenino se han incorporado a ETA porque su novio estaba previamente encuadrado en este grupo. Un 37.5 por ciento de las mujeres que entraron en ETA entre 1978-1992 lo hicieron siguiendo los pasos de su novio o de su marido”<sup>548</sup>.

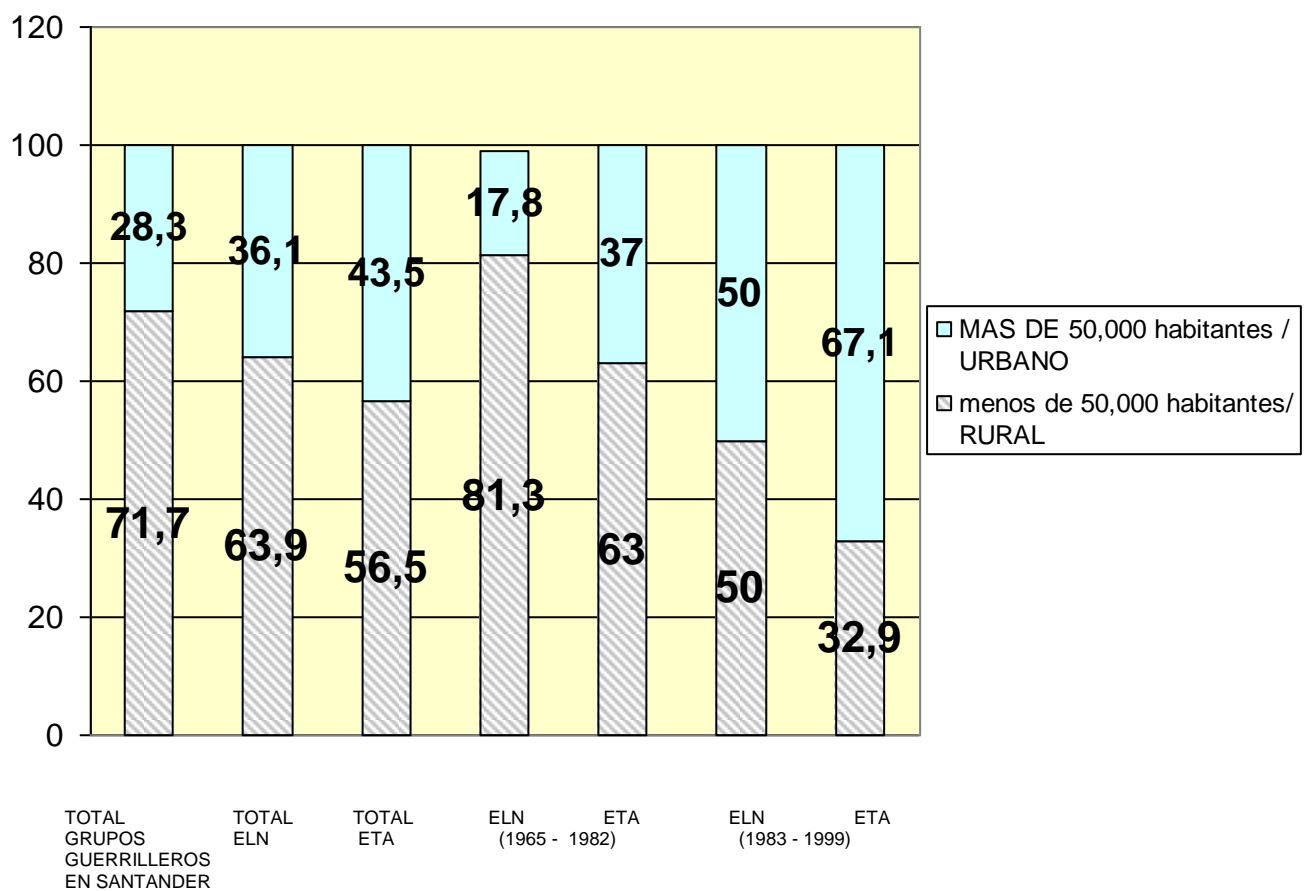
La etapa que dificultó las relaciones sentimentales en estas organizaciones, fue cuando los militantes pasaron a la clandestinidad o asumieron responsabilidades de combate porque esto supuso tener que estar ocultos la mayoría del tiempo, lo que dificultó mantener las relaciones anteriores. También resultó más difícil, conocer personas nuevas por cuestiones de seguridad y porque estos grupos son bastante cerrados y con poco contacto exterior; dificultándose mucho establecer vínculos sentimentales nuevos.

---

<sup>548</sup> Florencio Domínguez, *Dentro de ETA*, óp. cit., p.36.

## 6.5. MILITANTES SEGÚN TAMAÑO DE SU LOCALIDAD NATAL

### MILITANTES SEGUN TAMAÑO DE SU LOCALIDAD NATAL



Fuente. Elaboración Propia

En cuanto a la procedencia natal de los militantes, y haciendo una distinción entre lo urbano (que podemos definirlo como localidades con más de 50.000 habitantes) y lo rural (aquellas con menos de 50.000 habitantes), las cifras arrojan las siguientes conclusiones: para el conjunto de los grupos guerrilleros en Santander, el 28,26% de los militantes son de procedencia urbana, frente al 71,73% que tienen un origen en el mundo rural. Para el conjunto de militantes del ELN en Santander en toda su historia, tenemos que el 63.9% provienen de localidades de menos de 50.000 habitantes y el 36.1% de ciudades de más de 50.000 habitantes. En España, en un estudio basado en 1.033 detenidos como militantes de ETA, se destacan que el 56.5% proceden de ciudades medias y grandes, y el 43.5% son de procedencia rural.

En cuanto a la evolución histórica de la procedencia rural o urbana de los militantes del ELN y ETA, constatamos una tendencia a ir disminuyendo los miembros que se incorporan del ámbito rural y un aumento de la vinculación de miembros de procedencia urbana. Como queda constatado en la trayectoria del ELN, que pasa del 81.3% de procedencia rural y el 18.7% de procedencia urbana en el periodo del 1965-1982, a la paridad en la procedencia, 50% urbana y 50% rural en el periodo del 1983-1999. Evidentemente, este proceso correspondió esencialmente a la urbanización de las sociedades y al surgimiento de nuevos conflictos sociales, los cinturones de pobreza en las ciudades, el desempleo, etc. En ETA la tendencia fue muy similar, pasando en el periodo 1965-1982 de una vinculación de procedencia rural del 63% y urbana del 37%; a tener en el periodo 1983-1999, el 32.9% de procedencia rural y el 67.1% urbana.

Aunque las cifras parecen muy distantes en Euskadi y en Santander, Colombia, nos muestran una tendencia común muy importante: en el total de militantes en la historia de ETA, la procedencia está más o menos equilibrada con

43.5% urbano y 56.5% rural, sin embargo, en el ELN el 36.1% urbano y 63.9% rural. La diferencia parece notoria, pero hay que hacer una lectura más detallada desde los distintos contextos sociales: para Santander las cifras del ELN corroboran que su nicho de militancia fue esencialmente el mundo rural; pero resulta que en el ETA también su nicho de militantes estuvo en el ámbito rural, porque hay que recordar que la sociedad vasca ha sido históricamente una de las sociedades más industrializadas y urbanizadas de España e incluso recientemente de Europa, y la gran mayoría de la población residía en ciudades; por eso, ese 56.5% de militantes de origen rural es tan representativo en una sociedad tan urbanizada. Demostrando ello, que el nicho de militantes de ETA también estaría esencialmente en las pequeñas poblaciones y sobre todo en Guipúzcoa, la provincia más rural y con mayor población dispersa (caseríos o ranchos) del País Vasco. Fernando Reinares refiriéndose a este tema, afirma que:

“Durante los años setenta, el mayor número de jóvenes reclutados por la organización terrorista procedía muy probablemente de entornos rurales o intermedios correspondientes a los valles del interior no sólo guipuzcoanos sino también vizcaínos, sinuosas áreas montañosas donde la persistencia de los elementos primordiales de la cultura vasca autóctona se combinaba con los corolarios de un acelerado proceso de industrialización desarrollado desde la década de los cincuenta y especialmente durante los sesenta. De hecho, los datos recogidos revelan que siete de cada diez militantes incorporados a ETA durante el primer periodo, entre el inicio de los setenta y los primeros años del posfranquismo, así como más de la mitad de los que ingresaron durante los años de la transición democrática y hasta iniciados los ochenta, habían nacido

en localidades pequeñas y medianas principalmente ubicadas en ese espacio geográfico”<sup>549</sup>.

Asimismo, en los dos contextos las cifras de militantes de origen urbano van creciendo en los periodos más recientes; pero se corrobora la idea de que la procedencia de los militantes de estos grupos armados ha sido esencialmente rural. Este factor que para Colombia no es novedoso, para España es muy importante porque rebate la idea de que ETA fue simplemente una guerrilla urbana o un grupo terrorista urbano; si bien sus acciones son urbanas, su nicho de militancia y sus zonas de repliegue o retaguardia estuvieron habitualmente en el ámbito rural, porque en estos espacios “cerrados” todos los pobladores se conocen y se pueden establecer unas relaciones primarias o prepolíticas que aseguran la pervivencia de la cédula o grupo armado.

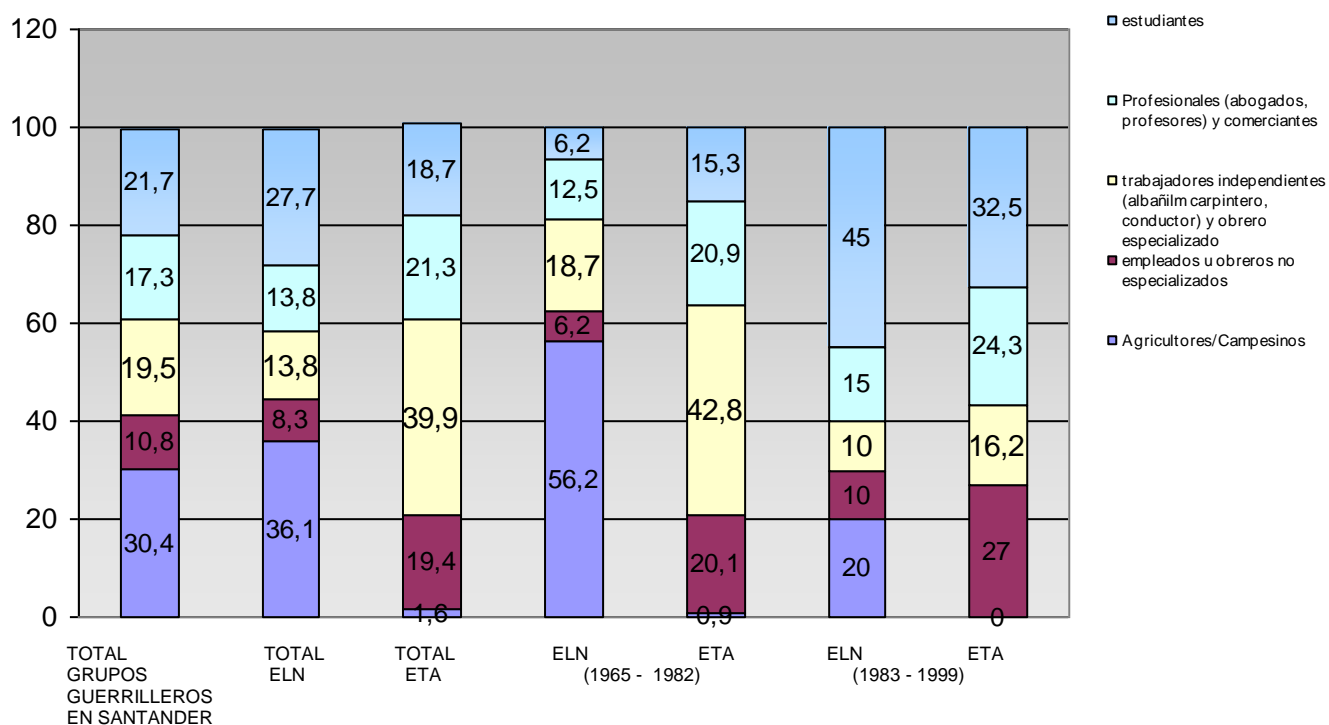
---

<sup>549</sup> Fernando Reinares, *Patriotas de la muerte*, óp. cit., p. 41.



## 6.6. MILITANTES SEGÚN OCUPACIÓN

### MILITANTES SEGUN SU OCUPACION ANTES O DURANTE SU MILITANCIA



Fuente. Elaboración Propia

En cuanto a la ocupación antes o durante de la militancia en estos grupos tenemos que en el total de grupos guerrilleros en Santander, el 30.4% son agricultores/campesinos, el porcentaje disminuye en periodos más recientes con respecto a las cifras de los primeros momentos; el 10.8% son empleados u obreros no especializados, el porcentaje va aumentando en periodos cercanos; el 19.5% son trabajadores independientes (albañil, carpintero, zapatero, conductor, etc.) y obreros especializados; otro 17.3% son profesionales (abogados, docentes, etc.) y comerciantes; y el 21.7% son estudiantes.

En el total de militantes del ELN en toda su historia en Santander, tenemos que el 36.1% han sido agricultores/campesinos; el 8.3% empleados u obreros no especializados; el 13.8% trabajadores independientes y obreros especializados; el 13.8% profesionales y comerciantes y el 27.7% estudiantes. Destacándose que los nichos históricos de militantes del ELN han sido, como muestran los datos, los campesinos y los estudiantes, sumando ambos el 63.8% del total de la militancia. Este dato es muy destacado porque vincula la militancia a dos factores importantes de la historia de la organización: la juventud y los movimientos estudiantiles por un lado, y por otro lado la cuestión agraria del país y los movimientos campesinos.

En España, el porcentaje de estudiantes es muy cercano a Colombia, el 17.8%; pero la gran diferencia son los agricultores/campesinos, ya que sólo suponen el 1.6% de la militancia total de ETA en su historia; cifra muy diciente porque en el País Vasco el porcentaje de la población dedicada al cultivo de la tierra es escasa por ser una de las regiones más industrializadas. El espacio que en Santander (Colombia) ocuparon los campesinos, en el País Vasco lo ejercieron los trabajadores independientes y obreros especializados que son el 39,9%. Mientras los agricultores, profesionales y estudiantes están porcentualmente bastante equilibrados. Los datos

no contradicen las conclusiones del origen rural de la militancia, sólo confirman también el alto grado de industrialización de las pequeñas poblaciones del País Vasco.

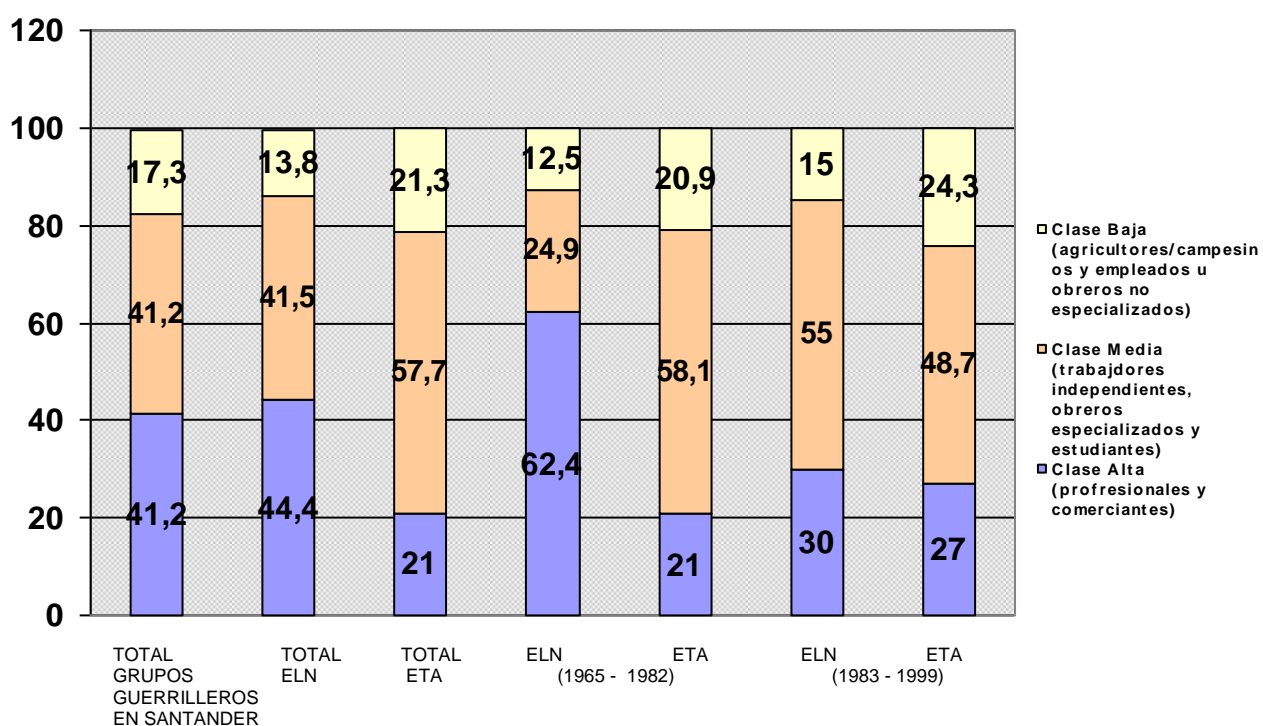
En cuanto a la evolución histórica de esta variable de ocupación de la militancia, constatamos dos tendencias importantes para ambos grupos armados: la primera es el aumento progresivo y destacado de estudiantes en estas organizaciones; así en el periodo 1965-1982 el ELN tenía el 6.2% de su militancia y en el periodo 1983-1999 la cifra es del 45%; para ETA se pasa del 15.2% en el primer periodo al 32.5% en el segundo. En segundo lugar, el descenso también destacado de los militantes vinculados a trabajadores independientes y obreros especializados; pasando en el caso del ELN del 18.7% en el periodo 1965-1983 al 10% en el periodo 1983-1999; y en ETA se pasa del 42.8% en el primer periodo al 16.2% en el segundo, con un descenso destacado. Mención aparte requiere el descenso paulatino y destacado de los agricultores/campesinos en el ELN, que pasa de suponer el 56.2% en el periodo 1965-1982 a tan sólo el 20% en el periodo 1983-1999. En la evolución del ELN asistiríamos a la sustitución de la primacía como militantes de los campesinos 56.2% en el periodo 1965-1982, a la preeminencia de los estudiantes en el periodo 1983-1999 con el 45% de la militancia. Estas cifras evidencian los cambios sustanciales de la sociedad colombiana en las últimas décadas del siglo XX, hacia una sociedad prominentemente urbanizada. En el caso español, los militantes agricultores desaparecen de ETA en el periodo 1983-1999.

El resto de los índices aumentan con el paso del tiempo en las dos organizaciones armadas: los empleados u obreros no especializados que en el ELN en el periodo 1965-1982 suponían el 6.2% pasan en el periodo 1983-1999 al 10%; y en ETA este grupo de militancia pasa del 20.1% en el primer periodo al 27% en el

segundo. Los profesionales y comerciantes, en el ELN pasan del 12.5% en el primer periodo al 15% en el segundo, con un incremento reducido; y en ETA pasan del 20.9% en el primer periodo al 24.3% en el segundo, manteniéndose también esa pequeña tendencia a ir creciendo.

## 6.7. CLASE SOCIAL DE LOS MILITANTES

### CLASE SOCIAL DE LOS MILITANTES SEGUN SU OCUPACION



Fuente. Elaboración Propia

En función del oficio que desempeñan podemos establecer la posible clase social donde están ubicados los militantes de estas organizaciones armadas. Hay que volver a recordar que el carácter de clandestinidad dificulta obtener datos de los militantes, por lo que toca en muchas ocasiones realizar acercamientos indirectos para conocer los perfiles sociológicos. Es imposible conocer las declaraciones de renta o ingresos de los militantes (sobre todo en Colombia), pero en función de su profesión se puede inferir que tipo de entradas económicas y que estatus ocupan en la sociedad. Desde estos presupuestos, hemos relacionando la Clase Baja (en Colombia, estratos 1 y 2) con los grupos de agricultores/campesinos y empleados u obreros no especializados; la Clase Media (en Colombia, estratos 3 y 4) con los trabajadores independientes, obreros especializados y estudiantes; y la Clase Media-Alta (en Colombia, estratos 5 y 6) con los profesionales y comerciantes. Los datos nos arrojan los siguientes resultados:

El 41,2% de los militantes totales de los grupos guerrilleros en Santander (Colombia) pertenecieron a la clase baja, otro 41.2% a la clase media y el 17.3% a la clase media-alta. Para el caso del ELN en su total histórico, el 44.4% han sido militantes de la clase baja; el 41.5% de la clase media y el 13.8% de la clase media-alta. Como podemos comprobar no hay diferencias sustanciales y mostrarían como los nichos de militancia de los grupos guerrilleros en Santander han estado equilibrados entre la clase baja y la media.

En el País Vasco, los militantes de ETA históricamente han sido mayoritariamente de la clase media con un 57.7%, mientras que la clase baja y media-alta han estado en porcentajes similares, 21% y 21.3% respectivamente. Lo cual se debe a la propia estructura de la sociedad vasca con unos niveles de renta per capita más altos de España e incluso de Europa.

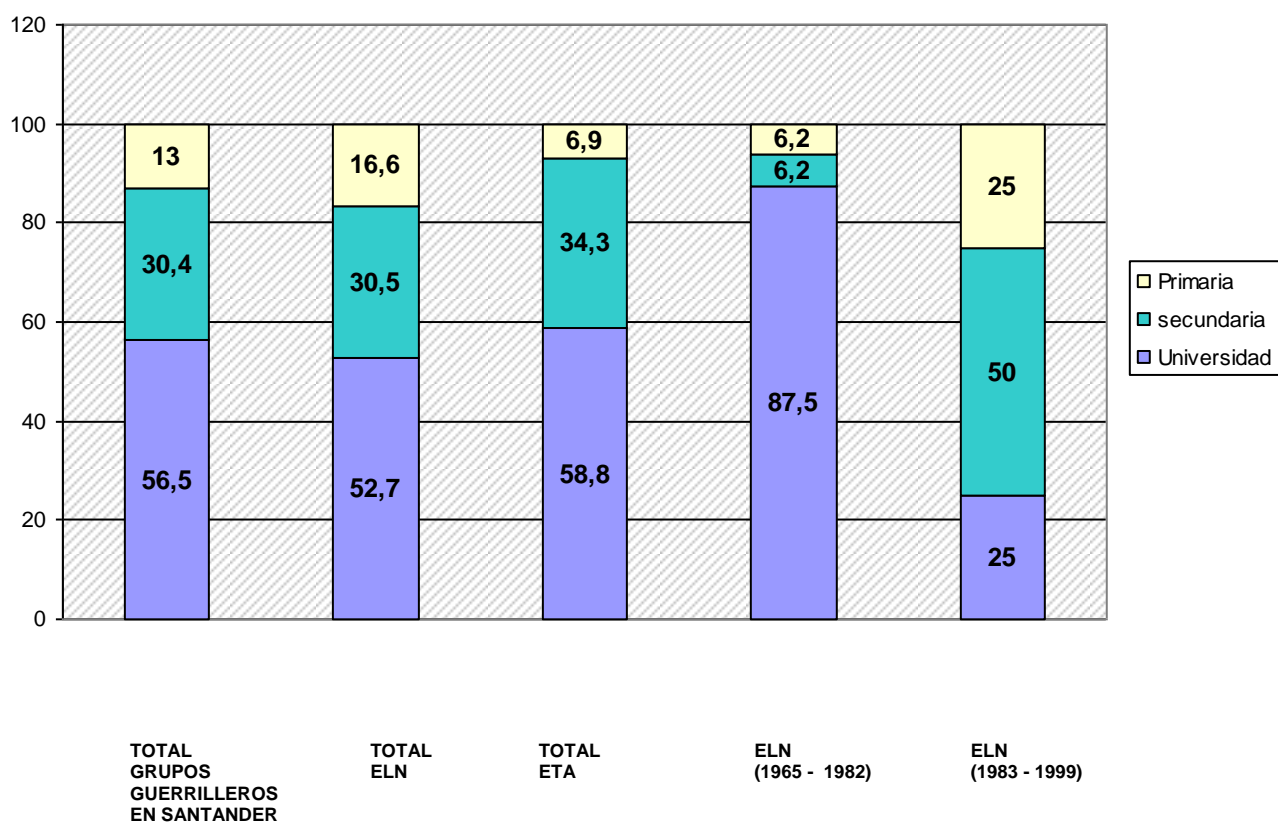
En cuanto a la evolución histórica podemos destacar que para el caso del ELN ha existido una tendencia a la disminución sustancial de los militantes de la clase baja, del 62.4% en el periodo 1965-1982 al 30% en el periodo 1983-1999; un incremento proporcional en la clase media, pasando del 24.9% en el primer periodo al 55% en el segundo; mientras que la clase media-alta se mantuvo en porcentajes muy cercanos y pasó del 12.5% al 15%. Comprobamos una sustitución como clase predominante de la clase baja en el primer periodo a la clase media en el segundo. Dato destacable y que se relacionaría también con los cambios en la sociedad y con las crisis económicas y sociales que han afectado a la clase media colombiana en los últimos años.

La evolución histórica de ETA ha sido mucho más estable que en el caso del ELN, manteniéndose porcentajes muy similares durante ambos periodos para los tres grupos. En los dos periodos la clase media ha sido preeminente, en el periodo 1965-1982 con un 58.1% y en el periodo 1983-1999 con un 48.7%. En segundo lugar, se sitúa la clase baja que pasa del 30% en el primer periodo al 27% en el segundo; y por último, la clase media-alta que pasa del 15% al 24.3%.

Estos datos sobre la clase social de los militantes, acercan el análisis de la violencia política a las causas estructurales del fenómeno: desequilibrios sociales, pobreza, el problema de la tierra, los descontentos sociales, etc. Estas cifras aunque reflejan los distintos contextos, también evidencian que los nichos de militantes suelen estar ligados a problemas estructurales y culturales de la población.

## 6.8. MILITANTES SEGÚN EL NIVEL DE FORMACIÓN

MILITANTES SEGUN EL NIVEL DE FORMACION



Fuente. Elaboración Propia



En muchos casos estos nichos de militancia nos remiten a sectores marginales rurales o urbanos de las dos sociedades, y estos sectores entre los muchos problemas que tienen, se encuentra la dificultad para la formación. Este hecho se va a destacar en esta parte de la investigación y es uno de los datos más contundentes encontrados hasta el momento:

El 56.5% de la militancia total de los grupos guerrilleros en Santander (Colombia) sólo tiene como nivel de formación la Primaria; el nivel de Secundaria corresponde al 30.4%; y al nivel Superior de estudios universitarios sólo el 13%. Hay que destacar también que para Santander, el 15,9% de la militancia histórica guerrillera son Analfabetos. Para el caso del ELN, los porcentajes son muy similares: el 52.7% tienen primaria, el 30.5% secundaria y el 16.6% estudios universitarios. Estos datos son interesantes cuando se los compara con los militantes de ETA porque el nivel de formación de los militantes es muy similar al caso colombiano; pero la gran diferencia es que en el País Vasco los niveles de educación de la población son mucho más altos por la facilidad de acceso a la educación que se da en esa región. En ETA, el 58.8% de los militantes sólo tienen primaria, el 34.3% secundaria, y el 6.9% estudios universitarios.

En cuanto a la evolución histórica de los niveles de formación de los militantes del ELN, constatamos como el nivel de formación de la militancia se incrementa sustancialmente. Se pasa del 87.5% de la militancia del periodo 1965-1982 que tenía nivel de formación de primaria, al 25% de este mismo nivel en el periodo 1983-1999. Existe un cambio sustancial por lo tanto en los porcentajes de nivel de formación en secundaria y universidad. El primero pasa del 6.2% en el primer periodo al 50% en el segundo periodo; y los estudios universitarios pasan del 6.2% en el primer periodo al 25% en el segundo.

Estos datos demuestran la estrecha relación que se puede establecer entre el nivel de formación y la pertenencia a grupos armados; aun que los niveles de formación se van incrementando en periodos más recientes. Aunque el porcentaje de universitarios en estas organizaciones ha sido siempre minoritario, su importancia reside en que históricamente se han convertido en los cuadros dirigentes; algo que sucedió desde el mismo momento del surgimiento de estas organizaciones. Los orígenes de la mayoría de organizaciones de la izquierda revolucionaria en los años sesenta tuvieron su germen a partir de movimientos estudiantiles de esos mismos años. De ellos surgieron la mayor parte de los primeros cuadros dirigentes, la base ideológica y muchos de los comportamientos sociales que marcarán el futuro de la organización armada; aunque todo esto no se reconoció por el miedo a ser calificado el origen del grupo armado como “pequeño-burgués”. El movimiento estudiantil que se extendió por la mayoría de los países se caracterizó por su extremo radicalismo, por su voluntad claramente política, por su vocación universal y de cambio total de la sociedad, así como por la superación de los valores caducos de la izquierda tradicional.

El comienzo de esta rebelión estudiantil la podemos situar en los cambios cuantitativos y cualitativos que sufren las universidades en la década de los años sesenta. Las universidades fueron el reflejo de los cambios acontecidos en la sociedad después de un período de crecimiento económico en la mayoría de los países, comenzaron a masificarse y dejaron de cumplir su papel de reproductoras de los privilegios de las clases altas para servir a los hijos de las clases media y media-baja como trampolín de ascenso social. Estos cambios se enfrentaron a una estructura académica inalterable y rígida que controló los resortes de poder de la universidad y limitó las posibilidades de libertad de los

alumnos, así como sirvió de control ideológico y político de los futuros dirigentes del país.

Las universidades de muchos países se convirtieron en “laboratorios de experimentación de libertades”, que fuera de este ámbito eran muy difíciles de desarrollar. Se reflexionó sobre las libertades, la democracia, se leyeron libros prohibidos, se discutieron presupuestos morales, religiosos, etc. Se adoptaron posturas “liberadas” ante la vida como la liberación sexual, la igualdad de la mujer, el rechazo del matrimonio, etc. Se reivindicó una mayor representación democrática de los estudiantes en los órganos de dirección de las universidades, se abogó por la libertad de expresión y de cátedra, la libertad de asociación, etc. Existieron movilizaciones contra las intervenciones exteriores de EE.UU., en apoyo de las reivindicaciones obreras, etc. Pero todos estos cuestionamientos de las normas obtuvieron en general, la rápida respuesta de la represión académica (expedientes, expulsiones, destierros, etc.) o policial (arrestos, destierros, confinamientos, etc.).

El ámbito universitario entró en una dinámica de movilización-represión, los estudiantes reivindicaban cada vez mayores cuotas de libertad y las autoridades intentaron controlar la situación con medidas represivas, aumentando la violencia en esa elipse de movilización-represión. Se pasó rápidamente del paro de facultad y del encierro, a las barricadas en el campus o en la calle y, en muchos casos, a la toma policial del campus. Esta experiencia proporcionó cierta capacidad de organización al movimiento estudiantil, que después evolucionó a la creación de pequeñas vanguardias organizadas y diferenciadas. Aquí se encontró la cantera de futuros dirigentes revolucionarios, de “revolucionarios profesionales” o de “comandantes en la guerrilla”; también del surgimiento de

cantidad de grupos o grupúsculos radicales y revolucionarios. El proceso de radicalización fue bastante sencillo: un sector de los estudiantes cogió conciencia democrática, rápidamente radicalizó sus posturas, se organizaron clandestinamente y empezaron a reflexionar sobre el cambio global de la sociedad más allá de las reivindicaciones estudiantiles y se plantearon el problema de la “revolución”. Estos pequeños grupos estuvieron dirigidos por uno o dos dirigentes que tenían una cierta superioridad teórica sobre cómo realizar la revolución, les siguieron otros compañeros con quienes les unían ciertos lazos de amistad política; y posteriormente, estos grupúsculos crecieron y crearon agrupaciones mayores.

En los años sesenta existe una explosión de nuevos partidos, organizaciones y grupos de izquierda revolucionaria; muchos de ellos no superan la esfera local pero otros alcanzaron relevancia nacional. Todos se caracterizaron por su rechazo de los partidos comunistas ortodoxos, por lo que necesitaron abrazar ideologías importadas de otras latitudes para demostrar que eran capaces de romper con la tradición comunista anterior. Se absorbieron sin discusión doctrinas exóticas que se intentan aplicar a través de un claro mimetismo (trotskistas, maoístas, marxistas-leninistas, tercermundistas, etc.) y estos nuevos dogmas tuvieron una importante funcionalidad porque fueron:

“Una doctrina bastante cerrada, completa, jerarquizada, formalista, en la que todas o casi todas las preguntas tienen respuesta (y si no tienen, no se hacen), por lo que son útiles para dar seguridad y fe en la ineluctabilidad de la historia. Y, al mismo tiempo, ofrecen una esperanza casi romántica en la misión salvadora, prometeica, del voluntarismo revolucionario aplicado con tenacidad a prueba de largos plazos históricos, capaces incluso de superar el fracaso del socialismo real. Y todo ello, expresado

con cierto hálito poético, inencontrable en los clásicos soviéticos. Esa mezcla de seguridad en la fe propia de los creyentes perseguidos, y de espíritu aventurero capaz de oponerse a los obstáculos más descorazonadores, puede ser buen alimento para guerreros y místicos, y algo de eso habrá en muchos de esos grupos, pero también son combustible del fanatismo, del dogmatismo, el sectarismo, enfermedades siempre incubadas en este tipo de organizaciones<sup>550</sup>.

Una vez que estas vanguardias de jóvenes estudiantes llegaron a la conclusión de la necesidad de realizar la revolución, constataron que ellos solos no podían, por lo tanto necesitaban convencer a las clases oprimidas para llevar a cabo esa ingente tarea. Empezaron la labor de concienciar a estas clases de la necesidad de destruir el sistema de poder de la sociedad capitalista y tomar el poder para construir una nueva sociedad más igualitaria y justa.

Lo explicado anteriormente, sirve para comprender el papel determinante de los estudiantes en el surgimiento del ELN. Así la Universidad Industrial de Santander –UIS-, principal universidad de Bucaramanga, vivió a finales de 1962 y comienzo de 1963 un proceso de rebeldía estudiantil que desbordó su impacto local y se convirtió en el abanderado nacional por la reforma de los estudios superiores en el país. La situación se agravó con la toma por parte del ejército el 16 de junio del campus universitario y la protesta masiva de la ciudadanía de Bucaramanga. Toda esta situación ayudó a la creación de organizaciones estudiantiles, la más destacada fue la Asociación Universitaria de Santander (AUDESA) dirigida por un histórico fundador del ELN, Jaime Arenas. AUDESA se convirtió en una de las fuentes principales para obtener cuadros con buena preparación política para el naciente

---

<sup>550</sup> Ernesto Portuondo, óp. cit., p. 112.

ELN. La fuerza de esta organización estudiantil se plasmó en que controló y dirigió desde su creación en octubre de 1963 la Federación Universitaria Nacional (FUN), la organización estudiantil de carácter nacional más importante en Colombia en estos años. El presidente del Comité Ejecutivo Nacional de la FUN fue otro histórico fundador del ELN, Julio César Cortés. El impacto del movimiento estudiantil en el surgimiento del ELN no es desdeñable como nos recuerda Jaime Arenas:

“De ahí que no sea exagerado concluir que el movimiento estudiantil le dio un gran impulso al naciente Ejército de Liberación Nacional, no solamente por cuanto lo proveyó de un número importante de cuadros, sino también porque preparó un ambiente favorable dentro de los estudiantes de todo el país hacia la lucha guerrillera. Y en especial un clima de gran simpatía en Santander, factor de vital importancia por ser este el sitio escogido como escenario para las primeras acciones armadas.”<sup>551</sup>.

Tenemos que recordar también la organización armada ETA surge de la formación del grupo EKIN, compuesto por estudiantes de la Universidad de Bilbao a principios de los años cincuenta. La denominación del germen de ETA es significativa de su carácter revolucionario, ya que se traduce del euskera como “hacer”, y fue la respuesta de los jóvenes al inmovilismo frente al régimen dictatorial de Franco del nacionalismo vasco tradicional representado por el Partido Nacionalista Vasco (PNV). La universidad fue una cantera de cuadros políticos de ETA a lo largo de la década de los sesenta llegando a ser el 44% de los asistentes en las primeras asambleas de la organización<sup>552</sup>; hecho que cambió en las décadas siguientes con una pérdida sucesiva de los miembros de las universidades en la

---

<sup>551</sup> Jaime Arenas, óp. cit., p.38.

<sup>552</sup> Datos tomados de Florencio Domínguez, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones. 1978-1992*, óp. cit., p. 48.

organización armada, hasta que entre 1978 y 1992, sólo representaban el 9,43%. Los estudiantes fueron desplazados de la base de ETA por otros colectivos, aunque permanecieron en puestos de responsabilidad, y la organización fracasó reiteradamente en su intento por vincular a su lucha y organización a las esferas universitarias del País Vasco. En conclusión y como nos recuerda Ernesto Portuondo:

“ Por unos y otros caminos, los grupos y organizaciones de vanguardia radical que habían surgido de la peculiar y rica experiencia del movimiento estudiantil de los sesenta, de su radicalizado democratismo, de su antiautoritarismo, de su “contestación global” al sistema, de su revolucionarismo voluntarista y de su internacionalismo tercermundista, de su mitificado obrerismo y/o su populismo mesiánico, fueron consolidándose al mismo tiempo que negaban sus orígenes, para adaptarse más presentablemente a su autoproclamado papel de guías-salvadores de las masas obreras y populares. Recubrieron, sin olvidarlas del todo, sus genuinas señas de identidad con una doctrina formalizada y sacralizada, que les investía como Partido de Vanguardia del Proletario y marcharon fuertes en su fe, al encuentro de sus prosélitos”<sup>553</sup>.

Tanto en el surgimiento del ELN como ETA la incorporación de cuadros provenientes del ambiente universitario supuso un “cambio generacional” en las tradiciones de lucha, proceso que se acompañó de una radicalización de las posturas y estrategias y un recurso habitual a la vía armada. Siempre que en una organización armada se produce un cambio generacional existe la necesidad de autoafirmación de ese nuevo grupo, de ganarse la credibilidad dentro de la organización, del movimiento o de la sociedad y demostrar el carisma para la lucha; todo ello lleva a

---

<sup>553</sup> Ernesto Portuondo, óp. cit., p. 118.

una importante radicalización y renovación tanto del mensaje como de los medios. Este fue el impulso que dieron los estudiantes al ELN y ETA en su surgimiento y consolidación en la década de los años sesenta del siglo XX.



# **CONCLUSIONES**

# **INCONCLUSAS**

Esta tesis doctoral indagó con una perspectiva comparada sobre las causas históricas o raíces del fenómeno de la violencia política armada, a partir del estudio de dos organizaciones, el ELN colombiano y ETA. Este estudio se convirtió en el “horizonte” investigativo del autor y en una cartografía teórica donde orientarse para la comprensión de la violencia ejercida por el ser humano. Se partió de la premisa de que todo intento de reconstruir el pasado supone un ejercicio de simplificación de la realidad histórica, pero al mismo tiempo como investigadores sociales debemos transmitir, a pesar de ese presupuesto, la complejidad de los fenómenos estudiados, por ello esta tesis profundizó en diversos ámbitos del fenómeno, como los contextos sociopolíticos nacionales e internacionales, las representaciones e imaginarios de los militantes de las organizaciones armadas, sus contextos cultural y de socialización, etc. Se buscó tener un amplio abanico de “entradas” al análisis del fenómeno de violencia política armada, para transmitir al lector la amplia complejidad del tema. Pero esta complejidad no puede ser tal que imposibilite la comprensión de la realidad de la violencia política armada y por tanto dificulte transformar la sociedad y buscar caminos más pacíficos de construcción política. Por tanto, esta comprensión de la realidad histórica se encuentra envuelta en la tensión simplificación-complejidad, encrucijada que puede ser resuelta por la teoría; entendida esta última como arte que pretende hablar de lo general a partir del análisis de lo local, aquella que permite responder preguntas universales con el estudio de casos particulares. La teoría permite engarzar los hechos históricos, como las perlas de un collar necesitan ser traspasadas por un hilo, lo que ayuda a buscar procesos de interrelación entre esos hechos sencillos. Estos procesos a su vez permiten identificar los problemas a estudiar y son la puerta de acceso a la comprensión de fenómenos más complejos.

Todo este juego de tensiones en el quehacer histórico se resolvió intentando

conjugar el estudio de lo estructural y de lo subjetivo, y que metodológicamente también se convirtió en una disputa entre las historiografías nacionales y la historia comparada. En el tema de la violencia política armada, podemos ver como hay una historiografía nacional que pone su acento en las singularidades o idiosincrasias de los países y en esos factores estructurales que “demuestran” que los actores armados surgen como reflejo de estas condiciones objetivas. Esta visión ha sido hegemónica en los estudios de este fenómeno y en muchos casos se ha convertido en un “lugar común” incuestionable. Frente a esta posición, nosotros reconstruimos la dinámica relacional entre lo estructural y lo subjetivo en la determinación de las prácticas sociales, con el objetivo de obtener un “mezcla” de ambas. Los historiadores, como los panaderos desde el origen de la civilización, amasamos elementos para obtener una unidad; como recuerda Michel Serres:

“La transformación del panadero repite la operación más sencilla que se llama, en geometría, automorfismo: repliega sobre sí mismo un cuadrado, previamente estirado, una vez en el sentido de la altura y la siguiente en el de la anchura, manipulación que el panadero repite, sin misterio alguno, y que permite relatar, de nuevo, desde un punto cualquiera del cuadrado, la misma historia que la de la mosca o del elemento de la corriente. A pesar de la simplicidad del repliegue -¡un pliegue para las dos palabras!-, todos los puntos en cuestión, todos los granos de harina, de sal y de agua mezclados, se ponen a errar de forma caótica e imprevisible, por toda la extensión de este pequeño cuadrado de espacio o de masa. Ahora están bloqueados en pequeñas proximidades, por mucho tiempo, ahora se ven lanzados, de repente, de un extremo a otro del volumen viscoso: ocupan lo local, invaden lo global, ahora están en otros lugares inesperados, que tejen a su vez, ahora se han marchado a otra parte. ¡Qué magnífica representación animada de historia, de geografía, de meteorología! (...) ¡Noticia maravillosa y asombrosa! La mezcla, el amasado, ejercido por el panadero crea materia sencilla global con

materia compleja local, y a la inversa; unidad, en bola, con diversidad, en granos; regularidad, con irregularidad; un orden bastante liso con movimientos desordenados, generalidad con caos, hechos previsibles con inesperados, lo universal con singularidades”<sup>554</sup>.

## **PRIMER INGREDIENTE DE LA MEZCLA: LOS FACTORES**

### **POLÍTICOS INTERNOS**

En esta tesis se analiza el conflicto armado colombiano a la luz del “especial” proceso de configuración de la sociedad, la construcción del moderno Estado-nación liberal y la institucionalización de unos tipos de relaciones y vínculos sociales en Colombia. Con ello se busca enmarcar el estudio del surgimiento y consolidación del ELN en la historia política del país y las formas de construcción de la sociedad y de configuración del Estado. Configuración de la sociedad e institucionalización de la misma, marcada por las formas de ocupación del espacio, ese fenómeno de la colonización agraria que ha determinado las formas específicas de cohesión social y de articulación con el Estado; dado que las zonas de colonización han sido tradicionalmente zonas de conflicto. La tesis que se defiende es que la violencia ligada al proceso de colonización del país muestra que es mediante este proceso violento como se fue integrando territorialmente Colombia; así como que con el uso de la fuerza, estas poblaciones por fuera de la normatividad e institucionalización tuvieron acceso a la ciudadanía. Este especial proceso de inclusión y exclusión violento marcó las relaciones sociales y la configuración de los actores violentos. Esta construcción histórica tuvo unos factores culturales determinantes que sellaron una comunidad social marcada por la violencia.

---

<sup>554</sup> Michel Serres, *Atlas*, Cátedra, Madrid, 1995, pp. 99-100.

De estas reflexiones se desprende también el debate sobre el papel del Estado en la historia colombiana y el “colapso parcial” de éste por el desigual control del Estado dependiendo de las zonas del país, algunas con una alta presencia de las instituciones y otras con un débil control por parte del Estado. Esto se manifestó en la poca presencia de las instituciones estatales en amplios territorios y la falta de legitimidad del Estado, la necesidad de éste de recurrir a fenómenos como el terrorismo de Estado, etc. Esta debilidad del Estado necesariamente se plasmó en un “vacío de poder” en algunas zonas del país, el intento por parte del Estado de “ocupar” estas zonas y la resistencia que distintos poderes y actores locales pusieron a esa ocupación, es lo que determinó la persistencia de la violencia en algunas zonas de Colombia, en especial aquellas de más reciente colonización agraria donde el Estado no hace presencia y el intento por “ocupar” estas zonas tropieza con la resistencia de actores que han “institucionalizado” e impuesto un “orden” anterior, esto es muy marcado en las zonas de colonización con producción de cultivos ilegales (marihuana, cocaína, etc.). Constatando con ello, como en el caso español, que la configuración del Estado implica la disputa, negociación y articulación constante con poderes regionales y locales.

Por lo tanto, la violencia no es consecuencia directa de la falta de presencia del Estado en algunas zonas de país, sino que esta violencia armada evidencia la específica forma de articulación, regulación y control social de algunos territorios. Estos planteamientos enlazan la “precariedad del Estado” con la restricción del sistema político colombiano, por ejemplo durante el Frente Nacional, período de surgimiento de varios grupos guerrilleros (ELN, FARC, EPL, M-19, entre otros). Esta precariedad del Estado se intensificó también por esta estrechez del régimen, pero no porque significó el “disfraz de una dictadura” sino porque dejó por fuera

sectores importantes de la población, lo que hizo que el régimen político perdiera legitimidad y por otro lado, aportó argumentos a los opositores para defender la vía armada de oposición. Esta precariedad, entendida entre otros aspectos como falta de legitimidad permitió que aflorase una variedad de grupos armados ligados a sectores radicalizados que quedaron por fuera del pacto bipartidista. Las opciones de fuerza fueron ganando terreno sobre la política y la violencia se convirtió en una forma de funcionamiento de la sociedad colombiana.

El bloqueo del sistema político a partidos distintos al bipartidismo tradicional, frustró las posibilidades del surgimiento de opciones de izquierda democrática y facilitó las condiciones para convertirla en conspirativa; el ejemplo de la Revolución cubana completó el cuadro. El cierre del sistema político colombiano fue uno de los argumentos utilizados por la guerrilla para justificar el recurso a la lucha armada como “única” vía para terminar con una “dictadura disfrazada de democracia”. El debate sobre el papel de los factores políticos sigue abierto y con posiciones encontradas entre los que matizan el cerramiento del sistema político colombiano y quienes defienden que este bloqueo institucional fue determinante para el surgimiento y consolidación de los grupos guerrilleros en Colombia. En nuestro caso, hoy estamos en disposición de defender la tesis de que si bien el conflicto no surge como expresión directa del bloqueo del sistema político, este cerramiento crea las condiciones necesarias para que un sector de la población perciba esto como la imposibilidad de canalizar las demandas políticas y sociales, y alimenta el discurso de que el “único camino posible” son las armas. La profunda crisis de legitimidad del Estado colombiano en algunas regiones y ante diversos grupos sociales, unida a la inexistencia de un marco común de identidad colectiva ligada al propio Estado, configuró una situación permanente de conflicto que escasamente mediatizado por

las instituciones del propio Estado, estalló en una crisis generalizada de violencia y de desinstitucionalización de las relaciones sociales. La falta de regulaciones institucionales creó el espacio de la resolución violenta de los conflictos; la guerra y el recurso a la fuerza se convirtieron en la forma de articulación social. La combinación de bloqueo del sistema político colombiano, la autoexclusión permanente de la izquierda y su recurso recurrente al uso de las armas, son el contexto permanente en la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

## **SEGUNDO INGREDIENTE DE LA MEZCLA: LOS FACTORES EXTERNOS O “LA CHISPA QUE ENCIENDE LA PRADERA”**

En esta tesis sostenemos que la coyuntura internacional tuvo una enorme incidencia en la emergencia de diversos grupos armados en la segunda mitad del siglo XX, tanto en América Latina como en Europa. La situación internacional, en la cual surgen las organizaciones armadas durante la década de los años sesenta y comienzos de los setenta, explica en gran medida, la emergencia de gran cantidad de “focos revolucionarios” en casi todo el mundo y el ambiente de simpatía con el que se encuentran. El análisis de los contextos internacionales donde surgen estos grupos armados arroja luz sobre “los contextos necesarios o que favorecen” un eventual éxito de las experiencias revolucionarias. El contexto internacional y los factores externos sirvieron de instrumentos para activar o desactivar el potencial revolucionario en un país.

Del estudio de caso del ELN y ETA se identificó un proceso seguido por estas organizaciones en su surgimiento, con seis momentos destacados: 1) Un primer momento, de una corriente de simpatía hacia otras experiencias revolucionarias armadas; 2) Esta simpatía se transforma rápidamente en un proceso de identificación

de situaciones entre el otro contexto y el propio; 3) Esto último se interpreta como una necesidad de recurrir a similares métodos de lucha, que además han sido exitosos en esos otros contextos; 4) Todo lo anterior, llevó a exagerar y fomentar los antagonismos para adaptar la realidad a ese discurso de lucha y enfrentamiento de la organización armada; 5) El discurso ideológico del grupo se encargó de adecuar una realidad “externa” a unos intereses “internos” de las organizaciones armadas legitimando el uso de la violencia armada; 6) Por último, este bagaje ideológico – marxismo, guevarismo, foquismo- se hizo confluir con una larga tradición de lucha de las poblaciones donde se insertó el grupo armado.

En esta investigación resaltamos el papel que otras experiencias revolucionarias tuvieron como referentes en el surgimiento de estas organizaciones, cada experiencia revolucionaria exitosa se convirtió en un ejemplo definitivo de cómo hacer otras revoluciones, cada victoria táctica de un grupo armado era exportada y se intentó replicar en otros contextos y por otras organizaciones. El proceso comenzó con una corriente de simpatía hacia otras experiencias revolucionarias armadas, ésta no tardó en traducirse en un proceso de identificación de situaciones y esto último se interpretaba como una necesidad de recurrir a similares métodos de lucha. Surge el convencimiento de que el uso de la violencia ha funcionado en escenarios foráneos y por lo tanto es válido para el propio. El intento forzado de comparar contextos para justificar el recurso a la violencia, llevó a estas organizaciones a exagerar los antagonismos para adaptar la realidad a un discurso de lucha y enfrentamiento. Esto reducirá posteriormente las posibilidades de diálogo y resolución de los conflictos. El discurso ideológico, se encargó de adecuar una realidad externa a los intereses de los distintos actores armados; en el caso de los grupos armados estudiados, el discurso foquista sirvió para que muchos militantes



sobrevaloraran la verdadera capacidad de estas organizaciones y las posibilidades del éxito revolucionando. Por lo tanto, los factores externos o el ambiente internacional fueron determinantes para que unos sectores minoritarios de la población en el País Vasco o en Colombia, adquirieran conciencia de sus posibilidades para la toma del poder por la vía de la lucha armada; y se sirvieron del bagaje ideológico de la época (marxismo, guevarismo, foquismo, etc.), para hacerlo confluir con una larga tradición de lucha de las gentes de estos territorios (tanto nacionalistas en Euskadi, como campesinos liberales radicales y comunistas en Colombia).

En el caso del ELN y Colombia, la nueva izquierda revolucionaria de final de los años cincuenta y de los años sesenta, sufrió totalmente el impacto de la experiencia revolucionaria cubana; tuvo la vocación de retomar la tradición de lucha de los conflictos sociales que perduraban en algunas zonas del país y los hizo confluir, los “nutrió” con las aportaciones teóricas e ideológicas del guevarismo, el fidelismo y, sobre todo, con el foquismo. Todo ello, se bañó con un mundo de imaginarios revolucionarios y, sobre todo, se lo relacionó con el referente simbólico de la figura del Che Guevara. De este icono se tomaron, además de su estrategia de lucha para la toma del poder (la concepción de foco), su visión del sujeto revolucionario como un “hombre nuevo”, un ejemplo de voluntarismo personal y compromiso social. Este pensamiento impactó mucho en las nuevas generaciones de jóvenes revolucionarios de todo el mundo impacientes del cambio social, e inspiró en muchos casos, el “cuerpo moral-doctrinal” que orientó la lucha revolucionaria de estas organizaciones armadas.

Este es el ambiente, tanto en el ámbito nacional e internacional, de agitación revolucionaria que vivieron muchos elementos progresistas y organizaciones de izquierda, donde se impulsó el surgimiento del ELN. Este clima de

debate ideológico se sintió especialmente en las universidades en Colombia, y estimuló tempranamente la actividad política de la juventud; lo que se tradujo en un aumento de la actividad revolucionaria y de protesta social. Dos instituciones universitarias fueron especialmente beligerantes en esa época: la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá y la Universidad Industrial de Santander (UIS) en Bucaramanga. En este contexto, en 1962 sesenta jóvenes colombianos viajaron a Cuba para continuar sus estudios gracias a las becas ofrecidas por este país. Estando en la isla se produjo la “crisis de los misiles rusos” y el consiguiente bloqueo militar de la isla por parte de EE.UU. Algunos de los estudiantes colombianos resolvieron quedarse en la isla y organizarse constituyendo la Brigada Proliberación José Antonio Galán, verdadero germen del ELN. El gobierno cubano les proporcionó en ocho meses el entrenamiento necesario en las tácticas y técnicas de la lucha de guerrillas para la creación de un primer foco insurgente a su regreso a Colombia. Pero el papel fundamental de Cuba fue el de ser un ejemplo, una inspiración, un espejo donde reflejar la propia experiencia nacional e intentar encontrar salidas para realizar la revolución social en el país.

Por todo lo anterior, sostenemos que los factores externos o el contexto internacional fueron determinantes en el surgimiento del ELN y ETA. Para ello, hay que comenzar por destacar el impacto que otras experiencias revolucionarias tuvieron para ayudar a los revolucionarios locales a tomar conciencia de las posibilidades de victoria. Fue este “efecto demostración” el que llevó a analizar las realidades locales o nacionales a partir del espejo de esas experiencias exitosas, construyendo un discurso de enfrentamiento coherente con las intenciones de la lucha armada contra quien ya no es rival político sino enemigo de guerra (guerra en muchos casos imaginada en primer lugar y real posteriormente). Entonces los

discursos ideológicos adecuaron la realidad local a los intereses de los distintos actores armados, fue el caso del marxismo en su versión foquista. Posteriormente estos grupos armados intentaron insertarse en las tradiciones de lucha de algunas poblaciones y en las culturas mesiánico-religiosas que aportaron la actitud de sacrificio requerida al militante de la organización. Por último, muchos de estos grupos revolucionarios fracasaron o fueron derrotados por las fuerzas de seguridad. Otros se estabilizaron en un “empate negativo”, fue en estos casos donde las condiciones internas ayudaron a consolidar a estas organizaciones armadas.

### **TERCER INGREDIENTE DE LA MEZCLA: IMAGINARIOS Y REPRESENTACIONES DE GUERREROS-SANTOS.**

Como se planteó al principio de la tesis, el intento por explicar el fenómeno de la violencia política armada desde una perspectiva que busca la causalidad social para acercarse al establecimiento de las condiciones que posibilitaron actores como ETA o el ELN, debe tener en cuenta tanto las causas “objetivas” o “estructurales” con su consiguiente descripción de contextos nacionales e internacionales como el papel que cumplen las mediaciones simbólicas y los discursos ideológicos en la acciones de las personas. La interacción de ambos es el que ha ayudado a construir un entorno histórico concreto. Para el caso del ELN y ETA, su surgimiento fue posible tanto por unas condiciones políticas y socioeconómicas determinadas, como por la apropiación y traducción de un discurso ideológico (marxismo) a una larga tradición cultural de lucha. Esta dimensión subjetiva y discursivo-simbólica fue imprescindible para el surgimiento de estos actores armados en la segunda mitad del siglo XX. La violencia requirió de unos imaginarios y una simbologización que la legitimó como recurso de acción política, las prácticas armadas encontraron sentido

en la cosmovisión de las organizaciones y éstas últimas, la utilizaron como llamado afectivo a la acción. Estas re-presentaciones o visiones de mundo se concretaron en distintas ideologías que tuvieron una centralidad social destacada en la segunda mitad del siglo XX porque se convirtieron en uno de los principales dispositivos de gestión/administración de los universos de sentido de cientos de individuos que siguieron religiosamente sus presupuestos. Este espacio de mediación fue una especie de economía global de los bienes simbólico-sagrados y los deseos de la época y, por ello las ideologías tuvieron, en gran medida, el monopolio sobre las verdades, las cosas del creer y el lugar organizador del sentido de miles de jóvenes creyentes de la nueva religión-revolución y de la experiencia mística correspondiente a cada individuo revolucionario. Las ideologías revolucionarias mantenían grandes paralelismos con dispositivos de poder de otros momentos históricos: la fetichización de las verdades, la sacralización de su discurso y lenguaje (en muchos casos, sólo se cambió las Sagradas Escrituras por *El Capital* de Marx), el dominio de subjetividades, el uso de discursos del miedo como factor integrador/disgregador de las colectividades, etc.

Es por ello, que el análisis de los sistemas de creencias y ritos de las organizaciones armadas nos permitió comprobar cómo se construyeron las bases de un orden (la lógica de la lucha), coherente para sus integrantes y sobre el que se cimientó su lucha armada. Este universo mental orienta al grupo y a sus integrantes, creando pertenencia. Esto enlaza con una de las características más destacada de estas organizaciones armadas, su “visión mesiánica”, cargada de una alta mirada religiosa, que pretende redimir al individuo y al “pueblo pobre”, y que enlazó con una larga tradición cristiana de sacrificio heroico por “la causa”. La lucha revolucionaria fue asimilada a una promesa de redención social, llegando en muchos

aspectos, a tener características de “guerra santa”: la capacidad de sacrificio de los revolucionarios, su abnegación, la renuncia a una vida cómoda por un mundo de privaciones que depura al verdadero hombre, la representación del martirio por la causa, el sacrificio de la sangre y la elevación mediante la muerte al “cielo” de los héroes revolucionarios, etc. Todas ellas fueron parte de las necesarias virtudes del guerrillero, que tanto insistió el Che. La búsqueda de herejes fue otra de las peculiaridades de esta concepción dogmática y “religiosa” de la lucha, la diferente forma de pensar fue criminalizada y el opositor o el que discrepó fue definido como enemigo, la equidistancia se suprimió y la vida se concibió como extremos: amigo-enemigo, bueno-malo o vida-muerte.

Las organizaciones armadas ilegales en la segunda mitad del siglo XX consiguieron crear un modelo interpretativo común (pensamiento de grupo) de la realidad social para todos sus miembros, lo que les permitió crear una fuerte conciencia de grupo y legitimar su lucha armada. Este sustrato discursivo-cultural-ideológico tuvo una importante “centralidad simbólica” y convirtió al ELN o a ETA en los reductos irredentistas que ostentaban la pureza de la Causa. Con ello se consiguió mitificar a la organización y sus militantes, así como convertir sus objetivos políticos en elementos trascendentes. Por otro lado, el discurso maniqueo presentó la realidad de forma dicotómica con una sociedad polarizada al extremo, donde sus miembros se dividían en dos categorías inflexibles, “con nosotros” o “contra nosotros”.

La sacralización de la Causa, la mitificación de los héroes propios y el carácter religioso-santo de la lucha, permitió darle legitimidad a la violencia armada, pero además todo este mundo de imaginarios se cargó también de atmósferas de gran emotividad y sobremoralización. Fue la supuesta superioridad moral de los

defensores de la Causa lo que legitimó los crímenes de estas organizaciones contra sus enemigos y por otro lado, sirvió también para explotar funcionalmente las acciones donde el enemigo actuaba como fuerza represora o antidemocrática. Con esta construcción imaginaria y sus consiguientes discursos autojustificativos se buscó legitimar el uso de la violencia como método de lucha política. Dentro de estos discursos, el ELN o ETA se representaron a sí mismos como la demostración de que el “pueblo” rechazaba el sistema político impuesto. Se auto-otorgaron la voz y representación del pueblo oprimido y asumieron su representación simbólica de la realidad como la única posible. Este mundo simbólico estuvo cargado de enorme significación para los militantes de las organizaciones y tuvo una enorme funcionalidad para el desarrollo de estos movimientos armados. Esta simbolización de la realidad, así como la utilización simbólico-ritual del espacio público dotó de cohesión a las organizaciones y creó unos sentimientos de solidaridad grupal entre sus militantes. El mundo simbólico de las organizaciones se renovó constantemente en los espacios de sociabilidad de su influencia, convertidos en espacios rituales que reprodujeron las premisas y creencias del pensamiento de grupo. Estos espacios rituales (manifestaciones, etc.) de rememoración colectiva o misas cotidianas de estas organizaciones, se convirtieron en momentos míticos y místicos que sirvieron también para seguir mostrando la permanencia de la problemática política y social por la que se utilizaba la lucha armada.

En este contexto significativo, simbólico y de imaginarios, las ideologías, especialmente el marxismo, tuvieron una centralidad social destacada en los años sesenta y setenta del siglo pasado. La ideología marxista se convirtió en un importante dispositivo de gestión y administración de los universos de sentido de cientos de individuos que siguieron “religiosamente” sus principios. Este espacio de

mediación administró las verdades, las creencias y el sentido de vida de miles de jóvenes “creyentes”. Estos militantes vivieron **EL** discurso ideológico y existieron sólo **EN** ese discurso, lo que supuso una especie de “*revival*” religioso o de experiencias mítico-religiosas alternas en pleno siglo XX. Se habla de *revival* porque en muchas ocasiones estos fenómenos político-armados parecieron tener más una marcada “naturaleza religiosa” que propiamente política. Creemos que en esta frontera entre lo político, lo cultural y lo religioso se muestra la fuerte presencia del hecho religioso en las acciones y comportamientos de los militantes de estas organizaciones. Por eso, definimos este fenómeno como una “religión política” en pleno siglo XX, por la “transferencia de sacralidad” del ámbito religioso al político. Religión política entendida como religión de la patria (patriotismo), con sus “nuevos” creyentes (los patriotas). Una especie de “religación” ilimitada a esta religiosidad laica llamada nacionalismo, que creemos que se convirtió en un factor que retomaron los movimientos de liberación nacional en la segunda mitad siglo XX, en nuestro caso tanto ETA como el ELN.

Defendemos la tesis de que estos grupos armados (ELN y ETA) se “superperpusieron” a una larga tradición religiosa (judeo-cristiana), la re-interpretaron y reorientaron: crearon nuevos textos “sagrados”, utilizaron los discursos apocalípticos y el mesianismo, buscaron la santidad a través de sus actos, etc. Esta absolutización de los principios políticos, acercó lo político a lo religioso, y convirtió a la política en un acto trascendente. La política paso de ser el espacio de diálogo y de la búsqueda de consensos, al lugar de la imposición de la voluntad propia; asimismo, el opositor se convirtió en un enemigo a destruir para conseguir la realización del propio “yo”. La política como “Absoluto” ocupó las estructuras psicológicas talladas durante largos siglos por la religión católica, convirtiendo la

ideología y la política en un fenómeno dogmático y “pararreligioso”, ya que toda acción fue orientada por lo que definió Weber como la “ética de los últimos fines”. Se impuso el reinado del “fin justifica los medios”, y hubo un adiós a la política y la ética, y una nueva bienvenida a la religiosidad y la moralidad.

La superposición del marxismo a una larga tradición judeo-cristiana (cristianismo) y su consiguiente transferencia religioso-ideológica se caracterizó esencialmente por seis elementos: 1) Aprovechamiento de la culpa cristiana para convertirla en fuente de los sacrificios de los individuos para purgar esta culpa por la que la humanidad está en el pecado de la pobreza; 2) De la mano de esta culpa cristiana, hubo un resurgir del “espíritu de sacrificio y misionero”; 3) Explosión de “guerras santas” y héroes-cruzados en pleno siglo XX para acabar con el mal del capitalismo; 4) Desarrollo de verdaderos “sacerdocios guerrilleros laicos”; 5) Nacimiento de nuevos mesías y santos; y 6) Riguroso deber moral a pesar de los posibles crímenes cometidos.

La transferencia de sacralidad del cristianismo al marxismo, incluyó una perspectiva ortodoxa y totalitaria de la realidad. Así en la segunda mitad del siglo XX, en Colombia y en Euskadi, el marxismo se acercó al cristianismo y éste volteó la cabeza a la guerra como en las cruzadas medievales. Al ELN y a ETA esta transferencia de sacralidad de la religión a su lucha armada les supuso esencialmente cuatro aspectos: 1) Les permitió aumentar la conciencia y pertenencia del grupo; 2) Fortaleció el compromiso y las motivaciones de los militantes; 3) Pudieron empatar con estructuras mentales que hicieron más asimilable el mensaje ideológico y político; y 4) Utilizaron las formas elementales de la vida religiosa como fuertes llamados a la acción: mártires, almanaque de fechas santas, ritos iniciativos, sacrificio y austeridad personal, etc.



En esta investigación defendemos la tesis de que la izquierda revolucionaria de los años cincuenta y sesenta retomó la tradición de lucha de algunos sectores de la población ligado a unos conflictos sociales que perduraban en un territorio concreto y los hicieron confluír, los nutrieron con las aportaciones teóricas e ideológicas del marxismo. Del marxismo tomaron la concepción de análisis de la sociedad y su visión trascendente del desarrollo “inevitable” de la humanidad (materialismo histórico), con el punto de llegada en el paraíso de una comunidad igualitaria y socialista. Estas organizaciones pretendieron desarrollar la idea marxista de analizar las condiciones objetivas para la realización de la revolución en cada país. De este análisis, sacaron la conclusión de que estas condiciones existían y que sólo faltaba la consolidación de las condiciones subjetivas (la voluntad, el sacrificio, el heroísmo) que debería aportar una vanguardia revolucionaria, verdadero faro del pueblo hacia el triunfo de la revolución. Tanto el ELN como ETA pretendieron ser ese faro o foco que prendería la revolución en su territorio.

Si las condiciones objetivas estaban presentes según el análisis de los ideólogos de estas organizaciones, sólo faltaba encontrar el filo de las condiciones subjetivas. Este lo encontraron en su contexto socio-cultural, fue la tradición judeo-cristiana y el cristianismo en sus versiones más progresistas como la Teología de la Liberación. Esta confluencia entre cristianismo primitivo y un marxismo que tuvo en cuenta el contexto sociocultural donde se inserta, pudo ser parte del éxito de la consolidación de estas organizaciones. El cristianismo aportó a estas organizaciones armadas, un cuerpo doctrinario coherente y desarrollado que ayudó a la naciente revolución a tener un marco trascendental y ético que legitimó el uso de la violencia armada; y además permitió enfrentar la dimensión personal de este tipo de lucha de forma coherente y con un enorme compromiso de sacrificio por parte del militante-

activista. Es así que entre el marxismo y el cristianismo se encuentran mucho más que coincidencias semánticas entre categorías como el pueblo dominado marxista con el pueblo oprimido cristiano, la liberación del pueblo contra la explotación o la liberación del pueblo pecador. El fin último de la lucha del cristiano y del marxista parece coincidir en la búsqueda de un mundo sin opresión, donde abunda la justicia, la solidaridad y el amor entre los pobres. Existió una clara conjunción (aunque es más difícil establecer si además hubo “voluntad”, entendida como intenciones conscientes y claras) entre la doctrina marxista y la doctrina propuesta por el cristianismo.

Por todo ello, defendemos la tesis central de esta investigación, de que en el nacimiento del movimiento armado eleno incidieron tanto factores internos como externos, pero fueron estos últimos determinantes para explicar la emergencia del ELN; así pasó también con otros grupos o focos armados en muchos países del planeta en las décadas de los años cincuenta y sesenta. Los factores externos o el ambiente internacional fueron la chispa, que hizo tomar conciencia de las posibilidades a las organizaciones socialistas o comunistas; y que prendió en unas condiciones internas favorables, tanto por la deslegitimación del sistema político como por la situación económico-social de la mayoría de la población, o por las condiciones geográficas del país que permitieron una práctica óptima para la guerra de guerrillas. El ejemplo de otras experiencias revolucionarias o el “efecto demostración”, llevó a que muchos militantes analizaran las realidades nacionales a partir del espejo de esas experiencias revolucionarias exitosas. Muchos focos armados o grupúsculos fracasaron o fueron aniquilados por las fuerzas de seguridad, pero en otros casos consiguieron “perpetuarse”, si bien no tomarse el poder como era su objetivo. Fue en estos últimos lugares, País Vasco en España o Colombia, con

organizaciones como ETA o el ELN, en una situación de “empate negativo”, donde ni el estado puede acabarlas militarmente, ni éstas son capaces de obtener la victoria revolucionaria; donde las condiciones internas (tradicción de lucha, falta de libertades, orografía, etc.) y el sustrato cultural judeo-cristiano fueron determinantes para el desarrollo y consolidación de estas organizaciones insurgentes. El discurso ideológico, se encargó de adecuar una realidad externa a los intereses de los distintos actores armados; en el caso de estos grupos armados, el discurso foquista sirvió para que muchos militantes sobrevaloraran la verdadera capacidad de estas organizaciones y las posibilidades del éxito revolucionando. Haciendo coherente la realidad local con la situación vivida en otros contextos donde la revolución triunfó. Por lo tanto, los factores externos o el ambiente internacional fueron determinantes para que unos sectores minoritarios de la población en el País Vasco o en Colombia, tomaran conciencia de sus posibilidades para la toma del poder por la vía de la lucha armada; y se sirvieron del bagaje intelectual de la época (marxismo, guevarismo o foquismo), para hacerlo confluir con una larga tradición de lucha de las gentes de estos territorios (tanto nacionalistas en Euskadi, como campesinos liberales radicales y comunistas en Colombia). Por último, la tradición cultural cristiana aportó el marco trascendente y ético necesario para legitimar ante los militantes la lucha armada, justificó el sacrificio del militante y la transferencia de sacralidad a la Causa por la que luchaban.

En el surgimiento del ELN se ponen, claramente, en escena, todos estos componentes: la influencia externa de Cuba en la formación del germen del ELN, la Brigada Proliberación José Antonio Galán; los factores internos, que quedan ejemplarmente constatados en la zona de implantación elegida, en San Vicente de Chucurí y el Magdalena Medio, zona de colonización reciente con poca presencia y

legitimidad del Estado, etc. Y por último, todo un mundo de imaginarios, ideología y mística revolucionaria dogmática y pseudoreligiosa que sirvió de “cemento imaginario” dió coherencia a la locura de Marte.

# **ANEXOS**

# 1. CRONOLOGÍA COMPARADA

AÑO	COLOMBIA	E.L.N.	ESPAÑA	E.T.A.
1954	<p>-El régimen ofrece amnistía. Las guerrillas liberales se entregan con sus armas. La mayoría de sus dirigentes son luego asesinados, entre ellos, Guadalupe Salcedo, en las calles de Bogotá mientras se acuerda el desarme. Las guerrillas del Sur del Tolima al mando de los Loaiza serán rearmadas por el gobierno y los mandos militares para combatir contra las guerrillas comunistas que no depusieron las armas.</p> <p>-Se crea la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), un intento de Rojas para crear su propia base social.</p> <p>-Asamblea Constituyente declara al Partido Comunista fuera de la ley.</p>		<p>-Tarradellas, presidente de la Generalidad en el exilio.</p>	<p>-Fundación de Ekin.</p>
1955	<p>-Aparecen zonas de autodefensa.</p> <p>-El movimiento guerrillero comunista del Sur del Tolima, Huila, Sumapaz, Colonia, que no entregó las armas, fue atacado</p>		<p>-España ingresa en la ONU., lo que supone el reconocimiento internacional del régimen de Franco.</p>	<p>-Fusión de Ekin con Eusko Gastedi.</p>

	<p>en Villarrica, Cabrera y Cunday, decretadas “zonas de operaciones militares”. El PC transforma estas bases en zonas de autodefensa. Aparecen así las zonas de resistencia de El Pato, Riochiquito, Marquetalia.</p>			
<b>1956</b>			<p>-Suspendido el Fuero de los Españoles. Los estudiantes de la Universidad de Madrid se movilizan con objeto de lograr la celebración de un Congreso Libre de Estudiantes, que ponga fin al Sindicato Español Universitario. Los disturbios que provocan las reivindicaciones estudiantiles desembocan en la declaración del estado de excepción en todo el país.</p>	
<b>1957</b>	<p>-Rojas Pinilla es designado nuevamente presidente por los mandos militares. -Huelga nacional de estudiantes en repudio a la imposición de Rojas Pinilla. -Rojas Pinilla se ve obligado a renunciar.</p>		<p>-Quinto Gobierno de Franco. Conocido como el Gobierno del Plan de Estabilización. Lo más destacado de este nuevo gabinete es la entrada de un núcleo importante de miembros del Opus Dei.</p>	
<b>1958</b>	<p>-El Frente Nacional. Reforma constitucional plesbicitaria, institucionaliza el</p>		<p>-España entra en la OECE, Organización Europea de Cooperación Económica.</p>	<p>-Ruptura de Ekin con el PNV</p>

	<p>pacto liberal-conservador para alternarse 16 años en el gobierno con exclusión de cualquier otro partido.</p> <p>-Se abren las puertas al capital transnacional y se produce expansión de la economía.</p> <p>-Gobierno de Alberto Lleras Camargo (liberal).</p>		<p>-Ley de Principios del Movimiento Nacional. Promulgada personalmente por Franco es una declaración doctrinal del régimen por el que ha de regirse el país.</p> <p>-Fin de la autarquía: ingreso en el FMI y en el BIRF. La política autárquica mantenida por el régimen queda definitivamente clausurada con la incorporación española al Fondo Monetario Internacional.</p>	
<b>1959</b>			<p>-Ley de Orden Público. Combina la autoridad de la jurisdicción militar con la gubernativa: mantiene la censura previa de los medios de comunicación, determina los derechos de asociación,...</p>	-Julio, Fundación de ETA.
<b>1960</b>	<p>-Confrontaciones violentas con los trabajadores azucareros del valle del Cauca.</p> <p>-El movimiento sindical crece y recupera su dinamismo.</p> <p>-La revolución cubana y su ejemplo impacta en Colombia, surgen movimientos armados de liberación que no llegan a consolidarse.</p> <p>-Nace el Movimiento Obrero</p>			



	<p>Estudiantil Campesino (MOEC) como movimiento urbano. Termina replegándose en al Cauca, ante el asesinato de su dirigente Antonio Larrota.</p> <p>-Se crea el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR).</p>			
1961	<p>-Se aprueba la ley 135 de reforma social agraria en el marco de la Alianza para el Progreso.</p>		<p>-Oposición al régimen de Franco. Agrupada en la Unión de Fuerzas Democráticas, plataforma de partidos antifranquistas, la integran, entre otros, el Partido Nacionalista Vasco, Partido Socialista Obrero Español e Izquierda Democrática de España. Esta iniciativa viene a complementar la alianza sindical entre CNT, UGT y ELA-STV.</p>	<p>-Julio, Intento de descarrilamiento de un tren</p>
1962	<p>-Gobierno de Guillermo Valencia (conservador).</p> <p>-Creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC).</p>		<p>-España solicita la apertura de negociaciones para su ingreso en la Comunidad Económica Europea.</p> <p>-Estado de excepción en las provincias de Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa, en cuyas cuencas mineras se están llevando a cabo importantes movimientos huelguísticos.</p> <p>-El &lt;&lt;contubernio de Munich&gt;&gt;, congreso del Movimiento Europeo donde 118 delegados españoles</p>	<p>-Mayo, I Asamblea de ETA.</p>

			de toda la oposición solicitan la democratización del régimen. -Sexto Gobierno de Franco.	
<b>1963</b>			-Ejecución de Julián Grimau. Miembro del Comité Central del Partido Comunista. -Se crea el Tribunal de Orden Público.	-Marzo, II Asamblea de ETA.
<b>1964</b>	-Primer ataque a Marquetalia poniendo en aplicación el Plan LASO (Latin America Security Operation), operativo contrainsurgente del imperialismo en el continente. 16 mil efectivos del ejército atacan comunidades campesinas de influencia comunista. -Asamblea general de guerrilleros del Bloque Sur proclama su programa agrario y la creación de un Frente Único o Patriótico contra el régimen. -Creación de la Central Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC).	-Julio, Nace el Ejército de Liberación Nacional (ELN).	-Aplazamiento de la incorporación de España a la CEE. -Proyecto de Ley de Asociaciones. Persiste la imposibilidad de legalización de partidos políticos y sindicatos obreros.	-Abril-Mayo, III Asamblea de ETA. -Verano, IV Asamblea de ETA.
<b>1965</b>	-Se realiza congreso constitutivo del Partido Comunista de Colombia (marxista-leninista). -Manifestación estudiantil antiimperialista en repudio a la	-Agosto, Camilo se incorpora a la guerrilla.	-Séptimo Gobierno de Franco.	

	<p>intervención en República Dominicana.</p> <p>-Se decreta el estado de sitio en todo el país.</p> <p>-Aparece públicamente el Frente Unido de Camilo Torres.</p>			
<b>1966</b>	<p>-Gobierno de Carlos Lleras Restrepo.</p> <p>-Se fundan las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en conferencia del Bloque Sur.</p> <p>-Surge la Alianza Nacional Popular (ANAPO) creada por Rojas Pinilla, que fue transformándose por presión de las masas urbanas en movimiento antioligárquico.</p>	<p>-Febrero, Muere Camilo Torres en combate de Patio Cemento, Santander.</p>	<p>- Se aprueba la Ley de Prensa e Imprenta: libertad de expresión, lo que implica la supresión de la censura previa tras 26 años de aplicación,...</p> <p>-Ley Orgánica del Estado: mecanismo instaurador de una monarquía hereditaria,...</p>	<p>-Diciembre, Primera parte de la V Asamblea de ETA.</p>
<b>1967</b>	<p>-Primer levantamiento campesino (Llanos del Tigre, Sinú y San Jorge) organizado por el PCC (m-l). Aparece públicamente el EPL. El ejército responde con cercos de aniquilamientos.</p>		<p>-Ley de libertad religiosa: autorización matrimonio civil, son autorizadas las asociaciones no confesionales, se suprime la obligatoriedad de asistir a todos los actos religiosos en el ejército, educación,...</p> <p>-Carrero Blanco, vicepresidente del Gobierno.</p>	<p>-Marzo, Segunda parte de la V Asamblea de ETA. Se produce un notable cambio de métodos y objetivos en el seno de la organización. El sector ideológico ortodoxo, encabezado por Iturriz, que había evolucionado hacia posturas más marxistas y menos nacionalistas, es expulsado de la organización. Frente a esta tendencia cobra fuerza la facción abertzale del Comité Ejecutivo residente en Francia, que se hallaba dividida entre los nacionalistas</p>

				<p>revolucionarios de Escubi y los culturalistas de Txillardegui, Del Valle y Aguirre. Los primeros acaban imponiendo su tesis, según la cual Euskadi es considerada como una colonia del Gobierno español y, por tanto, el proceso de liberación pasa por la necesidad de intensificar la lucha armada.</p>
<b>1968</b>	<p>-Reforma constitucional busca un desmonte gradual del sistema paritario. -Muere en combate en el noroeste, Pedro Vázquez Redondo primer secretario de PCC (m-l).</p>		<p>-Cierre de la Universidad. El consejo de ministros ante los disturbios en la Universidad y los duros enfrentamientos que tienen lugar entre estudiantes y fuerza pública, decreta la clausura de varias universidades.</p>	<p>-Junio, Muerte de Txabi Etxebarrieta. -Agosto, Muerte de Melitón Manzananas.</p>
<b>1969</b>			<p>-Declaración del estado de excepción. Ante las distintas manifestaciones registradas en las universidades de Madrid y Barcelona, el Gobierno declara por tres meses el estado de excepción. -Prescriben los delitos de la guerra, prescripción de las responsabilidades penales de los delitos cometidos antes de 1939. Esta medida permite el regreso de los exiliados a causa de la guerra civil. -Juan Carlos de Borbón, príncipe de España. A propuesta de Franco, las Cortes proclaman sucesor, a</p>	

			título de rey, en la jefatura del Estado a don Juan Carlos de Borbón y Borbón. -Octavo Gobierno de Franco.	
<b>1970</b>	<p>-Elecciones presidenciales, muy reñidas. Se otorga el triunfo a Pastrana. Rojas Pinilla, candidato de la ANAPO, denuncia que hubo fraude.</p> <p>-Gobierno de Misael Pastrana.</p> <p>-Huelgas en el sector estatal: puertos, telecomunicaciones y magisterio que será el más beligerante.</p> <p>-I Congreso de la ANUC, levanta el mandato campesino.</p>		<p>-El proceso de Burgos. Un tribunal militar es el encargado de juzgar a 15 militantes de ETA acusados de actividades terroristas. La atribución de este juicio a la jurisdicción militar y la ausencia de garantías procesales motivan una protesta generalizada en todo el país. El consejo de guerra concluye con condenas que suman 500 años y 6 sentencias de muerte; estas últimas serán conmutadas por Franco ante la enorme presión nacional e internacional.</p>	<p>-Agosto, Primera parte de la VI Asamblea de ETA.</p> <p>-Diciembre, Juicio de Burgos. Aparición de ETA-V.</p>
<b>1971</b>	<p>-Invasiones de tierras (más de 2 mil) en los departamentos de la Costa Atlántica, Huila y Tolima y, paro de los trabajadores cafetaleros en Sucre y Córdoba. Promovidos por las organizaciones revolucionarias.</p> <p>-Paro nacional, coincide con invasiones de tierra y paro universitario.</p> <p>-Gobierno decreta estado de sitio y toque de queda.</p> <p>-El ejército monta</p>		<p>-Publicada la nueva Ley Sindical. No recogerá los principios fundamentales preconizados por la Organización Internacional del Trabajo (OIT): libertad de afiliación, independencia entre trabajadores y empresarios o elección libre de cargos sindicales.</p>	

	tres cercos de aniquilamiento contra el EPL en Córdoba y Antioquía, combinando tropas terrestres y helitransportadas.			
<b>1972</b>	-Acuerdo del Chicoral, sociedad de agricultores de Colombia y representantes del gobierno acuerdan la contrarreforma, leyes 4 y 5 de 1973. -Paro campesino en Caquetá y Quinchía. -Marcha campesina nacional hacia Bogotá. Ejército la bloquea y detiene a cientos de campesinos e indígenas.			-Diciembre, Segunda parte de la VI Asamblea de ETA VI. Decisión de unirse a la LCR.
<b>1973</b>	-Militarización de las regiones más politizadas por la ANUC. -Se crea una segunda ANUC de campesinos ricos en Congreso de Armenia. -Quinta conferencia de las FARC, inician creación de los frentes guerrilleros.	-Derrota de Anorí sufrida por la columna del Ejército de Liberación Nacional, mueren los hermanos Antonio y Manuel Vásquez.	-Carrero Blanco, presidente del Gobierno. Por primera vez el general Franco renuncia a ejercer este cargo simultáneamente con la Jefatura del Estado. -Atentado contra Carrero Blanco. ETA acciona un artefacto explosivo al paso del coche del presidente del Gobierno, causándole la muerte. -Proceso 1.001. El tribunal de Orden Público condena a 10 inculpados, acusados de pertenecer a la coordinadora ilegal Comisiones Obreras, a penas que suman un total de 162 años.	-Agosto, Primera parte de la VI Asamblea de ETA-V. -Diciembre, Asesinato de Carrero Blanco. -Noviembre, ETA-VI se une a la LCR.
<b>1974</b>	-Gobierno de		-El Gobierno autoriza	-Junio, El Frente Obrero

	<p>Alfonso López Michelsen. -Rescate de la espada de Bolívar. Surge públicamente el Movimiento 19 de Abril, en la etapa de crisis de los movimientos guerrilleros surgidos en la década del 60, con tres rasgos diferentes: guerrilla urbana, opera militarmente en plena campaña electoral y está ligado orgánicamente a la ANAPO. -Nueva política económica, diálogo y pacto tripartito-gobierno, gremios, sindicatos-.</p>		<p>dos ejecuciones. Salvador Puig Antich, anarquista libertario y Heinz Chez, súbdito polaco, son ejecutados a <u>garrote vil</u> en Barcelona y Tarragona. Sus muertes provocan una gran resonancia internacional. -Juan Carlos asume transitoriamente la Jefatura del Estado al ser hospitalizado Franco. -Se crea la Junta Democrática de España integrada por el grueso de la oposición. -Congreso de Suresness, Felipe González es elegido secretario general del PSOE.</p>	<p>se escinde de ETA-V y forma LAIA. -Diciembre, ETA-v se escinde en ETA Político-Militar (ETA-PM) y Eta Militar (ETA-M).</p>
<p><b>1975</b></p>	<p>-Muere en combate el primer secretario del PCC (m-l) y comandante del EPL, Pedro León Arboleda Roldán, en Cali.</p>		<p>-Remodelación del Gobierno de Arias Navarro. -Estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa con el objetivo de dismantelar la organización ETA. -Creación de la Plataforma de Convergencia Democrática (PCD), auspiciada por el PSOE. -Detenidos los principales dirigentes de la UMD, Unión Militar Democrática. -Ejecutados cinco miembros de ETA y del FRAP, Frente Revolucionario Antifascista y</p>	<p>-Enero, Segunda parte de la VI Asamblea de ETA-PM. -Septiembre, Ejecutados los militares de ETA, Txiki y Otegui. -Noviembre, Muerte de Franco.</p>

			<p>Patriótico.</p> <p>-Juan Carlos asume la Jefatura del Estado.</p> <p>-Fallece Francisco Franco.</p> <p>-Juan Carlos I, rey de España</p>	
<b>1976</b>	<p>-Primer encuentro del sindicalismo libre e independiente.</p> <p>-Secuestro del presidente de la CTC, José Raquel Mercado, y juicio popular por traición a la clase obrera realizados por el M-19.</p>	<p>-Diciembre, Primera división oficializada.</p> <p>-Asamblea del Frente Central.</p>	<p>-Adolfo Suárez nuevo presidente del Gobierno.</p> <p>-El Gobierno decreta una amnistía política.</p> <p>-Aprobada la Ley de Reforma Política.</p>	<p>-Abril, ETA-PM mata a Ángel Berazadi.</p> <p>-Julio, Desaparición de Pertur, presumiblemente asesinado.</p> <p>-Septiembre, VII Asamblea de ETA-PM. Decisión de fundar EIA.</p>
<b>1977</b>	<p>-Primer paro cívico nacional convocado por centrales obreras conmueve al país. Es duramente reprimido.</p>	<p>-Febrero, Golpe a su organización urbana.</p>	<p>-La matanza de Atocha, donde cuatro jóvenes ultraderechistas asesinan a cinco abogados laboristas de CC. OO.</p> <p>-España establece relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y otros países del Este.</p> <p>-Legalización del Partido Comunista de España.</p> <p>-Primeras elecciones democráticas para elegir la Cortes.</p> <p>-Nuevo Gobierno de Adolfo Suárez.</p> <p>-Se firman los Pactos de la Moncloa entre las principales fuerzas políticas españolas, cuyo objetivo es implicar al mayor número posible de fuerzas políticas e impedir que la grave crisis económica que afecta al país ponga en</p>	<p>-Mayo, Los Bereziak se escinden de ETA-PM.</p> <p>-Junio, Elecciones parlamentarias.</p>



			peligro la transición política hacia la democracia.	
<b>1978</b>	<p>-Gobierno de Julio César Turbay Ayala (liberal).</p> <p>-Se decreta el estatuto de seguridad nacional para hacer frente a las tensiones sociales.</p> <p>-Comienzan a operar “escuadrones de la muerte”.</p> <p>-M-19, audaz recuperación de 5 mil armas a las instalaciones militares de Cantón Norte de Bogotá ejecutando un túnel subterráneo.</p>	<p>-Enero, Finaliza la Reunión Nacional de Responsables que se había iniciado en diciembre de 1977.</p> <p>-Septiembre, Constitución de la Dirección Nacional Provisional (DNP) como respuesta al trabajo liquidador de la CCN.</p>	<p>-Se aprueba la Constitución.</p> <p>-Descubierta la &lt;&lt;Operación Galaxia&gt;&gt;, esta conspiración militar estaba destinada a frenar el proceso democratizador.</p> <p>-Los españoles refrendan la Constitución con un referéndum.</p>	<p>-Abril, Formación de Herri Batasuna.</p>
<b>1979</b>			<p>-Victoria de Unión de Centro Democrático, UCD en las elecciones generales.</p> <p>-La masonería es legalizada.</p> <p>-Desarticulación del GRAPO, Grupo Revolucionario Antifascista Primero de Octubre.</p> <p>-Aprobados los estatutos de autonomía vasco y catalán.</p>	<p>-Julio, ETA pone bombas en estaciones ferroviarias de Madrid.</p> <p>-Octubre, Un referéndum aprueba el Estatuto de Autonomía Vasco.</p>
<b>1980</b>	<p>-Crecimiento económico, con agudización de la polarización social. 50% de la población en el nivel de extrema pobreza. Subordinación del capital estatal a las transnacionales, reorientación de la economía hacia la exportación de</p>		<p>-Cuarto Gobierno de Suárez.</p> <p>-Quinto Gobierno de Suárez.</p>	<p>-Marzo, Elegido el Parlamento Vasco.</p>

	<p>petróleo y carbón y al narcotráfico. Desempleo estructural y carestía permanente. Crisis institucional. En ese clímax emerge un nuevo movimiento social y popular y se fortalece el movimiento guerrillero.</p> <p>-M-19 toma la Embajada Dominicana para denunciar violación de los derechos humanos. Jaime Bateman levanta la bandera de la paz.</p> <p>-Ejército lanza "operación exterminio" contra las FARC en Uribe, Guayabero.</p>			
<b>1981</b>	<p>-M-19 lanza Propuesta de Paz y Diálogo Nacional.</p> <p>-Segundo paro cívico nacional acompañado de marchas campesinas.</p> <p>-Ataque contra el M-19 en Caquetá y Putumayo.</p> <p>-Gobierno instituye comisión de paz.</p> <p>-Surge el MAS, Muerte a Secuestradores, que se convertirá en el escuadrón de la muerte más notorio del país.</p>	<p>-Diciembre, Golpe a Dirección Nacional Provisional.</p>	<p>-Dimisión de Adolfo Suárez.</p> <p>-Asalto al Congreso de los Diputados. Durante la investidura de Leopoldo Calvo Sotelo como nuevo presidente del Gobierno irrumpe en el Congreso un grupo de guardias civiles. El golpe de Estado fracasa.</p> <p>-Calvo Sotelo forma Gobierno.</p> <p>-España entra en la OTAN.</p>	
<b>1982</b>	<p>-Gobierno de Belisario Betancur (conservador).</p> <p>-Colombia se incorpora al</p>	<p>-Abril, Reunión de Dirección Nacional con responsables de los tres frentes.</p>	<p>-El PSOE gana las elecciones por mayoría absoluta, obteniendo 10 millones de votos.</p>	

<p>Movimiento de los No Alineados, apoya la reclamación argentina de las Malvinas y juega un papel activo en Contadora. Abre el diálogo con los insurgentes, manteniendo la represión. Acepta las imposiciones del FMI y rehúsa hacer frente común para el no pago de la deuda.</p> <p>-I congreso nacional indígena. Se funda la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC).</p> <p>-VII congreso nacional de movimientos comunales.</p> <p>-Se aprueba la ley de amnistía. 400 presos políticos son liberados.</p> <p>-M-19 hace propuesta de tregua y diálogo nacional.</p>			
---	--	--	--

## 2. CUADRO DE SIGLAS DE ORGANIZACIONES

COLOMBIA	ESPAÑA
<p>-ACOPI: Asociación Colombiana de Organizaciones de la Pequeña Industria.</p> <p>-ADO: Autodefensa obrera, organización político-militar que nace en la década del 80.</p> <p>-A Luchar: Organización política revolucionaria de masas, que surge como acuerdo político-sindical en 1984.</p> <p>-ANDI: Asociación Nacional de Industriales.</p> <p>-ANUC: Asociación Industrial de Usuarios Campesinos, creada en 1962.</p> <p>-ASFADES: Asociación de Familiares de Desaparecidos.</p> <p>-AUDESA: Asociación Universitaria de Santander.</p> <p>-AUI: Asociación Unitaria de Izquierda, integrada por la Unión Patriótica, A Luchar y Frente Popular, fundada en septiembre de 1988.</p> <p>-CAC: Comité de Activistas Creditarios. Corriente sindical que trabaja en la Caja Agraria.</p> <p>-Central Nacional de Organizaciones de Vivienda Popular. Realiza su congreso de constitución en septiembre de 1986.</p> <p>-CGSB: Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar se crea en octubre de 1987 y está conformada por todos los movimientos guerrilleros: FARC, EPL, UCELN, M-19, Quitín Lame, PRT.</p> <p>-CGT: Confederación General del Trabajo, creada en 1970 por la Democracia Cristiana.</p> <p>-CIS: Corriente de Integración Sindical. Corriente</p>	<p>-ANV: Acción Nacionalista Vasca, partido nacionalista no confesional fundado en 1931.</p> <p>Anai Artea (Entre Hermanos): asociación nacionalista de ayuda a los refugiados con base en San Juan de Luz.</p> <p>-CNT: Confederación Nacional del Trabajo, sindicato anarquista.</p> <p>-CCOO: Comisiones Obreras, principal sindicato ilegal desde comienzos de la década de 1960.</p> <p>Convergencia Democrática: coalición antifranquista apoyada por el PSOE.</p> <p>-CGV: Consejo General Vasco, comisión provisional constituida tras las elecciones de 1977 para preparar el camino del gobierno autónomo vasco.</p> <p>-EIA: Euskal Iraultzarako Alderdia (Partido para la Revolución Vasca), formado por ETA-PM a fines de 1976.</p> <p>-EAS: Euskal Alderdi Sozialista (Partido Socialista Vasco).</p> <p>-EHAS: Euskal Herriko Alderdi Sozialista (Partido Socialista del Pueblo Vasco).</p> <p>-ELA-STV: Euskal Langillen Alkartasuna-Solidaridad de Trabajadores Vascos, sindicato nacionalista creado por el PNV en 1910. En origen, Solidaridad Obrera Vasca.</p> <p>-ESB: Euskal Sozialista Biltzarrea, partido nacionalista socialdemócrata creado en 1976.</p>

<p>del campo.</p> <p>M-L en el movimiento sindical, que luego se integra A Luchar.</p> <p>-Comité de Unidad Agraria Nacional, se forma en septiembre de 1986.</p> <p>CNT: Confederación Nacional de Trabajadores, creada por Rojas Pinilla en 1953. A la caída del dictador, se integra a la UTC.</p> <p>-Consejo Nacional Popular: organización que coordina movimientos cívicos y organización popular.</p> <p>-CNMC: Coordinadora Nacional de Movimientos Cívicos. Se crea en octubre de 1983.</p> <p>-Coordinadora Nacional de Organizaciones Agrarias de Colombia: se forma en febrero de 1984.</p> <p>-Coordinadora Nacional Unitaria de Vivienda Popular: surge en el primer congreso unitario de vivienda, agosto de 1985.</p> <p>-COR: Coordinadora Obrera Revolucionaria, sector sindical.</p> <p>M-L que tiene trabajo en los servicios públicos.</p> <p>-CPDDHH: Comité de Derechos Humanos.</p> <p>-CSN: Confederación Sindical Nacional creada en 1936 por dirigentes liberales y comunistas.</p> <p>-CSPP: Comité de Solidaridad con los Presos Políticos.</p> <p>-CSTC: Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia impulsada por el Partido Comunista en 1965.</p> <p>-CTAL: Confederación de Trabajadores de América Latina.</p> <p>-CTC: Confederación de Trabajadores de Colombia, nombre que asume la antigua CSN, conformada</p>	<p>-ESBA (Unidad Socialista Vasca): sección vasca del Frente de Liberación Popular (FLP).</p> <p>-ETA: Euzkadi ta Askatasuna (Libertad para el País Vasco).</p> <p>-ETA-Berri: nueva ETA.</p> <p>-EE: Euskadiko Ezkerra (Izquierda Vasca), coalición electoral formada en las elecciones de 1977, que más adelante se convertiría en partido político.</p> <p>-EKIN: (empezar/hacer), grupo estudiantil, precursor de ETA, formado en 1952.</p> <p>-EG (más tarde EGI): Eusko Gaztedi, juventudes del PNV.</p> <p>-FN: Frente Nacional, en ocasiones.</p> <p>-FNV: Frente Nacional Vasco.</p> <p>-FO: Frente Obrero.</p> <p>-FM: Frente Militar.</p> <p>-FC: Frente Cultural.</p> <p>-FP: Frente Político.</p> <p>-FRAP: Frente Revolucionario Antifranquista y Patriótico, grupo maoísta dedicado a la lucha armada. En realidad un frente del PCE-MIL.</p> <p>Fuerza Nueva: Organización y revista fascista.</p> <p>-HAS: Herriko Alderdi Sozialista, (Partido Socialista del Pueblo), uno de los componentes de HASI.</p> <p>-HASI: Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea (Partido Socialista Revolucionario del Pueblo), partido próximo a ETA-M.</p> <p>Herri Batasuna (Unidad Popular).</p> <p>Junta Democrática: coalición democrática apoyada por el PCE.</p> <p>Jagi-Jagi (Levántate, Levántate): organización</p>
---	---

<p>fundamentalmente por trabajadores de empresas públicas (ferroviarios, portuarios y artesanos).</p> <p>-CTS: Colectivos de Trabajo Sindical, organización político-sindical marxista que seguía las tesis de Camilo y que luego se incorpora a luchar.</p> <p>-CUASS: Comité de Acción y Solidaridad Sindical formada en 1960, en el 64 se convierte en CSTC.</p> <p>-CUE: Comité Unitario Estudiantil, creado en 1986. Reúne a las principales organizaciones gremiales y políticas del Movimiento Estudiantil.</p> <p>-CUS: Comité de Unidad Sindical, pacto de unidad de acción entre CGT y CST, 1974.</p> <p>-CUT: Central Unitaria de Trabajadores, creada en 1985. Reúne al 70% de los trabajadores sindicalizados. Fue conformada por la CSTC, sectores de la UTC, de la CGT, de la CTC y de sindicales independientes.</p> <p>-ELN: Ejército de Liberación Nacional, nace el 4 de julio de 1964.</p> <p>-EPL: Ejército Popular de Liberación, nace en 1965, como brazo armado del PCC (m-l).</p> <p>-FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, formalmente nace en 1966, pero su origen se remonta a la resistencia campesina de la época de la violencia.</p> <p>-FECODE: Federación Colombiana de Educadores.</p> <p>-FEDENAL: Federación de Trabajadores del río Magdalena, dirigida por el PCC en la década del 40.</p> <p>-FEDEPETROL: Federación Nacional de Trabajadores del Petróleo.</p> <p>-FEDETAB: Federación de Trabajadores del Valle dirigida en el 60 por el PCC.</p> <p>-FENALCO: Federación Nacional de Comerciantes.</p>	<p>nacionalista radical de los años treinta.</p> <p>-KAS: Coordinadora Abertzale Sozialista, comité creado por ambas ramas de ETA en 1975.</p> <p>Komunistak: nombre adoptado por una escisión de ETA en 1969. Más tarde pasó a ser Movimiento Comunista de España (MCE).</p> <p>-LAIA: Langile Abertzale Iraultaileen Alderdia (Partido Obrero Patriótico Revolucionario), nombre adoptado por el Frente Obrero de ETA-V tras escindirse de su grupo de origen en 1974.</p> <p>-LAB: Langile Abertzale Batzordea (Comité Patriótico Obrero), sindicato nacionalista de izquierdas.</p> <p>-LAK: Langile Abertzale Komiteak (Comité Patriótico Obrero), organización obrera anarconacionalista.</p> <p>-LCR, Liga Comunista Revolucionaria.</p> <p>-ORT: Organización Revolucionaria de Trabajadores, Grupo maoísta que se originó en las organizaciones obreras católicas creadas por los jesuitas.</p> <p>-PCE-EPK: Partido Comunista de España-Euskadi Partido Komunista.</p> <p>-PSOE-PSE: Partido Socialista Obrero Español-Partido Socialista de Euskadi.</p> <p>-PNV-EAJ: Partido Nacionalista Vasco-Eusko Alderdi Jeltzailea.</p> <p>-PTE: Partido del Trabajo de España, anteriormente PCE (i).</p> <p>-UGT: Unión General de Trabajadores, partido cercano al PSOE.</p> <p>-UCD: Unión de Centro Democrático.</p>
--	---

Surge al final de la segunda administración de López Pumarejo (organización de sectores económicos dominantes).

-FENALTRASE: Federación Nacional de Trabajadores de Servicios del Estado. Surge en 1979.

-FENANSINTRAP: Federación Nacional Sindical de Trabajadores Públicos.

-Frente Popular: frente político que surge impulsado por el PCC (m-l) para utilizar los espacios políticos abiertos por los Acuerdos de Tregua y Diálogo Nacional.

-Frente Unido: frente unitario político y de movimientos populares organizado por Camilo Torres en 1964.

-FESTRACOR: Federación Sindical de Trabajadores de Córdoba.

-FUAR: Frente Unido de Acción Revolucionaria. Surge en 1958. Parte de su militancia organiza el MOEC.

-FUN: Federación Universitaria Nacional.

-INCORA: Instituto Colombiano de Reforma Agraria.

-Junta de Acción Comunal: organización barrial de carácter institucional a través de las cuales la población colabora con el gobierno en planes de desarrollo para la comunidad. En la actualidad constituyen la organización de base del Movimiento Cívico Comunal.

-Unión Patriótica: frente político impulsado en 1985 por las FARC y otros grupos en alianza con el Partido Comunista, participa en las elecciones presidenciales de 86 y de alcaldes en 1988.

-Unión Sindical de Trabajadores del Magdalena: creada en 1924, logra afiliar cerca de 32 mil obreros de esta región, la más importante fuerza laboral y política de la Costa Atlántica.

-UNIR: Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria, fundada por Jorge Eliécer Gaitán, en 1933, corriente de liberalismo que adopta las ideas socialistas.

-UNIR: Comités de Unidad Intersindical Regional, creados en mayo de 1973.

-UNO: Unión Nacional de Oposición, agrupación de izquierda creada a iniciativa del PC y de otros sectores para enfrentar elección de 1973.

-USITRAS: Unión Sindical de Trabajadores de Santander.

-UTS: Unión de Trabajadores de Santander.



# **BIBLIOGRAFÍA**

Acevedo, Álvaro, *Revolución sin alma*, Biografía de Jaime Arenas, Texto mimeografiado, próxima publicación, Bucaramanga, 2004.

Adamoli, Ambrogio, *Violencia y religiosidad*, Ed. Escuela Colombiana de Ingeniería, Bogotá, 1996.

Aguilera Peña, Mario, “La memoria y los héroes guerrilleros”, en *Análisis Político*, n° 49, IEPRI-Univ. Nacional de Colombia, Bogotá, 2003, pp. 3-27.

Alape, Arturo, *La paz, la violencia: testigos de excepción*, Planeta, Bogotá, 1985.

-, *Diario de un guerrillero*, Abejón Mono, Bogotá, 1970.

Alonso, Manuel Alberto, *Conflicto armado y configuración regional. El caso del Magdalena Medio*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1997.

Alonso, Rogelio, *Matar por Irlanda. El IRA y la lucha armada*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Ángel, Gabriel, *La luna del forense*, Ediciones Magdalena Medio, Bogotá, s/f.

Antillón Salazar, Alvar, *Teodora “la guerrillera”*, Ed. La Buganville, Barcelona, 2002.

Antolín, Matías, *Mujeres de ETA. Piel de serpiente*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2002.

Aranda Sánchez, J.M., “El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales”, en <http://148.215.4.208/rev21/pdf/aranda.PDF>

Arango Z., Carlos, *Crucifijos-Sotanas y fusiles*, Editorial Colombia Nueva, Bogotá, 1991.

-, *FARC, veinte años. De Marquetalia a La Uribe*, Ediciones Aurora, Bogotá, 1984.

-, *Yo vi morir a Camilo*, Ed. Colombia Nueva, Bogotá, 1982.

-, *Guerrilleros FARC-EP. Crónicas y testimonios de guerra*, Ed. Anteo, Bogotá, 1984.

Aranzadi, Juan, “Etnicidad y violencia en el País Vasco”, en J. Aranzadi, J. Juaristi y P. Unzueta, *Auto de terminación*, El País-Aguilar, Madrid, 1994.

-, “Violencia vasca y etnicidad”, en Julio Arostegui, *Violencia y política en España*, Marcial Pons, Madrid, 1994.

Archila, Mauricio, *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH–, Bogotá, 2003.

-, “¿Utopía armada? Oposición política y movimientos sociales durante el Frente Nacional”, en *Controversia*, Bogotá, pp.25-53.

Arenas, Jacobo, *Cese el fuego. Una historia política de las FARC*, Ed. Oveja Negra, Bogotá, 1985.

-, *Diario de la resistencia de Marquetalia*, Secretariado del Estado Mayor Central FARC-Ejército del Pueblo, Montañas de Colombia, Tercera Edición, 2000.

Arenas, Jaime, *La guerrilla por dentro. Análisis del ELN Colombiano*, Tercer Mundo, Bogotá, 1971.

Arendt, Hannah, *Sobre la violencia*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1970.

-, *Sobre la revolución*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1967.

-, *Los orígenes del Totalitarismo*, Tomo I, Alianza, Madrid, 1978.

Arocha Rodríguez, Jaime, “Insurgencia, contrainsurgencia y etnodesarrollo violentado en Colombia”, en *Memorias II Simposio nacional sobre la violencia en Colombia*, Univ. Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Centro de Estudios para el

desarrollo social, Bogotá, 1986, pp. 67-111.

Arocha, Jaime; Cubide, Fernando y Jimeno, Myriam (Comp.), *Las violencias: inclusión creciente*, Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998.

Arostegui, Julio, *Violencia y política en España*, Marcial Pons, Madrid, 1994.

Arpal, Jesús, “La legitimación de las instituciones políticas: dificultades de una normalización”, en Fernando Reinares, *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brouwers, Bilbao, 1984, pp. 71-82.

Arteta Dávila, Yezid, *Trocha de ébano y otros relatos*, s/e, Bogotá, 2000.

Atehortúa Cruz, A.L.; Velez, H., “Estado y fuerzas armadas, raíces históricas de la crisis del Estado en Colombia”, en Guerrero, A.A., *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia, Memorias VIII Congreso Nacional de historia de Colombia*, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1992, pp.489-500.

-, “Guerras y milicia: instrumentos de los civiles para la participación política en Colombia”, en Javier Guerrero Barón (Comp.), *Iglesia, movimientos y partidos: política y violencia en la historia de Colombia, Memorias IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, 1995, pp. 345-362.

Ayala, César, *Nacionalismo y populismo: Anapo y el discurso de la oposición en Colombia: 1960-1966*, Ed. Códice, Bogotá, 1995.

-, *Los orígenes de la Alianza Nacional Popular: Oposición y resistencia al establecimiento del Frente Nacional (1953-1964)*, Colciencias-Universidad Nacional, Bogotá, 1996.

Barbosa Estepa, Reinaldo, “Imaginario colectivo y crisis de representación: las disputas territoriales en un estado en entredicho”, en Archila, Mauricio y Pardo,

Mauricio (Eds.), *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*, Universidad Nacional de Colombia-Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, s/f., pp. 495-521.

Behar, Olga, *Las guerras de la paz*, Planeta, Bogotá, 1985.

Bejarano, Jesús Antonio, “Campesinado, luchas agrarias e historia social en Colombia: notas para un balance historiográfico”, en González Casanova, Pablo (Coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 9- 72.

Benjamín, Walter, “Para la crítica de la violencia” en *Angelus Novas*, Ed. La Gaya Ciencia, Barcelona, 1971.

Bergquist, Charles, *Labor in Latin American: comparative essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia*, Standford University Press, Standford, 1986.

Beristain, Antonio, “Los terrorismos en el País Vasco y en España”, en Fernando Reinares, *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brouwers, Bilbao, 1984, pp. 169-195.

Berryman, Phillip, *Teología de la liberación. Los hechos esenciales en torno al movimiento revolucionario en América Latina y otros lugares*, s. XXI, México, 1989.

Binaburo, J. A.; Etxeberría, X. (Ed.), *Pensando la violencia. Desde W. Benjamin, Hannah Arendt, René Girard y Paul Ricoeur*, Bakeaz-Los Libros de la Catarata, Madrid, 1994.

Blair, Elsa, *Conflicto y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*, Ed. Universidad de Antioquia-CINEP, Medellín, 1999.

Bolívar, Ingrid J., *Violencia política y formación del estado. Ensayo historiográfico sobre la dinámica regional de la violencia de los cincuenta en*

Colombia, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP)-Universidad de los Andes, Bogotá, 2003.

Bonilla, Heraclio, *Perú en el fin del milenio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

Botero Montoya, Mauricio, *El MRL*, Publicaciones Universidad Central, Bogotá, 1990.

Broderick, Walter J., *El guerrillero invisible*, Intermedio Editores, Bogotá, 2000.

-, “La búsqueda de una iglesia distinta”, en Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, Intermedio Editores, Bogotá, 2001.

Bruni, Luigi, *ETA, historia política de una lucha armada*, Txalaparta, Tafalla, 1990.

Buenaventura, Nicolás, *Historia del PCC*, CEIS-INEDO, Bogotá, 1990.

Bustos Valencia, Alirio, *La ley del monte. Crónica*, Intermedio Editores, Bogotá, 1999.

Cabrero, Ferrán, *El camino de las armas. Visiones de la lucha guerrillera y civil en América Latina*, Ed. Tercera Prensa, Donostia, 1998.

Calvo Ocampo, Fabiola, *Manuel Pérez, un cura español en la guerrilla colombiana*, VOSA, Madrid, 1998.

-, *Colombia: EPL, una historia armada*, Ediciones VOSA, Madrid, 1987.

Camacho Guizado, Álvaro, “El ayer y el hoy de la violencia en Colombia: continuidades y discontinuidades”, en *Análisis Político*, 12, Enero-Abril, 1991, pp.23-34.

Camacho, A.; Guzmán, A.; Ramírez, M. C.; Gaitán, F., *Nuevas visiones sobre la violencia en Colombia*, Fescol-Iepri, Bogotá, 1997.

Carrión, Gabriel, *ETA en los archivos secretos de la policía política de Franco 1952-1969*, Editorial Agua Clara, Murcia, 2002.

Casanova, Iker; Asensio, Paul, *Argala*, Ed. Txalaparta, Tafalla, España, 2002.

Casanova, Julián (comp.), *Guerras civiles en el siglo XX*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 2001.

Casas, Ulises, *Origen y desarrollo del movimiento revolucionario colombiano*, Sociedad Democrática-Partido Socialista Colombiano-etc., Bogotá, 1990.

-, *De la guerrilla liberal a la guerrilla comunista*, Sin Editorial, Bogotá, 1987.

Castañeda, Jorge G., *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994.

Castaño, Oscar, *El guerrillero y el político: Ricardo Lara Parada*, Oveja Negra, Bogotá, 1984.

Castoriadis, Cornelius, “Las raíces psíquicas y sociales del odio”, en Fabio Giraldo Isaza (comp.), *Guerra y muerte*, Fundación para la investigación y la cultura, Bogotá, 2002, p. 72.

Castro, María Clemencia, “La guerra y el deleite taciturno”, en *Desde el jardín de Freud*, nº 3, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2003, pp. 90-97.

- y Díaz, Carmen L., *Guerrilla, reinserción y lazo social*, Almudena Editores, Bogotá, 1997.

Castro Caycedo, Germán, *En secreto*, Planeta, Bogotá, 1996.

-, *Del ELN al M-19*, Ed. Carlos Valencia, Bogotá, 1980.

Castro Moral, Lorenzo, “La izquierda radical y la tentación de las armas”, en

José Manuel Roca (Ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Ed. Los libros de la Catarata, 1994.

Cavagnari Filho, Gerardo Lesbat, “América del Sur: algunos elementos para la definición de la Seguridad Nacional”, en Francisco Leal Buitrago, Juan Gabriel Tokatlian (Comp.), *Orden mundial y seguridad. Nuevos desafíos para Colombia y América Latina*, Tercer Mundo-IEPRI-SID, Bogotá, 1994, pp. 49-76.

Comisión de estudios de la violencia, *Colombia: violencia y democracia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1987.

Corcuera, Javier, “La difícil definición del ‘problema vasco’”, en Fernando Reinares, *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brouwers, Bilbao, 1984, pp. 37-53.

Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, Intermedio Editores, Bogotá, 2001.

Correa Arboleda, Medardo, *Sueño inconcluso. Mi vivencia en el ELN*, FINDESARROLLO, Bogotá, 1997.

Darcy de Oliveira, R.; Calaine, I. L.; Domoulin, J.; Benston, M.; *Discusiones sobre la liberación de la mujer*, Ed. La Pulga, Medellín, 1975.

Debray, Régis, *La guerrilla del Che*, Siglo XXI, México, 1985 (primera ed. 1974).

-, “¿Revolución en la revolución?”, en *Ensayos sobre América Latina*, Ed. Era, México, 1969.

De La Torre, Cristina, “Nacimiento del ELN. Revelaciones de Ricardo Lara Parada”, en *Trópicos. Crítica y réplica*, nº 3, Marzo-Abril, 1980.

Delgado, Álvaro, *Luchas sociales en el Caquetá*, Ediciones Ceis, Bogotá, 1987.



Díaz Callejas, Apolinar, *Diez días de poder popular. El 9 de abril de 1948 en Barrancabermeja*, Fescol-Ed. El Labrador, Bogotá, 1988.

Dirección Nacional UC-ELN, *Conclusiones II Congreso Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional, Poder Popular y Nuevo Gobierno*, Ed. Colombia Viva, Colombia, 1990.

Domínguez Iribarren, Florencio, *Las raíces del miedo. Euskadi, una sociedad atemorizada*, Santillana, Madrid, 2003.

-, *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas*, Santillana, Madrid, 2002.

-, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*, Universidad País Vasco, Bilbao, 1998.

Durkheim, Emile, *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*, Ed. Akal, Madrid, 1992.

Dusell, Enrique, *Introducción a la filosofía de la liberación*, Ed. Nueva América, Bogotá, 1979.

Elorza, Antonio (Coord.), *La historia de ETA*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.

-, *La religión Política. El nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismos*, Haranburu, 1995.

Espinosa, Myriam A., *Surgimiento y andar territorial del Quintin Lame*, Ed. Abya-Yala, Popayán (Colombia), 1996.

ETA, *Hacia una estrategia revolucionaria vasca*, Editions Hordago, Hendaya, 1974.

Ezkerra, Iñaki, *ETA pro nobis. El pecado original de la Iglesia vasca*, Planeta, Barcelona, 2002.

Fals Borda, Orlando, *Campesinos de los Andes*, Iquima, Bogotá, 1961.

Fanon, Frantz, *Les Damnés de la terre*, Maspero, París, 1961.

Ferro Medina, Juan Guillermo; Uribe Ramón, Graciela; *El orden de la guerra. Las FARC-EP entre la organización y la política*, CEJA, Bogotá, 2002.

Franco, Saúl, *El quinto: no matar. Contextos explicativos de la violencia en Colombia*, Tercer Mundo Ed.-IEPRI, Bogotá, 1999.

García, Alejandro, *Hijos de la violencia. Campesinos de Colombia sobreviven a “golpes” de paz*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1996.

García Caneiro, José; Vidarte, Francisco José; *Guerra y filosofía. Concepciones de la guerra en la historia del pensamiento*, Ed. Tirant Lo Blanch, Valencia, 2002.

García-Pelayo, M., *Los mitos políticos*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1981.

Garmendia, José M., *Historia de ETA*, 2 vols., Haramburu Editor, San Sebastián, 1979.

-, “ETA: nacimiento, desarrollo y crisis (1959-1978)”, en Antonio Elorza, (Coord.), *La historia de ETA*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.

Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1989.

-, “Religion as a Cultural system”, en M. Banton (ed.), *Anthropological Approaches to the study of Religion*, Londres, Tavistock, 1987, pp. 1-46.

Giddens, Anthony, “La teoría política y el problema de la violencia”, en *Más allá de la izquierda y la derecha*, Ed. Cátedra, Madrid, 1994.

Gillespie, R., “La guerrilla urbana en América Latina”, en O’Sullivan, Noel, *Terrorismo, ideología y revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

Giraldo Isaza, Fabio (Comp.), *Guerra y muerte*, Fundación para la Investigación y la Cultura (FICA), Cali (Colombia), 2002.

Girard, René, *La violencia y lo sagrado*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1972.

Gnecco, Cristobal y Zambrano, Marta (Comp.), *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia/Universidad del Cauca, Bogotá, 2000.

Godelier, Maurice, *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*, Taurus, Madrid, 1989.

González, Fernán, *Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción de Estado*, Centro de Investigación y Educación Popular –CINEP–, Bogotá, 2003.

-, “Violencia política, clientelismo y modernización selectiva del Estado. Una mirada de largo plazo sobre la democracia en Colombia”, Documento mimeografiado, 2003.

-, “Violencia política, clientelismo y modernización selectiva del Estado. Una mirada de largo plazo sobre la democracia en Colombia”, documento mimeografiado, 2003.

-, “Conflicto violento en Colombia: una perspectiva de largo plazo”, en *Controversia*, número extraordinario, Centro de Investigación y educación popular (CINEP), Bogotá, Febrero, 2004.

-, “Trayectorias democráticas en la región andina. Violencia política, clientelismo y modernización selectiva del Estado”, Texto mimeografiado, 2004.

-, “La violencia política y las dificultades de la construcción de lo público en Colombia: una mirada de larga duración”, en Arocha, Jaime; Cubide, Fernando y Jimeno, Myriam (Comp.), *Las violencias: inclusión creciente*, Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998, pp. 163-185.

González Casanova, Pablo (Coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, Siglo XXI, México, 1985.

Gros, Christian, “Los campesinos de las cordilleras frente a los movimientos guerrilleros y a la droga: ¿actores o víctimas?”, en *Análisis Político*, mayo-agosto, Bogotá, 1989. Tomado de *Guerra en Colombia: democracia y conflicto agrario*, IEPRI-FICA (Fundación para la investigación y la cultura), Bogotá, 2004, pp. 107-156.

Grüner, Eduardo, *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Ed. Colihue, Buenos Aires, 1997.

Guerra de Mesa, M. R.; Plata, J. J.; “La investigación reciente sobre violencia en Colombia”, Conferencia en el Centro Rockefeller para Estudios Latinoamericanos de la Univ. de Harvard, 20 Febrero 2004.

Guerrero Barón, Javier, “Las guerras de las esmeraldas: desestructuración estatal, economía ilegal y violencia armada. Elementos históricos en la conformación de la cultura regional”, en Guerrero, A., *Cultura política, movimiento sociales y violencia en la historia de Colombia, Memorias VIII Congreso Nacional de historia de Colombia*, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1992, pp.363-387.

Guevara, Ernesto, “La guerra de guerrillas”, en *Obras, 1957-1967*, La Habana, Casa de las Américas, tomo I, 1977.

Guillén Martínez, Fernando, *El poder político en Colombia*, Planeta, Bogotá, 2004 (1ª ed. 1979).

-, *Raíz y futuro de la Revolución*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1963.

Gutiérrez, Orlando, *La estructura de la propiedad rural y sistema de tenencia de tierra en Santander*, Funprocep, Colombia, 1990.

Harnecker, Marta, *Unidad que multiplica: entrevista a dirigentes máximos de la Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional*, Quimera Editores, Quito, 1988.

Harker Valdivieso, Roberto, *Autores santandereanos*, Biblioteca Santander, vol. XXXII, Bucaramanga, 1978.

Heiberg, Marianne, *La formación de la nación vasca*, Arias Montano, Madrid, 1991.

Heras Gómez, Leticia, “Cultura política: el estado del arte contemporáneo”, en *Reflexión Política*, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Autónoma de Bucaramanga, nº 8, Diciembre, 2002, pp. 181-191.

Hobsbawn, Eric, J., “La anatomía de “La Violencia” en Colombia”, en *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1968, pp. 225-234.

-, “Historiografía del bandolerismo”, en Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (Comp.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá, 1986, pp. 367-377.

-, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991.

Ibáñez Langlois, José Miguel, *Teología de la liberación y lucha de clases*, Madrid, Ed. Palabra, 1985.

Ibarra Güell, Pedro, *La evolución estratégica de ETA: de la “guerra revolucionaria” (1963) a la negociación (1987)*, Kriselu, San Sebastián, 1989.

Jaramillo, Carlos Eduardo, “La guerra de los Mil Días: aspectos estructurales de la organización guerrillera”, en Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (Comp.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá, 1986, pp. 47-86.

Jaramillo, Jaime Eduardo, *Estado, sociedad y campesinos*, Tercer Mundo, Bogotá, 1988.

Jauregui Bereciartu, Gurutz, *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis*

*de su evolución entre 1959 y 1968*, Siglo XXI, Madrid, 1985, (2ª ed.).

-, “ETA: orígenes y evolución ideológica y política”, en Antonio Elorza (Coord.), *La historia de ETA*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2000.

Jiménez, Absalón, “Ciudadanía, identidad y nación, Colombia 1781-1948. Un balance de las formas de participación y reivindicación de los sectores subalternos”, en *Memorias XII Congreso Colombiano de Historia*, Universidad del Cauca, 2003.

Juaristi, Jon, *Sacra némesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos*, Ed. Espasa Calpe, s.a., Madrid, 1999.

-, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Espasa Calpe, Madrid, 1997.

Juliá Díaz, Santos, *Historia social/ Sociología histórica*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

Kline, Harvey, *State Building and Conflict Resolution in Colombia, 1986-1994*, University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama, 1999.

Kocka, Jürgen, *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, 2002.

König, Hans-Joachim, *Auf dem Wege zur Nation: Nationalismus im Prozess d. Staats- u. Nationbildung Neu-Granadas 1750-1856*, Steiner-Verl, Stuttgart, 1988. Traducción al español: *En el camino a la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, 1750-1856*, Banco de la República, Bogotá, 1994.

Lafaye, Jacques, *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*, F.C.E., México, 1984.

Lair, Eric, “El terror, recurso estratégico de los actores armados: reflexiones en torno al conflicto colombiano”, en *Análisis Político*, n° 37, Mayo-Agosto, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1999, pp. 64-76.

Lara Parada, Ricardo, “Ricardo Lara Parada se rectifica”, en *Trópicos. Crítica y réplica*, n° 7, Bogotá, 1980.

Leal Buitrago, Francisco, *La seguridad nacional a la deriva. Del Frente Nacional a la Posguerra Fría*, Alfaomega Colombiana S.A., Colombia, 2002.

-, “Defensa y seguridad nacional en Colombia, 1958-1993”, en Francisco Leal Buitrago, Juan Gabriel Tokatlian (Comp.), *Orden mundial y seguridad. Nuevos desafíos para Colombia y América Latina*, Tercer Mundo-IEPRI-SID, Bogotá, 1994, pp. 131-172.

-, “Estabilidad macroeconómica e institucional y violencia crónica”, en Francisco Leal Buitrago (comp.), *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*, TM Editores-IEPRI-Colciencias, Bogotá, 1995, pp.21-61.

-, y L. Zamosc, (comps.), *Al filo del caos: crisis política en la Colombia de los 80*, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Nacional-Tercer Mundo, Bogotá, 1990.

-, y Andrés Davila, *Clientelismo. El sistema político y su expresión regional*, Tercer Mundo-IEPRI, Bogotá, 1990.

Legrand, Catherine, *Frontier Expansion and peasant protest in Colombia, 1850-1936*, University of Nuevo México Press, Albuquerque, 1986.

-, “Colonización y violencia en Colombia: perspectivas y debate”, en C. Legrand y otros, *El agro y la cuestión social*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994, pp. 3-26.

-, “Los antecedentes agrarios de la Violencia: el conflicto social en la frontera colombiana, 1850-1936”, en Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (Comp.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá, 1986, pp. 87-110.

Leliève, Christiane; Moreno, Graciliana; Ortiz, Isabel, *Haciendo memoria y dejando rastros. Encuentros con mujeres excombatientes del Nororiente de Colombia*, Fundación Mujer y Futuro, Bucaramanga, 2004.

Londoño, Carlos A., “La modernidad y el papel del Estado en la época de la Violencia” en *Memorias de Historia, IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, 1995, pp.

López De La Roche, Fabio, *Izquierdas y cultura política. ¿Oposición alternativa?*, CINEP, Bogotá, 1994.

López Vigil, María, *Camilo camina en Colombia*, Segunda edición, Hecho en Colombia, 1989.

Mac Gregor, F.; Rubio, M. y Vega, R., *Marco teórico y conclusiones de la investigación sobre violencia estructural*, Asociación peruana de estudios e investigación para la paz (APEP), Lima, 1990.

Machado Cartagena, Absalón (comp.), *El agro y la cuestión social*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994.

Macías, Julio César, *La guerrilla fue mi camino. Epitafio para César Montes*, Ed. Piedra Santa Arandí, Guatemala, 1999.

Manrique, Nelson, “La década de la violencia”, en Heraclio Bonilla, *Perú en el fin del milenio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

Martínez Calvo, Pascual, *Historia del Seminario Diocesano de Zaragoza y la evangelización*, Edita Pascual Martínez, Zaragoza, 2000.



Marulánda Vélez, Manuel, *Cuadernos de campaña*, Montañas de Colombia, (1ª ed. 1973).

Marx, Kart, *El Dieciocho Brumario de Luís Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1985.

Mata López, José Manuel, *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, EHU/Universidad País Vasco, Bilbao, 1993.

Medina Gallego, Carlos, *Elementos para una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional. La historia de los primeros tiempos (1958-1978)*, Rodríguez Quito Editores, Bogotá, 2001.

-, *ELN: una historia contada a dos voces*, Rodríguez Quito Editores, Bogotá, 1996.

-, *Elementos para la construcción de una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional*, ELN, Tesis Maestría Universidad Nacional, Bogotá, 2000.

-, “La violencia parainstitucional en Colombia”, en Guerrero, A., *Cultura política, movimiento sociales y violencia en la historia de Colombia, Memorias VIII Congreso Nacional de historia de Colombia*, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1992, pp. 445-461.

-, *Elementos para una caracterización de diferencias entre el ELN y las FARC*, (Conferencia Inédita).

-, *Guerra, violencia y terrorismo. Una reflexión desde el auditorio*, (Documento mimeografiado).

-, “Aproximación a las ideas políticas del ELN”, en Corporación Observatorio para la Paz, *Las verdaderas intenciones del ELN*, Intermedio Editores, Bogotá, 2001.

Meléndez Sánchez, Jorge, ...*Y ahí cayó Camilo*, Ed. El Búho, Bogotá, 1996.

Méndez, M. A. y Giacaglia, M. A., “Debates actuales acerca de la política y lo político”, en Carlos Enrique Berbeglia (coord.), *Violencia y cultura. Nuevas propuestas para una antropología argentina*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2003, pp. 173-186.

Merari, Ariel, “Disposición para matar y morir: terrorismo suicida en Oriente Próximo”, en W. Reich, *Orígenes del terrorismo. Psicología, ideología, teología, estados mentales*, Ed. Pomares Corredor, Barcelona, 1994.

Mill, John Stuart, *A System of Logia*, (1ª. ed. 1843), traducido como *Sistema de lógica inductiva y deductiva*, Ed. Jorro, Madrid, 1917.

Molano Bravo, Alfredo, *Trochas y fusiles*, El Áncora Editores, Bogotá, 1998.

- “Algunas consideraciones sobre colonización y violencia”, en C. Legrand y otros, *El agro y la cuestión social*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994, pp. 27-41.

Montenegro, Armando; Posada, Carlos E., *La violencia en Colombia*, Alfaomega, Bogotá, 2001.

Múnera Ruiz, Leopoldo, *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*, CEREC-IEPRI, Bogotá, 1998.

Muñoz Rengel, Juan Jacinto, “De la crítica estructuralista a la disolución de la estética, el lenguaje y la realidad”, en *Revista Anthropos. Semiología crítica, de la historia del sentido al sentido de la historia*, nº 186, sept.-oct., Barcelona, 1999, p. 106.

Núñez, Luís C. (Coord.), *Euskadi eta Askatasuna. Euskal Herria y la libertad*, Editorial Txalaparta, Tafalla, 1994.

Oquist, Paul, *Violence, conflict and politics in Colombia*, Academic Press, New York, 1990 (traducido al castellano como *Violencia, política y conflicto en*

Colombia, Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca del Banco Popular, Bogotá, 1978).

Organización de Naciones Unidas (ONU), *Informe Nacional de Desarrollo Humano 2003: Entender para cambiar las raíces locales del conflicto*.

Ortiz, Carlos Miguel, “Violencia pasada y violencia actual”, en *Memorias II Simposio nacional sobre la violencia en Colombia*, Univ. Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Centro de Estudios para el desarrollo social, Bogotá, 1986, pp. 139-146.

Páez, Carlos, “De violentos y políticos, de anacoretas y revolucionarios (o borrón y cuenta nueva)”, en Carlos Enrique Berbeglia (coord.), *Violencia y cultura. Nuevas propuestas para una antropología argentina*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2003, pp. 187-193.

Pagola, José A., *Una ética para la paz. Los obispos del País Vasco 1968-1992*, Idatz, San Sebastián, 1992.

Paige, Jeffery, *Agrarian revolution: social movements and export agriculture in the underdeveloped world*, Free Press, New York, 1975.

Palacios, Marco, *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*, Ed. Norma, Bogotá, 2002.

-, “Proyecciones sobre escenarios de mediano y corto plazo”, Trabajo realizado para la Fundación Ideas para la Paz sobre el campo político y los procesos de diálogo y negociación con las FARC y el ELN, documento mimeografiado, Bogotá, 22 de marzo de 2001.

-, “El (des) encuentro de los colombianos con el liberalismo: algunas notas históricas sobre un déficit estatal crónico”, en Javier Guerrero (comp.), *Iglesia*,

*movimientos y partidos: política y violencia en la historia de Colombia*, Memorias IX Congreso de Historia de Colombia, Tunja, 1995, pp. 16-25.

Partido Comunista de Colombia (Marxista-leninista), *Documentos*, Vol. 3, Ed. 8 de Junio, Medellín, 1975.

Pécaut, Daniel, *L'ordre et La Violence: evolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953*, Editions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 1987. Traducido al castellano: *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, CEREC-Siglo XXI, Bogotá, 1987. Reeditado en: *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, Norma, Bogotá, 2001.

-, “Modernidad, modernización y cultura”, en *Gaceta*, 8, Colcultura, Bogotá, 1990, pp. 15-17.

-, “Presente, pasado y futuro de la violencia”, en *Análisis Político*, 30, Bogotá, enero-abril, 1997, pp.3-36.

-, “De las violencias a la violencia”, en Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (Comp.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá, 1986, pp. 183-194.

-, “Colombia: Violencia y Democracia”, en *Análisis Político*, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, mayo-agosto, 1991.

-, *Guerra contra la sociedad*, Ed. Planeta, Bogotá, 2001.

Peñaranda, Ricardo, “Los orígenes del movimiento armado Quintin Lame”, en Amado A. Guerrero Rincón, *Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia*, Memorias VIII Congreso Nacional de historia de Colombia, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1992, pp. 405-418.

Perea, Carlos Mario, *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*, Santafé de Bogotá, Ed. Santillana,

1996.

Pérez Ramírez, Gustavo, *Camilo Torres Restrepo. Profeta para nuestro tiempo*, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Bogotá, 1999.

Pizarro Leongómez, Eduardo, *Una democracia asediada. Balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*, Ed. Norma, Bogotá, 2004.

-, *Las FARC (1949 – 1966): de la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, IEPRI - Universidad Nacional, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1991.

-, *Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*, Tercer Mundo Editores-IEPRI, Bogotá, 1996.

-, “La reforma militar en un contexto de democratización política”, en Francisco Leal Buitrago (comp.), *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*, TM Editores-IEPRI-Colciencias, Bogotá, 1995, pp.159-208.

“La guerrilla revolucionaria en Colombia”, en Sánchez, G. y Peñaranda, R. (Eds.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, CEREC, Bogotá, 1986, pp. 391-411.

-, “Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia”, en *Análisis Político*, 12, Enero-Abril, 1991, pp.7-22.

-, “La guerrilla en Colombia”, en *Controversia*, nº 141, Centro de investigación y educación popular (CINEP), Bogotá, Marzo 1988.

-, “La guerrilla y el proceso de paz”, en Gustavo Gallón Giraldo (comp.), *Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*, CINEP-Cerec, Bogotá, 1989.

Popkin, Samuel L., *The rational peasant: the political economy of rural*

*society in Vietnam*, University of California Press, Berkeley, 1979.

Portuondo, Ernesto, “Forja de rebeldes. Una aproximación a los orígenes de las vanguardias militantes del radicalismo de izquierdas en la segunda mitad de los sesenta: el movimiento estudiantil (1964-1970)”, en José Manuel Roca (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Ed. Los libros de la Catarata, Madrid, 1994.

Post, Jerrold M., “Psicología terrorista: el comportamiento terrorista como producto de fuerzas psicológicas”, en W. Reich, *Orígenes del terrorismo. Psicología, ideología, teología, estados mentales*, Ediciones Pomares Corredor, Barcelona, 1994.

Quijano, Aníbal, “¿Entre la Guerra Santa y la Cruzada?”, en *América Latina En Movimiento*, Agencia Latinoamericana de Información, nº 341, Octubre 2001, Quito, pp.12-22.

Ramírez Tobón, William, *Estado, violencia y democracia. Ensayos*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1990.

-, “Violencia y democracia en Colombia”, en *Análisis Político*, 3, Enero-Abril, 1988, pp.64-78.

-, “La guerrilla rural en Colombia: ¿una vía hacia la colonización armada?”, en *Estudios rurales latinoamericanos*, vol. 4, nº 2, 1981.

Recalde, José Ramón, “El sistema legítimo de convivencia”, en Fernando Reinares, *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brouwers, Bilbao, 1984, pp. 83-97.

Reich, Walter, *Orígenes del terrorismo: Psicología, ideología, teología, estados mentales*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1994.

Reinares, Fernando, *Terrorismo y antiterrorismo*, Paidós, Barcelona, 1998.

-, *Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y por qué*, Taurus (Grupo Santillana), Madrid, 2001.

Rementería, Iban de, “La violencia en el Magdalena Medio”, en *Economía Colombiana*, 160 y 161, Bogotá, 1984.

-, “Hipótesis sobre la violencia reciente en el Magdalena Medio”, en Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (Comp.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá, 1986, pp. 333-348.

Renan, Ernest, *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*, Alianza, Madrid, 1987, (1ª ed. 1882).

Restrepo, Javier Darío, *La revolución de las sotanas. Golconda 25 años después*, Planeta, Bogotá, 1995.

Restrepo, Luis Alberto, “La guerra como sustitución de la política”, en *Análisis Político*, 4, Enero-Abril, 1988, pp.80-93.

Restrepo, Luis Carlos, *El retorno de lo sacro*, Taurus, Bogotá, 2004.

-, “‘Mato, luego existo’. Dimensión simbólica de la violencia”, en *Revista Colombiana de Psicología*, Universidad Nacional de Colombia, nº 2, Bogotá, 1993, pp. 63-69.

Reyes Posada, Alejandro, “La violencia y el problema agrario en Colombia”, en *Análisis Político*, septiembre-diciembre, Bogotá, 1987. Tomado de *Guerra en Colombia: democracia y conflicto agrario*, IEPRI-FICA (Fundación para la investigación y la cultura), Bogotá, 2004, pp. 55-106.

Ribeiro, Darcy, *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, Siglo XXI, México, 1980 (1ª ed. 1971).

Rivas, Gerardo y Villegas, Jorge, *La paz es un poema. Colombia: violencia 1958-1984*, Fundación para la investigación y la cultura (FICA), Bogotá, 1980.

Roca, José Manuel (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Ed. Los libros de la Catarata, Madrid, 1994.

-, “Una aproximación sociológica, política e ideológica a la izquierda comunista revolucionaria en España”, en José Manuel Roca (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Ed. Los libros de la Catarata, Madrid, 1994.

Rodríguez Bautista, Nicolás, *Y nos hicimos guerrilleros*, Ediciones Colombia Viva, Primera Edición, Colombia, Mayo de 1990.

Rojas, Cristina, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Ed. Norma, Bogotá, 2001.

Romero Medina, Amanda, *Magdalena Medio: luchas sociales y violaciones a los derechos humanos 1980-1992*, Corporación Avre, Bogotá, 1994.

Rouquié, Alain, *Guerras y paz en América Central*, F.C.E., México, 1994.

Rubio, Mauricio, “Costos económicos de la impunidad”, en Germán D. Manga (Ed.), *Inseguridad e impunidad en Colombia*, Partido Conservador Colombiano, Bogotá, 1997, pp. 57-92.

Rubiralta Casas, Fermí, *El nuevo nacionalismo radical. Los casos gallego, catalán y vasco (1959-1973)*, Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa, Donostia, 1997.

Rueda Santos, Rigoberto, *De la guardia de fronteras a la contrainsurgencia. Elementos de la evolución política e institucional del ejército colombiano 1958-1965*, Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación superior (ICFES), Colombia, 2000.

Ruiz de Pinedo, Iñaki, “Euskadi, cuestión de estado”, en Fernando Reinares, *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brouwers, Bilbao, 1984, pp. 55-70.



Sada, Gabriel Osvaldo, “Algunas reflexiones sobre violencia y utopía”, en Carlos Enrique Berbeglia (coord.), *Violencia y cultura. Nuevas propuestas para una antropología argentina*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2003, pp. 249-276.

Salazar P., Róbinson, “Conflicto y violencia en América Latina (en búsqueda de un enfoque teórico)”, en *Reflexión Política*, Revista del Instituto de Estudios Políticos de la Univ. Autónoma de Bucaramanga, Año 3, nº 6, Diciembre de 2001, pp. 23-37.

Sánchez Gómez, Gonzalo, “Guerra y política en la sociedad colombiana”, en *Análisis Político*, 11, Sept-Dic, 1990, pp. 7-27.

-, “Violencia, guerrillas y estructuras agrarias”, en *Nueva Historia de Colombia*, Vol. II (Historia política 1946-1986), Planeta, Bogotá, 1989.

-, “Paz y violencia: las lecciones del Tolima”, en Guerrero, A., *Cultura política, movimiento sociales y violencia en la historia de Colombia, Memorias VIII Congreso Nacional de historia de Colombia*, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1992, pp.419-425.

-, *Guerras, memoria e historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá, 2003.

Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (Comp.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá, 1986.

Sánchez, Gonzalo y Wills, María Emma (Comp.), *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2000.

Sánchez-Blake, Elvira, *Patria se escribe con sangre*, Anthropos, Barcelona, 2000.

Sancho Larrañaga, Roberto, *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España: ELN y ETA*, Editorial Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), Bucaramanga (Colombia), 2003.

-, “La influencia de los factores externos en el surgimiento de la violencia política en Colombia en la segunda mitad del siglo XX”, en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, Vols. 19-20, Ediciones Universidad de Salamanca, España, 2001-2002, pp. 295-315.

-, “Análisis comparado de la violencia política armada en Colombia y España en la segunda mitad del siglo XX”, en CD-ROM *Memorias XII Congreso Colombiano de Historia*, Universidad del Cauca, Popayán (Colombia), Agosto del 2003.

-, “La cultura como eje epistemológico para interpretar la historia de Colombia: la cultura política colombiana como obstáculo para el desarrollo del estado-nación moderno”, en *Anuario de Historia regional y de las fronteras*, vol. VII, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, Colombia, 2001, pp. 147-168.

- “Memoria histórica y la decisión de “irse al monte”, en *Anuario de Historia regional y de las fronteras*, vol. VI, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, Colombia, 2001, pp. 403-424.

- “Algunos elementos para una historia comparada de la violencia política entre Colombia y España en la segunda mitad del siglo XX”, en *Anuario de Historia regional y de las fronteras*, vol. V, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, Colombia, 2000, pp. 199-225.

-, “Reconfiguraciones sociales de los miedos, certezas y deseos: el papel de la ciencia”, en *Cuestiones. Revista de la Escuela de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes*, Año 2, n° 4, UNAB, 2005, pp. 31-42.

Sarmiento Anzola, Libardo, “Evolución de la pobreza y la calidad de vida rural en Colombia, según tipos municipales y regiones, 1972-1992”, en C. Legrand y otros, *El agro y la cuestión social*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994, pp.110-125.

Scott, James C., *The moral economy of the peasant: rebellion and subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven, 1976.

Sierra, Juan Carlos, *El discurso histórico del ELN, 1963-1986*, Tesis de pregrado, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2004.

Skocpol, Theda, *States and social revolutions*, Cambridge University Press, New York, 1979.

Smith, Christian, *La teología de la liberación. Radicalismo religioso y compromiso social*, Paidós, Barcelona, 1994.

Sprinzak, Ehud, “La formación psicopolítica del terrorismo de extrema izquierda en una democracia: el caso de los Weathermen”, en Walter Reich, *Orígenes del terrorismo: Psicología, ideología, teología, estados mentales*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1994.

Sullivan, John, *El nacionalismo vasco radical 1959-1986*, Alianza Universidad, Madrid, 1987.

Tellez Ardila, Astrid M., *Las milicias populares. Otra expresión de la violencia social en Colombia*, Rodríguez Quito Editores, Bogotá, 1995.

Tilly, Charles, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones*

*enormes*, Alianza Ed., Madrid, 1984.

Torres Restrepo, Camilo, *Escritos*. Tomo I: Fe cristiana y compromiso histórico; Tomo II: Su pensamiento político; s/e., Bogotá, 1985.

Torres Sánchez, Jaime y otros, *Colombia, represión 1970-1981*, Tomo I, Ed. Centro de investigación y educación popular (CINEP), Bogotá, 1982.

Trapiello, Andrés, *El buque fantasma*, Plaza&Janés Editores, Barcelona, 1998 (1ª ed. 1992).

Trujillo, Francisco J., *Galán El Comunero, Camilo El Guerrillero*, Proamérica, Bogotá, s/f.

Tupamaros, *Actas tupamaros. Los tupamaros en acción*, Ed. Diógenes, México, 1972.

Umaña Luna, Eduardo, *Camilo y el nuevo humanismo. Paz con justicia social*, Unibiblo, Bogotá, 2002.

Uribe, María Victoria, *Nación, ciudadano y soberano*, Corporación Región, Medellín, 2001.

-, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, Controversia, Bogotá, 1990.

Valenzuela, Pedro, “Reflexiones sobre interpretaciones recientes de la violencia en Colombia”, en *Reflexión Política*, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Autónoma de Bucaramanga, nº 8, Diciembre, 2002, pp. 77-90.

Vargas Velásquez, Alejo, *Magdalena Medio santandereano: colonización y conflicto armado*, CINEP, Bogotá, 1992.

-, *Política y armas al inicio del Frente Nacional*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1995.

-, “Guerrilla, régimen político y estado: lecturas y re-lecturas”, en Germán Palacio (Comp.), *La irrupción del paraestado. Ensayos sobre la crisis colombiana*, CEREC, Bogotá, 1989, pp. 249-268.

-, *Participación social, una mirada crítica*, Almudena Editores, Bogotá, 2000.

-, “Tres momentos de la violencia política en San Vicente de Chucurí. De los bolcheviques del año 29 a la fundación del ELN”, en *Análisis Político*, 8, Sept-Dic., 1989, pp.33-47.

-, “Una mirada analítica del ELN”, en *Controversia*, n° 173, CINEP, diciembre de 1998, pp. 100-118.

-, “Paz y nación en la perspectiva histórica colombiana”, en *Reflexión Política*, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Autónoma de Bucaramanga, n° 8, Diciembre, 2002, pp. 137-156.

Vargas Díaz, Libardo, *Expresiones políticas del movimiento estudiantil AUDESA, 1960-1980*, Ediciones Universidad Industrial de Santander (UIS), Bucaramanga (Colombia), 1996.

Vázquez, Norma; Ibáñez, Cristina; Murguialday, Clara; *Mujeres-Montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*, Ed. Horas y horas, Madrid, 1996.

Vásquez Perdomo, María Eugenia, *Bitácora de una militancia*, Monografía, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998.

-, “Diario de una militancia”, en Arocha, Jaime; Cubide, Fernando y Jimeno, Myriam (Comp.), *Las violencias: inclusión creciente*, Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998, pp. 266-285.

Vega Cantor, Renán; Rodríguez Ruiz, Eduardo, *Economía y violencia. El Antidemocrático desarrollo capitalista de Colombia en los años cincuenta*, Fondo Editorial Univ. Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 1990.

Villamarín Pulido, Luís Alberto (Mayor), *El ELN por dentro*, Ed. El Faraón, Bogotá, 1995.

Villanueva Martínez, Orlando, *Camilo. Acción y utopía*, Universidad Nacional de Colombia-Colciencias-Cindec, Bogotá, 1995.

Virviescas Gómez, Pastor, “La toma de Simacota: entre el mito y la realidad”, *El Espectador*, Bogotá, domingo, 12 de abril de 1998, p. Judicial 5-A.

Vizer, Eduardo A., *La trama (in)visible de la vida social. Comunicación, sentido y realidad*, Ed. La Crujía, Buenos Aires, 2003.

VV. AA., *La violencia y sus causas*, Editorial de la UNESCO, París, 1981.

Waldmann, Peter, *Radicalismo étnico. Análisis comparado de las causas y efectos en conflictos étnicos violentos*, Ed. Akal, Madrid, 1997.

Waldmann, Peter y Reinares, Fernando (Comp.), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Paidós, Barcelona, 1999.

Weber, Max, *Le savant et le politique*, Union Générale d'Éditions, París, 1982.

Wickham-Crowley, Timothy P., *Guerrillas and Revolution in Latin America. A comparative study of insurgents and regimes since 1956*, Princeton University Press, Princeton, 1992.

Wieviorka, Michel, “Elementos teóricos para una sociología de la violencia”, en Germán Palacio (Comp.), *La irrupción del paraestado. Ensayos sobre la crisis colombiana*, CEREC, Bogotá, 1989, pp. 169-174.

Wolf, Eric R., *Peasant wars of the twentieth century*, Harper and Row, New York, 1969.

Zabala Archila, Vladimir, “La individualización colombiana de la guerra: ‘el comandante’”, en *Memorias II Simposio nacional sobre la violencia en Colombia*, Univ. Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Centro de Estudios para el desarrollo social, Bogotá, 1986, pp. 147-165.

Zamosc, León, *The agrarian question and the peasant association, 1967-1987*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

-, *Los usuarios campesinos y las luchas por la tierra en los años 70*, CINEP, Bogotá, 1984.

-, “Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia: un balance retrospectivo (1950-1990)”, en *Análisis Político*, 15, enero-abril, 1992, pp.35-66.

Zubero, Imanol, “Para despejar el terreno de juego en el debate sobre la autodeterminación: ¿podemos ponernos de acuerdo en algunas cuestiones básicas?”, Intervención en el Hika-Ateneo, Bilbao, Noviembre, 1999, texto mimeografiado.

Zulaika, Joseba, *Basque Violence: Metaphor and Sacrament*, University of Nevada, Reno, 1988, (Traducido al español como: *Violencia vasca. Metáfora y sacramento*, Editorial Nerea, Madrid, 1990).

Zuleta, Estanislao, *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*, Fundación Estanislao Zuleta, Cali, 1998.

Zuluaga Nieto, Jaime, “Nueva Izquierda, guerrilla y utopía en los sesenta”, en Guerrero, A., *Cultura política, movimiento sociales y violencia en la historia de Colombia*, *Memorias VIII Congreso Nacional de historia de Colombia*, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 1992, pp.389-403.

-, “Violencia y sociedad”, en *Revista Colombiana de Psicología*, Universidad

Nacional de Colombia, nº 2, Bogotá, 1993, pp. 97-100.

Zumalde, Xabier, *Mi lucha clandestina en ETA. Memorias del primer jefe del Frente Militar (1965-1968)*, Status Ed., Bilbao, 2004.

-, *Las botas de la guerrilla. Memorias del jefe de los Grupos Autónomos de ETA (1969-1977)*, Status Ed., Bilbao, 2004.